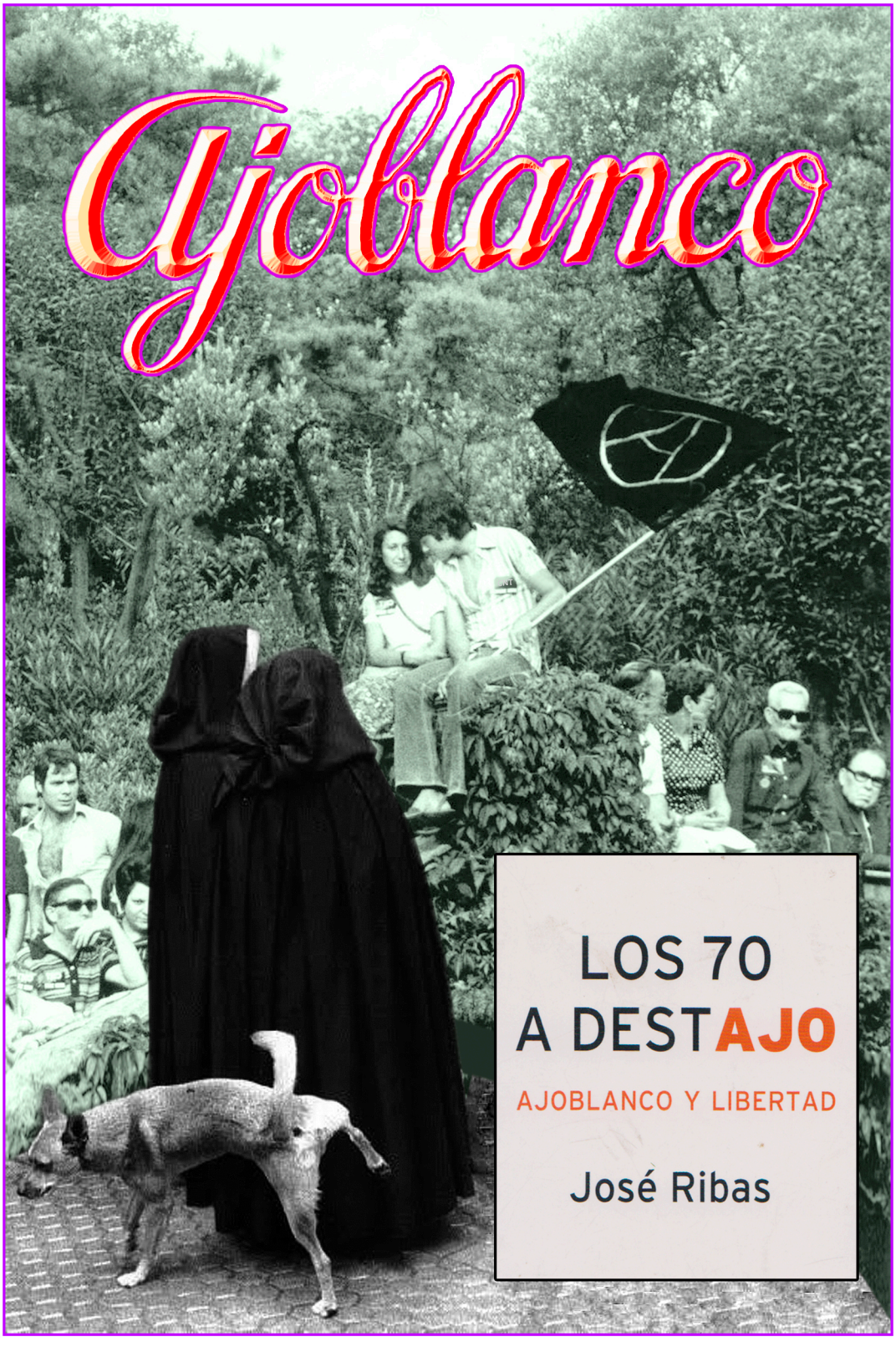


# LOS 70 A DESTAJO

## AJOBLANCO Y LIBERTAD

José Ribas

*Mucho se ha escrito sobre la transición española, casi siempre desde el pragmatismo de los grupos que la pactaron, pocas veces desde la ingenuidad de quienes la soñamos diferente.*

*Con paciencia de orfebre, durante siete años, he reconstruido las voces y cuanto vi desde el primer* Ajoblanco *para que tengas hoy una nueva versión de ese tramo de historia, lector de otro siglo, con la esperanza de convencerte de que un mundo mejor fue y sigue siendo posible.*

*Es éste también un homenaje a los cadáveres que dejó dicho tránsito. Personas, ideas, obras, vivencias, proyectos, que brillaron con intensidad y fueron a parar a diferentes funerarias, o perviven entre escombros huérfanos de práctica.*

*Algunas de aquellas acciones no debieron ser desarmadas, pues en ellas estaba el germen de una sociedad libre y solidaria que no hemos conocido.*

José Ribas

# LOS 70 A DESTAJO

## AJOBLANCO Y LIBERTAD

José Ribas

«Ribas no ha tirado la toalla. Se define como un superviviente, un agitador dispuesto a frenar la decadencia occidental: "Quiero que esto se salve".» *El País*

José Ribas

# LOS 70 A DESTAJO

*Ajoblanco* y Libertad

A los miles de lectores anónimos de *Ajoblanco* que lucharon junto a nosotros por un mundo mejor.

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho /biblioteca.html

# CONTENIDO

PRIMERA PARTE. AÑOS DE APRENDIZAJE

SEGUNDA PARTE. AÑOS DE RUPTURA

TERCERA PARTE. LA ASCENSIÓN LIBERTARIA

CUARTA PARTE. EL DESMORONAMIENTO

EPÍLOGO

# PRIMERA PARTE

# AÑOS DE APRENDIZAJE

## 14 DE FEBRERO DE 1972

Robé el librito *La imaginación al poder: París, Mayo 1968, la revolución estudiantil*, a las tres de la madrugada en una librería de excepción, la del *drugstore* de Paseo de Gracia. Fue el 14 de febrero de 1972 tras una jornada de lucha en todo el país contra la *Nueva Ley General de Educación*. La que el ministro José Luis Villar Palasí, reformista y miembro del Opus Dei, había elaborado para convertir la universidad española en un ente burocrático eficaz.

Aquella mañana, tres mil estudiantes de Barcelona –y no doscientos ni a las siete de la tarde como publicó el *Diario de Barcelona*– nos manifestamos en la calle Mayor de Gracia, convocados por los recién nacidos comités de curso. Los tecnócratas franquistas, mediante la nueva ley, implantaban la selectividad e introducían cambios para formar a los nuevos cuadros técnicos que los acuerdos económicos con el Mercado Común Europeo y la modernización industrial del país precisaban. La universidad debía servir a la clase dirigente que había transformado la estructura económica de España. Esta oligarquía liberal también aspiraba a contrarrestar el prestigio de ciertos profesores marxistas, a quienes había que meter en vereda o expulsar.

La reducción de profesores, el retraso en el pago de las

nóminas a los profesores no numerarios que ni siquiera tenían Seguridad Social y el recorte del presupuesto dedicado a educación impedían mejorar el nivel educativo que postulaba la ley. Las pugnas entre ultras y renovadores en el núcleo del franquismo generaban contradicciones. Las Cortes, por ejemplo, no habían aprobado las disposiciones adicionales sobre la financiación de la ley. La subida del precio de las matrículas y el intento de eliminar los comedores universitarios acabaron de caldear los ánimos de los estudiantes. Por eso salimos a la calle a gritar: «No a la Selectividad», «No a la Ley General de Educación», «Fuera la policía de la Universidad».

Las movilizaciones se habían iniciado en diciembre de 1971, tras la Asamblea de Distrito celebrada el día 12 en el Instituto Químico de Sarriá, convocada por los militantes de la organización revolucionaria Bandera Roja. Dos meses antes –el 18 de octubre de 1971– la violenta intervención policial contra una huelga de Seat había provocado la muerte de un trabajador, Antonio Ruiz Villalba. La movilización de obreros y estudiantes en contra de la dictadura iba en aumento. Las escaramuzas intestinas entre los militantes de Bandera Roja y los del PSUC también, por mucho que las octavillas de Bandera pregonaran la «unidad de acción» con los revisionistas del PSUC.

La Organización Comunista de España Bandera Roja era un grupúsculo integrado por maoístas –unos doscientos– escindidos del Partido Comunista tras el Mayo del 68. Sus dirigentes barceloneses defendían una organización firme y jerárquica, se consideraban los mejor preparados y conspiraban para proclamar la República y el socialismo. Les

obsesionaba liderar un movimiento obrero y popular lo más organizado posible para acabar con la dictadura franquista y las maquinaciones sucesorias. El grupo estaba compuesto por comités territoriales en fábricas, barrios y en la universidad. También se definían como leninistas y firmes partidarios de que una élite –la vanguardia del proletariado– estableciera las prioridades y las estrategias de la lucha contra el franquismo.

El PSUC era el partido más poderoso de la oposición. Integraba a los comunistas de Cataluña afines al Partido Comunista de España. Sus orígenes se remontaban a la guerra civil. En 1937, pocos meses después de su fundación, se había aliado con los dirigentes burgueses de la Generalitat republicana en defensa de las clases medias, siguiendo órdenes de Stalin, a través del cónsul soviético en Barcelona, un tal Ovseenko. Stalin, líder mundial del comunismo autoritario, pretendía acabar en 1937 con las colectivizaciones revolucionarias de los obreros anarquistas y trotskistas. El PSUC de mi época universitaria, siguiendo las directrices del PCE de Santiago Carrillo, buscaba crear un gran espacio de consenso –la alternativa democrática– para derrocar la dictadura.

La extrema izquierda navegaba entre las pintadas a favor de la huelga general revolucionaria contra el gran capital, el imperialismo y la guerra de Vietnam, hasta las denuncias al PSUC por revisionista y por haberse unido a liberales y nacionalistas en la recién nacida Assemblea de Catalunya. Una plataforma plural en torno a tres puntos programáticos: libertad, amnistía y restablecimiento del estatuto de autonomía de 1932. También existían pequeños grupos a favor

de los consejos obreros y en contra del centralismo democrático y de la vanguardia del proletariado.

Dejando de lado estas luchas partidistas que movían a muy pocos, aquella mañana del 14 de febrero muchos de nosotros reclamamos libertad de expresión, retirada de sanciones a los profesores y alumnos expedientados, inmediata puesta en libertad de los estudiantes detenidos y expulsión de los catedráticos vagos y autoritarios.

La temperatura de la revuelta aumentó tras las vacaciones de Navidad. Los estudiantes de medicina de Madrid acababan de ser sancionados con pérdida de la matrícula por oponerse a la selectividad. Ante la respuesta solidaria de las demás universidades españolas, la policía se instaló en los vestíbulos de numerosas facultades. En la Facultad de Derecho de Barcelona, donde yo estudiaba, estábamos al borde del colapso por no tener decano. Las autoridades ministeriales se negaban a ratificar el nombramiento de Manuel Jiménez de Parga, el catedrático de Derecho Político propuesto por la Junta de Facultad. La nuestra no era la facultad más radical, pero sí la primera de España en la que la dictadura se había quedado sin cómplices entre los docentes. Muchos de los estudiantes indignados nos incorporamos a la lucha sin atender a las consignas partidistas ni a los manejos del «si ahora conviene y es el momento», o de «si con determinada acción se obtendrá algún provecho frente a los adversarios». Queríamos clases, queríamos buenos profesores y exigíamos libertad dentro de un orden vivible.

Los militantes, que a primeras horas de la mañana

preparaban los carteles con las consignas revolucionarias en los seminarios más politizados, encabezaron la manifestación de Mayor de Gracia, la más numerosa a la que yo había asistido hasta entonces. En Barcelona, gracias a la solidaridad de los institutos, la huelga se convirtió en una jornada de lucha de todos los sectores de la enseñanza. Por eso, numerosos profesores de instituto junto a estudiantes de bachillerato, con anoraks y bufandas como pasamontañas, participaron con entusiasmo adolescente.

Los estudiantes independientes de Derecho y de otras facultades vecinas, como la de Farmacia, decidimos ir juntos a la manifestación, tras protestar ante el sector político que controlaba los comités de curso por haber enviado a una reunión estatal celebrada en Madrid a representantes que se habían elegido a sí mismos. Estaba claro que los militantes de Bandera Roja, PSUC, ML (marxistas leninistas), los trotskistas de la Liga Comunista Revolucionaria, los extremistas del PCI (Partido Comunista Internacional) y otros grupos similares se conocían entre sí, moviéndose con calculada estrategia. Aún desconocíamos la detención de un colega radical de mi facultad, Arturo Obach. Días después supimos que una militante de Bandera, detenida hacía poco, lo había delatado como delegado de nuestro curso en los comités. De hecho, el Ministerio de la Gobernación estaba más preocupado por los comités que organizaron la jornada de lucha que por la actividad de los partidos clandestinos.

Algunos independientes observamos con sorpresa que en aquella importante manifestación no había profesores universitarios y que unos pocos militantes aplicaban tácticas de

guerrilla urbana y creaban piquetes de defensa. Tres o cuatro iban de un lado a otro en pequeñas motos, vigilando por si aparecía la «pasma» (tiempo después supe que aquellas y otras tácticas las aprendían en campamentos de verano en los países del Este). Mientras algunos transeúntes, no muchos, se solidarizaban con nuestras consignas y preguntaban qué ocurría en la universidad, llegaron los «grises»[1] con toda su parafernalia. Dos calles más arriba de la estación de metro de Fontana nos dispersamos a la carrera en todas direcciones. Los más extremistas buscaban una guerra de guerrillas por el laberinto callejero del popular barrio de Gracia.

En plena desbandada, entre cargas y detenciones, choqué con una compañera de derecho cuya melena color tabaco me gustaba. María, una de las musas del curso, era una mujer misteriosa con cara de virgen y fama de estudiante aplicada. La cogí del brazo con fuerza y la arrastré hasta un portal.

Una tanqueta gris que parecía salida de una viñeta del cómic *Hazañas bélicas* amenazaba con lanzar potentes chorros de agua al grupo que seguía hostigando a la pasma. Desde mi escondite reconocí a un militante trotskista de letras. Cuatro grises lo estaban golpeando con las porras mientras lo arrastraban hasta un furgón. Sin pensarlo, salí corriendo del portal hacia la papelera donde había visto esconder un cóctel molotov. Cogí el artefacto de fabricación casera y lo lancé hacia el furgón. Volví al portal con la capucha de mi trenca marrón puesta. Se armó un revuelo considerable y vi correr libre al compañero con la cara ensangrentada. «Al menos éste se ha

1 La Policía Nacional de entonces, llamada así por el color de su vestimenta.

salvado», pensé. Un instante después un bote de gas lacrimógeno estalló junto al portal donde nos habíamos refugiado. Subimos los peldaños de la escalera de tres en tres. En el segundo piso, apretamos el timbre. Por la mirilla, una mujer sin rostro nos llamó gamberros. Yo le respondí enervado: «¡Abra la puerta!».

«No abriré. Fuera de aquí. Y más decencia. Que fue Franco quien nos trajo la paz.»

María ahogó un grito de pánico ante la expansión del humo tóxico y se tapó la boca y la nariz con ambas manos.

Seguimos subiendo peldaños. De pronto María se quedó quieta, me estrujó la mano y me miró a los ojos. Sentí una atracción súbita. En el quinto piso llamé a una puerta. Cuatro grises entraban en la portería en el mismo momento en que alguien nos abrió. Un hombre calvo y cincuentón nos hizo pasar, salvándonos de una detención segura. En un comedor con brasero nos ofreció café. María tiritaba. Quería ocultarse en el lavabo por temor a ser torturada en la comisaría de Vía Layetana. Aquella fragilidad me despertó ternura y me ayudó a superar el temor a las mujeres inteligentes, las que más me atraían. La abracé y le di un beso. Su nerviosismo inicial fue cediendo ante la sonrisa comprensiva de nuestro salvador. Más relajados, nos sentamos en un sofá y tomamos café, mucho café.

«¡Anda, María, tranquilízate, que ya pasó todo! Esta noche te invito al teatro a ver *El retaule del flautista*. Te gustará.»

Cuando ya no quedaba un gris en la zona nos dirigimos al

estudio que un grupo de alumnos de económicas y de derecho habíamos alquilado en la calle Consejo de Ciento esquina con Bruc. Dos habitaciones amplias que los acontecimientos convirtieron en una pequeña facultad clandestina.

Deseaba sentir algo intenso con una mujer desde que había cortado con Cuca, mi primera novia. Aquella noche en el estudio pretendí ser cariñoso, galante, seductor. Sin embargo, actué como un patán. Me abalancé sobre ella sin delicadeza y traté de desabrocharle los téjanos mientras la empotraba en el jergón. Ella reaccionó con nerviosismo al principio y enfado después. La vergüenza me llevó al baño, donde permanecí un buen rato haciendo muecas frente al espejo, sabiendo que la posible relación se había ido al carajo. Pensaba en Cuca, la rubia casi albina: cada vez que lo nuestro iba a cuajar, decidía no apoltronarme en la comodidad del mundo heredado y rompía con ella. También recordé a Marga, la comunista. Marga tenía mi edad y no cuatro años menos como Cuca, unos ojos muy brillantes y una trenza golosa. Estudiaba conmigo y era una especie de Pasionaria eléctrica nacida en Ibiza. A Marga la traté aquel curso y el siguiente. Ella estimulaba mi parte social y rebelde. Así fue como, frente al espejo, compartí durante un buen rato el reflejo de mi rostro desencajado con las sombras de aquellas tres mujeres, sin saber qué hacer. Cuando al fin salí, la sala estaba desierta. En las ocasiones en que María volvió al estudio no hubo entre nosotros más que conversaciones académicas. Volvió porque fue allí donde algunos de los alumnos del curso elaboramos los apuntes de unas clases que apenas tuvimos a causa de las huelgas y los cierres, y donde los profesores de Derecho Político y Economía impartieron seminarios clandestinos.

El 18 de febrero fue el último día de clase. Nos cerraron la facultad. Y no la abrieron como hicieron con las demás. La clausuraron por no tener decano; porque en el seminario de Derecho Político, Jordi Solé Tura, sumo sacerdote de Bandera Roja, y el profesor Eliseo Aja, el superintendente, dictaban consignas republicanas; porque casi todos nuestros catedráticos eran firmes partidarios de la evolución del régimen hacia la democracia parlamentaria y ninguno de ellos quería ser decano siguiendo directrices ministeriales.

¿Habrá exámenes en junio? Esa fue la nueva pesadilla que los asiduos al estudio convertimos en eslogan.

Mis padres, ya mayores, me habían transmitido una moral y una cultura para llegar a ser un hombre de provecho. Por mi parte, entré en el mundo de la facultad con verdadera hambre de leyes y la ilusión de ser buen abogado. Y di con dos cómplices de primera, Pepe de la Torre y Toni Miró-Sans. Ambos se trataban desde los Escolapios de Sarriá y eran estudiantes aplicados. Pepe era un tipo introvertido y metódico, provenía de una familia de juristas granadinos y su padre estaba en plena carrera ascendente en la Audiencia. Toni se crió en el seno de una de esas familias que, como la mía, formaban parte del sanedrín de la burguesía barcelonesa. Su padre tenía una fábrica textil y en la familia de su madre había indianos, retornados de Cuba hacía años. Toni era un compañero ágil y cariñoso que se había convertido en mi mejor amigo, mientras que Pepe era uno de los tipos más inteligentes del curso y quien redactaba los apuntes más solicitados. Habíamos coincidido en primero. Debido a la masificación y a las iniciales de nuestros apellidos nos tocó el turno de tarde,

donde las huelgas y las asambleas eran escasas y la relación entre estudiantes más afable. Al poco de intercambiar apuntes planeamos un viaje a Madrid para ver al Barça. En el tren ya estábamos acariciando la idea de montar juntos un despacho de abogados tras finalizar la carrera.

Los que estudiamos segundo de derecho en el curso 71-72, estuviéramos o no politizados, generamos una red espontánea que nos mantuvo unidos y en contacto pese a la clausura de la facultad. Fuéramos o no unos privilegiados, queríamos aprender. Durante aquel año fuimos muchos los que soñamos con ser penalistas e ir a Alemania a hacer el doctorado, como había hecho el catedrático que más admirábamos, Juan Córdoba Roda, recién incorporado a la docencia. ¡Qué clases! Córdoba era un hombre estricto, que impartía excelentes lecciones y nos aconsejaba asistir a juicios en la Audiencia. Nunca hablaba de política. «Qué mejor política que llegar a buen profesional», nos dijo un día su adjunto, el joven profesor Santiago Mir, un seductor, moreno y riguroso, que siempre vestía de negro.

En las aulas destartaladas y frías del colegio de los jesuitas de Caspe, de La Salle Bonanova y en las más modernas del Instituto Químico de Sarriá, los estudiantes independientes organizábamos masivas clases clandestinas de Economía, Derecho Político y Derecho Civil. Algunos sábados nos metíamos también en el Seiscientos de alguna madre comprensiva, embutidos en nuestras parkas y suéteres de cuello alto, y enfilábamos hacia la frontera francesa por unas carreteras llenas de curvas, de baches, de peligrosos cambios de rasante y de camiones lentos que escupían humo negro.

Llegábamos a Ceret, Amélie o Perpignan. Veíamos cine prohibido en salas de arte y ensayo de sonido deficiente. Tras dos o tres películas –Fellini, Pasolini, Russell, Renoir, Antonioni–, comprábamos libros de la editorial Ruedo Ibérico en pequeñas librerías tronadas que hacían su negocio con el tinglado de la pornografía blanda y de los libros políticos prohibidos en España.

Ruedo Ibérico era una editorial mítica con sede en París. La dirigía un libertario llamado José Martínez. Los libros que publicaba recogían las diferentes tendencias de la izquierda española, sin exclusiones, y daba trabajo al exilio intelectual reciente. En ocasiones, al cruzar la frontera, la policía o la Guardia Civil registraba el interior del coche, el capó y la carrocería en busca de este tipo de material clandestino. Recuerdo una ocasión que pasé con Pepe Vila-Sanjuán –acabábamos de ver *Orange Mecanique*– en que nos descubrieron *Lettre á Franco*, de Fernando Arrabal. Pepe se negó a que le requisaran el libro arguyendo que era una carta al Caudillo escrita por un admirador. Tres guardias civiles nos desmontaron el coche sin contemplaciones. Montar de nuevo las ruedas y las piezas del chasis nos llevó horas. Y, por supuesto, volvimos sin libro.

Pero no todo era el estudio. También íbamos a ligar por las tardes a *boites* como Bocaccio, un local forrado de terciopelo rojo donde la ambientación sugería una estética modernista pasada por el *swinging London*, que por la noche se transformaba en el centro recreativo de los miembros de la *gauche divine*. Ese fue el mote que el periodista Joan de Sagarra puso al grupo de arquitectos, directores de cine,

editores y bohemios que copiaban las últimas tendencias europeas para recitarlas con infantil condescendencia. Entre charlas con una gran copa en la mano, las mentes ilustradas de las generaciones precedentes a la nuestra maquinaban viajes, proyectos y modas importadas de la *dolce vita* romana. Bocaccio fue el punto de encuentro de los primeros pop hispanos, de los miembros de la escuela de cine de Barcelona y del universo literario que aglutinaba el editor Carlos Barral.

A Bacarrá, una *boite* más íntima forrada de terciopelo verde, uno iba cuando tenía pasta y trataba de pegarse un lote a oscuras con pijas desinhibidas. O ibas al recién inaugurado Metamorfosis, el local más moderno de la zona burguesa, que optó por el terciopelo marrón y en donde se establecían nuevas relaciones bajo las lucecitas de una enorme lámpara de estalactitas que caían por el hueco de la gran escalinata. El «Meta» –que a mí nunca me gustó– fue el local que arrastró a muchos de mis amigos de la adolescencia por su buena música anglosajona y porque la gente se mezclaba sin petulancia intelectual. Y los domingos por la tarde: ¡Barça! Desde que, en un partido contra el Madrid, Guruceta castigó con un penalti inexistente al club de mis sueños, me volví un forofo.

No hubo clases pero sí exámenes en junio. Aprobé todas las asignaturas.

A los veinte años uno comulga con muchas cosas a la vez y tiene energía suficiente para emplearse en variedad de asuntos. En la facultad, un estudiante de Bandera Roja que llegaría a catedrático nos decía que vivíamos aislados entre las cuatro paredes clasistas de la universidad de entonces. No era

del todo cierto. A la universidad, desde hacía dos años, llegaban en aluvión los hijos de las nuevas clases medias que el franquismo había generado desde la década de los sesenta. Por otra parte, la curiosidad me empujaba a ver más allá del restrictivo mundo burgués y me fascinaban los encuentros casuales que me abrían a mentalidades de otras clases sociales. Algunas noches paseaba por calles casi desiertas, me rondaba algún noctámbulo, me pedía fuego y sentados en un banco me relataba historias de otros mundos, mientras me seducía.

Otras noches, al salir del estudio de la calle Consejo de Ciento, iba al *drugstore* de Paseo de Gracia, pintoresco centro comercial que no cerraba hasta las cinco de la madrugada y donde acudía gente de cualquier condición. La excusa era el paquete de Ducados. Inquieto, subía los peldaños de una pequeña escalera que llevaba al altillo. En la única librería abierta a aquellas horas, un recinto sin tiempo, reinaban los sueños, y, oh, sorpresa, en un estante largo y bajo situado en la pared del fondo encontrabas los libros prohibidos editados en México, Buenos Aires o Bogotá. Allí di con aquel librito de la editorial Insurrexit que explicaba de manera clara y resumida el imaginario del Mayo francés. También compré *El nacimiento de una contracultura* de Theodor Roszak, editado por Salvador Pániker, donde descubrí un extracto de *Howl*, el alarido de Allen Ginsberg, un poema beat que aún hoy reverbera en mi mente; *El Libro del Tabú*, de Alan Watts, que me llevó a Krishnamurti, a las teorías esotéricas de Ouspensky y a la doctrina secreta de Madame Blavatsky; también encontré dos libros misteriosamente editados en Barcelona por Dima y Occitania. El primero, *La nueva izquierda*, me informó acerca de las corrientes de la nueva izquierda norteamericana que la

CIA se estaba cargando. El segundo, *L.S.D., S.T.P., ¿...Y?*, describía la cultura del ácido lisérgico y la filosofía de su santón, Timothy Leary.

El libro que más me vacunó contra los dogmas marxistas fue *Eros* y *Tánatos* de Norman Brown, editado en México por Joaquín Mortiz, que resumí en unas fichas a lápiz con letra menuda. Di con él por azar en uno de aquellos estantes en los que se disparaba una obsesiva sed de conocimiento. Gracias a aquel libro me liberé del culturalismo exagerado que escamotea la unión de teoría y práctica: «El hombre es el único animal que crea cultura o sociedad con el fin de reprimirse a sí mismo», había escrito Brown en las primeras páginas.

En la barra del *drugstore*, entre gente que bebía cervezas, comía bocadillos y vociferaba, inicié la lectura de aquellos libros que tanta música dieron a mi mente. Allí conocí a Gerardo, a Víctor, a Juan, a Javier. Recuerdo especialmente a Juan, un líder obrero de la fábrica Hispano Olivetti. Él fue quien más valoró que intentara llevar una vida sin hipocresía, sin dictados y sin atender a posturas políticas conservadoras. El tipo vivía en un cuchitril de la Barceloneta y, en su casa, tendidos junto a una humilde y acertada biblioteca, hablábamos durante horas sobre la explotación de la clase obrera y la necesidad de consolidar un sindicato revolucionario que desmontara el Sindicato Vertical franquista desde dentro y acabara con el régimen. Hablaba con precisión y ligero deje andaluz. Recatado, no más alto que yo, vestía camisas a cuadros y pantalones de pana, tenía los labios carnosos y los ojos grises. Le gustaba prepararme la cena y beber Baturrico, el vino barato de la época. La última noche, me dijo algo así

como: «Me gustaría ayudarte, estar contigo, ver cómo ese idealismo ingenuo y esa imaginación desbocada maduran, pero no puedo. En la facultad has jaleado a muchos que nada querían saber de política, y los agentes de la brigada político-social, ni lo dudes, ya te habrán abierto un expediente. Eres demasiado espontáneo, no me extrañaría que un gris te echara el guante. En los sótanos de la comisaría de Vía Layetana no tendrás más remedio que cantar, algo que yo no me puedo permitir. Una célula de CCOO depende de mí. Debo ser prudente».

Me regaló *Demian* de Hermann Hesse e hicimos un pacto: no vernos nunca más. La noche de la despedida le ayudé a redactar una octavilla llamando a la huelga contra la arbitrariedad de un convenio colectivo. Me dolió, claro, y mucho, perder aquella mano áspera y aquella voz que venía de un mundo más humano y real, pero quien quiere ser un librepensador no debe pedir ni exigir, ni siquiera en el amor. Uno tiene que encontrar en sí mismo la certeza. Dejar en suspenso una bella alianza es un antídoto para no «colgarse» de alguien que bien pudiera estropear lo que de veras arde en el interior de cada uno. La represión judeocristiana, estoy seguro, también tuvo su parte. Quizá le diera vergüenza que los de su célula política pudieran descubrir que el dirigente revolucionario estaba liado con el hijo de un burgués. Esto fue lo que pensé entonces. Al año averigüé de qué iba el tipo en realidad. De lo que sí estoy seguro es de que su comportamiento me evitó un compromiso que probablemente tampoco hubiera sabido cumplir.

Muchos de nosotros, estimulados por la necesidad de

experimentar una sexualidad sin culpa, intentamos traspasar los límites del conservadurismo mediante varios tipos de relaciones. En aquel momento pretendía, por una parte, escapar del elitismo de los intelectuales que escribían desde urnas de cristal, y, por otra, buscaba sexo y comunicación sin noviazgo zalamero. Una experiencia que en aquellos momentos nadie parecía estar dispuesto a vivir a cielo descubierto. Crecimos bajo una presión delirante, a la que había que añadir la influencia de las letras del rock combativo y de las muchas lecturas y películas a las que nos entregábamos como posesos. También el romanticismo cursilón de Hollywood causó estragos.

## FONTCLARA

Tras la adolescencia, la inquietud me empujó a cultivar amistades con gente adulta. Los mundos agitados que rodeaban a mis dos hermanas, once y diez años mayores que yo, representaron el acceso más fácil; no el único.

Mi hermana Carmen era arquitecta técnica y trabajaba desde 1963 con Peter Harden y Lanfranco Bombeli, arquitectos conectados con el arte de vanguardia internacional y la nueva arquitectura. Carmen se había casado joven con un cardiólogo amante de la investigación, Agustín Martínez-Muñoz, que fue para mí como el hermano varón que siempre quise tener y no tuve. Muchas noches, tras cenar con mis padres, iba al piso de arriba, donde vivían, y filosofaba con mi cuñado hasta la madrugada. Agustín era un humanista riguroso que elaboraba unos informes médicos con meticulosidad. Se pasaba horas en su pequeño despacho casero, en silencio o con la música de Bach muy bajita, entre libros y gráficos de electrocardiogramas. Mi cuñado alentó algunas de mis curiosidades más profundas y me enseñó a hacerme mayor.

Rosa, mi otra hermana, una mujer rebelde y sensible para quien el cariño era más importante que la ideología, frecuentaba el mundo de la danza, el flamenco y el teatro, además de ser marchante de artistas plásticos. Si Carmen era una mujer moderna de talante conservador, Rosa pertenecía a la generación rebelde de los sesenta: había vivido el 68 en París

y durante un año en el Londres de Marianne Faithfull. No se miraba el ombligo y su aliento cosmopolita acerca de lo que uno podía ver, escuchar y leer estimuló mi sensibilidad. Atraído por el mundo bohemio que ella frecuentaba, empecé a tratar a sus amistades. Una tarde fui a buscarla al Institut del Teatre donde asistía a unas clases de interpretación junto a unas amigas. Salieron de clase declamando y vociferando entre risas. Fuimos a parar a la granja[2] mortecina de una calle estrecha y oscura. Frente a un chocolate con nata sobre una mesa de mármol, una de ellas me contó anécdotas acerca de su estancia en California. Había reflejado su viaje en un libro publicado por la editorial Kairós. Compré *California Trip*, de María José Ragué, aquella misma noche. Lo leí en mi habitación como un poseso sin saber que aquel faro corría de mano en mano entre la juventud española que ya no creía en el marxismo como religión sustitutiva. El libro describía cómo se estaba desarrollando en la costa oeste de Estados Unidos un cambio cultural que representaba, según la autora, una metamorfosis en la historia de la humanidad. Los nuevos medios de comunicación iban a cambiar las costumbres, la estructura social y los valores de nuestra cultura. El mundo, por qué no, podía ir a mejor. María José explicaba la génesis y las propuestas de los nuevos movimientos sociales, haciendo especial hincapié en los Panteras Negras (Black Panthers), en los asesinatos de Malcom X y Martin Luther King y en los nuevos movimientos ecologistas. También hablaba de la Women's Lib, del Gay Liberation Front, de la Food Conspiracy, de la Young Socialist Alliance, del Liberation Front, de la cultura underground, de la física, la mente, la meditación, el yoga, la

2 Pequeñas chocolaterías de Cataluña, donde también se venden productos lácteos.

filosofía, la arquitectura, la poesía, el teatro en la calle y el rock de la nación de Woodstock. La nación de gente joven que prefería la cooperación a la competitividad y que no creía en la propiedad ni en el dinero como medio de intercambio.

Por lo visto, los primeros hippies californianos habían sido ecologistas radicales y artesanos, disfrutaban de una sensualidad sin tabúes, luchaban contra el machismo y la segregación racial, ponían en boga la astrología y las ciencias ocultas y creían, como los budistas, que el tiempo y el progreso eran más circulares que lineales. Aquella movida pacifista tan inaudita había surgido de forma masiva en el país más puritano de la Tierra. Lo que más me impacto del libro fue atar cabos y darme cuenta de que aquellas pautas también estaban cimentando un cambio del imaginario cultural entre nosotros. Busqué experiencias en el libro. Aquellos hippies californianos habían transformado el barrio negro de casas destartaladas de Haigh Ashbury de San Francisco en una comunidad libre. Por lo visto, después de un impresionante recital de los poetas beats en el Golden Park –los poemas completos de Allen Ginsberg no se encontraban en las librerías españolas– el acoso de una policía armada hasta los dientes indujo a los hippies a celebrar un carnavalesco funeral de su movimiento a finales de 1967. A continuación, se trasladaron a Telegraph Avenue, en Berkeley, y construyeron en una jornada el parque de la comunidad, el People’s Park. Un solar lleno de basura que pertenecía a la universidad acabó cubierto de césped con bancos y esculturas tras horas de palas, azadas y rastrillos movidos entre cánticos de fiesta. Días después, la policía rodeó el parque, apuntó con escopetas y dio muerte al estudiante James Rector.

Queríamos césped y flores y nos han dado una alambrada.

Queríamos paz y felicidad y nos han declarado la guerra.

Queríamos vida y libertad y nos han dado cárcel, tristeza y un mártir.

Los hippies habían demostrado que de la anarquía podía surgir un hermoso parque basándose en la idea de que la tierra pertenece a quienes la usan y la mejoran. ¿Qué íbamos a demostrar nosotros? ¿Qué iba a pasar en España? Por el momento, trataba de estudiar Derecho y Económicas, escribir cuentos y poemas y destapar los secretos que escondía la vida más allá de mis amigos.

La amiga de Rosa que más traté desde el principio fue Ana Castellar. Trabajaba con Carlos Barral, el mejor editor de la época y promotor de la nueva literatura latinoamericana pese haber rechazado *Cien años de soledad*. Charlamos sin testigos por vez primera a mis diecisiete años, en la granja Lezo. A partir de aquel momento, Ana, diez años mayor que yo, se convirtió en una especie de adalid literario que me narraba con pelos y señales las anécdotas reales del mundillo literario desde dentro. Lo cual me sirvió para comprender lo que supone conocer de primera mano algo de lo que publican los periódicos. Semanas después de que hubiesen clausurado la facultad, Ana me propuso festejar la llegada de la primavera con mi hermana Rosa y con Fernando Lipperheide, un abogado joven que era su amigo más próximo. Me citó a las once en una floristería. Yo le dije que iría con Cuca, mi novieta de toda la vida. La relación atravesaba tiempos de bonanza.

Aquella mañana, tras pactar con los hermanos del colegio de La Salle Bonanova el aula donde celebrar la primera clase clandestina de Economía Política, acudí a la floristería y me perdí entre las plantas. Al rato, llegaron los demás. Fernando compró tres rosas; una para Ana, que llevaba tapada la cabeza con un pañuelo e iba con unos pantalones pata de elefante de terciopelo rojo; otra se la dio a Cuca; y la última a Rosa. Luego fuimos al zoo del parque de la Ciudadela a ver cómo saltaban los delfines. Acabamos comiendo junto al mar en un chiringuito de la Barceloneta hasta que un viento húmedo estropeó el día.

Ana no podía resfriarse; estaba pendiente de una operación difícil. La paella acabó al otro lado de la cristalera. Rosa y Cuca de un humor perruno por no poder tomar el sol.

Recuerdo con claridad que un mes y medio después, el viernes que iniciaba el puente del Corpus, Rosa me llevó en su Seiscientos amarillo recién estrenado hasta el portal de una clínica. Asomados en el umbral de una habitación que olía a medicina, la ilusión por volver a ver a Ana se disolvió en un nudo de pavor. Ana, postrada en la cama con el cabello enredado cayéndole por el escote de un camisón rosa, permanecía entre tinieblas por un mal quizá sin cura. Hacía diez días que le habían extirpado un pedacito de pulmón. Su madre, que apenas nos permitió verla, dijo algo así como: «¡Está mejor! Los médicos creen que dentro de un mes podrá ir a Fontclara. Y no sabes, Rosa, el ánimo que le da que le cuidéis la rectoría».

Antes de salir de la habitación de la clínica y recoger la llave de Fontclara, la miré a los ojos. Sentí necesidad de transmitirle

aliento para que su cura fuera inmediata. Ana siempre fue una lectora cargada de talento y a mí me ilusionaba mostrarle urgentemente unos poemas. Además, el día que celebramos la llegada de la primavera, Ana me había prometido llevarme a casa de Joaquín Marco para entregarle mi primer libro de poemas: *Sueños de anarquía.* Joaquín era un crítico afable, que entonces dirigía desde Barral Editores la colección Ocnos de poesía y colaboraba en la revista literaria *Camp de L´Arpa.* También escribía en la revista *Destino* y en la sección literaria del vespertino *Tele-Exprés*, el único periódico progresista que se editó en Barcelona durante los años finales de la dictadura.

En el Seiscientos de Rosa, tras recoger a Fernando Lipperheide, recuperé la ilusión por ese fin de semana con gente mayor en una rectoría que desafiaba la moda de apartamentos en la costa. El Ampurdán, la Toscana española, era una zona agrícola semidespoblada que mostraba el atraso del mundo rural. Desde 1970 algunos barceloneses –pioneros de algo que acabó en epidemia– compraron al obispado de Gerona las casas abandonadas de los párrocos de los pueblecitos por cincuenta o cien mil pesetas y las rehabilitaron con imaginación y pocos medios.

Fernando, algo más joven que Rosa y Ana, tenía ascendencia alemana y era abogado desde hacía pocos años. Ya en el coche establecimos un acalorado intercambio de impresiones acerca del mundo de la facultad y del derecho, mientras Rosa conducía sin prestar atención.

«Este año tendré que dejar económicas», le dije minutos después de abandonar una autopista sin tráfico. «Finalmente

no va a haber Sociología. Y en derecho han cerrado la facultad por no tener decano. Te juro que es desesperante. Para acabarlo de arreglar, los de Bandera Roja y los del PSUC, que son cuatro, se pasan la vida peleando entre ellos.»

Recuerdo que le expliqué algo que me había indignado. Los profesores de Derecho Político afirmaban que la historia de Raymond Carr era la mejor. A mí me parecía que dicho autor manipulaba la guerra civil española a favor de los estatalistas del PSUC, cuando fueron éstos quienes liquidaron las columnas de milicianos y los logros de las colectivizaciones del 36. «¿Sabes qué hizo en mayo de 1937 Rodríguez Salas, el comisario de Orden Público de la Generalitat, que era del PSUC y trabajaba codo con codo con Josep Tarradellas? Se cargó la revolución. En el colmo de la desfachatez, Carr sostiene que el heroísmo de los militantes de la CNT el 19 de julio fue irrelevante. Y afirma que en Barcelona el golpe militar fracasó porque el hidroavión del general Goded, un facha, llegó tarde de Mallorca y porque la Guardia Civil fue fiel a la República. Una interpretación muy de Oxford. Por lo visto Carr no cree que las armas del proletariado puedan acabar con la injusticia. A Durruti, el héroe anarquista de la revolución española, sólo lo cita en una ocasión en todo el libro.»

Cuando Rosa detuvo el coche en una pequeña plazoleta de tierra con adelfas y rosales en flor, oscurecía. A la derecha, junto a una ermita románica abandonada, había un cementerio no más grande que el comedor de una casa solariega del Ensanche barcelonés. Bajo un ciprés centenario permanecí un buen rato observando la fachada irregular de la casa de piedra. Entre la frondosidad de las ramas de un limonero cargado de

frutos, se adivinaba una pequeña terraza cubierta que se abría al exterior mediante un arco central y dos colindantes. Aún no podía saber que en aquel porche soleado tendrían lugar las confidencias más fértiles de aquellos años rebeldes.

Una sucesión de corrales derruidos y polvorientos ocupaban la planta baja. Subimos por unas escaleras con cucarachas y telarañas hasta dar con una puerta no muy grande. Mi hermana dio tres vueltas a la pesada llave de hierro y, tras empujar la puerta, apareció un salón fuera del tiempo. En la penumbra, no sé por qué, imaginé una mesa camilla alrededor de la cual jugaban al dominó un cura, un par de payeses, el practicante, el padre de Ana y el mío con la boina puesta. «Esto es Fontclara», dijo Rosa dando un suspiro mientras apoyaba el brazo en mi hombro y recogía la bolsa de viaje del suelo.

La humedad atrapada entre los enormes muros de piedra nos empujó a encender la chimenea del salón pequeño. Cogimos los almohadones de tela india amontonados sobre un banco de obra y los extendimos sobre los ladrillos rojos del suelo. Mientras el fuego de la chimenea crepitaba, me llamó la atención un dibujo colgado junto a ella. Representaba a una mujer regordeta pintada al carbón. «¿De quién es?», le pregunté a Fernando.

El autor era un poeta amigo de Ana que escribía en catalán y que el 27 de abril se había suicidado, metiendo la cabeza en una bolsa de plástico hasta que se quedó sin oxígeno. Fernando tensó la expresión, sus ojos se perdieron en las llamas y se quedó mudo. «¿No conoces la obra de Gabriel Ferrater?», me preguntó Rosa. Levantó la vista del libro que

leía y dijo: «Es el poeta más inteligente de la generación de Jaime Gil de Biedma». Y siguió absorta con la lectura del *De Profundis*, de Oscar Wilde, mientras Fernando ponía en el tocadiscos *La ópera de los tres peniques* de Kurt Weil.

Tras el fin de semana decidí que algún día yo también tendría un lugar al que volver perdido en un bosque. Un lugar con un huerto y un jardín donde entretener el tiempo. Hacía poco había visto una película que me despertó un montón de sueños: *La Vallée*, de Barbet Schroeder, un director desarraigado educado en medio mundo. En la película, un reducido grupo de personajes buscaba el paraíso en un valle perdido de Australia. «¿Dónde diablos estará mi valle?», me preguntaba entonces. Mientras, esa casa de piedra en un pueblo que no estaba en el mapa se iba a transformar en la sede de una especie de comuna, donde artistas primerizos de distintas clases sociales íbamos a aprender a escuchar, a cocinar, a convivir y a perder parte del machismo que los rigores de la época imponían a todo bicho viviente.

¡Cuánto le debo a aquella rectoría!

## PRIMER PORRO, PRIMERA LUNA

Recuerdo un aire tibio y suave que engarzaba diferentes aromas: de flor de jazmín a la fritura de sardinas. El recuerdo es nítido porque fue entonces cuando descubrí que el Mediterráneo inspiraría la cultura humana que buscaba. Tras los exámenes de junio, habíamos alquilado junto a unos colegas de la facultad, capitaneados por Toni Miró-Sans, un apartamento en Cala Llonga, en el este de Ibiza. Cenamos en una taberna de la isla atestada de hippies extranjeros. Paseamos por las calles estrechas entre los puestos de camisetas y abalorios, que vendían unos artesanos vestidos con imaginación, hasta que mis compañeros se fueron a la discoteca Pachá. Yo preferí quedarme en una terraza con un libro de Juan Marsé. Mientras disfrutaba de la brisa bajo el toldo de El Mono Desnudo, uno de los bares con más entraña del paseo junto al puerto, un joven melenas alemán que parecía la encarnación del hippismo más idílico me propuso una partida de ajedrez.

Yo no era un jugador experto, pero las vibraciones de aquel Durero de ojos azul cristal y tez pecosa me motivaron tanto que gané la partida. Tras unas palabras que despertaron una curiosidad mutua, me invitó al primer porro de marihuana de mi vida. Era colombiana. Tras un par de caladas, perdí peso, las luces y las formas brillaban, cualquier cosa se movía

suavemente, sentí paz y me dio la risa. ¡Qué expansión! Cornelius, así se llamaba el alemán, movía las manos en el aire como si estuviera esculpiendo una forma que yo cazaba al vuelo. Los tipos que servían las copas nos permitieron seguir allí, entre sonrisas, hasta que les tocó retirar los cojines de los asientos. Uno de ellos, Safari, un castellano dicharachero que llevaba un chaleco verde loro y una corbata de cuentas indias, nos invitó a cervezas y propuso: «Podríamos encontrarnos en La Tierra. Esta noche en San Carlos hacen la fiesta del Unicornio. Mañana es luna llena».

Cornelius me indicó que le siguiera. Me atraía intimar con un hippy de verdad. Nos metimos en el barrio de pescadores. A grandes zancadas, me condujo escaleras arriba por un callejón estrecho por donde apenas pasaba una persona. Llegamos a una casa de cal blanquísima con un mandala dibujado en la puerta. En una habitación cuadrada, sin muebles, cubierta con *kilims* marroquíes e iluminada con muchas velas, nueve personas sentadas en círculo cantaban mantras. Una joven italiana de ojos negros, cargada de abalorios que tintineaban al batir de palmas, me abrazó por la cintura con sus manos y me introdujo en el círculo. Cuando acabaron los mantras empezó el cachondeo. Pusieron discos de Aretha Franklin, Otis Redding y Wilson Pickett que conocía y que me sonaron a nuevos. Cuando acabó el baile, me dormí entre caricias y cojines. Recuerdo la sensación liviana, como si de pronto hubiera cambiado de país. Sin duda, aquella gente no arrastraba la torpe represión que había generado el franquismo, ni tampoco el rancio resentimiento de los hippies hispanos que militaban en la extrema izquierda.

A la mañana siguiente, Sandra –así se llamaba la italiana– y Cornelius me llevaron en un Dos Caballos a Cala d'Hort. Allí siguió la fiesta, primero, entre las olas y los pececillos de la orilla de un mar donde se fundía el verde con el azul intenso, y al atardecer, junto a una hoguera en un bosque de pinos roto por un acantilado de vértigo desde donde se podía sentir el magnetismo de Es Vedrá, un peñasco gigantesco que se eleva sobre las aguas. Desde las alturas, el mar se descomponía en infinidad de pequeños reflejos teñidos de rosa y violeta para mezclarse con la luz que matiza en julio el crepúsculo mediterráneo. Fue precisamente allí donde descubrí la potencia transformadora de la música de Pink Floyd y la magia de los días que acaban en noches de plenilunio. En plenilunios parecidos, junto al mar, fue donde las nuevas generaciones europeas y norteamericanas se despojaron de la moral victoriana y el puritanismo conservador a ritmo de rock and roll. Los amantes de las flores, además de oponerse a la guerra de Vietnam, socializaron la aventura del amor libre.

Sandra, mi nueva amiga, había nacido en Milán y vivía en la isla de Elba durante el invierno. Se sentó junto a mí con un porro gigante en la mano, mientras recitaba *«Peace and love, peace and love»* como si fuera una letanía con la que conjurar algún maleficio del que nada me había contado. Sus largos cabellos negros teñidos con henna bailaban como pequeños diablillos al son de los compases de Crosby, Still, Nash & Young, que surgían de una camioneta amarilla con girasoles fosforescentes dibujados.

En lo más alto del bosque, junto a una vieja torre de defensa medieval, sobre un mar color vino que se iba apagando, las

guitarras, los cánticos, las campanillas budistas y los bongos me devolvieron sensaciones que ya había experimentado en Londres a finales de 1968. Recordé cuando mi madre me había enviado a pasar las Navidades en compañía de mi hermana, que trabajaba allí.

En Inglaterra, el miedo a experimentar la libertad que se respiraba en España se disolvió en el olvido. Rosa, vestida con un abrigo rojo y unas medias blancas, me llevó a museos y a ver *Hair*, la ópera hippy que anunciaba un mundo sin guerras. Junto al teatro, en una plazoleta estilo georgiano muy concurrida, grupos de hippies repartían fantasía entre humos y olores de la India. Uno de ellos me regaló una revista underground que incluía un reportaje central donde se presentaba Ibiza como capital del hippismo. La devoré con emoción en el metro, de regreso a la habitación que Rosa tenía alquilada en el barrio de Queensway. «Conócete a ti mismo y haz lo que sientas», era el eslogan que más repetían aquellas páginas sin censura. Me prometí que en cuanto me fuera posible visitaría las islas Pitiusas.

Durante los dos años de carrera, la universidad me había socializado en otra dirección. Quería acabarla, ser penalista, defender desatendidos. Pero tras un curso decepcionante en el que pasé muchos ratos leyendo sobre la contracultura norteamericana y el Mayo francés y escribiendo el relato de unos personajes que se volvían vagabundos en una carretera que no iba a ningún lado, sentí la necesidad de conocer Ibiza.

«Anda, devuélveme el porro. ¡Te estás aficionando a la velocidad del rayo! Por cierto, ¿qué día naciste?», me susurró

Sandra. «El seis de septiembre», le dije. «Virgo. Amas el orden, eres sensible e imaginativo. ¿Conoces tu ascendente? Tus ojos traslucen pasión de enamorado.»

Fuimos hasta la entrada de una pequeña caverna que siglos de vientos cargados de sal habían perforado en la roca. Allí nos abrazamos, nuestros labios chocaron y, entre caricias, empezamos a hacer el amor. Cornelius nos interrumpió de forma abrupta y quiso entrometerse. Sandra se levantó contrariada y se esfumó entre los pinos. Cornelius, confundido, dio un par de vueltas sobre sí mismo y se sentó a mi lado. Las últimas caladas no me habían sentado bien, me estaba poniendo tenso y tenía ganas de vomitar. Cornelius dio un brinco y desapareció entre gente floreada con todo tipo de amuletos y que iba y venía con alimentos y cacharros para la celebración comunitaria.

El himno de John Lennon a todo volumen alivió mi aturdimiento. Me levanté, di unos cuantos tumbos procurando no caerme y me acerqué a la hoguera.

*Imagine there's no countries*
*It isnt't hard to do*
*Nothing to kill or die for*
*And no religión too*
*Imagine all the people*
*Living Ufe in peace*

Junto al fuego reencontré al alemán. Cornelius, preocupado, estaba buscando algún remedio para templar mi estado. Una lágrima se deslizó por mi mejilla. «¡Qué sensiblero estoy!»,

pensé. Finalmente, alguien le dijo que en la camioneta de la música había aspirinas. Entre el gentío distinguí a José Viader y me azoré. ¡Maldita timidez! El mareo me seguía rondando y de nuevo perdí a Cornelius. Caminé solo, sin rumbo, asqueado de tanto olor a marihuana hasta que un charlatán algo mayor que yo, que según dijo era de Almería y estudiaba farmacia en Barcelona, me agarró por el hombro y me llevó hasta el borde del acantilado. Fuimos a parar a unas grutas ocultas. En una de ellas estaba Miguel, un valenciano muy rubio que tocaba la cítara rodeado de curiosos.

Frente a la luna hinchada y roja, recordé la historia con José. ¡Qué casualidad! José era un hombre serio, sonrosado, con mucho atractivo, que había dejado la labor de empresario para vivir como le daba la real gana en Ibiza, en el Palacio del Cardenal, junto a la catedral, en compañía de actores y bailarines europeos. Lo había conocido de madrugada, por azar, en una calle de Barcelona.

En un primer momento, pensé que era uno de los profesores de Derecho Romano, los primeros que me transmitieron la pasión por el ordenamiento jurídico. El caso fue que nos pusimos a charlar sobre lecturas –en aquellos días yo estaba leyendo *Presente y futuro* de Jung–. La misma noche en que nos conocimos, me llevó a su casa y me regaló *El cuaderno negro* de Lawrence Durrell. Otra noche, me invitó al teatro Poliorama a ver *La filia del mar*, de Guimerá. Otra, cenamos en un pequeño *bistro* junto a la Plaza de la Catedral. Fue en febrero de 1971. El choque con aquel mundo bohemio avivó mi imaginación, pensé que había encontrado a un maestro y lo mitifiqué. Sin embargo, José desapareció súbitamente. Años

después se convertiría en el compañero cómplice y amigo que toda persona necesita en la vida.

En la vespa del tipo de Almería, más progre que hippy, fuimos hasta el pueblo de San José. Me sugirió que le acompañara a una comuna de progres valencianos que se habían quedado a vivir en Ibiza desde la época del Instant City. El Instant City de Ibiza, en septiembre de 1971, había sido el escenario de una idea que Luis Racionero, recién llegado de Berkeley, pasó al arquitecto Carlos Ferrater para dar notoriedad al Congreso Mundial de Diseño que se celebró ese año. Junto a Cala San Miguel, los artistas Josep Ponsatí, de Banyoles, y un tal Prada extendieron toneladas de plásticos de colores cedidos por las fábricas de material sintético de L´Hospitalet. Unos potentes ventiladores convirtieron aquellos plásticos en varias cúpulas geodésicas conectadas entre sí a través de puertas que recordaban coños. En la gran vagina o cúpula nodriza, Antoni Miralda, un artista conceptual catalán que vivía en París, ofició uno de sus primeros banquetes rituales con comida teñida con colores psicodélicos. Las mescalinas puras servidas en bandejas de hojalata por unos hippies recién llegados de California hicieron las delicias de una concurrencia con ganas de romper moldes.

Las cúpulas hinchables fueron la punta de lanza de los nuevos materiales de construcción ecológica. Y, según Pepe Cortés, el primer pinito del *«disseny made in* Barcelona». Cortés, con el correr de los tiempos, se convertiría en el promotor de los diseños de Javier Mariscal, el creador de la mascota olímpica de los juegos de 1992. Algunos madrileños, catalanes y valencianos, alentados por aquella libertad, se quedaron a vivir

en la isla. Y uno de aquellos era quien organizaba el sarao aquella madrugada en San José.

Le dije al de la vespa que no iba a ir a la fiesta de los valencianos. Quise volver con los amigos de la facultad con quienes había llegado a Ibiza. «¿Qué pensará Toni de mi desaparición? ¡Llevo dos noches *missing*!» Llegué al apartamento de Cala Llonga. Estaban dormidos. Les dejé una nota y me fui a Santa Eulalia a comprar el periódico y el desayuno.

En Santa Eulalia, uno de los pueblos más bucólicos de la isla, se habían producido unas batallas campales entre hippies extranjeros y emigrantes llegados del sur de España a construir hoteles y bloques de apartamentos. Frente al quiosco, un grupo de aldeanos comentaban los hechos en plan socrático como si hubieran sucedido en algún lugar remoto. Sentado en un banco del paseo desde donde escuchaba su conversación, leí una información en el periódico que me sobresaltó. El Gobierno acababa de aprobar dos decretos que denigraban aún más a la universidad española. El primero facultaba al ministro de Educación, cuyo equipo ministerial había dimitido ante la falta de medios para aplicar la Ley de Educación, para nombrar rectores sin consultar al Consejo de Catedráticos ni a los decanos. El segundo suspendía durante un año los estatutos de gobierno de las universidades de Madrid y convertía a sus rectores en jefes de policía. Podían, por ejemplo, designar un Consejo de Disciplina de tres profesores con capacidad para sancionar e inhabilitar a cualquier estudiante que atentara contra el régimen. El profesorado no numerario debía acatar además el credo franquista si pretendía

mantener puesto y sueldo. Leí varias veces la noticia. Estaba claro que a partir de entonces el certificado de buena conducta sería preceptivo para todos los universitarios de España. A toda prisa regresé al apartamento para dar la noticia a mis compañeros.

«¿Sigue siendo nuestro rector el economista Fabián Estapé?», me preguntó Toni horas después, mientras permanecíamos echados sobre la arena de la cala nudista de Agua Blanca. El paraje era un conjunto de pequeñas playas salvajes bajo un acantilado suave cerca de San Carlos, el pueblo más hippy de la isla.

Le conté que el rector recién nombrado se llamaba Caballero y que parecía un cabo de la guardia de Franco, mientras que Estapé, el anterior, iba de demócrata y se paseaba por ahí con Alfonso Carlos Comín y Manuel Sacristán, los popes comunistas, y también con el ex rector Manuel Albadalejo. A propósito de este último, que fue a quien le tocó lidiar con los míticos enfrentamientos de 1969, le expliqué la historia del asalto al rectorado: desde la ventana del despacho del rector, los jóvenes más radicales habían lanzado el busto de Franco contra los i adoquines de la calle; uno de ellos, Felipó, había arrancado la cortina de terciopelo rojo del rectorado y la había colgado de la ventana como símbolo de la ocupación roja. La acción despertó tanto el temor de la burguesía barcelonesa como el de los miembros moderados del FOC (Front Obrer de Catalunya), entre los que se encontraban Pasqual Maragall, Narcís Serra, Miquel Roca y nuestro profesor de Derecho Político, Isidre Molas.

«¿Y cómo es que no defenestraron al rector?», me preguntó Toni, a quien le hastiaban mis flirteos con los comunistas.

Toni me contó que Fabián Estapé era amigo de su tío y que en una revista había visto una foto suya con Franco en el Pardo.

«¿Sabes si Estapé es del Opus?», le pregunté.

«No creo, aunque sí ha colaborado en el Plan de Desarrollo del súper ministro López Rodó. Supongo que cuando fue rector no quiso confirmar a Jiménez de Parga como decano de nuestra facultad para no tensar la red que le une al Pardo. Como no nombren decano pronto, me temo que habrá otro año sin facultad.»

Me preocupaba enormemente que Pepe de la Torre emigrara de facultad. Él había sido mi adalid estudiantil. A su padre, al que habían nombrado presidente de la Audiencia en Santiago de Compostela, le debíamos una clase particular de Derecho Penal. El profesor se llamaba Juan José Martínez Zato, un fiscal muy competente.

«Te juro, Pepe, que preferiría que nombraran decano a Córdoba. Las pocas clases que Jiménez de Parga nos ha dado en el aula magna han sido un tostón empalagoso.»

Pasé el resto de las vacaciones en Camprodón, el pueblo mágico de todos los veranos de mi infancia y adolescencia. Aquel año, en la cabalgata anual de disfraces, los más lanzados de mi grupo montamos un carromato decorado con globos, banderas y pancartas contra la guerra de Vietnam, a favor del

movimiento hippy y del amor sin tabúes de sexo, y en pro de la legalización de la marihuana. Simulamos las elecciones norteamericanas que se iban a celebrar en noviembre y apostamos por el candidato demócrata, un tal George McGovern, que iba de progre, frente a Richard Nixon, que era la derechona. La politización, desde que los curas del colegio se habían vuelto comunistas, alcanzó a una pequeña parte de aquella colonia veraniega de la burguesía más rancia de Barcelona. Seguía saliendo con Cuca, mi novia de siempre y perdiéndome en las montañas más altas con una moto de poca cilindrada.

## DELEGADO DE CURSO

Aquel mes de septiembre me compré una libreta de tapa dura. En la etiqueta escribí: «Diario de un estudiante». Lo hice con una pluma Parker de plata que deseaba tener desde hacía años y que mi madre acabó por regalarme con motivo de mi veintiún aniversario. Me la entregó en el vestidor, una salita junto a su dormitorio donde estaban colgados los cuadros de mis abuelos paternos pintados por Ramón Casas. Mi madre abrió su secreter, sacó una cajita envuelta en papel azul y me dijo: «Toma con ella tus apuntes de clase, escribe novelas. Imaginación no te falta». Yo suspiré con aire desencantado: «¡De qué clases hablas!». Le di un beso y ella me pidió que la acompañara a tomar un café. Casi a diario, antes de comer, solía tomar uno con sus hermanos, Antonio y Mercedes. El primero era mi padrino y tenía un taller de artes gráficas. Mercedes era una mujer soltera, más sociable que mi madre, que fue como una segunda madre. Adoraba a sus sobrinos y yo era el benjamín. De pequeño me regalaba caprichos cuando hacía travesuras. Como regía una tienda de objetos de escritorio en la calle Canuda con las Ramblas, durante las vacaciones de Navidad, desde los dieciséis hasta los veintiún años, hice de dependiente y así me sacaba unos duros. Cuando iba a comer a su casa me decía: «Estudia mucho, trabaja, cásate y vive bien». Aquel año ya tenía cáncer.

Lo que más ilusionaba a mi madre era reunir a su clan; se movía siempre con delicadeza y no le gustaban otro tipo de fastos sociales. Su familia, los Sanpons, sabían divertirse entre ellos con cariño y jamás daban importancia a sus discusiones, que consistían en llevarse la contraria porque sí y no duraban más de cinco minutos. Eran unos conversadores natos, amaban los libros de historia, la buena literatura europea y la música clásica. Mi padre, que pertenecía a otro tipo de burguesía, le había transmitido una cultura más abierta. La cualidad que mejor definía a mi madre era la de saber distraerse sin hacer ruido. Tocaba el piano, disfrutaba en el cine sola, hacía labor leía buenos libros, iba a conciertos y nunca murmuraba de los demás. Mis padres vivían una historia de amor muy a su aire, sin necesidad de grandes caprichos. Eran austeros. Muchas noches salían a cenar solos y luego paseaban por el Barrio Gótico. Mi padre le contaba los sueños y los problemas que había compartido con el arquitecto Adolf Florensa cuando el barrio fue restaurado con más arte que presupuesto, mientras mi madre observaba con interés. A ella lo que más le fascinaba en este mundo eran mi padre, la música y el mar. Sin duda, muy a su modo, era una mujer dominante que sabía llevar la casa con templanza, por lo que rara vez podías enfrentarte a ella. Su buen hacer marcaba el ritmo del hogar en un equilibrio casi perfecto, evitando todo tipo de enfrentamientos. Jamás le escuché un grito o un insulto. A mí, el pequeño, siempre me sobreprotegió. No me dejó jugar al fútbol aduciendo un soplo en el corazón que me habían detectado en mi época de parvulario y que, según mi cuñado, no tenía la más mínima importancia. Desde la adolescencia, fue parca en hacerme reproches. De entre todas las amigas de su edad, mi madre fue la última en tener hijos. Aquello la hizo eternamente joven.

Mientras fui niño, se divertía llevándome a lugares que excitaban mi fantasía y la suya. En las atracciones del Tibidabo siempre acabábamos perdidos en el bosque, y cuando subíamos a los barcos que recorrían el puerto, imaginábamos la vida en países remotos a los que llegaríamos en biscúter. Era una romántica, aunque jamás tocó el abismo de Novalis. Sólo lo rozó durante la guerra, aún soltera, cuando iba en busca de comida para sus sobrinos pequeños y el resto de la familia al pueblo de Lérida del ama, una mujer que llevaba muchos años en la casa. En más de una ocasión había tenido que refugiarse bajo el vagón de un tren en pleno bombardeo aéreo, mientras se metía en la boca parte del puño para que el impacto de las explosiones no le reventara las entrañas. Su padre y su hermano habían estado en la cárcel media contienda. Salieron indemnes. Mi abuelo primero, porque su taller de artes gráficas, colectivizado por los anarquistas, necesitó de su consejo para seguir funcionando.

Ninguna de mis dos familias, que eran de derechas, tuvo muertos, lo que ayuda a explicar una historia familiar sin resentimiento. De entre todas aquellas anécdotas de guerra, la que más me divertía era la de las milicianas formando en el recibidor de casa de mis abuelos, con rifles en el cinto y una gorra de la FAI en la cabeza. Imaginaba a mi abuela, una mujer de porcelana, horrorizada, y me partía de risa. Una y otra vez pedía que volviera a relatarme aquella historia u otras parecidas. Las milicianas eran las chicas de servicio que en sus ratos libres se dedicaban a buscar las imágenes de los santos que mi abuela había escondido. Nunca las encontraron. Mi abuela materna, la única que conocí, mezclaba al hablar un

catalán *noucentista*[3] con el castellano de San Sebastián, donde veraneaba. Solía pasar las mañanas en el Salón Rosa del Paseo de Gracia, al que siempre acudía con sombrero y velo, junto a un grupo de amigas. Yo la visitaba con mi tata al salir del parvulario y me daban caramelos. En mis años de facultad ya estaba muerta.

Tras aquel verano feliz en Ibiza y en Camprodón, llegué a Barcelona con muchos ánimos, decidido a dejar definitivamente económicas, centrarme en derecho, estudiar mucho y pendonear lo menos posible. Una tarde abrí mi diario, todavía en blanco, y escribí: «¿Podremos aprender algo este año en la facultad? ¿La van a abrir?». A continuación, apunté una lista de buenos propósitos. Entre ellos estaba el de aclarar mi relación con Cuca y mis actividades sexuales furtivas que tanto excitaban mis ansias de conocer mundos menos convencionales. Me preocupaba la separación de los padres de Cuca por lo mucho que a ella le afectaba. En aquel tiempo los matrimonios solían aguantar hasta el mausoleo y cualquier divorcio, aparte de ilegal, era asunto escabroso. Ella quería estar con su padre, al que adoraba y, sin embargo, se veía obligada a vivir en una casa que su madre había comprado junto a la iglesia redonda sobre el Turó Park. Cuca era menor de edad, tenía diecisiete años, y las presiones de unos y de otros le soliviantaban sin que yo me atreviera a intervenir. Solía dejarla hablar mientras merendábamos solos en el bar del castillo de Montjuic contemplando cómo caía el sol sobre Hospitalet y Cornellá. Cuca, pese a su edad, manifestaba un carácter poderoso. Estaba en proceso de formación y mi temor

---

3 Decimonónico, literario.

se centró en que una boda prematura pudiera acabar con los deseos de los dos. Tal posibilidad me ponía tenso. Yo pretendía acabar la carrera lo antes posible, fundar el despacho con Toni Miró-Sans y Pepe de la Torre, ganarme la vida y montarme un apartamento con una buena biblioteca donde escribir tranquilamente cuentos, poemas y novelas para mí y para mis amigos de Camprodón.

El centro de mis preocupaciones era la posibilidad de que la facultad no reabriera sus aulas tras siete meses de cierre. Los presagios del mundo universitario eran de lo más nefasto, y el ambiente de la calle no era mejor: la mayoría de la población aceptaba el franquismo por conveniencia, con lo que difícilmente iba a caer. Aquel tiempo estuvo marcado por un desánimo general ante la pervivencia del régimen. En eso estaba cuando *La Vanguardia* del 5 de octubre de 1972 publicó una nota del rector: «Ante las dificultades que presenta la adecuada acción docente, inscripción de alumnos, locales, dotación del profesorado, renovación de cargos en las facultades, la Junta de Gobierno de la Universidad Central de Barcelona ha acordado aplazar hasta nuevo aviso la apertura oficial del curso 1972-1973».

Pepe de la Torre, que aún no había partido a Santiago, sabía ponderar las muchas informaciones de que disponía y sugirió que las autoridades habían creado la Universidad Nacional de Educación a Distancia en Barcelona para meter Derecho en ella y clausurar la nuestra definitivamente. A continuación, muy serio, extrajo de una carpeta de plástico negro el «Informe Político del Frente Universitario de Bandera Roja de septiembre de 1972»: «El problema de la universidad es hoy

para la dictadura franquista un problema de supervivencia política, por lo que está dispuesta a subordinar reformas concretas en materias educativas y endurecer la represión».

Pepe era alto y corpulento, se sacó las gafas y nos pasó el documento. Su hermano gemelo, que estudiaba arquitectura y era militante destacado del Partido Comunista Internacional, le sopló que Solé Tura preparaba su candidatura a director de una nueva facultad en Lérida. Dicho rumor nos hizo temer una nueva catástrofe, pues los de Bandera preparaban concienzudamente sus estrategias y tenían información. «Si Solé Tura se va a Lérida es que van a clausurar nuestra facultad», pontificó Toni.

Leímos aquellos cinco folios ciclostilados en el estudio de Consejo de Ciento. Según Bandera Roja, la situación orgánica del movimiento estudiantil era muy heterogénea. La reliquia del antes todopoderoso Sindicato Democrático de Estudiantes, donde se habían formado los políticos que liderarían la transición, subsistía en Salamanca y Granada. En Madrid se elegían representantes. En Barcelona y Valencia los comités de curso se habían transformado en organizaciones implantadas en todo el distrito. Tras una lectura más atenta, llegué a la conclusión de que el objetivo político de Bandera era crear un frente amplio controlado por ellos que preparara la huelga general indefinida para cuando Juan Carlos fuera proclamado rey.

El problema aparente de nuestro distrito era que los estudiantes de filosofía y letras no tenían edificio y los barracones provisionales no estaban terminados. El de fondo

era otro. Paco Noy, un catalán progresista que era director del ICE (Instituto de Ciencias de la Educación), que trabajaba con el ministro Villar Palasí y que llegaría a director de *La Vanguardia* en los primeros años de la democracia parlamentaria, no había conseguido anular los expedientes a profesores del distrito universitario de Barcelona. Aunque sólo quedaran tres de una lista de más de sesenta, las protestas y pintadas iban a imposibilitar un principio de curso sereno. Cada año, antes de empezar el curso, el Ministerio de Gobernación enviaba al de Educación la lista de profesores, que por motivos políticos, no debían ser contratados. Por mucho que los profesores que lideraban los pequeños partidos marxistas se refirieran por igual a los problemas de profesores y alumnos, pesaban mucho más sus problemas laborales que nuestros problemas académicos. El choque generacional ya era patente también con ellos.

Abatidos y malhumorados, los diez o doce estudiantes que solíamos reunirnos en el estudio decidimos comer bocatas en algún bar de los alrededores. Ya en la calle, vimos salir de un portal de la calle Bailén a un profesor, colega de Solé Tura, con un estudiante. El estudiante era Porki, apodo de Javier Vidal Folch, un tipo inteligente y algo vanidoso con quien yo había coincidido en los jesuitas de Sarriá en preuniversitario. Al vernos, se subió a un autobús y desapareció sin saludar. ¡Diantre!

No pudimos preguntar a uno de los cuadros más importantes de Bandera Roja acerca de la nota que habían publicado los periódicos ni de la dimisión de los decanos de las universidades de Madrid en respuesta al decretazo de julio.

Cualquier información iba de boca en boca, se exageraba y había que cazarla al vuelo. La prensa diaria ocultaba o confundía a causa de la censura y de los intereses a que servía. Si sabías leer entre líneas las informaciones de algunos periodistas de izquierda podías llegar a enterarte de algo, aunque ellos también manipulaban al obedecer las consignas comunistas. Lo único que conseguimos averiguar es que muchos simpatizantes de los ML (marxistas leninistas) se habían pasado en masa al PSUC y que Bandera tenía menos gente. Aunque lo cierto es que los militantes de todos estos partidos formaban una minoría exigua.

Un comentario de Ignacio Giménez Frontín –un chaval excéntrico con gafas de concha que fumaba en pipa y al que le fascinaban las mujeres *potelé*– ilustraba por dónde íbamos la mayoría: «En España todo es ilegal, lo que me produce gran excitación.

Desde que me levanto hasta que me acuesto cuanto hago y pienso está prohibido. Lo que no me prohíben los unos, me lo prohíben los otros. Con lo que ante vosotros declaro que me paso por el forro cualquier prohibición. Lo único que me importa es la divertida revolución en casa de nuestra común amiga Bea cuando pone a Armando Manzanero en su *pickup».* O este otro comentario de un tipo corpulento cuyo nombre he olvidado: «Las masas no están desorientadas por falta de liderazgo. Lo que están es hartas de tanto oscurantismo. Que se sepa, Franco sigue en el Pardo y se parte de risa cada vez que le hablan de nuestra facultad».

El 17 de octubre, el ministerio, presionado por el almirante

Carrero Blanco, el segundo del régimen, amenazó con el cierre definitivo de la Facultad de Derecho si la Junta de Gobierno no proponía en una semana una terna tal y como ordenaba la ley.

De no hacerlo así, la facultad se transformaría en un Instituto de Estudios Jurídicos dependiente del ministerio, que conservaría los profesores contratados y despediría a interinos y profesores no numerarios.

A partir de aquel principio de curso todo fue rápido, muy rápido en mi vida. La consigna del PSUC en nuestro distrito universitario pasó de ser «Apertura sin sanciones» a «Todas las facultades abiertas», en solidaridad con nosotros y con Arquitectura, ambas sin decano. Estaba claro que para quienes colgaban los carteles, sin facultades abiertas no había posibilidad de alborotos ni de captar nueva clientela. Los de Bandera la preferían clausurada y sin decano: por suerte, no se salieron con la suya. Pero sólo hasta cierto punto.

El doctor Polo Díaz, catedrático de Derecho Mercantil, además de un cachondo que amaba los puros y los toros, era el catedrático de más edad y quien finalmente salvó la facultad. Le faltaba muy poco para la jubilación y era un hombre respetado que escuchaba a los estudiantes y frenaba la ambición de los profesores más radicales. Hombre educado en la República, liberal y con fino sentido del humor, tenía un hermano exiliado en México que llegó a dirigir la prestigiosa editorial Fondo de Cultura Económica. Polo Díaz, tras conseguir unir al profesorado –no numerarios incluidos–, negoció con las autoridades la fórmula para desatascar la situación. Asumió la responsabilidad de ser decano accidental, abrir las puertas de

la facultad y convocar a los alumnos el primer día de clase en el aula magna.

Polo subió al estrado muy risueño y flanqueado por los catedráticos de más prestigio, Sureda, de Economía Política, La Torre, de Derecho Romano, y los dos de Penal, Octavio Pérez Vitoria y Juan Córdoba. El doctor Polo desplegó con porte de senador romano un papel que tenía escrito pero no llegó a leer y dijo: «Al objeto de constituir una Junta de Facultad con representación de todos los estamentos que elija la terna exigida por el ministerio, yo, decano en funciones, por ser el benjamín [risas] convoco elección de delegados. Os reuniréis en asamblea y cada curso elegirá a su representante que lo será tanto de diurnos como de nocturnos. Durante el proceso electoral, prometo que la policía no pisará el centro».

¡Grata sorpresa! Mientras en algunos círculos se hablaba de democracia como panacea, en ninguno se celebraban elecciones.

La asamblea duró casi toda la mañana. Los comunistas del PSUC, que habían crecido en número e influencia, insistieron en que cada delegado sólo lo fuera para la elección de decano y que debían acatar en la Junta de la Facultad la decisión de la asamblea de curso. Los de Bandera no querían ni ternas ni elección de delegados: el decano era Manuel Jiménez de Parga y los estudiantes debían votar por él. «Hay que forzar al régimen a cumplir la voluntad popular cuando ésta se ha pronunciado», defendió uno de ellos. «¿Quién ha elegido a Jiménez de Parga? Yo nunca lo voté», proclamó un estudiante de cuarto curso.

Manipular las asambleas era el pan nuestro de cada día. Cinco o seis miembros de un determinado grupo político tomaban la palabra y se la iban pasando sin dejar hablar a los demás. Los rollos eran tan pesados y demagógicos que, a la media hora, el noventa por ciento de los asistentes había abandonado la asamblea. Entonces «los más politizados» decidían que había llegado el momento de votar. Parece que así fue como los futuros cuadros de la transición aprendieron a gestionar la democracia.

Quienes defendían la voluntad de la mayoría eran acusados inmediatamente por los miembros de estos grupúsculos de pandilla de gamberros inmaduros, frívolos o pijos. Descalificar al contrario fue la estrategia leninista por excelencia.

Un sábado por la mañana, un grupo de estudiantes de mi clase me citó en un bar de Rambla Cataluña: «Tienes que presentarte, Pepe», me dijeron a bocajarro. «La gente te aprecia, sabes escuchar, dices lo que piensas y eres amigo de los comunistas. Hay que evitar por todos los medios que ciertos elementos nos sigan manipulando. Estamos hartos de tanta huelga inútil.» El doctor Polo había conseguido que los estudiantes de cada curso eligiéramos un delegado en asamblea.

Me presenté, vencí y convoqué a mis rivales, especialmente al candidato oficial del PSUC, Arturo Obach, alias el *Che*, un volcán, a quien los teóricos revolucionarios de otros partidos acusaban de guevarista. «¡A partir de hoy, trabajaremos unidos para que la facultad siga abierta!», les dije.

Arturo, con la expresión encendida, me explicó que la prioridad de las fuerzas políticas era que todas las facultades siguieran abiertas para potenciar el movimiento estudiantil con gente independiente, a fin de conseguir entre todos la libertad y el socialismo.

Me resistí a creerle. Yo sabía que el PSUC pretendía cooptar a cuanta más gente mejor e imponer su ideología a «las masas». No me corté y le dije: «Es absurdo pensar que sólo los cuadros políticos del PSUC puedan concienciar a las masas». A continuación, le recriminé que muchos de «los cuadros» se estuviesen infiltrando en los instrumentos legales del Estado franquista. Dicha estrategia, a mi modo de ver, conducía inevitablemente a la perpetuación del régimen con otras formas. Y le solté la famosa frase de *El gatopardo*, de Lampedusa: «Es necesario que todo cambie para que todo siga igual».

Años más tarde, me enteré de que mi elección causó decepción entre quienes manejaban los hilos políticos de la facultad desde las sombras. «Pepe Ribas es la derecha», dijeron algunos. Por lo visto, que mi padre hubiera sido falangista de primera hora y amigo personal de José Antonio, y mantener lazos afectivos con los veraneantes de Camprodón, me condenó en el instante en que estaba naciendo a la política.

Pasé aquella lejana tarde del día de la elección con los del PSUC de mi curso: Arturo, alias el *Che*, y su inseparable amiga Marga, la ibicenca eléctrica de labios gruesos y trenza negra que tanto contagiaba el entusiasmo revolucionario. También estuvieron Neus Casajuana, menuda de cuerpo y con un

corazón que llenaba de humanidad cualquiera de las teorías comunistas con las que interpretaba la realidad; Toni Doménech, sesudo marxista, muy filósofo, al que le cubrían la cara inmensas barbas decimonónicas y que mucho después dedicaría más de diez años a una tesis doctoral contra el individualismo. Y algunos más.

Aquella tarde lluviosa me recomendaron libros marxistas. También comentamos estrategias para que un amplio movimiento de masas pudiera acabar con el franquismo y para que el comité de nuestro curso tuviera la máxima aceptación. Yo les sugerí que fueran a Perpignan a ver la película *La classe operaia va al paradiso*, de Elio Petri, y me comprometí a asistir a las reuniones de los comités que tuvieran que ver con los problemas de la facultad.

Arturo Obach, restablecido de la decepción por no haber resultado elegido, me confesó confidencialmente en el autobús, de regreso al centro, lo mal que lo había pasado en comisaría el año anterior. La verdad es que la detención le había envuelto en un halo de héroe. Así es como por fin había conseguido, aunque sólo por un corto periodo de tiempo, el amor de la mujer de sus sueños: Marga Lliteras, la ibicenca. Con ella se había escondido unos días en casa de Lluís Bassets, el periodista del PSUC que redactaba los famosos boletines clandestinos de la API (Agencia Popular de Información). Mientras la poli le perdía la pista, la nueva pareja se esfumaba a la casa del abuelo de Marga en Formentera a disfrutar, fuera de peligro, de unas vacaciones obligadas. «Me salvó el juez Joaquín García Lavernia», me dijo Arturo, «que estaba hasta los cojones de hacer de carcelero del ministro de la Gobernación».

Arturo no había firmado la declaración policial ni tenían pruebas contra él. Cuando me habló de *Los diablos* de Ken Russell, recordé que habíamos ido juntos a un festival de cine en Ceret días antes de la detención. Por lo visto la película le había ayudado en los interrogatorios: «Tras negar al poli mi vinculación con los comités, le conté el argumento. Cuando me preguntaba si los actores salían desnudos, los ojos se le salían de las órbitas». A continuación, Arturo me confirmó que el año anterior sólo simpatizaba con los marxistas leninistas y que efectivamente había sido el representante de nuestro curso en los comités. «Escucha, Pepe, la peor tortura es el terror que pasas al pensar que pueden decretar el estado de excepción en cualquier momento. Resistes setenta y dos horas, el tiempo máximo en comisaría antes de ir al juez. Más horas no aguantas. Si lo hubieran decretado tal como se rumoreaba, me podían incomunicar en una celda sin límite de tiempo. Entonces es cuando cantas *La Traviata.»*

Supongo que en ese momento la policía secreta trataba de escoger a sus confidentes. Se decía que en Derecho espiaban varias gargantas profundas.

Por Arturo sentía debilidad. Era un activista auténtico que no iba con monsergas teóricas y que había sabido resistir la tortura sin cantar ni denunciar a nadie. «Una noche me rodearon varios policías en círculo y me gritaron varias preguntas a la vez. Aturdido, me cubrí la cabeza con las manos mientras recibía hostias de aquí y de allá. Cuando te las dan, sientes como una liberación.

El torturador hábil es aquel que te mantiene en el miedo

indefinido y no pega.» Lo peor fue cuando lo agarraron por la pechera y le sentaron en el quicio de una ventana: «No serás el primero que cae», le dijo entonces uno de ellos. Ya en el juzgado supo que los catedráticos Córdoba, Sureda y Jiménez de Parga estaban allí para hacer presión.

Con el revuelo que provocó la elección, aquella noche añoré los mimos de Cuca. Aunque ya no estuviéramos juntos, sentía la necesidad de compartir. Lo cierto es que pasé una noche muy distinta a las demás. Busqué el mar. Le pedí prestado el Seiscientos a mi madre y me fui al castillo de Montjuic. El paraje estaba desierto y suspendido en una calma algo tenebrosa. Aparqué antes de cruzar el foso y fui tanteando el terreno casi a ciegas hasta que, tras algunos minutos de pasos encogidos por el miedo, di con un sendero que me condujo a una pequeña cueva colgada del acantilado. Desde allí podía ver la explanada de los muelles del puerto y la fábrica metalúrgica de mi tío Luis Riviére.

La presencia de aquella fábrica medio abandonada en Can Tunis me tranquilizó. Acurrucado y en cuclillas, contemplé inquieto el mar en su infinitud, sin luna y en silencio. Fue entonces cuando identifiqué con claridad una poderosa voz interior. La voz que tantas veces me ha hablado y que tanto ha hecho para no acomodarme jamás a nada que pudiera apartarme de una vida independiente y libre. «Sé fuerte y aprende a vivir solo.»

Al volver al coche, la ciudad me pareció suspendida en un tiempo definitivamente caduco, y me asusté. Tuve la certeza de que mi proyecto no estaba en ella y de que si me quedaba,

el entorno me negaría el mundo que ansiaba descubrir. Ya en mi habitación, de madrugada, llené varias hojas de mi diario con las experiencias de aquel día en el que resulté elegido delegado. Me sentía vulnerable, pero mi voz interior me empujaba a ser valiente, a aparcar mi origen y a luchar por un mundo nuevo sin hipocresía.

Al día siguiente empezó el curso sin policías ni altercados. Después de clase, Toni Miró-Sans y Rita Galofré, que pasaban de politiquerías, consiguieron mesa en un bar atestado y nos repartimos las asignaturas en las que cada uno debía tomar apuntes.

Rita era buena compañera de estudios y nos hicimos amigos. Cuando me levanté para ir a la barra del «único bar con facultad», me asaltó un chaval. Era un tipo con fama de pedante, popular por la oratoria en las asambleas y por haber estado en la sala durante el famoso juicio de Burgos contra los militantes de ETA acusados del primer asesinato de la organización, en diciembre de 1970. Yo creía que aquel muchacho, hijo de uno de los escasos comunistas con rostro, el abogado Josep Solé Barbera, también era del PSUC. Me lo negó entre risitas y me dijo que a él lo habían expulsado del partido por exceso de imaginación. Luego se tragó de un sorbo un carajillo de anís.

José Solé me habló de Celine, de Scott Fitzgerald y de Cernuda. Me recitó de memoria un párrafo muy extenso de *El gran momento de Mary Tribune*, de Juan García Hortelano, una novela que acababa de salir y que según él era estupenda. Me contó que era amigo de la actriz Janine Mestres, bella y

voluble, y del comunista Pere Portabella. Portabella, un miembro destacado de la *gauche divine* que había aglutinado a lo más granado del arte conceptual –el Grup de Treball– y hacía cine experimental tras haber producido *Los golfos*, de Carlos Saura, en 1959.

José me pareció diferente a los demás y cultivé su amistad con ilusión. Aquel mismo día comí en su casa y conocí a su padre, un abogado que defendía ante el Tribunal de Orden Público y en Consejos de Guerra a los detenidos por motivos políticos que cayeron en Barcelona en aquellos años turbulentos. Josep Solé Barbera era el único comunista respetado en amplios sectores de la ciudad. Era crítico con la Unión Soviética y defendía la reconciliación nacional en libertad y con igualdad de oportunidades para todos, según contó en la mesa. Su mujer, muy piadosa, morena de ojos oscuros, se esmeraba en la cocina para los amigos que luchaban por un país sin bozal y que acudían en tropel al discreto hogar de la calle Padua en busca de vitamina democrática.

Fue una comida con debate distendido. El padre de José había compartido celda carcelaria en Montjuic durante la guerra con mi tío Antonio Sanpons. También sabía quién era mi padre y, pese a estar en sus antípodas, me dijo que era honrado y que había ayudado a gente contraria al régimen. Mi primo, Carlos Sanpons, era buen amigo suyo. A Carlos le detuvieron en 1958, cuando la famosa caída de Luis Martín Santos y demás dirigentes socialistas como Joan Raventós. En su casa se reunía desde hacía años la clandestina Comissió de les Forces Polítiques i Democrátiques de Catalunya.

Los puntos comunes en los inicios de una relación ayudan a tejer los hilos de la confianza mutua. Mientras comíamos, el padre defendió sin paliativos la necesidad de consolidar una asamblea de intelectuales y políticos de Cataluña más plural y menos opaca que la Taula de Forces Polítiques. Las tácticas del PSUC y del PCE, tras el tercer y octavo congreso, respectivamente, buscaban abrirse socialmente a las profesiones liberales y a los sectores demócratas, republicanos, cristianos y catalanistas.

José hijo, que recién había cumplido los veinte años, fue salpicando la comida con citas y más citas entresacadas, según decía, de las novelas que había escrito y que guardaba en un cajón. Después del café, mi amigo me llevó a su cuarto, junto al salón. Estaba atestado de libros, cuadros y carteles de la República. Me quedé prendado ante una pintura que el pintor Josep Guinovart le había regalado. José me enseñó una libreta con relatos breves y alguno de sus tesoros, como un pañuelo negro que había pertenecido a la Pasionaria. Nos sentamos sobre la cama y recuerdo que le pregunté por el carácter de su padre. «Arrollador, más bien», comentó. Cogió un libro de poemas, lo abrió por una de las páginas y lo dejó sobre la colcha. Era *Pisan Cantos*, de Ezra Pound. Había muerto hacía poco y José insistió en que era uno de los poetas más influyentes de su generación. «Fue tan crítico con el *american way of life* que se fue a vivir a Italia y llegó a tratar a Mussolini. Tras la Segunda Guerra Mundial, le declararon loco, le metieron en una jaula para bestias y estuvo trece años encerrado en un manicomio. Y no por fascista sino por detestar el utilitarismo liberal norteamericano y el consumismo como forma de vida.»

El timbre del teléfono nos interrumpió. Llamaba una novia de José que estudiaba con nosotros y que decía cosas tan cursis como que los calcetines deben combinar siempre con el color de la bufanda. Los tres colegas acabamos «viviendo» la película *Cabaret* en el cine Urgel.

## EXPOSICIÓN DE POESÍA

La preciosidad que daba prácticas de Derecho Administrativo se movía sobre la tarima de clase como Janis Joplin en concierto. La melenita morena le caía a ambos lados de la cara, ella se la apartaba con duende flamenco y a nosotros nos subía la adrenalina. Mientras Cristina Grau resolvía los casos, daba pasitos rápidos sobre la tarima. ¡Qué torrente de simpatía emanaba de aquella mujer! Tenía veinticinco años y ya era profe. ¿Me atreveré a invitarla a cenar? ¿Aceptará? Yo aún no había asumido que durante aquel curso iba a gozar de un pequeño privilegio. Entre aquella masa abigarrada de estudiantes cualquiera podía identificarme por mi condición de delegado. Por otra parte, escuchar a unos y a otros me daba energía. Tratar a los profesores de tú a tú había sido mi apuesta desde primero y por fin era algo que surgía sin esfuerzo. Con los ojos muy abiertos, intuía las actitudes, ponderaba las diferentes visiones, las analizaba y opinaba con cautela. Corría el temor a los confidentes y para escuchar las diversas tendencias había que ganarse la confianza ajena.

Bajé de la clase de prácticas de Administrativo bastante agitado y me fui al bar. En una mesa del fondo estaban José Solé y Antonio Otero. Este último, el poeta más maldito de la facultad, recitaba un extracto de los *Cantos de Maldoror* con ojos de lechuza por los carajillos. Me contaron que habían redactado un manifiesto delirante con diez preceptos y que lo

habían colgado en la cristalera del bar. «Hemos convocado la primera muestra de poesía universitaria», apostilló Antonio, y siguió leyendo en voz alta el libro de Lautréamont. En estas llegó Alfredo Astor, otro aspirante a poeta que iba de dadá. Tras escuchar el lío que nos traíamos entre manos recuerdo que murmuró: «En cuanto he leído en la convocatoria que se prohíbe la participación de los funcionarios de parques y jardines y que ninguno de los diez preceptos enunciados tiene valor, he sabido que era vuestra». Alfredo, un diablo de bucles dorados, ojos azules, piel muy blanca y pelliza marina cargada al hombro, encandilaba a todas las chicas de la facultad. En cosa de minutos revolotearon dos o tres muchachas alrededor de la mesa hasta que alguien buscó sillas para que se sentaran con nosotros. José les preguntó si habían leído *El gran Gatsby.* Como no sabían nada de dicha novela, José se explayó, explicándoles con todo lujo de detalles ciertos secretos, que según él, guardaban Daisy Buchanan y Jay Gatsby, los protagonistas del libro, en una cabaña secreta de Coney Island, no lejos de la gasolinera donde Daisy había atropellado a la amante de su marido. Elena Casanovas, una compañera que llegó a mitad de la narración, sí la había leído y aplaudió los cambios en el argumento que había introducido el parlanchín de José.

«Amable mesero, esto hay que celebrarlo. Haga el favor de escanciarme una nueva libación», dijo Antonio Otero.

Jaume, el camarero canoso que había visto pasar muchas promociones, era toda una institución en la facultad. Por la noche servía copas en la Bodega Bohemia, un cabaret popular del Barrio Chino.

Salimos riendo del bar hasta el vestíbulo, donde dimos de bruces con Arturo Obach y Marga Lliteras, que en compañía de otros *psuqueros* contemplaban el cartel que había hecho Arturo con dibujos de Snoopy. En vez de «Fuera la policía de la universidad» decía «Fuera los estudiantes de la facultad». Elena Casanovas, a quien Antonio había declarado musa de la muestra poética, por culta, lectora y melancólica, alabó los trazos de los dibujos. Arturo agradeció los elogios y adujo que su sentido del humor estaba en las antípodas de las majaderías de los de Bandera Roja: «El otro día en una reunión de comité de curso uno de ellos dijo: "Camaradas, en estos momentos tan graves no hay tiempo para la libido"; cuando todo el mundo sabe que las pocas mujeres de Bandera ascienden por vía vaginal». «¡Antes ramera que Bandera!», gritó José. Y se enrolló con que nadie debería asistir al seminario clandestino de los sábados por la mañana, donde Solé Tura simulaba analizar el libro de Fernando Claudín, *La crisis del movimiento comunista internacional*. Para José, lo que de verdad pretendía el jefe de Bandera era hacer proselitismo a militantes de otros grupos con la intención de controlarlos. Antonio añadió que en primero, Solé Tura había justificado en clase la invasión de Checoslovaquia por los tanques soviéticos. Aquel año, Bandera Roja, que estaba en contra de la Assemblea de Catalunya[4], se estaba quedando sin gente, al menos en nuestra facultad. Y no precisamente por lo de la Assemblea, cuya existencia ignoraba casi todo el mundo.

El 27 de noviembre de 1972, cientos de poemas pegados con celo forraron las paredes del *hall* de la facultad, ante el

---

4 Plataforma antifranquista constituida en 1971 por partidos políticos, sindicatos, organizaciones profesionales y civiles.

desconcierto general. Incluso tapizaron las paredes de las escaleras que bajaban al Instituto de Criminología. Los profesores, desde los catedráticos hasta los PNN de Derecho Político, no se pronunciaron ante aquella muestra espontánea que escapaba incluso al control de la pasma. Durante los días sucesivos, aparecieron más y más versos. Estaba claro: en aquel entorno pululaban más aspirantes a poeta que revolucionarios.

Mis compañeros del estudio de Consejo de Ciento se cachondearon de mi entusiasmo poético, aduciendo que muchos de los versos parecían lamentos de colegiala. Durante más de una semana estuve esquivo y dejé de estudiar con ellos. La condición de delegado y la exposición me lanzaban a otros lodos. Empecé a preocuparme por mi formación literaria y le propuse a José Solé la conveniencia de crear un taller donde debatir lecturas. José afirmó que le gustaba una idea de Alfredo Astor: montar un grupo de teatro de la experiencia y representar a Antonin Artaud.

Cesáreo Rodríguez Aguilera de Prat, un fijo del paisaje cotidiano de la facultad, era un tipo alto, moreno y reconcentrado que iba y venía de un lado a otro con porte de jirafa. Llevaba unas gafitas a lo Antonio Gramsci, una cartera llena de libros y una cazadora tres cuartos con los bolsillos repletos de convocatorias clandestinas. Había decidido militar en el PSUC tras larga reflexión. Su entrada en el partido había sido muy celebrada por el aparato de Miguel Núñez, la célula que daba las consignas en la universidad. La casa de los padres de Cesáreo en la Diagonal se convirtió en un discreto y activo centro de talleres políticos clandestinos, por donde pasamos

varios de nosotros. El padre era juez y un prestigioso crítico de arte de vanguardia. La madre, una mujer fuerte que sentía atracción por lo operístico, lo esotérico y la cultura romana, llenó la casa de gente variopinta sin que la policía se atreviera a asaltarla.

Sabíamos que Cesáreo era el comisario político encargado de investigar para el partido qué extraña operación proyectaban en Derecho los hijos de Solé Barberá y de Ribas Seva; mi padre por aquel entonces era vicepresidente de la Diputación. Los dirigentes del PSUC habían iniciado su reconversión al eurocomunismo y desconfiaban del imaginario contracultural de las nuevas generaciones.

Un imaginario más atento a la creación artística que al materialismo dialéctico; más cerca del rock visionario y el amor libre que de las doctrinas del socialismo científico. Para colmo, la movida poética de la Facultad de Derecho amenazaba con expandirse a otras facultades. Muchos estudiantes de filosofía, arquitectura y farmacia recorrían la muestra y de paso iban al bar más famoso de la universidad a corroborar de cerca la leyenda que corría de boca en boca: «Las tías más buenas de la universidad están en el bar de derecho». Durante semanas, Cesáreo nos tentó con planes futuros acerca de la cultura en la universidad. Nuestra capacidad de convocatoria hizo saltar algunas alarmas dentro de aquellos partidos que no conseguían liquidar los tics autoritarios ni en su propia casa.

«Hay que constituir la Comisión de Cultura de la facultad y buscar financiación en el decanato para desarrollar proyectos», propuso Cesáreo. «Y hacer un boletín que recoja la creatividad

y el pensamiento de los jóvenes. La participación espontánea en esta exposición muestra la inquietud que hay», dije.

Cesáreo nos largó una filípica sobre la hegemonía del proletariado, que antes de tomar el poder debía crear una nueva cultura y una moral popular para despertar a las masas del letargo franquista. Luego empezó a enrollarse con Gramsci y la dirección correcta.

Tomás Nart, que era de Lérida y le iba la poesía metafísica, se adhirió a nuestro grupo poético. Inmediatamente nos planteamos un retiro en Calella de Palafrugell, donde los padres de Alfredo tenían casa, con la idea de redactar un manifiesto y publicarlo en alguna de las editoriales de la *gauche divine.*

Los delegados de los cinco cursos de derecho teníamos que votar junto a catedráticos, representantes de profesores numerarios y PNN en la Junta de la Facultad para elegir decano. Los estudiantes debíamos hacerlo por el mismo candidato, según la consigna de los partidos clandestinos: No *a la terna*. «¡La voluntad política de la facultad sigue siendo Jiménez de Parga y nada de ternas!», proclamaba con pesadísima insistencia Manuel Ballbé, de Bandera Roja, que iba de mesa en mesa por todo el bar. Mucha gente lo cuestionaba y planteaba otras opciones, especialmente los estudiantes de mi curso, que se decantaban por nuestro catedrático de Derecho Penal, Juan Córdoba Roda.

Empezaron las asambleas de curso. Yo me esforcé en dejar hablar a quien pidiera la palabra, procurando que los militantes

de los partidos no secuestraran los turnos de forma encadenada. En la primera asamblea, que nadie consiguió manipular y en la que la asistencia fue masiva, la opción por Córdoba representó el ochenta por ciento de los votos. El resultado alarmó a los militantes marxistas. El profesor Solé Tura me llamó al orden y me explicó que el franquismo exigía ternas en todo nombramiento porque con ellas conseguía imponer al más facha de entre los propuestos. Como yo además de escuchar miraba a los ojos, intuí que el pope de Bandera me estaba mintiendo. Lo que perseguía era que no hubiera terna para que las autoridades cerrasen la facultad.

Joaquín Molins López-Rodó, destacado militante del PSUC con fama de liberal y delegado de quinto curso, me dijo en secreto tras alguna reunión de comité que no me preocupara, que no la cerrarían porque habría terna, puesto que los catedráticos más demócratas no votarían por Jiménez de Parga: «Ángel Latorre, de Romano, obtendrá el voto de alguno de ellos, y Josep Lluís Sureda, de Economía, también». Yo observaba las maniobras de unos y otros y empezaba a desvelar acertijos. Estaba claro que Bandera no manejaba la situación y que los del PSUC observaban las movidas de los catedráticos demócratas sin crispación. El franquismo aperturista estaba tejiendo una red entre los catedráticos democratacristianos, liberales y socialdemócratas en la que también aceptaba a catalanistas moderados y socialistas. Molins lo tenía que saber por su tío Laureano López Rodó, el súper ministro tecnócrata del Opus que había inventado los planes de desarrollo.

En la restrictiva reunión del comité de la facultad, los

estudiantes del PSUC, que eran mayoría, se alinearon, sorprendentemente, con los de Bandera. Unos y otros argumentaban que ninguno de los cinco cursos podía elegir a otro candidato que no fuese Jiménez de Parga. Que si en tercero dicha opción corría peligro, había que encontrar una estrategia para que el curso votara al mismo catedrático que el resto de los cursos. A tal fin se les ocurrió la idea de negociar con Jiménez de Parga una solución definitiva al espinoso asunto de Derecho Canónico en cuanto fuera decano.

El aprobado de Derecho Canónico era un problema para los chicos de mi curso. Nadie se había presentado al examen, ni en junio ni en septiembre. En las promociones anteriores, el boicot había conseguido el aprobado general.

El nuevo catedrático, un tal Prieto recién importado de Salamanca, se negaba a dárnoslo, con lo que ningún compañero podría apuntarse a las milicias universitarias. Este servicio militar consistía en dos veranos de campamentos y cuatro meses en una academia militar de la que salías alférez. El requisito de acceso, aparte de no estar fichado por la policía política, era haber aprobado todas las asignaturas de los dos primeros cursos de cualquier carrera. Necesitábamos pues el aprobado de Canónico con urgencia.

No fue fácil conseguir una cita con Jiménez de Parga. Cuando por fin me la dieron, acudí al lujoso despacho privado de Paseo de Gracia. Le expuse con humor que la mejor forma de manifestarse a favor del divorcio era acabar con Derecho Canónico. Me respondió con arrogancia que no podía inmiscuirse en los asuntos de otra cátedra. Insistí. Finalmente,

se comprometió a hablar con Prieto en busca de una solución de compromiso.

Tras una asamblea de curso bastante agitada, se acordó finalmente por cansancio que en la Junta de Facultad, yo, el representante, votara por Jiménez de Parga. «¿Qué tipo de democracia pretendéis los comunistas?», le pregunté a Joaquín Molins López-Rodó. Joaquín había militado como muchos de los nuevos miembros del PSUC en el mítico ML (marxistas leninistas) en la época del asalto al rectorado y se había convertido en un respetado comunista, inseparable de Marga Lliteras, la menudita de la trenza que hasta hacía poco había sido la compañera sentimental de Arturo y mi Pasionaria particular. La falta de cultura política tras treinta y tres años de dictadura, la imposibilidad de convocar públicamente reuniones donde debatir temas sociales y la longevidad de un régimen que para mantener la sumisión en orden había llenado el país de cochecitos, pantanos, turistas, polígonos industriales, viviendas y un crecimiento económico sin precedentes, fueron los argumentos con los que Joaquín, un hombre macizo y agradable con aire bonachón, trató de justificar su respuesta. Luego me explicó que en los congresos, tanto del PSUC como del PCE, no se podían abrir las puertas para que no se colaran confidentes de la policía. En un documento confidencial del partido que había llegado a sus manos había leído que si el PC hubiese permitido facciones internas y una amplia democratización, la policía se hubiera infiltrado con más facilidad y hasta hubiera podido crear una corriente propia y hundir la resistencia más seria contra el franquismo. Y añadió, en plan moraleja: «En el sexto congreso del PC, celebrado en el exterior, se coló más de un confidente y cuando los miembros

que vivían en España regresaron, la policía los detuvo a todos». Sus argumentos sonaban convincentes, pero los manejos de la dirección del PSUC me seguían pareciendo tan antidemocráticos como los de Bandera Roja. También es verdad, y cada vez era más obvio, que la rebelión de los jóvenes militantes del PSUC frente a los invisibles jerarcas del partido, tan autoritarios como sus más fieros rivales, iba en aumento. Algunos razonaban que desde que los dirigentes se habían inventado la Assemblea de Catalunya, la universidad había dejado de ser un centro decisivo. «Tratan a los estudiantes como a ganado», decían los más críticos.

La Junta de Facultad que debía elegir la terna fue convocada por el doctor Polo para el jueves, 14 de diciembre, día de San Juan de la Cruz, a las cinco de la tarde en la sala de juntas de la facultad. La votación fue secreta y los cinco representantes estudiantiles votamos a Jiménez de Parga. Elíseo Aja, de Bandera Roja, fue quien representó a los PNN, y no estoy seguro de que cumpliera la consigna que tanto habían propugnado. A los de Bandera lo que más les interesaba era mantener la tensión en alza. Diecinueve votos fueron para Jiménez de Parga, siete para Ángel Latorre, y uno, ¡oh, traición!, fue a parar a Prieto, el nuevo de Canónico. La votación posibilitó la terna, algo que la totalidad de los estudiantes habíamos tratado de evitar con escasa convicción.

Sentí una gran decepción. Muchos estudiantes sabíamos que Jiménez de Parga apoyaba las estrategias de los profesores de su cátedra de Derecho Político, todos marxistas, para aumentar su prestigio dentro de los círculos progresistas. Solé Tura era su baza más destacada. Solé era un profesor que daba portazos

cuando uno construía un argumento razonable en su contra, pero también escuchaba en la barra del bar o en la mesa de su seminario y se hacía respetar. Elíseo Aja, su lugarteniente, tuvo una actitud sumisa hasta que le quitó la mujer, una anécdota que fue muy comentada.

Isidre Molas, otra de las estrellas de la cátedra, era un hombre tímido que más que generar tensión académica, recitaba lecciones sobre la historia de las ideas políticas, en un tono de voz de nanas que producía un sopor irresistible. Molas no militaba en ningún grupo desde la disolución del FOC,[5] la pata catalana de la izquierda marxista no comunista y medio católica que desde final de los años cincuenta había aglutinado en el resto de España el Frente de Liberación Popular. El FOC se había autodisuelto tras varias pugnas internas. La disolución, según me contó José, la habían provocado los líderes tradicionales cuando el grupo iba a pasar a manos de los extremistas, trotskos en su mayoría, que no veían con desagrado la lucha armada de ETA y que pertenecían a una generación más joven. Los efectos del Mayo francés provocaron escisiones en el PC y una explosión radical a partir de 1969. Entre los dirigentes que decidieron liquidar el FOC estaban Alfonso Comín, Narcís Serra, Pasqual Maragall, el propio Molas y Miquel Roca, entonces completamente desconocidos a excepción de Comín. A Molas le debía sin embargo un gran descubrimiento. Fue en primer curso, preparando un trabajo sobre la revolución cultural china para su asignatura, cuando buscando por mi cuenta di con una revista legal que se editaba en Madrid, *Índice*. La dirigía Juan

5 Front Obrer Català.

Fernández Figueroa con el asesoramiento de Leopoldo Azancot. En el número de mayo de 1971 publicaron un amplio dossier sobre la China de Mao. *Índice* daba cantidad de datos políticos menos sectarios que *Triunfo*, más escorada hacia el PCE. En aquel mismo número de *Índice*, descubrí también la referencia a un libro de Gilíes Perrault, editado por Dopesa, *CIA: del servicio secreto al gobierno invisible*, que devoré con asombro. Gracias a las páginas de la revista también supe que Narcís Serra, a los pocos meses de abandonar el FOC, había creado una sociedad mercantil con Miquel Roca y el capitalista barcelonés, Pere Duran Farrell, que había intentado montar una central nuclear en las playas de País que acabó en Tarragona. La sociedad se llamaba La Ribera S.A. y tenía como objeto la remodelación de la fachada marítima del barrio de Pueblo Nuevo. Me resultaba del todo incomprensible que un antifranquista de izquierda pudiera asociarse con un capitalista feroz que estaba imponiendo el gas natural de Argelia. Narcís Serra era primo de Francesc de Carreras, uno de nuestros profesores más próximos y que más clases clandestinas dio en el estudio secreto. Un día le pregunté a éste por su primo. Me contó que Narcís compaginaba dicho trabajo mercantil con altos estudios de economía gracias a una beca en la London School of Economics. Y que le gustaba mucho el dinero. Por otra parte, gracias al prólogo del libro, escrito por un tal José María Casasús, relacioné la CIA con las becas Fullbright y las fundaciones que se dedicaban a promocionar el arte abstracto americano en Europa. Con discreción y sin ruido, me iba construyendo una manera peculiar de observar la realidad y de atar cabos.

Yo seguía fascinado con el dibujo de Fontclara que había

hecho el poeta Gabriel Ferrater, y busqué por todas partes su poesía completa. En una ocasión, en la barra del bar, le pregunté a mi profesor Isidre Molas i Batllori si podía darme el teléfono de su hermano Joaquim, quien no hacía mucho había conseguido la cátedra de Lengua y Literatura Catalana en la Autónoma. «Cuando las clases concluyan sube al seminario y te lo doy», me dijo. Jamás me lo dio.

Un día, leyendo revistas en el seminario de Derecho Político le escuché decir al otro lado de una puerta algo que me quedó grabado: «El régimen se hundirá cuando exista una fuerza política entre los comunistas y esa parte de la burguesía nacionalista que está abandonando el franquismo». El partido llegó a existir tres años más tarde y en su embrión estuvo él junto a Narcís Serra y Pasqual Maragall.

Los catedráticos que habían sido excelentes profesores de generaciones anteriores y eran autores de muchos de nuestros manuales, Luis García Valdeavellano de Historia del Derecho y Manuel Albadalejo de Derecho Civil, por poner dos ejemplos, o habían muerto o ya no se dedicaban a la docencia. Los supervivientes, salvo honrosas excepciones, impartían discursos solemnes media hora a la semana cuando las huelgas no lo impedían. Nosotros los recogíamos en libretas a toda velocidad, lo que impedía plantear ningún debate.

» Muchas veces lo he pensado: pertenezco a una generación con mitos –Jim Morrison, John Lennon, Andy Warhol, Che Guevara– pero sin maestros. En España, las circunstancias nos

forzaron a ser autodidactas; nos formamos gracias al cúmulo de curiosidades sentidas y experimentadas hasta el fondo de nuestras almas. Algunos pagaron tanto atrevimiento con la muerte.

## MOVIMIENTO NABUCCO

Alfredo Astor, el ligón de mirada caprichosa, llegaba al bar a media mañana desaliñado y medio dormido. Sus ojos claros a aquellas horas expresaban una tristeza desencantada. Llevaba como siempre el chaquetón marinero azul oscuro, unos téjanos claros y algún libro en el bolsillo. Leía y desmenuzaba *Carta al padre*, de Kafka, *Los manifiestos surrealistas* de André Bretón y cuanto encontraba acerca de Cabaret Voltaire,[6] el dadaísmo y Tristan Tzara. Su gran mito siempre fue Arthur Rimbaud. Mientras yo estaba en clase, se sentaba a alguna mesa del bar, se zampaba un bocadillo y leía con desdén algún panfleto clandestino. A los pocos minutos, las chicas más golfas se lo disputaban como quien no quiere la cosa. Las que no conseguían lugar en su mesa, venían a provocarme a mí, su amigo, con cualquier excusa. Yo sonreía al descubrir cómo buscaban despertar sus celos. Alfredo lanzaba exabruptos con fragmentos de los poemas más desalmados. Le complacía llevar al límite cualquier conversación. Era un provocador nato que se volvía melancólico al hablar de uno de los pueblos de pescadores de la Costa Brava, Caleña de Palafrugell, o de música latina. A veces te confesaba en privado que «aquélla» o «la otra» había caído en el saco, pero en las pocas ocasiones que daba publicidad a su cosecha lo hacía para añadir con candidez de buen chico que las únicas colegas con las que uno

6 Fundado por Hugo Ball en 1916 en Zúrich, como cabaret artístico y político.

podía comunicarse de veras estaban en el Villa Rosa, un club de putas de la zona baja de las Ramblas. Era un impertinente con fama de ángel caído, a quien cogí especial cariño. En cuanto a opciones políticas, era muy visceral y pasaba de una a otra según fuera la copla.

El Grupo de los Novísimos que «el pobre José María Castellet», intelectual que dirigía Edicions 62, había seleccionado en una antología poética que Antonio Otero y José Solé siempre llevaban en la pelliza, no seducía a Alfredo y menos a Tomás Nart. En la tertulia que solíamos improvisar al final de la mañana, Tomás comentaba que el empacho de cultura aturde la mente, mientras Antonio y José aconsejaban devotamente seguir las páginas del suplemento literario del diario *Tele-Exprés*, un suplemento que comandaban José María Carandell y el hermano mayor de nuestro compañero Ignacio Giménez Frontín.

José recitaba los versos de *Movimiento sin éxito* de Manolo Vázquez Montalbán, mientras Antonio leía algún poema de *Dibujo de la muerte* de Guillermo Carnero, ambos novísimos. Tomás despotricaba de las texturas que había tejido Vázquez Montalbán en su gran momento: la temporada que pasó en la cárcel de Lérida por celebrar con petardos la huelga de Asturias de 1962. El creador años después del detective Carvalho había compartido celda con el crítico literario Salvador Clotas, con Ferran Fullá, de Bandera Roja, y con el enjuto y nervioso Martí Capdevila, que se iría a vivir a Goa, donde conjugaría marxismo y psicodelia hasta presumir de gurú del hippismo español de extrarradio. Por lo que escuchamos por ahí, el ingenio de estos presos antifranquistas despabiló el muermo de un director de

prisión de provincias y de su hija. Entre unos y otros inventaron muy en secreto –según contaba José– el régimen de prisión abierta en pleno franquismo, tras transformar las dos celdas en coquetas bibliotecas. Por lo visto, en una de ellas Manolo se consagró como poeta.

A mí me exasperaba el pregón impertinente del novísimo Félix de Azúa, otro asiduo del suplemento de *Tele-Exprés* que había publicado *Cepo para nutria*. Me fastidiaba que aquel ser viscontiano, a quien en ocasiones veías ligar en las barras de los bares ilustrados, proclamara sin apelación posible la extinción del arte, la muerte de la novela y las virtudes del análisis dialéctico entre texto y realidad. Por lo visto, este novísimo vivía el ambiente parisino de los *telquelistas*[7] gracias a una beca de la fundación Juan March. También simpatizaba con la línea dura de Bandera Roja y había asistido a un famoso seminario sobre «Disparate y revolución» en la casa que el joven poeta madrileño Leopoldo Panero, la luz de su generación, tenía en la avenida Infanta Carlota[8] José, cuando contaba todas estas historias, las novelaba y siempre hacían mella en nosotros. Lo que sí me fascinaba eran los poemas de Ana María Moix, la única novísima con quien yo hubiera congeniado por aquel entonces. También había leído alguno de sus perfiles –magníficos– de personajes de la cultura que publicaba en la revista literaria *Camp del Arpa* y en el diario *Tele-Exprés.* De haberla llamado por teléfono, su timidez sumada a la mía se habrían atascado en un sinfín de

---

7 De la revista cultural *Tel Quel* creada en 1960, portavoz de las nuevas corrientes marxistas y lingüísticas.

8 Actualmente, avinguda Josep Tarradellas.

monosílabos, degenerando en desprecio mutuo, actitud normal en mi ciudad. Yo era seis años menor que ella. Y ella vivía absorbida por la escritura de su novela *Walter por qué te fuiste* y por los sesudos talleres literarios en casa de Mario Vargas Llosa. Por la noche frecuentaba el piso de Jaime Gil de

Biedma, lugar en el que se debatían las novedades literarias entre chismes, confidencias y vasos cargados de vodka o *whisky.*

A nosotros lo que más nos movía era la aventura de unir arte y vida, la lucha contra cualquier autoridad impuesta, el no canon, las actitudes dadaístas, el vivir al día, el rock salvaje, el viaje sin rumbo ni fecha de retorno, la libertad sexual, la vida en comunidad y la muerte de la familia tradicional. Éstos eran los astros emergentes del imaginario de la nueva generación, aunque todavía no fuésemos capaces de realizar aquellos sueños de forma clara y transparente. La aspiración fundamental de *la generación del nosotros*, que llegó con años de retraso al país que nos tocó en suerte, fue un mundo sin autoritarismo ni mentira. Crecíamos en un lugar en el que la información llegaba fragmentada, donde obras y novedades culturales carecían de contexto y visión de conjunto y el consumo era precario por falta de recursos. La curiosidad se colaba por cualquier rendija con tal de superar una laguna o llenar el vacío. No fuimos perezosos mientras la carencia estuvo en alerta roja. Mi biblioteca y muchas otras crecieron por intuición.

Una tarde de lluvia, en la librería Viceversa, leí la intrincada introducción a *Conceptos elementales del materialismo*

*histórico*, de la chilena Marta Harnecker, quien con el estructuralista Louis Althusser, el economista marxista Bruno Bettelheim y el escritor Nicos Poulantzas conquistaron el imaginario de los militantes de la izquierda autoritaria, fueran o no comunistas. Aquellas empanadas mentales no me sedujeron. Del marxismo, lo único que me fascinó fueron los manuscritos del joven Marx, especialmente los que enunciaban la destrucción progresiva del Estado, que los ortodoxos habían borrado del canon Marx-Engels-Lenin-Stalin-Mao.

Editorial Kairós, la colección Libro amigo de Bruguera, la editorial de Carlos Barral y los libros importados de forma clandestina de Argentina, México y Colombia fueron los que mejor ilustraron la singularidad de quienes deseábamos vaciar de franquismo y de mitos católicos nuestra memoria, nuestros hábitos y nuestros actos cotidianos. Alianza Editorial fue la hostia en lo que se refiere a cultura general. Tampoco hay que olvidar las nuevas colecciones de libritos de Tusquets y Anagrama. Y las informaciones publicadas en revistas como la ya citada *índice, Cuadernos para el Diálogo, Oriflama, Triunfo, Destino, Fotogramas y Sena d'Or* acerca de los hippies, de la cultura beat y del movimiento psicodélico. La ascensión de *Cambio 16,* la más influyente de todas, se inició algo más tarde.

La primera noche que en compañía de mis colegas poetas fui a la Bodega Bohemia, lugar que durante un par de meses transformamos en un sucedáneo del Cabaret Voltaire, de Zúrich –el antro donde Lenin hizo migas con Tristan Tzara antes de la revolución de octubre de 1917–, recuerdo que Alfredo Astor exclamó: «¡Somos visionarios y nuestro manifiesto poético se podría llamar *Manifiesto Nabucco!*».

¿Por qué lo dijo? *Nabucco* es una ópera de Verdi y Nabucodonosor el rey asirio que vivió en Babilonia en tiempos remotos. Sea por un exotismo sin cánones o por la lascivia que sugería Babilonia, asumimos el nombre y nos consideramos Nabucco. La primera norma no escrita del grupo fue la de alargar la experiencia vital de búsqueda. La segunda fue un proyecto de manifiesto colectivo que pretendíamos publicar en una editorial de prestigio con prólogo de algún crítico de moda.

«La ruptura que pregonan los nueve Novísimos es de bidet», proclamó Alfredo la tarde que nos citamos con el crítico más innovador del momento, Salvador Clotas, en el bar Taita.

Salvador trabajaba en la editorial Labor y daba clases de literatura en un colegio de niños bien. Yo estaba ilusionado por hablar con él de su prólogo a *El trabajo*, un libro de William Burroughs que me traía de cabeza por su estilo, el *cut-up.* Algo así como un *collage* de escritos, noticias y conversaciones grabadas y mezcladas según el instinto del autor. Burroughs pretendía crear un nuevo urbanismo psicológico y moral como desafío a cualquier canon o poder establecido.

Salvador, sorprendido por la cohesión de un grupo tan joven, argumentó tras escucharnos que nuestra meca era California, mientras que para los de la antología de Castellet había sido el París de los estructuralistas. Y a continuación matizó: «Ambos grupos poéticos estáis contra la poesía social de los cincuenta, y si los Novísimos son parricidas, vosotros parecéis fratricidas con relación a ellos».

José protestó por lo de California con aspavientos: «¡Cómo

puedes hablar de contracultura si en este país hay un mamarracho que nos tiene en la Edad Media!», exclamó de forma acalorada. «La revolución política siempre es prioritaria», sentenció.

Comentamos lecturas hasta recabar en el tema político. La política abarcaba entonces un sinfín de expectativas y fue durante aquellos años el tema estrella de casi todas las conversaciones. Fuimos muchos los que pensamos que a través de la política conseguiríamos cambiar el mundo. Tras escuchar una serie de tópicos, dije que estaba harto de ciertas actitudes, de personajes de la cultura progresista que se habían encerrado en el monasterio de Montserrat durante el juicio de Burgos. Me parecían tan inquisitoriales como las de los militantes maoístas de la universidad. «¿Con estas premisas cómo va a cambiar la voluntad popular?», cuestionaba. «La consigna de ciertos comunistas en el mundo de la cultura y de la universidad», dije «es conquistar posiciones de poder; su estrategia: una política de alianzas con la burguesía liberal, más o menos catalanista en Barcelona, republicana en Madrid. ¿Y todo para qué? ¿Han olvidado de pronto cuánto se destapó en las calles de París a golpe de barricada?». Y acabé lanzándoles un argumento extraído de un panfleto patrocinado por Jean Paul Sartre: «Las democracias parlamentarias europeas y la socialdemocracia son farsas favorecidas por el Departamento de Estado norteamericano con fondos del plan Marshall para contener el bloque soviético. Hay que romper con la intelectualidad vendida».

La salida indignó a José, que me aconsejó medir mejor mis palabras y dejar de desacreditar las opciones antifranquistas.

Lo más curioso era que en otras ocasiones José había sostenido argumentos similares a los míos. En aquella ocasión, junto a Salvador Clotas, un militante antifranquista con aureola de héroe por haber estado en la cárcel, buscó la complicidad con el crítico entre el humo de los cigarrillos.

Antonio Otero tenía prisa. Había quedado con su chica, una de las hijas del editor Carlos Barral, para ir a un concierto de jazz en la Cova del Drac. Pero como le obsesionaba avivar polémicas, planteó un nuevo dilema al defender la poesía de Jaime Gil de Biedma, Luis Cernuda y Guillermo Carnero. A continuación, dijo que la única vacuna contra cualquier manipulación era la prosa de los autores considerados malditos, que no temían la autodestrucción con tal de alcanzar una obra que compensara la charlatanería y el mal uso de la verdad.

Nuestras miradas traspasaron los cristales del bar Taita en dirección a un coche que acababa de aparcar. Serena Vergano, la actriz más internacional de la Escuela de Cine de Barcelona, salió de él con parsimonia. Yo la había visto tomar el sol con gafas oscuras en la terraza de un bar en ruinas junto al pie del funicular del Tibidabo. En aquella tarde de cháchara intelectual, me pareció más divina que guapa. «¿Acaba de llegar del gimnasio o se va a romper?», susurró José.

Serena entró en el bar en busca de Salvador. Por lo visto, Salvador y el poeta José Agustín Goytisolo tenían una cita importante en el Taller de Arquitectura con unos filósofos italianos amigos de su marido, Ricardo Bofill. Recuerdo que Serena dijo con insolencia que la visita a las obras del edificio

Walden se tenía que realizar con luz natural. «¿Qué hacemos los Nabucco con esta ensalada *tutti frutti* de la *gauche divine*?», preguntó Tomás quitándose las gafas y girando la cabeza para que sus palabras no alcanzaran los oídos de los dos *gauchistas*. «Buscar editor y prologuista para nuestro manifiesto», le respondió Alfredo Astor en el instante en que José Solé se hacía el zalamero frente a la mujer del arquitecto y decía en voz baja: «O tantear la posibilidad de meternos en la onda de intercambio de parejas y sacar tajada con alguna de estas bellezas».

Antonio seguía hablando de literatura y contó medio beodo que la literatura norteamericana no le apasionaba y que prefería a polacos, centroeuropeos y alemanes. Nerviosa y aburrida, Serena aspiró el cigarro a lo Rita Hayworth en *Gilda* antes de la bofetada y lo apagó en un cenicero repleto. Luego agarró a Salvador por la cazadora de cuero de corte italiano que llevaba puesta y lo arrastró hasta el coche.

La nueva Comisión de Cultura de la Facultad de Derecho, una plataforma breve, brotó en un cena gamberra de Nabucco con tres independientes con inquietudes literarias y un par de militantes cultivados del PSUC. Can Miserias, donde cenar costaba treinta y cinco pesetas, nos acogió con un estruendo de voces ensordecedor, nubes de humo de tabaco negro, macutos, pellizas de piel de cordero y estudiantes que olían a melena sucia y lana mal lavada.

Con Alfredo Astor insistimos en montar en el aula magna de la facultad una obra de teatro dadaísta, que mezclara nuestros textos con extractos de obras de Burroughs y citas

entresacadas de *La filosofía perenne* de Aldous Huxley y la *Antología del humor negro* de André Bretón. En los postres, el jaleo y las bromas se transformaron en un juego de disparates que desenmascaraba nuestra realidad más inmediata sin tocar la parte sexual, que en el mundo universitario seguía siendo tabú. La verdad es que nos creíamos más libres de lo que en realidad éramos. Cuando decidimos cambiar de lugar, optamos por Bocaccio. En la puerta, tropezamos con el director de cine Pere Portabella, que vivía al lado. José Solé le comentó que en Derecho se respiraba un elemento lúdico que no existía en otras facultades y que el PSUC iba a perder el control de la situación si sus estrategias no tenían en cuenta el cambio de mentalidad que se estaba produciendo entre los más jóvenes. Portabella nos coló en el local. Fue una suerte porque no teníamos la pasta para la entrada.

En la mesa que daba a la puerta, junto a la escalera que bajaba al sótano y frente al guardarropía, sentada en el sofá como gran diosa de La Mancha, estaba Sarita Montiel sola, distraída, como si estuviera esperando a alguien. Excitado por el alboroto de la cena, me senté junto a ella en plan provocador y puse en marcha una actuación que Alfredo calificó más tarde como una acción dadá. «¿Qué tal se encuentra hoy Madame Tussaud?», improvisé sin venir a cuento. «Estupendamente, chavalín», me respondió tan fresca. Al instante comprendí que ella no sabía quién era la inventora de los museos de cera y que le iba la carne trémula más que el chocolate.

Ante el asombro de mis colegas, Sarita fabricó chistes que yo repetía riéndome. Los intelectuales de la *gauche divine* iban

llegando a su local. Ella, sin levantarse del sillón, me cogía con los brazos y pegaba su barriga a mi espalda, como si mi cuerpo fuera un escudo, mientras les saludaba con una satisfacción picarona. Y yo, a quien quiera que fuera, le espetaba un aforismo o un mote. Oriol Bohigas: cabezota cursimala. Romy: Ocelote potentote...

Según me contó, Sarita guardaba cierta aversión a los cineastas progres catalanes y su grupo de acólitos por lo que había ocurrido durante la primera parte del rodaje de *Tuset Street*, «algo horrible» que no contó. Cuando las canciones rápidas dieron paso a las lentas y sonó *Me and Mrs Jones* de Billy Paul, bajamos a la pista a bailar la canción como si estuviéramos perdidos en un motel de la ruta 66, la carretera norteamericana inmortalizada por los poetas beats.

Para José Solé y Antonio Otero, Bocaccio era la barra de arriba, donde bebían los resabiados, las modelos, los arquitectos, los editores progres, los escritores y demás miembros de la *gauche divine* entre sonrisas y animadas discusiones que no siempre acababan bien. Aquel mar de murmullos me parecía de celofán. Como si toda aquella gente se hubiera enrocado para parir obras puramente estéticas, en sus respectivos campos profesionales, después de vivir una serie de desengaños políticos.

Alfredo, Tomás Nart y yo solíamos sentarnos en la escalera que conducía al subterráneo. Tomás siempre paseaba su Johnny Walker. Si conseguíamos invitación, Alfredo se tomaba un *whisky* y yo un San Francisco en la barra de abajo, donde ligaba la plebe. Por muy hijos de burgueses que fuéramos,

nuestro presupuesto era más que escaso y uno se las tenía que ingeniar para poder ir a aquellos lugares mundanos. Por suerte, desde que nos coló Portabella, los porteros nos dejaban entrar y los camareros tampoco te obligaban a consumir. Sólo estaban pendientes de encenderte el cigarrillo.

Otra noche, Alfredo y yo merodeábamos entre la multitud que se agolpaba junto a la barra del sótano cuando Salvador Clotas nos abordó con coquetería. El crítico estaba muy parlanchín. Entre risas, Alfredo, que iba sereno de copas, le pidió que le invitara a una. Salvador le pasó un *whisky* y a continuación empezó a comentar ciertas escenas de la película *La grand bouffe.* Alfredo, propenso a arrebatos, pasó del estado beatífico a contraer el rostro y murmurar majaderías. El bullicio y los empujones arrastraban las palabras hacia otra parte y no supe qué ocurría. Me aparté un poco y di con una mujer que susurró exabruptos en francés dirigidos a un tercero. A continuación, la chica señaló al desconocido con desprecio. Aquella chica debía de tener poco más de treinta años, era morena y se destacaba por la elegancia de sus ademanes. «Un pesado quiere ligar conmigo y no estoy por la labor», comentó con marcado acento parisino. No sé qué más dijo acerca del tipo, un periodista que pretendía promocionarla como modelo desde sus columnas en *Tele-Exprés*. Ella insistió en que para nada le interesaba la moda y que el único que inventaba buenas camisas era Toni Miró, el propietario de Groe –la tienda más «in» del momento–. Toni, por lo visto, la había plantado aquella noche. «Seguro que Toni se ha enrollado a tocar la guitarra en no sé dónde.» La mujer me dio un par de besos. «¿Tú eres el hermano pequeño de Rosa Ribas?», me preguntó en algún momento de la conversación.

Luego me dijo que estaba harta de un local con gente sin nada bueno que contar.

En plena batalla dialéctica con el crítico por sentirse acosado, Alfredo emitía una vibración despectiva y violenta. Me acerqué a él y le debí susurrar algo sobre la francesa. Alfredo se volvió y por la expresión comprendí que había picado el anzuelo. Dejó a Salvador en la estacada y me dijo que los ojos de mi nueva amiga le chiflaban. «¿Son verdes o grises?» La luz rojiza del local impedía cualquier certeza. Si eran grises me pagaba él la copa y si eran verdes se la pagaba yo a él.

Ann Galtier era de París y estaba atrapada en el ambiente bohemio de Cadaqués. «¿Por qué no nos lo montamos en otro lugar?», sugirió ella. «¿Un tugurio de Ramblas, por ejemplo?» Alfredo asintió y propuso el Villa Rosa. «¡Oh sí!, uno de ésos», recuerdo que dijo la francesa mientras se arreglaba la melena morena. «Estoy harta de los Tarantos, el flamenco de allí ya no es bueno.»

Grupitos de jóvenes desaliñados fumaban porros en la pequeña plaza del Copacabana, la del Arco del Teatro, en la parte más baja de las Ramblas. Pasaron unos guardias urbanos y observamos discretos desplazamientos en todas direcciones. Ann, Alfredo y yo, por si acaso, nos refugiamos en un callejón cubierto. «¿Grifa o chocolate?», nos ofreció un gitano. Ann compró una chinita de hachís. Fue entonces cuando propuso el Jazz Colón.

El Jazz Colón era un local de las Ramblas muy oscuro y bastante amplio, junto al frontón de pelota vasca del mismo

nombre, en el que ponían rock duro y psicodélico. Músicas que tenían poco que ver con el soul de terciopelo y las canciones del *Top ofthe pops* de la BBC que copaban las discotecas de la parte alta de la ciudad. El tipo de la puerta tenía una alargada cicatriz en forma de media luna que le arrancaba en el mentón, le atravesaba el pómulo y moría en la sien. A mí no me quería dejar entrar. Ann le halagó con estrategias parisinas hasta que nos deslizamos por el acceso.

El antro estaba lleno de macarras, estudiantes de Gambia y Senegal, jóvenes chorizos del Barrio Chino, desengañados del mundo estudiantil, homosexuales liberados y gitanos del barrio del Somorrostro que disfrutaban de los beneficios de la venta de chocolate. Aquel tumulto disfrutaba contorsionándose y ligando con descaro al ritmo de *Satanic* de los Rolling. Me dejé llevar por aquella música y bailé como un poseso bajo los efectos de los golpes de luz y junto a los movimientos de un negro larguirucho que improvisaba un ritual.

Aunque la mejor época del Jazz Colón había pasado –el nuevo zoco era Les Enfants Terribles– el local me tentó por la libertad que se respiraba. Con Ann coincidimos en que el fracaso de la revolución hippy en muchos lugares conducía a un gran número de inconformistas a reivindicar el hedonismo. «¿Qué te parecen los cómics de Robert Crumb?», me preguntó Ann cuando caí derrengado en el asiento de un pequeño palco que daba a la pista. Como no le respondí, me dijo que me conseguiría algún libro.

Un gitanillo ágil que brincaba como un saltamontes se fijó en mí. Estaba en el palco vecino al nuestro con un grupo de

jóvenes extranjeros. Los gitanos habían sido los primeros en conectar, desde mediados de los sesenta, con los hippies que merodeaban por la Plaza Real y dormían en pensiones de la calle Escudillers mientras esperaban coger el barco hacia Ibiza. El Jazz Colón fue el lugar de encuentro y fiesta de todos ellos. También el de ex presos comunes de la cárcel Modelo. La sensibilidad de los gitanos para con las músicas más modernas que llegaban de Inglaterra y Estados Unidos creó una cantera de pinchadiscos autóctona, en tugurios diseminados por aquel barrio, que educó musicalmente a los chavales nacidos en la Barcelona más allá de la Gran Vía. La policía tardó un tiempo en comprender la magnitud del tráfico de chocolate en manos de gitanos y legionarios. De pronto, el gitano se encaprichó con mis pantalones de ante, los acarició y me dijo que le molaban cantidad. Luego me propuso cambiármelos allí mismo por sus téjanos americanos y que pasáramos la noche en una pensión de las Ramblas.

El tipo no salía del Somorrostro, era de Morón y había huido de Sevilla tras una redada en la que muchos de sus colegas acabaron entre rejas.

Le invité a una copa y me explicó cosas de Sevilla y parte de la leyenda del grupo de rock Smash. Así me enteré de que las emisoras de radio de las bases norteamericanas de Andalucía occidental eran la hostia en cuanto a música se refiere. «¡En el sur estamos de fiesta desde hace años, tío!» Luego me señaló a una chiquita delgada con unos ojos que brillaban como el azabache y me preguntó si quería conocer a una parienta. Acabamos la noche fumando porros cerca del mar con una mezcla de gente imposible a ritmo de guitarras flamencas y

cante jondo. Y sí, en algún momento intercambiamos nuestros pantalones. Fueron mis primeros Levi's auténticos con botones en vez de cremallera.

Al llegar a casa intenté sintonizar Radio Luxembourg, pero era tarde. Con tanto lío en la universidad había olvidado durante meses la emisora que en plena adolescencia me transportó de la canción francesa al rock anglosajón.

Radio Luxembourg fue la emisora británica que transformó los gustos juveniles barceloneses y el envoltorio de la cursilería yeyé: agitación juvenil, festivales de conjuntos, melenas sin piojos, pantalones acampanados, minifaldas de colores, canciones de Karina, de France Gall, de Los Bravos, de Los Brincos. En Barcelona, por alguna excéntrica reverberación magnética, sintonizábamos Radio Luxembourg desde mediados de los años sesenta, en un extremo del dial de onda media, desde las siete o las ocho de la tarde hasta la madrugada. Entre las últimas novedades musicales, la voz envolvente de esta emisora pirata recitaba las producciones del Londres de Marianne Faithfull y Yoko Ono en arte, *performances*, *happenings*, películas underground, clubs y atuendos, sin censura ni excesivos cortes publicitarios. Aquella apuesta radiofónica había propiciado un programa local que se emitía entonces y tentaba las mismas fórmulas. José María Pallardó había sido su inventor y el programa se llamaba *El clan de la una*.

## ÚLTIMOS CARTUCHOS DEL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL

El PCE asumió en la universidad española las estrategias que los comunistas del PSUC practicaban en Cataluña con cierto éxito. Se trataba de apostar rotundamente por los comités de curso en todos los distritos universitarios de España para recuperar el control del movimiento estudiantil, que se le había escapado de las manos tras la muerte del Sindicato Democrático de Estudiantes, las escisiones y la radicalización de *1969.*

Desde noviembre de 1972 hasta principios de febrero de 1973, la facultad conoció uno de los pocos periodos de calma y con clases, a pesar del Consejo de Guerra contra ocho trabajadores de la factoría naviera Bazán y de los insistentes rumores acerca de una «extravagante» banda política que atracaba bancos con metralletas Sten. La policía intervino poco en la facultad y los sociales o secretas que teníamos identificados desaparecieron. De hecho, no volví a verlos hasta cinco años más tarde. Reaparecieron tras la restitución provisional de la Generalitat, a finales de 1977, en locales como El Paraigua, el London y la pizzería Rivolta de la calle Hospital con bolsitas de heroína que regalaban a los camellos, en su mayoría gitanos, que hasta entonces sólo pasaban chocolate. Como pude averiguar más tarde, la pionera en este tipo de comportamiento había sido la Administración norteamericana

que había hecho lo mismo en California, a fin de destruir a la Nueva Izquierda. En la década de los sesenta, el Departamento de Estado exportaría a Europa este método, el más eficaz para dinamitar los focos de radicalismo. Los llamados Estados democráticos usaron ésas y otras tácticas para modificar conductas y defenderse de la alternativa al sistema capitalista que estaba surgiendo, desde una izquierda que desafiaba tanto el *Qué hacer* de Lenin como el capitalismo de las multinacionales.

Recuerdo dos actos masivos en la Facultad de Económicas, donde seguía dominando Bandera Roja. Uno de ellos estuvo protagonizado por Luis Alfonso Comín, el líder carismático de Bandera Roja, que tenía una mirada como de acero que daba miedo. Habló sobre las maravillas de la revolución cultural china. En el otro, los diferentes partidos de extrema izquierda intentaron adoctrinarnos con la excusa de presentar modelos alternativos al sistema educativo vigente. Manuel Ludevid, estudiante y joven promesa de Bandera, afirmó que el Estado invertía al año en la enseñanza superior poco más de cuatro mil millones de pesetas cuando hacían falta doce mil para solucionar la escasez de profesorado y su escasa preparación, así como la falta de medios para las prácticas y los laboratorios.

Una estudiante del Movimiento Comunista IV Asamblea, con un deje vasco inconfundible, tomó el relevo del líder universitario de Bandera. MC ocupaba la posición de Bandera en el País Vasco y, a diferencia de ésta, impulsaba una organización de masas exclusivamente estudiantil llamada ORE. Entre abucheos, gritos y pataleo de los militantes del PCI, aprovechó la intervención para cargar contra el PSUC:

«Cualquier compañero, por el mero hecho de ser miembro de un comité de curso puede ser expedientado, detenido, torturado. Sólo a los del PSUC se les puede ocurrir hablar de gestión democrática, de elección de delegados y de comités refrendados por las asambleas de curso en un Estado fascista. ¿Vamos a hacer tan sencilla la labor de la policía? ¿Vamos a señalar a los compañeros más combativos para vernos privados de ellos?».

Otro compañero, envuelto en una bufanda negra, empezó a gritar: «¡Camaradas, los hechos no admiten dilación! Los reformistas del PSUC y de Bandera no han aprendido la principal lección de nuestra historia. El Frente Popular de 1936 no fue otra cosa que la antesala del fascismo. Es imposible unir a capitalistas y obreros. Es imposible el pacto de la libertad que defiende Carrillo. La república que promociona Bandera, basada en la legalidad del capital, es otro dislate». Por la forma de hablar supe que era trotskista. «Sólo la autonomía de los consejos obreros y la insurrección armada de las masas trabajadoras pueden destruir el capitalismo.» Acabó con una cita de Sartre que me gustó: «Quien respeta la legalidad no puede actuar contra el sistema, vive en él».

En resumen: aquellas asambleas estaban salpicadas de exposiciones doctrinarias que buscaban imponer uno u otro dogmatismo, el cáncer de la época, y provocaban el rechazo de la inmensa mayoría, aunque aquel año la voz de los independientes cobró fuerza en todas las facultades. Los que no participábamos de aquel mesianismo empezamos a conectar a la salida de aquellos actos de distrito. En ésas estábamos, cuando, al salir de uno de ellos, unos cuantos

estudiantes coincidimos junto al estanque que hay frente al Palacio Real de la Diagonal. El sol era agradable, unos niños jugaban a barquitos mientras nosotros charlábamos espontáneamente unos con otros sin saber exactamente quién estudiaba qué. Uno de económicas, un tal Fernando, hijo de diplomático, comentó que desde que el presidente Nixon había viajado a China, en marzo de 1972, y se había producido el deshielo con el régimen de Mao, ciertas estrategias del PC chino coincidían con las americanas. Y que el Gobierno de Pekín repartía fondos a través de su embajada en París a militantes prochinos para fomentar escisiones y debilitar al PCE.

También comentaron que, en económicas, los profesores de Bandera movían casi todos los hilos y que los estudiantes mantenían un duro enfrentamiento contra la autoridad gubernativa por la expulsión de profesores como Ruiz Hita. Tras ser expedientado, Ruiz Hita impartía un seminario semiclandestino en la facultad a petición de los estudiantes. En ese mismo momento, Manuel Sacristán, teórico y pope marxista, volvía a dar clases tras el expediente que en 1966 le había impuesto el rector Francisco García Valdecasas, por el encierro de delegados e intelectuales en el convento de los Capuchinos de Sarriá. Sacristán fue el redactor de la declaración de principios del Sindicato Democrático de Estudiantes en aquel encierro que movilizó a los medios de comunicación internacionales, despertó un amplio movimiento de solidaridad y contribuyó a forjar algunos de los líderes revolucionarios que años más tarde coparían el poder en Cataluña.

Arquitectura, una escuela tan conflictiva como la nuestra, sobrevivía bajo la amenaza de su clausura definitiva desde la dimisión de su decano, Leopoldo Gil Nebot. Allí, el PCI, una escisión prochina del PCE-PSUC que no quería pactos «con revisionistas ni con burgueses disfrazados de demócratas» y defendía un «Frente Popular Revolucionario», fue el grupo que tomó la iniciativa. Este grupo, junto con estudiantes no adscritos a ninguna corriente, pretendía elaborar el plan de estudios de aquellas asignaturas cuyos catedráticos fachas e ineptos habían sido expulsados por los estudiantes. El caso de Vaquero, catedrático que había impartido Dibujo técnico, fue muy popular en todo el distrito. Se le relacionaba con ciertos fraudes en la construcción del polígono obrero de Bellvitge y de los nuevos pabellones de la Universidad Autónoma, que al año de ser inaugurados amenazaban ruina. El nuevo decano –un decano comisario– en solidaridad con ese tal Vaquero, cateó a todos los matriculados en su asignatura aplicando la cláusula de los estatutos según la cual quienes no acudieran a clase durante tres días seguidos sin justificación podían ser suspendidos. El injusto castigo provocó la huelga indefinida de mil quinientos estudiantes. Es decir, de toda la escuela.

Derecho fue otro caso singular. Los partidos clandestinos perdieron el control, los militantes relajaron la disciplina de partido y los alumnos afrontamos los hechos de forma independiente a los dogmas marxistas que alimentaban a los politizados de las generaciones precedentes.

De haber evitado las zancadillas autoritarias de ciertos leninistas, la transición habría derivado en una democracia más participativa, sin el desencanto que se instaló en la sociedad

civil tras el referéndum constitucional de 1978 y la creciente escisión entre los políticos y la realidad.

¿Por qué nadie ha historiado con cierta generosidad lo que ocurrió y unos cuantos dinamitaron, entre febrero y marzo de 1973, en la Universidad Central de Barcelona y en las de Madrid, Salamanca, Santiago, Granada, Valencia...? Sin proponérmelo, fui uno de los miembros más activos durante aquellos meses de aprendizaje político, y sintonicé con los estudiantes del PSUC menos proclives al autoritarismo que imponían los cuadros dirigentes. Los tres o cuatro militantes de Bandera de mi facultad, ante la ofensiva del «revisionismo pequeñoburgués», optaron por refugiarse en el seminario de Derecho Político o en otras facultades.

El 10 de febrero de 1973, sábado, dieciocho estudiantes del comité de segundo curso de arquitectura fueron detenidos mientras estaban reunidos en los jardines del parque del Putxet. «¡Qué tendrá febrero que cada año se lía!» Guardo bajo la llave de mi memoria este comentario de Toni Miró-Sans, aparentemente intrascendente, instantes antes de que Juan Córdoba Roda, el martes 13, empezara su clase de Derecho Penal en el aula común de la planta baja. Toni, en cuanto achinaba los ojos sin mirar a parte alguna y disparaba una de aquellas frasecitas con voz aguda imitando a un cura, era como si lanzara un conjuro profético.

Minutos después, cuando el catedrático explicaba la diferencia entre homicidio y asesinato, se abrieron estrepitosamente las puertas y entraron los grises gritando como ganaderos y dando golpes de porra a diestro y siniestro.

Abrimos los ventanales a la velocidad del rayo y saltamos como pudimos los dos metros que nos separaban del césped del jardín. Lo hicimos de forma atolondrada y dando gritos histéricos mientras volábamos por los aires antes de caer revueltos. Las chicas que llevaban faldas y tacones se torcieron inevitablemente los tobillos, eventualidad que aprovechamos para abrazarlas en la mole humana que se formó sobre la hierba. La escena parecía extraída de una película de los hermanos Marx. Recuerdo que Antonio Morral, un estudiante leridano que hablaba graciosamente con la e, chilló: «Refugiémonos en el Ilerdense, mi colegio mayor». Antonio era un chaval alto, hablador y divertido, que también había colgado poemas y era amigo de José Solé.

Tras un breve respiro, nos enteramos de que algunos estudiantes de arquitectura habían lanzado a través de las ventanas de su bar –en la última planta de un edificio de diez– mesas y sillas contra los jeeps de los grises aparcados en la Diagonal. Otros se habían trasladado, sorteando el ruido infernal de las sirenas, a los barracones que ocupaba la Facultad de Letras y a la de Económicas, las más próximas, en busca de ayuda.

A las doce del mediodía, estudiantes de todas las facultades de Pedralbes cortamos el tráfico y transformamos la Diagonal en un impresionante campo de batalla. Logramos derribar varios caballos de los grises con hondas y otros artilugios. La mayoría, entre carreras, sentimos gran exaltación al ver rodar a los jinetes de la policía por los suelos, lástima que se levantaran tan rápido y sin contusiones aparentes. Llegaron las tanquetas con más todoterrenos de refuerzo. Unos mil estudiantes nos

cobijamos en Ingenieros. El director de la escuela, Gabriel Ferraté, se plantó en la puerta con valentía para impedir que entrasen los grises. Uno de ellos le atizó un porrazo que lo tumbó. El director se levantó sin inmutarse y dijo: «En esta Escuela mando yo y ustedes no van a entrar aquí».

De pronto, empezaron a caer pupitres por las ventanas y los grises corrieron en estampida entre aplausos que salían de todas partes. Un pelotón de estudiantes atravesó la sala donde estaba el reactor nuclear para prácticas y se escabulló por la puerta de atrás de la escuela que daba a la barriada de las Corts. En las calles de este barrio jugaron al gato y al ratón hasta cazar a un gris despistado. Entre varios lo desarmaron y se quedó desnudo en un rincón de la calle como un pollo desplumado. Durante algún tiempo el uniforme estuvo expuesto en una de las plantas de Ingenieros como si se tratara de una obra de arte conceptual cedida por el Instituto Alemán.

Más arriba de la Diagonal, los grises iban como locos de un lado a otro sin conseguir disolver a grupo alguno. La policía, enfurecida, destrozó el bar de Económicas. Los futuros economistas escaparon saltando desde la terraza del bar entre un buen lote de golpes de porra. En este barullo, Francesc Baltasar, un estudiante de filosofía que llegaría a ser alcalde de Sant Feliú de Llobregat, abrió la cabeza a un policía con un ladrillo. Y Miró, el técnico en cócteles, lanzó uno de garrafa contra una escultura que en la acera de enfrente representaba a los Caídos por Dios y por España.

Por fin la Diagonal era nuestra y éramos miles los que estábamos dispuestos a acabar con el franquismo. Yo corría de

un lado a otro con Marga, Rita, José, Antonio, Alfredo, Tomás, Toni... En el mejor momento, alguien pasó la consigna: «A las dos en la Plaza Universidad». «¿Por qué cambiamos de lugar?» «¿Por qué nos dispersan cuando estamos ganando la batalla?» Corrillos y murmullos. Un grupo grande de estudiantes de mi facultad, enrabietados, decidimos acercarnos hasta la calle Pelayo en autobús. Otros, abatidos y malhumorados, marcharon para casa.

«Las sirenas me excitan más que los *Playboy* que me venden en un quiosco de las Ramblas», gritó un tipo con un *loden* verde que llevaba un pedrusco de una obra cercana en la mano. Y la lanzó contra un furgón policial. El tipo acabó detenido. Ni los botes de humo ni los gases lacrimógenos ni los arrestos consiguieron amedrentarnos; aquel día se impuso la valentía. Mojábamos nuestras bufandas con el agua de las fuentes de la calle y nos las enroscábamos en la cabeza para cubrirnos la boca como en el Mayo francés. Había que evitar el ahogo de los gases lacrimógenos.

«¡Cuerpos represivos, disolución!», gritaban unos. «¡Policía asesina!», chillaban otros. «¡Al bote, al bote, fascista el que no bote!», coreábamos muchos. Y salíamos zumbando, para que no nos cazaran, hasta los almacenes El Águila o cualquier comercio de la calle Pelayo y, tras jalearnos unos a otros, volvíamos a la carga. ¡Cuántas palizas recibimos! Las chicas de Derecho que vivían en el bar también se sumaron a un fervor revolucionario en el que sólo faltó que lanzaran adoquines a los capós de los autos policiales.

Aquel día pensé que la situación universitaria había llegado al

límite y que si se extendía a los obreros del Baix Llobregat, los días del franquismo estaban contados. «¡A por ellos!», vociferó el primer activista libertario que vi en mis años de universidad.

Recogí del suelo una de sus octavillas llena de viñetas. Llevaba las siglas GAC-MIL (Movimiento Ibérico de Liberación).

Empezaba con estas preguntas: «¿Es que el socialismo ha de naufragar en el estatismo? ¿Es que puede concebirse un régimen poscapitalista que no sea el socialismo? La respuesta está en la práctica».

Los del MIL defendían la agitación armada y reivindicaban la expropiación del dinero que la burguesía robaba desde la revolución industrial. «La dictadura no es más que una de las formas que toma el capital», sostenía el panfleto que abogaba por la destrucción del Estado, de las ideas estalinistas y de los partidos burgueses. Entonces no podía ni siquiera en sueños imaginar que el redactor de aquel panfleto, Santi Soler Amigó, sería unos de los mejores colaboradores que he tenido en mi vida.

Así averigüé quiénes eran los que, semana sí y otra también, estaban desplumando bancos y cajas de ahorro para llenar las arcas de resistencia de las luchas obreras. Me llamaron la atención las críticas que el folleto vertía al partido de la «futura élite del poder», Bandera Roja. «Con sólo 200 militantes, el comisario político de Bandera controla férreamente, a través de *Sectores*, una parte de Comisiones Obreras, e impide el acceso a todo militante o simpatizante que no sea obediente con la organización.»

«A una estudiante le han abierto la cabeza», chilló un colega de Empresariales. Y otro gritó: «En Madrid han matado a un estudiante. Movilización total contra la dictadura fascista. Disolución de cuerpos represivos. Gobierno del pueblo y para el pueblo».

Un jeep de la policía quiso embestirnos a toda leche con la puerta completamente abierta. En el último segundo dimos un gran brinco y no nos arrolló por los pelos.

Toni Miró-Sans y yo llegamos a mi casa, que estaba cerca, extenuados y demudados. Aquel mediodía de total exaltación, en un comedor que era un remanso de paz burguesa anclado en zgzg, armé la gorda. «¿No os da vergüenza, a los de tu edad, no haber sabido resolver los conflictos de la República y evitar la guerra?», le solté a mi padre. Toni, que era como de la familia, calló como un muerto. «Papá, estos bestias no quieren que estudiemos y nos volverán a clausurar la facultad. Todavía seguimos sin decano pese a las elecciones, las reuniones, las asambleas y el esfuerzo que hemos puesto en que la cosa cambie. Si la clausuran de nuevo, cuelgo derecho, consigo una beca y me largo a Berkeley a estudiar psicología.» Desde que había conocido a José Solé, leía de forma más sistemática y empecé a plantearme compaginar derecho con una carrera humanista.

Después de comer, telefoneamos a José. Su madre nos dijo que ni su hijo ni su marido habían comido en casa, que no sabía nada de ellos y que le parecía extraño. Estaba al corriente de todo y, de forma velada, nos informó de que habría nuevas protestas cuando los obreros salieran de las fábricas. «Los

obreros hubieran tenido que salir de las fábricas cuando estábamos en la Diagonal venciendo a los grises», pensé exaltado. Pero no dije nada. La madre de José me parecía una mujer muy abnegada que aguantaba tanta tensión por amor.

Fui con Toni a la primera sesión del cine Balmes a ver *Concierto por Bangla Desh*. A la salida, merodeamos por una Plaza Cataluña con tanquetas, todoterrenos y furgones antidisturbios aparcados por todas partes. Y, ¡oh, sorpresa!, antes de que la manifestación llegara a formarse, me topé con Juan, el líder obrero que me había regalado el *Demian* de Hermann Hesse.

Toni se extrañó de que un sindicalista me hablara con tanta familiaridad.

«Cuídate, chaval, cuidaros los dos, que la cosa está chunga. Los obreros ya no soportan más la congelación salarial y menos aún la ley de convenios colectivos que nos han colado.» Juan repasó a Toni de arriba abajo con morbo.

Yo le narré los hechos de la mañana en la Diagonal, que sorprendentemente desconocía. Me vino a decir que la lucha de los estudiantes era pueril e hizo un gesto de desprecio que a Toni y a mí nos dejó helados. Fue entonces cuando me di cuenta de que el sindicalista iba acompañado de un chaval lánguido, más joven que yo y súper pijo. Llevaba una cazadora de ante y un jersey amarillo canario de tan buena calidad que me pareció de cachemir. Me atreví a pasar dos dedos por la lana y, efectivamente, sí lo era y no me callé: «¡Pero si es auténtico cachemir!», exclamé con ironía. A continuación

proclamé: «En la Diagonal, señor revolucionario, por fin estábamos todos los universitarios unidos. Todos. Negros, blancos, rojos... el arco iris al completo». Y añadí que obreros en la plaza había más bien pocos y todos cortados por el mismo patrón. Juan me lanzó una mirada altanera y salió corriendo con su ligue como si yo fuera el policía. Así fue como descubrí que Juan iba soliviantando a jovencitos.

Toni me sacó de la plaza cuando los antidisturbios cargaban contra un pequeño conato de manifestación. Me arrastró Ramblas abajo. La tensión fría de la calle se fue disolviendo. Toni hablaba y hablaba y yo no sabía de qué. Serían sus sueños, supongo. Que si le gustaba aquella tía pero no sabía cómo ligársela ni si sería correspondido o que a lo mejor debería ir con otra menos guapa y mejor persona. A mí me entró un hambre feroz al llegar al Liceo. Toni me invitó a un bocadillo y luego fuimos hasta las escaleras del muelle del puerto donde atracan las Golondrinas.[9] Allí sentado le confié algunas de mis correrías nocturnas y las historias raras que había vivido.

Un barco atracado en el muelle, con coches y contenedores colgados de las grúas, nos transportó a mundos lejanos. Mi amigo se puso serio, parecía como si la revolución pendiente que navegaba de Diagonal a Plaza Cataluña hubiera mudado de región. Toni me espetó: «¿Por qué no viajamos, Pepe? Es momento de cambiar de aires y ver mundo». Aún no hacía una hora que nos hubieran podido moler a palos y ahora ya cruzábamos fronteras. La cabeza se me llenó de postales: Grecia, Turquía, Persia, Afganistán y la India. «Podemos ir en

9 Embarcaciones que hacen un recorrido turístico por el puerto de Barcelona.

coche y llegar hasta donde sea. Esta misma noche llamo a los cuatro Nabucco y preparamos el plan de fuga», le dije: Toni me miró satisfecho. Tras unos minutos de silencio me recomendó volver con Cuca y olvidar tanta historia rara. Yo le respondí que ella era demasiado joven, que aún estudiaba en un colegio de monjas y que yo pensaba seguir la recomendación de Burroughs, que para ser escritor de mundo lo mejor era ser o parecer homosexual y que ninguna mujer te cortara el rollo con el cuento de la seguridad. Desde la exposición de poesía en la facultad, mi vocación giraba en esta dirección.

## DE CA L'ESTEVET AL CÁDIZ

Cristina Grau, nuestra profesora más atractiva, representaba un ejemplo de tenacidad para salir del atolladero. La admiraba por el esfuerzo que suponía estar dentro de una de las cátedras más difíciles de nuestra carrera, la de Derecho Administrativo de Rafael Entrena Cuesta. Y a mí, derecho, a pesar de la situación y de que ya no estudiara con Pepe de la Torre, me seguía interesando. Ana Castellar ya no trabajaba con Carlos Barral. Éste había fundado con Alberto Oliart, de Labor, una nueva editorial. Ana trabajaba en otra, de medicina, y estaba fascinada con José Solé porque, según decía, no había conocido a ningún joven con una fantasía libresca tan bien trabada. En broma le preguntaba: «¿Seguro que no has vivido con Céline?». José le respondía entre cínicas sonrisitas: «No, Ana, no. No he tenido el placer de vivir en los escombros de la sociedad infame que surgió tras la guerra de 1914. Aunque sí me hubiera gustado profanar el santuario sintáctico de Fran^ois Mauriac tal como lo hace monsieur Louis Ferdinand Céline». Y soltaba el epitafio que solía emplear con los mejores: «Su prosa es un aquelarre de ignominiosa jerga y bufonesca perfidia».

Ca l'Estevet, un comedor casero, bullicioso y mundano, estaba concurrido por gente risueña que venía de la inauguración de una exposición del hiperrealista Rafael Canogar, miembro del grupo El Paso, en la galería Adriá de

Consejo de Ciento. De esta exposición, que mi hermana me aconsejó ver días más tarde, no he olvidado una pieza: *La policía en acción.* Un hombre sin cabeza, que me recordó una anécdota que contaban las primas de mi padre referente a mi tatarabuelo Josep Ribas i Martí, propietario rural de Castellvell, que se hizo carlista y llegó a teniente coronel del ejército derrotado en 1840 y en 1849. Tras participar en la primera guerra, le expropiaron las tierras y lo metieron en la cárcel. Una mañana, sus enemigos le entregaron un saco. Cuando mi tatarabuelo lo abrió, se encontró con la cabeza sin cuerpo de su benjamín.

La mesa que dominaba el restaurante de la *gauche divine* se hallaba al fondo, en una pequeña sala al otro lado del arco que dividía el comedor en dos espacios. En aquella mesa, desde mediados de los sesenta, unos pocos –los elegidos– dictaban la moda cultural de la España que ya había enterrado a Franco antes de que fuera depositado en el Valle de los Caídos con pompa de faraón. Acceder a ella implicaba haber salido muchas veces en el diario *Tele-Exprés o* ser el fogoso amante de algunas de aquellas «estrellas» que emergían de la tiniebla franquista. En las otras mesas, más discretas, cenábamos los advenedizos y aquellos que aunque hubieran creado algo no integraban el sanedrín de la *gauche divine.* Peluqueros, periodistas, modistos, modelos, arquitectos, fotógrafos, publicistas, gente que intentaba, con mentalidad de tendero, evaporar las penurias de la época vendiendo lo mucho o poco que producían. La mayoría de aquellas personas pertenecía a una generación anterior a la nuestra, seguían la moda pop y practicaban el intercambio de parejas al estilo de la *dolce vita* romana y la caza de modelos famosas en el Tiffany's de Playa

de Aro o en las calas de Cadaqués. España empezaba a dejar de ser un desierto y las ganas de arrinconar el bostezo y conquistar la libertad y la fiesta precipitaban un ingenio vertiginoso. Gran momento para quienes hubieran viajado a las grandes urbes de la modernidad y dispusiesen de gusto e información. Aquella nueva élite, tan menuda en un principio, fue aplicada y no sólo se obsesionó en marcar pautas: en poco tiempo tomó el poder en el mundo de la cultura, del arte, de la prensa y del espectáculo, cuando los socialistas del barrio de Sant Gervasi coparon el poder municipal.

Ana y José saltaban de un tema a otro. A propósito del pintor holandés Vermeer, Ana defendió la inmortalidad del Arte con mayúsculas. Y cuando luego comentó la obra reciente de Antoni Tapies, nos dijo que aquel verano, en el Grand Palais de París, se exhibiría una antológica donde por fin se podría apreciar el valor de una trayectoria excepcional.

Cristina, vestida de negro y con los labios muy rojos, reía las explicaciones de uno y otro hasta que sacó, con aquella voz de locutora de radio que la caracterizaba, el tema de Vietnam y del imperialismo. José levantó la copa de vino para brindar por Le Duc Tho, el negociador norvietnamita que había conseguido firmar la paz con Kissinger, en París.

El presidente Nixon, un monstruo amoral en palabras de Norman Mailer publicadas en la revista *Destino*, había ganado las elecciones de noviembre gracias a la promesa electoral de acabar con la sangría de Vietnam y devolver a sus familias los quinientos mil soldados norteamericanos que sufrían como perros sarnosos en las cuencas del Mekong. Su reelección

supuso también el golpe de gracia a la revolución multirracial de la generación contestataria de los años sesenta, y la ruina de los nuevos movimientos sociales que luchaban por un mundo solidario y ecológico.

«El imperialismo norteamericano ha perdido esta guerra», recuerdo que dijo José entre risitas. Los cuatro brindamos por la reunificación de Vietnam y el cese de los bombardeos, que habían masacrado con diecisiete millones de galones de agente naranja y otros tantos de napalm y gas nervioso a una sacrificada población nativa que luchaba por la independencia y el socialismo.

Acabada la cena, fuimos al Pastís, el pequeño local de doña Carmen, una mujer que siempre iba con un delantal blanco impoluto. En aquella minúscula taberna nunca dejaba de sonar el repertorio completo de Edith Piaf. Un pintor amigo de José y de mi hermana Rosa, Luis Claramunt, un visionario anarquista que vivía en una buhardilla de la Plaza Real, bebía absenta en la barra y se enrolló con nosotros. Fue él quien propuso seguir la noche en el Cádiz.

El Cádiz era el más cálido de los salones de baile del Barrio Chino que habían sobrevivido a la posguerra. Cristina y yo, que no solíamos tomar copas, aprendimos a bailar el pasodoble entre risas de galanteo. Nuestro baile desperezó a los escasos bravucones y prostitutas que se levantaron con desidia de las mesas a imitarnos. Algunos de los *marines* de la VI Flota atracada en el puerto, que vegetaban por el antro, desenfundaron unas cámaras de fotos tan aparatosas como molestas y se pusieron a disparar. Ana y José cuchicheaban con

Claramunt en la pequeña barra junto a paredes cubiertas de cañas que sugerían ambiente habanero. El local estaba plagado de pinturas caribeñas que representaban casas con patios porticados invadidos de verdor.

La pequeña banda, que tocaba boleros y guajiras, desafinaba, especialmente las trompetas que iban desde el quiero hasta el no puedo con impulso alicaído. De pronto, un buscavidas que bebía ajenjo pellizcó a Ana hasta retorcerle un cacho de nalga. Ana, que como cualquier mujer metida en el mundo de la cultura era feminista, dejó caer el combinado al suelo mientras exclamaba, entre indignados aspavientos: «¡No me lo puedo creer!». La que resultó ser novia del agresor, una puta que parecía surgida de un cuadro de Max Beckmann, estuvo en un tris de lanzar a Ana un buen escupitajo de propina. La mujer creyó que había sido mi amiga quien había provocado al único hombre que aún le hacía carantoñas de Pascuas a Ramos. José, con la ayuda de un legionario que era un plasta, plantó cara a quien parecía encargado del local. El legionario le explicaba a José que el atacante era un chuloputas y que pasaba pasta a un guardia urbano que amenazaba con cerrarle un prostíbulo. Y no sé qué más contó acerca de unas meretrices que no querían pasar control sanitario en la consulta del primo del guardia urbano. Todos hablaban al mismo tiempo.

El único camarero joven, tras secar los restos de combinado de la minifalda de Ana con una gamuza, se tocó el sexo, la miró con sonrisa de deseo y le dijo: «Mañana libro, te espero en el Copacabana».

En la puerta del establecimiento, los cuchicheos iban en

aumento. Unos salieron afuera y otros, desde los garitos contiguos, entraron a cotillear qué es lo que ocurría. El local se llenó de ansia de trifulca.

Al fin, la puta ofendida cambió de onda. Tras girar en redondo en medio de la pista, lanzó una sonrisa, extendiendo la mano a todo el local. El agresor levantó los brazos en plan cómico y, juntando las palmas de ambas manos, le mandó a Ana el beso de la disculpa. A continuación besó a su puta. Nosotros, tras un ataque de risa floja, nos pusimos a bailar entrelazados y en corro la canción *Soy lo prohibido.*

Una puta adolescente que bebía gin con peppermint le dijo algo a un viejo desdentado que llevaba una americana verde y paseaba por la pista con porte de figura. El camarero joven susurró que aquel tipo, con el pelo teñido de rubio peinado hacia atrás, había sido cantante y antigua gloria del Paralelo. La orquesta, por orden del tipo sin dientes, improvisó un cancán muy popular bajo la batuta de un maestro que rejuveneció treinta años en un instante.

Las putas gordas, delgadas, jóvenes y viejas conquistaron la pista como poseídas por la música de un tiempo que fue libre y feliz. Ana se metió entre ellas. Las piernas iban y venían sin ton ni son, algunas ni siquiera conseguían alcanzar los cuarenta centímetros.

«¡Pero si Ana se ha transformado en una heroína de *French Canean* de Renoir!», comentó José con ojos de plato.

## LOS INDEPENDIENTES

El 15 de febrero de 1973, la policía rodeó las facultades de Derecho, Medicina, los barracones de Letras, Mercantiles, Económicas y Farmacia. El rector Caballero había dado orden de clausurarlas por temor a muestras de solidaridad con Arquitectura. Las autoridades sabían que de repetirse los sucesos de la Diagonal, la juventud pronto iba a protagonizar en España una revolución similar a la del Mayo del 68, sin que aquí ninguna autoridad tuviera legitimidad para dar la vuelta a la situación, tal como había ocurrido en la Francia de De Gaulle, Pompidou, Marcháis y Mitterrand.

Nueva discusión en el comedor de casa. Tras despotricar contra «el franquismo nauseabundo que por fin naufragaba», le pedí a mi padre que se enterara de lo que estaba pasando. Mi padre refunfuñó. Tras mucho rogar, cogió el teléfono y, al colgar, me dijo que en el enfrentamiento entre Carrero Blanco y Villar Palasí habían ganado los ultras, que el equipo ministerial del miembro del Opus Dei peligraba y que, en efecto, la situación de la universidad preocupaba enormemente. También comentó que habían preferido cerrar las universidades antes que decretar el estado de excepción.

Al acto llamé a José Solé y le pasé el parte. Recuerdo que estaba irritado. Me contó que acababa de tener una bronca fenomenal con su padre por los altercados universitarios. Le había dicho que los estudiantes éramos unos gilipollas y que, si

el ejército salía a la calle por culpa nuestra, los obreros lo iban a pasar muy mal. Antes de colgar, José me dijo que no me moviera, que aquella tarde habría reuniones y que pasaría a recogerme antes de una hora. Telefoneé a estudiantes independientes de varias facultades y les sugerí que estuvieran al tanto. Mi padre, al pasar junto al cuartito del teléfono, me advirtió que fuera precavido pues quizás estuviera pinchado. Aluciné pepinos y, la verdad, estaba cada vez más indignado. Por otra parte, los compañeros con los que habíamos decidido salir de viaje, a excepción de José, que no iba a viajar con nosotros, estaban preparando el plan de fuga. También llamaban, aunque con poco interés por cuanto estaba ocurriendo. La política había dejado de interesarles y habían decidido transformar el cierre en vacaciones. Alfredo Astor me dijo a través del teléfono: «Volvemos a ser vanguardia, esta vez del pasotismo».

José me llevó a una reunión informal del comité de Derecho que celebramos con precaución en las entrañas de un bar del Barrio Chino para evitar que sociales y confidentes nos descubriesen. A continuación, militantes de diversos partidos consiguieron armar una reunión de la coordinadora del distrito en la Escuela de Idiomas, a la que también asistimos los independientes.

Un independiente al que llamábamos Xano, que estudiaba medicina, se encargó de presentar la iniciativa de los estudiantes independientes: «Dado que van a cerrar todas las facultades, estamos dispuestos a encerrarnos en alguna iglesia como medida de presión para que no les quede más remedio que negociar la reapertura y la desmilitarización de todas las

universidades». Y apuntó que teníamos capacidad para convocar a unos dos mil universitarios, o quizá más. Ya tocábamos con la mano la posibilidad de un encierro masivo como en tiempos de la «capuchinada». Cuando llevábamos más de una hora reunidos, entró un tipo más bien bajo con un bigote prominente, algo mayor que nosotros, cuyo nombre de guerra no recuerdo y que era conocido por todos los que militaban. El tipo informó con solemnidad de que la policía también había ocupado el campus de Bellaterra, que más de ciento cincuenta profesores no numerarios que estaban reunidos en la Facultad de Derecho de la Universidad Central habían sido desalojados a golpe de porra y que, al salir, los grises a caballo los habían molido a garrotazos.

Observé con pánico como el informante debatía por lo bajo, entre movimientos de brazos, con los grupitos directivos de Bandera y el PSUC.

Uno de aquellos cuadros, con un macuto guatemalteco desteñido colgado al hombro, empezó a reñirnos a todos, especialmente a los independientes. Nos acusó de irresponsables por haber montado el lío de la Diagonal sin piquetes de defensa. Asombroso. Lo de la Diagonal no lo había montado nadie, había sido una acción espontánea en respuesta a la represión generalizada de los grises. Luego explicó que un jeep de la policía había atropellado a un grupo de estudiantes y herido gravemente a María Luisa Tena, una estudiante de primero de filosofía. Algunos ya sabíamos que la chica estaba hospitalizada. Por lo visto le habían roto el cráneo, las costillas, la pelvis y el fémur. El jeep había dado marcha atrás para arrollarla mejor.

Los de la Liga Comunista Revolucionaria, tras aceptar el encierro si lo apoyaba la clase obrera, aprovecharon el revuelo para cargar contra los del PSUC. Denunciaron su pasividad ante las huelgas del Baix Llobregat, Asturias, País Vasco y Sagunto, que mostraban muy a las claras que la clase obrera estaba madura para la huelga general revolucionaria. Bandera Roja y el sector más oficialista del PSUC se pronunciaron este día, 15 de febrero, jueves, a favor del encierro aunque matizaron que era mejor no concretar demasiado el tipo de acción y mucho menos el lugar para evitar la represión. Se convocó una asamblea general de distrito.

Al día siguiente, el Consejo de Ministros suspendió los estatutos provisionales al extender a las universidades de Barcelona los decretos leyes del verano que habían anulado la autonomía de las universidades de Madrid. Una de las múltiples consecuencias era que la famosa terna de Derecho ya no servía. El ministerio podía nombrar decano comisario a quien quisiera o cerrar la facultad para siempre. Una indignación sin precedentes caldeó el ánimo de mis compañeros. Algunos independientes de varias facultades nos reunimos en el bar Turia de Rambla Cataluña y decidimos acelerar el encierro. Íbamos a vivir momentos decisivos.

El lío bizantino que organizaron los diferentes grupúsculos en una reunión secreta de la coordinadora, antes de la asamblea de distrito, alcanzó el absurdo cuando los de Bandera Roja se negaron a secundar el encierro alegando la vacilación de otros grupos y argumentando que tampoco solucionaba los problemas de la universidad. «La vanguardia ha de marcar una línea política clara», repetían incesantemente. Y por lo bajo

hablaban con desprecio del «espontaneísmo» de las masas. El enfado de los del PSUC fue mayúsculo y acusaron a quienes se oponían al encierro de pretender liquidar el movimiento estudiantil en un momento clave.

La asamblea de distrito posterior fue un cóctel de acusaciones entre grupos políticos adversos, ante la desesperación de los independientes. El encierro también suponía que por fin los profesores tendrían que tomar partido. Nuestras exigencias inmediatas eran: facultades abiertas sin policías, sin decanos comisarios ni represión generalizada. Los del PSUC se preguntaban con los pelos casi erizados: «¿Por qué Bandera ha cambiado de opinión en veinticuatro horas y ordena el repliegue sin ofrecer alternativa?». «Divide y vencerás», pensé.

Un independiente de filosofía se levantó, se subió a la silla y dijo una frase que guardo escrita en mi diario: «La revolución no son palabras, ni consignas ni estrategias. La revolución es cómo actúas desde que te levantas hasta que te acuestas. Como dice un refrán chino: para hacer la revolución cambia antes el corazón». Estallaron pitos, aplausos y abucheos. La mayoría de independientes salimos de aquel infierno con el ánimo por los suelos. Nos dimos los teléfonos y creamos una red para mantenernos unidos y en contacto. Las tres universidades de Barcelona estaban cerradas por orden gubernamental.

Siguieron días de rumores, de reuniones secretas en diversos barrios de la ciudad. Los del PSUC tenían mala conciencia, nos seguían y se excusaban. Nos explicaron que las bases pedían

cambios mientras sus jefes dudaban y temían perder el control. Nosotros les respondíamos que iba a haber encierro y que se dejaran de *collonades*[10].

Por otra parte, Alfredo Astor y Tomás Nart, que ya tenían el viaje casi a punto, propusieron que los Nabucco nos fuéramos a Calella de Palafrugell a elaborar el manifiesto antes de marcharnos, para que José fuera negociando la publicación mientras durara el viaje. Se habían encontrado a Clotas y estaba dispuesto a tomarse el asunto en serio. Toni, que se había apartado del movimiento de los independientes tras la última reunión y que no era Nabucco, pretendía marchar cuanto antes a Grecia y quizás a Turquía. Toni me contó que unos cuantos, hartos de todo y de todos, estaban pactando con el nuevo catedrático de Canónico un examen clandestino para ir en verano a milicias.

Uno de aquellos días cené con los Nabucco, olvidamos los entuertos de la universidad y caímos en nuevas calamidades. «¿Conocéis a Juan Antonio Samaranch?», dijo José de pronto.

Lo acababan de nombrar comisario ideológico del diario *Tele-Exprés*. Por lo visto, había exigido a Manuel Ibáñez Escofet, el director, la lista de todos los redactores y su filiación ideológica, por haber publicado una nota del Colegio de Abogados contraria a la pena de muerte y al Consejo de Guerra a los asaltantes del consulado francés de Zaragoza. Era público que a Vázquez Montalbán se lo habían cargado: su sección,

---

10 «Gilipolleces.»

no

«Pequeño planeta», había desaparecido de las páginas del periódico. José contó que en un artículo había comparado el genocidio de los judíos en la Alemania nazi con el que habían practicado los norteamericanos en Indochina. También se habían cepillado a Josep Faulí. Antonio Otero preguntó de forma impertinente si Ibáñez Escofet había dimitido.

Decidimos ir a Caleña cuanto antes.

## LA GAYA CIENCIA

Una tarde de marzo de 1973, Rosa Regás nos citó a José Solé y a mí a las cinco en su pequeña oficina de La Gaya Ciencia. Una editorial joven que había publicado *Un viaje de invierno*, de Juan Benet, y *Travesía del horizonte*, de Javier Marías. A la hora fijada cruzamos el portal de la calle Alfonso XII. Rosa era ya una mujer legendaria. Había hecho huelgas de hambre en la Unesco, se había encerrado en Montserrat en protesta por el juicio de Burgos contra miembros de ETA, tenía cinco hijos, había estudiado filosofía después de criarlos, había trabajado con Carlos Barral y Félix de Azúa y había intimado en Cadaqués con Marcel Duchamp y su círculo.

Cuando le expusimos el proyecto de manifiesto poético y la posibilidad de fundar una revista universitaria que pusiera en evidencia el pensamiento de la nueva juventud española, ella respondió que también estaba en un proyecto parecido con los arquitectos de vanguardia que merodeaban por Cadaqués. Frente a nosotros, sin mesa de oficina de por medio, y junto a un tocadiscos apagado, aquella soberbia y vital pelirroja gesticulaba, reía, narraba anécdotas de uno y otro escritor, explicaba proyectos y daba razón de sus opiniones. Al deslizar la mano sobre su melena roja y clavarme sus ojos como un aguijón, contuve la respiración. Más aún cuando iba y venía de un lado a otro de la habitación, dando zancadas felinas, para resolver asuntos con un impresor, un grafista o un autor a

través del hilo telefónico. Al volver a su asiento, nos regaló a cada uno un libro recién editado: *5 narraciones y* 2 *fábulas*, de Juan Benet. ¡Qué manos!

Los vaqueros azul cielo, un fular fucsia y una camisa blanca que permitía adivinar unas hermosas tetas sin sostén, enamoraron a José, que relataba historias con un ingenio descaradamente conquistador.

Y ella repetía una y otra vez: «Para escribir bien, tenéis que ser muy cultos, leer mucho, saber lo que queréis contar y a quién. Vivimos tiempos de cambio y la imaginación ha de servir para matar la costumbre y trascender la rutina». «Me paso las noches leyendo, ahora estoy con Truman Capote», dijo José en una de esas ocasiones.

«¡Qué barbaridad! Ya son la ocho y voy a encontrarme con el poeta José María Álvarez, que acaba de llegar de Cartagena. Podríais acompañarme al pub de la calle Tuset y luego cenamos todos juntos. Os invito. Me gustáis; además de ser jóvenes y cultos os obsesiona hacer algo en grupo y creo que lo vais a conseguir.» Telefoneó con decisión al restaurante Putxet y reservó la mesa grande.

El poeta era uno de los novísimos de la antología de Castellet. Había publicado un libro, *87 poemas*, que obsesionaba a Antonio Otero.

Resultó que el poeta y su mujer exhibían en todo momento su biblioteca. José María, que había residido en París y estaba empapado de cultura libresca, hablaba por boca de otros, incluso cuando no daba la referencia: «Digamos, como el

Fréderic de Flaubert y con el mismo desencanto: es la mejor época que hemos tenido».

«La buena literatura tiene que demostrar la autonomía del discurso frente a los límites de la costumbre», proclamó Rosa, y expulsó el humo de su cigarro con furia.

Por la entonación de Rosa, José y yo dedujimos que teníamos licencia para enredar. El poeta comunicó a la editora que *Museo de cera*, su nuevo empeño poético, seguía en la nevera y que no sabía cuándo lo tendría listo para publicar. A continuación y sin venir a cuento le dijo a José: «Me gusta mucho jugar al póquer pero por menos de cincuenta mil no me siento».

«Pues debes de pasarte muchas horas de pie», matizó José con ironía.

Subimos a dos taxis, ellos con un amigo, nosotros con Rosa, rumbo al restaurante frecuentado por intelectuales de izquierdas que yo sólo conocía de haberlos leído.

Rosa presidía la mesa que estaba sobre una tarima en el mejor lugar del restaurante. Nuestra mujer revelación ladeaba el cuerpo de un lado a otro y señalaba con el dedo, ora a uno, ora a otro, con porte de madre superiora. ¡Cómo disfrutaba avivando la polémica de todos contra todos! Álvarez atizó a José uno de sus poemas: «Hablaré del otoño/ Con árboles/ Donde al caer las hojas/ Quedan visibles/ Los ahorcados». José expuso sus reparos: «Mira, José María, Guadalajara no está en Abisinia, ni Cartagena, por mucho que te empeñes, nunca será Alejandría».

«Lo siento, pero si en mi mesilla de noche no tengo el *Ulises*, no consigo conciliar el sueño», soltó José María como discreta disidencia y dejando entrever que las ciudades míticas, como ciertas lecturas, navegaban dentro de su cabeza. Gracias a su «erudición irresistible» había convertido el salón de su casa de Cartagena en la Lisboa de Pessoa, la Praga de Kafka, la Viena de Wittgenstein o la Alejandría de Kavafis.

«La mitología griega me interesa mucho desde que leí la *Odisea*», dije. Este despropósito, que aparentemente sólo captó José, se convirtió en un clásico del anecdotario de los Nabucco. En aquel momento, yo no sabía quién era James Joyce ni que había escrito *Ulises.* Mi formación, como la de cualquier joven de la época, era una mezcla abigarrada de nubes y claros. No me avergonzó meter la pata, un pecado que sólo es grave cuando la vanidad desempeña el papel estelar en las actuaciones públicas de uno.

El entusiasmo ante una tertulia cultural con risas y altercados me desbordó hasta provocar una sucesión de dislates que culminaron en los postres, cuando se acercó a nuestra mesa un joven filósofo, espigado, con gafas de pijo y nervio desbocado. Se había levantado de la mesa de Ricardo Bofill, para quien trabajaba. Muerto de curiosidad se acercó hasta nosotros.

Rosa nos presentó a Javier Rubert de Ventos como el par de poetas jóvenes que habían creado una muestra poética abierta en los muros de la Facultad de Derecho. Javier, un hombre de ojos líquidos, según José María Álvarez, se apoyó en la mesa con los brazos y mediante una coquetería muy estudiada nos ametralló a preguntas. Su *Teoría de la sensibilidad* con prólogo

de José Luis López Aranguren, publicada en 1968, había renovado el viejo edificio del pensamiento español. Me había comprado el libro y aún lo tengo, subrayado, pero sólo hasta la página 76.

Cuando situé al nuevo personaje en su contexto, me interesó saber si sus viajes por California iban a tener nuevas consecuencias librescas. Rubert no contestaba a mis preguntas ni a las de nadie. Ante el desconcierto general, nos obsequió sin venir a cuento con la descripción de una Facultad de Derecho de ultratumba, la que él había vivido, cuando aún estaba en la Plaza Universidad: «Al entrar en clase los catedráticos fascistas nos obligaban a ponernos en pie, levantar el brazo y cantar el *Cara al sol».*

«¿Y tú lo alzabas?», le interpeló José con sorna de malcriado, por lo que deduje que entre Rubert y el PSUC existía marejada.

Obvió la respuesta.

A mí me interesaba saber si la beca que lo había llevado a Estados Unidos era una Fullbright. Ya sabía que este tipo de becas conseguidas por gentes de izquierda en plena guerra de Vietnam eran más que sospechosas. El periodo de la beca se iniciaba con mes y medio de instrucción en los valores del capitalismo imperial de Estados Unidos.

Tampoco respondió.

«Pues en la facultad de ahora hay carteles de Charlie Brown dando caña a los estudiantes para que cedamos nuestras sillas a los grises y sean ellos quienes aprendan los valores

democráticos. Jamás nadie nos ha obligado a cantar el himno fascista», dije yo.

«Y éste, que es el delegado de curso», apostilló José alargando el brazo para señalarme, «se ha liado con nuestra profesora de Derecho Administrativo. Y una chica de clase, la más pija, con un rojo del departamento de Derecho Político que le cuenta que es incapaz de acostarse con chicas de Bandera porque huelen a tigre, tienen bigote y son muy feas».

Tras aclarar entre risas que no estaba liado con Cristina Grau, decidí llamarla para que viniera y explicara allí mismo la facultad por dentro. El revuelo por conseguir el número de teléfono que no llevaba encima me brindó la oportunidad de conocer a la simpática malagueña que regentaba el restaurante. Flora, que me pasó el listín telefónico, era una joven de ojos negros, boquita de piñón y piel muy blanca que llevaba el mismo peinado que Liza Minnelli en *Cabaret*. De su marido, Enrique, se decía que había sido torero sin suerte.

Javier y los demás hombres de la mesa, al comprobar lo guapa y joven que era Cristina –tenía veintiséis años– y el cachondeo que nos llevábamos, se volvieron gallos con cresta y la conversación dio un giro inesperado. Se pusieron a hablar sobre formas y marcas de biquinis y sostenes hasta que Rosa pagó, se levantó y arrastró a los más jóvenes, o sea, a Cristina, a José y a mí hasta Bocaccio. Rosa era hermana del dueño y nos invitó a copas en una mesa cómoda junto al lugar donde morían las escaleras y donde se encontraba la cabina del pinchadiscos, que era amigo mío.

La turbulenta situación de la facultad había dejado de preocupar a José, que solamente hablaba de la prosa de Fitzgerald, Capote y Nabokov.

Rosa montaba en cólera ante ciertos comentarios, aunque parecía seducida por José, especialmente cuando se sacudía la melena con aquella mano de princesa zíngara que José había retenido varias veces. «Adivina qué me dijo un día Carlos Barral a propósito de Jaime Salinas.»

«Mejor ser novelista que editor a sueldo», respondió José.

«¡Frío!»

«Que su padre era mejor poeta que Jorge Guillén.»

«¡Templado!»

No hubo forma de descifrar de qué hablaba, y yo me centré en Cristina. «¿Qué crees que va a pasar?», le pregunté muy serio.

«Han abierto algunas facultades. La nuestra no creo que la abran», respondió; «el rechazo al rector comisario que acaban de nombrar, Jorge Carreras Llansana, es total. Y lo peor es que lo han nombrado catedrático de Procesal de Barcelona por orden ministerial sólo porque es un hombre de confianza de Carrero Blanco. Esto en un cuerpo como el de los catedráticos es pecado mortal. El asunto está mal, Pepe».

Y explicó que las autoridades se habían sacado de la manga una segunda cátedra de Derecho Procesal para poderlo nombrar.

Fue entonces cuando me saqué del bolsillo una nota que había publicado la revista *Destino* hacía unas semanas en la sección «Lo que dicen». La nota estaba firmada por Carreras Llansana, cuando aún era decano de la Facultad de Derecho de la Universidad de Navarra, del Opus Dei. Cristina la leyó en voz alta: «Frente a los actos de violencia, el único remedio válido es la represión eficaz dentro del derecho y por medio de los resortes e instituciones jurídicas nacionales e internacionales. La represión no equivale en este caso a oponer violencia a la violencia, sino a enfrentar a la violencia la fuerza del derecho». Rosa pidió la nota y dijo que se la iba a pasar a Juan Benet. Mientras Rosa se enzarzaba de nuevo en disquisiciones literarias con José, Cristina me susurró con ternura: «¡Paciencia!». Yo la corté con arrebato: «¿Paciencia? ¿Por qué y para qué si todo va mal? Esto ya no hay quien lo arregle». A lo que ella respondió: «¿No me has contado que los independientes habéis tomado los comités de curso y estáis preparando el asalto final?».

## CAVERNA Y TRAICIÓN

El miedo es fuente de traición, me repetía agazapado en la caverna secreta de Montjuic. Luchar por un mundo en el que la libertad y la igualdad sean pilar y fundamento, tal como proponía el grupo de estudiantes independientes politizados, exigía humildad y condescendencia. Exigía paciencia y saber escuchar. Exigía solidaridad y amor, mucho amor. Tal vez fuera éste el camino del humanismo para alcanzar «el buen vivir» de los griegos y desarrollar el «hombre bueno» que todos llevamos dentro, según Rousseau.

Durante tres noches seguidas fui a mi cueva sobre el mar, tras múltiples encuentros con estudiantes independientes y militantes del PSUC desconcertados.

Una de aquellas tardes había vuelto a mi antiguo colegio después de una reunión en la que los independientes optamos por un encierro sin atender a las órdenes de las facciones políticas enfrentadas. Algunas facultades habían reabierto sus puertas por orden del nuevo rector comisario, Carreras Llansana. Estaba claro que Derecho y Arquitectura seguirían selladas hasta fin de curso. Por otra parte, el búnker franquista, los ultras, se sentía fuerte y, además de aterrorizar a los profesores más aperturistas, se dedicaba a asaltar galerías de arte y librerías de izquierda, y a abortar la apertura que buscaban ciertos sectores tecnócratas del régimen, alentados por las potencias extranjeras.

El encierro podía suponer un revulsivo para que el movimiento estudiantil consiguiera levantar masivamente al mundo de la enseñanza contra el inmovilismo del régimen y democratizar a cierta oposición clandestina.

Treinta años después he tratado de recuperar aquellas jornadas decisivas. He buscado a antiguos colegas de la facultad, los he llamado, los he visto. Pretendía desempolvar la memoria. He consultado libros, los documentos de la API (Agencia Popular de Información), octavillas clandestinas, revistas ciclostiladas y, finalmente, la vieja libreta en la que había anotado las impresiones de aquellos días. Un halo de olvido y misterio envuelve los hechos. Una paradoja. Parte de la actitud futura de la sociedad civil de Cataluña y de España, pienso, se decidió en aquellas fechas en las que nació la atonía, la sumisión y el pasotismo de las posibles voces críticas mejor preparadas de mi generación. Las marrullerías de quienes copaban la dirección de los partidos clandestinos supusieron la eliminación de posibles rivales políticos y el fin del sueño de acabar con el franquismo antes de la muerte del dictador. Nosotros lo vivimos en la Universidad de Barcelona pero en otros distritos universitarios la situación fue similar. Parte de mi generación, la más inquieta, pasó de la decepción de la universidad al underground militante, algo que ya había ocurrido, en una escala menor, en 1969. Así se perdieron para la práctica política de la izquierda de años posteriores una mentalidad y unas actitudes menos autoritarias y más próximas a la base social. El universo franquista y el temor a la libertad en cueros no llegó a castrarnos con tanta ferocidad como a la generación de Felipe González que pactó la transición. El segmento de mi generación que se comprometió

con las corrientes de izquierda ha tenido muy poca responsabilidad real en las grandes decisiones que han cimentado el régimen político surgido en 1978.

El sombrío y mastodóntico edificio de los jesuitas de Sarriá no me inspiró la gravedad de otras ocasiones. Atravesé los enormes pasillos desiertos hasta dar con la puerta del despacho de quien había sido mi padre espiritual. El padre Montobbio seguía fraseando con voz melosa y envolvente. Le expuse la dramática situación de los estudiantes y le pedí que nos permitiera utilizar los campos de deporte de la parte trasera del colegio. El plan elaborado por el comité proencierro en una iglesia secreta había dispuesto dos fases. En primer lugar necesitábamos un lugar seguro donde concentrarnos. En este lugar, contaríamos a la gente dispuesta a encerrarse y luego nos dividiríamos en grupos de veinte. Cada grupo trataría con un estudiante de confianza que conociera el lugar del encierro. Otros, casi todos militantes decepcionados del PSUC, se encargarían de organizar la intendencia. No podían faltar agua ni alimentos durante los dos primeros días.

La dirección del PSUC, ante el impulso en favor del encierro de sus bases estudiantiles, optó por dejar que cada militante tomara la decisión que mejor le pareciera. Eso sí, aconsejó a los militantes fichados que no participasen para no complicar más su expediente. Al menos es lo que comentaron el delegado de quinto, Joaquín Molins López Rodó, que sí participó, y Arturo Obach, que no se atrevió al sentirse acosado por la pasma tras la detención del año anterior.

La extrema izquierda contempló expectante el proceso. Los

de Bandera Roja desaparecieron de las asambleas sin dejar rastro. Había miedo. Miedo a muchas cosas. El temor más acusado era el de los jefes por tener que dar ciertas explicaciones a los militantes más jóvenes. Temían el surgimiento de líderes más tiernos, menos maniobreros, más libres. Una y otra vez escuchabas por ahí que los líderes que movían los hilos de la política clandestina habían surgido de anteriores encierros y que éste podía ser el más sonado. Los tiempos estaban cambiando y ya no éramos cuatro sino miles los que queríamos un país diferente. Sin duda, nosotros éramos jóvenes todavía y valorábamos las actitudes con ingenuidad y sin las interferencias de las ambiciones desalmadas que mueven al poder político. La política interesaba porque aún pensábamos que servía para transformar las condiciones de la gente. Todavía no nos sentíamos aplastados ni teníamos miedo. Nos quedaba toda una vida por delante.

La recomendación de Raúl Núñez, el jefe comunista de la universidad, de que no participaran los que estaban fichados por la policía, me pareció una treta para evitar que los militantes mejor preparados descubrieran la fuerza de la revuelta por sí mismos, se contagiaran con los ánimos de los independientes y denunciaran los manejos de sus jefes. Temían que el ejemplo de autonomía no sólo cundiera en otros distritos universitarios sino también en las células de Comisiones Obreras.

El padre Montobbio, que era más bien moderado, siguió mis explicaciones con cautela. Tras algunas consultas, dio luz verde. Podíamos utilizar los campos del colegio siempre y cuando

actuáramos con prudencia y sólo los ocupáramos el tiempo imprescindible. Si respetábamos el pacto sin incidentes –todo muy jesuítico–, los curas se harían los distraídos y se comprometerían a no avisar a la policía. Y en plan paternalista me aconsejó: «Cuidado con los infiltrados».

Aún veo las cabezas de los curas recortadas sobre las azoteas de la mole de ladrillo rojo del colegio, contemplando con agitación a mil quinientos universitarios en los campos de fútbol y en los patios. Corría la tarde del 24 de marzo de 1973. El *Avui,* boletín clandestino de los universitarios catalanistas –en mi facultad no había más que un militante nacionalista llamado Felipó, que era uno de los redactores del boletín y que ya había participado en el asalto al rectorado de 1969– fue el único que días más tarde recogió el acontecimiento. Ninguna de las otras publicaciones de los partidos clandestinos hizo referencia al acontecimiento. Felipó era un tipo valiente que no se andaba con monsergas. Había estudiado bachillerato en los jesuitas y tenía la capacidad de iniciativa que daba aquel colegio. En quinto curso sabía, y por experiencia propia, cómo manipulaban los partidos clandestinos cuando algo no les convenía. Habían transformado el asalto al rectorado de 1969 en una gamberrada extremista inoportuna y sin sentido, cuando fue un momento tan significativo como la capuchinada de 1966. Marcó a la generación inmediatamente anterior a la mía.

Íbamos pictóricos a encerrarnos en la catedral de Barcelona como protesta por la represión generalizada que estaba acabando con la universidad y por el nombramiento de Carreras Llansana como rector comisario.

Recuerdo a la perfección cómo bajamos en grupos ordenados con cierta solemnidad y mucha precaución por la calle Doctor Amigant.[11] Yo iba junto a Quim Molins, Marga y otros independientes de Arquitectura, Ingeniería y Derecho. Al llegar al Paseo de la Bonanova, un estudiante en moto nos advirtió que muchos grises estaban rodeando la catedral. La noticia paralizó la marcha. Se difundieron dos consignas contradictorias: «Volvamos a casa, el encierro no es posible, la policía nos ha descubierto» y «Bandera nos ha denunciado, a por todas. Media vuelta y a encerrarse aquí mismo, en la iglesia de los jesuitas de Sarriá».

Yo había prometido mesura al padre Montobbio, la cosa se estaba complicando y le expuse a Marga mis inquietudes más claras: «Los curas me van a responsabilizar y no sé cómo puede acabar esta situación. Me veo entre rejas. Resistiré. Claro que resistiré». En esas estábamos cuando un compañero gritó: «Media vuelta y cuesta arriba. Hay que encerrarse aquí y ahora».

Apareció un jeep policial, luego otro y otro. No hizo falta más. Muchos de nosotros, huyendo de los grises, fuimos a parar a una granja del Paseo de la Bonanova, junto al cine Spring. Hubo discusiones e insultos para todos los gustos. «A los comunistas que han cantado les meteré lejía en los ojos», dijo uno.

Muchos estudiantes de buena fe estábamos convencidos de que no habían sido elementos infiltrados por la policía quienes

---

11 Actualmente, carrer Carrasco i Formiguera.

nos habían denunciado, tal como sostenían los estudiantes que militaban, sino disciplinados compañeros de aquella izquierda podrida.

Volví a casa solo. Bajé caminando por la calle Muntaner con una retahíla de convicciones: «La facultad está clausurada. Ni profesores ni partidos van a hacer nada para que la abran. A algunos partidos les conviene mantener focos de tensión abiertos a costa de lo que sea. El curso está perdido y mi ilusión por estudiar leyes se apaga: la justicia sólo es una convención para mantener el statu quo. Los estudiantes somos carne de cañón para que otros obtengan beneficios a costa nuestra. He dejado de creer en todos los partidos políticos. En esta sociedad todo se compra, todo se vende. Mi futuro es una incógnita».

¡Qué suerte haber planeado un viaje! Los Nabucco, con Toni, habíamos decidido perdernos por Grecia. Tomás, Toni y Alfredo estaban preparando coches y equipajes y no quisieron participar en el encierro. No sabía dónde diablos andaba metido Antonio Otero, y José, era definitivo, no iba a hacer el viaje.

Cené con mis padres sin decir palabra. Luego me encerré en mi habitación y un ataque de angustia me trastocó el colon y los intestinos. Sentía vértigo y vacío. A las dos de la madrugada me abrigué y decidí buscar aire fresco y soledad en la caverna de Montjuic.

Desde lo alto, contemplando el mar, reflexionaba sobre las tácticas de adiestramiento de los partidos. En primer lugar, el

responsable de captar al adepto ha de tener información, manejar el arte de la seducción, saber mentir, ganarse la confianza de la víctima y averiguar la capacidad operativa de éste. O sea, cuántas casas, coches o motos tenía la familia, su nivel económico y quiénes eran los amigos. Una vez completada la ficha por el miembro del politburó con capacidad de decisión, el responsable de cooptar debía aislar al nuevo adepto de su medio social. Acto seguido le hacía partícipe de lecturas, estrategias y debates conforme a la doctrina ideológica aprobada por el politburó. Si la sumisión y dependencia eran absolutas, el adepto recibía con cierta solemnidad el plácet de admisión. A partir de este instante, el partido ocupaba el espacio central de la vida del nuevo militante que podía usar mote o nombre de guerra. El nuevo debía pertenecer a una célula, obedecer en todo momento a su responsable político, trabajar duro, estudiar, espiar y conseguir fondos para el partido. Y lo más importante, debía acatar todas las decisiones de los jerifaltes. Por supuesto, jamás cuestionar. La sumisión debía ser ética, moral, económica. Incondicional.

Cogí una piedra y la lancé al vacío con rabia. La pervivencia del caudillismo está servida, pensé, a menos que los más jóvenes forcemos un cambio de hábitos y expulsemos para siempre a Franco y a Lenin de los cerebros.

Cuando despertó la marinada y aparecieron las primeras luces del día, decidí volver a casa. La libertad es el camino tortuoso de siempre, pensé mientras gateaba por una estrecha senda. Faltaban cuatro o cinco días para iniciar el viaje.

## EL VIAJE

No fuimos los únicos en huir de aquella universidad gangrenada. Muchos estudiantes sentimos la necesidad de cicatrizar decepciones allende nuestras fronteras. La rebelión hippy había cambiado el sistema de valores y vivíamos el presente sin grandes aspavientos. Así fue como en varios coches destartalados, con radiocasetes de arqueología, partíamos a la aventura con poco dinero y sin agencia de viajes de por medio. Desde Barcelona, Sevilla, Madrid, Valencia o Bilbao hacia Marruecos, Italia, Grecia u Oriente.

El Magic Bus, un autobús psicodélico que partía todas las semanas de Ámsterdam, atravesaba Europa y cruzaba sin el menor problema las fronteras de Turquía, Irak, Irán, Afganistán, Pakistán, Cachemira y la India, se convirtió en un sueño al que muchos aspiraban. También los barcos regulares de una compañía turca que atracaba en los principales puertos del Mediterráneo fueron presa codiciada por los nuevos vagabundos del Dharma. La India representaba el paraíso soñado de quienes buscaban la ruptura con el capitalismo. Tras años de posguerra, la juventud rebelde de Occidente volvía a experimentar curiosidad aventurera por culturas de otros continentes, algo olvidado desde la época de los últimos exploradores de África, a principios del siglo XX, a causa de las dos guerras mundiales.

Estos viajes de iniciación solían durar semanas o meses. Los

más radicales emplearon años. Un tipo de Vic montó una pastelería en Nepal; Ana Briongos quedó atrapada en un hotelito de Afganistán; Martí Capdevila se instaló en la fiesta perpetua de Goa.

Sin tarjetas de crédito ni consumismo frenético, bases del capitalismo global que llegaría más tarde, cualquier ruta generaba una solidaridad en la que unos y otros compartían comida y cartera durante días o semanas. La búsqueda de otras culturas o de una espiritualidad reparadora sellaban la fraternidad emergente entre desconocidos. Para los inexpertos españoles, la certeza más evidente era que salíamos de un país atrapado.

Toni Miró-Sans, Antonio Otero y Alfredo Astor, que iban en el Dos Caballos de Alfredo, salieron un día antes que Tomás Nart y yo. La puesta a punto del otro coche un Cuatro Latas, que habíamos comprado por siete mil pesetas en un taller que mi cuñado conocía, no estuvo lista a tiempo.

Tomás era tozudo y el más sensato de los Nabucco. Sus padres vivían en un pueblo de Lérida y él en un piso con sus hermanos, también estudiantes, que a veces hacía de picadero. El día de la partida temía que algún extraño maleficio consiguiera que abrieran la facultad antes de nuestro regreso y que su padre le armara la bronca definitiva. Por rebeldes que fuéramos, la autoridad daba miedo.

Alfredo y Antonio eran los más extremistas del grupo Nabucco. Años más tarde ambos se perdieron, cada uno por su lado, por las selvas de Venezuela durante casi dos décadas.

Alfredo, un carácter difícil, mezclaba las enseñanzas de Artaud con las miserias de niño malcriado. Antonio, el más severo, se tomaba la alta cultura en serio, sabía mucho de poesía e interpretaba los textos más duros de aquella época difícil. Su mata de pelo ensortijado se mezclaba con una barba muy negra, que ocultaba la piel blanca de su rostro. Solía quedarse quieto frente a ti y clavaba sus ojos oscuros contra los tuyos cuando te hacía una pregunta. Siempre se mostraba irónico y era un gran bebedor. También era un ser pulcro y atento que agradecía la atención que pudieras prestarle y sabía argumentar. Antonio era el más misterioso de todos nosotros, aunque no el más complejo. En complejidad no creo que ninguno de ellos me ganara. Yo era pasional y despreciaba las etiquetas. Decían que solía estimular a unos y a otros a realizar los sueños, por extravagantes que fueran, y que no paraba quieto un instante.

Mientras cruzábamos el jardín florido de la Provenza por carreteras que iban y venían, tuve una intuición. Cualquier asunto que emprendiera estaría en las antípodas de cualquier canon o jerarquía.

Italia nos dio la bienvenida con un buen susto. Tras soportar una cola desordenada en la frontera, la policía nos obligó a bajar del coche. Una vez formalizado el papeleo, el carabinero preguntó con insolencia si llevábamos droga en los intestinos. ¡Delirante! Por lo visto, según contaban unos holandeses, a los melenudos los pasaban por los rayos X o les metían el dedo en el culo. Tras salir de la garita, un carabinero nos señaló con la porra mientras daba un golpe de pito. Dos carabineros armados registraron el coche y esparcieron cuanto contenían

las mochilas por el suelo. Así aprendí que la policía de los Estados supuestamente democráticos era tan malvada como la franquista. La pérdida de tiempo nos obligó a hacer noche en una pensión de Ventimiglia sin saber que al día siguiente nos esperaba una autopista de infarto llena de camiones, curvas, túneles y viaductos hasta casi Milán.

Frente al Duomo de Milán, encontramos a Alfredo, Antonio y Toni tal como estaba previsto. Tras bromas y alegrías, observé que la fuga trastocaba nuestras sensibilidades. La universidad ya no estaba en nuestras mentes. Comimos pizza con hambre y pocas palabras en la barra del chiringuito de unas galerías comerciales que imitaban a las de San Petersburgo. Saciado el apetito, Antonio preguntó a la camarera dónde podía encontrar el facsímil de la revista Poesía que había fundado Marinetti en 1904. La camarera, que era joven y muy metida en su faena, hizo una pirueta rara y tardó más de un minuto en dar respuesta. Creo que dijo que la oficina de turismo más próxima estaría cerrada hasta al cabo de un par de horas. Antonio insistió, añadiendo que tenía urgencia en averiguar si en dicha revista el inventor del futurismo había publicado una obra de teatro en francés. La camarera que no estaba para monsergas poéticas nos reclamó las liras y dijo que el horario de comidas había concluido. Pagamos, fuimos a los coches y enfilamos rumbo a Venecia, ansiosos ante un viaje que, intuíamos, sería también al interior de nosotros mismos.

Toni, que ni era poeta ni pertenecía al movimiento Nabucco, se obsesionó con los mosaicos que cubren el suelo de San Marcos. Antonio leía *Las tribulaciones del estudiante Tórless* en las escaleras de la basílica y Alfredo daba de comer a las

palomas y seguía con la mirada las esbeltas piernas de una muchacha pecosa con una melena hasta la cintura que fotografiaba la plaza. Estuvimos un par de días vagando por la ciudad y durmiendo en el Youth Hostel, el albergue juvenil que estaba en la isla de enfrente.

Yugoslavia nos introdujo en un cuento de silencios y contraluces cuyo paisaje parecía sacado de un cuento de los hermanos Grimm y acabó en Kafka. En una calle descendente a las afueras de la ciudad de Rijeka, dimos con un pequeño hotel similar a los de la Costa Brava de tiempos pretéritos. Alfredo se encaprichó. Era muy barato y las habitaciones tenían ducha y agua caliente. El mar, al fondo, era de un azul muy pálido y nada hacía sospechar que estuviéramos en un país comunista, a no ser por las escasas tiendas y los pocos bares, sin tablones publicitarios. Los habitantes chapurreaban italiano pero ni se reían ni te decían nada. Fue al día siguiente, en un extraño pueblo más al sur, sin un alma a la vista, donde tras mucho deambular dimos con una especie de cantina llena de bebedores. Alfredo fue al coche en busca de su guitarra. La desenfundó y entonó una canción de Bob Dylan. De pronto estuvimos rodeados de jóvenes que rozaban nuestras prendas y te hacían preguntas con gestos expresivos. En el local se respiraba tensión, como si cantar y beber estuviese prohibido. No sé bien cómo fue la cosa, pero acabamos durmiendo los cinco en batería sobre unos colchones de lana, envueltos en mantas en la mansarda de la casa de uno de aquellos jóvenes. El lugar se llamaba Fili Jacau y algo nos hizo suponer que en aquel país se respiraba algo misterioso entre tanta isla y fiordo. Por otra parte, allí casi nadie chapurreaba ya el italiano. Una vieja desdentada con moño y una mañanita negra que se

santiguaba todo el tiempo preparó el desayuno frente a la chimenea de una habitación oscura con telarañas. Tras probar unas tortas que parecían de Aragón, aunque más sosas y secas, nos trajo unos cazos con un sucedáneo de café. Apareció un muchacho diferente de los de la noche anterior, se plantó frente a nosotros e improvisó un discurso ininteligible entre aspavientos. A continuación, señaló una escalera húmeda y mugrienta que conducía a un sótano. Sólo dejó entrar a Tomás, que era el más fuerte. Los demás esperamos expectantes. Tomás subió con un paquete envuelto y pesado. Dijo que lo teníamos que llevar a Split a cambio del desayuno. El muchacho dejó bien claro que el paquete contenía una batería usada para el coche de un tío suyo.

Nuestro coche iba primero sin el paquete. Detrás venía Alfredo, hasta que algunos camiones de un larguísimo convoy militar se colocaron entre ambos coches. La angosta carretera mojada estaba llena de curvas y tenías que conducir con cuidado para no deslizarte hasta el acantilado. A la una del mediodía dejó de llover y aparcamos en una andanada junto a la carretera, frente a un salpicón de islas que abarcaba el horizonte. Todo muy gris y bucólico. Teníamos intención de abrir algunas latas de comida cuando uno de los camiones militares aparcó junto a nosotros. Fue Antonio el que dijo: «Aquellos chicos eran nacionalistas croatas y el paquete puede contener armas».

Un rayo fulminante cayó sobre nosotros. Ante la curiosidad de los soldados, Toni y yo nos asomamos al acantilado, señalando el pequeño pueblo de una isla como si fuésemos turistas convencionales. Tomás, con una naturalidad muy de

pueblo, invitó al jefe de los soldados a probar embutido. Gestos y risas. La situación era delicada y aquellos soldados llevaban la estrella roja en las gorras. De pronto el Dos Caballos de Alfredo con el paquete dentro desapareció lentamente carretera adelante. Sin el coche cerca, la verdad es que todo se calmó, aunque la sucesión de histéricas sonrisas nos habría delatado en cualquier país de Occidente. Antonio, muy nervioso, había arrancado el coche en busca de un lugar donde arrojar el paquete al mar sin ser visto. Cuando volvió dijo que la carretera estaba llena de soldados y que el paquete seguía en el coche. El camión militar ya no estaba y no sabíamos qué hacer. Por la carretera no dejaba de pasar gente y militares. Toni dijo que lo mejor era mirar qué había dentro. Yo insistí que era mejor no saberlo. Discutimos. Alfredo no quería ir en su coche. Me puse los guantes de Toni, abrí el portamaletas, cogí el paquete y lo arrojé al precipicio. Antonio dijo: «Si llega a ser una bomba habríamos volado por los aires». «No es una bomba, sino una cubertería de plata que ha reventado antes de caer al mar», dije.

La tarde que llegamos a Dubrovnic, nuestro viaje rozó la deriva. A las seis, el palier del Cuatro Latas se quebró. Ya lo arreglarán, pensamos. Y se nos puso a todos cara de circunstancia. Aquel país era raro y no había forma de conectar con aquella gente que escuchaba los discursos del mariscal Tito por la radio en silencio, con sumisión oriental.

A la mañana siguiente supimos que en Yugoslavia no existían recambios de Renault. Acallé el desánimo. «No hay más remedio que meternos los cinco en el Dos Caballos», dije, tras averiguar que ir en barco hasta Ancona o Brindisi, comprar un

palier nuevo y traerlo nos costaría más de una semana y un dinero que no teníamos. Concluí resolutivo: «Dejamos el coche aquí. Compramos un palier en Atenas y a la vuelta zanjamos el asunto».

Antonio buscó un teléfono para llamar a Danae, su novia, que era hija del editor Carlos Barral. Una forma como otra de apaciguar los nervios. Así se enteró de que la había dejado preñada. Lo primero que pensé fue que el viaje se había ido a la porra. Estupor y muchas dudas. Aún no se sabía si Barral iba a ser abuelo. Antonio empezó a girar sobre sí mismo, a entrar y salir del bar de la gasolinera. En realidad no era un bar, era algo así como un pequeño habitáculo junto a dos postes de bencina donde vendían algo de comida y algún recambio de automóvil. Antonio no decía nada, sólo resoplaba y contemplaba el techo. Nosotros tampoco. Volvió a desaparecer. A través de la suciedad de los cristales lo veías ir y venir por aquella calle por donde transitaban coches de otra época, y rascar el suelo con sus zapatos junto a un perro sin dueño. Toni exclamó con cierta impertinencia: «¡Un hijo, qué telele!». Tomás salió fuera, se puso a parlamentar con Antonio y ambos desaparecieron durante un buen rato. A Alfredo le dio el punto y dijo que él seguía hacia Grecia con quien quisiera acompañarlo aquel mismo día porque Yugoslavia no era para él. Toni y yo nos miramos y acordamos que iríamos con él, tras encontrar un garaje barato para el otro coche. Volvió Tomás. Antonio decidió regresar a Barcelona inmediatamente. Casualmente salía un avión hacia Roma y había que acompañarlo al aeropuerto antes de las doce.

Tras dejar a Antonio en un aeropuerto que parecía de

juguete, nos quedamos los cuatro en el Dos Caballos de Alfredo con ganas de llegar a Grecia. El paisaje se fue transformando hasta dar con un fiordo inmenso que se abría, entre infinidad de islas con pequeños pueblos de piedra. Era Kotor. Ascendimos hasta una meseta nevada por una carretera de curvas endiabladas colgada del Adriático. Los nativos llamaban Mercedes a aquella ruta por la reina que la había mandado construir y por las emes de su trayectoria. En lo alto, establecimos el campamento entre la nieve, comimos pan con embutidos y bebimos una botella de Rioja.

Atravesamos Titogrado, una ciudad horrible, rodeada de bloques de cemento alineados. Tras muchos kilómetros sin encontrar gasolineras, pinchamos al caer la noche. Primero una rueda, luego otra. Dormimos con frío dentro del coche en un campo de alfalfa. Al día siguiente, tan gris como los anteriores, nos despertamos junto a una alambrada y descubrimos con estupor un escuadrón de tanques con la estrella roja. ¿Qué hacer? Cogimos el gato y cambiamos una de las dos ruedas con sigilo, a cámara lenta y, la verdad, aterrados. Luego paramos a un camión. La gasolinera más próxima estaba a cuarenta kilómetros. Ningún militar se fijó en nosotros durante el tiempo que empleamos con tanta maniobra. En Skopje, una ciudad llena de sorprendentes minaretes, nos dijeron que aquella carretera era una de las rutas hippies a la India. Probablemente esto lo explicaba todo. Por ella seguimos hasta el Youth Hostel de Tesalónica, donde volvió el color y la algarabía. Un holandés me echó las cartas del tarot. Me costó dormirme y cuando por fin lo conseguí me despertaron unas campanillas seguidas de cánticos y mantras. Por lo visto entre aquel montón de hippies había discípulos del gurú Maharishi.

Una chica gordita y mofletuda me dijo algo así como que la hora de despertar la marcaba el hígado y que dejara de protestar y le diera un abrazo. ¡Qué ridículo! Por lo visto, en aquel albergue las chicas podían dormir con los chicos, y Alfredo amaneció eufórico tras ligar con una francesa menuda que olía a mantequilla.

A media mañana recogimos el permiso especial en una oficina siniestra que olía a cordero viejo y fuimos hasta el pueblo costero de donde partían las barcas al monte Athos. Una pequeña península sagrada en forma de lengua con una montaña de más de dos mil metros. En las laderas, colgados de acantilados que dan al mar, hay un montón de monasterios bizantinos llenos de tesoros cedidos por los señores de Bizancio, Kíev y los zares de la Gran Rusia eslava. En Kaires, la capital, me pusieron una multa por beber leche condensada.

«Aquí no entran mujeres ni productos femeninos», nos gritó en un inglés macarrónico un policía con más arrugas en el rostro que Matusalén.

Stabronikita era un imponente monasterio colgado del acantilado donde un pope joven que sólo hablaba griego nos mostró iconos muy antiguos en una sala húmeda y oscura. Permanecimos tres días subiendo y bajando sendas entre lentiscos, ramas de romero en flor, jara, olivos y encinas retorcidas, de monasterio en monasterio. Sentado en un acantilado, bajo la inmensa montaña mágica de Athos, un pope culto que estudiaba en California nos contó el asesinato de Malcom X.

En la ciudad de Trícala, en el centro de Grecia, los hombres al atardecer iban cogidos de la mano y no se veían mujeres ni turistas. Poco después del alba, fuimos a una meseta llena de riscos inmensos donde un pope nos subió en una cesta de mimbre a un monasterio colgado.

Una tempestad de rayos y truenos nos dejó sin montaña olímpica, así que vimos el atardecer en Delfos. Las peñas descomunales que se desmoronan del monte Parnaso, el origen del mundo pagano, han esculpido un paisaje de ensueño. Frente al Auriga, una espectacular escultura en bronce con ojos que lo ven todo, pensé que dos mil años de monoteísmo no habían conseguido apaciguar el genio del paganismo. Cuando el sol se ocultaba entre las columnas del santuario redondo de Atenea, Toni tuvo una salida grotesca: «La Pitia acaba de revelarme que el Barça ganará la Liga». Acabamos el día cenando en la terraza de un restaurante que daba a un valle de olivos milenarios con unas trotamundos de Hamburgo. Aquellas estudiantes eran libres y acabamos bien revueltos en un hotelito que se llamaba Delfi.

Una mañana primaveral y luminosa, tras unos días en Atenas callejeando por el barrio de Platka, embarcamos en El Pireo en un barco con un ambiente parecido al de Ibiza. Jóvenes de distintas nacionalidades europeas leían o se dejaban vencer por la brisa sureña en la cubierta.

Alfredo se fue con unas alemanas a popa, Tomás leía *Las amistades peligrosas*, y Toni y yo nos instalamos en proa a divisar el salpicón de Cicladas que cubría el horizonte sobre el azul fuerte del Egeo. Mientras las olas iban balanceando el

barco me preguntaba qué hacer con el revoltijo de historias que llevaba dentro. No me preocupaba tanto quién iba a ser sino cómo llegar a alguna parte.

«Primero vivir y más tarde escribir acerca de lo que uno ha vivido», me susurró un delfín que yo imaginé sirena. «¿Cómo vivir en una ciudad que reprime lo que arde en el interior de cada uno?» Sabía que la gente de mi país se miraba el ombligo y penalizaba a quienes emprendían algo diferente. «¿Es posible crecer en una dictadura donde los que me rodean estudian para perpetuarse en el poder y los que hablan de revolución sólo aspiran a alcanzar ese mismo poder?»

El barco atracó en varios puertos antes de anclar en la bahía. Quienes bajamos entonces lo hicimos por unas escalerillas hasta una embarcación menor que botaba sobre un azul rabioso. Cuando todos estuvimos dentro, bien cogidos, capeó el oleaje y nos llevó hasta la capital de la isla de Mykonos, que no tenía puerto. Enseguida confirmamos que había albergue. Al día siguiente, con una sensación de libertad nueva y poderosa, nos perdimos por unas playas salvajes en las que pacían burros y alguna cabra.

No sé cómo lo conseguimos, alguno de nosotros tuvo que camelar a un pescador que parecía de La Escala aunque hablara en griego. En su barca nos trasladamos a la pequeña isla de Délos de buena mañana. La isla era como un museo al aire libre donde estaba prohibido acampar y en la que la mitología situaba el nacimiento de Apolo. Quedamos con el barquero a las cuatro de la tarde en la playa del lago sagrado. Por la tarde el mar se embraveció y el barquero no apareció

hasta el día siguiente. Así fue como aquella noche estrellada pudimos interrogar a los dioses. Hacía rato que Tomás, Alfredo y yo estábamos haciendo el payaso entre los cinco leones micénicos de tamaño descomunal. En éstas estábamos cuando Tomás sentenció: «Un pensamiento que se estanca es un pensamiento que se pudre».

De forma instintiva repliqué a voz en grito: «Vivimos en el umbral de un nuevo mundo. Me gustaría seguir vagabundeando y no volver a Barcelona».

«Yo sí regresaré y espero que tú conmigo, Pepe», cortó Toni, quien jamás había puesto en duda ejercer la profesión de abogado.

Unos extraños lagartos verdes corrían por todas partes. Toni siguió despotricando en mi contra: «Volveré aunque hayan cerrado la facultad. Quiero resolver el asunto de Canónico y pasar el examen de milicias. El nuevo catedrático ha prometido algún tipo de trámite aunque la facultad esté cerrada. ¿Os apetece un año vestidos de caqui en Río de Oro o en Melilla?».

Alfredo se sentó en los restos de una gran columna. Levantó el rostro y mirando al cielo contó que a él se le había torcido derecho muy pronto, que estudiaba esta carrera porque su padre pretendía que heredara un despacho con olor a novicio y a escalada social. De la facultad lo único que le había divertido era ver las paredes cubiertas de poesías. Recuerdo que contó todo eso con aquella entonación de pijo diabólico que nunca perdió. Luego se atizó un buen trago de *ouzo* que llevaba en una cantimplora.

Guardamos silencio hasta encontrar un lugar abrigado donde pasar la noche. Mientras subíamos al templo de Isis me di cuenta de que el viaje inspiraba proyectos estrafalarios. Una pregunta me asaltó de pronto: «¿Qué es lo que me empuja a conocer el mundo que me da miedo?».

Desde que en Tesalónica un hippy holandés, que conocimos en aquel albergue juvenil que olía a pachulí, me propuso subir al Magic Bus hasta la India, mis sueños ya no se contentaban con palabras o manifiestos. Quería vivir los sueños en presente y sin nostalgia. En la bahía de Phourni, junto al antiguo recinto del Esculapion abandonado, vislumbré la destrucción. La ilusión por mi carrera se iba introduciendo en un coche de muertos. Salté entre los peñascos, convencido de que el derecho a vivir libremente se toma, no se mendiga. Soñé iniciar una nueva vida en comunión con otros, y junto a ellos restituir el politeísmo y la poligamia.

Recuerdo que Toni saltó de su rincón y vino hasta mí. Me agarró del brazo, me llevó hasta la orilla y me dijo: «Estás perdiendo el juicio. ¿Acaso vas a tirar por la borda el esfuerzo que tu familia ha hecho por ti?».

Yo le confesé: «Me ahogo, Toni, y esa búsqueda que me abrasa es lo único que me abre a la plenitud que aspiro. Ya sabes, lo intenté con Cuca, a quien adoro, pero me pide que no piense tanto. Para ella, la boda, un marido con corbata y pantalón de franela, un buen piso y los hijos marcan el camino. Lo de siempre».

«Exiges demasiado y te explicas poco, Pepe. Tu relación con

Cuca no te ha funcionado porque no has sido claro ni sincero», me repitió una vez más ante mi desesperación.

«Sabes que las relaciones cerradas y para toda la vida me producen claustrofobia», le respondí.

«Pepe, estás tirando por la borda una posición de privilegio y nadie te va a entender jamás», me recriminaba.

Permanecí un buen rato en silencio hasta que dejé a los cinco leones micénicos bajo la luz de la luna, y fui a reconfortarme a lo alto del cerro junto a las brasas de la hoguera. Alfredo elaboraba en silencio un cuento entre las páginas de un libro de Tristan Tzara. Era un cuento sobre los ángeles que hurgan entre los andrajos de miles de siglos inútiles. Tomás se había ido a inspeccionar más ruinas sin temer la presencia de los lagartos verdes que no sabíamos si picaban. Toni no había vuelto. La inmensidad de las ruinas se reflejaba a través de la luz de una luna crecida.

Me colgué el saco al hombro y durante un buen rato disfruté entre las columnas caídas, mecido por el leve sonido de un mar en calma. En Délos mi evolución exigía distancia. Con esa sensación, busqué un rincón solitario y me quedé dormido.

Me desperté al alba. Los mitos griegos descubiertos en la *Odisea* me empujaron a contemplar el decorado con renovada emoción, pues convertían la isla de Délos en un soberbio cuarto de juguetes.

Si en el país de la fantasía yo era un joven Ulises que recorría el mundo ávido de aventura, aquella isla era el lugar propicio

para hacer balance antes de tomar decisiones. Los reflejos del sol naciente iluminaban diversas peñas; decidí dejar en cada una de ellas una parte de mi pasado.

En la peña más grande situé cuanto me inspiraba la casa donde nací. Un mundo rancio y vencido. Mi inesperada llegada no sólo la llenó de vida, sino que culminó la historia de amor entre mis padres. Mi madre, tras diez años sin dar a luz, sufrió los primeros síntomas y pensó que se trataba de la menopausia. Cuando su médico de cabecera, el doctor Cervera, le dijo: *«Al setembre hi haurá bateig»*[12] no daba crédito a la noticia, y mi padre y su hermana Pilar dijeron que su madre, la viuda Ribas, muerta un año antes, les enviaba el milagro. Mi nacimiento hizo que mi padre se recuperara de golpe de una depresión nacida de la riña entre hermanos, algo habitual en Cataluña, y que mi madre se sintiera dichosa. Le había dado a mi padre el varón que ya ni soñaba. Fui un chaval alborotado y travieso que creció como un torpedo en un país de mimo y fantasía. La casa impuesta por la viuda Ribas a su primogénito se transformó en una fiesta.

Un año antes de iniciar el bachillerato, mi padre me sacó de la escuela donde había sido feliz y no me llevó a los jesuitas. Decidió que, dada mi naturaleza fantasiosa, me convenía un colegio más severo y con pocos alumnos por clase. Me envió a las Escuelas Pérez Iborra, un colegio laico y conservador donde reinaba doña Montse, la directora. Una mujer legendaria con un carácter fortísimo que dominaba a los niños rebeldes enfrentándolos cruelmente con sus propias limitaciones. El día

---

12 «En septiembre habrá bautizo.»

uno de cada mes, la señora y su marido irrumpían en la clase; la profesora que nos daba la lección se levantaba del asiento y nosotros formábamos de pie a la velocidad del rayo. El marido leía un cuaderno de tapas duras y nos iba llamando uno a uno por orden de aplicación, de mejor a peor. Era la repetición escalofriante de un ritual. Cuando te tocaba el turno bajabas aterrado las tarimas donde estaban las filas de los pupitres a recoger las notas. Las entregaba ella con una mirada lapidaria. Inmediatamente las cambiabas de mano para estrechar con reverencia la suya y besársela como si fuera doña Carmen Polo de Franco. La escena parecía extraída de una sobrecogedora imagen del *nodo* de posguerra.

La salita donde mi madre tocaba el piano se convirtió en el mejor de mis refugios. Cada tarde, al salir de la escuela, aporreaba aquel piano con furia. Era mi grito de guerra contra un colegio donde unas mujeres delirantes oficiaban de profesoras con disciplina sanguinaria. Nunca me sentí parte de aquel colegio que estrangulaba las habilidades innatas. Sobreviví gracias a la esperanza de un verano y a mi parte asceta. Durante las horas de estudio, cuando no tenía que copiar cien veces en una hoja: «Mi disciplina ha sido deficiente», centraba mi imaginación en escribir cuentos.

Unos días antes de cumplir los quince años, no pude más. Agustín, mi cuñado, me alentó a plantar cara. Una noche de bronca, le devolví a mi padre una buena bofetada y le dije: «¡Basta!». Cambié de escuela y no volví a suspender. Tras aquella bronca sonada, mi padre me dejó hacer. Confiaba que la única forma de moldear la fuerte personalidad de su hijo era argumentar la ética y los valores con amplitud de miras.

Cuando llegaron los años de mis rupturas, nunca me reprochó elegir un universo tan diferente al esperado.

«¡Por fin vienes al colé!», exclamaron mis amigos de verano que iban a los jesuitas. Así fue como el universo del veraneo conquistó también los inviernos y dejé de sufrir.

Otra peña de la isla de Délos con forma de cuento de hadas me sirvió para representar a estos cuarenta amigos del grupo de Camprodón. Aquel paisaje, junto a los Pirineos, alimentó mi sensibilidad más que cualquier libro o personaje. Fui hasta la peña, cogí un palo y fijé instintivamente sobre la arena el pueblo de mis amores. Dibujé el famoso puente románico sobre el río Ter. Dibujé la calle principal en forma de L, con aquel cruce de cuatro caminos donde el pregonero colgaba de la pared el cartel que anunciaba el nombre de la plaza en que habría sardanas aquella noche. Junto a aquel cruce donde había vivido mi abuela Ribas, el río recibe a su primer afluente, el Ritort. También dibujé el gran paseo de tilos centenarios con las casas solariegas donde vivían algunos de mis amigos entre jardines cuidados que daban al río principal. Las dos iglesias grandes y el monasterio románico en lo más alto. En el valle, rodeado de montañas, aprendí a distinguir el álamo, el abedul, el roble, el haya, el olmo, el castaño... y descubrí los manantiales de aguas cristalinas, donde íbamos a merendar en bicicleta con los primeros tocadiscos a pilas.

Crecer entre las familias de solera de Barcelona nos mantuvo en el limbo. Limbo que no impidió que nos convirtiéramos en un grupo hasta cierto punto consciente de las nuevas corrientes políticas. El nuevo colegio tuvo mucho que ver. Los

curas más activos se convirtieron al comunismo, adoraban a Alfonso Carlos Comín, al jesuita García Nieto, a la hermana comunista de Fraga Iribarne, mientras derribaban los dogmas de la Santa Madre Iglesia. Nosotros, que tanto nos habíamos pitorreado de los horrores del infierno en clase de religión o en los ejercicios espirituales, observamos las nuevas corrientes con bastante estupor, aunque una buena parte del discurso social y político de aquellos hombres en crisis nos ayudó a madurar, y lo agradezco. Quizá porque llegué tarde a San Ignacio, soy de los que nunca han detestado los años con los jesuitas.

En el seno del grupo nacieron inocentes litigios que dieron motivo a enfados y escisiones pasajeras. Algunos, siguiendo los nuevos credos, en vez de veranear en Camprodón se fueron a Las Hurdes o a Almería a dar clases a analfabetos o a construir pozos. Yo permanecí atento, dispuesto a transformar cualquier asunto religioso en arrebato místico. Y a mi moderado padre espiritual le comunicaba en ocasiones el deseo de hacerme fraile o misionero. Mis argumentos eran serios, aunque al cabo de tres horas pudiera estar dando tumbos a lo Mick Jagger en alguna discoteca. Algunos domingos por la mañana, acudía al barrio de la Mina o a las barracas de Montjuic con las chicas de mi grupo. Lo cierto es que ni opté por los que se oponían a las nuevas tesis, los conservadores, amigos míos, ni por quienes empezaron a canturrear que todo rico era un ladrón, también amigos míos. Lo que sí hice fue cuestionar las majaderías de los niños bien, llenar libretas en blanco y leer. También agarré un montón de mantas viejas de casa y las llevé a la puerta de la cárcel donde estaba Comín, el icono de los jesuitas obreros, durante el estado de excepción de 1969.

El primer invierno feliz por el cambio de colegio, a los quince años, rodamos con los amigos de Camprodón una película de espías en Súper 8. En diciembre de 1967, participé en solitario, berreando y dándole al piano, en un festival de conjuntos en el Centro Católico de Gracia, junto a Los Adanes, Los Luthiers, Bulbos, Pumas, Gafes... Lo más curioso es que tuve éxito. Así fue como, con dos amigos de infancia, Manuel Martín y Antonio García Nieto, musicalmente seducido por Sonny & Cher, fundamos un grupo de rock, The Troners. Actuamos en colegios, tanto de chicos como de chicas –aún no eran mixtos–, en las matinales del teatro Candilejas, en el Fórum Vergés y en centros parroquiales de barriadas de la periferia, desmelenando a niñas y a monjas. Los aires de revolución cultural removían diversos rincones del planeta y empezaban a borrar las amargas huellas del autoritarismo. El rock de Los Salvajes, los téjanos y las cazadoras de cuero asomaban entre inesperadas rendijas. Mantengo el vago recuerdo de Pau Riba dando tumbos por un escenario en el parque de la Ciudadela.

Necesité encontrar otra peña donde seguir el relato que me estaba contando a mí mismo. Y hete aquí que di con la peña donde las embarcaciones zozobran cuando Eolo atiza sus furias y grandes olas empujan las naves hasta las tripas de Poseidón.

El primer desafío para quienes nacimos en la década de los cincuenta y deseábamos un espíritu libre consistió en matar una parte sustancial de nuestra herencia, especialmente cuanto estuviese relacionado con la moral de unas familias atrapadas por el miedo al qué dirán y por el implacable mecanismo de la culpa judeocristiana.

El hecho que iba a quebrar la sintonía con mi clase social sucedió durante el invierno de 1970. ¡Con la ilusión que había puesto en empezar la carrera elegida junto a mis colegas de verano! El azar trabajó a favor del cataclismo. En septiembre, me tocó el tribunal más hueso del grupo de ciencias. No pasé el examen de preuniversitario. ¡Maldito invierno! Tres asignaturas eran pocas para tantos meses y me aficioné a la ensoñación. Mi pasión por los libros y por ver dos películas en cines de barrio se disparó tanto como el vicio solitario de llenar libretas en blanco con una novela, donde los protagonistas eran mis amigos de Camprodón en un contexto más adulto. La novela se llamaba *Ocaso de una juventud.* También me dio por coger trenes a pequeñas ciudades de Cataluña y perderme en ellas.

Un cinéfilo del grupo de Camprodón me contó con morbo contagioso que en ciertos cines de barrio ocurrían cosas extrañas. Una tarde fui y vi merodear por los pasillos del anfiteatro de un cine sin nombre al autor de un libro sobre un joven rebelde que huye de su familia y de su país. Era Terenci Moix y el libro se titulaba *El día que murió Marilyn.* Por tímido, tardé años en relacionarme y conversar con él. En otra ocasión, decidí seguir la curiosidad en el cine Cataluña y dejarme hacer. Allí conocí a un tipo. El día era frío, gris y húmedo. Subimos a una línea desconocida de autobús. Pocas luces en las calles de un entorno que se iba degradando. En aquel autobús rumbo a la ruptura, vi con nitidez la miseria moral con que el desarrollo franquista envilecía los rostros anónimos de gente en pena y comprendí que a mí también me atenazaba. La urna en la que había vivido se rompió de golpe. No fueron las lecturas contra el régimen que me habían pasado los curas obreros o ciertas

músicas o palabras. Lo que me movió a llevar una nueva vida fueron aquellas vidas truncadas, aquel silencio degradado, aquella tristeza en el interior de cada rostro, en cualquier mirada. El autobús nos dejó muy cerca de un portal anodino. Subimos a un pisito sin luz, desalmado, y allí soporté a un bestia y sentencié una parte de mi vida. Así fue como nació el secreto y la curiosidad por la gente que nada tenían que ver con mi mundo.

Seguí con mi rutina como si nada, con el sueño del aprobado, de Camprodón y su verano, donde alternaría con Cuca y los demás hasta convertir aquel invierno en algo insignificante. Sin embargo, sabía que había rasgado el globo de mi adolescencia y que me iba a inventar una vida en solitario.

## LA CENA DEL AJOBLANCO

Del regreso a Barcelona tengo un recuerdo vago. Dallas Cottam, el amigo norteamericano del Youth Hostel de Atenas que nos pagó el viaje de vuelta, se instaló en casa dos semanas. Mi madre lo llevó a médicos y lo cuidó tal como pactamos cuando nos quedamos sin dinero en Grecia. Dallas se había licenciado en Medicina, en Berkeley, y antes de ir a su destino a un hospital del canal de Panamá, decidió dar la vuelta al mundo. En Tailandia había cogido amebas. Me contó historias sabrosas de la época revolucionaria de Estados Unidos, que el presidente Nixon se había cargado. La noche del 8 de agosto de 1969, Charles Manson, un visionario esquizofrénico con melena rubia que pretendía purificar el mundo asesinando y mutilando, ordenó a los miembros de su secta, la Family, que vivían en una comuna místico-religiosa en una granja abandonada en las afueras de Los Ángeles, asesinar a la actriz Sharon Tate y a cuantos se encontraban con ella. A la esposa de Román Polansky, embarazada de ocho meses, le asestaron dieciséis puñaladas. Luego escribieron en las paredes de la casa la palabra *cerdo* con la sangre de las víctimas. Al día siguiente, la Family asesinó a Leño La Bianca y a su esposa Rosemary, dejando las paredes del chalet con nuevos graffitis de sangre: «Muerte a los cerdos», «Levantaos» y un enigmático «Helter Skelter», título de una críptica canción de John Lennon, escrita bajo los efectos del LSD. Estos asesinatos, acrecentados por los titulares alarmistas de la prensa de medio mundo, supusieron

para la CIA, el Departamento de Estado y los medios de comunicación que dependían de ambos, una coartada publicitaria con la que socavar el peligroso movimiento político yippie y dar por concluida la década prodigiosa. Según el amigo americano, cualquier modo de propaganda era bueno con tal de acabar con el prestigio de una alternativa que atentaba contra los equilibrios de la guerra fría y el capitalismo. Había que satanizar a los hippies, un movimiento social que escapaba al control de cualquier Gobierno.

Mi facultad seguía cerrada a cal y canto y los independientes me metieron en una comisión para negociar los exámenes aunque fueran en julio. Recuerdo algunos fines de semana en Fontclara con Ana, mi hermana y gente mayor que yo. Excursiones a Cadaqués con José Solé y una novia nueva, abogada, Ana Milá. En mi diario tengo apuntado que dejamos el estudio de Consejo de Ciento, pues ni Toni ni yo podíamos soportar tanto gasto mientras pagábamos las deudas del viaje. Cuando se confirmó que efectivamente los exámenes serían en julio, restablecimos las actividades del grupo de estudio y pasé las noches, frente a los libros, en mi casa o la de Rita Galofré. El proyecto de montar un despacho de abogados en cuanto acabáramos la carrera seguía siendo un aliciente aunque ya no creyera en los litigios ni en la buena fe de los tribunales.

Una noche de junio fui al Revolutions de Lloret con los del grupo de Camprodón y volví tarde a casa. Al poco rato sonó el teléfono. Mi padre estaba en coma en un hospital. Por lo visto, cuando paseaba con mi madre por una acera tras salir del Círculo Artístico, donde había cenado con el músico Frederic Mompou y el pintor Pepitu Puigdengolas y sus respectivas

mujeres, le había arrollado un coche. Inmediatamente fui al hospital. La forma en que me abrazó mi madre en el pasillo me hizo temer lo peor. Mi padre pasó tres semanas sin volver en sí debido a una conmoción cerebral. Tenía los brazos llenos de tubos y la cara amoratada. Creí que me iba a quedar sin padre antes de tiempo; él tenía setenta años y yo veintiuno. Desde la explosión de la adolescencia mi relación con él había sido escasa. Tanteaba mi identidad por otros derroteros.

Pasé muchas horas sentado junto a su cama, reflexionando al lado de mi madre, ambos mudos, acerca de lo mucho que me había enseñado aquel hombre con discreción y entre silencios. Le perdoné su extraña relación con el dinero y que no tuviéramos casa propia en Camprodón. De sus propiedades no le importaba sacar poco rendimiento, el negocio decaía y en los cargos políticos que había ocupado, apenas retribuidos, nunca usó su influencia para cosechar ganancias. Vivía en una especie de limbo sabiendo muy bien de qué iba la vida. Me quedaba absorto contemplando durante horas aquella mano que me había enseñado a dar los primeros pasos sobre los prados de Camprodón. Recuperé de golpe la tierna complicidad con mis padres que tan feliz me había hecho de crío y volvieron a mi mente muchas situaciones vividas en aquel pueblo. Camprodón no sólo era un paisaje. En aquel paraíso tejí mi identidad infantil, mi forma primeriza de ver el mundo y aprendí a tener amigos. Observando aquella mano inerte, recordé los parajes de las *carenes*[13] de las montañas y los picos. Aquel padre entre la vida y la muerte también me había conducido, en secreto, a las cabañas de los pastores republicanos que habían vivido un

13 Línea de cresta, divisoria entre dos vertientes.

tiempo exiliados. Me dejaba con ellos junto a los rebaños. Me contaban historias en un catalán cerrado que aprendí a entender. Mientras mi padre recorría las cimas de las montañas, donde a partir de los diez años también me llevó, yo jugaba con los perros y observaba la faena de los pastores hasta que encendíamos un fuego entre piedras y preparábamos la comida para cuando regresara. Después de comer al aire libre, el pastor, tras dar un par de tragos a una bota que compartía con mi padre, contaba leyendas de bandoleros y soldados de la Generalitat en la época de los Austrias, o historias de animales reales o imaginados en las que el oso siempre era el rey. A mí me fascinaban aquellas historias y a los pastores les hacían gracia mis ocurrencias. Le decían a mi padre: *«El xicot sap el que vol, deixa'l fer. S'en sortirá»*[14] Entonces, él me devolvía al pueblo satisfecho.

Un día me contó que se había enamorado de aquellas montañas cuando, tras quedarse sin padre a los seis años, el único hermano de mi abuelo le llevó a pasar el verano a su casa de Camprodón. Tras aquella primera experiencia, mi padre había vuelto en diligencia todos los veranos.

A finales del siglo XIX, la esposa de Ricardo Ribas i Anguera, la tía Adela, una mujer muy guapa, tuvo que trasladarse a aquel lugar para recuperarse de una bronquitis por indicación del doctor Robert y del doctor Pía. Así fue como empezó la historia de la colonia, según contaba la hija del matrimonio, casada con un Miró-Sans, tío del padre de mi amigo Toni. La tía Adelita era una mujer imponente y muy bella a la que adoré de crío y con

---

14 «El chaval sabe lo que quiere, déjalo hacer. Saldrá adelante.»

la que solía jugar en su casa de Barcelona en un estanque con peces de colores. Sea lo que fuere, mi padre se perdió más de una vez por aquellas montañas y se hizo escalador de cimas. Con sus amigos del Centre Excursionista de Catalunya plantó las cuatro barras por vez primera en muchos de sus picos. Cuando las comunicaciones mejoraron, mi abuela montó una casa en aquel paraje para todos sus hijos. En la década de los veinte, Camprodón se transformó en una de las colonias veraniegas de la alta burguesía de Barcelona. Las fiestas del Hotel Rigat corrían de boca en boca.

Para mi padre, desde que yo tuve uso de razón, Camprodón poco tuvo que ver con los aperitivos, los concursos de tiro al plato, los saltos hípicos, las cenas sociales o las cacerías burguesas. El Camprodón de mi padre era el de la gente de campo, el de las dos excursiones diarias y de la lectura del periódico sentado en el banco de una plaza con la boina puesta. Durante mi infancia y adolescencia este pasotismo social me acomplejó. A diferencia de casi todos los padres, los míos jamás iban a la terraza del Hotel Rigat al atardecer, donde se reunía la colonia, ni tampoco jugaban a las cartas con señoras enjoyadas, ni iban al club. Sobre las cinco de la tarde, mis padres atravesaban el pueblo a pie, cogían el camino de las fuentes y llegaban hasta el banco de piedra de la *Crehueta*, desde donde contemplaban los volcanes de Olot durante la puesta de sol. Si la visibilidad permitía a mi padre ver las cumbres del Canigó, estaba contento y durante la cena era todo que sí: podía ir a la plaza donde se bailaban sardanas, podía ir al cine o podía ir a casas de amigos hasta la medianoche.

Lo de tener casa propia fue otro cantar. Las veces que me sentía seguro le preguntaba a mi padre a bote pronto por qué no teníamos una casa grande con jardín donde jugar a las cabañas, a las prendas, al pañuelo o al disparate. Nunca contestaba. En una ocasión me dijo que su familia había tenido demasiadas y que las casas daban problemas, que con la de Barcelona bastaba y que le apetecía vivir de alquiler en Camprodón. En otra ocasión me contó la historia de la casa de los Ribas en el pueblo, convertida en un taller de coches. Una crecida del río antes de la guerra había arrasado el jardín, luego fue asaltada e incendiada. Sabía dónde habían ido a parar los muebles y hacía como que no recordaba nada. No quería más casas ni tenía el dinero. Conservaba lo que había heredado de su madre y de ello vivíamos. El negocio familiar de los muebles languidecía, yo no pensaba seguirlo y mis hermanas, pese a su interés y empeño, no conseguían levantarlo. Supongo que los problemas de la fábrica antes de la guerra habían acabado con la ilusión de mi padre por el negocio. Como el dinero le interesaba poco, vivimos ciertas contrariedades económicas que mi madre contrarrestó con su patrimonio. A ella le gustaba Calella de Palafrugell, donde veraneaba Pilar, mi madrina, la hermana de mi padre que nunca se separó de él y que estaba casada con el primogénito de casa Riviére, unos metalúrgicos poderosos. En julio íbamos a aquellas calitas cuando todavía había pescadores y el turismo de masas no había arrasado los huertos, las flores silvestres, las casitas menudas encaladas de blanco ni los aparejos de pesca sobre la arena gorda de las calas. Yo sólo soñaba con Camprodón y procuraba escaquearme de la playa con el cuento de una bronquitis mal curada.

Con los años, el grupo de Camprodón fue creciendo entre aquellos prados y vacas hasta convertirse en el más famoso en los colegios burgueses de Barcelona. Todos los sábados del invierno montábamos un guateque creativo en alguna casa, con o sin baile de disfraces, adivinanzas culturales para resolver quién bailaba con quién: ¿Qué compositor creó *La sonámbula*? Quien acertaba elegía pareja. Íbamos a los parques de atracciones o inventábamos algún tipo de juego por toda Barcelona. El que más nos emocionaba era una especie de concurso que nos descubría los secretos mejor guardados de la ciudad. Jugábamos por parejas. Los dos o tres organizadores establecían una ruta con diez destinos. «El primer lugar está donde se encuentra el busto de Mariá Aguiló realizado por el escultor Eusebi Arnau.» Las parejas desaparecíamos y cada una por su lado iba a la biblioteca familiar de algún conocido culto en busca de la respuesta exacta. Cuando llegabas al parque de la Ciudadela, junto a la estatua, te daban la nueva pista en un sobre cerrado. Y así sucesivamente. Fue entonces cuando durante un invierno rodamos una película de espías en Súper 8. Reunimos a más de sesenta actores de varios colegios. En una de las escenas, desplegamos una enorme bandera soviética con la estrella roja junto a la estatua de Franco, en el patio de armas del castillo de Montjuic. La guardia urbana estuvo a punto de detenernos a todos.

Una mañana despejada de junio mi padre se despertó y volvió a hablar. Mi madre fue rápidamente al lavabo, se arregló el pelo, se pintó los labios y le dio un beso. En pocas ocasiones he visto a una mujer tan radiante. Los médicos dijeron que le iban a quitar los tubos y que lo peor había pasado, que mi padre era fuerte e iba a superar el trance. Cuando mi padre se

durmió, observé de nuevo aquella mano. Volvía a ser rosa y a veces se movía. Recordé aquella mano cuando dibujaba con el lápiz una silla creada por Gaudí sin la ayuda de un ebanista. La silla tenía un problema de difícil solución y solía quebrarse. Mi padre había tenido que restaurar unas que estaban en la casa Batlló. Tras muchas horas de empeño, consiguió armar un nuevo encaje para las piezas retorcidas de madera. ¡Cómo me gustaba acompañarlo a ver las maquetas, los planos y papeles dejados por el arquitecto en el templo de la Sagrada Familia y escuchar las explicaciones! Era un hombre culto, sabía de arte y hacía caso omiso del desprestigio que había caído sobre Gaudí; a punto estuvieron de derribar el edificio de la Pedrera para construir un banco. Su mano también me llevó hasta el Museo de la Ciudad y las ruinas romanas del subsuelo. Lo que más me impacto de crío fue el archivo de la Corona de Aragón. Su director, que era amigo suyo, nos mostraba fascinado los papeles del rey Jaume I los domingos por la tarde. Muchas veces los tuve en mis manos.

Mamá era otra historia. La mujer seguía muy enamorada, soportaba menos que nunca la política y en ocasiones le brotaba lo que mi padre bautizó, con sorna, la «neura Salisachs». Una especie de nerviosismo que la empujaba a cambiar de opinión repentinamente. La familia de mi abuela materna –Maria Salisachs Elias– presumía de descender de unos bandoleros que asaltaban caminos, en el siglo XVII, por los alrededores del castillo de Rocabruna. A su modo, mi madre era algo excéntrica y en aquella época empezó a cultivar con esmero las quentias y otras plantas que llenaban la galería de casa; un principio de artrosis le impedía tocar el piano. Mi madre se había vuelto una mujer incluso más hogareña. Iba a

su aire, sin llamar la atención, y se contentaba con poco. Siempre se sintió querida y desde pequeño me enseñó a ser cariñoso al modo de los Sanpons: sin competitividad. Le gustaba sentirse protectora del ambiente familiar. Se pasaba horas escuchando música clásica y haciendo puntillas con aguja e hilo de Flandes, lo que mantenía a raya el nerviosismo heredado de su familia materna. De pequeño, cuando todavía no iba al colegio, se instalaba en el cuarto de juegos, bordando mientras yo jugaba a sus pies con unos cochecitos. Las líneas de los dibujos de los azulejos del pavimento eran las calles; los cuadrados, las manzanas donde metía las construcciones de plástico. Si le pedía un hermanito para jugar, me respondía que lo incluyera en la carta a los Reyes Magos. Si le decía: «Me aburro jugando solo», me preguntaba: «¿Eres un burro?». Al cabo de un rato salíamos a las granjas vecinas a tomar chocolate con nata y una ensaimada. Allí, ajenos a lo demás, nos contábamos cosas y fabulábamos. Yo le decía que le iba a comprar un biscúter para perdernos por ahí. Ella tenía imaginación y es probable que yo la haya heredado. Sin duda, fui la flor de su vida y me protegió tanto que buen trabajo tuve para desviar semejante atención. No sé si lo he conseguido del todo. Ahora que soy mayor, pienso que tuve suerte de tener aquellos padres apacibles, enamorados y mayores, con poco tiempo para las pedanterías sociales. Siempre vieron con buenos ojos mi tendencia a tener amigos de distintas clases sociales e interpretaron mi radicalismo político como la actitud normal de cualquier joven idealista. Sin duda, ahora lo veo incluso más claro, mis padres vivieron su peculiar historia de amor un tanto ajenos a la circunstancia que les tocó en suerte.

A pesar del viaje, del accidente y de esos ataques de

nostalgia, me examiné y sólo me quedó para septiembre Derecho Civil. No quise cumplir el trámite de Canónico, por fidelidad a la decisión de la asamblea de mi curso, con lo que tarde o temprano acabaría de recluta. Mi padre salió de la última clínica en la que estuvo, la Puigvert, a finales de julio y lo llevaron a Camprodón. Fue el penúltimo verano en que alquilaron casa allí y yo sólo estuve unos días. Me fui a Ibiza con amigos. También estuve en Sitges, en casa de Rita Galofré que se había enamorado de uno de mis íntimos de Camprodón: Cayo Alegre, que estudiaba telecomunicaciones en Santander y aprovechaba los meses de verano para volver con los suyos. Recuerdo un fin de semana en Calafell con Antonio Otero y José Solé, a quien fui a buscar a La Secuita. Nos divertimos, merodeando al clan Barral y comentando las muchas lecturas en las que estábamos liados.

A principios de agosto improvisé la segunda huida hacia aquella Europa enloquecida que me ayudaba a completar la visión de lo que debía ser mi vida. En aquella ocasión fui con Ana Castellar en su Seiscientos. Primero París, donde Ann Galthier nos prestó un apartamento junto a la avenida donde había explotado el Mayo del 68, la Rue Gay Lussac. Luego seguimos a Bruselas, recorrimos Brujas y llegamos a Ámsterdam, donde convivimos con los hippies durante una semana en el Vondelpark. En París, de vuelta, tuve una revelación ante el busto de Apollinaire, en un pequeñísimo parque del Barrio Latino, que iba a trastocarlo todo, tras un paseo por La Buté, el barrio donde mi padre, mi abuelo y mi bisabuelo habían aprendido el oficio de ebanista.

Los tres virgos del grupo Nabucco –José, Tomás y yo–

celebramos conjuntamente nuestros cumpleaños el 13 de septiembre de 1973 en el restaurante Putxet en compañía de Ana Castellar, Antonio Otero, Alfredo Astor y su nueva novia, Keles, una navarra risueña y sonrosada, que tenía dos hijos pequeños y el cuello de Greta Garbo. Flora, la dueña del local, nos había cogido cariño, supongo que por ser sus clientes más jóvenes.

Antes del verano nos había prometido prepararnos el plato típico de su pueblo, elaborado con almendra tierna. José dijo que las traería de La Secuita, Tarragona, donde su padre tenía una finca de almendros. «Aquí tenéis la sopa que mi madre ha majado como si estuviera en su cocina del pueblo de Málaga», dijo Flora al servir el ajoblanco con aquel calor sureño que le granjeaba todo tipo de parabienes. Aún escucho su vocecita musical dando explicaciones mientras Ana se atragantaba con las pepitas de los granos de uva y los comensales de las mesas vecinas espiaban con curiosidad y sorpresa.

«¡Por el ajoblanco de Málaga!», brindamos todos de pie.

Luego nos deseamos un feliz cumpleaños. Saboreamos la sopa con curiosidad y nos gustó. Recuerdo que tras explicar mil anécdotas del viaje, Ana contó que en un local muy hippy, el Paradiso de Ámsterdam, habíamos visto a David Bowie vestido con gran extravagancia y haciendo el payaso, y que seis o siete mil hippies dormían en los parterres del Vondelpark todas las noches.

«El movimiento Provo sigue vivo y traigo mucha información contracultural», proclamé con entusiasmo.

Luego comentamos la exposición de Tapies en el Grand Palais.

«¡Sorprendente, poco que ver con las obras que vemos del artista en Barcelona!»

Yo guardaba aún en secreto la propuesta que iba a hacerles. Antes de darla a conocer, conté un percance con todo lujo de detalles. En París, a las pocas horas de llegar, sentado en un banco de madera de la Rue Saint Germain, me habían robado la cartera con todo mi capital, ocho mil pesetas en francos. Expliqué que había acabado en el consulado, donde el diplomático de turno había decidido escucharme y, tras comer en un buen restaurante, nos habíamos hecho amigos: «Me invitó a comer a mí solo, pues nada le había contado acerca de la existencia de Ana».

El cónsul había acabado la carrera de derecho en Barcelona y, desde hacía tiempo, quería conseguir la orla y el diploma. Luego me dio dinero del consulado. Sobre España me dijo que habría una evolución política en las formas porque el franquismo necesitaba democracia para mantener la paz social.

Antonio explicaba el embarazo de Danae, el enfado de sus padres y el exilio voluntario en casa de Carlos Barral. Ana quiso saber cómo se lo había tomado Ivonne, la mujer de Carlos.

«Una noche», dije cortando las conversaciones y buscando la máxima atención del grupo, «Ana se fue al cine a ver la última de Visconti y yo me quedé vagando por el Barrio Latino con el libro Los *pasos perdidos* de Bretón en el bolsillo. De pronto aluciné con una americana joven con una melena hasta la

cintura que tocaba la guitarra y cantaba como Joan Baez por las terrazas de los cafés. Seducido, la seguí un buen rato».

«*¿Y* qué?», cortó Tomás impaciente al intuir algo importante.

«En la Place Saint Germain la perdí de vista. Luego descubrí un jardín minúsculo, junto a la iglesia, donde reposa un busto de Apollinaire. Permanecí un buen rato junto al poeta. Allí me vino la idea y tomé la decisión.»

José se levantó del asiento y me enrolló alrededor del cuello y de la cara una bufanda granate que no se quitaba ni para dormir. Se la había regalado Rosa Regás el día que ambos la conocimos. Supongo que pensó que ya estaba bien de rollos y que me estaba poniendo muy pesado acaparando la atención con tanta anécdota. Me la quité de la cara bruscamente y proclamé: «He vuelto porque tuve una revelación y tengo un proyecto». Lo hice en voz más alta de lo normal y con firmeza. «*¡Déu meu!* ¡Este tipo es capaz de llevar adelante cualquier cosa!», exclamó Tomás. Al darme cuenta de que estaban todos en vilo seguí con el relato.

«Voy a montar una revista de arte y cultura con quien quiera seguirme fuera de los círculos de la facultad.» Expresiones de sorpresa. «Es necesario dar voz a esa juventud que está harta de lo que hay, de la *gauche divine*, de los Novísimos y de los marxistas, y que necesita expresar lo que siente y verlo escrito en papel impreso.»

«¿Una revista de quiosco y legal?», recuerdo que preguntó escéptico Antonio, algo achispado a aquellas horas.

José se explayó durante un tiempo que parecía interminable con los posibles inconvenientes para conseguir los permisos y el dinero. Muy decidido, les expuse mi teoría de que el trabajo es el mejor capital que uno tiene, que los permisos no me quitaban el sueño, que para algo éramos casi abogados, que la fe movía montañas y que la astucia y los contactos para algo tenían que servir.

Brindamos ruidosamente por la revista. Quienes ocupaban las mesas de un restaurante que solía ser discreto demostraron cabreo. Recuerdo la de Juan Marsé que cenaba con Esther Tusquets. Antonio acabó sentado a su mesa. Era público que Barral iba a ser abuelo. Antonio vivía en el domicilio del editor y había pasado el verano en la casa de Calafell, tratando a Juan Marsé, Jaime Gil de Biedma y escritores latinoamericanos del clan.

Vivimos con euforia las jornadas que siguieron a la cena del ajoblanco. José contactó con un tal Enrique Argullol, comunista joven y sesudo, amigo de la familia Solé. El tipo se comprometió a redactar los estatutos sociales, puesto que el primer acuerdo fue montar una sociedad anónima. También decidimos reunirnos todos los miércoles en el bar Tucumán.

Una tarde, en un cóctel literario, Ana me presentó a Rafael Soriano, el jefe comercial de Barral Editores y de Distribuciones Enlace, la sociedad que habían creado las editoriales de la *gauche divine* para repartir con eficacia los libros. Creo que fue en la presentación de *Busto,* de Vicente Molina Foix, en los salones de las granjas Balmoral, donde hablé por fin con muchos de los poetas novísimos y con Carlos Barral, esa

especie de Quijote tronado, en palabras de Esther Tusquets, al que solíamos encontrar en la barra del bar Tucumán. Mientras mis compañeros se enrollaban con estos escritores y debatían las teorías culturales en boga entre canapés, bromas y copitas de rioja, yo le pedí asesoramiento a Soriano. Acordamos encontrarnos a mediodía del día siguiente en un pequeño bar de la calle Balmes donde se comía poco y mal. Allí descubrí que una distribuidora de revistas es la que reparte los números por los quioscos y se queda por ello con un cuarenta por ciento del precio de venta. La distribuidora liquidaba a los cuatro meses el valor de la venta presunta, pero el goteo de devoluciones duraba más tiempo, con lo que hasta pasados seis meses no sabías lo que de veras habías vendido. Soriano insistió en ese punto, puesto que el oficio de editor consistía en intuir la tirada que debías hacer; en ningún caso era ciencia exacta. En ese golpe intuitivo residía la viabilidad del proyecto. Soriano también me dijo que en España existían dieciséis mil quioscos y que a muchos de ellos les llegaba el género en tren. Luego me pasó la dirección de un impresor que tenía el taller en un polígono de Esplugas que tiraba en plano con calidad y a buen precio. Me aconsejó que tuviera en cuenta el formato para no malgastar papel, ya que el tamaño de las resmas solía ser estándar para el tipo de tirada que nos podíamos permitir.

Aquella conversación con un hombre dinámico del mundo de la edición me aclaró cosas que parecían importar poco a mis colegas. Telefoneé a Tomás, el menos reacio a este tipo de menesteres, y le conté con entusiasmo lo que había aprendido. Tomás me insistió en que telefoneara al posible inversor pues había que montar la sociedad y el despacho sin pérdida de tiempo.

Francisco Marsal, recién separado de una compañera de colegio de mi hermana, era un hombre muy trabajador, decidido a consolidar la empresa textil de su familia exportando manteles y cortinas allá donde hiciera falta. Por suerte, había coincidido con él en algunas cenas y él también conocía a Ana. El hombre viajaba mucho, trabajaba duro y buscaba nuevos alicientes por motivos personales. Así que le llamé y me citó aquella misma tarde en Bagatela, un bar de Diagonal esquina Tuset. Tomás y yo acudimos a la entrevista convencidos. Tras exponerle el proyecto, nos dijo que parecíamos emprendedores, que metería cien mil pesetas y que no tenía intención de ir de florero. Nos asesoraría en los temas de empresa para que la idea fuera viable.

## LA NOCHE DE LOS DOS PAUS

Una noche, Tomás Nart y yo celebramos el nacimiento de la revista con José Solé, Ana Castellar y un par de poetas de la facultad. En una tasca cercana al edificio de Correos, apostado en la barra junto a un cachas de barrio, vi a Jaime Gil de Biedma, el poeta de la ciudad. Aquel día o los anteriores, el poeta había publicado un artículo despectivo sobre la *New Left,* de Jerry Rubin. Yo tuve uno de esos prontos que a veces me asaltaban, y dije algo así como que iba a pegarle una buena bofetada por sus opiniones sobre la nueva izquierda y «la felicidad prestada que idiotizaba a los jóvenes». Tomás intentó detenerme cuando yo ya estaba dentro de la taberna.

«No sabes cómo me molestan las reacciones viscerales de Pepe, que no son nada dadá», escuché que le decía a Ana.

En la barra sólo le pedí fuego para mi cigarro. El poeta tenía cabeza de senador romano y chupaba un habano con unos labios gordos y sensuales. Sin sacarse el puro de la boca, se metió la mano en el bolsillo de su trinchera verde y extrajo unas cerillas largas de madera. Me miró con ojos profundos, se me aproximó sin prisas y me dio lumbre. El potente aliento a vodka me ruborizó. Me aparté un poco y le conté que éramos colegas de Antonio Otero, que habíamos fundado un grupo poético y una revista. Me observó sorprendido y al descubrir a Ana a través de la cristalera salió fuera y le dio un abrazo. «Había escuchado por ahí que cultivabas la relación con

jovencitos de buen ver», dijo el poeta entre risas capciosas. No nos prometió nada suyo para la revista, puesto que ya no era joven, pero nos aseguró un artículo a favor en algún medio para cuando saliera.

Acabamos la noche en Les Enfants Terribles, un antro rockero del Barrio Chino que recogía lo más enrollado del underground barcelonés. Deambulé por la entrada donde estaba la barra y, tras pagar una cantidad modesta, entré en la habitación que hacía de pista de baile rodeada de unas tarimas donde se sentaba la gente. El local era oscuro y estaba lleno de roqueros, *freaks* y golfos con indumentarias grises y negras como si fueran discípulos de Sartre, que en vez de adorar a Jimi Hendrix les pirraba Juliette Gréco.

Me puse a danzar a ritmo de los Rolling hasta que empujé a un tipo alto, flaco y desgarbado que bailaba arrastrando los pies y a quien poco le faltó para darme un buen puntapié de vuelta. Le pedí disculpas y le ofrecí un trago, forzando la voz entre los agudos de unas guitarras a todo volumen. Las luces de colores se encendían y apagaban a gran velocidad. No sé qué dijo él acerca de los pijos que invadían un lugar que no era para ellos. Protesté por haberme mandado a la hostia de los pijos. Y le pregunté: «¿Tú de qué vas?». Me dijo que estaba muy fumado, que se llamaba Pau y que por supuesto aceptaba una copa. Fuera de la pista me extendió el brazo con languidez y me agarró la mano con la suya de pianista. Llevaba una camiseta marrón desteñida que le venía estrecha y unos vaqueros que se le caían. Le pasé el *whisky* y agarró la copa con fuerza.

Me despedí de los míos, que ya se iban, y me instalé con Pau junto a la barra. Por lo visto estaba aburrido y yo le dije que parecía hijo de Unamuno o de Pío Baroja, no recuerdo. Entonces él me dijo que su abuelo era Maragall.

«El mío Sanpons Mariana», le respondí con sorna.

Me miró con ojos mustios y lanzó un monólogo con voz de ultratumba acerca de un grupo de música, Grateful Dead, y de otros grupos norteamericanos. Me pareció un tipo atormentado que daba por supuesto que cualquiera tenía que conocer lo suyo. Le seguí el rollo sin entender qué me estaba contando. Poco a poco conseguí descifrar algunos sobreentendidos. Había empezado Biológicas en la Central y se había hecho militante del FOC, que dirigía uno de sus hermanos mayores, hasta que él fue expulsado por trotskista y defender los consejos obreros y la lucha armada. Cuando en 1969 el franquismo decretó el estado de excepción a causa de la rebelión de las iglesias vasca y catalana en favor de las libertades, la policía detuvo a dos de sus hermanos menores y Pau decidió esfumarse.

Pau pertenecía a esa generación cuatro años mayor que la mía que había protagonizado el bienio radical 69-71 tras el asalto al rectorado. Estos años extremistas coincidieron con el auge del primer underground peninsular, asunto que en aquellos días empezaba a interesarme.

Pau se relajó pero no me dijo que había sido mi prima Mercedes Vilanova Ribas quien lo había ocultado en su casa durante la represión policial de 1969, ni que los miembros de

su familia, cuando telefoneaban a casa de mi prima para interesarse por su estado, preguntaban: «¿Qué tal Marta?», el mote que le habían puesto por seguridad frente a la brigada político-social que intervenía teléfonos. Corrían los años en que Pau leía a Louis Althusser como un poseso. Luego se puso a hablar de su amigo Pau Riba y me preguntó si lo conocía. Me explicó que ambos estaban en contra del sistema puesto que no sólo había que acabar con el franquismo, sino que los contestatarios de verdad luchaban contra el capitalismo internacional. Cuando se dio cuenta de que mis planteamientos eran parecidos a los suyos, lo sentí más próximo y confiado. Presumió entonces de compartir con Pau Riba ideas, abuelos poetas y familias numerosas cristianas. Me pareció como si se sintiera en posesión de una legitimidad a la que los demás mortales sólo pudiéramos acceder a través de su intermediación. Pensé que los primeros hippies de la ciudad iban a soportar con desagrado la llegada de las nuevas generaciones contestatarias. Le conté que yo también había estado en la presentación del disco de Pau, *Dioptría*, en el Price, un día muy especial de 1970 que recordaba con cierta prevención. El cantante con barba de chivo, era evidente, tenía mucho magnetismo, pero sus parrafadas acerca de *Uborne estátic* me habían desconcertado. Pau Maragall se refirió a una parte del discurso del cantante, la que hacía referencia a la miopía de los movimientos antifranquistas, que tildaba de conglomerados de carcas, y aclaró que estaba en franco desacuerdo con aquellas manifestaciones; lo que pasaba era que el otro Pau era un provocador. Cuando dije que los cuarenta focos dirigidos contra el público del concierto provocaron histeria y mal rollo, Pau me cortó. Por lo visto Joaquín Jordá y Carlos Durán, de la Escuela de Cine de

Barcelona, rodaban las veinticuatro horas de un hippy y los focos eran parte del montaje. «La paranoia colectiva no fue por los focos sino porque los responsables del local cortaron la luz hartos de aguantarlo durante tantas horas», afirmó Pau con enfado. La verdad es que no recordaba haber visto cámaras porque tuvimos que salir corriendo de aquel concierto cuando un músico extranjero que tocaba en OM con Toti Soler subió en una Harley Davidson al escenario.

Pau no acababa las frases y amontonaba unas palabras sobre otras. Me preguntó si había probado el ácido. Me dijo que el *speed* daba mal rollo, que lo promocionaban la CIA y el FBI para joder el invento pacífico de los hippies, que el grupo musical Cream seguía siendo extraordinario y que su familia era un agobio.

Pau insistió en que visitara la casa que Pau Riba tenía en La Mola de Formentera. Él pasaba allí largas temporadas en compañía de Ana Briongos, su novia, quien por lo visto se había largado a Afganistán. En otra ocasión, Ana me contó que en aquella época, Pau se quedaba mirando el sol durante horas para que le diera un telele que le librara de la mili y mezclaba dormidina con gin-tonic para potenciar el efecto.

Los Paus simbolizaban las dos tendencias del primer underground barcelonés. Pau Maragall estudiaba en la universidad, había militado en el FOC y creía en la lucha política convencional, Pau Riba había roto con el ambiente católico y catalanista de su familia para fundar junto a su novia, Mercé Pastor –una librepensadora que hacía collares de colores y leía el Kama Sutra– una comuna hippy en la falda del Tibidabo. Fue

una de las primeras de la ciudad y se hizo famosa entre los miembros más abiertos de la *gauche divine*. Pau Riba, que iba de poeta, quiso entrar en Els Setze Jutges[15] y no lo aceptaron. El grupo pionero que imitaba a George Brassens y había inventado la canción protesta a la catalana observaba con desprecio a los melenudos que pretendían tocar siguiendo impulsos vitales. Pau Riba me lo contaría años después: «Choqué con ellos y me di cuenta de que aquello del franquismo contra Cataluña era una trampa. Muchos de quienes reivindicaban unos valores progres frente al franquismo lo hacían para demostrar que eran de izquierdas. En el mismo momento, existía otro movimiento más universal e importante, el hippy. La juventud pacifista pedía el fin del capitalismo y un cambio de civilización en todo el mundo.

Escarbé en lo prohibido y descubrí la fuerza del ácido». Pau Riba había fundado en 1968, con gente afín, la facción con guitarras eléctricas del Grup de Folk, con Sisa, los hermanos Batista y los músicos que inventaron la onda progresiva o el primer underground barcelonés. Lo hicieron empujados por la ruptura de Bob Dylan con la tradición del folk americano en el festival de Newport de 1965, tras editar el álbum *Another side.* O sea, Pau estaba en las antípodas de la canción francesa.

Las discográficas Edigsa y Concentric, estancadas en la Nova Can*gó,* se negaban a grabar a los nuevos músicos por considerar que tocaban mal y eran demasiado electrónicos. El inquieto librero del Hogar del Libro, Ángel Fábregas, quiso

---

15 El nombre procede de un popular trabalenguas catalán y con él (Els Setze Jutges, «Los dieciséis jueces») se dio a conocer en 1961 un grupo de cantantes en lengua catalana que impulsó el movimiento de la Nova Can$ó.

llenar el vacío y montó la discográfica Els 4 Vents, en colaboración con los empresarios del club de jazz la Cova del Drac. El nuevo sello acogió con ilusión la «música progresiva» mientras los escritores Baltasar Porcel y Montserrat Roig, en *Destino* y *Sena d'Or*, respectivamente, presentaban a Pau Riba como el hippy catalán por excelencia que defendía la paz individual y la libertad absoluta.

*Why*, el LP de Máquina, editado en 1970 por Els 4 Vents, representó la apoteosis de este tipo de música electrónica, que junto a Pau Riba y el grupo sevillano Smash se convirtieron en las banderas de «lo progresivo» en toda España. El I Festival Permanente de Música Progresiva había logrado aglutinar a los músicos que se planteaban la ruptura de los nuevos ritmos más allá de lo yeyé y el rock comercial. Oriol Regás organizó el festival en el Salón Iris de Barcelona en 1970. Los Smash presentaron un *blues* más apasionado y menos frío que el catalán; Pau Riba pronunció unas palabras contra las familias conservadoras; Máquina atrajo a muchachos de las maltratadas barriadas madrileñas que buscaban un rock duro y urbano y no comulgaban con la tradición folk; y Música Dispersa, el conjunto de Sisa, usaba las voces como si fueran instrumentos estridentes.

Junto a ellos actuaron otros grupos más comerciales, como los Canarios de Teddy Bautista, Los Bravos de Mike Kenedy y Los Brincos. Un año después, en junio de 1971, se celebró el Festival de Música de Granollers. Este Wight a la española, sin gente que se atreviera a desnudarse como en los grandes conciertos al aire libre en Europa y América, debía consolidar el reconocimiento de los nuevos grupos. Duró veinticuatro horas

y lo cerró el grupo inglés Family con Roger Chapman. Se esperaba la asistencia de diez mil personas y aunque sólo acudieron cuatro mil fue un éxito si se tiene en cuenta las broncas familiares que debían aguantar chicas y chicos por pasar una noche fuera de casa.

Tras él hubo euforia, pero las expectativas de futuro no se cumplieron. Muchos integrantes de los grupos tuvieron que ir a la mili; los locales estables donde actuar dejaron de programar conciertos por miedo a las redadas policiales; las casas discográficas independientes que apoyaban el underground primitivo, Els 4 Vents y la sevillana Discos Grecco, quebraron por dificultades de distribución. Por otra parte, la televisión prohibió tajantemente las melenas siguiendo instrucciones de la Dirección General de Seguridad, que controlaba por aquel entonces Carrero Blanco. Así se evaporó la primera época de un movimiento musical que no sólo pretendía imitar modos anglosajones sino ocupar el espacio de ocio de los jóvenes más o menos airados. Aquellos músicos nativos que habían aprendido a tocar de manera autodidacta y cantantes que no habían pasado por ninguna escuela para modular la voz se retiraron a los cuarteles de invierno a la espera de tiempos mejores. Sin embargo, el mensaje contestatario del rock más comprometido, el que mostraba lo que estaba ocurriendo en la calle, caló en una parte de la juventud que pasó de admirar los flequillos de la época yeyé a las melenas del *acid rock*, y buscó la manera de huir de la casa paterna para ir al encuentro de nuevos valores y experiencias.

Por otra parte, la comuna del Tibidabo de Pau Riba duró hasta que la Guardia Civil metió a sus miembros en prisión y

selló la puerta en diciembre de 1970, aprovechando el estado de excepción por el juicio de Burgos. La comuna se había forjado en una casita humilde de dos plantas y un pequeño jardín a espaldas de la ciudad que daba al bosque del Tibidabo. La sala estaba llena de colchones forrados con telas de todos los colores alrededor de la chimenea.

Pau Maragall me arrastró aquella noche a fumar porros hasta un edificio muy moderno donde ninguno de los inquilinos cerraba las puertas por vivir en permanente estado de gracia. Resultó ser una casa muy transitada en la calle Génova. Algo así como un conjunto de comunas pareadas en una casa de pisos con vistas alucinantes sobre la ciudad. Había sido construido el edificio por los padres de los hermanos Briongos y de Ferran Fullá, el financiero de Bandera Roja, bajo la batuta de dos arquitectos jóvenes de la *gauche divine*, Óscar Tusquets y Lluís Clotet, que comenzaban a idear modernidades. En aquel lugar de diseño, coincidían diferentes tribus urbanas y se cocinaban cantidad de historias. Uno de los apartamentos lo habitaban Joan Brossa y su mujer, una enfermera que trabajaba en la bomba de cobalto. Brossa nutría sus experimentos poético-visuales con las aportaciones del perpetuo barullo en el que se veía inmerso. En otro apartamento vivía una joven estudiante de arte, Vicky Combalía, con el hermano de Ana Briongos. En otro, Víctor Jou, a un suspiro de abrir la sala Zeleste. En otro, Lluísa Roca y Albert Estibal, la pareja que ayudó a Juanjo Fernández a montar la revista *Star* en 1974 y que tres años después fundarían con Luisa Ortínez y Xefo Guasch el primer colectivo de vídeo independiente, Vídeo Nou. En otro, el dibujante Josep Maria Vallés con Francesc Bellmunt, quien hacía sus pinitos en el mundo del cine, y que desde el

sindicato de espectáculos de la CNT y con el colectivo Ajoblanco coordinaría las Jornadas Libertarias de 1977.

El hachís me agudizó la percepción de la voz de Neil Young que salía del tocata. Pau presumía de que en aquella casa nunca sabía quién dormía con quién. «¡Montesol!», gritó de repente. Y un tipo en calzoncillos medio dormido asomó la cabeza por una puerta: «Estoy emporrado», dijo, y desapareció. Montesol era un dibujante de Teruel que estudiaba económicas en la Autónoma y trabajaba en una editorial de tebeos. Lo último que vi antes de quedarme profundamente dormido fue una mesa llena de libros de sociología.

## ENCUENTROS CALLEJEROS

El año que Marión Brando rechazó el Oscar por su actuación en *El Padrino*, en protesta por la discriminación de los indios norteamericanos, fue un año decisivo para España y para el mundo. Una crisis económica mundial sin precedentes desde el final de la guerra mundial amenazaba la paz social de Occidente. Los consejeros del presidente Nixon dimitieron a causa del caso Watergate. El 11 de septiembre, el presidente de Chile, Salvador Allende, fue derrocado por un golpe militar alentado por el secretario del Departamento de Estado, Henry Kissinger. Las multinacionales norteamericanas necesitaban recuperar el control de las minas chilenas nacionalizadas por el Gobierno de Unidad Popular. El suceso cuestionó la voluntad de Estados Unidos de practicar la democracia que decía ofrecer al mundo.

Tras la cena del ajoblanco, empleé las mañanas en leer *Archipiélago Gulag*, de Aleksandr Solzhenitsyn, y una crónica sobre la represión del sistema soviético que el físico Andrei Sajarov acababa de denunciar con valentía en el Moscú de Leónidas Breznev. También leí *El príncipe* de Maquiavelo, un tratado acerca de las estrategias que las élites deben seguir para mantenerse en el poder y cómo articular el monopolio de la «violencia legítima» por parte del Estado moderno.

Toni Miró-Sans volvió de Hannover, donde había trabajado en un banco durante el verano, con ganas de sol y playas

solitarias. Como teníamos poco dinero, decidimos ir a Cadaqués, donde conocía un hostal limpio y barato junto al mar. Dos días antes de la fiesta de la Merced, que aquel año cayó en lunes, partimos en el Seat 850 que le prestó su madre. Cuando acabábamos de dejar Rosas a un lado y ascendíamos entre curvas recuerdo que le dije con mucha guasa: «Se acabaron las dudas, Toni. Me caso. Te lo cuento en Cadaqués, cenando». Toni dio un frenazo. Lo primero que se le pasó por la cabeza es que había dejado preñada a alguna chica durante el verano. Las bodas de penalti empezaban a ser epidemia. Cuando le dije que pretendía casarme con una revista de arte y cultura, el sol reventaba contra el horizonte de la llanura ampurdanesa y el golfo de Rosas se había teñido de morado. El espectáculo era grandioso y ambos recordamos la tarde de Délos.

Durante la cena le conté las noticias que desbarataban aún más los restos de nuestra vida académica. El bobo de Carrero Blanco, presidente del Gobierno, había nombrado ministro de Educación a Julio Rodríguez, un carcamal, que cuando fue rector de la Universidad Autónoma de Madrid se unió a los grises para atizar a los estudiantes. El tipo había decretado el «calendario juliano», de forma experimental, precisamente en Barcelona. Toni me miraba con expresión de no entender de qué le hablaba. Cuando le dije, imitando la vocecita de *castrati* de los políticos franquistas, que las clases no empezarían hasta enero para acomodarlas al curso natural, económico y militar, exclamó indignado: «¡Sin vacaciones de verano, cómo vamos a hacer las milicias!».

Dejamos de hablar del mundo siniestro de la facultad. Toni

me contó lo fascinante que era trabajar en un país como Alemania, donde todo funcionaba con precisión. Cuando le hablé con pasión de la revista que estaba gestando, Toni me recordó que tampoco olvidara que juntos íbamos a emprender grandes negocios y a ganar mucho dinero. Le seguí la corriente. Luego me preguntó acerca de la revista. Tuvo claro que lo iba a conseguir y me alentó. También me dijo que le gustaría llevar las cuentas, en Alemania había aprendido contabilidad.

Al regresar de Cadaqués y tras celebrar el santo en casa de la hermana de mi madre, fui a husmear a la librería del *drugstore.* Compré un libro y decidí ir a casa. Iba ensimismado por la acera del Paseo de Gracia cuando me di de bruces con un muchacho rubio, delgado, que paseaba zampándose un bollo de crema. Su cazadora color tierra estaba llena de azúcar. No pude evitar una simpática carcajada. «Hola, ¿qué tal?», fue su respuesta. Tras contarme que había visto con su familia los coros y danzas de la Unión Soviética en el Palacio de los Deportes, agarró el libro que acababa de comprar, *Utopía* de Tomás Moro y dijo: «¡Uf, es buenísimo!». Añadió: «Por lo que parece compartimos inquietudes».

A continuación, me explicó con mucho ánimo que trabajaba en una escuela cooperativa de barrio, la escuela Heidi, dando clases de bachillerato con un grupo de maestros jóvenes que pretendían recuperar la renovación pedagógica de la República con más ilusión que medios.

Por el acento adiviné que Toni Puig era de un pueblo del centro de Cataluña.

Ha llovido mucho desde aquella noche en que el destino retó a dos mundos que se desconocían entre sí; el de la Cataluña burguesa y urbana en busca de nuevos paradigmas y el de la Cataluña rural que abría puertas al catalanismo laico y republicano, opuesto al catalanismo católico que había inspirado el obispo Torras i Bages. El nacionalismo de posguerra pervivió en el escultismo de jóvenes inquietos bajo la batuta de *mossén* Batlle, que utilizaba los mismos uniformes militares, estilo Kipling, basados en el colonialista Baden-Powell. Jordi Pujol fue uno de sus retoños más convencidos y quien mejor organizó las brigadas rivales al españolismo militante de los escultistas de la OJE[16] franquista. Quizás en aquellas cuitas de la década de los cincuenta se fraguara aquello de: «Quien no es de mi nacionalismo es que está con el otro». Sea lo que fuera, el tipo de nacionalismo que impregnó a la derecha y la izquierda del Principado durante décadas dio la espalda a la cultura republicana que había construido Cataluña en los años treinta. Toni Puig me contó estas luchas e insistió, con pasión, en que él y sus colegas apostaban por una cultura republicana, popular y de base que no tuviera en cuenta la jerarquía social.

Quince años después de este encuentro, el alcalde de Barcelona, Pasqual Maragall, hermano de Pau, que llegaría a suceder a Pujol en la presidencia de la Generalitat, me explicó: «Estudié en la escuela Virtelia, un centro moderadamente catalanista y liberal. Muchas veces nos obligaban a ir a las acampadas con los escultistas del colegio alemán, cuyo consejero moral era Jordi Pujol: nos jugaron muy malas

16 Organización Juvenil Española.

pasadas. Nosotros éramos poco convencionales, mientras que los otros eran cuadriculados. Venían por la noche a nuestro campamento, nos robaban las banderas y los zapatos y dejaban notas que decían: “Un campamento que no vigila no es nada”». Sin embargo, tampoco el nacionalismo de Maragall tuvo nada que ver con la democracia de base y la cultura republicana que soñaba Toni Puig.

El caso es que el día que conocí a Toni sólo sabía de esos mundos lo que contaban las revistas. La noche templada nos indujo a sentarnos en un banco modernista bajo las farolas de Gaudí, frente a Loewe, la tienda de lujo que hace esquina con Consejo de Ciento.

Toni, allí sentado, contó historias en sintonía con el cristianismo primitivo y la cultura republicana. Una de éstas me llamó la atención. Había vivido más de un año con *mossen* Xirinacs y una mujer rusa junto a la iglesia de Sant Jaume de Frontanyá, una joya del arte románico entre montañas mal comunicadas del norte de Cataluña. Xirinacs era un destacado escolapio pacifista que amaba la mística oriental y el ascetismo cristiano. Así es como Toni, que había estudiado teología en el seminario de Barcelona, aprendió a sobrevivir en la pobreza, a cultivar un huerto, a cuidar gallinas y conejos, a no sentir el frío, a meditar y a hacer yoga. El Xiri, que luego se hizo muy popular por las huelgas de hambre a favor de la libertad de Cataluña y de la amnistía, era maestro en filosofías orientales. La experiencia acabó de forma abrupta. La Iglesia catalana estaba dividida y el obispo de Solsona, que era de extrema derecha, los expulsó del paraíso. En un momento dado llegué a despotricar de dicho obispo como si me estuviera expulsando

también a mí. Cuando me puse a hablar de poesía, me dijo: «¿Te apetece conocer mi casa? Comparto piso con dos actores y una naturista que trabaja en mi escuela».

Toni vivía en plan comuna en el último piso de un edificio sin ascensor, cerca de Bocaccio. Su habitación era similar a la mía. Una cama cubierta con telas indias junto a estantes llenos de libros y postales pop colgando de todas partes. Sobre la mesa de trabajo había unas fichas escritas con tinta azul y letra menuda junto a un tocadiscos en el que puso *El clave bien temperado*, de Bach.

De pronto entró en la habitación uno de los actores. Los rizos rubios de su cabellera y la barba pelirroja, recortada entre dos ojos que parecían pedacitos de mar en día soleado, le daban apariencia de ángel de la guardia. Cuando empezó a contonearse como un saltimbanqui irreverente despertó mi curiosidad. «Hoy he puesto ropa interior de mujer a un cabezudo», dijo, «los sostenes rojos que esconden unos globos exageradamente hinchados dan mucha risa». Dirigiéndose a mí, aclaró con una sonrisa coqueta: «Pretendemos transgredir la memoria de la cultura popular para que vuelva a ser vitriólica, anticlerical y catalana». A bocajarro, nos explicó lo bien que le iban los ensayos del espectáculo *Non plus plis*. Cuando nos dejó porque, según dijo, se iba a la cocina a comer alguna cosa, Toni aclaró: «Jordi Bulbena es responsable de la plástica de Els Comediants, una compañía de teatro independiente muy mediterránea que ha fundado con un chico de Olesa que se llama Joan Font y que pretende recuperar las fiestas populares».

Jordi había sido novicio benedictino en el monasterio de Montserrat y revolucionado la estética de la cerámica que fabricaban los monjes al estampar una paloma de la paz azul en los platos. Se relacionó con Toni durante la Trobada de Joves de Santa Cecilia de Montserrat, durante la actuación de la compañía de títeres Claca, el grupo de Joan Baixas. Cuando Jordi dejó el monasterio y Toni se instaló en la ciudad, ambos coincidieron de nuevo en un grupo de animación, con gente del mundo del teatro, de la plástica y de la fotografía donde formaban a monitores para las nuevas *Escoles de l'Esplai*[17] Entonces decidieron compartir piso.

Lo más chocante ocurrió tras la repentina irrupción de Andreu Solsona, el otro comunero, que venía de añadir escenas comprometidas a *Mary d'Ous*, la obra experimental que en el festival de Spoleto había consagrado a Els Joglars como una de las compañías de la vanguardia europea. La compañía de Andreu era más política y menos socarrona que Els Comediants. Expresaba lo que no se podía decir públicamente con metáforas que tentaban los límites de la censura. Acabamos los cuatro sentados en el suelo de otra habitación, entre una litera y la pared. Iniciamos una conversación en la que no hicieron falta porros ni bebidas. «El Altísimo, *ísimo*, es Franco», dijo Andreu, lanzando una carcajada cínica al improvisar una pantomima del Caudillo mediante técnicas de mimo que nos hizo desternillar de risa.

Si en Ibiza Cornelius me había introducido en un mundo de sensaciones difusas que potenciaban el sexo, la marihuana y el

17 Escuelas ocupacionales para el tiempo libre.

*rock and roll*, Toni y sus amigos me metieron en la sátira y la reflexión crítica frente a nuestra realidad más inmediata. Por mi parte, les transmití la pasión por la nueva revista que pretendía dar voz a gente como ellos y quebrar de una vez por todas la barrera entre acción y pensamiento, entre lo que somos y lo que queremos ser. Recuerdo que Andreu sostuvo que las filosofías contraculturales habían estado bien, pero que no eran gran cosa. Citó varias veces a Herbert Marcuse. Era marxista, llevaba mostachos otomanos y una melena morena, lisa y bien cortada, que le daba autoridad. Le gustaba la política revolucionaria más que a los otros y soñaba con una Cataluña independiente y socialista. La conversación duró hasta las seis de la madrugada. Andreu me prometió presentarme a Guillermo Ayesa, un poeta argentino que daba clases de inglés en Berlitz y que era compañero sentimental de una actriz.

Aquella jornada en que amanecí junto a un Toni en Cadaqués y que conocí al otro Toni en una calle de Barcelona, día que bauticé como el de los dos Tonis, la rematé en la habitación de mi casa, escuchando una y otra vez *Angie*, de los Rolling, como un poseso. Por fin me relacionaba con gente comprometida que se lo jugaba todo por las ideas y la creatividad.

Días después, fui a comer a casa de Toni Puig. A media tarde cogí un autobús en la parada de Balmes con Mitre. Me quedé atrás junto a una chica menuda de ojos verdes. Entre los brincos que daba el autobús, la miré varias veces. ¿Me ha sonreído a mí, o la suya era una expresión ensimismada? Un impulso repentino me llevó a dejar caer a sus pies el tocho de Derecho laboral que llevaba bajo el brazo. Produjo un chasquido seco. La gente se giró y ella se agachó y me lo

devolvió con rapidez. Tras un intercambio de monosílabos, la acompañé a un local en obras, junto a mi casa, donde su madre, Marisa Ciento, una señora culta y elegante que se movía con porte sofisticado, estaba montando una galería de arte de vanguardia.

Así fue como conocí a la mujer que permanecería discretamente a mi lado hasta hoy, Luisa Ortínez –*Tonchi* la llamaban en su casa–. Militaba en el Movimiento Comunista y se levantaba a las seis de la mañana para trabajar en la cadena de una fábrica por convicción proletaria a escondidas de un padre empeñado en que estudiara derecho. Aún no había cumplido dieciocho años y pretendía estudiar cine social en Londres.

Una de aquellas mañanas sin clase a causa del calendario juliano, Tomás Nart me llamó para que fuera a ver un despacho por el que pedían tres mil pesetas al mes. Estaba en la calle Aribau esquina Diputación. Me desperecé y en un instante salí de casa sin desayunar. «Esta escalera está muy concurrida. Lástima que den tan pocas propinas», dijo la portera sin dejar de hablar ni un instante. Y siguió explicando que los últimos pisos habían sido reformados y habían quedado dieciséis despachos pequeños. Más abajo del que nos iba a enseñar, en uno grande, estaban los de Edigsa. «Aquellos que sacan discos de cantautores catalanes. No hay día que no suba y baje alguno de ellos en este mismo ascensor», murmuró la portera con nervio. «¡Y no se vayan a creer que es gente amable! La mallorquina esa, sí, la Bonet, ¡qué encanto de mujer! Siempre ríe. La única.»

Subíamos encogidos dentro de una pequeña cabina que olía a morcilla frita. Antes de traspasar el umbral supe que Tomás había encontrado lo que buscábamos. El espacio consistía en dos habitaciones irregulares, no muy grandes, separadas por una mampara de madera, y dos pequeñas; la del fondo tenía puerta y la otra hacía de vestíbulo. Tras decidirnos, Tomás me dijo que Enrique Argullol no daba señales de vida, que necesitábamos los estatutos de la nueva sociedad y que Francisco Marsal le había dicho que en cuanto tuviéramos local había que constituir la sociedad.

Aquella mañana debía encontrarme con José Solé para ir a una manifestación en la Rambla Cataluña contra el proceso 1001 del Tribunal de Orden Público contra Marcelino Camacho y otros líderes de Comisiones Obreras. «Les van a caer muchos años, tenemos que presionar», le dije a Tomás. «Además, quiero saber qué van a hacer los independientes ante el calendario juliano.» Fui solo a la manifestación, en la que había poca gente. Como siempre, hubo policías, porras, carreras y tuve que refugiarme en el primer autobús que pasó. En él me di de bruces con Félix Vilaseca, un chico del colegio que solía venir a las fiestas del grupo de Camprodón. Había acabado la carrera e iba a ejercer de abogado. «¿Serías capaz de asistirnos legalmente? Vamos a lanzar una revista.» Me respondió con tres palabras: «Soy vuestro abogado».

Sin su profesionalidad, ¡qué difícil habría sido sortear el laberinto de requisitos legales y juicios que nos esperaban!

Celebramos las primeras reuniones de la revista, que aún no tenía nombre, los miércoles en el bar Tucumán, junto a la

oficina de la nueva editorial de libros de medicina donde trabajaba Ana Castellar. Carlos Barral, asiduo del bar, parecía fatigado y nos observaba con reticencia; supongo que debía de encontrarnos un poco locos. Sabía de nosotros por Antonio Otero, que ya era su yerno. A punto de nacer su hijo, Antonio se había casado con Danae por lo civil de forma discreta. Un poeta que dirigía la colección de novela negra de Barral, Josep Elias, y José Solé fueron los padrinos. Acabada la ceremonia, los escasos invitados fueron a tomar copas al bar del zoo de la Ciudadela.

Recuerdo la sorpresa de mis colegas cuando uno de aquellos miércoles les presenté a Toni Puig con la intención de integrarlo al grupo. Era consciente de que sólo con los Nabucco la revista iba a ser sosa y que el mundo creativo de Toni resultaba imprescindible. Me iba abrirme a otra gente y los grupos cerrados sobre sí mismos me producían claustrofobia. Nunca he sido gregario. «Este fin de semana», recuerdo que dijo Tomás dirigiéndose a Ana, a Alfredo y a mí, «no podréis ir a Fontclara. Hay que montar el despacho. Y tú, Toni, si pretendes meterte en la revista vas a tener que colaborar». Aquel pequeño comentario supuso la incorporación de Toni al grupo promotor. Lo celebramos cenando en Can Lluís, un restaurante bohemio y bullicioso en el corazón del Barrio Chino.

Francesc Vicens era un intelectual alto y flaco, de buen porte y calva de sabio que había salido del PCE tras las expulsiones de Claudín y Semprún en 1962. Por ahí se rumoreaba que algunos atardeceres se le veía pasear por la calle Capitán Arenas con una loba llamada *Aliñe* –regalo de Félix Rodríguez de la Fuente–, en compañía de Maria Lluísa Borrás, profesora de arte

contemporáneo en la Autónoma, y de mi buena amiga Tonia Salom.

El día que Tomás y yo conocimos a este hombre comiendo oca con nabos en la única fonda que existía entonces por los alrededores de Fontclara, el Bonay de Peratallada, Ana nos dijo que el director de la nueva Fundación Miró era un buen candidato a pequeño accionista. En aquel momento supervisaba las obras de la Fundación, según nos explicó minutos después: «Hablo con frecuencia con Josep Lluís Sert, decano de la Facultad de Arquitectura de la Universidad de Harvard, y con Joan Miró, que reside en Palma».

El estrafalario Francesc Vicens había comprado la rectoría de Fontanilles, a dos kilómetros de Fontclara. Según Ana, la había restaurado con exagerado gusto monacal. Cuando nos sentamos a la mesa de Can Bonay que compartía con dos jóvenes pintores, José Luis Pasqual y Frederic Amat, estudiantes que habían huido también de las huelgas de la Escuela de Arquitectura, se fue la luz. A través de los cristales del balcón de la fonda de Peratallada se colaba una tempestad de lluvia y viento de tramontana. Conocía a José Luis porque era hermano de un amigo del colegio. Mi hermana Rosa era su marchante y en las paredes de Fontclara había un par de cuadros suyos, una especie de expresionismo dulce con colores mediterráneos. Frederic, sentado frente a mí y de quien nada sabía, avivó mi interés por su pintura. Era un chico atractivo, con tendencia al narcisismo. Tenía talento, defendía la estética mediterránea e iba de gran pintor.

En un momento dado, Tomás sacó el tema que más le

inquietaba: el dinero que hacía falta para la revista. Y concentró su atención sobre un Francesc que estaba muy pendiente del lío que yo me llevaba con Ana. *«Sóc cosí de Daniel Gelabert»,*[18] largó Tomás con intención. El comentario sorprendió a Francesc, que al advertir la atención que le dispensábamos empezó a hablar de pájaros, sabio en la materia. Media hora después, tras haberse explayado a gusto acerca de cómo y dónde hacían los nidos una docena de especies, se refirió al tal Gelabert, un arquitecto que efectivamente era de absoluta confianza de Sert. Vicens confirmó que tenía noticia de sus viajes a Boston en la época en que se gestaba el proyecto. El escaso presupuesto para construir el edificio de la Fundación –cincuenta millones, la mitad aportados por el Ayuntamiento del alcalde José María Porcioles y la otra por Joan Miró– dificultaba la creación de un centro cultural tan importante para la ciudad. Al nuevo alcalde, Enrique Massó, parecía importarle un pito que Francesc pretendiera más fondos para la biblioteca y un espacio adjunto donde potenciar el arte de los jóvenes. A mí me resultaron más sugerentes las explicaciones de Frederic acerca de los pigmentos naturales, o de cómo disecaba los peces que metía en sus pinturas, que los problemas de la Fundación, hasta que Francesc me miró fijamente y dijo que él no podía comprar acciones de la revista, aunque sí quería un bono de ayuda de mil pesetas. Ana lanzó una carcajada de triunfo y se dio coba a sí misma por la idea de los bonos. Volvió la luz al restaurante justo en el momento en que una emisora francesa sintonizada por un viejo aparato de radio reprodujo un LP radicalmente innovador: *Desertshore*, de Nico. Surgió entonces una larga

18 «Soy primo de Daniel Gelabert.»

discusión acerca de la música y el arte de vanguardia hasta que Francesc, muy serio, nos recomendó la música de John Cage, que resultaba una lata.

Mientras la música popular rompía los barrotes mentales, psicológicos y emocionales de millones de seres del planeta, se había celebrado en Granollers las Mostres d'Art Jove. El arte *povera* y el arte conceptual lograron concretar por primera vez sus propuestas fuera de las catacumbas. Aquellos artistas, que llevaban al límite la exploración de las vanguardias y despreciaban la pintura tradicional trabajando con soportes alternativos y no pictóricos, como piedras, desechos, fotocopias, mobiliario y objetos banales, se presentaron colectivamente. Carlos Pazos, Ángel Jové, Ferran García Sevilla, Jordi Benito y Francesc Abad fueron algunos de los participantes que suscitaron polémica. Sus obras o acciones eran efímeras. Querían acabar con la noción sagrada del arte y del artista, así como con la comercialización de las galerías. Incorporaban las nuevas tecnologías, como el magnetoscopio –la base del vídeo–, las pantallas y los ordenadores, tal como hacía el artista coreano Nam June Paik.

En suma, ante una obra conceptual, la sensación se convertía en concepto y expresaba el materialismo del siglo XX. Yo defendí que aquel arte fascinado por la semiótica, la lingüística, la reflexión sintáctica de las formas, la elaboración teórica, la abstracción y la desmitificación del objeto iba en contra de la visceralidad emotiva de la música popular. Frederic apostaba por los trabajos que exhibían las galerías más vanguardistas: Aquitana, Trece, Trilce.

Una vez acabado el almuerzo, a las ocho de la noche, aparecieron los dos pintores en el salón de Fontclara. Habían pasado la tarde acosando a Francesc Vicens en su rectoría de Fontanilles para que la Fundación Miró acogiera un espacio para los jóvenes. Nos sometieron a un interrogatorio absurdo, pues pensaban que Ana, Tomás y yo estábamos liados. Descubrieron la verdad entre divertidos acertijos mientras Ana nos enseñaba a preparar arroz integral con verduras. Más tarde nos revolcamos sobre los almohadones junto al fuego de la chimenea, donde asamos alcachofas y patatas. En el tocadiscos sonaba la flauta de Rampal interpretando *La tempesta di mare* de Vivaldi. Tras la intimidad naciente, decidimos que Ana y yo visitaríamos su estudio la semana siguiente; Frederic me regaló el pañuelo amarillo que llevaba alrededor del cuello.

El estudio estaba en el garaje de una casa recién construida en el corazón del barrio de Sarriá. El pintor apostaba por la participación activa del espectador frente a la obra. Contó que en la exposición montada en la librería Trilce, en 1970, había llenado el suelo de globos negros para que el público tuviera que violentarlos antes de ver la obra. Y en la de Madrid había marcado el recorrido con alambradas y un pollo muerto que colgaba del techo. Ana y yo observábamos absortos aquella explosión de naranjas, lilas, amarillos, rojos y negros que se incrustaban sobre trapos cosidos a un papel grueso en el que se entrelazaban tortugas, espigas, tallos, caracoles. «Los pelos son como la vida», aclaró el pintor, «y esos huesos simbolizan la muerte». Ana cogió una cajita negra en la que ponía *cel* [19]

19 «Cielo.»

«Es uno de mis objetos de la etapa negra», explicó Frederic. Ana la abrió y encontró una piedra gris en su interior: «Es puro *poveral*», exclamó. La pieza había sido expuesta en la galería Aquitania en 1971: *Capses per obrir, capses per tancar*[20] Yo contemplaba las obras desde un rincón apartado del garaje. Me gustó especialmente la que representaba unas nalgas rosas sobre un paisaje de terciopelo arrugado, con telas cosidas entre palos y coños metidos en un triángulo.

Aquella visita al estudio de Amat se produjo el mismo día que constituimos la sociedad anónima, con trescientas mil pesetas de capital social, ante Ignacio Zabala, el notario de la izquierda barcelonesa. Zabala era un hombre seco, espigado y miope, como un personaje de Pío Baroja. «Me parece valiente que siendo tan jóvenes os atreváis con esto», dijo. Ese mismo día nació Malcolm, el hijo de Antonio Otero y Danae Barral.

Otro de aquellos días, Toni Puig trajo a un posible colaborador de Terrassa. Se llamaba Cese Serrat y sabía maquetar revistas. Cese, según nos contó, había estudiado teología con Toni en el seminario y llenado el suelo de la plaza del monasterio de Montserrat con mil bolsas de basura de distintos colores formando una enorme cometa que hizo volar sobre las cabezas de cientos de jóvenes, seducidos por el arte *povera* que Cirici Pellicer ensalzaba en la revista *Serra d'Or.* Cese, atrapado por estas lecturas y atraído por los objetos cotidianos, se había matriculado en la escuela de diseño Eina, la más moderna de la ciudad, que dirigía el pintor Ráfols-Casamada. Los profesores más al día hacían reflexionar

20 «Cajas para abrir, cajas para cerrar.»

a sus alumnos acerca de los contenidos de la revista *Art Forum*, una publicación norteamericana que puso en contacto a los alumnos con las manifestaciones formales del arte conceptual del extranjero. El máximo exponente del arte *povera* en España, Toni Llena, había sido profesor de Cese en dicha escuela. No era dogmática y estaba animada por las ocurrencias de otro profesor con talento, Xavier Olivé. «¿Conocéis al artista conceptual Toni Llena? Os ha de gustar si pretendéis que maquete la revista.»

Francesc Abad acababa de conocer a Cese en La Informació D'Art de Terrassa, donde se habían presentado las propuestas formales del Grup de Treball. Dicho colectivo, más político que artístico, dictaba imperativos de obediencia ideológica y una interpretación teórica dogmática a artistas, músicos, directores de cine y críticos conceptuales. Sus popes, mucho mayores que el resto, eran el músico Carles Santos y el director de cine Pere Portabella. Ambos eran comisarios del PSUC e iban a la caza de nuevos militantes culturales que movieran el universo del cinturón rojo de Barcelona. Cese era bastante payaso y repetía con insistencia cómica: «Nadie me come el coco y las reflexiones teóricas sólo son elementos de trabajo que hacen pensar». Ana lo miró con cara de circunstancias, sentada en aquel camastro cubierto con una manta vieja donde en ocasiones dormía alguien.

En estas llegó Alfredo Astor. Había decidido no volver a Derecho ni a casa de sus padres. También había roto con la rutina de ligues superficiales que brindaba la facultad y empezaba a consolidar su relación con Keles. Vivía con ella y sus dos hijos en un piso cerca del campo de fútbol del Europa.

Fue Alfredo quien dijo: «Seguro que Cese va a ser un maquetista de primera».

El grupo Nabucco se estaba desintegrando con la incorporación de nuevos miembros en la revista y el manifiesto había dejado de preocuparnos. A Antonio Otero sólo lo veíamos de vez en cuando. Pensaba vivir en Calafell con Danae y Malcolm y se había vuelto un erudito en literatura europea. Cuando aquella noche Ana, al dejarme en casa, me dijo lo bien que iba todo, le contesté:

«Faltan plumas».

# SEGUNDA PARTE

# AÑOS DE RUPTURA

## KING KRIMSON

El colapso de la universidad en 1973 avivó mi curiosidad por el anarquismo y estimuló la creatividad más allá de los límites de las culturas dominantes. No era fácil manejarse con algún rigor en aquel universo sin guías ni publicaciones hasta 1976. El pensamiento libertario estimulaba la acción autónoma, negaba la jerarquía y ponía en evidencia que la violencia era inseparable del Estado moderno. La frase de Kropotkin «De cada uno según sus posibilidades y a cada uno según sus necesidades» me puso en marcha. En las paradas de libros viejos del mercado de San Antonio encontré uno contra el parlamento burgués, editado antes de la guerra. Estaba escrito por Ricardo Mella, un libertario contrario a la violencia. Lo devoré subrayando los párrafos más estimulantes. Era un libro pequeño, claro y honesto. Por encima de cualquier divagación teórica, el anarquismo implicaba una actitud y una forma novedosa de entender la moral y la forma de vida. Una moral que te ayudaba a luchar contra quienes pretendían disponer de tu libertad a su antojo. También te enseñaba a creer en los atributos del hombre laico y social. Una noche, les mostré el libro a José Solé y a su novia, Ana Milá, en un café perdido entre las estrechas calles del barrio de Gracia. José trabajaba por las mañanas en el despacho de su padre y Ana se había especializado en derecho penal. José leyó párrafos del libro y me dijo que no estaba mal, aunque echaba en falta una mayor agudeza literaria. A continuación, me aconsejó leer a GilLes

Deleuze y Félix Guattari. Él llevaba en su cartera *El Antiedipo, capitalismo y esquizofrenia*, un libro traducido por Paco Monje, el filósofo de moda en la ciudad, que acababa de publicar Carlos Barral. José se enrolló durante una eternidad con la represión de las máquinas deseantes y el Edipo. También sostuvo que la paranoia era un método útil para elaborar la cultura de la sospecha. «La sospecha es lo que te permite seguir pensando», decía. Yo no conseguí explicarle que las lecturas demasiado alambicadas estimulaban el elitismo, mientras que leer a sencillos autores anarquistas te ayudaban a ser claro, humano y solidario.

A la mañana siguiente, llamé a Toni Puig a la escuela Heidi. En su casa no tenía teléfono. Le pedí que viniera a mi casa a primera hora de la tarde. Toni crecía intelectualmente al margen de los procesos culturales de los progres y defendía el movimiento de padres y vecinos del barrio de su escuela. A la hora prevista nos encerramos en mi habitación y le hablé del libro. El entusiasmo de uno alimentaba el del otro. Miró los párrafos que yo había subrayado y leyó algunos en voz alta: «La actividad política cuando implica delegación de nuestra responsabilidad y soberanía es perniciosa porque los hombres que se meten en la vida política se acordarán de cualquier cosa menos de los intereses de sus representados». Devoró las páginas del libro mientras yo ponía música hasta que defendió en voz alta la idea de la revolución como una larga tarea en la que nadie podía sustituir a otro. Llegamos a la conclusión de que no existían ideas absolutas que pudieran acoger a todos los hombres, que había que ser permisivo y dejar fluir la aspiración de libertad. Yo, que empezaba a vivir obsesionado por el proyecto de la revista, pensé en transformar el proceso

en algo así como una escuela de vida de gente dispar con ganas de cambiar el mundo.

Parte de la juventud contestataria española, la que huyó de las consignas que dictaban los burós políticos de las diferentes versiones de leninismo, empezó a asumir espontáneamente que la verdadera lucha tenía que ver con los hechos de cada día y con la poesía que nace del corazón. «Sin un cambio psicológico y la práctica de un sentido de comunidad ajeno al individualismo narcisista, las revoluciones no hacen más que reproducir la situación anterior con otras personas», decía Theodor Roszak en *El nacimiento de la contracultura*: «¡Libera tu mente! ¡Libera tu cuerpo! ¡Educación libre! ¡Poder a la gente!».

En la España del tardofranquismo cualquier hecho o teoría de los movimientos antiautoritarios llegaba en pequeñas dosis, tanto por la censura franquista como por la que ejercían los marxistas. Ambas ortodoxias los veían como una catarata de ideas sin jerarquía que podía arruinar su negocio. Cualquiera que quisiese indagar tenía que conformarse con fragmentos dispersos de un movimiento que se desplegaba en múltiples direcciones. La información te llegaba a través de rumores, de secretos en voz baja y de comentarios dispersos que pocas veces conseguías ordenar adecuadamente. Los libertarios que uno se encontraba por ahí casi nunca explicaban de dónde salían, ni qué habían vivido, ni cómo habían llegado a pensar de aquel modo debido a que la policía iba a saco contra ellos. En cuanto se organizaban en pequeños grupos de afinidad anarquista, primero la policía política los vigilaba, a continuación los acusaba de algo que no habían cometido y los

encarcelaba con los presos comunes ante el silencio del resto de las organizaciones antifranquistas. La intuición era la única brújula que orientaba en aquel mundo borroso.

A partir de la Ley de Prensa de Fraga de 1966, algunas revistas convencionales informaron acerca de las nuevas realidades contraculturales que encendían el planeta, aunque siempre con tufos timoratos y sectarios. En Barcelona, los contenidos de las revistas *Destino, Nuevo Fotogramas, Oriflama* y *Semz d'Or* se hicieron menos opacos, aunque jamás apostaron por la ruptura que representaba la democracia directa y la emancipación real de los ciudadanos, por tanto tampoco me despertaron gran interés. Luis Vigil, Cario Fabretti, Teresa Ingés, Ángel Casas y Claudi Montaña, vanguardia del periodismo enrollado, habían conseguido colar en las últimas páginas del *Nuevo Fotogramas* crónicas sobre el significado de los nuevos ritmos, las actividades del teatro de guerrillas y los logros de la cultura underground más allá de los Pirineos. *Triunfo, Cuadernos para el Diálogo, Índice, Doblón* y algunas otras hicieron lo propio desde Madrid, pero siempre atendiendo a los intereses de las ideologías marxista, democratacristiana y liberal que movían a sus promotores. Dichas revistas defendían la democracia parlamentaria de forma más o menos encubierta. Por tanto, la apertura vital a los sueños de la nueva izquierda sólo podía alcanzarse mediante la experimentación y los diálogos en largas noches de charla con compañeros de procedencia diversa. Si Carlos Barral había sido el editor que había puesto en las librerías las corrientes estéticas de la literatura de vanguardia, editorial Kairós, del pensador Salvador Pániker, fue la que difundió parte del pensamiento contracultural que estaba trastocando las

costumbres sociales del día a día. Faltaban tres años todavía para que Beatriz de Moura, de Tusquets, pudiera colar a la censura la colección Acracia. Sí llegaron, aunque con cuentagotas, los libros que editaba el anarquista Diego Abad de Santillán desde su exilio en Buenos Aires a través de la editorial Proyección. Aquellos libros pusieron en circulación la obra prohibida de Ramón J. Sender, Bakunin, Daniel Guerin, Kropotkin y Herbert Read.

Una de aquellas tardes de otoño le expuse a Toni Puig la necesidad de consolidar el equipo de creación. Los otros Nabucco, a excepción de Tomás Nart, se hacían cada vez más afines a los gustos de la élite que envolvía a Carlos Barral y el proyecto de lanzar una revista joven, sin sabios ni famosos, les parecía pueril. Esta conversación dio origen al primer equipo estable de la revista. Estábamos en la terraza de la Cova del Drac, en una calle Tuset que había dejado de ser un sucedáneo de Carnaby Street. Mientras Toni y yo buscábamos soluciones y él me proponía meter en el equipo a un joven fotógrafo que se llamaba Pep Rigol, de quien yo sólo sabía que estudiaba publicidad en la nueva Facultad de Ciencias de la Información, nos asaltó con timidez una chica de mi edad, morena y de una ingenuidad sobrecogedora. Estudiaba periodismo y pretendía vendernos un curso de inglés en casete. Se sentó con nosotros. Se llamaba Maria Dols, había nacido en un pueblo pequeño de la provincia de Tarragona y estaba obsesionada con la poesía popular. El libro que dejó sobre la mesa del bar era una antología poética de Gabriel Celaya. Tras una breve conversación acerca del valor de aquellos cursos, nos endosó el drama de no saber cómo pagar la pensión. Nosotros le propusimos que hiciera de secretaria a cambio de una pequeña

remuneración. Aceptó. A los pocos días, abría el despacho, confeccionaba listados, nos suscribía a revistas extranjeras y atendía el teléfono mientras escuchaba a través de una pequeña grabadora las canciones de Joan Baez. Maria Dols, temerosa y trabajadora, picaba los textos de las cartas, sufriendo lo suyo. Su tesón fue para mí un acicate.

En estas estábamos cuando llegó la noche del concierto de King Crimson, en Granollers. Para muchos aquel concierto representó el pistoletazo de salida hacia una época nueva, espontánea y pasional. Un tiempo en el que la prensa y los políticos franquistas perdieron toda legitimidad y en el que algunos líderes marxistas empezaron a acariciar el pacto con el franquismo aperturista. Sin políticos ni instituciones fuimos muchos los que durante cuatro años –de 1974 a 1977– acariciamos el sueño de un cambio profundo en nuestra sociedad. En países cercanos como Italia, Alemania, Holanda, Suecia, Dinamarca y Francia, las estructuras de poder también se tambaleaban.

El concierto fue en noviembre de 1973. Me invitó un amigo cuatro años mayor que yo, asiduo de los fines de semana de Fontclara, que escribía algún poema en catalán y presumía de haber realizado una pequeña gesta la noche de aquel mes de enero de 1969 en el que un pequeño grupo de estudiantes radicales había defenestrado el busto de Franco del despacho del rector. Según contaba, estampó el coche de su padre contra la puerta sellada del edificio de la antigua universidad, en plan suicida.

Mientras esperaba en el portal del edificio de mi despacho

para ir a Granollers en su coche, mi cabeza se llenó de nubarrones. Había pasado la tarde buscando la manera de conseguir los permisos legales de la revista y estaba cansado de que las relaciones afectivas se me escaparan siempre de las manos. Sabía por experiencia que las relaciones entre personas de mundos dispares daba una energía que se transformaba en un entusiasmo contagioso que aumentaba las posibilidades de que el proyecto de revista llegara a buen puerto. En todo caso, soñaba con tener cuanto antes una historia afectiva adulta. Ya no quería mujeres, puesto que me había criado rodeado de ellas, el misterio estaba en el otro lado. Seguía con la idea de encontrar un hombro amigo con quien compartir las aventuras y el ansia de conocimiento. La relación de Ana Milá con José me estimulaba. Mientras circulábamos por la autopista hacia Granollers expliqué a mi amigo por qué me fascinaba la «amistad» entre hombres. Me contestó que la represión bloqueaba la atracción física y las frases rimbombantes sustituían al roce de los cuerpos. Nadie nos había enseñado a utilizar nuestro cerebro libremente ni tampoco a desarrollar el lenguaje del cuerpo. Yo argumenté que el acto sexual en sí mismo, sin comunicación y cariño, tenía pocos alicientes y que no debía menospreciarse el compromiso ni las emociones, pues sólo así uno podía alcanzar la plenitud. Como no se sintió aludido, le manifesté mi decisión de no repetir una noche como la que habíamos pasado juntos en un pueblo de la costa sin aceptar la posibilidad de compartir un compañerismo franco, una sensualidad libre, una ternura infinita.

Mi amigo no dijo nada y puso en la casete del coche *I left you*, una pieza de guitarras que recordaba el sonido *country* aderezado con una muy buena percusión. Algo muy peculiar.

«Adivina quiénes son», me dijo creyendo que no lo sabría. Eran los Smash, el grupo más emblemático de la música progresiva del país. La canción me transportó a la Semana Santa de 1971 que pasé en la casa de Calella de Palafrugell de mi madrina Pilar, la hermana de mi padre que, pese a la convencionalidad de la familia de su marido, siempre fue libre y bohemia, y me trató como a un hijo por ser el *hereu*[21] de su clan. Una tarde, entre las barcas de la playa, Oriol Regás me dijo que en el Madox de Platja d'Aro actuaba un grupo sevillano. Fui, escuché a Smash y me quedé prendado. Oriol, el promotor de Bocaccio, acababa de fundar una casa de discos, Bocaccio Records, había llamado a Alain Milhaud, el arreglista londinense de Los Bravos, y contratado a Smash, que acababan de reñir con el promotor más importante de Sevilla, Gonzalo García Pelayo, y la casa Philips. El grupo andaluz estaba en su mejor momento y sus integrantes pretendían grabar unas piezas de fusión; voz gitana, guitarra rítmica tipo Rolling, guitarra acústica y batería con golpes flamencos. La incorporación de un gitano cantaor, Manuel Molina –que en 1975 formaría Lole y Manuel–, les introdujo en el flamenco progresivo con una ligereza desconocida. Pese a que no escucharía hasta mucho después algunas piezas apoteósicas que no consiguieron editar entonces por culpa de los nuevos managers catalanes, dos canciones de las comerciales que tocaron me parecieron pegadizas: *El garrotín* y *Blues de la Alameda.* Al salir del concierto, alguien me pasó «El manifiesto del Borde» y me hice adicto al grupo. Tenía curiosidad por saber qué había ocurrido en Sevilla a finales de los sesenta.

---

21 «Heredero.»

El manifiesto es la única pieza teórica del primer underground español. Lo redactaron en Sevilla los Smash con Toto Estirado, Gonzalo García Pelayo y Paco Díaz Velázquez. La pieza decía:

El mundo se divide en:

- Hombres de las praderas (Dylan, Hendrix, Jagger...)

- Hombres de las montañas (Manson, Hitler...)

- Hombres de las cuevas lúgubres (funcionarios)

- Hombres de las cuevas suntuosas (presidentes de consejos de administración, grandes mercaderes)

Los hombres de las praderas son los únicos que están en el rollo y que han salido del huevo. Sus *carnets* de identidad son las caritas... Los hombres de las montañas se enrollan por el palo de la violencia y la marcha física. Los hombres de las cuevas lúgubres se enrollan por el palo del dogma y te suelen dar la vara chunga. Los hombres de la cueva suntuosa se enrollan por el palo del dinero y del roneo. No se puede hacer música en las cuevas del infortunio: hay que abrirse a las praderas.

Las relaciones hombre de las praderas-mercader de las cuevas suntuosas son siempre de sado-masoquineo. Sólo se puede vivir tortilleando.

1. No se trata de hacer «flamenco-pop» ni «blues aflamencado» sino de corromperse por derecho.

2. Sólo puede uno corromperse por el palo de la belleza.

3. Imagínate a Bob Dylan en un cuarto, con una botella de Tío Pepe, Diego el del Gastor a la guitarra, y la Fernanda y la Bernarda de Utrera haciendo compás, y dile: canta ahora tus canciones.

¿Qué le entraría a Bob Dylan por ese cuerpecito? Pues lo mismo que a Manuel cuando empieza a cantar por bulerías con sonido eléctrico.

Aunque digan lo contrario yo sé bien que esto es la guerra puñalaítas de muerte me darían si pudieran.

Cuando alguien preguntó a uno de los Smash si era hombre de las praderas, le contestó: ¿qué pasa, tío?, ¿es que no brillan mis ojos?

Cuando aparecieron las primeras luces de Granollers, mi amigo apagó el casete. La música sureña había aclarado mis ideas: la aspiración del colega era seducirme sin comprometerse. Por lo visto, seducir a unos y a otros aplacaba la agresión psíquica que le suponían las corrientes eléctricas de un psiquiatra contratado por su madre. En nombre de la normalidad, fueron muchas las familias que desgraciaron a sus retoños sin plantearse que un sistema de valores basado en el beneficio económico y en la pareja reproductora supone desequilibrios psíquicos.

Yo me rebelaba contra el infierno que atravesaba mi amigo y le alentaba a abandonar el chantaje que escondía un trabajo en la empresa familiar bien remunerado y la vivienda que le

habían regalado a cambio de acudir puntualmente al psiquiatra y recibir corrientes brutales que machacaban su gusto por los hombres.

Aparcó junto al pabellón de deportes. La Guardia Civil vigilaba con sigilo. Mi colega lió un porro sin bajar del coche. Cuando caminábamos abrazados y algo pasados por el barrizal del aparcamiento fuimos conscientes de que aquello iba en serio. Cantidad de melenudos vestidos con anoraks te ofrecían sonrisas mientras tomaban dormidina, unas pastillas que se vendían libremente en las farmacias y que mezcladas con alcohol colocaban. Una mujer alta vestida con una túnica fucsia y una americana de cuero raído colgada al hombro nos ofreció ácidos a seis duros la unidad. Mi amigo dijo que los ácidos que vendían los desconocidos estaban adulterados y provocaban paranoias.

El pabellón estaba repleto. Unos y otros nos sentamos en el suelo sobre la inmensa alfombra roja que cubría la cancha o en las filas de las graderías que estaban a la derecha del escenario. Predominaban los ojos resplandecientes, los ademanes fraternos, los pelos largos. Los macutos y las prendas oscuras habían sustituido al colorido hippy ya en decadencia. Los restos del primer underground se mezclaron con la nueva generación, una generación más numerosa, menos heroica y más impulsiva que la anterior.

Aquella noche, la corriente fluyó entre los músicos y la buena onda se esparció por todos los rincones. La percepción fue apoteósica cuando el melotrón de Robert Fripp, la percusión de Bill Bruford, la voz de David Cross y el bajo de John Wetton se

acoplaron hasta crear en el recinto una sintonía psicodélica: ¡extasíate, sintoniza, abandona! El violín ascendente de Cross tuvo un efecto de catarsis para muchos de nosotros. Las canciones *Fracture* y *Larks' Tongues in Aspic* elevaron las vibraciones del público hasta un trance colectivo como pocas veces he sentido. Con la palma de la mano podías acariciar el cielo. A partir de ahí nada podía volver a ser como antes. Nuevos usos y comportamientos iban a desmontar la mojigatería franquista para siempre. Supongo que entre tanta emoción colectiva, el deseo de centrarme en una única relación voló a las nubes.

Tras los aplausos, completamente traspuesto, quise comprar un póster, *Jesucristo Wanted.* Lo vendía en un pequeño puesto un tipo con greñas negras hasta debajo de los hombros. Llevaba barba de chivo y se enrollaba como una persiana. Explicó que había estado en París con los Haré Krishna y que ahora vendía productos underground en el mercado de San Antonio y en la

Plaza Real. Se llamaba Picarol. De pronto, la policía desmontó su chiringuito y se lo llevó a rastras pese a que tenía un permiso en regla del Ministerio de Hacienda como «vendedor de estampas sin marco». Me quedé sin póster. Un tipo larguirucho y nervioso que iba de un lado a otro dando órdenes empezó a murmurar que tal desaguisado era la venganza de la policía por haberse negado a que todo el mundo saliera por la misma puerta. «¡Ni estoy loco ni a favor de las avalanchas!», repetía a unos y a otros. Por lo que pude averiguar, la pasma pretendía localizar a una chica bien de Madrid que se había fugado de casa. Quién sabe, a lo mejor era la hija de un

ministro de Franco. El enjuto que refunfuñaba era Gay Mercader, el organizador del concierto.

Gay era un muchacho alto, delgado y sin melena que había hecho la primaria en el colegio más exquisito de París junto a los nietos de De Gaulle y el hijo de Onassis. Su padre dirigía una compañía de seguros en la capital de Francia. El Mayo francés, el amor a los Stones y una experiencia sorpresa en el encierro del teatro Odeón, cambiaron el chip del primogénito de los Mercader. Tras construir barricadas, probar el primer porro y lanzar adoquines contra los gendarmes franceses, Gay sintió la necesidad de dar la vuelta al mundo a pie. Así fue como un padre contrariado ante la rebeldía del hijo lo metió en un Mercedes con chófer rumbo a Milán, con la intención de que su tío, el director de cine Vittorio de Sica, le motivara para trabajar en la empresa de unos amigos italianos. Gay no soportó Italia y volvió a Barcelona con la excusa de trabajar en la compañía de seguros de los Millet, los mecenas del Orfeó Catalá y del Palau de la Música. Años después, en una entrevista que le hice, Gay explicó sus orígenes como promotor de conciertos: «Una tarde paseaba por Rambla Cataluña y descubrí una tienda de locos: *Groe.* La había montado el diseñador Toni Miró. Abrí la puerta, escuché música de Bo Diddley, mandé a la mierda los seguros y me dediqué a vender camisas. Alterné este trabajo con el de portero de noche en el Pachá de Sitges y con cortos viajes a Londres a comprar discos. Allí conocí a un mánager que me tomó cariño. En una ocasión estuve a punto de contratar a los Rolling, The Who y Pink Floyd para un concierto único por dos mil libras esterlinas. Le propuse al dueño de Pachá organizar el concierto y no se atrevió». Gay Mercader no cejó en su empeño y fue a parar a

La Enagua, el local donde se reunían los músicos de la onda progresiva. Entre las velas siempre encendidas del local, encontró un cómplice: un tal Segis, que llevaba a Máquina. «Segis me habló del underground local y nos pusimos en marcha hasta dar con un tipo del Ayuntamiento de Granollers. Un facha que se enrollaba de puta madre. El tipo nos ayudó con los permisos y con una pequeña subvención. Los de la casa de discos me dijeron que el concierto de King Crimson sería un fracaso, y ya lo viste. Las buenas vibraciones de aquella gente sorprendieron hasta a los más optimistas.»

A partir de ese momento, Gay empezó a traer más grupos internacionales. El principal problema que tuvo que superar no fue la falta de público, sino carecer de técnicos e infraestructuras en un país tan provinciano. Los electricistas no conocían el funcionamiento de las tres fases que necesitaban músicos como Emerson, Lake & Palmer y cuando los promotores ingleses solicitaban escenarios a más de un metro del suelo aquí sólo existía infraestructura de entoldado. El entusiasmo que corría por todas partes en aquella época fundacional hizo que Gay consiguiera superar cualquier obstáculo hasta traernos a los mejores músicos del mundo.

En el último trimestre de 1973, dije a mi hermana Rosa: «La vida es frenesí, dura cuatro minutos y medio y no quiero perderme nada».

Pretendía llevar varias vidas al mismo tiempo. Yo no creía en una única verdad sino en muchas y necesitaba ideas propias acerca de cada una de ellas por ingenuas que fuesen. Aunque algunos ortodoxos pudieran acusarme de incoherente por

tocar mundos opuestos, la rebeldía –ese fue el calificativo que marcó la pauta de la juventud de mi generación– no la canalicé como muchos otros contra la disciplina familiar. Muchos padres, contaminados de moralina nacional conservadora, se convirtieron durante la última etapa del franquismo en eficaces censores de sus hijos. En mi caso, no había lugar para tal rebeldía. Cuando me dejé crecer el pelo y la barba, mi padre no sólo no puso el grito en el cielo sino que me dijo con humor: «Cada vez te pareces más a tu abuelo». Tras el accidente y sus secuelas, mis padres reemprendieron su historia de amor como si las circunstancias externas contaran menos que nunca. Y cuando me daban consejos, uno y otro me decían que aprendiera a ser responsable de mis actos y, a continuación, me dejaban hacer sin meterse en nada. Según ellos, se aprendía más afrontando en la práctica las decisiones y el camino elegido. Su religiosidad tampoco era exacerbada. Ellos iban a misa, pero las cosas de Dios pertenecían a la conciencia de cada cual. Así que canalicé mis broncas contra la manía social que obligaba a encuadrarse en unos parámetros concretos para toda la vida: una carrera, una profesión, una sola mujer, una opción política, un único ambiente de amigos. Tanta certeza me producía claustrofobia. Por suerte, mi familia culta y liberal, los amigos, la revista, mi sexualidad, la pasión literaria, Camprodón, la política y los cierres que me habían dejado sin facultad, con esa explosión final que representó el calendario juliano y el nombramiento de un decano comisario, componían un mundo plural que me acercaba al tipo de vida sin tregua a la que aspiraba. Buscaba liberarme de cualquier prejuicio y participar en la construcción de un mundo solidario de forma pacífica en un tiempo en el que los asuntos de la *polis* aún parecían tener arreglo. Por supuesto, yo no era ejemplo de

nada y en ocasiones ni siquiera conseguía dominar mi faceta de niño mimado. Pese a todo, conseguí desarrollar una personalidad muy a mi aire.

## SALE EL RROLLO

El pequeño despacho de la revista se convirtió en un hervidero, al principio limitado a gente próxima con necesidad de dejarse llevar por los vientos de la revolución cultural que se colaban por la ciudad en los intersticios del autoritarismo. Las diferentes tendencias, algunas hijas de derrotas que muchos de nosotros aún no comprendíamos, como la que afectó a los Black Panthers, para quienes el sistema había decretado destrucción masiva, se superponían de forma contradictoria.

El rock psicodélico, los ecos difusos de las aterciopeladas creaciones de la Factory de Andy Warhol, las letras desgarradas de Velvet Underground, las estéticas alocadas de las nuevas tendencias artísticas, las drogas, una revolución sexual cada vez más salvaje y las canciones que invocaban destrucción y rabia tras años de paz, amor y flores, se mezclaban con lecturas y prácticas más idealistas.

En este panorama contradictorio, dos libros enriquecieron los afanes de una generación criada a ritmo de Beatles y Rolling que necesitaba acabar con el viejo mundo. *En el camino*, de Jack Kerouak, importado de Argentina, y *Las comunas*, *alternativa a la familia*, de José María Carandell, editado por Tusquets en 1972.

El primero narraba el nomadismo de los poetas de la Beat Generation y estimuló a algunos jóvenes españoles a vivir en la

carretera. El segundo explicaba las experiencias de la nueva izquierda alemana a través de las comunas experimentales, la K1 y la K2, del Berlín alternativo.

Uno de los locales donde se concentró parte de dichas tendencias, la sala Zeleste, abrió sus puertas en mayo de 1973. Víctor Jou, papá Zeleste, fue para mí un hombre misterioso y reservado hasta que con motivo del Canet Rock, en 1975, convocó una reunión en su casa. Víctor era un tipo formado y mayor que nosotros, duro y sensible, que amaba la música y buscaba espacios liberados. «En 1970, tras vivir un año en Londres, pasarme el día en Marquee escuchando a Cream, la banda de Eric Clapton, y merodear por las salas de teatro alternativo como El Oval o Rock House, me integré en los movimientos contraculturales de aquí. En el bar La Enagua, el club que aglutinó la contracultura local, conocí a un músico extraordinario que tocaba la flauta y cantaba con voz hiriente. Era Guillem París. Acababa de grabar uno de los LP más pulidos de la época: *Pan & Regaliz*. Guillem estaba muy desanimado porque su casa de discos no quería editar el LP grabado y porque en Barcelona sólo se podía tocar en *jams* de forma esporádica, no existía un local estable como Marquee.»

Víctor vivía en uno de los pisos de puertas abiertas de la calle Génova, junto a gente como Pau Maragall, Joan Brossa o Vicky Combalía. Hacía poco que la casa había salido en las páginas de sucesos a causa de unos «pasotas» extranjeros que habían transformado uno de los departamentos en factoría clandestina de ácidos a gran escala. «El edificio que promocionaron los hermanos Briongos», me explicaría Víctor años después, «fue una escuela de vida donde fluyeron las

historias, las idas y venidas, y al que fueron a parar extranjeros con ideas nuevas». Al volver a casa del trabajo, Víctor encontraba su cama ocupada y a gente duchándose en su baño. Uno de los habituales era el gurú esotérico de la contracultura catalana, Damiá Escuder, de Gerona, que vivía en un Seat 600 cuya carrocería habían caligrafiado con bolígrafo bajo los efectos del LSD. «En Génova aparecía gente muy bien relacionada, como el poeta Gabriel Ferrater y Marta Pesarrodona. Yo había sido *escolta* en grupos de resistencia catalanista y estudiado peritaje industrial. Cuando volví de Londres, me puse a trabajar en el colegio de Arquitectos con Pepe Aponte, que había montado escenografías para Guillermina Motta, cantante de la Nova Cançó. Un buen día se nos ocurrió buscar un local barato en un barrio no contaminado y abrir una sala de música. Encontramos el local en un antiquísimo almacén de paños junto al mercado central del Borne, que acababa de cerrar. Nuestros sueldos no alcanzaban para pagar la remodelación y pedimos un crédito. Lo peor fue conseguir los permisos municipales.»

Zeleste mezcló a los intelectuales más a la izquierda del grupo de Bocaccio con forofos de las nuevas ondas musicales y libertarios de diferentes clases sociales. Revoltillo que nunca se produjo en Bocaccio. También rescató a músicos y cantantes del primer underground que buscaban desesperadamente infraestructuras que aquí no existían. Zeleste las creó y no sólo amparó a los músicos de la primera hornada, también favoreció el potencial de nuevos grupos, como la banda de Gato Pérez, la Orquesta Mirasol, Oriol Tramvia o la Companyia Eléctrica Dharma, que compartieron protagonismo con los nuevos grupos de Sevilla y con Burning, el grupo más duro de la

época, que floreció en el Madrid de plomo de la dictadura. Por casualidad, asistí a la presentación de Burning a finales del año 1974 en la discoteca M & M de la capital. Grabaron su primer disco, *Viva gin tonic* en Barcelona con la compañía Belter, situada en el barrio de Horta. Burning fue el grupo que abrió las compuertas a la nueva ola madrileña años después.

Como en otros países, el impulso con que los nuevos rebeldes irrumpieron en la escena de la modernidad ibérica pilló desprevenidos a los progres de la izquierda tradicional que seguían vistiendo como curas y escuchando a Brassens. El imaginario emergente impuso al *freak* urbano que se rebelaba contra los hábitos mojigatos de sus mayores y que cuestionaba tanto los años de paz franquista como la moralina neocatólica que fosilizaba a los militantes de la izquierda autoritaria y jerárquica. Nuevos gustos, nuevos hábitos y nuevas estéticas para la revuelta de un país que seguía siendo un pantano de agua bendita. No todos esos *freaks* jóvenes y valientes pululaban por Zeleste, que era un lugar caro. Tuve la oportunidad de conocer a algunos de ellos en el bar Zúrich, de Plaza Cataluña, en el London, en la Plaza Real, en los garitos del Barrio Chino, en algún local de Gracia y en otros del extrarradio. Conocí a los de los pueblos cercanos a la ciudad, más catalanistas que los barceloneses, en La Enagua, la primera catedral de lo progresivo y donde se celebraron *jam sessions* durante los peores años de represión y falta de infraestructuras.

Toni Puig citó por fin a Pep Rigol en el Oxford, una cafetería junto a su casa, decorada al gusto inglés, donde Toni y yo solíamos charlar de afanes poéticos. Pep me preguntó,

impulsivo, si yo era el chaval que quería hacer la revista. Nervioso, descargó del hombro la bolsa con las cámaras de fotos y se sentó dubitativo tras vencer una timidez extraña. Pep era un tipo agitanado, alto y delgado, de ojos muy negros y piel oscura. Por lo visto, le gustaba fotografiar semáforos en blanco y negro, pasos cebras, hojas secas y las piedras gastadas de las paredes que había junto a Zeleste. «¡Sé revelar y tengo laboratorio en casa!», exclamó entusiasmado tras escuchar con atención el tipo de revista que planteábamos. Pep estudiaba publicidad y había fotografiado a los grupos de teatro emergente: Claca, Els Joglars, Els Comediants. Cuando se enteró de que Cese Serrat iba a ser el maquetista dio un bote de alegría. Por lo visto, guardaba fotos de la acción de arte *povera* que Cese había montado en el patio del seminario. «¡Vamos a revolucionar el panorama!», recuerdo que dijo. Luego habló de otro fotógrafo que estudiaba con él, Joan Fontcuberta, un tipo que solía presentarse a todos los concursos de fotografía y que se carteaba con los fotógrafos de Madrid que aglutinó Pablo Pérez Mínguez. También me habló de un director de cine independiente, Albert Abril.

Pep Rigol me cayó mejor que bien y en aquel mismo momento le propuse pasar el fin de semana en Fontclara con Ana Castellar, Frederic Amat, mi hermana Rosa y Damiá Escuder. Pep aceptó y se convirtió en uno de los personajes que más luchó por la viabilidad de la revista en su primer año y medio de historia.

Supongo que aquella misma noche bajamos a las Ramblas. Los nuevos rebeldes empezábamos a ocupar las sillas del paseo sin temor a la policía, transformando la terraza del Café de la

Ópera en el foro de la ciudad libre. Una noche conocí al músico local Lluís Llach en una de aquellas mesas en permanente agitación. Años después, el cantante de Verges me contó en su casa de Porrera: «Recuerdo los años 73 y 74 en la terraza del Café de la Ópera aprendiendo a vivir, decidiendo cómo iba a ser el país y qué hacíamos con la *titoleta*[22] La transición española fue posible porque muchas capas de la sociedad la hicieron antes en la calle. Los políticos siempre han ido a remolque de la sociedad civil. La legislación también».

Sin decidirlo, Toni Puig y yo iniciamos un ritual que duró años. Salíamos del despacho. Cruzábamos una Plaza Universidad casi desierta. Con algo de frío y sin pensar en lo lúgubre que era aquella parte de la ciudad a primeras horas de la noche, llegábamos a la calle Pelayo. Comíamos un bocata en algún bar de la zona y por fin alcanzábamos el bullicioso Café de la Ópera en busca de algún conocido. Tras los charloteos, Toni cogía un autobús nocturno hacia su casa y yo subía las Ramblas caminando.

Algunas noches me paraba a charlar con desconocidos. Solía encontrar gente sin tantas pretensiones a partir de Plaza Cataluña. Al llegar a casa, una noche me pregunté si Toni militaría secretamente en algún partido a favor de la independencia de Cataluña. Nunca saqué nada en claro. Por curioso que parezca, en aquella época pocos se atrevían a reconocer ciertas afinidades, por si las moscas. Lo importante era que había nacido una amistad entrañable entre ambos y pocas cosas podían quebrar aquella comunión. Pretendía

22 «Colita.»

organizar una revista viable, me sentía responsable y no estaba dispuesto a perder el tiempo en carreras burguesas ni en tonterías.

En aquellas Ramblas que aún no habían alcanzado el momento de máxima intensidad, empezamos a tratar con asiduidad a los actores de Els Joglars y Els Comediants. Al círculo de Vicky Combalía, a Jaume Vallcorba, a Pucci Vilurbina y a Pep Salgot; gente que aglutinaría a partidarios de la nueva estética. A un grupo de jóvenes que merodeaban a Ventura Pons, un tipo que empezaba a hacer cine, a Luis Rambla, a los hermanos Todo y a Xavier Olivé y demás colegas que daban clase en la escuela de diseño Eina.

Una de aquellas noches, Toni y yo vislumbramos a lo lejos una revista que corría de mano en mano a gran velocidad entre las mesas. No conseguimos hacernos con el ejemplar. La portada de *El Rrollo Enmascarado* era roja y azul, decía algo de máscaras, rollos y minorías. En el centro sobresalía el rostro de un progre lamiendo morbosamente un helado de palo. Días más tarde supimos que, antes de ser distribuida, había sido secuestrada por escándalo público en el domicilio de uno de sus creadores, de quien había solicitado el depósito legal, Miquel Farriol, alias *El Jefe*. El fiscal pedía arresto de seis años, inhabilitación como editor durante nueve meses y una multa de quince mil pesetas. Cuando la noticia del secuestro de *El Rrollo Enmascarado* –el primer tebeo underground de la Península– corrió por el despacho, Toni puso cara de circunstancias, como queriendo decir: ¡veremos qué nos ocurre a nosotros! Ana dijo que ella no pensaba firmar nada conflictivo aunque estuviese en el consejo de administración

de la sociedad. Tomás no dijo nada y Maria Dols, la secretaria, se llevó las manos a la cabeza y exclamó asustada algo así como: «¡Si sacáis un número cero sin depósito legal os van a meter en la cárcel!». Yo me lo tomé a broma todo el tiempo. Aquel tipo de terror a la pasma me producía risa desde el día que tuvimos que saltar por las ventanas de la facultad y mis amigas se partieron los tacones de los zapatos al caer al césped. La policía, aunque me había rozado en más de una ocasión, no me había puesto la mano encima. Por otra parte, cuando te cogían te convertías en un héroe. «Sería fantástico que nos pasara algo así», creo que les dije: «Hace unas semanas nadie conocía a los de *El Rrollo* y ahora me muero de ganas de verles la cara». El caso es que nos costó ver un ejemplar del tebeo que el grupo de Nazario había elaborado en la factoría underground de la calle Comercio.

Conocí a Nazario semanas después de aquella tarde en que asocié secuestro, escándalo y noticia. Toni y yo bajamos a las Ramblas a eso de las once de la noche. Hacía frío. Entramos en el Café de la Ópera. Algún conocido nos señaló a los miembros de la comuna de *El Rrollo.* Estaban sentados a una de las mesas del fondo, en lo más profundo del café. Una morenaza de cara muy blanca y labios rojos que estaba en el grupo me sugirió sentarme en su misma silla. Era una antipsiquiatra libertaria que se llamaba Ana Seró y que estaba al corriente de nuestro proyecto. Mariscal, otro de los dibujantes del grupo, aún llevaba la bola de pelo alrededor de su cara de ángel. Por lo que contaban con pavor los hermanos Farriol, Mariscal estaba a punto de irse a la mili. En aquel instante el valenciano se hacía el gracioso mientras estiraba el brazo para agarrar la cerveza de una chica sentada frente a otra idéntica a ella. El

misterio de la chica replicante quedó desvelado cuando Rosa Ricart dijo que Tere era su gemela. Entre aquella gente los diálogos relampagueaban entre distintos argumentos que quedaban abruptamente cortados por una graciosilla sentencia de Mariscal, ahogada a su vez por un comentario sexual de Nazario dirigido a bocajarro contra alguien. No había diálogo. Sin embargo, la creatividad fluía entre la risa y el disparate de forma devastadora. De pronto, alguien señalaba un objeto curioso y todos miraban entre exclamaciones. En otro momento, Nazario descubrió a un personaje algo carroza en la mesa vecina. Con voz de cazalla y cierto deje andaluz narró una historieta mientras la inventaba, cuyo protagonista era el personaje recién descubierto.

Los dibujantes de *El Rrollo* formaron uno de los colectivos underground que más influyó en la España contestataria de entonces. El colectivo había nacido durante el invierno y la primavera de 1973 de forma espontánea en Masnou, un pueblo de la costa norte de Barcelona. Un revoltoso valenciano se había refugiado allí a dibujar tiras de cómics para la revista *El Ciervo*, tras meses de sexo, droga, paranoia y *rock and roll* en un piso de «puertas abiertas» del Ensanche barcelonés. El piso había sido desmantelado por la policía. Javier Errando Mariscal había respirado desde crío los aromas del pop valenciano y había fumado los primeros porros en El Parterre, una pequeña zona ajardinada junto al monumento a Jaume I, con su amigo Carlos Pastor, alias *Sefer*. Los dos adolescentes se habían conocido en el colegio de El Pilar de Valencia y habían fundado una pandilla gamberra, los Pilotetes, que imitaban la estética de los tipos que aparecían en las carátulas de los discos. Valencia había padecido unas devastadoras inundaciones en

1959. El festín de colores estridentes que anunciaban una nueva forma de vida amaneció temprano en la ciudad del Turia. La reconstrucción había llenado la ciudad de horchaterías, escaparates, neones, mobiliario y colores siguiendo la moda *fifties* que llegaba de América. Los pintores del Equipo Crónica y el Equipo Realidad, los primeros pop hispanos, empezaron a desarrollar su arte a partir de esa vistosidad importada que se mezclaba con el barroquismo fallero de huerta. Cuando Mariscal y Sefer fueron a la universidad por imperativo paterno, llegaron a colorear los bocetos que el Equipo Realidad había creado para decorar el Valencia Studio, el nuevo centro progresista donde exponer las producciones culturales de vanguardia.

Mariscal y Sefer siguieron tanteando diversos universos en aquel ambiente provinciano hasta que recibieron el encargo de buscar nuevos artistas con los que agitar el Valencia Studio. Una tarde descubrieron un disco de Sisa y a los pocos días, Música Dispersa, el grupo más sofisticado de la onda progresiva barcelonesa, actuaba allí. Tras las actuaciones, los dos Pilotetes, en compañía de Sisa y Cachas –este último era el componente madrileño del grupo y hermano de la dirigente comunista pelirroja Pilar Bravo–, se subieron a un tranvía a saborear el barroco *pompier* de los edificios valencianos. El intercambio de paridas entre tanta moldura desbocada bajo los efectos de la marihuana y el LSD coincidió con el fin de una época para los valencianos. En una terraza del barrio del Carmen, Sefer y Mariscal decidieron escapar a Barcelona. Días después, la familia de Mariscal recibió la noticia de que El Corte Inglés pretendía ocupar la casa donde vivían y que la sociedad de los grandes almacenes ya había pactado con el propietario

del inmueble su demolición. El día antes de que la familia Errando Mariscal iniciara el traslado, al padre se le paró el corazón. El orden impuesto en una familia numerosa por un padre médico, falangista de primera hora, burgués e ilustrado, se vino abajo como un castillo de naipes.

En septiembre de 1970, Javier Errando Mariscal, su hermano Carlos y Sefer aterrizaron sin obstáculos en la ciudad soñada. Sisa ejerció de anfitrión y fue quien condujo al inventor de *El señor del caballito* hasta las puertas de la escuela de diseño Elisava. Allí Javier tropezó con otro de los personajes fundacionales de *El Rrollo*, Miguel Farriol, *El Jefe*. Un tipo responsable y silencioso a quien le gustaban los porros y pretendía vivir a su aire lejos del negocio de material eléctrico de la familia. El Jefe se quedó atónito cuando visitó por vez primera la comuna abierta y psicodélica que habían montado en la calle Enrique Granados. Años más tarde, Sefer narraría al periodista Llátzer Moix el ambiente que allí se cocía: «Nosotros estábamos contra la propiedad privada. Pensábamos que uno nunca tenía casa propia. Y que si la tenía, como nos ocurría a nosotros, la casa pertenecía a todo el mundo. En breve plazo, estas ideas convirtieron nuestro piso en un nido de chinches y pulgas, nos reportaron todo tipo de enfermedades sexuales entre grandes viajes de ácido. Asimismo, transformamos el piso en una especie de asilo internacional por el que pasaron cientos de personas y donde llegamos a residir, simultáneamente, más de veinte individuos».[23]

Uno de los transeúntes que más impresionó a los valencianos

---

23 Llátzer Moix. *Mariscal.* Editorial Anagrama, 1998.

llegó de Londres. Era Mario Pacheco, entonces fotógrafo y nómada, que vivía al minuto y que no se planteaba ninguna profesión burguesa. Mario, en 1971, había intentado organizar con Iván Zulueta, el futuro director de cine, el Primer Festival de Rock Progresivo de Madrid en el colegio mayor Pío XII. Como venía siendo habitual, la capital del franquismo soportaba una dureza implacable y era zona vedada para casi todo: la dirección del colegio negó la autorización y el evento acabó sumergido en un garaje del barrio de Tetuán. Iván, que años después dirigiría la mítica película *Arrebato*, seleccionó un pase de películas de ciencia ficción. Lo que iba a ser un concierto de impacto se convirtió en una acción maldita que congregó al desbocado underground madrileño. Un underground duro y minoritario.

Barcelona, antes de que el otro nacionalismo la redujera a container turístico, ejerció de capital cultural de España gracias a las iniciativas de diferentes focos civiles y a la llegada de gente como Mariscal y Nazario en busca de libertad. En aquel tiempo, los habitantes de las ciudades españolas no competían entre sí. Cualquiera de nosotros iba arriba y abajo en bus, en barco o en tren por muy poco dinero. La irrupción de Nazario en aquel mundo de valencianos ruidosos que se habían enclaustrado en Masnou tras ser desalojados de Enrique Granados tuvo el efecto de un huracán. Nazario era otra historia. Estaba a punto de cumplir treinta años, leía como un poseso desde los catorce, practicaba la homosexualidad sin subterfugios y venía de Sevilla. Había estudiado magisterio y estaba harto de dar tumbos por pueblos de la Andalucía occidental participando en una campaña de alfabetización para adultos. Así que pidió el traslado de escuela, dejó en Sevilla,

bajo la cama de un amigo, la «maleta mágica» con sus escritos adolescentes y su guitarra flamenca, y se vino a Barcelona en busca de otros dibujantes. En Sevilla ya había parido las historietas *Sábado, Sabadete* y *La verdadera historia del guerrero del Antifaz*, donde un cristiano con el mal de la impotencia pretendía recuperar a su bella princesa, que se lo montaba con la polla enorme del moro que la había raptado.

El sevillano no era burgués, llevaba dentro la semilla del anarquismo andaluz y el virus del existencialismo. En la escuela para adolescentes del extrarradio barcelonés que le tocó en suerte intentó aplicar *El libro rojo de los escolares.* «Ningún niño obediente llegará jamás a ser libre.» Tuvo problemas con la dirección, pidió la excedencia por diez años y se puso a dibujar historietas y a inventar personajes. Una tarde encontró a Sefer en el bar London. Otro de los santuarios en la calle Conde de Asalto junto a las Ramblas. Sefer le habló de Mariscal y Nazario acabó los fines de semana en el piso de Masnou dibujando hombres con la polla tiesa. Las lecturas, los coqueteos homosexuales en los pocos bares donde estaba medio permitido, junto a la calle Escudillers de Barcelona, los largos paseos por las playas del Maresme acotadas por la vía del tren y las paellas con los colegas acabaron de moldear a uno de los creadores en contra de lo establecido más potentes de la época.

Otra noche, en Ramblas, Nazario nos mostró con indignación y orgullo un ejemplar del «secuestrado» primer tebeo underground de la Península, *El Rrollo Enmascarado*. La historia *Sábado*, *Sabadete*, su aportación, era un abigarrado conjunto de crónicas cotidianas que mostraban el ansia de

follar de diferentes tipos que se debatían entre el miedo al pecado y un morbo descomunal. La historia estaba muy bien elaborada a plumilla y tinta china negra. Se notaba que el sevillano había viajado por Europa, que conocía las producciones de la Royal Free Press y era seguidor de la revista *Zap*, de Robert Crumb. La contracultura norteamericana utilizaba el cómic *under* para parodiar los tabúes burgueses y la hipocresía sexual, y para reflejar sin monsergas lo que de veras ocurría en la calle y por dónde iban las reivindicaciones sociales.

«Si El Jefe no hubiera solicitado el depósito legal no nos habrían secuestrado la tirada. Está claro que una revista underground auténtica además de estar financiada por sus autores no debe editarse ni distribuirse legalmente.» [24]

Aquella noche no sólo descubrí sus cómics sino que acabé metido en uno de ellos. Fuimos juntos al Jazz Colón. Una pequeña panda de Mataró en busca de desmadre sexual se fijó en el amigo de Nazario. Éste era un tipo bien plantado que había nacido en Reus y tenía porte de señorito andaluz. Iba con una americana azul entallada y unos téjanos claros. Varias veces nos dijo a Toni Puig y a mí que quería ser pintor, que le gustaba el polvo de Velázquez y la luz del barroco español. Toni se explayó al narrar su amor por el Renacimiento italiano y por los retratos de Piero della Francesca. Dejé las elucubraciones estéticas y me puse a charlar con el chico más tímido de la panda de Mataró sobre aficiones más vulgares, como los últimos resultados del Barça. Noté una cariñosa receptividad y

24 Actualmente, carrer Nou de la Rambla.

el chaval, que era un poco payés, me despertó ternura. Me confesó que le daba canguelo perder de vista al mayor de ellos, el único de los de Mataró que tenía coche. Así que dejé escapar el tiempo bailando junto a él y los otros hasta que cerraron. Nazario estaba bastante colocado y nos propuso alargar la velada.

Con una delicadeza algo macabra, el amigo pintor de Nazario empezó a hacer coña con un nomeolvides de oro que llevaba en la muñeca otro de los de Mataró. «El oro es vanidad, el oro es eterno y tú no», repitió en un par de ocasiones mientras dejaba escapar entre la comisura de sus labios una sonrisa entre cómica y malvada.

«¡Seguro que jamás habéis visto *El obispo muerto: Finis gloriae mundi*», exclamó Nazario entre suspiros.

El golpe de humor negro cautivó al jefe de los de Mataró. Nazario besó el oro del muchacho y balbuceó: «A casa».

De camino a la comuna de la calle Comercio, el pintor aclaró: «Es un cuadro maravilloso de Valdés Leal que está en Sevilla. El obispo muerto está amortajado con su traje de pompa. La nariz y los labios han empezado a descomponerse y los hilillos de oro de la casulla están surcados de gusanos. Antes de que estos mismos gusanos se coman tu muñeca y el oro quede a expensas de cualquier ratero tienes el deber de experimentar los placeres del mundo y de la carne».

«Si vais a Sevilla», apostilló Nazario, «no os perdáis esa obra. Está en el Hospital de la Caridad. La financió Juan de Mañara, la figura histórica que inspiró el *Don Juan».*

Me impresionó el aparente desorden de la sala de los espejos, es decir, la habitación de Nazario, desde donde escuchamos las quejas de El Jefe, el mayor de los hermanos Farriol, que pretendía dormir en otra habitación. Nazario no hizo mucho caso y tampoco apagó la música. Ideó un juego erótico con chales y prendas que acabó en un remedo de orgía. A mí me cohibió tanto manoseo. Empujé al tímido hasta la puerta y gateamos por el pasillo en busca de algún rincón ajeno al jolgorio. Acabamos bajo una de las mesas de dibujo entre confidencias y abrazos. Resultó ser la mesa de Tita, que es como los de *El Rrollo* habían bautizado a Nazario, que en cualquiera de sus obras demostraba una jugosa militancia en favor de la libertad homosexual.

Javier Ballester, alias *Montesol*, otro de los dibujantes, que no se sabía si vivía con Pau Maragall en la calle Génova o con los de *El Rrollo* de la calle Comercio, abrió la puerta del santuario y encendió las luces. Iba con una chica y no paraban de reír. Acabamos los cuatro hablando de *Angie*, el nuevo himno de los Rolling, y de *Space Race*, de Billy Preston.

«¡Cuándo traerá Gay a los Rolling!», exclamó Montesol imitando el gemido de Tarzán.

Montesol era un payaso. Trabajaba rotulando y montando tebeos en la editorial del padre de Juanjo Fernández. Juanjo era el chaval que estaba preparando el lanzamiento de la revista *Star* con otro habitante de la calle Génova: Albert Estibal.

## MIRADA INTERNACIONAL

Durante bastante tiempo me obsesionó averiguar cómo y quiénes diseñaban las políticas que reprimían los logros de la contracultura. Transformar la realidad implicaba comprender el contexto político general. Vivíamos una época en que la esperanza de construir una sociedad justa desataba pasiones y estudiábamos la realidad atentamente. La opinión más extendida en Occidente consideraba que el mundo bipolar que estableciera la guerra fría petrificaba la realidad de forma inamovible. Para quienes observábamos la evolución de la política exterior con sentido crítico, resultaba evidente que las democracias surgidas tras la Segunda Guerra Mundial mantenían unas partidas presupuestarias invisibles, los fondos reservados, con la misión de consolidar entre los ciudadanos bien pensantes la convicción de que no existía un sistema mejor que el de libre mercado para garantizar las libertades. No obstante, hasta 1978, fuimos muchos los que tuvimos la certeza de que la batalla por controlar el mundo de la cultura y de la opinión intelectual no había conseguido arruinar la disidencia. A diferencia de lo que ocurrió más tarde, la vida social conservaba cierta capacidad de organizarse a sí misma. Las movilizaciones masivas contra la guerra de Vietnam, el Mayo francés, los *provos*[25] holandeses, las luchas radicales de

---

25 Movimiento pacífico centrado en Ámsterdam y nacido en los años sesenta: estaba formado por estudiantes que querían desenmascarar la sociedad burguesa en la que vivían mediante acciones absurdas, dadaístas, y reivindicaciones sociales como la legalización de la marihuana, el derecho a un aire sin contaminar, las cooperativas, la

alemanes e italianos, la reacción ciudadana ante los tanques soviéticos en las calles de Praga, la matanza de estudiantes y obreros en Tlatelolco, en México... demostraban que los gobiernos norteamericano, inglés y soviético, a través de la CIA, el MI6 y el KGB, no habían conseguido controlar totalmente el mundo de las ideas ni perpetuado la paz del sepulcro en el interior de cada uno de los bloques. A pesar de que muchas de las vacas sagradas de la intelectualidad europea no comunista habían publicado en connivencia con el Departamento de Estado norteamericano, muchos de estos intelectuales apoyaron las protestas masivas contra la guerra de Vietnam. En el otro bloque, los manejos del KGB trataban de presentar la Rusia de Breznev como guardiana de la paloma de la paz cuando la realidad era que los soviéticos que se atrevían a no seguir las directrices oficiales iban al Gulag de cabeza.

Me divertía imaginar lo que habría sucedido en el Despacho Oval de la Casa Blanca cuando los presidentes Johnson y Nixon se encontraban cada mañana, en los titulares de los periódicos, con furibundas declaraciones contra la guerra realizadas por popes intelectuales cuyo prestigio se había consolidado mediante fondos del plan Marshall. Podían soportar las críticas de los intelectuales en cuestiones secundarias siempre y cuando en lo fundamental apoyaran al poder establecido. A tal fin, la CIA había creado los famosos Congresos por la Libertad Cultural en 1950 y había financiado muchas revistas de cultura para reconducir los debates hacia la defensa del libre mercado y en favor de los intereses de las empresas capitalistas. Isaiah Berlin, Arthur Koestler, Vladimir Nabokov, Hannah Arendt,

---

okupación, el pacifismo y las comunas.

Raymond Aron, Daniel Bell, Denis de Rougemont y Willy Brandt habían participado en tales conciliábulos.[26]

En España, los intelectuales de izquierda no divulgaron las revelaciones de la revista californiana *Ramparts*, relacionada con los Black Panthers. En 1967, dicha publicación destapó cómo se habían montado los principales mitos de la guerra fría.

El *New York Times* reveló nuevos datos y la organización de los Congresos por la Libertad Cultural se vino abajo. Hoy pienso que pudo ser la propia Casa Blanca la que filtrara muchas de aquellas informaciones con la intención de desprestigiar a los intelectuales financiados por Washington contrarios a la guerra de Vietnam o, aún peor, para socavar el prestigio del intelectual. El imperio necesitaba articular un discurso intelectual para consolidar el mito de la estabilidad y de la eficacia del sistema capitalista.

En resumen, la principal tarea de los dirigentes de ambos bloques consistía en mantener el poder establecido a cualquier precio. Para ello, contaban con fondos destinados a agencias de espionaje, departamentos de universidad, equipos de investigación, fundaciones, becas, publicaciones y congresos de alta cultura. Su prioridad absoluta era controlar el mercado de las ideas y el de la opinión pública.

Con todo, en 1973 aún existían mentes, producciones, proyectos, sueños y formas de vida que escapaban a dicho control por vocación o por creencia. El dinero, el marketing y el temor a perder lo conseguido aún no habían devastado el

---

26 Francés Stonor Saunders. *La CIA y la guerra fría cultural.* Debate, 2001.

tejido de la sociedad civil ni la variedad de los imaginarios. Nadie que tuviera instinto y sensibilidad podía aceptar que cualquier cosa, sentimiento o idea pudiera comprarse y venderse con dinero. Quedaban resquicios; mis colegas y yo pretendíamos colarnos por alguno de ellos. Un libro de Wilhelm Reich, *La psicología de masas del fascismo*, acabó de afianzar mis convicciones sobre el otro bloque: el socialismo real no garantizaba el igualitarismo y sí la falta de libertad de unos ciudadanos convertidos en súbditos de un nuevo Zar. El asunto radicaba en descifrar las nuevas tácticas de los servicios secretos occidentales frente a las revueltas experimentales de los setenta en Estados Unidos, París, Berlín y Ámsterdam. Y desvelar las conexiones que operaban en España. Incluso para un joven ingenuo como yo resultaba evidente que los servicios secretos necesitaban descodificar cómo se movía ese mundo emergente para manejarlo y llevarlo hacia sus propios fines y neutralizar su ímpetu crítico y creativo. En la soledad de mi habitación pensaba en las nuevas modas culturales que podían inventar y potenciar para sabotear la creciente resistencia a los monopolios ideológicos en cada uno de los bloques. La estrategia de la CIA y del Departamento de Estado tras el hundimiento de los Congresos por la Libertad Cultural por fuerza tenía que ser más sibilina.

En las conversaciones que hasta altas horas de la madrugada mantuve con mis colegas del grupo Nabucco con gente de la universidad, con los amigos de Ana Castellar y con mis profesores más heterodoxos, expuse mi intuición de que ciertas modas y tendencias artísticas que primaban lo estético frente a lo social podían estar instigadas por agentes propagandísticos de Washington. Como no conseguía probarlo,

algunos de mis compañeros empezaron a tildarme de visionario. No hice demasiado caso y me mantuve al acecho con la sensación de que ciertas publicaciones y corrientes artísticas eran productos publicitados a fin de confundir la mente de los ciudadanos más inquietos. Los artículos más arriesgados de Vázquez Montalbán en *Triunfo* y *Tele-Exprés* iban en esa dirección. Aunque él manipulara en favor de los soviéticos y se cargara las denuncias de Solzhenitsyn, dichas columnas tuvieron una acción terapéutica. Por otra parte, la poca credibilidad de la prensa diaria, que leíamos con mucha prevención a causa de la censura, estimuló la aparición de todo tipo de rumores.

Una tarde, Pep Rigol, que buscaba un lugar en la cepa del nuevo vanguardismo catalán desde el que demostrar a sus hermanos mayores que también él estaba en onda, nos trajo a dos cachondos que vivían al límite la radicalidad de la época: Albert Abril y Quim Monzó. El primero era un ultra del nacionalismo de izquierdas, miembro o simpatizante del PSAN provisional, el partido marxista leninista que defendía la independencia de los países catalanes. El otro, un disparate explosivo devoto de la gamberrada experimental y de todos los ismos, especialmente de los prochinos. Quim combinaba la crónica política con el humor negro y un acetato gramatical en clave catalana. Ambos asistían a un curso de cine en el Institut del Teatre que daba Pere Portabella, de quien, pese a cierta admiración, solían cachondearse. Con cualquier excusa iniciaban un baile de dimes y diretes en clave grotesca: «El director de *Nocturno* 29, el *gauchista* Pere Portabella, llega al Institut sin la protagonista de su película, la divina Lucía Bosé, en una moto Sanglas que simula una cilindrada mayor de la

real», decía Albert. «Y entra en el aula con aureola de Jean Paul Belmondo en *Pierrot le fou*, forrado con un mono de repartidor de butano», proclamaba Quim lanzando una carcajada a lo Cruella de Ville.

Albert y Quim habían publicado unos reportajes en el vespertino *Tele-Exprés* sobre la vida en Saigón tras la huida del ejército norteamericano. Pep, compañero de Albert en la academia Peñalver durante el COU, había revelado las fotos. Cuando los nuevos explicaban las batallitas de su Vietnam, Toni Puig repetía: «¡Genial, genial!». En pleno follón, Albert exclamaba con ironía: «¡Ni un duro, eh, ni un duro! Suerte del *carnet* de estudiante. Habéis de saber que si en este país inviertes en cultura y te esfuerzas en hacerlo lo mejor posible, no obtienes nada de nada. En *Tele-Exprés* pagan miserias». Y Quim narraba como si fuera un cuento de humor que en Phnom Penh habían topado con un periodista madrileño, muy castizo y muy de secano, Vicente Romero, que trabajaba para el diario *Pueble*), del Movimiento Nacional, y comía pescado crudo, algo inaudito en aquellos tiempos. Quim, que era más tímido que Albert, para distraerse dibujaba en un papel un tricornio de guardia civil con una estrella roja de cinco puntas mientras repetía una y otra vez que no tenía más remedio que ganarse la vida como grafista. En otras ocasiones, trazaba nuestras caricaturas.

La Massana era una escuela municipal donde se enseñaba pintura, grafismo, cerámica y artes aplicadas. En ella, Albert, un tipo fornido que quería hacer cine independiente a lo Godard, había congeniado con la sensibilidad de Quim y se habían hecho inseparables. En comandita habían rodado unos cuantos

cortometrajes en Súper 8 y en comandita buscaban provocar nuestra carcajada. Tras explicarles el proyecto de revista, Quim y Ana Castellar se pusieron a hablar de libros y chismes. Ana le recomendó leer inmediatamente en inglés *Fear and Loathing in Las Vegas*, de Hunter Thompson. El autor de *Miedo y asco en Las Vegas* había llegado a oídas de Ana a través de algún escritor latinoamericano. Como Quim aún no leía bien el inglés, le preguntó a Ana si tenía libros de Salvat-Papasseit de antes de la guerra. Los libros de este mítico poeta anarcosocialista estaban prohibidos.

Albert observaba con atención y seriedad nuestro pequeño despacho hasta que se quedó prendado de unas revistas suecas, «preciosas» en boca de Quim, que había traído Pep Rigol.

Luego contó que pensaba ir con Quim a Irlanda del Norte a entrevistar a Bernardette Devlin.

Toni Puig solía debatir con Cese Serrat sobre la estética que debía tener la revista. «¿Por qué no ha venido Cese?», preguntó como siempre que su antiguo compañero de seminario no acudía a nuestras reuniones.

María Dols, que se había transformado en una secretaria insustituible y en buena amiga, respondió que Cese no iba a venir aquella tarde, pues tenía reunión en la sede de Els Amics de les Arts de Terrassa con un tal Abad. Abad era un artista conceptual interesado en que publicáramos el manifiesto del Grup de Treball en el número cero. Por la entonación del comentario resultaba evidente que a María le traía sin cuidado

todo aquello de la visión lingüística de la vanguardia y de cómo acercar la praxis a las masas.

Harto de que nadie diera con un nombre para la revista, me levanté. Albert me empujó al cuartito pequeño donde estaba la contabilidad y me recordó que Cataluña era un país oprimido y que la nueva revista debía hacerse en catalán. Pep observó la expresión de mi rostro desde el otro lado de la puerta y Toni añadió en voz alta: «Estos chicos son poetas y escriben en castellano», señalando a Tomás Nart, a José Solé y a mí. Y apostilló: «La podríamos hacer bilingüe».

Recuerdo que José Solé defendió que cada cual escribiese en el idioma que se sintiera más cómodo. Uno de los nuevos insistió en no meter el castellano, y hacerla bilingüe pero en inglés.

Tras este primer debate sobre la lengua, que la verdad, a mí me sorprendió puesto que la revista iba a ser para toda España, se impuso el sentido común. Usaríamos las cuatro lenguas del Estado, respetando siempre el idioma original en el que estuvieran escritos los textos y poemas. Los que no saliesen en castellano los traduciríamos a dicho idioma, en letra pequeña, para que pudieran entenderlos en el resto de España.

Tras la decisión, seguí insistiendo con lo del nombre de la publicación. Nuestra pretensión era obtener los permisos legales en junio, por lo que no podíamos perder un minuto. También pretendía confeccionar un número experimental sin permisos, para probar diferentes fórmulas y consolidar un equipo que empezaba a estimularme por su pluralidad. Los dos

nuevos tenían talento, eran muy diferentes al resto y las expectativas en torno al proyecto aumentaban.

Quim fue al bar de abajo, el Oro Negro, en busca de cervezas con las que celebrar la incorporación al equipo «del no va más del nuevo periodismo catalán» y para «aplacar la sed que nubla las ideas. Pepe exige nombres para el feto y yo necesito cervezas para parirlos», proclamó Quim antes de salir.

La lista de nombres fue interminable. A la mañana siguiente debía acudir con Tomás al despacho de Félix Vilaseca a firmar la solicitud de empresa periodística y necesitábamos uno. Harto de tanto nombre fallido, acabamos en el club La Enagua –aquella noche no había actuación– hablando de política, tema prioritario en nuestro círculo, trastocando titulares de *Cambio 16* con mofa. El lenguaje incisivo de Albert alimentaba mi curiosidad y no paraba de hacerle preguntas. Su visión me interesaba y José, que en esos temas también brillaba, aportó nuevos datos sobre las vicisitudes de la oposición política. Ana y Quim seguían hablando de literatura. En algún momento, Ana contó que Hunter S. Thompson había sido tiroteado por la policía yanki durante la convención demócrata de 1968. Gracias al manoseado libro de María José Ragué, *California Trip*, sabíamos que los hippies más radicales de Estados Unidos, tras la feroz represión de 1967, habían lanzado el Youth International Party –los yippies–. Las protestas y manifestaciones subieron de tono a partir de entonces, siguiendo el ejemplo de los Black Panthers. El nuevo partido había organizado un gran escándalo durante la convención demócrata de Chicago que debía elegir a su candidato para las elecciones de 1968. Jerry Rubín, Abbie Hoffman, Allen Gisbert,

Tom Hay den, marido de Jane Fonda, y por lo visto Hunter S. Thompson, montaron un juicio bufo, donde los yippies, acordonados por una policía cada vez más violenta, eligieron a *Pigasus*, un cerdo, como único candidato posible. Le propuse a Albert que investigase la situación de aquella izquierda y que escribiera un artículo al respecto.

Por mucho que jodiera, el franquismo había sido como agua de mayo para las altas esferas internacionales. España pertenecía al bloque occidental y las bases norteamericanas eran la contraprestación que había salvado a Franco. El rompecabezas del franquismo consistía en cómo mantener el crecimiento económico de las nuevas clases medias que configuraban el franquismo sociológico. La crisis internacional del mercado de divisas y la crisis económica mundial derivada de la del petróleo amenazaban las exigencias cada vez mayores de esta nueva clase que trabajaba a destajo para obtener más electrodomésticos, más pisos en propiedad y el mítico Seat 600 o un coche mejor. El futuro de esta España que empezaba a agitarse concernía más que nunca a los miembros de la OTAN y de la Comunidad Económica Europea (CEE) por su valor geoestratégico y por la inestabilidad del Mediterráneo oriental. La guerra del Yom Kipur entre Israel y los países árabes y la guerra que con toda seguridad iban a librar Grecia y Turquía en Chipre desaconsejaban cualquier riesgo en el otro extremo del Mare Nostrum. Ningún país occidental estaba dispuesto a que la muerte de Franco alterara el equilibrio de fuerzas.

La OTAN y la CEE deseaban una evolución pacífica hacia la democracia parlamentaria, fiscalizada por unos partidos homologares a los europeos, que integrara de una vez por

todas a la irredenta España en el marco de las instituciones europeas.

El Acuerdo Preferencial de 1970 con la CEE señalaba a las élites más avanzadas del franquismo por dónde tenían que ir los tiros. La integración plena nos estaría vetada hasta que estas élites impusieran un camino parecido al que Italia, Alemania y Japón habían seguido tras la Segunda Guerra Mundial. El problema más espinoso era qué hacer con un Partido Comunista cuya fuerza real era una incógnita. Tampoco se sabía cómo se iba a comportar el PCE tras la muerte de Franco. Georges Marchais y Enrico Berlinguer, los líderes comunistas de franceses e italianos, con planteamientos diferentes, se habían alejado de la esfera soviética tras la invasión de Checoslovaquia y, ante el temor de Washington, podían ganar las elecciones en cualquier momento. Un partido comunista español en parecida situación podía incrementar las ansias de independencia europea frente a Estados Unidos.

Lo que no admitía la menor duda era que las sucesivas administraciones de Estados Unidos habían aceptado el régimen por las garantías de estabilidad y de anticomunismo que ofrecía y que apoyaban una evolución «sin sorpresas» protagonizada por el sector liberal del franquismo. Tal evolución debía excluir al PC del nuevo juego político y debía ser conducida por un militar amigo, del tipo Manuel Diez Alegría[27]. También era evidente que las potencias europeas eran más hostiles al régimen.

---

27 Jefe del Alto Estado Mayor entre 1970 y 1974, partidario de la democratización del régimen.

El Gobierno de Francia continuaba la política de la *grandeur* de De Gaulle y recomendaba a Franco la no renovación de los acuerdos de las bases norteamericanas. La política francesa implicaba un poder nuclear independiente y el control de las ex colonias en África. Para los franceses, África empezaba en los Pirineos. El Quai d'Orsay jugó sus bazas con astucia aprovechando que Santiago Carrillo vivía en París y que exiliados recientes como Rafael Calvo Serer habían convertido la capital francesa en el cuartel general de la conspiración contra el régimen. Calvo Serer era un liberal, miembro del Opus Dei, y uno de los propietarios del diario *Madrid*. Este periódico, el más progresista, había sido clausurado en 1971 por el ministro de Franco que acabó con la apertura informativa de los sesenta, el ultra católico Alfredo Sánchez Bella. Un artículo de Antonio Fontán pidiendo el relevo de Franco había sido la excusa final para dicha clausura. Por suerte para los permisos de la revista, habían cesado a dicho ministro en junio de 1973. Calvo Serer conocía la trama de los empresarios españoles y las creencias políticas que sostenían unos y otros. Los franceses utilizaban dichas informaciones para influir en el caldo de cultivo que se estaba gestando. Por otra parte, las exportaciones e intercambios con la España de Franco aumentaban sin cortapisas con la esperanza de absorber, cuando se desmoronara el paternalismo franquista, las empresas públicas españolas. El capitalismo francés estaba al acecho. Por otra parte, las declaraciones en *Le Monde* y otros diarios prestigiosos contra el franquismo se suavizaban o agudizaban en función de las contrapartidas económicas franquistas y de las presiones de los demócratas. También las autoridades galas investigaban el universo de la editorial Ruedo Ibérico, que aglutinaba a exiliados y colaboradores extremistas

del interior que la habían convertido en la mejor editorial política española. Esta editorial también tenía su sede en París, bajo la batuta del libertario José Martínez Guerricabeitia, una mente brillante y un verdadero demócrata.

Alemania Occidental, desde la Internacional Socialista, protegida por el Partido Demócrata de Estados Unidos, apostaba por colocar en el poder a un partido socialdemócrata fuerte que repudiara el marxismo y aceptara las bases norteamericanas y la integración en la OTAN. Helmut Schmidt, el futuro canciller, había presionado en 1971 al régimen para que evitara la cárcel a los entonces desconocidos Felipe González, Enrique Múgica y Nicolás Redondo, acusados de asociación ilegal.

Los servicios secretos ingleses se movían discretamente en Madrid, desde 1970, y entraron en contacto con el ala más aperturista del franquismo que iba abandonando al régimen. John Rusell, el embajador en Madrid del Reino Unido, jugó un considerable papel en las negociaciones. Juan Carlos, en sintonía con su padre, debía reformar el sistema político desde dentro para salvaguardar en todo momento la «estabilidad» a través de la monarquía.

Las recomendaciones británicas siempre han sido bien recibidas en Washington. En virtud de ellas, el príncipe había realizado un viaje triunfal a la Meca del capitalismo en enero de 1971, dos años después de haber sido designado sucesor a título de rey por el Caudillo. El 27 de enero de aquel año, el *Chicago Times* había publicado un artículo que reproducía unas palabras del príncipe a Torcuato Fernández Miranda, secretario

general del Movimiento, acerca de la posibilidad de utilizar las Leyes Fundamentales del franquismo para abrir un proceso que condujera a la democracia. Los americanos desconfiaban cada vez más del nacionalismo español de extrema derecha que en algún momento podía poner en peligro la continuidad de las bases norteamericanas en España. Desde aquel instante, los servicios secretos norteamericanos empezaron a actuar en sintonía con los ingleses. El apoyo al príncipe fue subiendo a medida que la salud del dictador languidecía y los ultras bloqueaban cualquier reforma aperturista.

A finales de 1973, algunos españolitos de a pie seguíamos esos vaivenes a través de rumores o acertijos publicados de forma encubierta en algunas revistas. En estos lances, la revista *Cambio 16* se convirtió en el medio de comunicación estrella en clave seria. *Mata Ratos*, una revista de humor gráfico pre-underground, dirigida a partir de noviembre de 1973 por Tom, pseudónimo de Antonio Roca, desveló algunas de las intrigas internacionales en clave grotesca. Recuerdo el número sobre la guerra del Yom Kipur en Oriente Medio, cuando Franco, Carrero Blanco y la extrema derecha del franquismo impidieron aterrizar en las bases de Rota y de Zaragoza a los aviones norteamericanos cargados de bombas para salvar a Israel in extremis de una derrota que hubiera cambiado el statu quo de la región.

## MI PADRE

Una mañana, a finales de 1973, bajé a la tienda de muebles de mi padre. El mozo me dijo que estaba trabajando con el delineante en el salón del fondo. Lo encontré sentado en un taburete, concentrado sobre un plano. En la mano tenía un lápiz y comentaba al delineante que la corona de la moldura del escritorio tenía que ser más simple para realzar las vetas de la madera. Yo quería explicarle mi proyecto, pedirle cincuenta mil pesetas para la sociedad de la revista y ayuda frente a las autoridades para obtener los permisos, que era lo que más me preocupaba.

Aquella habitación húmeda y enorme, de techos altos, inundada por una luz que se colaba por unos ventanales que daban a un patio rodeado de edificios de ladrillo, despertó mi nostalgia. La arquitectura industrial de la segunda mitad del XIX, tamizada por el paso del tiempo, sugería un decorado de novela gótica. Los edificios umbríos, ocupados entonces por una empresa papelera, habían albergado la fábrica de muebles de mis ancestros artesanos. Mi padre la había cerrado antes de la guerra, abrumado por el colapso que produjo el enfrentamiento a tiro limpio entre las dos corrientes del sindicato de la madera. «Aquí», le había escuchado decir en ocasiones, «se libró una batalla durante la República entre partidarios de la CNT y de UGT, y yo tuve que desactivar las bombas para evitar una carnicería». Por lo visto, a mitad de la

década de los treinta, mi abuela y mi padre tenían que abordar una profunda reestructuración de la fábrica. Las bombas y la inestabilidad social desaconsejaron emprender tal labor. Partieron la fábrica, alquilaron una parte del edificio a la papelera y la otra la transformaron en un taller de muebles artesanos y en almacén de maderas finas conservadas desde la época del abuelo. Dejaron la tienda de Consejo de Ciento tal cual estaba.

Mi padre, a los setenta años, no era amigo de confidencias y tampoco le gustaba recordar ciertas situaciones del pasado. Saber callar y que en la vida no haces lo que quieres sino lo que puedes eran las máximas de un hombre a quien jamás le escuché una crítica severa de nadie. Sin embargo, yo a los veinte años era pasional, intuitivo y dicharachero, con un hambre feroz de vida. Aún no se había aposentado en mi interior su extraña religión: una amalgama de piedad cristiana, estoicismo clásico y buen vivir de Montaigne, con la que se protegió durante los últimos años de su vida. En ocasiones, tuve la sensación de que había conseguido detener el tiempo dentro de casa para preservar la época anterior a la guerra. Por otra parte, a mi padre le incomodaba embaucar a la gente y hacer negocios. Vivía de espaldas al dinero, gastaba poco y nos había educado en una austeridad casi monástica. Mi hermana Rosa solía decir que nuestro padre más que estoico parecía un pequeño Buda. «La guerra, una fatalidad para todos», repetía con frecuencia, destruyó parte de sus ideales. Acogió el franquismo sin convicción, como algo inevitable, tanto para poner freno al caos de la República y a la fragilidad del catalanismo político, como para evitar que los miembros de una misma familia pudieran matarse entre sí. Aceptó cargos

casi siempre relacionados con la asistencia social en las administraciones locales porque quiso reconstruir su ciudad herida. A mi madre le gustaba explicar con admiración y sin migas de soberbia que su marido había desmontado monumentos como el del doctor Robert y tapiado pinturas comprometidas del Palau de la Generalitat, con un tal Florensa, para salvarlos de la quema tras la entrada de los nacionales. Desde que yo había apostado por la revista me emocionaba desvelar aquella mezcla de pragmatismo, ambigüedad y miedo.

Ahora deduzco que la semilla de muchas de mis actitudes de aquella época tuvo que ver con mi familia. Mi padre había soportado una infancia aciaga por la desaparición prematura de su padre.

En 1973, sesenta y cinco años después de su muerte, el espectro del abuelo seguía rondando por la casa y por la tienda y no sólo a través de uno de los retratos a tamaño natural de los tres José Ribas pintados por Clapés, Matilla y Casas que aún mantengo en mi casa por complicidad. Los tres personajes representan para mí tres referencias de la historia de Cataluña. Mi tatarabuelo, Josep Ribas i Martí (1798-1884), enérgico y conservador, fue un propietario rural de Castellvell, en la zona de Reus. Se casó dos veces, en 1817 y en 18 29. Cuando vivía con su segunda esposa, Escolástica Fort de Alcocer, se alistó en el ejército carlista en 1833, llegó a teniente coronel, perdió la guerra, que en los campos de Tarragona fue cruel y despiadada, y tuvo que exiliarse en la ciudad de Toulouse en 1840. El bisabuelo, Josep Ribas i Forn (1830-1897), el hijo mayor de su segunda esposa, un romántico católico muy emprendedor, estudió bachillerato interno en uno de los

colegios de París. Correteando por las calles de los artesanos, quedó fascinado, a los dieciséis años, por un ebanista que hacía sillas y se puso a trabajar con él, desoyendo las recomendaciones de su padre que pretendía que estudiara leyes con las que defenderse de las expropiaciones isabelinas. En 1850, tras la segunda derrota carlista de 1849 en la que el tatarabuelo también participó, mi bisabuelo, un liberal, volvió a Barcelona y montó un taller de ebanista con tienda en la calle Ciudad. Así nació la industria familiar.

El abuelo, Josep Ribas i Anguera (1866-1909), cuyo espectro seguía vivo en la tienda de Consejo de Ciento, estudió el bachillerato en los jesuitas de Manresa mientras su padre expandía el negocio, se asociaba con un tal señor Pons, construía una gran fábrica de muebles en mitad del Ensanche, viajaba a Inglaterra, Alemania, Austria-Hungría y Holanda y trasladaba la tienda a la Plaza Cataluña. Mi abuelo Ribas estudió Artes y Oficios en París con destacados artesanos europeos de la madera, del metal y de la fotografía junto al ambiente de Toulouse-Lautrec, a partir de 1889. El abuelo, un hombre refinado, progresista e inquieto, empezó a moverse para montar un taller en París, donde en los ambientes de la bohemia empezó a ser conocido con el mote de El Ruso. Tras una larga negociación a través de una correspondencia que aún existe, el bisabuelo se comprometió a pasarle el negocio en solitario si regresaba. A tal fin, compró la parte del socio, y a su otro hijo, Ricardo, el hermano menor de mi abuelo, le montó una tienda de pianos en Rambla Cataluña. El abuelo regresó con ideas nuevas y mucho empuje. Aprovechó el momento álgido que respiraba Barcelona y se rodeó de un equipo de artesanos que trajo de Holanda y de Alemania. En las

fotografías que mi familia guarda de los salones de la tienda de Plaza Cataluña se descubren los muebles y objetos que llegaron a decorar las viviendas de la burguesía ilustrada. También algunos de los pintores catalanes más representativos de la época expusieron sus óleos en el local del abuelo y a tal fin se asoció con el pintor Aleix Clapés para que llevara la sala de exposiciones.

Por lo visto, una tarde invernal entró en la tienda un matrimonio adinerado y sin hijos –Luis Pons y Anita Roca– con la intención de encargar un vestidor modernista completo para una habitación de la mansión que la familia poseía en Puigreig, junto a una fábrica de hilados. Iban acompañados de una sobrina, Pilar Seva Roca, que había nacido en Valencia y que se había criado con ellos. Aquella joven hermosa cautivó a mi abuelo, quien empezó a cortejarla ante el mosqueo de su familia rica y bienpensante, que consideraban al abuelo un bohemio. Hasta aquel día, mi abuelo solía despotricar de las chicas de casa bien que habían estudiado en el Sagrado Corazón, que tocaban el piano o el violín y que iban al Liceo. El amor a la pintura los unió. Mi abuela pretendía ser pintora y muchas tardes iba a pintar sus óleos al estudio de Ramón Casas, buen amigo del abuelo. La pareja venció las resistencias de ambos lados y se casaron el 15 de marzo de 1899. El ebanista, que también era un sibarita, impulsado por tal unión, inició una nueva transformación del negocio e ideó una fórmula para fabricar muebles de calidad en serie mientras tenía cinco hijos, los mayores, mi padre y Pilar; los pequeños, Luis, Ricardo y Mercedes. Unos y otros vivieron de muy diferente manera la trágica muerte de su padre. Por voluntad de la viuda, la figura paterna y las causas de su muerte debían

ser obviadas. Cosas de la época. La bala perdida de un revolucionario le causó una herida que a los tres meses le provocó la muerte.

La radiografía con la bala que atravesó el pecho de Josep Ribas i Anguera en los preámbulos de la Semana Trágica, en el apeadero que el tren de Sarriá tenía a cielo descubierto en la calle Aragón en 1909, llegó a mis manos hace tiempo y permanece en algún rincón de mi biblioteca. Mi padre, según me había contado en nuestras excursiones por los Pirineos, tuvo una infancia marcada por el desbarajuste familiar que provocó tal muerte. La viuda Ribas, supongo que por rabia y orgullo, además de ser muy rica, quiso convertirse en mujer empresaria, sin preparación, y guardar el negocio hasta que *el hereu* cumpliera los dieciséis años. Mi padre, a quien le habría gustado ser abogado, se entusiasmó de joven con el catalanismo ilustrado y progresista de la Escola d'Arts i Oficis y del Centre Excursionista de Catalunya. También le gustaban las carreras de motos con sidecar y las tertulias de artistas y artesanos, a las que asistió desde muy joven. Mi madre, cuando estaba de buen humor, presumía de que su marido había bailado pasodobles con las cupletistas del Paralelo antes de casarse.

Tras las últimas instrucciones al delineante, mi padre atendió a mis preguntas. En aquel ambiente sin tiempo olvidé a lo que había ido y se despertó mi ansia de saber más sobre qué había ocurrido en Europa en la década de los treinta. Me acompañó hasta su despacho, abrió un cajón con una llave y me entregó con suma delicadeza los cuatro tomos de un libro viejo: *La decadencia de Occidente*, de Oswald Spengler con prólogo de

Ortega y Gasset. «Ahí se explican muchas cosas. Te ayudará en tu formación», me dijo. Descubrí por la dedicatoria que el libro se lo había regalado José Antonio Primo de Rivera, en 1935. A continuación, me llevó a desayunar a la granja La Catalana de Rambla Cataluña. Como tenía úlcera de duodeno, pidió un plato de nata.

«La generación de tu abuelo», recuerdo que me dijo, «no quiso resolver las injusticias sociales que puso en evidencia la Semana Trágica. La burguesía prefirió utilizar los excedentes de la industria en la construcción del Ensanche y pagar a pistoleros para acabar con la CNT en vez de invertir en mejoras sociales. Así nos legó un conflicto que la República no pudo resolver».

El comentario me estimuló y quise saber más. En algún momento de la conversación le pregunté por qué se había hecho falangista. Tras unos momentos de vacilación, me respondió que le había interesado por la renovación social que suponía.

La primera Falange no tuvo nada que ver con la que inventó Serrano Súñer y que Franco utilizó para sus fines.

Mi padre no me contó que su falangismo era un credo confuso a medio hacer y que lo que de veras le había precipitado a la Falange era un suceso que ocurrió en 1933, cuando un «cierre patronal» había arrastrado a mi abuela al calabozo. La había denunciado un oficial de talleres en quien la abuela había confiado durante décadas. Ver a su madre entre rejas le tuvo que provocar una reacción tremenda. El abogado que la sacó del apuro, Roberto Bassas, resultó ser uno de los

primeros falangistas de la ciudad. Muchos creen que dentro de aquella Falange todos eran partidarios de la violencia. Es cierto que muchos la enaltecían. No fue el caso de Bassas y menos aún el de mi padre, quien desde muy niño me inculcó la filosofía de Gandhi. A los pocos meses de tertulia política entre ambos en el Hotel Colón de Plaza Cataluña, Bassas presentó mi padre a José Antonio, en febrero de 1934. Éste le sedujo y así empezó a cortejar los nuevos ideales. «En la sede de Falange de la calle Rosich yo hablaba catalán y algunos *jonsistas*[28] me acusaban de ser un infiltrado catalanista», me dijo.

También me contó que había aceptado cargos políticos en Burgos con la esperanza de que Bassas, escondido en Barcelona desde el 18 de julio, pudiera recuperarlos y salvar las posiciones que ambos defendían. Sin embargo, Bassas fue fusilado en el santuario del Collell horas antes de que los nacionales tomaran Gerona. Con esa muerte, la forma de entender el falangismo del grupo de mi padre pasó a mejor vida y el protagonismo en Cataluña de la Falange inventada por Serrano Súñer, es decir, la franquista, lo tomó Mariano Calviño. Me quedé sin saber los manejos que intentó mi padre en Burgos durante la guerra. Según mi madre: «Tu padre dejó de ser falangista en 1937 tras pactar con Serrano Súñer. Él prometió callar lo que sabía de la muerte de José Antonio y de su testamento político, tras asegurarse de que no serían trasladadas las grandes industrias de Cataluña por decreto a regiones más dóciles, tal como ya tenían decidido». Mi madre también decía que mi padre había rechazado ser ministro

28 Miembros de las Juntas Ofensivas Nacional-Sindicalistas, creadas en 1931 e integradas en Falange en 1934. Fascistas nacional-revolucionarios.

acabada la guerra, que la presión de la abuela –su madre–, la política y el idealismo habían arruinado su carrera empresarial y que había sido un ingenuo por utilizar el poder para ayudar a los débiles y no en propio provecho como había visto hacer a la mayoría de la gente.

Aunque también estoy seguro de que esta actitud de mi padre era lo que más le gustaba de él. Por lo visto, los del Opus Dei le habían cortejado durante un tiempo y le habían propuesto amueblar todos sus colegios del país. Mi padre nunca aceptó el ofrecimiento.

Recuerdo que, mientras le estaba contando que los veranos en Camprodón me habían salvado del colegio atroz al que me había llevado después del parvulario, llegó a la granja el mozo de la tienda de muebles muy agitado: «Señor», dijo jadeando por la carrera, «creo que ha ocurrido algo grave. Le han llamado con urgencia del Gobierno Civil y de la Diputación». Mi padre pagó apresuradamente; se puso su sombrero gris, el abrigo, y volvimos a la tienda. «El coche de Carrero Blanco ha volado por los aires», me dijo tras colgar el aparato. Sentí un escalofrío.

Pensé en mis amigos comunistas y en el proceso 1001 que iba a celebrarse en Madrid aquel mismo día contra Camacho y otros líderes de Comisiones Obreras. «¿Tendrá relación lo uno con lo otro?», pensé. «¿Será el inicio de algo?»

Mi padre me dijo que le extrañaba un accidente tan aparatoso junto a la embajada americana, donde había hecho noche Henry Kissinger de visita a Madrid dos días antes. Luego

me dijo con voz grave y cierta satisfacción que el franquismo autoritario tal cual lo habíamos conocido se acababa y que iba a ser el rey quien arbitrara el futuro.

«Pero si Juan Carlos es tonto», recuerdo que le dije.

Finalmente, le pedí el dinero para la revista y ayuda para los permisos. Me dijo que me echaría una mano con los permisos y que el dinero se lo pidiera a mi madre. Al salir de la tienda tuve conciencia de que el secreto político que escondía mi padre era mucho más complejo de lo que había supuesto y que algún día conseguiría arrancárselo. En la calle decidí caminar durante un buen rato. Carrero Blanco había sido el responsable último de la detención del padre de José Solé y de otros ciento doce miembros de la Assemblea de Catalunya y también de que la universidad estuviera cerrada hasta después de Navidad por la imposición de un calendario escolar de «locos», puesto que el ministro de Educación era íntimo de Carrero. Sentí euforia: «Uno menos», pensé.

Tras ver un decepcionante telediario en blanco y negro en el que se notaba la censura más que nunca, comí en una taberna con Toni Puig, Tomás Nart, Maria Dols y Tonia Salom. José había desaparecido desde que habían metido a su padre en la cárcel Modelo por el asunto de la Assemblea.

**SIN DEPÓSITO LEGAL**

Por el despacho de Aribau empezó a desfilar gente variopinta; desde jóvenes en paro hasta andaluces marchosos de paso por Barcelona que no tenían dónde dormir y usaban el camastro que hacía de sofá en nuestras reuniones. Quim Monzó recuerda que la primera vez que pisó la redacción tropezó con la mochila de un hippy holandés que dormía allí y que los demás hemos olvidado.

Los discursos culturalistas de José Solé sobre la música dodecafónica de Carles Santos no emocionaban a nuestro grupo. Una de aquellas tardes asistí a una de las sesiones que los artistas conceptuales del Grup de Treball daban en el Instituto Alemán. La concurrencia era escasa y aluciné ante lo que para ellos era una obra de arte ejemplar. La pieza era un cartón en el que habían escrito: *14 administratius, 12 estudiants, 8 empleáis, 6 paletes,* 5 *enginyers,* 4 *professors,* 3 *mestres,* 3 *metal-lúrgics,* 3 *aparelladors,* 3 *comerciants,* 3 *mestresses,* 2 *bibliotecaris, 2 camperols, 2 escriptors, 2 monjo-sacerdot, 2 economistes*... Y así hasta dar la lista completa de los oficios de los ciento trece miembros de la Assemblea de Catalunya que habían sido detenidos el 28 de octubre de 1973 en la parroquia de Santa María Mitjancera. Aquello me pareció propaganda más que una obra de arte, aunque también es verdad que la detención masiva de miembros de la Assemblea representó para los políticos que iban a pactar la transición en Cataluña

algo parecido al concierto de King Crimson para el nacimiento del segundo underground.

José Solé me explicó que, al entrar la policía en la iglesia, algunos dijeron que estaban reunidos en una sala adjunta a la sacristía para estudiar la encíclica *Pacem in terris* del papa Juan XXIII. La excusa no caló. Genuino Navales, policía maligno de la brigada político-social, cuando descubrió a El Guti entre los asistentes, exclamó:

«¡Por fin te hemos cazado!»

El Guti (Antoni Gutiérrez Díaz), uno de los principales dirigentes del PSUC, trató de escapar por los tejados y acabó tendido en el suelo con varias armas apuntándole. El padre de José, un cachondo, se escondió en un confesionario. Tampoco tuvo suerte. Los ciento trece antifranquistas fueron conducidos a los temibles sótanos de la comisaría de Vía Layetana. Algunos estuvieron tres meses en la cuarta galería de la cárcel Modelo. A partir de esas detenciones y de cierta apertura informativa, los estudiantes empezamos a conocer los rostros y los nombres de quienes habían manejado desde la sombra el movimiento estudiantil.

Por otra parte, nuestro equipo vivía las ideas con una pasión en las antípodas del nihilismo propio de las teorías estructuralistas que seguían los miembros más jóvenes de la *gauche divine*, como el escritor Félix de Azúa, para quienes cualquier tipo de esperanza representaba una condena a la estupidez. Ana Castellar, con un bloc de notas donde recogía las ideas de unos y otros, y yo, que buscaba formarme para

llegar a artesano de revistas, ejercíamos de cordiales anfitriones a partir de las siete de la tarde, que es cuando el desfile de posibles colaboradores se intensificaba. Concluido el batiburrillo de ideas, proseguíamos el debate entre tapas y bocadillos en cualquier bar de la zona. Antes de editar el número cero, solíamos acabar en La Enagua, donde Pep Rigol había situado su cuartel general y donde, a diferencia de Zeleste, no había que pagar entrada.

La Enagua era un club amable por donde pasaron en algún u otro momento los progres de la época. Estaba situado en la calle Casanovas, entre Diagonal y Travesera de Gracia. Tras bajar unos cuantos escalones dabas de bruces con un paisaje cálido tamizado por unas luces rojizas y las llamas de unos candelabros con muchas velas sobre la barra. En el bullicio de aquel antro donde actuaban los grupos de la música progresiva catalana en plan *jam sessions* uno se enteraba de muchas cosas. Una noche, en este mismo garito, Tomás Nart me comunicó muy serio que, de todas las revistas que había visto, sólo le gustaban las hispanoamericanas *Crisis y Plural* y que prefería no escribir en la revista y concentrar sus energías en hacerla rentable.

«¿Pretendes hacer de empresario?», le pregunté.

«No es eso. Pero todos estáis como cabras y alguien debe mantener los pies en el suelo.»

Aunque su comentario me pareció injusto evité la discusión y le conté mi plan del día siguiente. Necesitábamos un periodista con *carnet* para cumplimentar los permisos legales. El plan

consistía en entrevistarme con un periodista amigo de Ana, Roger Jiménez, que trabajaba en la agencia Europa Press. Ana me había contado que cuando la trastienda de Bocaccio se convertía en un centro de prensa donde se redactaban los comunicados contra el régimen, Roger pasaba los documentos a las agencias de noticias internacionales ya *Le Monde*.

Una noche, me subí al coche de mi madre, di vueltas por la ciudad sin apaciguar la sed de encuentro que a veces me alteraba.

«¡Sombras y decepciones! ¡El acertijo es saber qué las mueve!», me dije en voz alta mientras conducía con calma.

Un impulso me arrastró hasta al castillo de la montaña de Montjuic. El sendero que conducía a mi caverna secreta se había desmoronado y no encontré la manera de acceder a ella. En algún momento creí ver la sombra de un guardia urbano. Me escondí en un recodo bajo la mole de la muralla del castillo. La luna llena exageraba las formas de las rocas y en cuanto presentí que cualquier camino conducía al abismo, di con la solución al problema que más me importaba: la revista debía llamarse *Ajoblanco.*

Jamás conseguí volver a la cueva. La única senda que conducía a ella había desaparecido. Bajé del castillo y me fui al *drugstore* del Liceo, el más canalla de la ciudad. En la barra, entre putas y rambleros noctámbulos estaban Quim Monzó y Albert Abril, bastante entonados, con unos papeles en la mano. «Ya tenemos artículo para el número cero», me dijeron.

Entonces les dije, con cierta solemnidad, que había dado con

el nombre de la revista. «*Ajoblanco*, la sopa más popular que existe. Ajo, almendras, aceite, sal, pan, agua, vinagre y granos de uva. Combinan bien.» A Albert le pareció un nombre demasiado español.

Albert no era sectario, sabía dialogar. Bañaba la rigidez de sus convicciones con gotas de humor. Siempre lo respeté. Sus creencias eran como una fe heroica e hice mío parte de su discurso. Cataluña era un país negado en busca de una nueva oportunidad. La clase media que el franquismo había generado no sólo exigía prosperidad y barrios dignos. Los juglares de la Nova Cançó –Raimon, Quico Pi de la Serra, Joan Manuel Serrat, Lluís Llach y Guillermina Motta– habían aprovechado el corte de mangas que había supuesto la década de los sesenta para saltarse el cerco idiomático con canciones que fueron verdaderos himnos. Reivindicaban justicia social, libertad para Cataluña y para España, humor, normalidad. Sus primeras actuaciones habían tenido lugar en iglesias y en centros parroquiales. Despertar tanta emoción les permitió conquistar el Palau de la Música Catalana, las listas de éxitos, las emisoras de radio.

Aquellos trovadores transmitieron un nuevo sentimiento de pertenencia a una comunidad a muchos ciudadanos que aparcaron el miedo con excitación adolescente. Pero Albert no se contentaba con canciones ni con los cuatro puntos programáticos de la Assemblea de Catalunya. Exigía un país socialista, ya.

Para convencerles de las bondades de aquel nombre castizo y popular, les dije que el ajo picaba siempre y que el nuestro iba

a picar más que ninguno. «¡Por el éxito de *Ajoblancol*», exclamó Quim. Y levantó la copa de cerveza con una mano mientras con la otra rozaba las caderas de una vecina de barra.

Tras el brindis, me contaron de qué iba a ir el artículo. Era una bofetada al espíritu del 22 de febrero que el nuevo presidente de Gobierno, Arias Navarro, había transmitido por televisión. Arias había proclamado una cierta apertura en las Cortes franquistas: «En el futuro, el consenso nacional en torno al régimen habrá de expresarse en forma de participación. Nuestro afán es sumar y no restar; aunar voluntades y no excluir, respetar opiniones y no forzarlas». Y anunció una nueva ley de asociaciones políticas, que la oposición clandestina rechazó de plano y que a nosotros nos pareció más de lo mismo.

«La censura no se abre de piernas o para vidas ejemplares Santo Malcolm McDowell y Santa María Schneider», leía el uno en un papel escrito a mano. «Por fin somos europeos y tus podridos ojos podrán ver *A Clockwork Orange*, naranjas de relojería, y un *Last Bertolucci in París* donde María Schneider pasa de la mantequilla y confiesa todos su pecados a la madre superiora de un convento que estudia las virtudes de nuestra gloriosa Santa Teresa de Jesús. Y todo eso sin dar beneficios al servicio de autobuses o a Renfe por no tener que ir a verlas a Perpignan», seguía el otro. «Eso sí, vuestra sedienta retina las tragará con el coito recortado. Pero ya estáis acostumbrados. Kubrick y Bertolucci proponen, la censura dispone.» «Seguro que la versión de *La naranja mecánica* conseguirá conciliar el argumento con los principios del Movimiento Nacional y Mc-Dowell acabará ejecutando en Belfast a centenares de

miembros del IRA tras descubrir las relaciones entre la Mafia estadounidense y Bernadette Devlin.»

Quim y Albert lo habían escrito en comandita tras un montón de cervezas.

Albert seguía obsesionado con su querido amigo, el director de cine Pep Duran, que pretendía colar a la censura la película *Liberxina 90.* Por lo visto, le decían que en algunos casos podía ofender a los yanquis y en otros a los soviéticos, y que no era momento para estar mal con nadie.

Algunas mañanas añoraba la facultad. Cogía el autobús de siempre, el 7, pasaba por el bar, subía al aula, recogía apuntes, charlaba con unos y otros. Cuanto descubrían mis retinas me parecía extraño. Muchos compañeros habían desertado y a los que quedaban sólo parecía importarles acabar la carrera cuanto antes, las farras o los noviazgos. La universidad, tan querida en otros tiempos, me producía tedio. Sentía que también yo había cambiado, que me alejaba de forma irreversible del mundo de los poderosos y que cualquier carrera que me aproximara a él me daba grima. ¿Hacia dónde iban mis antiguos colegas? ¿Qué tipo de generación podíamos ser? El mundo entraba en ebullición y en aquella facultad me sentía como un marciano. Me atraía lo popular y campechano y empecé a evitar a las personas que machacaban a quien no fuera de los suyos. Las clases de cuarto curso tampoco me estimulaban y las luchas de unas burocracias leninistas contra otras, siempre ajenas a la voluntad de los estudiantes, aún menos. Sin lugar a dudas, habían minado la combatividad del movimiento estudiantil hasta convertirlo en una especie de

caricatura. Y éste volvió a hacer el ridículo. El 2 de marzo, el régimen ejecutó a un militante del MIL, Salvador Puig Antich, mediante garrote vil. Tenía veintiséis años. Las últimas palabras que escribió fueron: «¡Salud y anarquía!».

La prensa de la ciudad seguía a pie juntillas las consignas oficiales y tildó a Puig Antich de gánster sin contacto político que atracaba bancos y que había matado a un policía en el momento de su detención. Y calificaba a su grupo como banda de forajidos. La prensa más proclive al régimen lo tildó de anarquista violento. Con la intención, según Telesforo Tajuelo, autor del libro *El MIL, Puig Antich y los GARI*, de desprestigiar al Movimiento Libertario. Sólo el vespertino madrileño *Informaciones* presentó a Puig Antich como un afiliado a un grupo subversivo de tendencia anarquista que pretendía acabar con la explotación capitalista y el sistema que engendraba la represión. La izquierda catalana tampoco quiso calificarlo como un revolucionario y se movilizó tarde y con desgana.

A partir de esa ejecución y con Franco en fase terminal, la pugna entre partidarios de la apertura e inmovilistas se convirtió en un pastiche, que seguí a través de conversaciones y de *Cambio 16*. Quienes tanteaban fórmulas de reconciliación desde el régimen y se reunían en secreto con miembros de la oposición tuvieron que jugar al escondite con la policía y los grupos ultra, capitaneados por Girón de Velasco y el clan de los Villaverde. Los guerrilleros de Cristo Rey campaban a sus anchas y habían lanzado líquido inflamable contra la redacción de la revista *Mata Ratos*. Corría el rumor de que el clan de los Villaverde pretendía que Franco nombrase sucesor a Alfonso

de Borbón, que se había casado con la nieta de Franco. Inestabilidad que jamás permitirían los yanquis.

Ningún comité de estudiantes universitarios de la Universidad Central promovió una jornada de lucha por la muerte de Puig Antich. Aún recuerdo la expresión de tristeza de Marga, la ibicenca del PSUC, al contemplar una manifestación de guerrilleros de Cristo Rey recorriendo tan campante la Diagonal, frente a nuestra facultad, a favor del «castigo ejemplar» dictado por Franco. Sólo en algunas facultades de la Autónoma y en institutos de enseñanza media hubo carreras y cócteles molotov. También explotaron petardos en Barcelona y, sorprendentemente, en Madrid, lanzados por el Comité de Solidaridad Pro-presos MIL.

Algún suelto de periódico o revista informó acerca de una tímida reunión en el Colegio de Abogados con algunos de los políticos de la Assemblea de Catalunya que habían coincidido en la galería de la prisión con los detenidos del MIL. Sí hubo reacción internacional y el consiguiente descrédito de las promesas del nuevo presidente de Gobierno, Arias Navarro. ¿Quién podía creer en el espíritu «aperturista» del 12 de febrero? ¿Asociaciones políticas? ¿Participación? Pena de muerte, garrote vil.

El asesinato de Puig Antich nos radicalizó, especialmente a Quim, a Albert y a mí, mientras pegábamos las fotos y las galeradas de los textos del número cero en unas hojas grandes de cartulina blanca extendidas en el suelo del despacho. Cese Serrat, el maquetista, nos había recomendado optar por la estética conceptual. La política solía ser el tema central de las

conversaciones y la provocación iba a ser nuestra arma. No estaba nada convencido de que el nuevo ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, que toleraba una cierta apertura informativa, pudiera jugar en favor de los permisos de *Ajoblanco.*

Una tarde, Alfredo Astor bajó de Castell d'Empordá, el pueblo abandonado donde escribía cuentos y poemas junto a Keles y sus hijos. Con él fuimos a cenar Ana, Toni, Tomás, José y Quim Monzó al Boston, un pequeño restaurante modernista con mesas de mármol de la calle Aribau, donde atendía una señora que parecía salida de una película de los años cincuenta. Era una mujer morena, con los labios muy rojos, que llevaba un delantal blanco sobre un vestido negro; siempre iba muy erguida. Entre bromas compartidas con esta mujer esperamos la llegada de un desconocido que habíamos contactado a través de Andreu Solsona, de Els Joglars. Se trataba de Guillermo Ayesa, un poeta argentino que daba clases de inglés en un instituto de Vic y que era la pareja de una actriz en alza, la pelirroja Gloria Rognoni. Una chica vital, ardiente, con un cuerpo perfecto y un corazón de roble. Gloria y el resto de Els Joglars se habían encerrado en Pruit, un pueblo de montaña cerca de Vic, a producir una nueva obra sobre uno de los bandoleros que asaltaban caminos contra los funcionarios borbónicos en el siglo XVII: *Alias Serrallonga.*

El poeta argentino parecía gemelo del Jesucristo de la ópera rock. Se enfrascó en una conversación con Alfredo acerca del psicoanálisis tras una amena charla sobre el estilo de Cortázar en la que participamos todos. Guillermo y Alfredo se comprometieron a buscar cuentos inéditos para el número

cero. José Solé seguía obsesionado con las jornadas de arte conceptual del Instituto Alemán y pidió llevar una sección de música culta hasta que tuviera que ir a la mili. Estaba seguro de que los militares no le iban a renovar la prórroga y que le caería un mal destino por ser hijo de comunista destacado.

Guillermo propuso visitar Vic y conocer a un fotógrafo muy joven que había expuesto en la sala Aixelá de Barcelona. Se llamaba Manel Esclusa. Yo tenía una idea aproximada para la portada, unos dientes sensuales mordiendo un diente de ajo, y buscaba un artista joven que diera a la foto una luz enigmática. Quim, que había asistido a unos cursos de cine en la tienda de material fotográfico Aixelá, aplaudió la propuesta. *«En Aixelá tenen criteri»*,[29] dijo.

Los viajes a Vic en busca de Manel Esclusa se convirtieron en un acicate. La gente del lugar estaba bien informada y era menos estirada que la de Zeleste y La Enagua. Llevaban tiempo cazando al vuelo experiencias radicales y me gustó saber que los Smash habían dado allí un concierto en su mejor momento. Aún lo recordaban.

Los underground, los porreros, los psicodélicos, los comunistas y los ácratas de la zona de Vic debatían sobre las diferentes corrientes de la izquierda en un garito de la plaza que camuflaba su interior mediante un inmenso telón rojo colgado al otro lado de la puerta. Al menos, la Guardia Civil tenía que hacer el esfuerzo de vestirse de paisano para entrar en el local si pretendía saber quién hablaba con quién y de qué.

---

29 «En Aixelá tienen criterio.»

La cueva estaba estratégicamente situada junto a la pastelería La Lionesa, donde reinaba un izquierdista duro, muy respetado, que militaba en el PSUC y pertenecía a la Assemblea de Catalunya, Quim Capdevila. Su mujer, Magda, inteligente y muy atractiva, era psicóloga y también militaba en el partido. Una mañana soleada, entre los puestos de un mercado en el centro de la plaza, Magda me aconsejó con coquetería: «Busca un buen enchufe para obtener los permisos y hazte el tonto. Algunos compañeros lo intentaron antes que tú y les dieron calabazas».

Con Manel Esclusa hubo química. Se había criado entre montones de papel fotográfico por ser hijo de un fotógrafo de bodas y bautizos con talento y había evolucionado hacia el underground. Hacía fotos de torsos y manos femeninas entre piedras, rocas y nubes. Me impresionó la luz que congelaba aquellas imágenes. Pura magia.

Pep Rigol, que siempre me acompañó en aquellos viajes, cuando tuvo en sus manos el portafolio, extendió sus brazos de Akenatón y se quedó prendado con las nalgas de una mujer que salía en una de las fotos.

La carpeta con las fotos llamó la atención de un tipo que estaba sentado a la mesa vecina. Resultó ser un decepcionado de la política que había militado en los Marxistas-Leninistas y en Bandera Roja tras participar en el asalto al rectorado de 1969.

Estaba en Vic porque hacía de representante de comercio para ganarse la vida. Se llamaba José María Masramón.

Congeniamos y se vino a comer con nosotros a una masía en medio del campo. La sobremesa nos incitó a un debate sobre la posible escisión de Bandera Roja ante el temor de que el auge del PSUC les dejara sin comba. Bandera había cambiado de táctica. Se decía que ya no eran críticos con la Assemblea de Catalunya y que muchos de sus miembros, capitaneados por Solé Tura, negociaban incorporarse al PSUC a cambio de poder. Concluido el debate, Manel y su chica nos llevaron a Can Grapas. Hacía rato que ya era de noche y el pinchadiscos, Pep Llusa, ponía una música underground que traía de Londres. Nunca había escuchado en Barcelona una música tan rota y unas voces con tanto lamento.

Can Grapas era el antro donde la peña se reunía clandestinamente para hablar de cine, música, arte y teatro. Las noches más eléctricas tenían lugar cuando actuaban las bandas de música progresiva bajo la estrecha vigilancia de la Guardia Civil. Vic, como Terrassa con su cava de jazz y Tete Montoliu, fue de las primeras plazas a las que se desplazó nuestro equipo. Una de las reglas principales de *Ajoblanco* era conocer a la gente enrollada de todo el país en su contexto. Jamás nos limitamos a las grandes capitales.

Los antiguos Nabucco junto a los nuevos miembros del equipo de *Ajoblanco*, acompañados por Ana Castellar, Keles, Tonia Salom, Maria Dols y Luisa Ortínez, entramos con ganas de fiesta y las doscientas revistas del número cero en las manos en el salón del fondo del Turia de Rambla Cataluña. Turia era una cafetería próxima a mi casa que los independientes de Derecho habíamos utilizado para nuestras reuniones. Jamás ningún secreta ni social de la policía política

había metido el hocico durante nuestras reuniones clandestinas. En aquella ocasión tampoco ocurrió nada. La celebración, un miércoles de mediados de abril de 1974, fue tan clandestina como el número, que no tenía depósito legal ni permiso alguno. En la portada de los labios y el diente de ajo envueltos en una cenefa negra pusimos por si las moscas: «Uso privado». El acontecimiento congregó a unas ciento cincuenta personas. Recuerdo a Rosa Regás comentando las páginas de la revista con asiduos de La Enagua y con un grupo de colegas de la facultad. Los jóvenes de Vic y de Terrassa, junto a artistas conceptuales y algún pionero del cine y del teatro independiente preguntaban a Francesc Vicens cómo iban las obras de la Fundación Miró. Marisa Ciento me presentó a Vicky Combatía, una chica muy dicharachera que estudiaba arte y que vivía con su novio, el hermano de Ana Briongos, en el famoso edificio de la calle Génova. Tras felicitarnos por haber publicado el manifiesto de los artistas conceptuales del Instituto Alemán, Vicky contó que Ana estaba en Afganistán, que Pau Maragall se había ido a pasar una temporada a Formentera con Pau Riba y que en junio iba a salir un tebeo underground que se iba a llamar *Star*. Javier Ballester, el dibujante amigo de Pau Maragall y de Mariscal, me dijo que podía presentarnos al joven editor del tebeo, Juanjo Fernández. Xavier Gassió, el fotógrafo que le acompañaba, corroboró la noticia y Vicky dijo que daría una cena en su casa con gente de las dos revistas.

Los comentarios que escuché aquella noche acerca del número se referían principalmente al diseño. Por mi parte, yo había desarrollado un texto en forma de reportaje de clara inspiración contracultural. Se llamaba «El fin de la civilización o

el nacimiento de la postcivilización». Era uno de los artículos más extensos del número. Reivindicaba el estudio de los deseos inconscientes, la revolución psíquica, la herencia de los surrealistas. También defendía un movimiento sin líderes ni jerarquías. Finalmente, emplazaba a los lectores a romper la frontera entre consciente e inconsciente, realidad y deseo, hombre y naturaleza. Había que alcanzar la unidad para que los avances de la técnica se utilizaran conforme a la naturaleza y dejaran de alentar el consumismo, que adormilaba a las masas y amenazaba el equilibrio ecológico del planeta. Era un texto situacionista.

Damiá Escuder, el gurú del underground catalán, salía con mi hermana y defendió mi artículo frente a Quim y Albert que sorprendentemente lo consideraron proyanqui por sostener que Europa había dejado de ser el centro del mundo y que la revolución que podía cambiar el mundo debía surgir en California, donde estaban las dos universidades más contraculturales y con más premios Nobel del mundo: Berkeley y Stanford. Por lo visto, el canon obligatorio que había impuesto la izquierda dogmática era que todo lo que producía Estados Unidos era imperialismo.

Damiá saltaba de grupo en grupo en compañía de Josep Florit, un amante del submarinismo que daba clases en la Facultad de Historia y simpatizaba con una extraña peña filosófica: la de la Cofradía del Vi de Gerona, pioneros en experimentar la psicodelia en Cataluña a finales de los sesenta. Creo que fue en aquella ocasión cuando les manifesté a ambos mi actitud contraria a tomar drogas sin ton ni son. No recuerdo cómo acabó la fiesta, sólo sé que tuvimos que acompañar a

Quim a su casa, junto al campo del Barça, porque había cogido una curda considerable y no se sentía capaz de ir en autobús. Tras dejarlo en el portal, de buena gana hubiera ido a la cueva de Montjuic. Como ya no existía, me senté durante un buen rato pasando páginas del número cero sobre mis piernas, en un banco de la Plaza Letamendi, donde mi madre guardaba su coche en un garaje. Me sentía contrariado aunque no me atreviera a manifestárselo a nadie. Yo aceptaba lo que pensaban los otros, incluso me había tragado parte de mi credo libertario por no herir susceptibilidades. Mi identidad no sólo era Cataluña, tampoco España, sino la del mundo entero, libre, mezclado y plural. ¿Por qué alguno de mis colegas criticaban por lo bajo el contenido de mi artículo? Yo había hecho míos todos los contenidos del número cero, incluido el texto culturalista de los conceptuales. Finalmente opté por tranquilizarme y seguir trabajando. Pretendía un equipo plural e iba a seguir trabajando en favor de todos.

## SEVILLA

En el otro extremo del país un chute de vitalidad había rociado desde el comienzo de los sesenta los pueblos blancos, las viñas y los olivares. Sevilla fue el epicentro del emergente underground hispano.

Radio Morón, de la base norteamericana, fue la emisora que mostró a lo más granado del flamenco –Diego del Gastor, Juan Talega, Tío Borrico de Jerez, Fernanda y Bernarda de Utrera–, el virtuosismo de Jimi Hendrix, las calideces de Wilson Pickett, Aretha Franklin y Otis Redding en el mismo momento en que se editaban los discos en Estados Unidos.

Nazario, consolidado como el más fiero dibujante del underground peninsular, me explicó el nacimiento de la movida de Sevilla una noche de primavera en las Ramblas. «¡Ay, nena, cómo me gusta recordar los sesenta!» Por lo visto, una colonia de *beatnicks* que huían de Estados Unidos se había establecido junto a los gitanos de Morón a principios de la década de los sesenta. Otros iban y venían del Tánger de Paul Bowles. En los almacenes de las bodegas de la zona, los hijos de los «señoritos» de toda la vida hacían fiestas que duraban tres días con gitanos, jóvenes y *beatnicks*. Bajo los efectos del fino y del hachís, las guitarras flamencas fusionaron el *soul*, el rock y el sitar de Ravi Shankar, mientras los espectadores participaban inventando una manera sobrecogedora de batir las palmas. Fueron tiempos en los que Diego del Gastor, la

estrella de una de las épocas más floridas del flamenco, había enseñado a Nazario a tocar la guitarra y en los que la mezcla de culturas y los viajes a Marruecos en busca de costo con el que financiar el día a día permitieron otra forma de vida.

Silvio Fernández Melgarejo, un ingenioso cuarterón de Triana, canijo, con un inmenso tupé a lo Elvis Presley, que podía pasar por ser un nieto de Séneca «frito de copas», había encontrado en la música de The Shadows, en la guitarra de su abuelo y en el batir de tapas de cacerolas las armas con las que desarrollar la inquietud que lo devoraba por dentro. Su vocación se había forjado tras los pasos de Semana Santa, redoblando los palillos y el tambor con mucha guasa. En la primera mitad de los sesenta, le tocó hacer la mili en la base de Rota. Los *marines* enrollados transformaron su universo mental, y Silvio fundó su primer grupo de rock, los X-5.

La precariedad de medios obligó al grupo a tocar con guitarras flamencas a las que cambiaron las cuerdas de nailon por otras metálicas –afinarlas con medios rudimentarios resultaba todo un arte– y a las que incorporaron una pastilla eléctrica conectada a una radio de los años cincuenta que hacía las veces de amplificador. Silvio dio sus primeros pinitos con una batería muy rudimentaria, nada que ver con las que exhibían las fotos de los grupos extranjeros.

Bajo la arboleda del parque, los norteamericanos de las bases y los hippies extranjeros buscaban anfetaminas y hachís que intercambiaban a los nativos por discos, amplificadores y guitarras Fender. El bar Jardines, el Club Yeyé, el pub Don Gonzalo y las glorietas del parque de María Luisa se llenaron de

pelos largos y convirtieron Sevilla en la California española antes del 68.

Una mañana, Silvio se encontró a los Mercury que no se habían ido a la mili en los locales parroquiales de la iglesia de

San Roque. A los pocos días fundaban los Mercury-5 con la misma frescura que los Beatles exhibieran en las «cuevas» de los barrios portuarios de Liverpool de los inicios de la década prodigiosa. Pulpón, el empresario musical con más olfato de Despeñaperros abajo, les consiguió una guitarra Fender y otra Gibson, que trajo de Barcelona, y les financió pasar parte de 1963 ensayando.

La leyenda de Silvio se forjó en un concierto de los Mercury-5 en el desaparecido estadio de La Macarena. Allí se transformó en el Ringo Star sevillano. Los norteamericanos, tras el concierto, llevaron a los Mercury-5 a las fiestas de las bases de Morón y de Rota en numerosas ocasiones. El éxito no aplacó la inquietud de Silvio. Se cansó de la vacuidad de los festivales de conjuntos, de la represión policial y, ante el estupor general, vendió por piezas la batería y cruzó la frontera en busca del *soul* de los negros. A Silvio le fascinaba la actitud de los negros, que a diferencia de los gitanos, luchaban por su dignidad con armas además de canciones.

Silvio volvió renovado en la segunda mitad de los sesenta. Junto a Gualberto García Pérez y Silvio Mané, los músicos con más talento de la onda sevillana, se puso a improvisar ritmos desbordados en conjuntos abiertos: Los Murciélagos, Nuevos Tiempos, Gong. Nazario me hablaba con pasión de aquellos

músicos pioneros que tanta vida metieron a orillas del Guadalquivir.

La historia de aquellos años que llenaron Sevilla de osadía musical me la continuaron contando cierto día que Alfredo Astor y su novia me invitaron a cenar a casa de Keles, donde vivían cuando estaban en Barcelona. Un pintor cordobés que había estudiado en Sevilla y que era amigo de la pareja explicó cómo habían nacido los Smash, el grupo de rock más influyente del primer underground español. En 1968, Gualberto decidió crear un nuevo grupo con Julio Matito y Antonio Rodríguez, dos músicos sevillanos muy jóvenes que se habían conocido a comienzos del año anterior en la calle cuando Julio llevaba una guitarra colgada al hombro y Antoñito, con catorce años, acababa de montar una banda con gente del barrio: The Five Singers. En el concurso de rock de Algeciras que había organizado Jesús Quintero, el futuro «Loco de la colina», los Smash pioneros conocieron a un músico danés, Henrik Michael, guitarrista de solos, a quien propusieron integrarse al grupo.

El nuevo grupo de Gualberto dio un concierto en el teatro San Fernando, en marzo de 1969. Algunas chicas se desmayaron y surgió la leyenda más potente de la época: la leyenda Smash. En poco tiempo, los Smash, junto a Pau Riba, Máquina y Música Dispera, se convirtieron en el referente de la nueva onda, la «progresiva». En el verano de 1969, Gualberto marchó a Estados Unidos para estudiar sitar. Antes de su partida, el grupo viajó a Barcelona a grabar su primer single con Els 4 Vents. En La Enagua conectaron con los miembros eléctricos del Grup de Folk: Pau Riba, Sisa, Jordi Batista, José

María París... También acudieron al sorprendente concierto que Ravi Shankar dio en el Palau de la Música.

De vuelta a Sevilla, los Smash fascinaron al tipo que llevaba el grupo Gong. Era Gonzalo García Pelayo, el polifacético activista que había montado el club Don Gonzalo en los sesenta y que años después se convertiría en uno de los popes radiofónicos de la Península y en el realizador del primer programa pop de TVE. Gonzalo era colega de los Pacos, Paco Molina y Paco Lira, quienes acababan de abrir un nuevo tipo de club, en el camino a Bellavista, junto al campo del Betis, en Eritaña. La Cuadra de Paco Lira, que a causa de problemas varios tuvo que cambiar de lugar en tres ocasiones, fue desde su nacimiento el punto de encuentro de las viejas y nuevas progresías; es decir, de progres y undergrounds.

El teatro radical como medio refinado de quebrar moldes por inspiración de Antonin Artaud, del Living Theater, de Grotowsky y de Stanislavsky, tuvo también buen reflejo en Sevilla. En La Cuadra se fusionaron las inquietudes flamencas del Teatro Grupo Lebrijano con gente que militaba en partidos clandestinos y rockeros eléctricos. Los Smash, que ya habían incorporado al popular Silvio, la liaron con Alfonso Guerra, el futuro vicepresidente del primer gobierno socialista, que dirigía entonces la *Antígona* de Bertolt Brecht con el grupo teatral Esperpento. El día del estreno, el grupo de rock se vistió con provocativas ropas de cuero y puso la música del espectáculo. Un día después y en el mismo lugar, Salvador Távora ensayaba la obra *Quejío*. Esta obra iba a triunfar en el festival de Avignon y llegó a Barcelona a principios de 1973. Távora había sido soldador en la fábrica Hytasa y torero con el nombre de

Gitanillo de Sevilla hasta que se cortó la coleta tras dar el golpe de gracia al toro que mató a su padrino, Salvador Guardiola.

*Quejío* inauguró el nuevo teatro Villarroel. Yo asistí al estreno con los Nabucco. ¡Nos dejó perplejos! La obra aunaba los cantes por soleares con el compromiso social de la cultura gitana. Un vuelco.

Jamás estuve en esa Cuadra, sí en las dos que le sucedieron. Como era seguidor de los Smash, seguí buscando mil versiones acerca de cómo se habían gestado tantos milagros en Sevilla. Aquel underground pionero, que hubiera podido colocar a Sevilla en el mapa de la nueva creatividad mundial, empezó a descomponerse pronto a causa de las estrategias represivas de la policía, la autoridad y los medios de comunicación.

En abril de 1967, las autoridades franquistas habían creado la Brigada Especial de Investigación de Estupefacientes y penado el consumo de LSD, que hasta entonces había sido legal. Las informaciones llegadas desde Estados Unidos sostenían que el LSD no sólo era un medicamento de psiquiatras, sino la sustancia que consumían los hippies. La voz de alarma la dio la revista norteamericana *Life,* siguiendo instrucciones gubernamentales, en abril de 1966. Un mes después la revista *Blanco y Negro* de Madrid publicó en su número 2.821 un resumen en el que, sin pretenderlo, hizo apología de los viajes en ácido: «Las drogas psicodélicas amplían el estado consciente y constituyen el instrumento mágico para atravesar las murallas culturales de muchos siglos y lanzarse hacia una vida psíquica libre y plena». A continuación, presentaban a Timothy Leary, un profesor que había sido expulsado de la Universidad

de Harvard y que se había trasladado a San Francisco, como el peligroso santón de la revolución psíquica de la humanidad bajo los lemas: «¡Extasíate! ¡Libérate! ¡Abandona!». Esta información fragmentada de lo que estaba ocurriendo en América resultó, para algunos, un anuncio. Había que probar el ácido como fuera. La revista *Semana* empezó a publicar artículos incendiarios contra los nuevos tiempos. «Ulla bailaba cuatro horas diarias. El ritmo yeyé le produjo la muerte por un ataque al corazón» (7-10-1967).

En diciembre de 1969, la Guardia Civil se inquieta, ve fumaderos en cualquier esquina, emprende una nueva cruzada contra los pelos largos y los drogadictos de Sevilla. Paga el pato un universitario que vive en un piso de estudiantes de la barriada de los Remedios. La policía dice haber descubierto un gran fumadero, inicia el asalto, encuentra unos ridículos cincuenta gramos de hachís, dos pebeteros, unas pocas boquillas y otros útiles para la administración del costo. Practica detenciones, la noticia sale destacada en la prensa franquista de la época como si se tratara de una nueva plaga de diablos que pretendiera acabar con los treinta años de paz y progreso. Alarma social. Como la Ley de Vagos y Maleantes era de 1933, época en la que la revolución psicodélica era una quimera, promulgaron la nueva Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, más dura y contundente que la anterior. En 1970 las autoridades franquistas iniciaron una nueva cruzada para evitar que la toxicomanía «yeyé» llenara las calles de inadaptados antimilitaristas que ridiculizaran el orden establecido y se cargaron la movida sevillana.

En los años sesenta, no sólo hubo en España desarrollismo

económico, horas extras, riadas de turistas, Seat 600, aumento del nivel de vida de las familias, emigraciones masivas, luchas obreras y estudiantiles promovidas por las diversas modalidades de marxismo y el caso Matesa[30] En los sesenta hubo también un despertar de estilos de vida que escapaban al control estatal.

Y lo más estimulante, cada paso hacia la libertad suponía una ruptura, una emoción y un laberinto por donde sortear enfados familiares, malas caras y repudios sociales de una mayoría silenciosa que quería seguir en Babia. La libertad se toma, no se mendiga, y eso hizo una parte de la juventud.

Los ritmos de las emisoras de las bases norteamericanas de Torrejón y Manises y las prácticas contraculturales de los *marines* se mezclaron con los nativos en diversos garitos de Madrid y Valencia. En la discoteca Stones's y en la cervecería alemana de la Plaza Santa Ana de Madrid, en los locales de la carretera que unía Valencia con las playas de la Malvarrosa y en el pequeño parque El Parterre se incubaron amalgamas parecidas a las de Sevilla y Barcelona.

Las músicas que alimentaban el movimiento underground exigían apostar por una nueva forma de vida. No bastaba con leer e informarse; tampoco era suficiente comentar las nuevas inquietudes con los amigos. El rock era un arma contra lo

---

30 Empresa catalana que se dedicaba a la exportación de telares en torno a la que fraguó uno de los usuales casos entonces de corrupción político-empresarial por las subvenciones. La diferencia es que éste salió a la luz pública en 1969 por la lucha política entre falangistas y opusdeístas. Acabó con el cese de varios ministros y un indulto de Franco a los acusados.

establecido y había que inventar espacios donde debatir y desarrollar el ímpetu para transformar la vida cotidiana y cambiar el mundo en profundidad desde la nueva acracia.

De forma súbita y con discreción, surgieron pequeñas sedes para la ruptura que anunciaban a Ibiza como la Meca del verano y a Barcelona como la ciudad donde el franquismo era más llevadero y donde cierta burguesía toleraba resquicios. En ciudades más pequeñas como Pamplona, sede de la primera época de la revista *Disco Exprés*, Gijón, Vigo, Palma, Reus, Burgos, Terrassa, Murcia, Valdepeñas, Vic o Algeciras, también nacieron garitos destartalados cuyos fundadores fumaban marihuana, escuchaban a Led Zeppelin, Grateful Dead, Jimi Hendrix, James Brown y Velvet Underground y guardaban como tesoros las revistas *under* más famosas del mundo: *It, Oz*, *Actuel, Berkeley Barb.*

Las melenas y los almohadones desperdigados por los suelos de bares considerados raros fueron trampas a veces mortales pues señalaban a la pasma dónde aplicar la nueva Ley de Peligrosidad Social. ¡Cuántos palos recibieron los precarios hippies hispanos y cuánta cárcel soportaron sin más solidaridad que la de los colegas! Muchos padres bienpensantes renegaban de sus ovejas negras y ni siquiera les buscaban abogado. Así fue como los funcionarios de prisiones, en colaboración con la Dirección General de Seguridad, consiguieron convencer a algunos de aquellos presos abandonados a su suerte y los convirtieron en un ejército de confidentes que se infiltraron por todas partes. ¡La soledad entre barrotes produce monstruos! La tarde en que Pep Rigol y Quim Monzó trajeron al despacho de *Ajoblanco* a uno de los

cronistas más enrollados del país, Luis Vigil, averigüé cómo había concluido la leyenda Smash. En Barcelona y alrededores, tras algunos conciertos en la costa, los componentes de Smash se habían puesto ciegos de ácido. Los managers de la casa discográfica a las órdenes de Oriol Regás se habían negado a grabarles unas piezas excelentes. Piezas que me dejó escuchar el promotor de conciertos Gay Mercader años después y que superaban con creces la entrada vocal de Grace Slick en algunos temas de Jefferson Airplane.

Tras el éxito de *El garrotín*, que alcanzó los primeros puestos de las listas de éxito, los Smash desertaron por negarse a limar su creatividad desinhibida con lo fácil. ¿Por qué hemos de medir nuestro arte en dinero? Su rock flamenco era hijo de un compromiso que apostaba por una libertad con genio. Aunque la industria del disco en España estuviera en precario, algunos intermediarios chupasangres pretendían arrastrar la nueva creatividad rockera hacia la industria del espectáculo. Otros pretendían usar la capacidad de convocatoria de los nuevos grupos en favor del Partido Comunista, que tenía infiltrados a algunos de sus cuadros en varios medios de comunicación para hacer propaganda de los artistas que convenían al partido.

La lucha de lo emergente frente a los zarpazos de ambas oficialidades se mantuvo durante toda la década y provocó un sinfín de contradicciones en el interior de cada uno de los creadores. Por una parte, los artistas necesitaban comer. Por otra, si aceptaban la comercialización para sobrevivir, su arte perdía talento y público fiel. Si asumían las directrices del Partido Comunista y cedían parte de lo recaudado, los comisarios periodistas les llenaban de parabienes siempre y

cuando ajustaran ciertos planteamientos ideológicos. La confusión como arma política subió muchos enteros.

Cuando en 1972 los Smash se dispersaron, flotaba en el ambiente la necesidad de consolidar la red musical entre Barcelona y Sevilla. Kiko Veneno, expulsado de la Universidad de Barcelona por revolucionario, y Toti Soler se instalaron a cuatro pasos de la Giralda. Tres años después, el poso de cuanto había ocurrido, alentado por Gong, el nuevo sello discográfico de García Pelayo, levantó a nuevos grupos sevillanos: Lole y Manuel, Triana, Alameda, Imán &: Gualberto, Veneno y Pata Negra. Esos grupos siguieron la onda Smash y encontraron en Barcelona y Madrid gran receptividad. La mezcla cultural que inventó Sevilla influyó poderosamente en la evolución del rock hispano de cualquier latitud. Los locutores modernos de Madrid que se infiltraron en Radio Popular primero, y después en Radio España, Radio Centro y en el programa *Iberdisco* de Radio Nacional, dieron cancha a los músicos sevillanos y a las movidas de Zeleste y de la «nueva ola madrileña» que emergió en la calle Libertad y en El Rastro, entre 1976 y 1977.

Comentaristas radiofónicos que hoy son leyenda, como Constantino Romero, el súper enterado Gonzalo García Pelayo y Joaquín Salvador de Sevilla, Ramón Trecet, Alvaro Feito, Adrián Vogel, Diego Manrique, Moncho Alpuente, Carlos Tena, Juan Pablo Silvestre y Jesús Ordovás, abrieron brecha en el sistema radiofónico. A través de las ondas narraban las delicias radicales de las músicas y de cuanto se cocía en los márgenes contraculturales que iban tomando pueblos y ciudades. Muchos de estos promotores de las nuevas movidas acabaron

por forzar en 1978 el nacimiento de una emisora decisiva: Radio 3, de RNE.

Si las revistas más influyentes de la nueva onda en los setenta estuvieron en Barcelona gracias a la bonanza de su sociedad civil, la radio comprometida tuvo su plataforma en Madrid con una contundencia que muestra cómo con ideas sentidas y osadía se derriban murallas; en este caso, las de las emisoras franquistas.

## LA COMUNA DE *AJOBLANCO*

Ana Castellar abrió las puertas de Fontclara al equipo de *Ajoblanco* con generosidad. La rectoría dejó de ser un lugar exclusivo donde Ana y sus amigos pasábamos los fines de semana. Aquel invierno de 1974 Fontclara se convirtió en una especie de santuario donde el grupo tejía sosegadamente las decisiones. Expulsar el franquismo de la mente y del corazón sin caer en los dogmas de la izquierda autoritaria exigía un cúmulo de encuentros y experiencias compartidas. Fontclara propició algunas de ellas. Cualquier conversación, mirada, baile, roce, paseo o labor estuvo envuelto de emoción y magnetismo. Los diferentes huéspedes encontrábamos un rincón de intimidad donde escribir, leer, charlar o dibujar. Sin duda, la casa, el entorno y los modos de Ana marcaron el destino de la revista.

Los sábados, tras comer en alguna fonda de los alrededores, empezaba la improvisada reunión de fin de semana, siempre abierta a otras gentes y a cualquier temática. *La ópera de los tres peniques* solía abrir la sesión de tarde. Leíamos, discutíamos, cantábamos, bailábamos, nos acariciábamos, reíamos, tomábamos notas. Ana iba llenando los vasos de vino hasta que abría la puerta del saloncito que daba a la cocina y ponía a calentar el agua para el arroz de la cena. En algún momento aparecían los amigos de Ana que tenían casa en los pueblos cercanos. La tarde en que apareció el poeta Jaime Gil

de Biedma con uno de sus amantes fue gloriosa. Pep Rigol, impresionado por la proximidad del poeta de la ciudad, empezó a narrar en plan cómico su etapa de monaguillo en la escolanía de Montserrat con una timidez que mezclaba castellano y catalán, mientras Jaime se desternillaba de risa entre los almohadones del sofá de obra. Agarrado a un vaso de vodka, pedía más anécdotas. Cuando Pep venció definitivamente la timidez contó una masturbación primeriza asistida por otros escolanos junto al altar mayor de la basílica mientras cantaban la Salve.

Jaime divulgó entre los conocidos de la zona que Ana tenía la casa llena de jovencitos que además de preparar una revista eran unos cachondos. Con lo que empezó a circular la leyenda de que en Fontclara pasaban cosas raras. El morbo atrajo a más y más curiosos en busca de distracción. Cuando venía algún desconocido –todos eran mayores que nosotros– nos disfrazábamos con sábanas y ropas viejas de Ana y convertíamos la salita de la chimenea en un escenario dadá en el que los empujábamos a participar en nuestras sesiones de caricias colectivas mediante insinuaciones picantes y provocaciones políticas. Lo más conmovedor fue que gente seria y mayor como Francesc Vicens o Damiá Escuder, acostumbrados a nuestro talante festivo y cotidiano, participaba activamente en nuestro teatro y, sin ser demasiado conscientes, parodiaban sus propias creencias y labores profesionales, amplificando en el visitante la sensación de desconcierto. Los rumores acerca de supuestas orgías en Fontclara iban de un lado a otro cuando la verdad es que jamás las hubo.

Los domingos de Fontclara se convirtieron en la jornada de la intimidad, de los paseos campestres y de la lectura. Y es que los domingos yo no hablaba. Ana me preguntaba, me seguía, me abrazaba. Yo iba de un lado a otro envuelto en una manta con un libro en la mano. Bebía mucha agua y apenas comía.

Meditaba. Ana, un tanto picada, empezó a llamarme «flor de estufa». El día siguiente, los lunes en Barcelona, lo reservaba para organizar el plan de la semana y casi lo ejecutaba al mismo tiempo. Pronto iba a salir *Ajoblanco.* Teníamos equipo, imprenta, empresa de fotolitos y distribuidora fiable.

Algunos puristas del underground nos acusaban de convertir Fontclara en una falsa comuna de fin de semana. La verdad es que ninguno de nosotros, a excepción de Alfredo Astor, sentimos necesidad alguna de olvidar los retos urbanos. Muy al contrario, nuestra motivación consistía en desparramar la creatividad en el mundo del trabajo. Nosotros creíamos que arte y vida debían correr de la mano sin subterfugios. Los conciertos, las lecturas, el cine y el teatro de vanguardia habían hecho mella en nosotros. Lo que más condenábamos era la doble moral. Ahora pienso que tampoco fuimos tan libres. La moral franquista y el catolicismo conservador habían establecido un divorcio total entre cuerpo y alma difícil de corregir en un santiamén.

La facultad, tras los once meses de clausura, se había transformado en un espacio burocratizado. Pese a ello, con José Solé y Jorge Bacaria, un estudiante discreto que hacía poesía experimental, decidimos montar la segunda muestra de poesía universitaria. Por segundo año consecutivo, las paredes

se llenaron de poemas. La novedad más destacable de aquella exposición fue la influencia del arte de Joan Brossa por el número de poemas visuales. Brossa se fue convirtiendo en una referencia para muchos de nosotros.

Durante el primer trimestre de 1974, la crisis del petróleo había disparado la inflación y el poder adquisitivo había descendido hasta ser agobiante. Los simpatizantes de Comisiones Obreras y las huelgas aumentaron a la misma velocidad que la prosperidad económica se venía abajo. El precio del autobús subió un cincuenta por ciento, la bombona de gas butano del despacho un setenta y la gasolina un quince.

Toni Miró-Sans y yo nos pusimos a vender enciclopedias a domicilio tras bucear entre las páginas de anuncios de *La Vanguardia.* Sacar algunos duros para el fin de semana y el trabajo en *Ajoblanco* me impidieron asistir a unos seminarios particulares que mi equipo de estudio organizó con un profesor de Economía del Derecho. Yo estaba muy interesado en aclarar qué ocurría con la OPEP, los petrodólares y la devaluación del dólar. Siempre quise asistir a alguna de aquellas sesiones y abordar el tema con el profesor. No lo hice. Tardé un año en comprender la magnitud de la trama monetaria que habían tejido el presidente Nixon y su secretario de Estado, Henry Kissinger. Lo que el capitalismo hacía con el dinero se estaba convirtiendo en uno de mis temas favoritos.

Quim Monzó pasaba muchas horas ilustrando para Harry Walker en su estudio junto a la avenida de Madrid. Le gustaba vivir con cierta comodidad e independencia. Le fascinaba hacer cine raro con Albert Abril, aunque la dependencia que exigían

las películas le ponían de mal café. Le recuerdo apostado en la barra del club La Chapa la noche en que me dijo entre gestos burlescos que las noches en que no ligaba, casi todas, las pasaba en su estudio escribiendo paridas mientras escuchaba música hasta el alba. Tenía entonces veintiún años y acababa de descubrir que ya no era un gamberro de barrio con ganas de bronca y que podía entrar en todo tipo de antros. Desde los más pijos –Metamorfosis, Bocaccio, la Araña, La Chapa– hasta los garitos más tirados de la zona entre Vía Layetana y el Barrio Chino. También se había dado cuenta en las cenas que había compartido con Ana de que los restaurantes de ambiente intelectual permitían contactar con gente que podía dar alas a la creatividad. Lo cierto es que en compañía de Quim Monzó y Pep Rigol pasé noches de mucho cachondeo. Recorrimos restaurantes, clubes y otros locales. Entre las nubes del recuerdo escucho las risas de una noche expansiva en el Drugblau, el *drugstore* que estuvo en Plaza Lesseps, y también los bailes de cuando íbamos a parar a las discotecas. Creo que fue tomando unos bocatas en el Drugblau cuando Quim se comprometió a dibujarnos las letras del logotipo. Dijo que iba a ridiculizar la comercialización en la que había caído la contracultura norteamericana y el rock combativo. «Parodiaré las letras de la multinacional por excelencia: Coca-Cola», dijo. Una de aquellas tardes se llevó del despacho el libro *En el camino*, editado en Argentina, que Luisa me había prestado. Y a la siguiente me habló de un tal Tom Wolfe que ridiculizaba las actitudes de los hippies. Para él, el movimiento hippy había fracasado por frívolo e ingenuo. «Los ricos estudiantes de las flores ni son proletarios ni entienden la lucha de clases.»

Toni Puig, con quien la relación de amistad crecía, además de

aplicar los métodos pedagógicos de Rosa Sensat en sus clases, ocupaba los fines de semana que no subía a Fontclara –la mayoría– en organizar actividades de tiempo libre para adolescentes sin recursos en casas de colonias perdidas en las montañas. «Quiero que los niños aprendan higiene, civismo y expresión plástica al aire libre», decía. Por su parte, Cese Serrat, el mejor amigo de Toni, desarrollaba la parte de expresión corporal ensayando con los críos una mezcla de payasos de circo, marionetas de pueblo y el mimo de Jacques Lecoq.

Cese, nuestro maquetista, era un chaval despistado con una imaginación desbordante que conseguía meterte dentro de las historias que contaba en un catalán perfecto. Y lo mejor eran los gestos con los que adornaba sus narraciones. Uno se moría de risa cuando contaba cómo iba a maquetar la revista. El triunfo social no le merecía el más mínimo respeto para desesperación de Toni, que creía en él y en su estrellato. Lo único que Cese deseaba era vivir de aquello que pudiera satisfacer su creatividad en un país libre y despierto. En su oficio de ilustrador pionero seguía las modas estéticas a través de Eina y de la revista *Serta d'Or* con un rigor cada vez mayor. El estímulo de maquetar una revista nueva con gente de Barcelona le dio alas. En ocasiones nos sorprendía con un petate lleno de composiciones gráficas que Quim festejaba con parabienes. Ana insistía una y otra vez: «Tienes que enseñar tu trabajo a las editoriales más prestigiosas. Eres claro, moderno y elegante. Seguro que te encargarán portadas». Cese sonreía y hacía nuevos malabarismos con las piernas y el torso que te dejaban con la boca abierta. Soñaba con montar una compañía de payasos con su novia.

Pep Rigol cargaba a todas partes su Nikon y los objetivos. Seguía sin fotografiar personas. Disparaba contra piernas, hilos eléctricos, semáforos, ropa tendida, zapatos o neumáticos gastados. Le gustaba hacerse el imprescindible y explicar con paciencia las últimas tendencias del mundo de la fotografía y quiénes eran sus protagonistas. Tenía contactos y a veces publicaba alguno de sus trabajos en las pocas revistas especializadas que existían. Siempre se quejaba de que la fotografía ni siquiera se considerara un arte menor. En una ocasión nos empujó a visitar la primera exposición de fotografía de Joan Fontcuberta en el sótano de Aixelá, la tienda de material fotográfico de Rambla Cataluña. Josep María Casademont, director de la revista *Imagen y Sonido*, llevaba el espacio con acierto y solía mezclar lo próximo con lo más experimental del momento. A la salida, me separé del grupo y me fui a cenar a solas con Ana Castellar a un restaurante, el Tibet. Ana se estaba consolidando como editora en la editorial de libros de medicina donde trabajaba.

El restaurante de madera estaba colgado sobre un edificio situado en la ladera de un montículo e imitaba la arquitectura tibetana. Desde sus ventanales se veían las luces de media ciudad. A Ana y a mí nos gustaba dar rienda suelta a nuestra intimidad en lugares así. Durante la conversación comprobé que seguíamos estando de acuerdo en cuanto se refería a la revista. Los últimos en incorporarse a *Ajoblanco* habían supuesto una apertura hacia el catalanismo cultural más radical, acierto necesario pero no suficiente. *Ajoblanco* necesitaba más gente para no acabar ensimismada en la «cultureta». Por otra parte, la gente de la *gauche divine* tampoco estaba para experimentos y ocupaba casi todo su

tiempo en situarse en lugares estratégicos donde consolidar carrera y profesión. Poca novedad en este frente que perdía influencia por falta de iniciativa ante los nuevos retos. «¿Dónde podemos encontrar gente buena y nueva?», nos preguntábamos. Yo estaba cada vez más convencido de que habría que inventarla. Era imprescindible encontrar a un filósofo de la nueva cultura. Toni estaba fascinado con Rubert de Ventos. Yo le conocía, leía sus libros pero no sé por qué estaba convencido de que ese hombre jamás nos pasaría nada. «Mañana llamaré a Salvador Pániker», recuerdo que dijo Ana. «Podemos comer con él en País este sábado. Ha publicado a muchos de los autores que tanto os emocionan y sabe escribir.»

El círculo de País vivía una historia un tanto peculiar cada fin de semana. Helena, la ex mujer de Pere Portabella, había congregado a su alrededor a un decorador elegante y su círculo de amigos, que acababan de restaurar unas refinadas casas de piedra en el pueblo. Unas mujeres burguesas y extravagantes, bastante modernas, que iban de *poupées* y mantenían vínculos editoriales con Lumen también pasaban los fines de semana allí. Por otra parte, el humorista gráfico de izquierdas más en boga entonces, Jaume Perich, se hizo con una pequeña casa, donde empezó a acudir un Manolo Vázquez Montalbán con sed de escalada social, junto a los Artigau, que también habían restaurado otra frente al cuartel de la Guardia Civil. Jaume Artigau era un pintor de éxito que parecía un Toulouse-Lautrec desbocado. El grupo de mujeres, separadas o solteras, acogieron a estos intelectuales que habían fundado una nueva revista de humor político, *Por Favor*, como agua de mayo. Y los mezclaron con el grupo del decorador. Aquellos individuos, se

decía, cocinaban exquisitamente. Así es como los fundadores de *Por Favor* empezaron a compartir cenas y Manolo Vázquez Montalbán pudo exhibir su afición por la cocina de alto copete. La guinda del grupo era un exitoso matrimonio burgués en el abismo de la contracultura y del feminismo con *glamour*: Salvador Pániker y Nuria Pompeia. Ambos vivían en las afueras, en pleno bosque, en una masía que se llamaba Can Floris. A mitad de semana, Ana me dijo que Salvador no podría vernos pero que José María Espada, uno de los decoradores, nos invitaba a cenar a su casa. Me extrañó, puesto que el grupo de País, a excepción de Salvador, contemplaba con indiferencia el aprecio de Ana por los niñatos que habíamos invadido Fontclara.

Aquella semana subimos Pep Rigol, mi hermana Rosa y Damiá Escuder. A media tarde del sábado vino a Fontclara una pareja joven, amigos de Ana, que acababa de comprar una casa en Monells. Eran dos personajes muy dicharacheros que congeniaron con nosotros a las mil maravillas y que en algún u otro momento solían pasar por Fontclara. Ignacio fabricaba lámparas y Rosa Esteve –hermana del catalanista Pere Esteve– trabajaba como secretaria de redacción en el nuevo Por Favor. Rosa dejó un ejemplar de la revista sobre una repisa llena de vasos e Ignacio se sentó en el sofá de obra y lió un porrito. A las nueve de la noche fuimos a País.

Lo más sorprendente de la época es que casi nadie tenía teléfono y las idas y venidas se producían de forma espontánea. Nunca sabías quién podía aparecer ni en qué momento.

Llegamos alborotados a la casa de País, que resultó ser más que exquisita. Yo traté de hablar en serio con Vázquez Montalbán. Gruñó y no hubo forma de entrarle. Torció el gesto y se produjeron una sucesión de equívocos hasta que en algún momento exclamé: «¡La revolución no tiene por qué ser la cosa más aburrida del mundo!». Un Jaume Perich cargado de copas me dio un abrazo y me susurró al oído: «¿Por qué crees que hacemos una revista de humor con Manolo y Juan Marsé?». Fue entonces cuando a voz en grito para que Montalbán me escuchara pregunté: «¿Cómo es que cuatro horas antes de que ejecutaran a Puig Antich, el i de marzo de este año, celebrasteis tan campantes el cóctel de presentación de *Por Favor* en La Oca de Calvo Sotelo?[31] ¿También vosotros lo considerabais un ladrón de bancos?».

Manolo me lanzó una mirada implacable desde la penumbra del rincón en el que se había refugiado. Tanta mala hostia me empujó hasta el lugar donde estaban los míos. Desde allí verifiqué que Manolo desprendía una tensión fuera de lugar, que apenas participaba en las conversaciones de «los suyos» y que sólo juzgaba. Daba la impresión de estudiar cualquier movimiento de sus amigos y apuntarlo en algún rincón de su cabeza. ¿Con qué intenciones? Helena paseaba las bandejas de un lado a otro de la amplia estancia y en algún momento recuerdo que le susurró a una mujer voluminosa: «Todo esto que pasa es normal. Aunque tú no lo entiendas, da igual. No tiene la menor importancia. Por fin vivimos una época de apertura sexual».

---

31 Actualmente, Plaza Francesc Maciá.

Los de Fontclara, aburridos de un juego de seducciones que no comprendíamos, nos dejamos guiar por un musculitos joven, amigo del decorador. Nos parapetamos en el estudio, en el piso de arriba, junto a un piano de cola muy barnizado, a reír las historias de Pep Rigol, los chistes de Ignacio y las elocuentes sentencias de Damiá. En un momento dado, el marido de Rosa Esteve quiso liar un porro. El musculitos lo miró con malicia, mientras yo captaba una tensión creciente que nacía en el piso de abajo y se escampaba por toda la casa. Estábamos comportándonos en casa ajena como en la propia y, al parecer, sobrábamos. Ana se había quedado abajo. Entre payasadas, abrimos una trampilla y salimos a la azotea. Liamos un par de canutos bajo las estrellas hasta que fuimos descubiertos y expulsados de la casa. «Si la Ilustración no nos quiere, creceremos sin ellos», sentenció alguien. *«I tot això per un porro*!»,[32] exclamó Rosa Esteve en el umbral mientras Ignacio, que era pelirrojo, lanzaba un escupitajo al suelo y Damiá susurraba: *«El nostre destí és com el d'aquest escorpí*»,[33] señalando uno que corría junto a la puerta de la casa. Salimos zumbando.

Jamás le pregunté a Rosa qué fue lo que ocurrió cuando se reencontró con Manolo en la redacción de *Por Favor* tras el incidente.

---

32 «¡Y todo por un porro!»

33 «Nuestro destino es como el de este escorpión.»

## DOS CABEZAS PARA LA HIDRA

Una tarde de primavera le conté a Tomás Nart que había telefoneado a María José Ragué y que me había aconsejado contar con su ex marido, Luis Racionero. «He quedado con Racionero en su despacho de urbanismo y me gustaría que me acompañaras», le dije.

El despacho estaba en el mismo lugar de la difunta librería Trilce, el pasaje Marimón, donde recordaba haber soportado una película de Andy Warhol lenta y aburrida, muy esnob. También había sido el lugar mítico y progre que había acogido la primera exposición de mi amigo Frederic Amat.

El estudio estaba cubierto con una moqueta verdosa y decorado al gusto minimalista que entonces se catalogaba como zen. Las luces eléctricas tamizaban el ambiente, los flexos amplificaban la sensación de concentración de los delineantes y se percibía, leve, la música de Crosby, Stills & Nash. Entre claridades difusas, una joven secretaria nos sugirió sentarnos en el lugar que hacía de sala de espera y nos ofreció té.

Luis apareció sigiloso y, al verlo, las gafas de concha de Tomás resbalaron hasta el final de su gran nariz y a mí se me cortó la respiración. No iba con el típico uniforme de los intelectuales –pantalones de pana o ropa tejana y camisa a

cuadros–, sino que llevaba una americana de terciopelo azul profundo estampada con estrellas plateadas de cinco puntas, una camisa naranja y desprendía un aroma a perfume de rosas mezclado con sándalo. Antes de sentarnos le entregué el número cero de *Ajoblanco.*

En aquel primer toma y daca, Luis respondió a nuestras proclamas de forma resuelta y con una voz sutilmente modulada para agradar. Prestó atención a nuestros argumentos y nos respondió, midiendo las palabras. «Sin una revolución cultural que transforme los valores de un sistema económico que confunde medios y fines y que acabe con la culpabilidad cristiana, la ética calvinista del trabajo y el pragmatismo racionalista, es imposible transformar el mundo. La sociedad mecanizada ha de repartir la abundancia y detener el crecimiento ilimitado que arrasa los recursos del planeta.»

Fue el primer intelectual español a quien escuché hablar de crecimiento sostenible, de ecologismo y de la arquitectura como parte de la naturaleza. ¡Menudo palo le había pegado Vázquez Montalbán en la revista *Triunfal* Racionero había publicado en *Revista de Occidente*, con la bendición de Soledad Ortega, un pionero dossier de ecología. El comunista, nos contó Luis, había escrito que la ecología era la fórmula de los pequeñoburgueses para eludir la lucha de clases. Estaba claro que Montalbán pertenecía a una ortodoxia antigua que aniquilaba cualquier concepto de sociedad postindustrial que no cuadrara con los postulados marxistas, y que Luis era el filósofo afín al imaginario de nuestra generación.

Luis había estudiado en la Universidad de Berkeley con los

líderes mundiales del nuevo urbanismo: Christopher Alexander, John Dyckman y Richard Meier. Estos urbanistas eran las golosinas más exquisitas de quienes editaban la revista *Arquitecturas Bis* a través de la editorial de Rosa Regás –Federico Correa, Oriol Bohigas, Rafael Moneo, Manuel-Solá Morales y Lluís Doménech en colaboración con el filósofo Tomás Llorens y el diseñador Enric Satué–. Alguno de ellos había maltratado a Racionero, que tenía un máster en urbanismo y era ingeniero y economista, en el mismo momento en que el colegio profesional de arquitectos rivalizaba con el de ingenieros para que sólo los licenciados en arquitectura pudieran firmar los nuevos planes de urbanismo y remodelaciones viarias. Luis estaba dolido. En primer lugar, Solá-Morales no le había aceptado como adjunto en su cátedra de arquitectura para poder explicar a los alumnos el método Alexander. «Solá-Morales», contó, «pretendía que se lo explicase todo a un ayudante suyo para que fuera éste quien se lo pasase a los alumnos. Por lo visto, temía que le pudiera hacer sombra.» En segundo lugar, la revista técnica *En Construcción* le había encargado seis artículos sobre la teoría general de sistemas aplicada al urbanismo, sobre la ciudad para las personas y diseño urbano, temas que en Barcelona sólo se oían como rumores difusos. Poco después, algunos de esos temas empezaron a ser divulgados en boca de otros como el íntimo amigo de Rosa Regás, Oriol Bohigas.

Luis nos aconsejó leer el *Tao Te King.* También nos habló de la filosofía de Giordano Bruno y de la necesidad de fundar una nueva escuela de pensamiento neoplatónico como la que había existido en Florencia durante el Renacimiento. «Hay que crear nuevos valores que alumbren una cultura a escala humana en

la época de la técnica y de la abundancia», repetía una y otra vez. Durante la charla pasé del desconcierto inicial a manifestarme con total espontaneidad. ¿Cómo podía existir un intelectual que pensara así en Barcelona? Por fin descubrí con quién compartir aquella libertad de pensamiento en las antípodas de Lenin y Mao. Cuando Tomás y yo nos levantamos, nos regaló su primer libro, *Ensayos sobre el Apocalipsis*, y nos prometió colaborar en el número uno de *Ajoblanco* con un manifiesto: «Todo está en la mente». «En Sant Martí d'Empúries tengo alquilada una casita, pasad un día y seguimos la charla con tranquilidad. Por fin he encontrado gente que entiende lo que está ocurriendo en el mundo», nos dijo.

Al llegar a casa, pensé que había dado con el intelectual afín que estaba buscando. Así fue como Luis Racionero, doce años mayor que yo, se convirtió en una especie de maestro a quien consulté dudas y proyectos durante décadas.

Un sábado le pedí prestado el Seiscientos a Ana y partí de Fontclara rumbo a Sant Martí. Busqué la casa del pensador, empujé la puerta y me encontré ante una sala vacía cubierta de alfombras. Al fondo, distinguí a Luis en cuclillas sobre una colchoneta entre un hombre y una mujer bastante guapa. Jugaban a coronarse la testa con ramas de jazmín en flor. La sala, atravesada por el contraluz de poniente, olía a incienso de rosas y a mar. Por lo que comentó el hombre, un vasco que hablaba un castellano perfecto, deduje que llevaban un buen rato explicándose sueños e intercambiando puntos de vista acerca de las enseñanzas de Freud.

Tras tomar el té, Carmen Iglesias, la mujer que salía con Luis,

sugirió ver la puesta de sol desde las ruinas. El macizo del Canigó, elevándose en la lejanía detrás de los restos de la ciudad romana, llevó a Luis a iniciar una conversación sobre el urbanismo de «La ciudad del hombre». Contó que en Berkeley se había apuntado a este departamento. Por lo visto, los anglosajones no sabían usar los espacios públicos para el ocio. Tampoco se les había ocurrido que estos espacios eran los más idóneos para los encuentros fortuitos. Muchos profesores norteamericanos detestaban estas ideas aduciendo la escasa rentabilidad económica de unos espacios contrarios a las superficies comerciales. Otros, como Christopher Alexander y John Dyckman, apostaban por diseñar espacios al aire libre que estimularan la comunicación. Las ciudades anglosajonas, aunque estuvieran en California y disfrutaran de buen clima, carecían de ramblas mediterráneas y de cafés con terraza al aire libre.

Detenidos entre los restos de lo que había sido el foro romano, contemplamos como el sol se perdía tras los lejanos volcanes de Olot mientras el cielo iba enrojeciendo. Luis defendía que en una sociedad decadente las élites tenían que renovarse y que el tipo de urbanismo marcaba las pautas del comportamiento humano. «Si todos los ricos viven en Pedralbes o en Somosaguas sin mezclarse, es muy difícil que la sociedad emprenda algo nuevo.» Saltaba de un tema a otro con parsimonia. Después de narrar sus experiencias en Berkeley con Alan Watts, Norman Brown y otros maestros de la nueva cultura, insistió en la importancia de tratar a pensadores sabios e impregnarse no sólo de su saber sino también de la vibración que emanaban. Destacó su vivencia en el concierto que los Rolling dieron en Altamont ante trescientos mil hippies:

«Un tipo desnudo, desagradable y gordo corrió hacia el escenario. Los Ángeles del Infierno, esos tipos cargados de cueros bordados de calaveras, que van en moto en busca de pelea, hacían de guardas de seguridad. ¡Error garrafal! Un montón de ellos se lanzaron contra el pobre ingenuo hasta dejarlo inconsciente, mientras Mick Jagger cantaba *Bajo mi pulgar*».

Cuando me di cuenta de la hora, la apacibilidad del crepúsculo había acabado. Tenía que regresar a Fontclara. El coche no era mío y Ana me había advertido de que aquella noche cenábamos con mi amiga Tonia Salom, que acababa de llegar tras pasar unos meses de prácticas en la galería Maeght, en Saint Paul de Vence. Mientras caminábamos hacia el coche, Carmen, que me pareció una mujer entrañable con un sentido común muy seductor, me explicó una historia llena de romanticismo. Había conocido a Luis cuando estudiaban bachillerato y habían salido juntos durante un tiempo. Luego, cada uno se había casado por su lado. Carmen tenía cuatro hijos con un arquitecto progre y Luis uno con María José Ragué. Hacía pocos meses que se habían reencontrado y solían pasar los fines de semana juntos. Antes de subirme al coche, Luis fue a su casa en busca de un texto que un estudiante alemán había colgado en las paredes de la Universidad de Berkeley: «El manifiesto del enmohecimiento».

Tonia, Ana y yo leímos el texto después de la cena. Decía que la metodología de la arquitectura moderna no era libre y había sucumbido al mismo tipo de censura que la pintura en la Unión Soviética. «No debería existir ninguna restricción del deseo individual de construir. Es el único modo de detener el proceso

por el cual los seres humanos viven en sus casas como pájaros enjaulados. Ni siquiera los grandes genios pueden seleccionar o predecir quiénes van a ser los futuros inquilinos. El llamado elemento humano en arquitectura es un fraude criminal, especialmente cuando las medidas y las normas están basadas en el hombre promedio de las encuestas Gallup.» Tras cargarse a los arquitectos funcionales por pretender derribar las fachadas de estuco del modernismo y sustituirlas por construcciones rectilíneas, reivindicaba que arquitecto, albañil e inquilino fueran una unidad y que la universidad transmitiera la técnica precisa para alcanzar el equilibrio de lo bello. A Ana le pareció genial publicarlo en el número uno de la revista.

En la siguiente reunión del equipo planteé la necesidad de incorporar a Luis Racionero. Él no podría acudir a todas las reuniones debido a sus viajes profesionales. Sus proyectos iban a parar a un equipo de Madrid que dirigía José Ramón Lasuén, un prestigioso economista discípulo de Keynes que sabía de urbanismo.

Una tarde arrastré a Quim Monzó y a Toni Puig hasta la casa modernista que Luis tenía en la montaña de Vallvidrera, desde donde se divisaba, entre pinos, la ciudad. Luis era muy libre y nos recibió enfundado en un batín de seda color violeta.

Olía a *parfum d'amour* y nos ofreció un licor dulzón. Aquellas actitudes berkelianas soliviantaron a Quim, que no encontraba la forma de acomodarse entre los cojines que hacían de sofá. Toni sí congenió con el gurú contracultural de España, se animó y empezó a hablar del Renacimiento con desparpajo.

Mientras Luis nos explicaba sus trabajos –un sistema de ciudades para la Amazonia, el estudio de la topología y las mallas urbanas del Sahara argelino–, Quim hacía bromas acerca de una pequeña lámpara *art nouveau* de alabastro que descansaba sobre una mesa de mimbre, bajo un espejo. Cuando se sintió más seguro le espetó: «Te pasa lo mismo que a Godard. Cuando hace una película para ayudar a la causa de Al Fatah, el material que usa es Kodak. Y Kodak ha contribuido a la guerra de Vietnam». Y por lo bajo me dijo: «Este hombre defiende verter disolvente sobre los edificios de oficinas mientras planifica carreteras en la selva amazónica».

«Quim es un poco canalla», pensé yo.

Empecé a frecuentar Vallvidrera y Empúries. Luis era un hombre ameno con una memoria portentosa. Repetía con precisión un montón de frases de filósofos. También era muy hospitalario y jamás cerraba con llave la puerta de su casa. Una tarde, Terenci Moix apareció por la casa de Empúries como si fuera suya, se sentó en un pequeño escritorio y empezó a redactar un artículo para la revista *Destino* que debía enviar inmediatamente, pues ya estaba fuera de plazo. El escritor había pasado un mes allí, solo, escribiendo un nuevo libro que según contaba iba a sembrar el terror en los ambientes de la cultureta catalana.

Corría la época en que el novelista estaba fascinado con Shakespeare y con el actor Enríe Majó. Casi cada noche cenaba chuletas a la brasa entre gente de la farándula en Can Lluís, un comedor casero frecuentado por profesionales del mundo del teatro situado en la parte baja del Barrio Chino de Barcelona.

Durante años, los de *Ajoblanco* cenamos allí a menudo y coincidimos con el escritor. Recuerdo el ambiente festivo de aquel restaurante en el que una cena costaba menos de cien pesetas. Allí conocí a Rosa Novell, Mario Gas, Joan Font de Els Comediants y a Albert Boadella.

La irrupción de un intelectual en las antípodas de la onda marxista fue celebrada por algunos miembros del equipo y disparó la alarma en otros. Pep Rigol, Albert Abril y Quim Monzó quisieron contrarrestarlo trayendo a las reuniones a Claudi Montaña, un radical de la cultura underground que simpatizaba con la extrema izquierda maoísta. Claudi tenía piel de ángel y había nacido en Manresa, vivía en una comuna del barrio de Gracia y era uno de los tipos más enrollados de la ciudad. Sus crónicas eran buenas. La aportación me pareció un nuevo estímulo y festejé de inmediato tal sugerencia. Lo más cómico de su aspecto eran las botas de plataforma que le hacían parecer más alto de lo que en realidad era y que casi chocaban con la melena lacia que le caía sobre una cazadora de cuero raído. Me explicó que estaba preparando con Ángel Casas y Miguel Riera una revista de música en la que iba a estar más pendiente del contenido que de las etiquetas. Estaba harto de que los músicos famosos dieran relumbrón a productos horteras y habló con entusiasmo del *long play* de Robert Fripp y Brian Eno.

Por fin, Tomás Nart y yo decidimos ir a la redacción de *Tele-Exprés.* Íbamos a ver a Pere Oriol Costa, el subdirector, amigo de Roger Jiménez. Este último me había dado una retahíla de consejos la noche que fui a cenar a su casa por mediación de Ana: «Con menos de un millón no conseguiréis hacer la

revista», nos había dicho. ¡Sólo teníamos trescientas mil pesetas!

La redacción de *Tele-Exprés* era una sala amplia, bastante cutre, con papeles tirados por todas partes. Los periodistas, apretujados en mesas compartidas, escribían sus crónicas en unas destartaladas máquinas de escribir y tiraban sin parar bolas de papel usado al suelo.

Costa nos metió en el despacho vacío de Ibáñez Escofet, el director, y se sentó tranquilamente en la silla. Le expusimos el tipo de revista que íbamos a lanzar y la necesidad de encontrar un director con carnet de periodista que, por imperativo legal, debía ser el máximo responsable ante la autoridad. Aclaramos que aunque lo marcara la ley no le podríamos pagar tres veces más que a un redactor, pues no teníamos dinero y nuestro organigrama no se ajustaba a los preceptos legales.

Costa abrió la puerta y echó un vistazo a los miembros de la redacción.

«¡Eh, tú!», le gritó a uno.

Un hombre alto y desgarbado entró como una moto y se quedó de pie. No era un redactor del periódico, sino un colaborador que escribía una crónica diaria.

Creo que no tardé ni dos minutos en contarle la idea. Fue como si en el tarot hubiera salido La Picota: idealismo, entrega a una causa, sacrificio personal, apostolado, renacimiento, tradición. Ramón Barnils se sacó la cartera, lanzó el *carnet* de periodista sobre la mesa y dijo: «Mañana a las cinco y cuarto

de la tarde me lo devolvéis en la coctelería Boadas y me invitáis a un Cardhu». Y salió del despacho a terminar su columna.

Al día siguiente me compré el *Tele-Exprés*. Su crónica iba sobre Sacco y Vanzetti, los anarquistas norteamericanos ejecutados en 1927 por defender la causa obrera. La columna acababa: «Y luego, cerrado el paréntesis poético, seguir dándole al callo. Un callo lubricado con el imprescindible aceite de la esperanza».

Aquellos días la prensa se agotaba en los quioscos. La revolución de los claveles había acabado con la dictadura portuguesa en menos de veinticuatro horas. El ejército había salido a la calle y el pueblo había cubierto los tanques de claveles rojos.

Los diarios y la televisión, pese al esfuerzo de Pío Cabanillas, el ministro más progresista del Gobierno Arias, no pudieron dar rienda suelta a sus impulsos y tuvieron que minimizar el golpe. No así las revistas, especialmente *Cambio 16*, que cubrió la noticia con gran despliegue y entusiasmo. Mucha gente fue hasta el país vecino a vivir lo que en el nuestro aún no era posible. La magia portuguesa alentó la sensación de fin de régimen y las personas corrientes empezaron a desear las libertades. El ataque de Girón, un ultra con mucha influencia en el círculo íntimo de El Pardo, contra la política aperturista del Gobierno empujó a éste hacia la trinchera. La extrema derecha pretendía tomar la calle y los atentados contra cines, teatros y librerías progresistas se agudizaron. Recuerdo el ataque a muchos cines donde se proyectaba *La prima Angélica* de Carlos Saura.

Entre tanta confusión política, la obtención de los permisos legales se convirtió en una obsesión. Félix Vilaseca había conectado con un abogado importante de Madrid, José Mario Armero –un hombre de mucho peso dentro de la corriente liberal del franquismo que además presidía la agencia Europa Press– para que gestionara los permisos a cambio de una sonrisa, porque dinero sólo teníamos para la imprenta, el papel y los gastos del despacho. Una tarde hablé con dicho letrado por teléfono y me dio ánimos. A pesar de tantas buenas intenciones volví a pedir ayuda a mi padre.

Mi padre me dijo un día en la época de exámenes: «He conseguido una cita con el nuevo gobernador civil para que le cuentes el proyecto. Creo que es la mejor manera de obtener lo que quieres».

La pompa del Palacio de la Gobernación, un edificio isabelino con un patio central y una escalinata impresionante, me dio mucha risa. Un cortejo de mamuts –todos agentes– revoloteó entre saludos y parabienes hasta que el jefe de protocolo nos condujo a un salón de época.

Un ufano Rodolfo Martín Villa salió a recibirnos. José Solé me había informado de que el recién nombrado gobernador civil de Barcelona había pertenecido al Frente de Juventudes; había sido entre 1962 y 1964 jefe del SEU, el sindicato estudiantil franquista; había participado en el Segundo y el Tercer Plan de Desarrollo y ocupado varios cargos en la Organización Sindical del régimen, amparado por el ministro José Solís y el reformista Herrero Tejedor –el hombre que aupó a Adolfo Suárez antes de morir en accidente–. Martín Villa era también amigo del

periodista Emilio Romero. Juntos habían montado una reunión en 1965 con algunos miembros reformistas de lo que quedaba de la CNT del interior y consiguieron que una pequeña facción de anarcosindicalistas –los denominados «cincopuntistas»– se integrara en el Sindicato Vertical franquista.

El tipo me trató bien. Capté una inteligencia felina y una apuesta decidida por la apertura del régimen hacia el modelo alemán de democracia controlada.

En distintas ocasiones había visto salir al gobernador del restaurante Orotava, que estaba junto a mi casa, en compañía de Miquel Roca, Trias Fargas, Jordi Pujol y otros líderes de la oposición democrática. Lo cierto es que en Barcelona vivimos un final del franquismo sin tanto sobresalto ultra. Confiado, me lancé tras desbloquear mi tendencia dicharachera. Necesitaba seducirle. Comenté con cierta exageración mis experiencias universitarias durante el año en que había sido delegado de curso. Expliqué cómo los leninistas radicales manipulaban cualquier iniciativa cultural independiente y le conté mi proyecto de revista literaria para dar voz a quienes no la tenían. Lo hice en un tono pausado y ajeno a cualquier politización concreta. Mi padre mantuvo durante toda la reunión su habitual discreción y observaba mi desparpajo con asombro.

El gobernador me preguntó si estaría dispuesto a convocar una reunión con estudiantes inquietos para intercambiar con él puntos de vista y conocer de tú a tú el ánimo de los universitarios barceloneses. Le seguí la corriente, pero lo cierto es que no lo volví a ver hasta el año 2005, en un acto

conmemorativo de *La torna*, en el teatro Romea, junto a Antoni Gutiérrez Díaz y Albert Boadella.

Salí del palacio convencido de que Martín Villa pasaría buenos informes y de que el ministro de Información y Turismo, Pío Cabanillas, otorgaría el permiso durante el verano.

«¿Por qué callas siempre? ¿De qué tienes miedo?», le pregunté a mi padre cuando pisamos la calle. Ya tenía setenta y un años.

Enfundado en su traje gris me di cuenta de que se estaba haciendo mayor y de que sus facultades ya no eran como las de antes del accidente. «Hijo, te invito a cenar mano a mano en el Carballeira», me dijo con ternura. «Y atiende un consejo: si pretendes asentar tus metas debes ser más contenido. Entre lo que cuentas y lo que imaginas...» Me enfadé un poco. La hipocresía y la doble moral me daban asco. Cuando ya estábamos sentados en el restaurante le dije que la revista que estaba fundando iba a ser importante y que cuando fuera mayor y estuviera cansado de gestionar para otros, me haría escritor.

Aquella noche conseguí por fin desvelar algunos de los misterios políticos de mi padre. Lo primero que me contó es la historia de cómo consiguió escapar de Barcelona en un barco italiano después de permanecer escondido en el consulado de Italia tras el 18 de julio para que no le pegaran un tiro, como a mi abuelo en 1909. «Al pasar el último control, junto a la escalerilla del barco, un miliciano de la CNT me dijo: “Usted no es un actor de variedades, usted es José Ribas Seva. He

trabajado en su fábrica de muebles. Usted desactivó una bomba que habían puesto en el pasaje que lleva a la fábrica, si llega a explotar me hubiera matado. Pase y no diga nada”.»

Comprendía el hundimiento que mi padre debió sentir en tantos momentos: odiaba la violencia que destruye vidas y que le había arrebatado al suyo.

Al pisar Italia pretendió canjear desde Roma, con la mediación de la Santa Sede, a José Antonio Primo de Rivera, prisionero en Alicante, por presos republicanos y dinero. Me contó que Franco había impedido la transacción económica que habría facilitado el canje. El dinero lo ponían Juan March y algunos industriales catalanes del ramo de la metalurgia y del champán. También me contó el testamento político de José Antonio: fin de las hostilidades, amnistía total y elecciones libres.[34] Me quedé atónito. También me confirmó lo que contaba mi madre. Una vez regresado de Italia, en el verano de 1936, se había instalado en Burgos. La animadversión franquista hacia Cataluña era extrema y su principal preocupación consistió en contribuir a que la Jefatura Territorial de la Falange catalana fuera reconocida y tuviera influencia. Primero pactó con Manuel Hedilla y éste le nombró jefe de la Territorial. Mi padre insistió en que también había aceptado el cargo por fidelidad a la línea política de Roberto Bassas, oculto en Barcelona. Aprovechando el cargo y tras darse cuenta de que el idealismo falangista estaba desapareciendo por la ascensión de Franco, se había dedicado

34 Dicho testamento también llegó a manos del socialista Indalecio Prieto, tal como cuenta Paul Preston en la página 228 de su Libro *Franco*, editado por Grijalbo.

a movilizar con discreción a industriales de la Lliga y de otras fuerzas para que la futura Cataluña Nacional no perdiera peso económico. Muchos de estos industriales estaban exiliados en San Sebastián o en Pamplona. La negociación más compleja había sido con Serrano Súñer, el arquitecto del Estado franquista tras el decreto de unificación de abril de 1937 y la detención de Hedilla. Mi padre aceptó ser miembro del Consejo Nacional del Partido Único –fue el único catalán– a cambio del compromiso de que la planta productiva catalana no fuera trasladada a regiones menos conflictivas tal como estaban dispuestos a hacer. Y que a tal fin había dejado en la cuneta de las historias imposibles la voluntad política de José Antonio de llegar a un armisticio con la República. También me contó que había conseguido, en colaboración con Miguel Mateu, empresario metalúrgico, y Carlos Godo de *La Vanguardia*, el compromiso del régimen de que si la Hispano Suiza no remontaba la crisis se construiría en Cataluña una nueva factoría de automóviles que diera trabajo a mucha gente. Luego me contó con emoción contenida que la muerte de Roberto Bassas al finalizar la guerra le había cortado definitivamente las alas y que a partir de aquel momento lo único que le había preocupado era la reconstrucción de su ciudad. También me dijo que el papel que había jugado Franco no lo iba a juzgar y que nunca había sido franquista. «Tienes que escribirlo, papá. Yo te ayudo. Es un pedazo importante de la historia de este país y nadie sabe nada. No sé qué pasa, pero aquí todo el mundo tiene miedo y calla. Y como dice tu hermana Pilar, quien calla otorga.» Me replicó que él se sentía mayor, que ya no podría darme consejos y que me tocaba jugar a mí la baza, que era feliz al verme honrado y atrevido y que me olvidara de los permisos porque iba a usar los contactos

que le quedaban hasta conseguirlos. Y que hiciera la revista siguiendo el dictado de mis convicciones, que él también las había tenido y que si yo era verdaderamente anarquista siguiera la moral libertaria, pero que no me dejara embaucar por ningún tipo de violencia ni extremismo. Insistió en que la violencia era el peor rasgo del ser humano y que jamás la usara para imponer mi credo a quienes no pensasen como yo. Le respondí que lo que pretendía era divulgar ideas y cultura libre y que la universidad me había enseñado a despreciar la demagogia y el autoritarismo. Le dije que a mí me interesaba promover una revolución cultural que hiciera el mundo más justo y vivible y que no me iba el papel de controlador ni creía que las élites tuvieran que inventar el futuro del pueblo. Supongo que le enterneció mi ingenuidad.

Días después viví una historia rara que me resarció de los fracasos amorosos del invierno; para más cachondeo ocurrió el 18 de julio en Madrid. Como no estaba dispuesto a dejar suelto ningún cabo, había viajado a la capital a conocer a José Mario Armero, la conexión madrileña del equipo del despacho Bertrán y Musitu, donde trabajaba Félix Vilaseca. Días antes había conseguido cumplimentar toda la documentación exigida y quise llevarla personalmente al Ministerio de Información y Turismo.

José Luis Fernández García, director general de Régimen Jurídico de la Prensa, me preguntó la edad. Cuando se enteró de que tenía veintidós años, recuerdo que exclamó: «¡Qué barbaridad, cómo apretáis los jóvenes de hoy!». Cuando estuve seguro de haberme camelado a aquel hombre animoso le pedí su teléfono directo. El funcionario me dijo que en agosto el

BOE no descansaba y que podía estar seguro de que a principios de mes saldría publicada la solicitud de *Ajoblanco* Ediciones para su inscripción en el Registro de Empresas Periodísticas. Aquel mismo día, José Mario Armero me había citado en casa Lucio, una taberna concurrida del Madrid de los Austrias, donde servían los mejores huevos estrellados de España. Sabía que Armero era un hombre poderoso que hablaba con Santiago Carrillo, Tierno Galván, Raúl Morodo y Enrique Múgica, entre otros, y que manejaba los intereses del capitalismo norteamericano en España junto a Joaquín Garrigues Walker. A tenor de lo que hablaba, comprobé que era uno de los hombres mejor informados del país. Cuando le pregunté lo que pasaría a la muerte de Franco me respondió: «Lo más probable es que el ejército conduzca la situación como en Portugal, con el rey al frente». A continuación, me contó con preocupación el cese del teniente general Manuel Diez Alegría como jefe del Alto Estado Mayor. Por lo visto, el general se había entrevistado en Rumania con Ceaucescu y de vuelta había volado a París en el mismo avión que Carrillo. Cuando ambas noticias transcendieron, Franco lo cesó fulminantemente. Armero me contó que Diez Alegría era uno de los militares más preparados y quien había negociado los tratados con Estados Unidos. Pese al contratiempo, Armero estaba seguro de que la situación evolucionaría hasta dar con una salida para España dentro del concierto internacional y de que Juan Carlos, apoyado por el ejército, iría optando por una democracia como las europeas. En un momento dado, le pregunté si conocía al embajador inglés, pues yo sabía que dicho personaje había situado a los norteamericanos en la órbita del príncipe. Él me respondió secamente que era una personalidad influyente y cambió de tema. Acabamos hablando

del mundo del circo. Por lo visto, era aficionado a éste. Le sorprendí al contarle algunas escenas de Els Comediants y Els Joglars, compañías que no había visto. Subiendo por Cava Baja me dijo que Franco estaba muy enfermo y que aquel año no podría presidir los actos del 18 de julio.

Al día siguiente, Madrid daba miedo. Bandas de guerrilleros de extrema derecha pululaban por la ciudad con banderas españolas y muchas ganas de bronca. Hacían sonar los cláxones de los coches y gritaban consignas contra los traidores que pretendían liquidar el régimen desde dentro, contra los rojos y contra los separatistas. Era el maldito año en que el régimen había ejecutado a Puig Antich. Yo paseaba por las avenidas con rabia. Una y otra vez telefoneaba desde cabinas a Sara de Azcárate, una sudamericana que trabajaba en la agencia de publicidad Clarín y que tenía unas fotos muy buenas de Marruecos que no podía publicar en la revista *Bocaccio*, que había sido suspendida por erótica. Teníamos que comer juntos y Sara nunca llegaba. Al fin supe que vendría con Alberto Corazón, con quien estaba acabando un diseño publicitario. Alberto era un artista conceptual de Madrid que participaba en el Grup de Treball.

Cerca de la Plaza de las Salesas tuve que correr. Una manada de guerrilleros de Cristo Rey empezó a increpar con violencia a la gente que no saludaba con el brazo en alto. Sigiloso, me refugié en un restaurante gallego. Un camarero paternal me aconsejó una tapa de almejas y decidí darme el gusto. Desde aquel día es uno de mis platos preferidos. Alberto y Sara llegaron cuando yo ya iba por el postre. Hablamos de *Ajoblanco.* Alberto me aconsejó contactar con Moncho

Alpuente. Por lo que contaron, la situación cultural de Madrid era penosa a causa de los atentados constantes de los mismos guerrilleros que había visto berrear por las calles y de la represión de la policía. Para colmo, el búnker había tomado El Pardo, Franco estaba muy enfermo y las intrigas políticas al rojo vivo. «¡Emoción, el fin se acerca!», pensé.

«Tienes que ir a ver *The Rocky Horror Show.* La adaptación de Teddy Bautista y Juan José Plans es extraordinaria.»

«Es una especie de noria sexual sin tregua», dijo Sara.

Horas después paseaba tratando de palpar el ambiente nocturno de la capital, cuando, frente al *drugstore* de la calle Velázquez, me abordó un chileno. Desde el primer momento me dejé llevar por su atractivo. Cuando se dio cuenta de que yo era antifranquista, me contó que acababa de llegar de Buenos Aires y que había sido uno de los directores del Teatro Nacional que Salvador Allende había subvencionado hasta el golpe militar.

La excitación por vivir la aventura me empujó a ser más y más persuasivo. Mientras paseábamos hacia la casa que le habían prestado le arranqué un relato estremecedor. Había conseguido escapar de los campos de exterminio de Pinochet, atravesar los Andes entre mil precauciones y llegar a Mendoza.

Los montoneros argentinos –la extrema izquierda peronista que se había pasado a la guerrilla– le habían facilitado documentación falsa y un escondite en el gran Buenos Aires. Salir de Argentina le había costado seis meses. «Los agentes de la CIA controlan Suramérica», repetía con desesperación.

En algún momento me confesó que iba a emprender una vida nueva en Europa. Pensaba vivir en Suecia con otros supervivientes que debía localizar en algún lugar de Suiza. Al día siguiente me confirmó que los verdaderos instigadores del golpe chileno habían sido Nixon y Kissinger, una lección para el conjunto de países de Occidente en un momento en que, en Italia, el partido eurocomunista de Enrico Berlinguer podía desplazar del poder a los democristianos si ganaba las elecciones.

El chileno me contó algo extraño: «Los socialistas italianos jamás pactarán con los comunistas aunque tengan mayoría, los financia la CIA para no hacerlo». Una tarde pusimos la radio y nos enteramos de la gravedad de la enfermedad de Franco. El príncipe Juan Carlos había asumido la regencia.

Pasamos dos o tres días ajenos al paso del tiempo. Además de hacerle reír, le insistí que pese al franquismo, Barcelona era un lugar lleno de vida. En el mundo del teatro yo tenía amigos en Els Joglars y Els Comediants. También Terenci Moix, que seguía la gira de *Yerma* de Núria Espert tras los pasos de Enric Majó, podía facilitarle un empleo. «El catalán es más fácil que el sueco, ¿no crees?», le dije bromeando.

Una llamada telefónica de su contacto en Suiza quebró el hechizo. Me dijo que debía marcharse cuanto antes y que Kissinger estaba en Madrid, negociando el nuevo acuerdo de las bases. «¡Este hombre estuvo en Madrid veinticuatro horas antes del atentado de Carrero Blanco y vuelve cuando Franco se pone grave!», exclamé. En aquel momento tuve la convicción de que los ejecutores del asesinato podían haber

sido los etarras, pero con asistencia técnica de la central de inteligencia.

Carrero no había permitido aterrizar a los aviones de guerra norteamericanos en la guerra del Yom Kipur para socorrer a Israel.

Volví a Barcelona con las alforjas cargadas de información política que no pude contrastar con los míos. Toni Puig estaba en Florencia y Toni Miró-Sans en milicias. Sin confidentes me dediqué a ver películas y comprar diarios extranjeros en un quiosco de las Ramblas que burlaba las prohibiciones. En París, Antonio García Trevijano, Santiago Carrillo, CCOO, Calvo Serer y el PSP de Tierno Galván y Raúl Morodo habían presentado la Junta Democrática a bombo y platillo. Franco seguía en el hospital y Juan Carlos, *el Breve*, según cantaba la oposición, seguía asumiendo la regencia.

Pasé unos días en Sant Martí d'Empúries. Racionero estrenaba una casa más amplia desde la que se veían el mar y las ruinas. Una tarde, Terenci, que se había comprado una casa en Ventalló, me pidió que le acompañara a las ruinas. Así empezó una amistad que duró hasta su muerte.

En agosto fui a Ibiza con Ana, Montse Moragas, una amiga de Camprodón que montaría la librería Laie, y un montón de gente. Alquilamos un apartamento en Cala Llonga. Creo que fue entonces cuando Quim Monzó y Albert Abril se fueron a Dar es Salaam, el París de África y capital de Tanzania, con la idea de realizar un reportaje para *Tele-Exprés* sobre el Frente de Liberación de Mozambique. La dictadura portuguesa había

sido sepultada bajo la revolución de los claveles y la ex colonia había conseguido la independencia el 25 de julio. Quim y Albert no pudieron entrar en Mozambique a causa del odio al blanco.

¿Iba a ocurrir algo parecido en España? Alguien dijo que la situación del Sahara español poco tenía que ver con Angola y Mozambique. Los militares portugueses se habían rebelado hartos de las absurdas guerras coloniales que en nuestro país habían concluido en los años veinte, salvo la guerra secreta de Sidi Ifni en los años sesenta.

Una tarde aterrizó en Ibiza Félix Vilaseca, el abogado, con la noticia de que el BOE había publicado la solicitud de empresa periodística de *Ajoblanco*.

«El *Ajo* saldrá por fin en octubre», proclamé a voz en grito.

## ÉPOCA DE MANIFIESTOS

A partir de septiembre, las reuniones se volvieron más tensas. Había que concretar los contenidos de los dos primeros números. Luis Racionero se había incorporado al equipo, pero no venía a las reuniones. A la misma hora había tomado unas clases de baile en la academia de Ana Meleras, donde unos filósofos menorquines, altísimos y muy delgados, bailaban como hindúes. Quien sí se incorporó por medio de Quim Monzó fue el escritor mallorquín Biel Mesquida. Biel iba acompañado de un joven dibujante que recuerdo lánguido, alto y con cintura de novillero. Ambos vestían como los existencialistas de la *rive gauche*, oscuro militante, fulares negros alrededor del cuello y exagerados cinturones de cuero. Biel, miembro del Comissariat Cultural que debía elaborar las bases de una literatura nacional popular de los Països Catalans, cantaba el catalán de las islas Baleares con una entonación que recordaba el *mel i sucre*[35]*,* el dulce más popular de *ses Ules.* Según Biel, la revista exigía un compromiso con las culturas oprimidas de la Península. No sólo había que sacar de la marginación la cultura de los catalanohablantes. Apostaba por los gallegos, por el bable de los asturianos, por los euskaldunes y por los castellanos viejos y su olvidada revuelta de los comuneros. Amparado por una apariencia robusta, Biel se escandalizaba ante las formas espontáneas de ver el mundo y

35 «Miel y azúcar.»

aconsejaba excluir cualquier ingenuidad falta de erudición. Citaba sin alma pero con voluptuosidad a Roland Barthes, a Severo Sarduy, a Paco Monje, a Julia Kristeva, al conde de Lautreamont y a William Burroughs. Su llegada al despacho provocaba un choque de sofisticados coqueteos. Recuerdo una ocasión en que me dijo algo así como que había que superar los esquemas románticos que nos hacían siervos de sentimentalismos anacrónicos. A continuación, defendió la revolución semántica de los *telquelistas.* ¡Qué tiempos! La aspiración de libertad articulaba un impulso devastador, plural y contradictorio en cada uno de nosotros, que incitaba al debate y motivaba un sinfín de lecturas.

Claudi Montañá, cuando se hartaba de las amonestaciones de Tomás Nart acerca de que tanta verborrea conducía al fracaso, cuchicheaba con Biel sobre el humor negro de André Bretón, el rock salvaje de Lou Reed y los poetas malditos que tanto obsesionaron a los Nabucco antes de nuestro viaje a Grecia. En ese territorio yo había evolucionado bastante, pero resultaba que el pensamiento anarquista, para ellos, también era una antigualla. Yo les respondía que estaba en contra de todas las formas de poder y que seguir a *Tel Quel* con tanto fervor era un residuo esnob. Les decía que me gustaba Antonin Artaud, que había soportado el manicomio durante nueve años por defender la unidad de acción y pensamiento y dos años de *electroshocks* sin caer en el pozo de los arrepentidos. Me fascinaba que, a diferencia de Bretón, Artaud no se hubiera adherido a planteamientos revolucionarios de papel, sino que hubiera politizado su existencia hasta convertir su vida y su cuerpo en una obra de arte revolucionaria.

Quim observaba a Biel con devoción, actitud contraria a su habitual socarronería, cuando éste comentaba la novela experimental *L´adolescent de sal*, con la que había ganado el premio Prudenci Bertrana en septiembre de 1973. La novela había sido ultrajada por la censura franquista hasta la prohibición por transgredir la moral establecida y el autor ni siquiera conseguía editarla en Andorra o en L'Alguer. Los catalanoescribientes no gozaban del privilegio de editar en México, Bogotá o Buenos Aires, tal como hacían Goytisolo, Marsé, Sender y otros autores en castellano que habían sido censurados en España. *L´adolescent de sal* mostraba sin pudor, en onda estructura- lista y con una musicalidad entre barroca y contracultural, los deseos homosexuales de un atormentado adolescente. Tanto Quim como Biel estaban absolutamente seducidos por el escritor anarcosocialista Joan Salvat-Papasseit. Ambos aseguraban pasar tardes enteras revolviendo la biblioteca del Ateneo en busca de la obra completa del autor. Biel solía repetir: «El lenguaje nunca es lo que parece y romper moldes burgueses no es fácil. Cuando lo consigues tienes que recomponer un nuevo rompecabezas que recupere el verdadero sentido de las palabras». Quim y Biel solían escabullirse de los asuntos del *Ajo* cuando discutían acaloradamente sobre las estructuras variables y contradictorias que conllevaban las novelas de ruptura.

Una tarde de consejo –solían celebrarse los miércoles–, Toni Puig trajo un manifiesto editorial que según él recogía nuestros debates durante las comidas en casa de Luis Racionero en Vallvidrera o camino a los conciertos de Zeleste y de la Cova del Drac. Toni explicó que se había sentado en una terraza de la Plaza del Pino y que lo había escrito de corrido en una servilleta

de papel. Con cierta ceremonia y una pizca de malicia se retorció en el asiento como si estuviese en una biblioteca medieval, extrajo el papel del bolsillo y lo leyó con pose de monje benedictino.

¿Por qué esta nueva revista?

Porque no queremos una cultura de imbecilistas.

Porque estamos ya hartos de divinidades, sacerdocios y élites industrialculturalistas.

Porque queremos intervenir, provocar, facilitar y usar una cultura creativa.

Porque todavía somos utopistas.

Porque queremos gozárnosla con eso que llaman cultura.

Porque tenemos imaginación para diseñar otra, si ustedes quieren.

Porque siempre hay un porqué que nos apremia y **AJOBLANCO** intentará entenderlo y manejarlo a nivel revista.

Porque *AJOBLANCO* se sitúa fuera de los cenáculos de los grandes iniciados en el juego y el rito de pasarse la pelota cultural. *AJOBLANCO* no es una revista deportiva para información de jugadores de primera división, *AJOBLANCO* vuelve a la simplicidad, la creación, el interés por todo aquello que sea nueva sensibilidad. Porque ha oído, ella también, el grito: «¡Despertad jóvenes de la nueva era! ¡Desplegad vuestras

inteligencias contra los mercenarios ignorantes!, pues llenos están los campamentos, los tribunales y las universidades de mercenarios que si pudieran prolongarían para siempre la guerra de los cuerpos y arruinarían la lucha de la inteligencia». Eso oyó William Blake.

*AJOBLANCO* quiere sintonizar con todos los que luchan por una nueva cultura. Se te ofrece como revista y pide tu colaboración en esta utopía que estamos poniendo en marcha para reflejar en ella, con toda fidelidad, nuestros sueños y nuestra acción, lo que nos llevamos entre manos.

Toni recitó los últimos párrafos con entusiasmo, moviendo el brazo derecho mientras sostenía el papel con la mano izquierda.

Los aplausos espontáneos de Ana Castellar, Tomás Nart, Pep Rigol y míos junto a los parabienes gestuales de Cese Serrat desplegaron las alas del texto hasta su impresión como editorial del número uno. El silencio de Quim, Albert, Biel y Claudi no presagiaba nada bueno. Tras un rifirrafe de considerandos por haberse saltado totalmente la retórica marxista al uso, dimos por bueno el editorial y cuadramos el resto de contenidos. Acababa de llegar un texto que habíamos encargado a María José Ragué. «¡Excelente!», exclamé.

María José iniciaba el artículo sobre la posible muerte del teatro o el replanteamiento radical de su función con unas palabras del creador del Living Theatre, Julián Beck: «Abandonad el teatro. Cread otras circunstancias para el hombre de la calle, cread acción, sólo necesitamos arte si nos

revela la verdad de modo que se haga evidente a todo el mundo lo que hay que hacer y cómo debe hacerse. Actualmente nos preocupa más estar en contacto con la actividad política de nuestro tiempo que con la actividad teatral». María José defendía el teatro de Dario Fo y los espectáculos de la cooperativa Bread and Puppet, en los que unos muñecos carnavalescos que salían de unos cubos de basura se casaban con osos bailarines. Ambos unían la actitud revolucionaria del proletariado a la idea de diversión, farsa y entretenimiento. El texto exaltaba en su conclusión el nuevo lenguaje teatral de Els Joglars, Goliardos, El Candil, La Murga, Tábano, La Cuadra, Ditirirambo, La Cazuela y demás compañías de teatro independiente en contraposición a las giras mundiales de un mediático *Yerma* de Nuria Espert que triunfaba en Sudamérica. El teatro radical fue durante aquellos años, y en todo el mundo, algo tan decisivo como la música, quizá más. «El grupo teatral comparte la vida y la vivienda, se relacionan unos con otros, se conocen, se lían... y crean colectivamente tensiones dramáticas de nuestro tiempo que escenifican en la calle y las comparten con el público hasta lograr su participación activa.» Toni Puig repetía: «El arte es juego, el arte es gozo que desacraliza la función de la cultura».

Cuando acabábamos de cuadrar los textos, llegó nuestro empresario-accionista, Francisco Marsal. Francisco solía sentarse en un rincón mientras escuchaba nuestras polémicas y reía nuestras bromas. Frente a los exabruptos más exagerados, adoptaba una postura paciente sin entrometerse en nada y si nos advertía era para que nuestros pies volvieran a tierra. Resultaba enternecedor ver como un hombre de casi cuarenta años, con problemas serios en su fábrica, se esforzaba

por adaptar sus conocimientos mercantiles al mundo de las publicaciones y de la cultura. Estaba tan empeñado como nosotros en que la revista saliera adelante. Recuerdo también su paciencia al explicarnos el debe y el haber a Ana, a Toni Miró-Sans y a mí. Toni cumplió el compromiso de llevarnos la contabilidad. Decidimos no gastar un duro en una fiesta de presentación. Inundaríamos de folletos con el editorial impreso las colas de los cines, las facultades y los bares progres. También decidimos enviar el panfleto a artistas, editores progresistas, rockeros conocidos y amigos de todas partes. Y Roger Jiménez, de Europa Press, daría la noticia a la prensa española y extranjera.

Recuerdo la noche en que Francisco nos invitó a cenar al restaurante Chicoa de la calle Aribau, pocos días antes de lanzar el número uno. José Solé pasaba bastante de nosotros y cortejaba a la *gauche divine*. Alfredo Astor se había quedado definitivamente a vivir en el campo y había dejado de aparecer por la revista, con lo que de los Nabucco ya sólo quedábamos Tomás y yo. José Solé estaba liado con otros asuntos. El Chicoa era un restaurante con poca luz y sabor a fonda francesa. Recuerdo algunas de las bromas que suscitó en la mesa la familia Franco. Se rumoreaba que la mujer de Franco había dicho en el comedor de El Pardo: «No ganamos la guerra para que cualquier liberal o rojo nos robe la victoria». Las informaciones de los agentes que espiaban al príncipe Juan Carlos habían alarmado a «la familia» y ésta empezó a conspirar con el presidente de las Cortes, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, y con el ministro de Marina, el almirante Pedro Nieto Antúnez. Pretendían acabar con cualquier reformismo y con los traidores. Quim y Albert se mofaban de tanto borboneo

y mezclaban los titulares de la prensa con sátiras de humor negro hasta trastocar el significado de las noticias que daba *Cambio 16*. Cuando me cansé de este guirigay le dije a Toni: «La referencia a Blake de tu editorial es un guiño a Racionero». Toni replicó que él conocía la obra del visionario inglés desde hacía tiempo. Lo cierto es que el libro con los poemas de Blake editado por Era en México nos lo había regalado Luis, que estaba fascinado con el universo volátil de Blake y la armonía del niño antes de la caída. «Te has olvidado de citar lo que más repite Racionero en relación con el poeta: "Las prisiones son edificadas con piedras de la Ley, y los burdeles con ladrillos de la religión".»

Al final de la cena, el enorme barullo subió enteros entre ruido de platos y vasos. La gente de las mesas vecinas preguntó qué pasaba. Quim Monzó se levantó y puño en alto espetó: «*Ajoblanco* será una revista contra *els imbecilistes*». Toni y yo, distraídos con un camarero que transmitía buenas vibraciones, dejamos de seguir el debate. Ana, Francisco y Albert Abril se enzarzaron en una discusión política seria sobre el atentado terrorista de ETA en la cafetería Orlando de Madrid –el atentado de Correos– y del reguero de muertos que había dejado.

De repente, escuchamos decir a Claudi Montaña desde otra parte de la mesa algo que publicó más tarde: «Toda tentativa aparece como estéril y será irremediablemente asimilada por la clase social dominante. ¡La burguesía, *of course*! Un ejemplo: el *pop art* que tanto gusta se ha convertido en una estrategia para acostumbrar al consumidor a la voluntad del productor empresario. Ya no hay valores intrínsecos, sino productos

artísticos valorados según el número de sus consumidores: tanto vendes, tanto vales». Y lo dijo con aquella vocecita tan contundente como angelical.

Toni hizo un gesto de desaprobación. El discurso de Claudi era un ataque frontal contra aquel editorial tan lleno de esperanza.

«Si cualquier novedad es integrada por el sistema, qué hacemos montando una nueva revista que pretende lo imposible», cuestioné.

Aquella noche me encabroné contra el nihilismo que mata cualquier posibilidad de cambio real. No cabía más remedio que recuperar las enseñanzas de la cultura libertaria de los trabajadores que, desde el siglo XIX, habían construido unas prácticas del poder de unos sobre otros.

La excitación nos empujó a Quim, a Pep, a Toni y a mí hasta un local nuevo de la calle Santaló. La Chapa era el bar más moderno de la ciudad. Tenía las paredes cubiertas de cristal pintado de negro. La luz era escasa. Personajes de papel *couché* bebían y bailaban como si mantuvieran un vago desafío sexual. En la barra, Quim defendió las letras desgarradas de Velvet Underground por asumir una actitud cáustica y urbana. Le repliqué que el urbanismo de Nueva York había transformado la ciudad en un inmenso supermercado de la desesperación. Como Racionero explicaba, el modelo de ciudad hace al ser humano y que si él era catalanista debía defender el urbanismo mediterráneo de foros y plazas públicas donde pudieran converger pueblos, idiomas y culturas en libertad. Le

dije que íbamos a publicar «El manifiesto del enmohecimiento» por algo más que una pose y que esperaba que un país latino como el nuestro consiguiera salvar el humanismo multicultural del Mediterráneo.

Pep escuchaba sin opinar, atento, mientras Toni no aceptaba que el fracaso del movimiento hippy o del Mayo francés, desactivado por la victoria electoral de la derecha *gaullista*, tuviera que implicar nuestra renuncia. Intenté cerrar el debate aduciendo: «¿Acaso no hemos decidido inventar reglas para que una nueva cultura acabe con el franquismo y el Sistema?».

Toni apostilló en mi favor: «La política partidista puede ser una nueva forma de fascismo. Hay que potenciar el ser humano en todos los campos y hay que expandir la educación republicana».

«¿Por qué estás tan pendiente de las modas que vienen de otro contexto?», pregunté, alarmado por la reacción que estaba provocando el manifiesto de Toni y que ya era el nuestro. «Paso de los snack bars, paso de beber cubalibres e imitar el machismo de las películas de Hollywood y paso de los mitos que son pura propaganda del *establishment* aunque parezcan progres.»

«Sois un esqueje apolillado del romanticismo.» Quim se quitó las gafas de Groucho Marx que siempre llevaba puestas, pidió al camarero una Guinness gigante y cuestionó: «Yo paso de ser un vagabundo que piensa la noche como una virgen impúdica que hay que desnudar y preñar para que parezca cultura. Luego vuelves a casa de madrugada, cocinas la radiofónica

sopa de sobre, te metes en el catre y a la mañana siguiente te sigues ganando *les garrofes*[36] como si nada».

«No acepto la fatalidad. Hay mil opciones, mil causas. En fin, ¿a que no sabéis por qué el presidente Arias Navarro cuando va a comer con los Franco al palacio de El Pardo ha de vigilar qué le sirven?»

Sonrisas de boca de rape, miradas pétreas. Mis salidas de madre en ciertos momentos empezaban a mosquear.

Quim pidió otra cerveza con un gesto teatral. Quim gesticulaba, aspiraba y tartamudeaba sin máscara alguna. Era un personaje fresco y espontáneo. Conmovía.

Repetí la pregunta. En esta ocasión, sustituí la palabra *presidente* por las de *carnicero de Málaga de 1937* y *alcalde en el Madrid de plomo de la dictadura entre 1965 y 1973.* Entonces Quim hizo una mueca y dijo, según escribí en mi diario: «Arias es un funcionario gris que sirve devotamente al innombrable entre vientos cada vez más huracanados. Y sirve al príncipe tratando de imponer unas asociaciones mafiosas que los ultras tienen la desfachatez de decir que van a fragmentar el Movimiento Nacional. ¡No me interesa saber si Carmen Polo pretende envenenarlo! Lo que venga será peor hasta que cojamos las metralletas».

«¡Escucha, Quim!», apostillé. «Lo que ocurre es que Arias debe vigilar estrechamente su dieta; tiene gota.» Me quedé mirándolo cuan largo era y concluí: «Quiero que tengas muy

---

36 «Las algarrobas», tal que «ganarse el pan».

claro que si algunos empeñamos la vida con la revista también es porque, cuantos más seamos, antes exterminaremos el mal y antes construiremos un futuro libre. Las palabras sentidas despiertan conciencias y son armas que estructuran el compromiso».

«Y tú deberías saber que somos vagabundos entre miles de vagabundos que van errantes por el mundo, tallados por el patrón estereotipado que venden las CBS y las Apples. ¿No debe ser nuestro caso paralelo al del vecino del tercero primera, que es el calco difuso de Jack Lemmon y su señora, una Dorian Day con delirios de Liz Taylor?»

Una chica joven que parecía extranjera se colocó junto a Pep y se quedó quieta, mirando fijamente a Quim, que era bastante tímido.

«¿Vais de metafísicos?», preguntó con acento alemán y mucha ironía. La mujer era blanquísima y con una pelambrera del color de un panal de abejas.

Aproveché el momento para escabullirme. Más que cansado me sentía desconcertado y poco preparado ante tanto reto. Los mundos dispares del consejo de creación de la revista que tan juntos habían caminado el curso anterior empezaban a campar cada uno por su lado. Caminé lentamente silbando una canción de Cat Stevens mientras bajaba por la calle Muntaner. Al cruzar la Diagonal apareció el azar. Me di literalmente de bruces con el camarero del Chicoa. ¡Qué sorpresa!

Encendimos el primer cigarro sentados en un banco de la avenida, bajo una de las muchas palmeras que adornan el

paseo. No pasaban coches, sólo se escuchaba el apagado zumbido de la noche franquista. Allí acurrucado, escuchando el relato de una vida jodida –dos trabajos, horas extras, universidad laboral a medias, una madre enferma– ¡cuán banales parecían las divergencias de nuestro *Ajo*!

«No se puede crecer sin esperanza», repitió el trabajador antes de volver a su barrio. Ni él ni yo teníamos casa propia.

## FERNANDO MIR

Un buen día, Tomás Nart y yo llevamos las páginas que Cese Serrat había maquetado a un pequeño taller de fotolitos. Por la tarde, con Tomás, Maria Dols y dos buenas amigas, Tonia Salom y Montse Martí, ensobramos los cinco mil folletos de propaganda de la salida de la revista. Yo estaba de mal humor a causa de una llamada. José Mario Armero me había comunicado telefónicamente desde Madrid, a través de un ayudante suyo, José Merino, que nuestra revista iba a necesitar un segundo *carnet* de periodista: el ministerio la había catalogado como de información general. También me dijo, confidencialmente, que Pío Cabanillas iba a ser cesado y que la tolerancia informativa estaba sentenciada, que fuéramos con cuidado, que había mucha tensión en Madrid a causa de los atentados etarras y que la extrema derecha seguía atrincherada en El Pardo. Por lo visto, el PSOE, un partido que sólo conocía por los libros de historia, había celebrado un congreso en Suresnes, Francia, en el que el triunvirato sevillano compuesto por Luis Yáñez, Alfonso Guerra y Felipe González se había hecho con el control del partido. El trío sevillano había desplazado definitivamente a los hombres del exilio con ayuda de la socialdemocracia alemana. El PSOE, por aquel entonces, tenía unos ochocientos militantes en el interior del país.

María, tensa, observaba cómo yo encendía cigarro tras cigarro sin soltar prenda mientras ensobraba los panfletos. La

redacción estaba llena de humo y en un momento dado María abrió la ventana. En el mismo momento apareció un tipo. Entró por la puerta, siempre abierta de par en par, y se plantó ante nosotros. Por la pinta parecía un hippy extranjero. Llevaba el rostro envuelto en una barba que se confundía con una exagerada melena rubia. «Jaume Pujagut me ha contado que estáis montando una revista y vengo a ofrecerme. Quiero hablar con Pepe Ribas.» Me levanté, le estreché la mano y le llevé hasta la habitación de al lado. Un pestañeo suele bastarme para saber quién tengo delante. Su mirada transmitía sosiego y sinceridad. Me contó que trabajaba en la Editorial Salvat editando textos, que había estudiado periodismo y que por nada del mundo iba a trabajar en la prensa convencional. Le pregunté si tenía *carnet* de periodista y me respondió que sí. Me preguntó si lo de colaborar en la revista iba en serio y yo le respondí que gente como él eran *Ajoblanco.* Fernando Mir era un hombre pulcro que cayó bien al grupo. Necesitábamos su *carnet* y se incorporó al consejo de creación con la misma naturalidad con la que él había decidido vivir. Su ambición era la honradez profesional y me dijo que se sentía un *freaky.* Su apariencia imponía: era alto como Quim Monzó, fuerte como Albert Abril y divertido como Pep Rigol. En la primera reunión a la que asistió se comprometió a cubrir la rueda de prensa de Frank Zappa y el concierto de Jethro Tull. Ambos grupos los traía Gay and Co y su amigo Jaume Pujagut trabajaba con Gay, por lo que tenía asegurado el acceso.

Claudi Montaña, nuestro experto musical, acababa de sacar la revista *Vibraciones* con Ángel Casas y Miguel Riera y puntualizó que no iba a escribir sobre el mismo tema en ambas revistas. Albert le pidió que en *Ajoblanco* trabajara los logros y

penurias del *rock catalá.* Yo le sugerí que en tres números sucesivos narrara las vicisitudes del primer underground español y que escribiese sobre la movida de Sevilla, sobre Máquina y la onda barcelonesa y sobre Burning y la dureza de Madrid. Consideraba imprescindible despertar el interés de los lectores de fuera de Cataluña. Claudi me respondió que todo aquello estaba muy visto. ¿Visto? Insistí en que no confundiera sus vivencias con las de los lectores, la mayoría jóvenes con más inquietud que información. En el primer número Claudi había escrito acerca de las prohibiciones que acosaban al trovador Lluís Llach y también sobre el experimento fallido que había unido a tres músicos catalanes, Sisa, La Clúa y Jordi Batista, en el teatro Capsa. El invento resultó un fracaso que Claudi justificó escribiendo en plan quejica: «El underground es cosa de ricos y aquí tenemos la miseria a flor de piel».

En Manresa, donde había nacido Claudi, existía un edificio de los jesuitas, lúgubre y enorme, levantado sobre una cueva santa. Cuenta la leyenda que San Ignacio de Loyola tuvo en ella unas revelaciones. A este lugar llegaron algunos hippies californianos a tomar LSD. Los pelos largos, las mochilas y los téjanos raídos alteraron las calles de Manresa desde mediados de los sesenta. Los californianos intercambiaron con unos pocos nativos experiencias contraculturales y grabaciones de Pink Floyd o King Crimson por bocatas. La existencia de Fusioon, uno de los grupos más fascinantes de la progresía entre 1972 y 1975, no se explicaría sin este intercambio de imaginarios. El batería Santi Arisa, el teclista Manel Camp, Joan Descarga, el primer hippy local, y hasta Claudi, cuyos padres tenían un horno de pan en la plaza del Ayuntamiento, aspiraron las vitaminas de aquellos contactos psicodélicos.

Una tarde, Fernando, Pep y yo subimos a un autobús en dirección al Palacio de Deportes del Juventud de Badalona. La flauta de un payaso con voz clara, Ian Anderson, el líder de Jethro Tull, nos empujó a saltar y bailar como posesos. Anderson era un verdadero humanista que cobraba la misma cantidad que los músicos que le acompañaban. La imaginación festiva del grupo nos transportó al país de Jauja entre globos de colores, fuegos de artificio, trajes deslumbrantes cargados de lentejuelas, árboles que hacían pipí, un hombre gigante con cara de conejo que tocaba la guitarra y un pianista saltarín. Mil cerillas encendidas festejaron la actuación de aquel duende que destapaba con alegría el mundo al que aspirábamos. Europa y América seguían revueltas y cualquier expectativa de auténtica democracia era factible. El cambio cultural solidario se respiraba cotidianamente en muchos lugares, también en nuestra ciudad.

Lo de Frank Zappa fue otro cantar. Zappa y su coro de «Mothers» llegaron a Barcelona con el estigma inconformista, obsceno y rebelde. Zappa había sido underground pionero, aparecía en los pósteres sentado en un váter con los pantalones bajados. Solía mofarse del presidente Nixon en los conciertos. Su frase favorita era: «Arrebatad el poder a los viejos». En las letras de sus canciones cargaba contra el amor convencional, contra la gente de plástico, contra los burócratas y contra el dinero. La revista *Vibraciones* –en su número uno– reproducía unas declaraciones que había hecho aquel verano en Roma, horas antes de inaugurar la gira europea: «Nuestra música puede influir en que la gente rompa el tabú físico y cambie de actitud sexual».

Un día, Fernando Mir subió a un autocar de Hispavox decorado con cómics pop de Zappa y sus *Mothers of Invention* rumbo al aeropuerto. Por lo visto, los camiones que transportaban los instrumentos estaban retenidos en la frontera y los miembros de la organización rozaban la histeria. «La policía teme altercados. Ha venido mucha gente de Madrid y no sé qué va a pasar», le comentó Jaume Pujagut, el miembro de la organización que había compartido pupitre con Fernando desde primaria en los salesianos.

La conferencia de prensa de Zappa en el Hotel Manila fue la primera a la que asistió un miembro de *Ajoblanco.* Nuestra revista todavía no había aparecido aunque el rumor de que algo diferente se estaba cociendo se iba extendiendo por los círculos culturales de la ciudad.

Fernando volvió indignado y calificó la conferencia de prensa de charlotada. Zappa había llegado en un Dodge negro y salió del maletero frente a la puerta del hotel con la melena erizada y el bigote lleno de polvo. Cubría su alta delgadez con una camisa de flores y la figura cuidadosamente desgarbada. Acudieron pocos representantes de la prensa: unas seis o siete revistas especializadas, una radio y el equipo del programa de televisión *Mundo Pop*, codirigido por Moncho Alpuente. Según Fernando nadie había logrado su objetivo, ni los que pretendían lucirse, ni los que trataron de vencer al cantante, ni los que buscaban enterarse de algo como Gaspar Fraga, un tipo que quería montar una revista *under.* «Yo no soy un genio, soy una leyenda», repetía Zappa. «Para mí el éxito significa un hotel donde no se puede dormir y asistir a ruedas de prensa como ésta.» Con relación a la entrevista que había publicado

Ángel Casas en *Vibraciones*, la estrella dijo: «No hay que creer nunca a la prensa». El cantante negó las declaraciones y se organizó un pequeño revuelo. Gaspar afirmó que el periodista pactaba contenidos con las casas de discos Ariola, Hispavox, Edigsa y Belter.

Fui al concierto de Zappa, también en Badalona, con Pep Rigol, Quim Monzó y Fernando. Picarol vendía el número uno de *Vibraciones* con las supuestas declaraciones de Zappa, que iban en portada. Claudi corría por allá en compañía de Miguel Ríos y propuso a Picarol entrevistarle en el número dos de *Ajo-blanco*>. El día 22 iba a salir el primer número. Claudi estaba eufórico y en su crónica del concierto escribió: «Esta Barcelona de pelo largo, vestimentas poco convencionales y creatividad arrolladora algún día saldrá a la calle con su grito de libertad y alegría. Entonces descubrirá, como lo hicieron en el mayo del 68 los estudiantes franceses, que bajo el asfalto está la playa».

Claudi se largó con los integrantes del grupo catalán Orquesta Mirasol, recién lanzado por Zeleste con el disco *Salsa catalana*. Quim compró en la parada de Picarol el póster de Zappa sentado en el váter y yo un ejemplar de *El Rrollo Enmascarado*, el fanzine que había sido prohibido por la policía. Los jueces habían levantado la prohibición de venderlo y la publicación se había convertido en un objeto de culto. Los de *El Rrollo* acababan de publicar un nuevo fanzine, *Pauperrimus*, en colaboración con *Nueva Dimensión*, una revista de ciencia ficción cuyo director era Luis Vigil, uno de los tipos más legales del underground hispano. Picarol me contó que le gustaba mucho la portada de Nazario y una página de

Pepichek que reproducía el Pía de la Boqueria,[37] pero que no me lo podía mostrar puesto que estaba agotado.

Como el concierto no empezaba, Fernando, inquieto por lo que debía escribir, buscó a Jaume Pujagut y desapareció entre los jóvenes de la organización. Por lo visto, Zappa estaba emperrado en que una madera del escenario se movía, que antes de tocar quería un pastel de nata y que la gente estaba demasiado cerca. ¡Caprichos de estrella!

Según Gay, sólo se habían vendido 4.100 entradas, sin embargo el pabellón estaba lleno y el mánager de Zappa se pasó el concierto contando el aforo. Fernando averiguó cómo se estaba colando la gente y dijo, entre risas, que no pensaba explicarlo en el artículo para no quemar el invento. Los líos entre los representantes del grupo y los organizadores fueron aprovechados por Moncho Alpuente para filmar una parte del espectáculo para TVE sin pagar derechos. Moncho, en una pausa del concierto, vino hasta nosotros: «¿Qué tal el *Ajo*?», preguntó.

A continuación nos presentó al ex de los Canarios, Teddy Bautista. Tras el éxito de *The Horror Rocky Show*, Teddy pretendía montar un espectáculo con música de Vivaldi y llevarlo por Europa. Al enloquecer los teclados, los saxos, los clarinetes y flautas y unas voces que mezclaban estilos musicales de los últimos treinta años, la conversación se vino abajo. La actuación de Zappa me pareció la parodia de un farsante. El sonido era fuerte, gustoso y seguro. En un

37 Llano de la Boqueria, en las Ramblas de Barcelona.

momento dado los músicos se doblaron como marionetas abandonadas. Zappa era el tótem de los malditos.

Días después, Toni Puig y Quim decidieron sacar jugo periodístico a una gala de ballet clásico de la depauperada compañía de Juan Magriñá en un Liceo que no habían pisado en la vida. Les daba morbo conocer el templo de la burguesía. Recuerdo a Quim más chistoso que nunca. Las conversaciones literarias con Ana Castellar y con Biel Mesquida avivaban su ingenio y estaba decidido a ensayar un lenguaje descarado sin la tutela ideológica de Albert Abril. Hasta la fecha siempre había elaborado sus artículos con este último. En esta ocasión eligió la chispa y el entusiasmo de Toni –o quizá fue Toni quien lo eligió a él–. El caso es que entraron al Liceo por la puerta lateral de la calle Sant Pau que daba acceso a los pisos altos. En el ascensor de caoba grabada con estrellitas, Quim escandalizó al personal cuando afirmó que las lágrimas que colgaban de la lamparita las había legado una excelentísima *madame* de escote atrevido y pezones escondidos, que había conseguido los favores y las joyas de algún prócer sesentón. En el bar del cuarto piso pidieron callos a la madrileña, una copa de Torres 5 y un bocadillo de chorizo. Un camarero perplejo les espetó: «Las tapas en la calle», y tampoco les sirvió la tradicional copa de cava. «¡Tantos años ahorrando para ir al Liceo y qué estafa», decía Quim, «no descubrimos a ninguna señora con collar de perlas cultivadas! ¿Dónde estaban el oropel y la pasta gansa que nos habían prometido ver? ¿Acaso el capital catalán se ha ido a hacer puñetas? ¿Acaso la burguesía catalana se ha vendido a Fuerza Nueva?».

«Como dijo Godard que ya había dicho Lenin –escribieron en

el artículo–, la ética es la estética del futuro. ¿Dónde está el futuro? ¿De qué burguesía son amantes aquellas chiquitas que danzaban sobre el escenario? ¿En qué año vive la marabunta de gente que casi llenaba el local? ¿Realmente les gustaba aquel infrahumano, neonazi, indescriptible, estúpido, reaccionario, falso, vacío y estéril ballet? ¿Hasta cuándo se consentirá que la orquesta rasque impunemente partituras que tendrían que ser enterradas bajo montones de caramelos Darlings? ¿Qué pensaría Frank Zappa de todo esto? Dice Bertrand Russell: "El ballet es una reliquia de la época zarista". Yo diría que actualmente no es más que una pieza de museo.» Ana lanzó una carcajada sonora mientras los demás brincamos de la silla exagerando la bulla.

«El ballet de Magriñá o The Marx Brothers en una noche en el Liceo» salió en el número dos, fue muy comentado y un montón de madres de bailarinas ofendidas telefonearon a la redacción. Maria Dols y la telefonista de la centralita soportaron las primeras amenazas.

Asistí al parto del número uno junto a Tomás Nart, pegados a las máquinas de impresión de Gráficas Soler.

El hijo del impresor, Fernando, se había hecho colega y nos permitió campar a nuestras anchas por un taller que me fascinaba.

Cuando salieron las primeras resmas impresas, las cogimos y fuimos inmediatamente a la revista, convocamos un consejo y esperamos la llegada de los demás. El 21 de octubre de 1974 tuvimos el número uno encuadernado. Telefoneamos a Ramón

Barnils y lo celebramos en la coctelería Boadas. A continuación, repartimos folletos a la salida de los cines y en el Café de la Ópera.

Aquella misma noche me topé en Zeleste con un mulato de Puerto Rico que había vivido en California durante los años bravos de los Black Panthers. El bullicio alocado nos expulsó al bar Rodri, un bar donde se podía hablar y donde el público de Zeleste bebía cervezas y comía bocadillos. Le mostré la revista y él me contó su historia. Había escapado de Estados Unidos con un grupo de jazz que actuaba en la Cava de Terrassa. Me dijo que no pensaba regresar y que pretendía vivir en Italia. También me contó los métodos represivos que habían hundido parte del *movement.* Ciertos elementos parapoliciales se habían infiltrado en los sectores más extremistas con la intención de provocar rencillas, rumores y el desprestigio de unos contra otros. Cualquier medio era bueno para escindirlo en mil facciones. Concluyó el relato con una muy contundente explicación sobre el origen del tráfico de heroína. Por lo visto, era uno de los métodos más eficaces para acabar con todo. Negros ajenos al movimiento, camellos de poca monta que vendían marihuana y ácidos, fueron reconducidos a un mercadeo mucho más rentable, el de la heroína, una droga que adormilaba el activismo de cualquier tipo. Finalmente, me pasó su dirección en Terrassa y se enrolló con una chica muy rubia que no había dejado de lanzarle miraditas.

Cuando traspasé el telón de Zeleste y me di de bruces con una multitud achispada no me sentí bien. Subí al coche y fui hacia la periferia. La ciudad, la noche, las aceras desiertas y los escaparates apagados acompañaron mi desazón hasta un

garito de Horta, el barrio obrero donde arrancaba el cinturón industrial de mi ciudad. Algún conocido me había recomendado el lugar. Aparqué cerca de la puerta, las luces exteriores estaban apagadas aunque se escuchaban ruidos, merodeé por la acera durante un rato sin atreverme a entrar hasta que un tipo recio y agradable que venía caminando se me acercó a pedirme fuego. Se llamaba Javi, tendría unos treinta años y, tras comprobar que no había moros en la costa, picó tres veces al timbre. «Te invito a una copa», me dijo. La puerta se abrió y me empujó hacia el interior. Habría una docena de personas, todo tíos, que parecían conocerse bien. El local estaba iluminado con unos farolillos que le daban un sabor de patio andaluz que me hizo gracia. Ponían fandangos, sevillanas y bulerías a medio volumen, pues era tarde y la policía podía aguar la fiesta en cualquier momento. Celebraban el cumpleaños del dueño con una botella de cava Rondel. Entre brindis y brindis, un par de barbudos bailaban sevillanas con bastante arte. Sin comerlo ni beberlo me hallaba en el aniversario de un desconocido. Javi me presentó a dos colegas y nos sentamos en un banco de obra cubierto de almohadones verdes. Me contaron que iban a montar un quiosco librería en la barriada de las Viviendas del Congreso con el dinero de los despidos. Por lo visto, eran trabajadores de Seat. Cuando por fin cerraron, Javi y yo subimos al coche. Estuvimos rondando hasta el alba.

Ni las áreas de la revista estaban delimitadas ni las responsabilidades de cada cual estaban claras. Practicábamos un asambleísmo espontáneo. Si yo hacía de coordinador era porque trataba de cubrir los huecos y que ningún cabo quedara por atar. El oficio de cumplir con las labores de varios grumetes

al tiempo no me disgustaba. Estar en todo me acercaba a la realidad y me facilitaba afinar un olfato que Ana Castellar siempre alababa. En una de las reuniones comenté el encuentro con el ex Black Panther y pregunté si alguien estaba dispuesto a acompañarme a la pensión de Terrassa donde vivía el tipo. Ninguno mostró excesivo entusiasmo. Recuerdo que Tomás dijo que no debíamos afrontar este tipo de temas por la censura. Por otra parte, en aquel tiempo tampoco se te ocurría entrevistar a personajes así, más bien les pedías una crónica. Finalmente el tema les pareció remoto y alguno hasta me tildó de visionario. Un poco mosca, tuve la idea de elaborar el «Manifiesto de un visionario», que saldría publicado en el número dos, sobre los desafíos de la juventud rebelde que plantaba cara a las formas convencionales de la derecha y de la izquierda y que se estaba transformando en una nueva clase social, una clase innovadora que poco tenía que ver con inquietudes precedentes, ni siquiera con los abuelos que habían vivido la República. Cuando tuve redactado el manifiesto decidí llamar a Javi, el sindicalista de Viviendas del Congreso, y le pedí que me acompañase a Terrassa. Una tarde fuimos hasta la pensión. El tipo ya no estaba pero había dejado una dirección de Rubí. Tras mucho deambular por calles sin asfaltar y caminos que cruzaban rieras y se enroscaban entre enormes postes eléctricos, dimos con una hilera de pequeñas casitas de una planta, muy humildes, en medio de un descampado con pilas de basura. Preguntamos por el americano, pero nadie nos dio razón hasta que un joven nos dijo: «Stephen se ha fugado con mi prima, la bailaora».

La hermana de mi madre, Mercedes, había muerto hacía poco y de ella heredé un Seat 850. Como necesitaba ampliar

horizontes, decidí estrenar el coche yendo a Madrid. Lo llené de revistas y no paré hasta Zaragoza. Quería conocer a los miembros de la revista *Andalán*. Un grupo de profesionales y profesores de instituto la habían fundado en 1972 con la idea de devolver a los habitantes de Aragón la identidad, la cultura y la esperanza. La redacción de *Andalán* era un lugar atiborrado de papeles. Pregunté por su director, Eloy Fernández Clemente. Apareció un tipo y me dijo que Eloy estaba en Huesca. El hombre que me atendió se llamaba José María Lagunas y conectamos. Me contó que eran ecologistas y que luchaban contra una central térmica que se estaba construyendo en tierras de Teruel que iba a contaminar con lluvia ácida media provincia.

Me regaló un disco de José Antonio Labordeta y pactamos un intercambio publicitario. A continuación, seguí rumbo a Madrid hasta que en una recta, antes de las curvas ascendentes próximas a Calatayud, la Guardia Civil me paró. Cuando vieron mi coche lleno de paquetes de *Ajoblanco*, me preguntaron qué era aquello. Me arriesgué a decir algo tan insólito como que era una revista de cultura culinaria que acababa de salir al mercado. Por mucho que fuera una revista legal, siempre había que tomar precauciones. Me miraron con extrañeza, supongo que por mi juventud, mi forma de hablar educada y mi barba. Me señalaron el camino. Arranqué el coche y emprendí la marcha sin volver la vista atrás.

Moncho Alpuente seguía dirigiendo *Mundo Pop* de TVE, lo busqué pero estaba en Sevilla. Pablo Pérez Mínguez, uno de los directores de la revista *Nueva Lente*, tampoco se encontraba en Madrid. Al volver a Barcelona me esperaba una postal suya

que me había enviado desde Caldetas: «Nuestros sistemas de búsqueda y comunicación, querido Pep, distan mucho de ser perfectos. Puedo asegurarte, sin embargo, que no te guardo ningún rencor. Recibe un fuerte abrazo, Pablo». Por lo visto, él estuvo en Cataluña cuando yo estaba en Madrid. Sin saber muy bien con quién contactar, paseaba por calles y glorietas. Fui a El Rastro, a la discoteca Stone's, a Malasaña, a la Plaza Santa Ana, a Cerebro, al café Gijón y a una pizzería que se llamaba Gades, que es donde iban a parar los catalanes de paso por Madrid.

Sentía en cualquier lugar una fuerza extraña y desconocida. La ciudad parecía tomada por el fascismo y era una olla de rumores políticos tan desagradables como ajenos a lo que la gente vivía cotidianamente en Barcelona. Por otra parte, los hábitos callejeros, los escaparates y el vestido de las personas presentaban un aspecto lúgubre y desordenado; sin embargo, la ciudad me seducía, con su increíble cielo y un aire seco que te metía energía en los pulmones. Madrid empezó a despertar en mí una satisfacción que no lograba definir.

Me cité con Sara de Azcárate y seguimos perfilando la sección Cineprajna. Habíamos recibido un montón de cartas de gente dispuesta a apuntarse que quería saber más. Aquella sección de *Ajo* abierta a todos iba a impulsar Acción Súper 8, aunque aún no habíamos contactado con su creador, Enrique López Manzano.

«Convoca a la gente que ha contestado a una reunión en Barcelona y otra en Madrid. Hay que romper las normas establecidas para hacer cine. La gente está harta de tener que pasar por falsas escuelas donde sólo se frustra la creatividad

con tanta teoría y tan poca práctica. Tenemos que conocernos y crear, entre todos, los mecanismos para que esta utopía sea un hecho», dijo Sara la noche que cenamos.

Llevé los papeles de Fernando Mir al ministerio para cumplir el requisito del segundo periodista con la esperanza de que nos otorgaran el permiso definitivo cuanto antes. El funcionario de turno me hizo saber de mala manera que las autoridades estaban enteradas de que habíamos editado un número ilegal –el cero– y que era conveniente hacer desaparecer el excedente. La policía iba a registrar nuestras oficinas. Puse cara de póquer. Para mis adentros pensé: «¡Sólo queda un ejemplar de muestra!». Asentí con la cabeza, di las gracias y me aparté de un Ministerio de Información y Turismo que en pocos meses se había transformado en una mazmorra kafkiana. Los duros del franquismo parecían haber ganado la batalla y volví a Barcelona sin pasar por Valencia, donde tenía que hablar con un tipo universitario que había enviado una carta y parecía interesante. Era Javier Valenzuela, que llegaría a ser un gran periodista de *Ajoblanco* y de *El País* aún por inventar.

## CENA VERDE EN NOVIEMBRE

La tarde de un sábado apacible en Fontclara, Ana Castellar me pidió que la acompañase a Torroella de Montgrí en busca de botes de pintura para Rubén, un muchacho recién llegado de Argentina que iba a combatir las carcomas de la vigas y a pintar las paredes de la rectoría. Antes de llegar al pueblo, Ana me señaló un bosque espeso a la izquierda de la carretera en el que había *rovellons*[38] Le pedí que me dejara allí. Quería buscar setas para la cena. Aquella noche cenaba en casa Frederic Amat, que había encontrado una casa en ruinas en Peratallada, junto a un torreón medieval. Con toda probabilidad habría pagado las arras y había que celebrarlo.

Los pájaros, la maleza, la soledad. Caminé un buen trecho sin hallar ninguna seta hasta que me senté en un tronco caído. En el corazón del bosque sentí la misma sensación de intimidad que había experimentado en la cueva de Montjuic. Creo que fue en aquella ocasión cuando me pasó por la cabeza estudiar periodismo. La revista necesitaba crónicas. En distintas ocasiones había propuesto a mis colegas escribir acerca de lo que pasaba en Sevilla y en Madrid para contrarrestar tanta obsesión por Cataluña. Mis curiosidades iban más allá y también las del único periodista del grupo, Fernando Mir. Pero Fernando no podía viajar a causa de su trabajo en Salvat y a mí escribir crónicas me producía vértigo. Me tranquilicé pensando

38 «Níscalos.»

que lo más urgente era encontrar una forma propia de ver el mundo sin reproducir lo de siempre, algo que en ninguna Facultad de Periodismo me iban a enseñar. «Lo nuevo está por llegar y hasta que aprendamos a exponerlo tendremos que hacer como Ulises frente a las sirenas: atarnos al mástil y sentir sin desfallecer.» De pronto advertí una intensa mata de flores amarillas y apareció en mi cabeza la imagen de Toni Puig. Me pregunté si Toni representaría un apoyo sólido para la consolidación del proyecto, puesto que tampoco era periodista y su pasión era educar adolescentes. Aquella tarde se desmoronaba bajo la presión plomiza de un manto de nubes blanquecinas. Oscurecía y las copas de los pinos menguaban la escasa luz del crepúsculo otoñal. Ningún chasquido de ramas, ningún canto de pájaro. Seguí pensando en las dificultades de la revista hasta que una picara ardilla bajó de un árbol en busca de un piñón. Se quedó mirándome. La ardilla se acercó hasta el fruto, quebró la cáscara y allí mismo se lo zampó. La bocina del Seiscientos de Ana rompió el hechizo. Salí del ensimismamiento y corrí por un sendero hasta el coche. Cuando llegamos a casa, la sombra de Frederic estaba en la puerta jugando con una botella y un gato callejero. En tono de mofa, dijo que el artículo que había escrito Vicky Combalía sobre su pintura era demasiado académico. Al observar nuestra cara de pánico estalló en un mar de carcajadas: «¡Si Vicky es la mejor!», exclamó encantado. Nos dio un abrazo, levantó la botella de champán y dijo que la había traído para celebrar las buenas noticias. Aquella noche, frente a las llamas de la chimenea, recuerdo que Frederic me habló por vez primera de su hermana, que quería ser escritora. «Cualquier día te la presento. Se llama Núria», dijo.

Los lunes eran los días más eléctricos. Saltaba de la cama más temprano de lo habitual aunque el domingo por la noche hubiese ido al cine tras regresar de Fontclara. Llegaba a la redacción como un ciclón y leía las cartas de los lectores que ya empezábamos a recibir. A los que nos daban el número de teléfono los llamaba y les preguntaba qué pensaban acerca de la revista y cómo les gustaría que evolucionase. A los otros les respondía por escrito mensajes apasionados. Así supe de actitudes, formas de pensar y situaciones que jamás salían en la prensa, y ya pensaba en visitar Valladolid, Málaga, Gijón, Sevilla, Burgos, Murcia o Palma. La respuesta a la sección Cineprajna seguía siendo espectacular, la participación de los lectores cobraba más y más fuerza. Maria Dols y Montse Martí, la chica más inquieta del grupo de Camprodón que estudiaba historia del arte y se había incorporado a la plantilla, me acompañaban durante aquellas horas de la mañana que empleábamos en tareas administrativas y de promoción. Por su parte, Tomás Nart había dejado derecho, seguía virando hacia la derecha, trabajaba en una gestoría y dejó de venir asiduamente. Así fue como empecé a colaborar en las labores de producción con un chaval diligente y muy joven que se había presentado con ganas de aprender; se llamaba Agustí Palau. Era un muchacho responsable y cachondo que me facilitó el tránsito de estudiar en grupo a saber trabajar en equipo. Era tenaz en los temas de gestión, asuntos que importaban poco a los demás, mientras que yo los veía esenciales para conseguir nuestros objetivos.

Pero una tarde, el encantamiento que había vivido desde la cena en que probamos ajoblanco en el restaurante Putxet se vino abajo. Recuerdo que Maria estaba en su pueblo. Ana y

Pep Rigol llegaron al mismo tiempo y poblaron el despacho de comentarios, bromas y risas. Fernando Mir estaba corrigiendo en silencio las galeradas del número dos mientras Toni Miró-Sans y yo pasábamos las cuentas en el despachito. La oficina era pequeña y hablábamos los unos con los otros. Recuerdo que Pep dijo que cenaba con dos fotógrafos, Joan Fontcuberta y Manel Esclusa, y que había venido en busca del original de la foto de Fontcuberta que habíamos publicado en el número uno. También contó que Juanjo Fernández y Montesol, de la revista *Star*, estaban interesados en el intercambio publicitario y que deseaban reunirse con nosotros cuanto antes. *Star* había salido en junio como tebeo quincenal de cómic underground. Hasta la fecha, sus promotores no habían cumplido dicha periodicidad y salían cuando podían. Por lo visto, pretendían mejorar los contenidos extranjeros con aportaciones de los dibujantes de *El Rrollo Enmascarado*.

Ana había venido a preparar una entrevista que yo iba a hacer a Carlos Barral para un número futuro. Ana, más implicada que nunca, había convencido al editor tras ofrecerle los servicios de maquetación de Cese Serrat. También habíamos quedado con un joven crítico literario. Se llamaba Carlos Garrido y había ganado el premio Brunet de reportajes en 1971. Le queríamos dar una sección espontánea, al estilo de Cineprajna, sobre nueva literatura: Litercrack. Por aquellos días yo andaba de aquí para allá en busca de información sobre el mundo de la edición literaria para un artículo polémico. Garrido me tenía que pasar datos. Cuanto más investigaba, mejor me caía Carlos Barral, por mucha coña que hubiéramos hecho Ana y yo con los modos del editor y el cancaneo que se formaba en los cócteles donde se presentaban sus libros.

Carlos Barral era un editor estrella que, además de publicar excelentes libros extranjeros y a literatos noveles, había liderado fenómenos mundiales como el de la nueva literatura latinoamericana y Le Prix International de Littérature. El problema del editor era que, cansado de tanta lucha, se dejaba comer el coco por un grupo de estructuralistas y había perdido el contacto con la realidad. Estábamos hartos de tanto cenáculo blindado. Nosotros pensábamos dar nuestro espacio a jóvenes que no tuvieran donde publicar ni contrastar opiniones.

Por otra parte, las pequeñas editoriales que aparecían a la sombra de Barral no publicaban a autores como Hunter Thompson, Robert Coover, Ginsberg, Kerouac, Cassidy, Dylan, Zappa o Leary, que eran los que interesaban a la generación rebelde. Ana soñaba con montar una editorial en la que pudiera trabajar y dónde meter todo eso. Pep estimulaba la idea por estar convencido de que sería un apoyo para la revista. Hablábamos de todo esto cuando Carlos Garrido telefoneó. Dijo que vivía en Sant Cugat, que el horario de trenes era imposible y que aquella noche no había encontrado casa donde dormir en Barcelona; pasaría el miércoles, así podría conocer a los demás miembros del consejo. «Luego redactamos el manifiesto de Litercrack y vamos a Zeleste al concierto de Pau Riba», dijo.

Ana propuso bajar a la calle y tomar algo en un bar. Toni Miró Sans prefirió quedarse a terminar las cuentas. Ana, Fernando, Pep y yo nos metimos en una pequeña taberna de la calle Diputación frecuentada por los alcohólicos del barrio. Los cuatro parecíamos encantados con el número del

alumbramiento y con el material que habíamos recogido para el dos. Pep alabó los contenidos del primer número y se marchó.

Recuerdo que Fernando exclamó indignado:

«¡Menuda cara!»

Ana y yo nos miramos con extrañeza.

«¿Qué quieres decir?»

«El viernes Toni montó una cena en su casa. Tiñó las bebidas y la salsa de tomate de los espaguetis de color verde loro. Ahora que lo pienso no entiendo por qué me invitaron a mí; apenas me conocen.» Y a continuación susurró para sí: «Probablemente les interese mi *carnet* de periodista».

«¡Una cena de colores!», exclamó Ana.

Fernando explicó el intento de golpe de Estado. Habían asistido todos los miembros del consejo de creación excepto

Ana, Luis Racionero, Tomás Nart y yo. También había acudido Biel Mesquida y un compañero de piso de Toni, el de Els Joglars. Por lo visto, se había hablado mal del contenido del número uno y se había cuestionado mi papel como coordinador. Decían que los artículos eran flojos, que no se podía desaprovechar políticamente la oportunidad de una revista legal distribuida en todos los quioscos y que convenía acabar con las «pijadas» de Luis Racionero. Los tiempos no estaban para escribir sobre las grandes figuras del

Renacimiento o de la antigüedad. Según ellos, la contracultura norteamericana fomentaba la confusión además de aplacar la mala conciencia de ciertos niñatos con promesas de que el excedente industrial que producían las nuevas tecnologías redundaría en la clase trabajadora. Las clases oprimidas por el capital seguían sin poder consumir buenos coches y buenas lavadoras.

«¿Y qué más?», preguntó Ana indignada a un Fernando acalorado que había aparcado su beatitud.

«Unos decían que había que conseguir una línea clara y útil para que la revista perviviera, que había que evitar los temas selváticos y oscuros. Criticaron con rabia el artículo de Luis Racionero, “Todo está en la mente”. También el tuyo, Pepe. Literalmente dijeron que los tiempos no están para defender corrientes sentimentales y que había que insistir en la lucha de clases, en la liberación de los pueblos ibéricos y en recuperar el catalán. Ciertas ilusiones, decían, eran majaderías de niño bien.»

«¿Y del editorial de Toni qué opinaron?», pregunté con malicia.

Fernando recordó que este tema era tabú y que la cena había sido en su casa. Ana dijo que una revista en el mercado con los permisos en regla y que no atendiera a las consignas del PSUC era pecado mortal. «Es lamentable. La politiquería de partido sigue envenenando relaciones y proyectos. Seguro que dijeron que éramos unos capitalistas», sostuvo.

«Esta gente no es del PSUC. En todo caso, responderán a

consignas del PSAN, del Front Nacional de Catalunya o de los maoístas», dije decepcionado. Me dolía sobre todo que mi amigo Toni Puig, a quien cada vez me sentía más unido, no me hubiese advertido de nada. Y Quim tampoco. Para mí la amistad era lo más sagrado.

Ana me abrazó con cariño mientras repetía: «En Seix Barral pasaba lo mismo, los comunistas hacían mil cabriolas para controlar el mundo intelectual».

Por otra parte, lo que a mí me resultaba más sorprendente era que unos compañeros que iban de contraculturales puros e independientes se dejaran manipular por las doctrinas y la terminología de unos comunistas que no cuestionaban el desarrollismo económico y consideraban el mundo del rock, del underground y de la liberación sexual como meros productos de la sociedad de consumo.

Aquella noche acabé sentado con Toni Miró-Sans al pie del funicular del Tibidabo, junto a una perrera pública que me había fascinado de pequeño, cuando mi madre me llevaba a las atracciones de la cima de la montaña. Toni era quien mejor comprendía el cambio personal que implicaba la incierta aventura. En aquella ocasión, mi amigo no me recriminó nada. Me dijo que *Ajoblanco* era una buena idea, que buscara gente menos resentida y que acabara la carrera aunque luego no ejerciera. Me quedaba poco y me aconsejó que fuera a alguna clase, pues la gente estaba tranquila y la política había dejado de preocupar a los estudiantes. «Los comunistas se han evaporado de la facultad», repetía una y otra vez. También me aconsejó cultivar a mis amigos de Camprodón, gente que me

apreciaba de veras. Yo le dije que aunque me gustara ir con otro tipo de gente, solía ver a mis amigos de infancia de vez en cuando. «Jamás renunciaría ni a mi identidad ni a mi familia ni a los amigos que tanto me han ayudado.»

Recuerdo que fuimos a tomar una copa al Metamorfosis, donde encontramos a viejos amigos y donde él ligó con una chica de Camprodón. Salí del local discretamente cuando tuve bastante, subí al coche y me acerqué hasta Montjuic. No había cueva secreta, pero necesitaba respirar aire fresco en soledad, lejos del asfalto y de los muros de ladrillo. ¿Contra qué demonios luchaba? Luchaba contra el mal de la competitividad que nos habían metido en la cabeza. Un mal tan leninista como franquista que tenía que ver con el afán de dominar al contrario hasta aplastarlo. Algo totalmente opuesto a la libertad de pensamiento, a la espontaneidad, a la solidaridad y a la cooperación, que era lo que a mí más me movía. Intuía que los grupos que se ofuscaban con la conquista del poder podían imponernos un mundo cultural tan controlado como el que soportábamos con el franquismo, aunque fuera de signo diferente. Me sentí abatido y vulnerable. ¡Qué difícil era todo! También me daba cuenta de que si en la universidad el movimiento estudiantil se había ido a pique era porque las ideologías que movían a las fuerzas de la oposición –comunistas, extremistas y nacionalistas– no podían aceptar una democratización real construida desde la base social. Si el lobo feroz del franquismo progresista se disfrazaba de Caperucita tal como cantaba Sisa, si los comunistas abrazaban el eurocomunismo y los nacionalistas diluían la lucha social mediante sentimientos territoriales e identitarios, y si ese conglomerado de fuerzas alcanzaba un pacto, el cambio social

que soñaba la parte más libre del país se iría a pique. La propaganda y las diferentes comeduras de coco impondrían una democracia hipócrita, como en Alemania o en Francia, y el autoritarismo franquista y su control social se reproducirían en el seno de cada uno de los nuevos partidos políticos. Entre unos y otros inventarían un país donde imponer su mandarinato.

Aún tardaría algún tiempo en articular dichos pensamientos. Lo lograría a partir del número seis, cuando nacieron los editos de *Ajoblanco.*

Frente a las intrigas, mi respuesta fue el trabajo. A la mañana siguiente subí por la carretera rodeada de pinos de Vallvidrera hasta la casa de Racionero. Compungido, le expuse la crisis que afectaba al consejo de creación. Él me dijo que no los necesitábamos y me propuso publicar un extracto de *El anarquismo en la sociedad de consumo*, de Murray Bookchin, texto que situaba al marxismo en el florero del pasado. El libro lo había publicado Salvador Pániker en Kairós.

«Los análisis de Marx están obsoletos» insistía Racionero; «no hay que olvidar que fueron realizados en una época de escasez material y tecnológica. La industrialización de entonces ni siquiera contemplaba los efectos sociales de la energía eléctrica y por supuesto desconocía la electrónica y la cibernética.

Para empeorarlo, las estructuras de los partidos marxistas reproducen las líneas jerárquicas de la misma sociedad que pretenden destruir. Lo mismo que la Iglesia católica. Los unos

prometen el paraíso en la otra vida para soportar los yugos en ésta; los otros la sociedad perfecta tras siglos de dictadura atroz».

No quise quedarme a comer. Iba a pasar la tarde concentrado en el artículo que pensaba titular «Fraude literario». Estaba ordenando los datos y reflexiones acerca de la política editorial. Algunos editores de ensayo importaban ciertas modas culturales dogmáticas sin tener en cuenta las necesidades y experiencias que vivíamos los jóvenes. A continuación, dedicaría la noche a estudiar Derecho Civil con mi grupo de estudio. Necesitaba calmar mi sensibilidad herida dirigiendo mi energía hacia otra parte. Recuerdo que asistí a unas cuantas reuniones del grupo de amigos de Camprodón y los domingos volví a la tribuna del Barça y dejé de ir a Fontclara. Disfrutaba observando los diferentes hábitos y dándome cuenta de cómo crecen los intereses sociales contrapuestos. Muchos de aquellos amigos burgueses empezaban a hablar de bodas. Había noches que daba vueltas y más vueltas sobre mi cama agarrado a la almohada. Aquellas parejas ilusionadas me llenaban de inquietud. Una tarde, lo recuerdo ahora con cierto dolor, Cuca, con quien había soñado construir un pequeño paraíso, pasó por el *Ajo*. Me dijo que se casaba y me preguntó si sabía lo que estaba haciendo con mi vida. No respondí y permití que aquella oportunidad se perdiera para siempre. Yo sólo quería ser activista y me sentía enamorado de la vida en libertad.

Ciertas noches tocaba cuatro ambientes muy diferentes –el burgués, el estudiantil, el progresista y el homosexual clandestino– con más curiosidad que remordimientos

ideológicos. Aunque saliera con Luisa Ortínez de forma intermitente, estaba convencido de que mi tendencia bisexual me reportaba conocimientos acerca de la sociedad. Cuando te metías en el mundillo de los jóvenes burgueses topabas con valores como estabilidad, paz social y cumplimiento de una cierta ética en las profesiones que iban desempeñando. La revolución de costumbres se colaba muy lentamente en aquel ambiente. El rosario de culpabilidades y el conjunto de interrelaciones sociales heredadas seguían representando en 1974 un muro de protección frente a la forma de vida del nuevo imaginario. La gente buscaba un buen trabajo y una novia con la que fundar una familia tradicional. En ocasiones, algunos de aquellos amigos cometían a escondidas alguna trasgresión, quizás influenciados por un cómic, un libro o la letra de una canción maldita. Estos secretos se olvidaban rápidamente y contar la verdad se veía como algo fuera de lugar.

El mundo progre, ya fuera el de Zeleste, Bocaccio o Jazz Colón, vivía en su propia nube. En ella todo parecía posible pero, a la hora de la verdad, el miedo, la culpabilidad judeocristiana y la presión del ambiente vertebraban una retahíla de contradicciones. Muchas de las actitudes aceptadas en teoría se vivían neuróticamente en la práctica. Esta neurosis se agudizaba cuando buscabas una relación homosexual más allá de la sensualidad emporrada de una noche. El policía de la mente desbarataba la nueva intimidad hasta diluirla como un azucarillo.

La doctrina de la progresía sostenía que las relaciones estables eran preludio al matrimonio burgués. El alcohol y las

drogas desinhibían y las orgías sin consecuencias fueron el resultado de tanta confusión. La represión se infiltraba en todos los ambientes y los que trataban de evitarla caían en la promiscuidad marginal.

Recuerdo la noche en que bajé a los famosos lavabos de la Plaza Cataluña. La sordidez empezaba ya en la amplia escalera situada entre una de las fuentes y una escultura femenina de gran tamaño que te contemplaba con desalmada indiferencia. La escalinata te introducía en la maraña del subsuelo. Olía a orines. Bajo tierra circulabas entre dos hileras de sombras envueltas en gabardinas que descansaban con morbo jadeante sobre una sucia pared gris. La humedad teñía el aire de tiniebla. Tras un deambular incierto, descubrías como un tío se paraba frente a otro e iniciaba el manoseo. El ruido de cremalleras y cinturones producía ansiedad. Otras sombras pesadas como el plomo respondían con nerviosismo hasta que se iban separando de la pared desconchada. En algún momento, unas chocaban con otras y por fin se armaba el jaleo. Alguno abandonaba el grupo seguido por otro para perderse en la oscuridad en busca de algún lugar discreto entre la maraña de túneles y pasillos. Por allí pululaba alguna gente del mundo del teatro que reconocías sin inmutarte. Algún otro iba arriba y abajo del pasillo. Aquellos pasos acompañaban el ritmo de los jadeos hasta que se perdían por las escaleras que subían a la calle. Y salías tú también arrastrando el ánimo por los suelos. Quizá fuera un romántico, pero yo buscaba otra cosa y no estaba dispuesto a renunciar al cariño.

Llegó el día de afrontar el castañazo que había supuesto la «cena verde». Habíamos convocado una reunión del consejo

de creación. Biel Mesquida me había dicho que no iba a volver a las reuniones durante los próximos meses, que estaba dispuesto a seguir colaborando y me entregó un artículo en gallego de Xavier Costa Clavell acerca del vigésimoquinto aniversario de la muerte de Castelao, el padre de las letras gallegas. Cese Serrat tampoco vino, pues siempre driblaba las intrigas ideológicas y los malos rollos aunque remarcó que estaba dispuesto a seguir maquetando la revista. Los demás dieron la cara por mucho que al principio negasen la existencia de tal cena. La presencia de Fernando hacía insostenible dicha actitud. Empezaron las excusas. Que no existía traición, que habían debatido en *petit comité* por amor al Ajo, por salvar su futuro y por considerar imprescindible tender a la profesionalización. Otros capitularon tras exponer contradictorios puntos de vista. Claridad no hubo. Toni Puig estaba alterado y nervioso. Me dijo, en voz muy baja, que frente a determinadas rebeliones lo mejor era ponerse al frente hasta reconducirlas. Yo no entendía nada. Su editorial era lo que más había provocado a los otros, la cena había sido en su casa y ahora lo justificaba todo. Tanto manejo me descorazonó y le lancé una mirada de reprobación.

Para Ana Castellar estaba claro. Aquello había sido una tentativa de crear un grupo de presión oculto para imponerse ideológicamente. Tal como había ido la evolución del proyecto colectivo, dicha actitud resultaba inadmisible. Ana argumentó que la época de la masonería había pasado y que fuéramos con cuidado con la excesiva ansia de profesionalización, que si pretendíamos hacer algo diferente no podíamos reproducir los esquemas de la *gauche divine* o de la extrema izquierda.

Racionero tampoco asistió –estaba en Madrid–, aunque llamó por teléfono y me dijo que ciertos mandarines marxistas leninistas estaban indignados con la línea contracultural de *Ajoblanco* y que Vázquez Montalbán estaba intoxicando a los jefes de *Triunfo* para que nos pusieran a caldo. A la mañana siguiente tenía que ir a la redacción de *Triunfo* a entregar un artículo suyo a César Alonso de los Ríos y trataría de sacarle información al respecto. José Carlos Aramburu, administrador de *Triunfo*, había contestado nuestra misiva lamentando no poder corresponder al intercambio de suscripción que le habíamos propuesto por tener agotado el cupo.

Tras la llamada volví a la reunión y pensé que mi amigo Toni Puig mantenía un deje curil como yo podía mantener el burgués y que lo mejor sería relativizar la cena verde. Ana no se cansaba de repetir que Toni era Géminis y que los Géminis, inevitablemente, eran duales. Albert Abril, con muy buena voluntad, propuso que el *Ajo* fuera el resultado de los textos que la gente de la calle aportara y que ya no hacía falta consejo de creación, que cada uno de nosotros fuera un canal de recogida de textos y que podíamos reunirnos como consejo de redacción una vez al mes a valorarlos. Pep Rigol sugirió crear un pequeño equipo profesional que dedicara muchas horas a buscar gente interesante y poco convencional que plasmara la actualidad artística. Fernando insistió en evitar dar lecciones puesto que el público que buscaba *Ajoblanco* estaba en las antípodas de cualquier dogmatismo o profesionalidad existente y que debía abrir sus páginas a alternativas viables. Tomás pretendía planificar los contenidos alrededor de un tema. Quim Monzó, completamente desganado, dijo que deberían permanecer en el despacho dos o tres personas para

escoger los mejores textos y que el resto escribiera cuando tuviera algo que decir. Toni opinó que debería prescindirse de palabras como fascismo, que la política era un tipo de «ismo» y que se debía potenciar al ser humano en muchos más campos que el político. Albert protestó exaltado y expuso que él entendía la política como la realización total de la persona. Claudi Montañá, tras un bostezo, anunció que *Vibraciones* le impedía seguir activamente en nuestra revista, lo que me sonó a excusa. Yo sugerí nombrar a un coordinador y que los contenidos del *Ajo* reflejasen la cultura no autoritaria. Entonces Toni planteó que en la revista había dos posturas, una idealista y otra mucho más realista, y que para seguir adelante hacía falta redactar un decálogo asumido por todos y que cada uno aparcara en la entrada cualquier postura partidista. También se propuso a sí mismo como coordinador. Insistió en que lo más urgente era redactar el decálogo y que él iba a proponer uno. Entonces, nunca supe por qué, Pep, rojo como un tomate, gritó con indignación que él dimitía. Tomás aún complicó más la escena al añadir algo que me pareció grave: «Quien paga, manda».

Estábamos cansados y perplejos. Propuse aplazar la reunión hasta que los ánimos se hubiesen serenado y me comprometí a confeccionar el número tres que estaba a medias. Alguien dijo que la maquetación de la revista era excesivamente elitista y que Cese debía hacer un esfuerzo o tendríamos que buscar a gente más profesional. Toni defendió la línea gráfica de Cese y dijo que el grafismo del número dos, a punto de salir, era más underground que conceptual. Por otra parte, a Cese le tocaba hacer la mili en marzo. Albert, en la puerta, contó que el rodaje de una película le iba a robar todo el tiempo y que tanta

reunión había dejado de tener sentido porque la revista ya existía. También prometió traer un artículo sobre un realizador independiente,

Carlos Durán, para el tres, y que esta sección la pensaba seguir. Quim, junto a la puerta, se puso de buen humor, dio un beso a Ana y la citó a una cena privada para hablar de literatura. Ya no estaba tan seguro de que la novela fuera siempre un producto burgués.

## TBO DE SISA

La tarde en que Carlos Garrido llegó al despacho con la propuesta de llevar la sección de literatura de forma autónoma, sólo quedábamos Ana Castellar y yo. Camino del restaurante, recuerdo que Ana, aún indignada por los acontecimientos recientes, comentó: «No sé a qué vienen esas malas vibraciones con lo bien que iba todo». A continuación, decidió dar una fiesta por fin de año en Fontclara. Ana se había dejado crecer la melena y parecía haberla sometido a una potente descarga eléctrica.

Saqué un cuaderno del bolsillo y les leí parte del artículo sobre el fraude de la nueva literatura española: «Nosotros, la gente joven que no se cree importante, no descubrimos en nuestra literatura actual más que aburrimiento, vacío y desolación. A pesar de escritores publicados, editores con dinero y críticos con páginas para ensuciar, no existe nueva literatura». Las risas de ambos ante las coletillas que había puesto a cada editorial me devolvieron el buen humor. Por fin había dado un paso al conseguir una buena crónica sobre la situación. Las bromitas ácidas de Carlos, un hombre grave, corroboraron dicha impresión.

Carlos extrajo un papel y leyó el encabezamiento de su artículo: «La crítica literaria es un paisaje anochecido donde los sepulcros dictan las normas de lo correcto. ¿Por qué nos quieren enseñar lo que hay que sentir y obligarnos a masticar

las mismas oraciones?». Cogimos papel y lápiz y redactamos el manifiesto de la nueva sección Litercrack. «Frente a un cotarro editorial lleno de dogmas críticos incomprensibles para la gente corriente y afanes comerciales que en ningún modo pueden encauzar libremente la creación literaria, los de *Ajoblanco* sentimos la necesidad de abrir nuevos cauces...» El texto concluía con un llamamiento para formar grupos de acción en todas las poblaciones españolas que recogieran material inédito que editaríamos en una gacetilla.

El Ascensor era un antro bohemio situado en una calle estrecha cerca del Ayuntamiento donde los artistas podían colgar sus obras en las paredes. Accedías por una simpática cabina de madera. El local siempre estaba lleno de poetas y pintores debatiendo acerca de gustos literarios, lecturas y tendencias artísticas. En una mesa bastante poblada nos esperaban algunos miembros de la revista *La mano en el cajón*, presididos por José Luis Domingo Millán, que se levantó al vernos entrar. «Quiero hacer de mis letras/ un camino/ hasta mi muerte», había escrito en el número uno de *Ajoblanco*.

José Solé hablaba de este grupo de poetas las pocas veces que venía a las reuniones. El grupo había celebrado una semana de arte moderno en Burriana. Un tal José Manuel Escudero, un poeta vallisoletano enloquecido –en palabras de José– colaboraba con el grupo junto a Carlos Bousoño, poeta en contacto con Barral. José Manuel Palomero, me contaron aquella noche, había sido el verdadero organizador del evento de Burriana y quien podría escribirnos un buen artículo sobre la nueva poesía.

Millán era un hombre de rasgos sureños, voz grave y atmósfera castiza que defendía con pasión la poesía visual de Alfonso López Gradolí, maestro en el género. De una cartera repleta de bosquejos extrajo un librito azul de menos de treinta páginas.

Era el número diez y once de *La mano en el cajón* y, ¡oh, sorpresa!, descubrí un poema experimental de Javier Vidal Folch, mi antiguo compañero de colegio y líder estudiantil de Bandera Roja. Lo leí con curiosidad. Era un texto surrealista y militante. Millán me contó que Javier estaba haciendo la mili en Mallorca, ocasión que había aprovechado para ganar un concurso con unos cuantos poemas en catalán influenciados por Salvador Espriu. También encontré en dicha publicación un poema de José. Cuando les explicamos lo que pretendíamos con Litercrack, el grupo acogió la idea con entusiasmo y alguien pidió permiso al dueño del local para llenar las paredes de El Ascensor con textos y poemas como en la Facultad de Derecho.

Zeleste fue otro cantar. Ana no quiso venir. Al día siguiente trabajaba y no le apeteció perder horas de sueño en el local de la calle Platería. Aquella noche la entrada costaba un pastón y resultaba desagradable el forcejeo con el ogro de la caja una vez superabas la pequeña cola que se formaba en el vestíbulo junto al telón rojo que daba acceso a la sala. Tocaba el legendario Pau Riba, recién llegado de Formentera.

Una vez dentro, el bullicio y la gente presuntuosa aturdían. Reacción: hacerte el longuis y dar tumbos de un lugar a otro hasta encontrar tu rinconcito. Empezó el concierto. La música surgía deslavazada. Pau se esforzaba pero los músicos no le

seguían. Cuando le pregunté al otro Pau, el Maragall, que estaba nerviosísimo, si Riba cantaría *Ja s'ha mort la besávia*, me lanzó una mirada de reprobación y murmuró algo así como: «Llegas con cinco años de retraso, ahora toca otra cosa», me pasó un porro y me presentó a su novia: Ana Briongos. Tras el concierto, el local se convirtió en una nube de mariposas voladoras.

Días antes de que otro concierto consagrara definitivamente a la sala Zeleste como la catedral del underground español de los setenta, apareció por nuestro despacho de Aribau un tipo largo y fino. Tenía aspecto de distraído holandés errante. Ana, Fernando Mir, Agustí Palau y yo estábamos repasando los originales del número tres cuando el recién llegado, que parecía un chiflado, se plantó frente a nosotros ufano y sonriente. Iba con una levita gris abrochada con botones metálicos y con una gorra de recepcionista de hotel. Dijo que había venido en bicicleta, que usaba ese medio porque le permitía ir de un lugar a otro de forma gratuita y que en cuarenta minutos tendría que abrir las puertas de los taxis en el Hotel Avenida Palace. Recuerdo las risas de Ana y de Fernando ante tan grotesca aparición. Por lo visto el trabajo de portero de noche le financiaba un garito recién estrenado en la calle Espartería, junto al Borne. La tienda se llamaba Zap 275 y era pionera en la venta de cómics, guías de Ibiza y libros de budismo zen y de arte pop. Jaume Fargas contó que se había cansado de arrastrar una maleta con cómics de medio mundo por las casas de los amiguetes y los antros de la ciudad, ofreciendo las novedades *under* del momento. Quería números atrasados de nuestra revista para vender en su tienda. Explicó su historia con ternura y convicción hasta que se calló,

clavándonos sus ojos azules esperando una respuesta. Le explicamos que sólo habíamos editado dos números y que aún no teníamos devoluciones. Afirmó que el número dos estaba causando mucho revuelo y que le molaba un huevo. Luego nos sugirió que le metiéramos una pequeña reseña de la tienda. Ana le interrogó intrigada. Fue entonces cuando explicó que había conseguido los permisos como tienda de estampas. El tipo era de Manresa, conocía a Claudi Montañá desde crío y juntos habían fumado porros en muchas ocasiones con los melenudos norteamericanos que visitaban la cueva de San Ignacio. Había vivido entre los okupas de Holanda por ser prófugo y se había escondido en un barco amarrado en un canal –por lo visto, los okupas de aquellas latitudes necesitaban papeles en regla– y se había traído un montón de cómics de Robert Crumb, de la Real Free Press y de los *provos*, movimiento que había transformado Ámsterdam en la capital alternativa de Europa. Finalmente, tuvo que hacer la mili; cuando la terminó, a mediados de 1973, dejó de estudiar psicología y se encontró a los de *El Rrollo* en el bar London. Desde ese momento, se hizo colega de Miguel Farriol, *El Jefe.*

«Él es quien impone disciplina al grupo», remarcó. «No vayáis a creeros que no curran esos tipos en la comuna de la calle Comercio, curran como fieras aunque por las noches se desmadren con lo que haga falta.»

A partir del intercambio con los de *El Rrollo*, Jaume montó una reunión en su casa con todos los dibujantes underground de la ciudad y con Picarol. Luego utilizó los buenos contactos que guardaba de Holanda para importar, sin tener permisos legales, material para los de *El Rrollo* y otra gente. Habló muy

bien de Max, un dibujante que vivía con sus padres y se pasaba el día trabajando en Comercio, y nos sugirió que le encargáramos colaboraciones. Fernando le pidió información sobre el movimiento *provo* y redactó la nota sobre Zap 275. Quedamos en seguir hablando el día de la presentación en Zeleste del tebeo *Diploma de honor.*

Recuerdo el vestíbulo de Zeleste atiborrado de gente. En un rincón, los de *El Rrollo* habían instalado una parada decorada con sus revistas donde vendían el tebeo musical más contracultural de la década: *Diploma de honor.* Los dibujantes de *El Rrollo* habían ilustrado las canciones de Jaume Sisa. Montesol me tiró del brazo y me preguntó si íbamos a publicar la foto de Xavier Gassió, que hacía la mili en El Aaiun y se merecía un buen detalle por nuestra parte.

«En el tres», le respondí.

Montesol lucía una melenita renacentista bien cortada y no paraba de lanzar bromas picantes entre risitas de novicia. Me mostró sus dos páginas de *Diploma de honor: L´home dibuixat* y *El trist i desconsolat enterrament de la meva esposa*. Y me dijo que fuera con más ojo, que la revista *Star* vendía un montón y que no lo manoseara tanto, que se estaba poniendo nervioso. En realidad, el tocón era él. Montesol era un bromista y un tipo que se lo montaba estupendamente. Éramos muy colegas.

Pepichek había dibujado *El fill del mestre* y *Germd Aire*, una doble página que me impacto y en la que había caricaturizado a Sisa sentado en un váter con sus gafas de miope. Mariscal, el

más colega del cantante, había pintado *Tardor a L'Orient, Menjant Pollastre* y *Taronges i anos* aplicando un estilo limpio, infantil y poco estridente. Mariscal y Montesol eran los más pop del grupo frente a Nazario y Pepichek, que eran mucho más ácidos y underground. Por su parte, El Jefe, que aquel día parecía mudo ante tanta expectación, había pintado *Imatges de juliol, Una nina d'or* y *Maniquí*, y Nazario *Els reis son morís*. Y todos juntos habían ilustrado la canción que se iba a convertir en algo más que un *hit: Qualsevol nit pot sortir el sol.*

Hasta que empezó el concierto estuvieron organizando una bulla fenomenal y creo que vendieron lo suficiente para mantener la comuna tres meses o más. Con el invierno solucionado, las copas empezaron a sentarles mejor y los porros corrían como si la policía franquista hubiera emigrado al Camerún.

Fernando Mir pretendía colarse y discutía con Cristina, la chica voluntariosa y muy profesional que daba la cara por la sala Zeleste. Nazario me abordó y un tipo con una careta de Popeye y una bata a rayas de colegio, un actor de Els Comediants, me dio un empujón que me llevó a los brazos de Jaume Fargas, el más alto de los que pululaban por la zona. Jaume se alegró al verme y dijo con mucha cofia que Sisa le envidiaba por sus aptitudes musicales. Jaume era un prodigio en ese arte. Tocaba correctamente el violín y el piano desde los nueve años y había acabado solfeo a los trece. Hacía poco que yo había pasado por la tienda de tesoros de la calle Espartería en busca de un libro sobre los *provos* para Fernando y otro para Quim. La visita resultó más que curiosa, pues lo descubrí leyendo partituras musicales de Bach y Schubert. Me dijo que

aquello le interesaba más que leer a Thomas Mann o a Lawrence Durrell. Le escuchaba con interés y me explicó lo mucho que le debía a Ireneu Segarra, el monje benedictino que había sido su maestro mientras fue escolano de Montserrat.

El monasterio fue un laboratorio cultural en época de penurias gracias al Concilio Vaticano Segundo. Fargas, que se había criado en la conflictiva zona minera de la cuenca del Llobregat, tuvo la suerte de vivir en Montserrat durante los tiempos en los que había que adaptar la liturgia latina a las lenguas vernáculas y hubo que rehacer textos, armonías avanzadas y nuevas músicas. Fargas compartió habitación con alumnos que con los años dirigirían las mejores orquestas de España.

Barcelona bullía libertad y la generación rebelde conquistaba los nuevos espacios. Cuando Jaume me dejó y entró en la sala de conciertos, Nazario me arrastró hasta la pared y me dio un morreo. Decía que yo era un reprimido y que necesitaba una buena paliza. En estas apareció un tipo fuerte y alto. Estaba algo pasado y, más que hablar, balbuceaba. Era Xefo Guasch, y parecía recién salido de un cómic. Era fotógrafo y cinéfilo, y miembro de una comuna famosa. Cuando pronunció la palabra *Ajoblanco* con entonación grotesca tuve la sensación de que me estaba dando la bienvenida al club de los sin patria. Xefo llegaría a ser esencial en la historia de Luisa Ortínez.

La actuación de Sisa fue algo así como un carnaval surrealista en tiempos de la República. Con soles y palmeras de cartón, alegría y libertad. Su música festiva acogía la poética ramblera, popular y adolescente. Creo recordar unas gafas de sol muy

oscuras, una americana azul eléctrico, unos pantalones muy blancos y la característica melena negra y rizada que blandía Sisa a todas horas. A Sisa siempre te lo encontrabas en un extremo de la barra de Zeleste, con un vaso lleno de *whisky*, intentando ligar. Era tan tímido como miope.

Zeleste era el nuevo santuario del underground. Desde poco antes del año 1975 promovió una fiesta musical combativa y un sinfín de contactos creativos entre músicos, arquitectos, cineastas, filósofos de la nueva ola, teatreros, dibujantes, revisteros, bohemios y estudiantes en busca de trasgresión. Acabé la noche del tebeo de Sisa en las escaleras de Santa María del Mar charlando con Fernando Mir y Picarol. Este último, poco antes del concierto, había pasado, mediante un aparato de Cine-Nic y sobre una pantalla, una sucesión de anuncios de Sisa y de los productos underground que vendía por calles y conciertos.

En las escaleras, Picarol trató de contagiarnos su entusiasmo por la Onda Mediterránea, la que por fin aunaba el rock de los grupos progresivos catalanes, y nos habló de un futuro concierto fundacional en el Palau Blaugrana. Nos propuso escribir un artículo para el número tres sobre dicho acontecimiento. Casi a coro le dijimos que sí.

Fernando me dijo antes de subir a su Vespa que le habían preguntado mucho por el *Ajo* y que debíamos pasar de malos rollos y esforzarnos en hacerlo mejor. Me subí y fuimos hasta las Ramblas.

El aire frío presagiaba un invierno duro y seguimos nuestra

charla metidos en el bullicio ramblero del *drugstore* del Liceo. No sé por qué le comenté a Fernando que había estado muy bien aquella noche en Zeleste pero que no confiaba en lo que pudiera dar de sí aquel underground. «Divertido sí ha sido», repetía una y otra vez. «¡Lástima que no podamos ir a la fiesta de fin de año de Zeleste!», exclamó Fernando.

## LA FUERZA DEL AZAR

La cercana mili pendía como una amenaza sobre mi vida. Cuando alguien me hablaba de ello, emitía una risa burlona y bromeaba: «¡Qué pasa tío! ¿Acaso no mola una temporada en el infierno?». De forma espontánea esperé la llegada de la adversidad para, una vez metido en ella, hallar un antídoto. Aunque tuviera que irme, la revista iba a mantenerse puesto que los colegas manifestaban el propósito de hacer cuanto estuviera en su mano por afianzarla. Ana Castellar, Maria Dols, Fernando Mir y Francisco Marsal, los más afines, mostraban una inquietud creciente ante mi ausencia. Aún no estaba seguro de cuál sería la actitud de Toni Puig tras la crisis que acabábamos de vencer. Como me había negado a examinarme de Derecho Canónico debía hacer la mili normal. En el sorteo me correspondió el CIR de Zaragoza, un consuelo porque estaba cerca. A Frederic le había correspondido Cádiz y a otros el Sahara, que aún era peor. Por su parte, Tomás Nart había afianzado una relación convencional con su novia y pretendía estructurar la revista como una empresa. Una de aquellas tardes trajo a un tipo formal y parlanchín que me pareció altanero. Era hermano de su chica. Tomás propuso meterlo de gerente para que convirtiera *Ajoblanco* en una empresa con beneficios. Santi contó que tenía una gestoría y que la clave del negocio era reducir gastos y aumentar las ventas. Le pregunté cuál era su fórmula para conseguir tal maravilla en una empresa que debía ser alternativa. Recitó técnicas fútiles o

muy convencionales. Los criterios de Tomás y los míos seguían distanciándose.

Yo creía en el trabajo constante y sentido, en experimentar la creatividad en grupo, en apostar por la excitación de conocer y viajar. «¡Azar!», gritaba con los brazos abiertos ante el asombro de mis contertulios. Preveía un largo proceso de aprendizaje hasta consolidar la revista, muchas tormentas y una voluntad de hierro para no sucumbir. Tomás sólo hablaba de reducir costes y de crear una estructura profesional. Aquella tarde no quise disgustarle y silencié mis opiniones. Francisco, más pragmático, sabía que Toni Miró-Sans sin mí no iba a llevar la contabilidad y aceptó al gerente propuesto como mal menor. Ana acumulaba mucha más experiencia que nosotros y se pasó la reunión del consejo de administración observando con atención. Concluida la reunión, Ana me dijo que admiraba mi sangre fría, pero que debíamos apagar los ecos de la crisis con Toni Puig cuanto antes; no creía que Tomás pudiera sacar el *Ajo* adelante y menos su cuñado, puesto que nada sabía del mundo editorial. También me dijo que ninguno del equipo de creación los respetaría y que mi personalidad había unido las dos ramas de la revista, la administrativa y la creativa, sin tensión, lo que había evitado disgustos irreparables. Yo tenía muy claro que el invento exigía que la creatividad y la administración fueran siempre de la mano, que la nuestra no podía ser una empresa capitalista obsesionada con la rentabilidad. ¡Cojones! Estábamos pariendo algo nuevo.

Cuando Ana y yo hablamos con Toni Puig durante un fin de semana en Fontclara, éste repitió la necesidad de crear un decálogo que evitara las peleas entre nosotros. Nos dijo que

sólo así *Ajoblanco* podría convertirse en un espacio progresista, sin barreras ideológicas ni generacionales, y que había que buscar colaboradores de la periferia que no escribieran pajas mentales más o menos literarias, sino lo que estaba ocurriendo en sus cercanías con relación a la nueva cultura. Toni insistió en que había que evitar tanto a los acomodados como a los pasotas que se zafaban de cualquier compromiso. Recogió la idea que había lanzado Tomás de articular el número siguiente alrededor de un tema concreto. Toni propuso empezar por un dossier de Andy Warhol. En medio de nuestro debate llegó Francesc Vicens con un cesto de *rossinyols*,[39] las setas que más me gustaban. Francesc estaba exultante porque ya tenía fecha para la inauguración de la Fundación Miró. Durante la cena negociamos con Toni para que coordinara, con ayuda de Ana, el grupo de creación durante mi ausencia. Daba gusto ver como Francesc, un hombre maduro y espigado con una barbita recortada a lo Lenin, observaba el proceso de la revista y aportaba su larga experiencia en forma de buenos consejos.

Convoqué en Barcelona una reunión de creación, con todo el equipo, después de conseguir la vuelta de Pep Rigol y aclarar las renuncias de Biel Mesquida y de Claudi Montañá. Cese se iba a la mili a Cartagena, por lo que no podría maquetar más números. Pep Rigol propuso a Juan Carlos Pérez Sánchez, un diseñador argentino que daba clases en Eina y que se había convertido en una referencia de la modernidad gráfica. Luis Racionero dijo que Pérez Sánchez vivía en Vallvidrera y que era íntimo de Maria del Mar Bonet, que hablaría con ella para pedirle una cita. Tantas novedades devolvieron las alas a Quim

39 «Rebozuelos.»

Monzó y a Albert Abril, que empezaron a proponer temas osados. Pep Rigol comentó que iba a movilizar lo que hiciera falta para que la revista fuera la mejor del país; y Luis Racionero que escribiría un artículo sobre el tinglado del arte, en el que pondría a caldo a Tapies. Iba a escribir que el verdadero inventor de la vanguardia había sido Joan Pons, pero como éste era mágico, anárquico, y actuaba con independencia frente a las pautas que marcaban los mandarines del «partido», no contaba con su aceptación. Toni, en cuanto nos quedamos solos, me dijo que él creía que las decisiones del consejo de creación no debían ser vinculantes, que nuestra estructura tenía que ser abierta y creativa. «Los demás deben pasarme sus textos y propuestas y yo controlaré el proceso.» Me preocupó que quisiese desmantelar el consejo. Pero como empezaba a sentirme alejado, decidí callar. La anestesia militar se me estaba echando encima y confiaba en que Ana mantuviera el espíritu plural del equipo.

Una tarde, en medio de una de nuestras reuniones, recuerdo que Ana se me quedó mirando con ojos muy tristes. «Pepe huye de la revista y está cruelmente fascinado con dejarnos solos», le dijo a Quim en voz alta para que yo la oyera. Supongo que los posos emotivos causados por la cena verde loro y no saber qué iba a pasar con la revista precipitaron en mí una marejada interior. En ciertos momentos soñaba con iniciar una nueva vida en solitario lejos de Barcelona y hacerme escritor. Lo insólito fue que la mili se me presentara de pronto como la orilla de un mundo sin agobio, sin celos y sin luchas partidistas. En momentos más apasionados me lanzaba a la caza de más dinero para que todo quedara mejor asentado. El capital que habíamos conseguido reunir hasta ese momento era de

trescientas mil pesetas. Lo cierto es que las deudas no me hicieron perder mucho tiempo en dudas. No recuerdo exactamente cómo llegué a conectar con un recién licenciado en Derecho que iba a preparar oposiciones para registrador de la propiedad. Se llamaba César Luque, pertenecía a la clase adinerada y tenía el aspecto de un político norteamericano. Resultó ser pariente de mi padre y el desarrollo del *Ajo* le fascinó. Un día le pedí que invirtiera en la revista y vigilara el proceso económico. Su respuesta fue afirmativa y se añadió al grupo de los que solían pasar por la oficina y por Fontclara. Era un conversador nato y su piso de Madrid, cuando se fue a vivir allí un año después, fue mi guarida capitalina.

Uno de aquellos días, faltaba poco para Navidad, Ana me propuso hacer un pequeño viaje de despedida antes de la mili. Yo le sugerí ir a Granada en su Seiscientos entre Año Nuevo y Reyes. Le pareció bien. A mí me gustaba tragar kilómetros sin consultar guías, tal como habíamos hecho el verano en que llegamos a Ámsterdam. Me gustaba dar con paisajes nuevos, cortejar a personajes desconocidos, meterme en situaciones imprevistas, conocer casas ajenas, descubrir obras de arte sin la lección aprendida... En suma, que en las nuevas vivencias hubiera azar. Tuve suerte y viví lo mío con esta filosofía de viaje que tanto promocionó *Ajoblanco* en años sucesivos.

Antes de partir hacia Granada subimos a Fontclara a preparar la fiesta de fin de año, que tenía que ser un *happening* con gente de lo más diversa. En realidad, festejábamos la salida de los primeros números de *Ajoblanco*, una revista «insólita», en boca de la gente, que empezaba a despertar curiosidad. No recuerdo con exactitud quiénes vinieron. Sé que Toni no vino,

pues se había ido a Venecia con la mochila al hombro. Ni Quim ni Albert, que exigían el desnudo político ya, y que estaban en Londres viendo la película *La maman et la putain*, de Jean Eustache, y los coitos defectuosos de Silvia Kristel en *Emmanuelle*. El resto del equipo pasamos la tarde en la cocina de Fontclara, ayudando y aprendiendo a cocinar. Yo subí con mi hermana Rosa, Pep Rigol, Nacho Nart y Agustí Palau. Nacho era un joven vasco que quería hacer cine y que había llegado hasta nosotros respondiendo a la llamada de Cineprajna, y Agustí Palau, el jovencísimo pencón a quien había propuesto para que llevara la edición de la revista durante mi ausencia. Recuerdo la llegada de las amigas de Tonia Salom que habían estudiado arte en la Autónoma, la de algunos pintores a los que mi hermana Rosa hacía de marchante y la de Luisa Ortínez, vestida con una coqueta falda india de flores, capitaneando el grupo de Mont-Ras, mientras Fernando Mir tonteaba con Tonia y me decía por lo bajo: «Esta chica está muy buena, menudos ojos, verás cómo esta noche me la llevo a casa de Luis y Carmen en Empúries». Así, mientras ayudaba a preparar la cena, me enteré del idilio del año. Fernando acababa de sufrir un accidente de moto y llevaba la ceja cosida. A pesar del accidente estaba lanzado y hablaba ilusionado de la guía underground que preparaba con Jaume Pujagut.

Los espacios de Fontclara se fueron llenando de jarana entre serpentinas y confeti. Recuerdo el baile de Frederic Amat con Maribel Vidal Quadras, ambos pintores, espigados y muy altos, moviendo brazos y pies hasta que tropezaron con la escena que marcó la fiesta y que parecía una foto fija de la película *Cleopatra*: el filósofo Javier Rubert de Ventos y el editor Salvador Pániker, enzarzados en una discusión, permanecían

reclinados al estilo de los senadores romanos sobre el suelo de la cocina entre nubes de confeti. Rubert había llegado con hambre de mujer y había mariposeado sin suerte. Por mucho que en ocasiones consiguiera seducir mediante un discurso filosófico tan atractivo como confuso, en aquella fiesta casi todo el mundo era muy joven y nadie estaba para grandilocuencias. Bromas, miradas, gestos, abrazos, pasos de baile, toqueteos. Rubert era mayor para entender tanto torbellino y, tras hablar con Luis Racionero, acabó en el suelo con Salvador Pániker, un editor medio indio, empresario y filósofo. Tras el tropiezo de Maribel y Frederic, que provocó risas generales, ambos pensadores siguieron ventilando con aspavientos lo que se intuía como apasionadas divergencias en torno al tema de la Assemblea de Catalunya.

Recuerdo que alguien puso en el tocadiscos *La bamba* a todo volumen. Se formó una cadena de bailarines cogidos de la mano que atravesó varias habitaciones y que en algún momento rodeó la escena senatorial. Otros empezaron a lanzar puñados de ensalada de arroz mezclados con serpentinas y dos o tres bajaron a la planta baja y consiguieron cerrar la llave de la luz. Sin música y a oscuras se escucharon gritos en todas direcciones. Los almohadones de la salita de la chimenea empezaron a volar en cualquier dirección. Cuando Ana Castellar, excitada y con un enfado simulado, consiguió dar la luz, Francesc Vicens, Maribel Vidal Quadras y el argentino Rubén estaban lanzando un montón de almohadones contra los filósofos que en aquel momento no sé qué decían acerca de una teoría de Xavier Zubiri. Rosa y Damiá Escuder repartían en bandejas de latón unas octavillas con un texto de Cirici Pellicer sobre el *arte povera*. «*Revolució*, *revolució de saló*, *visca el*

*camaleó!»*[40] exclamó Damiá, más irónico que nunca. Francesc Vicens y Damiá Escuder eran catalanistas; Rubert y Salvador, no tanto. Tal barullo quedó amortiguado cuando Ana dijo: «¡Van a dar las campanadas!».

1*975* prometía ser un año extravagante, al menos para quienes íbamos a vestir de caqui con un cetme cargado al hombro. Mientras César Luque me preguntaba a qué se dedicaba Mercedes Casanovas, llegó una chica diferente a las demás. Iba acompañada del tipo que había estampado su coche contra la puerta de la universidad tras el asalto al rectorado, el mismo que me había dado calabazas. Aquella mujer eléctrica resultó ser la hermana de Frederic Amat. La recuerdo vestida con unos téjanos ceñidos y una blusa blanca sin sostén. Me pareció una gacela. Fui hasta ella imitando los contoneos de Mick Jagger, le di un beso de bienvenida y me puse a bailar como un poseso, subiendo y bajando con los brazos abiertos a su alrededor. Recuerdo muy bien el disco que sonaba: *Think*, de Aretha Franklin. Nuria Amat dejó el bolsito sobre el suelo y empezó a moverse frente a mí hasta que alguien apagó el tocadiscos. Félix Vilaseca cogió una cacerola metálica y con un cucharón empezó a dar las doce campanadas. Nuria y yo nos tomamos las doce uvas sin dejar de mirarnos. Brindamos por 1975 y luego fuimos en busca de Ana, de Rosa, de Frederic, de Fernando, de Tonia, de Luis Racionero, de César, de Carmen Iglesias y de Mercedes Casanovas, que estaba tonteando con Salvador Pániker. Nuria me dijo que iba a ser escritora, que vivía sola en un pequeño estudio de la calle Gresolet, en el corazón del barrio de Sarriá, y

---

40 «Revolución, revolución de salón, ¡viva el camaleón!»

que podía tirarme las cartas del tarot. Racionero se acercó, quiso saber quién era aquella mujer y luego me contó el cotilleo de la noche. Por lo visto, Salvador Pániker le había explicado que su mujer, Núria Pompeia, que pasaba el fin de año con el grupo de País en casa de Jaume Perich, había prestado la casa de los Pániker a los miembros de la Assemblea de Catalunya para una reunión plenaria. La conversación con Rubert de Ventos había versado sobre los enfrentamientos entre los partidos políticos catalanistas y los movimientos sociales simpatizantes del comunismo de base. Los almohadones que Francesc había lanzado con cierta rabia sobre los filósofos guardaban relación con desavenencias ideológicas aún más profundas, como la autodeterminación de Cataluña y la necesidad de acabar con el centralismo democrático de los marxistas. Los diferentes sueños acerca del futuro seguían dividiendo a la oposición clandestina.

Maria Dols, que ni fue a la fiesta ni veía con buenos ojos mi viaje a Granada, me prometió luchar por *Ajoblanco* durante mi ausencia militar. Aquella entereza rural aumentó la atracción que sentía por la gente como ella.

Ana y yo partimos hacia Granada. Recuerdo vagamente que en Lorca nos equivocamos de carretera y fuimos a parar al desierto de Almería y a la zona del cabo de Gata. El paisaje de los *Campos de Níjar* aumentó mis ganas de conocer España. Guardo fotos en las que salgo con unos ridículos pantalones acampanados y cubierto con un exagerado abrigo de pieles que había heredado de mi tía. Una tarde nos perdimos por las cuestas empedradas del barrio del Albaicín hasta el mirador de San Nicolás. Tras cenar en el Paseo de los Tristes con un joven

que había escrito a la revista, ascendimos por el empinado camino del Sacromonte. El estudiante nos hizo de guía por aquel abigarrado amontonamiento de pequeñas casas blancas que se metían en la montaña. Algunas eran cuevas habitadas por gitanos. Recuerdo que el colega estudiaba filosofía y hablaba mucho. Nos contó mil anécdotas de la gente del lugar y de la izquierda jacobina que dominaba la politizada Universidad de Granada. Nos habló de García Lorca y del búnker local, que era potente. Por nuestra parte planteamos el tema de si convenía estructurar o no la revista en secciones fijas. Yo no era partidario de centrarnos en estructuras estables ni de fijar compromisos. Algunos periodistas amigos insistían en esa dirección, pero nuestra revista no respondía a planteamientos tradicionales. El único periodista libre que gozaba de nuestra confianza era Ramón Barnils. Cuando se inventa algo, decía, lo óptimo es experimentar diferentes fórmulas. De una de aquellas cuevas surgía cante y bulla. Alguien nos preguntó si queríamos manzanilla y el universitario nos dijo que teníamos suerte, que aquello era una zambra, algo así como una fiesta espontánea de los moriscos del barrio con cante y baile. Entramos en lo que no se sabía si era una bodega o una casa. El espacio estaba cubierto por una bóveda encalada y con las paredes adornadas con platos de loza y cazos de cobre. Todo muy pulcro. Uno de los que tocaba la guitarra sobre un banco de obra me pareció mejor que los otros. Tenía duende, un duende que me embriagó cuando empezó a cantar. El tipo se dio cuenta de que lo observaba con devoción y en un momento dado me hizo un gesto. Cuando lo tuve cerca me preguntó qué hacía. Le dije con timidez que era barcelonés y que había creado una revista que se llamaba *Ajoblanco*. Dio un raspado de guitarra y me dijo que por su parte conocía al

dedillo las cuadraturas de los cantes, que dominaba ritmo y compás y que estaba empeñado en innovar los cánones impuestos por los puristas de Jerez y Triana sin quebrar la tradición gitana. Aquella noche la lió con unas siguiriyas cantadas con una voz clara y profunda, con más cachondeo que drama. ¡Sorprendente! El tipo resultó ser el entonces poco conocido Enrique Morente. Bebimos vino y hablamos de política. Enrique no desestimaba la posibilidad de politizar el contenido de ciertas letras, contra la opinión del clásico Antonio de Mairena. Me quedó clara la rivalidad que existía entre la cultura granadina y los puristas cantaores de la Andalucía Occidental. Recuerdo que en algún momento le dije a Ana: «¿En qué guía hubiéramos encontrado esta zambra?».

El 8 de enero subí de tres en tres los peldaños de una pequeña escalera. Nuria abrió la puerta, me tendió ambas manos, me dio un beso en la mejilla y me encontré en una habitación pulcra y *hippiosa* presidida por una mesa con papeles bien ordenados bajo una estantería llena de libros. Una montaña de almohadones indios hacía de sofá en el rincón opuesto a la puerta. Nos sentamos junto a una mesita *déco* sobre la que distinguí el tarot. Al hablarme de la novela que estaba escribiendo y que iba a titular *Cuerpo* se puso rígida. Cuando suavizó sus ademanes y desplegó las artes de la seducción una repentina corriente de confianza fluyó más deprisa que nuestros pensamientos. A trompicones nos contamos la vida y un montón de sueños. Nuria pretendía ser literata, aunque a mí me pareció más vital que melancólica. Todo el tiempo desplegaba un encanto poderoso que se iba colando por los poros. Me apasioné. Cuando me clavó los ojos y dijo que había perdido a su madre de muy pequeña, no supe

qué cara poner. Una emoción extraña me empujó a decirle que estábamos hechos el uno para el otro. En aquel momento pudimos rodar sobre los almohadones pero nos contuvimos. Me dijo que pensaba dar una fiesta en casa del padre para despedir a su hermano, que se iba a la mili y que llevara a quien quisiera y así también sería un poco mía. Luego me habló de la biblioteca de su padre, un catalanista culto. Citó varias veces a Virginia Woolf, y me preguntó qué pensaba del suicidio. «Soy demasiado vital», debí decirle. Aunque quizá me callé: nunca me ha gustado opinar sobre este asunto. Recuerdo que me ordenó leer *Las Olas* inmediatamente y que reímos mucho hasta que volvió a ponerse seria: «Sólo te echaré los arcanos mayores. Mezcla las cartas, concéntrate, corta tres veces y piensa que el subconsciente busca el símbolo que quiere hablar contigo. A continuación elige doce con la mano izquierda y no les des la vuelta». El silencio se apoderó de la habitación. «La primera carta te representa a ti en este momento.» La destapó con aquella mano de princesa zíngara. «¡El mundo: una carta preciosa! Estás emprendiendo una aventura colectiva que te hará crecer.» Hizo tintinear los aros de plata que bailaban en su muñeca de niña mala y destapó otra carta. «La segunda es tu situación económica y te ha salido el emperador. El dinero te llegará de empresas que vas a crear con hombres. El emperador es muy masculino y favorece todo lo que toca.» A continuación me salieron el loco y el carro. «Te gusta el riesgo y encontrarás apoyo en los lugares más inauditos.» La cinco representaba el amor y tengo escrito en mi diario que me salió el ahorcado. Nuria me anunció renuncias en el terreno sentimental a causa de mi trabajo, algo que me preocupó porque no me considero calvinista. «Eres una persona muy sensible», me dijo, «que antepone a los demás en

casi todo, sobre todo si son amigos. Tiendes a sacrificarte.» No podía saber aún si Nuria, que aquel día llevaba una extravagante minifalda roja, era una buena echadora de cartas. Algo bruja sí me parecía, pero aunque la familiaridad corriera a rienda suelta, sólo la había visto en dos ocasiones y sabía poco de ella. También recuerdo que cuando hablamos de amores, me sobrecogió. Ambos adivinábamos que el amigo que la había llevado a Fontclara había sido su amante y el mío, y que íbamos a compartir amigablemente varias veces en la vida este tipo de coincidencias. Estaba claro que éramos una especie de detectives literarios en busca de experiencias diferentes para dar vida a obras futuras. Cuando me salió la carta del mago, Nuria lanzó una carcajada y afirmó que la creatividad me era innata. En el puesto diez me salió la luna y Nuria se llevó coquetamente las manos a la cabeza: «Generarás grandes envidias. La gente murmurará y te criticará. También serás muy querido y respetado. Polémico, ya ves, y un poco loco». La última, según Nuria el resultado final, fue el sol y Nuria resopló: «El sol representa la plenitud».

De aquella casa salí convencido de dos cosas: de que Nuria iba a ser una compañera de por vida y de que, puesto que estaba obsesionada con el oficio, llegaría a ser una buena escritora.

Con Quim Monzó tuve otra sensación. Por aquel entonces Quim no estaba seguro de casi nada. Creo que fue el día siguiente cuando cené con él a solas en una cafetería de Rambla Cataluña que se llamaba Monza. Le pedí a Quim que apostara de veras por la continuidad del *Ajo* durante mi ausencia. Su violencia verbal era de lo más valioso. Recuerdo

que Quim me confesó con el corazón en la mano que iba a tantear con una novela y me pidió prestados para el proyecto los libros y recortes que guardaba del Mayo francés. Me agradeció cariñosamente los ánimos que le había dado. Yo siempre trataba de contagiar entusiasmo a cuantos me rodeaban y los animaba a emprender los retos soñados. «Querer es poder», decía, tras afilar cada una de las cualidades de unos y otros. En aquellos años el entusiasmo me era innato y cualquier cosa me parecía posible. Nadie había conseguido todavía derribar nuestros sueños. Quim me observaba. Aunque viera con desazón las posibilidades de un verdadero cambio social, quizá pensase que el escepticismo que llevaba dentro haría que los sueños que nos movían fuesen menos viables.

Los días previos a mi destierro militar fueron movidos. Iba de un lado a otro, repartía consejos, nos reuníamos. Los contenidos del número tres estaban cerrados y Cese Serrat, que dos meses después se iba también a la mili, lo había maquetado. Pérez Sánchez maquetaría los números siguientes con sus alumnos de la escuela Eina. La redacción estaba inundada de cartas que aún conservo y los contactos se multiplicaban.

Entre el trajín y las prisas, una mañana me encontré metido en un despacho negro y austero frente a un hombre flaco con cara de angustiado. Parecía un griego antiguo poseído por la decepción del sabio que envejece. Pese a que yo vivía en sus antípodas y que mi entusiasmo desbordante pudiera parecerle un insulto, conectamos. Su mirada vidriosa conservaba una pizca de curiosidad y me levantó unas expectativas que transformé en confianza. Aceptó mis quejas con relación a

ciertos santones de la cultura que, en vez de dar ánimos a los aprendices, pontificaban acerca de unos textos que debían ser de ideología revolucionaria. En los nuevos textos no se podía hablar de amor y sí de sexo y había que destrozar a la burguesía en cualquier lenguaje sin matiz ni sensibilidad por la belleza. Tuve la impresión de que Carlos Barral vivía aquel desbarajuste con desasosiego: le molestaban los excesos ideológicos y la indigestión ante tanto ensayo político. Le expuse que muchos jóvenes experimentábamos lo libertario con sed de vida y que algún día lo escribiríamos. Hablamos de Ana Castellar, amiga común, y de su yerno, Antonio Otero, que se había instalado en Calafell con Danae y con Malcom, el nieto al que Barral adoraba. Poco más recuerdo, salvo la copa que me tomé solo, en la barra del Tucumán, a la salida. Pensé en Ana, en sus risas, en su generosidad y en la fructífera unión que habíamos creado. No era la madre abadesa, como la apodaban los de su quinta por su relación con nosotros. Ana fue la mujer discreta e instruida, la gran lectora, que nos guió hacia el mundo de la buena literatura con toda naturalidad. Quim Monzó, Nuria y yo picamos el anzuelo durante aquel tiempo que el paso de los años ha difuminado. Ese mismo día, en la barra del bar, tuve el presentimiento que había tenido en otras ocasiones: pertenezco a una generación con mitos y sin maestros.

## ENCERRONA MILITAR

Los carromatos de gitanos con familias enteras despidiendo a sus jóvenes habían tomado las inmediaciones de la estación del Norte. Merodeé por la zona con curiosidad y retuve la imagen. El viaje en un tren de tablones tardó nueve horas en cubrir los trescientos kilómetros de trayecto. Deambulé por unos vagones que se movían como barcos pesqueros, buscaba gente conocida y sólo hallaba expresiones ausentes en un ambiente lúgubre. Finalmente, me instalé en el asiento de madera que me habían asignado y me puse a escribir mis sensaciones en una libreta ante la mirada escéptica de los que tenían que ser mis nuevos compañeros.

Nacho Nart, siempre pragmático, me había dicho antes de salir: «Para que entre lo nuevo tienes que dejar espacios en blanco».

Buen consejo. Cuando aquella primera noche formé vestido de caqui en el pasillo que dividía una inmensa nave con literas metálicas de tres pisos, yo ya tenía dos amigos: un médico recién licenciado y un bohemio que pasaba temporadas en Cadaqués y era amigo de una hija de Rosa Regás. Nunca me ha costado hacer amigos. Cuando el médico, un tipo limpio y meticuloso, volvió del lavabo y se fue quitando la ropa, me contó en voz muy baja que en el piso de abajo estaban los maños, que a los catalanes nos llamaban «polacos» y que a los universitarios de Barcelona nos habían colocado juntos.

Recuerdo horas perdidas en un campo sin límites aprendiendo a formar, a marcar el paso con el cetme cargado al hombro, soportando un frío del carajo. Lo peor era el viento gélido que soplaba del Moncayo y que al dar con las hileras de soldados desfilando producía sabañones. Recuerdo colas interminables para todo, especialmente en la cantina, un lugar desagradable y ruidoso, donde los bocatas de mejillones de lata eran la golosina preferida de los andaluces. Los gitanos seguían despertando mi curiosidad y dos días después, durante el tiempo libre antes de la cena, ya les estaba dando clases de historia y de gramática. Así evité la insoportable cantina. La pandilla de gitanos que me escuchaba frente a la litera, al otro lado del pasillo, era buena gente. Uno de ellos, menudo y barbilampiño, me empezó a contar algunas de las reglas de la ley gitana. Le escuché atento sin hacer preguntas. Aquel ambiente asfixiante me parecía insólito, y les animaba, como al resto de amigos y conocidos, a abrirse a otros mundos. Empecé a pensar que la mili iba a suponer un campo de investigaciones sociológicas más fascinante que el mundo universitario o el de *Ajoblanco.* ¡Cómo me gustaba meterme en camisas de once varas! Exigí a mis nuevos alumnos discreción ante los mandos acerca de por qué no íbamos a beber a la cantina.

Antes de dormir nos obligaban a formar entre las literas, por secciones, y recibíamos un sermón del sargento chusquero que exaltaba puerilmente la sumisión a la autoridad. Por la noche, las literas crujían y en alguna ocasión se escuchó el grito desesperado de algún recluta que no conseguía dormir: «¡Basta de pajas!», seguido de un pataleo y ruido de pedos. Tuve suerte, en mi litera triple sólo dormíamos mi amigo médico y yo. Compartir dormitorio con doscientos tipos me

produjo sueños surrealistas. En las duchas afloraban diferencias más íntimas.

Recuerdo el día en que saltó el primer mariquita. Era un tipo de Cádiz que dormía al fondo de la nave y que se hizo famoso porque en vez de soportar bromas ajenas lanzaba chistes con voz de barítono y decía: «En el rancho nos echan bromuro y ni siquiera consigo empalmarme entre tanto macho». Le recuerdo como un tipo alto y rosado que no paraba quieto un instante y que se pasaba la vida robando sonrisas.

Tantas horas desfilando por un descampado gélido rodeado de alambradas empezó a descorazonarme. ¡Era todo tan fúnebre, tan gris! Ponía buena voluntad, marcaba el paso, esperaba un buen destino, pero culminar la primera semana con un permiso de domingo en Zaragoza vestido de caqui excedía lo que yo estaba dispuesto a soportar. ¿Qué iba a hacer? La pregunta flotó a mi alrededor durante la segunda semana. Ana, por carta, me mantenía al tanto de cuanto ocurría en Barcelona. Sin embargo, por supervivencia quizás, empezaba a sentir muy lejano cuanto pudiera ocurrir en mi ciudad. El *Ajoblanco* pertenecía a otro tiempo. Sin dejar de pasar desapercibido, anotaba en mi mente los cotilleos que se contaban acerca de los mandos. Empecé a merodear el mundo de los cabos primeros, lo que equivalía a expertos a punto de acabar la mili. Eran imbéciles. A media conversación se ponían a gritar: «¡Hurra! ¡Ya sólo me quedan tres semanas para salir del cascarón!». Pero gracias a ellos averigüé que algún capitán tal vez pertenecía a la Junta Democrática Militar, una organización clandestina –y secreta– de militares demócratas que había firmado un manifiesto tras el golpe de Portugal.

Los gitanos se cansaron de las clases, a excepción de un grandullón muy tímido al que mi forma de hablar le sonaba a chino. A partir de ese momento pasé el tiempo libre junto a él, alrededor de la taquilla, sentado en la parte baja de alguna litera, leyendo las cartas que recibía. Ana insistía en una de ellas que su mayor obsesión, y la de Toni Puig, era el *Ajo*. Había ido a Fontclara con Toni y Joan Roma. En un bar de la autopista, encontraron casualmente a Terenci Moix, con quien a través de su madre habían quedado para la noche de aquel sábado. Iban a pedirle un capítulo de una novela escandalosa que estaba escribiendo para publicarlo. Habían comido con Francesc Vicens en País y luego pasearon el cachorro de loba de este último por el bosque. Después fueron a Empúries en busca de Luis, y de allí a la casa nueva de Terenci en Ventalló, una casa demencial, decorada por una inglesa que no tenía ni idea de lo que era el Ampurdán. Ana, mosqueada, explicaba que estuvieron media hora contemplando cómo Terenci trataba de ponerse las lentillas. «Está mucho mejor con ellas», escribía. Cenaron en el mesón de Sant Martí d'Empúries y se encontraron con Rubert de Ventos. En las distintas ocasiones que durante aquellos años visité Empúries, en uno u otro momento, encontré a Javier Rubert merodeando por la plaza en busca de alguien con quien hablar entre lectura y redacción de textos. En su casa tenía una mesa de despacho atiborrada de libros y papeles desplegados. Rubert había tenido una beca Fullbright. El «sabio» iluminaba a sus más íntimos amigos de generación, entre los que se encontraba Pasqual Maragall, quien también había conseguido otra Fullbright. Supongo que aquella gente que se estaba preparando para tomar el poder contempló con desdén al grupo de *Ajoblanco.* El hecho es que Javier Rubert había insistido a Luis Racionero durante el

invierno anterior para que le sustituyera en sus clases de Estética en la Escuela de Arquitectura –Rubert pasaba entonces temporadas en Estados Unidos a cuenta de no sé qué institución–. Al llegar octubre, Rubert le dijo a Luis que el director de la Escuela no autorizaba la sustitución. Como ya era la segunda vez que le ocurría un incidente desagradable con la Escuela de Arquitectura, Luis fue a ver al director y, ante su sorpresa, éste negó rotundamente lo que Rubert había puesto en su boca. La base del enredo radicaba en que el sueldo lo estaba cobrando una compañera de militancia de Rubert: Trini Sánchez Pacheco, licenciada en Arte, que dirigiría el Museo de Cerámica, y con quien Rubert ya se había comprometido. Finalmente, fue Luis quien impartió aquellas clases.

Ana terminaba la carta contando que tras la cena fueron a casa de Luis, sin Rubert, hasta las seis de la mañana, momento en el que cesó el monólogo de Terenci. «Nos contó su vida y sus amores», escribía Ana, «fue divertido pero agotador. Le planteamos remunerarle por su texto. Dijo que una revista así no podía pagar». Las buenas noticias me calmaron. Quim Monzó y Albert Abril pasaban algunas tardes en el despacho preparando el número cuatro. Sin embargo, Tomás Nart creaba mal ambiente y estaba en contra de que Agustí Palau llevara la producción. La salida del número tres, que yo había dejado listo, se había retrasado por motivos económicos.

Tras la segunda semana de mili, nos dieron un permiso de dos días. Al llegar a Barcelona, lo primero que hice fue revolver entre mis papeles hasta dar con las actas de las revisiones médicas de los colegios en los que había estado. Luego fui a ver a Agustín, mi cuñado, a su despacho de cardiología. Me

examinó, me hizo un electrocardiograma y me dijo que el soplo de corazón que me habían diagnosticado en el parvulario era casi imperceptible y que no tenía escapatoria.

Tres días después de volver al campamento se produjo el hecho decisivo. Hacía un frío polar y había pasado el día preguntándome obsesivamente cómo iba a sacar partido a un año entero metido en aquel ambiente. Se hacía de noche y nos obligaban a arrastrarnos con el cetme por el suelo entre desniveles, trincheras y alambradas. Se me congelaban las manos, saqué del bolsillo unos guantes y me los puse. El cabo primero me chilló de malos modos, me ordenó que me los sacara y que siguiera haciendo los ejercicios de la pista americana. Yo me irrité, con tan mala fortuna que, al arrastrarme otra vez por el suelo y sortear una alambrada de espinos, me di con el cetme en la mano y sangré. «¡Noto un pinchazo en el corazón, me ahogo!», exclamé. Y me quedé quieto, con los ojos en blanco, echado en el suelo.

El amigo médico se arrastraba por la alambrada detrás de mí y aprovechó el momento en el que el cabo primero estaba llamando al botiquín para decirme al oído: «Juega con la respiración. No hay marcha atrás». En aquel instante decidí que entraba en una situación cuya única salida era creerme el papel que debía representar. Me iba a transformar en actor, y el éxito o el fracaso de la función dependía únicamente de la suerte y de mi interpretación.

Aterricé en camilla en el botiquín militar. «¡Estás muy pálido!», exclamó un alférez médico. Al poco llegó un capitán de lo más castizo. El día anterior, en un descanso entre filas,

había oído que en Sabiñánigo, tras una marcha, se habían dado dos casos de angina de pecho entre los soldados y que los mandos estaban inquietos. La actitud pausada y dicharachera del capitán me desconcertó. Yo inspiraba y expelía el aire con una profundidad medida. Trataba de mostrar inquietud y tensión. «Lo he auscultado y no percibo ninguna anomalía. Por prudencia voy a ingresarlo esta misma noche en el hospital para que lo miren con los instrumentos adecuados.» En el pequeño autobús, mi transformación se agudizó. Gracias a mi relación con los cabos primeros, sabía lo que me iba a perder: al día siguiente tocaba práctica de tiro con balas en el campo de entrenamiento y durante la noche helada, tocaba generala. Tras la señal de alarma, en menos de tres minutos debías estar vestido y formado en el campo de instrucción, como si el campamento fuera atacado por el enemigo.

Me sentía en el limbo. Representaba una obra de teatro entre cadetes de la Academia Militar enfermos, guardias civiles sesentones tosiendo a todas horas, monjas que revoloteaban alrededor de las dieciséis camas de la sala de pulmón y corazón y tenientes coronel médicos que pasaban visita. Una mañana, el de cardiología me auscultó, a continuación lo hicieron el capitán y la enfermera, una, dos, tres veces. Cuchichearon entre sí. Me hicieron hacer flexiones, respiré por lo bajo, aceleradamente, y vuelta a empezar. No me recetaron nada, pero me obligaron a guardar cama.

Hasta que me trajeron de la taquilla un libro de San Juan de la Cruz, pasé el tiempo leyendo el *Heraldo de Aragón*. Entre sus páginas descubrí unos artículos brillantes. «¡Por fin un periodista me hace vibrar!», pensé. Era Paco Umbral. Por las

tardes me permitían bajar a un pequeño bar de la planta baja donde me encontraba con Joso Rosal, el único conocido que fue a parar allí durante aquellos días. Él tenía una úlcera de estómago y buscaba la forma de hacerla sangrar para que su inutilidad fuera total. Cómo producir una hemorragia leve ocupó parte de nuestras charlas. De lo mío no hablábamos. La verdad es que no comprendía por qué los médicos me trataban con tanta conmiseración. Una noche en que estaba sentado en el vestíbulo de mi planta se me acercó un capitán médico que debía de rondar los treinta años. Me dijo, con expresión preocupada, que no me cansara y que no subiera escaleras. Me preguntó qué hacía y le respondí que era estudiante de derecho. En algún momento de la conversación sentí algo así como un recíproco sentimiento de afecto. Hablamos de política. Le dije que yo leía *Cambio 16,* y me respondió que en efecto la revista era buenísima, pero que iba a durar poco por problemas de censura. Entonces me arriesgué y le confesé que estaba fundando una revista de cultura más que osada. A continuación, me puse a respirar raro con expresión de colgado. Debía contrarrestar la imprudencia por si las moscas. ¿Por qué lo había contado? Se me quedó mirando con media sonrisa y me dijo que la máquina de electros no andaba muy fina. Por lo visto, las monjas la habían trasladado sin consentimiento del coronel médico a la habitación de un viejo guardia civil retirado. Recuerdo que aquella misma noche escribí a mi cuñado preguntándole asustado qué debía hacer con las pastillas si decidían medicarme.

El libro de San Juan de la Cruz fue esencial. Su lectura me interesaba y me estimuló a evadirme por completo. Nunca había experimentado un trance místico de tal magnitud.

Caminaba como un zombi y estaba más delgado que nunca. Cualquiera daba por hecho que estaba enfermo. Joso, en la cantina, nunca se atrevió a preguntar por mi dolencia. Me hicieron el electro antes de que la avería estuviese subsanada. Por lo que pude averiguar a través de una monja piadosa, ningún militar me quería allá más tiempo del indispensable.

El sábado me llamaron por los altavoces, bajé al vestíbulo y me encontré con mi madre y mi hermana Rosa. Por lo visto, estaba pálido y demacrado. Mi madre me observó aterrada. Creyó que su hijo podía tener un mal sin cura. Otra tarde me ordenaron que fuera al despacho del teniente coronel de pulmón y corazón. Él mismo cerró la puerta, me palmeó en la espalda y me hizo sentar. Cuando lo tuve enfrente, me dijo con delicadeza que padecía una valvulopatía mitral, que de ninguna manera podía hacer el servicio militar, que era joven y una operación lo arreglaría todo, que tuviera confianza, que no me cansara y no sé qué más. Allí solo, escuchando aquella voz, me vino un mareo y pensé que estaba enfermo de verdad.

Recogí los bártulos de la taquilla sin euforia y me despedí de la compañía; un fajo de cartas me estaba esperando. Cuando iba a abrirlas, el cabo primero me dijo que no podría abandonar el campamento hasta que llegara mi cartilla militar con la inutilidad total firmada por un alto mando. ¡Qué fastidio! Me aguardaban dos días sin nada que hacer en aquel CIR de San Gregorio. Ana contaba divertida que le había llamado Carlos Barral para preguntarle, asustado, si la entrevista que le había hecho «su protegido» iba a ser publicada. Ana le contestó que estaba en la mili. Barral le rogó que antes de publicarla se la mostrásemos, ya que nuestra

conversación sólo había sido una charla informal. El número tres estaba dando que hablar y la gente empezaba a creer que *Ajoblanco* iba a tener continuidad. Ana me contaba que se había encontrado a José Solé y que le había dicho que mi artículo sobre el mundo editorial era bueno y que algunos miembros de la *gauche divine* estaban indignados. Quim me explicaba en otra carta que mis libros del Mayo francés le habían servido y que fuera con mucho cuidado con la senda de los elefantes, que si no entendía a lo que se refería, preguntara a los veteranos. La carta estaba llena de caricaturas y dibujos. Maria Dols, Pep Rigol y Toni Puig también me habían escrito.

Nadie, a excepción de mis padres, conocía aún la noticia de que era inútil para el servicio militar. El primer desconcertado ante la nueva perspectiva era yo. La energía puesta en el *Ajo* había arrinconado mis exámenes de derecho y mi proceso literario. Por lo visto, *Ajoblanco*, carrera y literatura resultaban incompatibles. La poca mili que había hecho me había distanciado de todo y de todos. Barcelona volvía a parecerme una ciudad imposible. Empecé a soñar con irme a escribir a París, a casa de Nacho Farreras y dejar que la revista siguiera su rumbo. Nacho era hijo de un matrimonio republicano refugiado en París que había regresado para dirigir la nueva galería Maeght de Barcelona, que se iba a inaugurar en junio, y donde trabajaría mi buena amiga Tonia Salom. Los Farreras veraneaban en Calella de Palafrugell. Supongo que fue en este pueblo donde conocí a

Nacho y éste a su vez me presentó a Sara de Azcárate, la chica que coordinaba la sección Cineprajna desde Madrid. Nacho quería ser escultor y asistía en París a Valerio Adami. Yo

pensaba escribir una novela acerca de un periodista y un psiquiatra. Tras una serie de vicisitudes, ambos personajes, sin ninguna relación entre ellos, eran conscientes de que no podrían ejercer su profesión respetando sus creencias y valores. Abandonaban sus respectivos mundos cotidianos e iniciaban un viaje en busca de un lugar donde vivir la utopía, hasta que se encontraban.

Volví en el Seat 850 que había traído de Barcelona tras el permiso. Necesitaba pensar. En Lérida cambié de ruta y fui a parar a Taüll, el lugar que recomendaba Terenci Moix para meditar. Las montañas estaban rodeadas de nieve y en el valle de Boí decidí acabar la carrera a toda prisa e irme a París y trabajar en lo que fuera.

Al llegar a Barcelona mi madre me obligó a ir a un cardiólogo, el doctor Torner, que no entendió tanta alarma y aclaró que mi corazón estaba perfectamente sano.

Así me libré de la mili y concluí la representación.

## TORMENTA Y OPCIÓN. EL ORÁCULO

Pasé del revuelo que provocó mi regreso entre la gente de *Ajoblanco* y volví a la facultad. Ana Castellar observaba perpleja mi evolución y no estaba ya tan segura de que mi fortaleza fuese capaz de superar cualquier obstáculo. Cuando le contaba mis planes, su expresión no mentía. Barruntaba que una parte de mí estaba ausente desde el regreso sin intuir qué podía ser aquello. Por supuesto, yo guardaba un secreto que arrastraba desde mis días de campamento, un secreto afectivo que exacerbaba mi sensibilidad y que por el momento sólo estaba dispuesto a compartir con Toni Puig.

En la facultad, más de la mitad de mis colegas habían desertado de las aulas. Me puse a estudiar todas las noches en casa de Rita Galofré con Toni Miró-Sans, Honorio Gimeno, Marta Aguilar e Ignacio Giménez Frontín. Mis antiguos compañeros cimentaban con tesón un futuro ajeno a los vaivenes a los que yo sometía el mío. Como ya no estaba seguro de nada, decidí recuperar parte del tiempo perdido y presentarme a los exámenes de febrero que se habían retrasado a marzo. En la facultad, las huelgas, los carteles y la lucha antifranquista ocupaban la cabeza de muy pocos. En mi curso, por ejemplo, los militantes antifranquistas supervivientes podían contarse con los dedos de una mano. Unos y otros ya sabían, por experiencia, de qué iba la gente que se dedicaba a la política. El choque de intereses partidistas

nos había dejado sin universidad durante demasiado tiempo. En primer curso habíamos tenido 4*6* días de clase; en segundo, 56; en tercero, 43; y, en cuarto, el calendario juliano impuesto por un ministro medio nazi había volatilizado el primer trimestre. Pero en quinto no hubo huelgas ni incidentes. Los universitarios que iban a acabar la carrera no querían saber nada de intrigas partidistas, de falsas promesas ni de demagogia. La carcundia estaba en la derecha, por supuesto, pero también en la izquierda, que era lo decepcionante, de manera que sólo quedaba la sociedad civil para cambiar el país. La gente asistía a clase disciplinadamente, tomaba apuntes, preguntaba a los profesores y pasaba mucho más tiempo en la biblioteca que en el bar o en los jardines que rodeaban el edificio. Los profesores más politizados habían emigrado a la Autónoma, a Lérida o a una pequeña facultad que se estaba montando en Mallorca. Sin maestros, no quedaba más remedio que ser autodidacta. Mi promoción había sido rebelde y abundaba en ella la buena materia gris. Los miembros de un grupito de clase bastante erudito querían ser jueces. Otros iban para notario o para registradores, agentes de cambio y bolsa, educadores, financieros. La mayoría soñaba con montar un despacho independiente.

Muchas noches cenaba con Toni Puig y otros miembros del *Ajo.* Me contaban, intervenía y, aunque no lo dijera, me daba cuenta de que la revista estaba herida de bala. Faltaban recursos para mantener por más tiempo aquella fase experimental, y yo no sabía cómo conseguir más dinero. La inflación disparaba los gastos y la crisis económica amenazaba la paz social. Toni solía acompañarme hasta el portal de casa de Rita, en la calle Juan Sebastián Bach. La amistad entre Toni y yo

se estrechó durante aquellos paseos apacibles, desde la parte baja del barrio del Ensanche hasta un pequeño parterre frente a la casa donde yo estudiaba. «Tu entrega al *Ajo*», me decía, «ha sido total.

Gracias a ti existimos. Pero debes pensar en tu novela, en tu vida sentimental. Si cuando acabes la carrera decides ir a París y buscarte la vida y la escritura, yo te apoyaré». Tras horas de parloteo y de repetirme que el *Ajo* le robaba todas las tardes, nos despedíamos y yo me metía en el ascensor de la casa burguesa de mi amiga.

Pepe de la Torre escribía cartas muy serias desde la mili. Explicaba cómo la pasividad consumía el tiempo muy lentamente y me hablaba de un joven poeta gallego, César Antonio Molina, que con el tiempo sería el director del Instituto Cervantes. Pepe seguía con la idea de regresar a Barcelona y montar despacho con Toni Miró-Sans. La vieja idea de participar en el despacho de abogados volvía a representar una apuesta segura que podía darme equilibrio, prestigio y solvencia económica. Pepe, Toni y yo, juntos, formábamos un equipo de primera. Una noche, abrazado a la almohada, conseguí razonar hasta dónde tendría que contener y educar mi carácter idealista y pasional para representar el papel de abogado. Ya sabía que un buen abogado, aunque no mienta, no puede decir la verdad y tiene que aprender a escuchar y a callar casi siempre. Debería esmerar el trato con los demás y guardarme las opiniones disonantes, aunque fuesen sinceras. El oficio consistía en ser dócil, discreto y educado en cualquier situación. Así se consiguen clientes y prestigio. También debería mantener una fe inquebrantable en mí mismo. Tenía a

favor el ser buen comunicador y buen consejero. Otras noches pensaba que no podía renunciar a nada y que yo era capaz de llevar varias vidas en paralelo. Mis motivaciones eran plurales y el riesgo tampoco me daba vértigo. ¿Por qué esterilizar las ilusiones más creativas y fantasiosas? Tan sólo necesitaba encontrar a una compañera sentimental honesta y fuerte, que me prestara apoyo y sosiego, tras aparcar para siempre los experimentos sexuales que pudieran desequilibrarme. ¿Sería Luisa la mujer de mi vida? Su inseguridad sumada a la mía provocaba un mar de desconciertos que no sabía cómo resolver. La cabeza iba por un lado, el sentimiento por otro y el instinto parpadeaba.

En la universidad, a partir de mi relación con un profesor de Economía, Tomás Gui Mori, comprendí por fin los orígenes de la crisis económica que agujereaba tantos bolsillos de forma insoportable, por mucho que el régimen tratara de paliarla con ayudas y subvenciones. En 1972, el Gobierno de Estados Unidos, atenazado por la inflación y el despertar de Europa y Japón tras una larga posguerra, había roto la paridad fija del dólar respecto al oro. Las monedas empezaron a fluctuar enloquecidas al no poder reconvertir en oro los dólares que habían acumulado empresas y bancos centrales de otros países.

El dólar era la moneda en la que se hacían los pagos internacionales tras la Segunda Guerra Mundial. La España gris del franquismo, agobiada por la inflación y las devaluaciones de la peseta, sobrevivía sumida en una especie de extraña atonía. Pocos, muy pocos, creían en los programas de una oposición escindida en dos plataformas, la Junta Democrática,

capitaneada por el PC, y Convergencia Democrática, coordinada por un PSOE con pocos militantes y una Democracia Cristiana timorata.

Una noche, junto a los acantilados del cabo de Creus, pensé que frente a la incertidumbre lo mejor era soltar un poco de lastre hasta ver qué ocurría. Por el momento, los estudios me volvían más sensato frente a los temas económicos y empresariales del *Ajo* y me hacían más perspicaz para aventurar el tipo de régimen político que los diferentes poderes estaban cocinando para el futuro. Un futuro al que yo deseaba una buena alternativa libertaria. El problema era que ninguno de mis amigos creía en ella y que yo desconocía lo que movía verdaderamente al mundo obrero. Los de mi curso se conformaban con una evolución del franquismo hacia una democracia social como la de Alemania, Suecia o Francia. Y los del *Ajo* estaban divididos entre los partidarios de la República y los que apostaban por una Cataluña independiente y socialista. Toni Puig había dejado de comentarme los libros sobre anarquismo que yo le prestaba. Toni era muy polifacético y había conseguido sacarse horas de la manga para estudiar historia del arte en los barracones de Pedralbes. Sólo hablaba del Renacimiento italiano y de un compañero de clase que se llamaba Xavier Bru de Sala, que era poeta.

Una tarde, en la biblioteca de la facultad, tras organizar los apuntes de Derecho Procesal que me había pasado un chaval bajito y muy estudioso que se llamaba Miguel Coca, me puse a charlar en el vestíbulo con cuatro compañeros: Quique Picañol, que sería uno de los fundadores del equipo Cuatrecasas; Quique Brancos, que llegaría a notario en Gerona; Luis Hosta,

que hoy es administrador de fincas; y Carlos Viladás, que ha llegado a profesor de Derecho Penal y entonces ya era consejero económico de la editorial Ruedo Ibérico. Carlos tenía otra peculiaridad. Se paseaba desde hacía tiempo por la facultad abrazado a una chica alta como él que estudiaba económicas. Lo recuerdo porque en el imaginario de algunos de nosotros representaban algo así como la pareja ideal. Los dos eran de izquierdas, ninguno de los dos dogmatizaba, les gustaba opinar de casi todo y tenían juicio. Observando las actitudes de muchos –ya estábamos en quinto– intuí por dónde navegarían los compañeros de promoción. Aquella gente que había compartido conmigo vivencias decisivas iba a configurar la primera generación liberal del país y un sustrato democrático sólido para superar el autoritarismo de cualquier bando. La élite civil catalana iba a ser moderada, poco amiga de inmiscuirse en los partidos políticos y enemiga de intervencionismos, planificaciones y controles, aunque jamás lo proclamase en público.

Recuerdo aquellos días con tristeza, puesto que la magia de mi secreto afectivo se desmoronaba. Afrontaba una vez más un amor imposible en un momento vital bajo o confuso. Me había enamorado en la mili de un personaje ambiguo con quien no me convenía obsesionarme. Esos días supe que el tipo de sexualidad que había vivido desde la tarde del cine y del autobús resultaba impracticable en mi país. Sin una revolución que uniera sexo y afectividad, mi vida podía resultar un tormento. O bien olvidaba para siempre mi bisexualidad o abanderaba desde un *Ajoblanco* renacido una revolución cultural en contra de cualquier represión. Mi optimismo aún alimentaba el sueño de encontrar a una mujer fuerte, que

apostara por mí sin reproducir la dinámica conservadora de la pareja. Para salir de aquella visión un tanto pueril, telefoneé a Francisco Marsal desde la facultad. Quedamos en el Bagatela de Diagonal, el lugar donde decidiera invertir un dinero en la revista tras la ya lejana cena del ajoblanco. Comentamos las vicisitudes del *Ajo*, el desinterés de Tomás Nart, las limitaciones de Santi y las precariedades económicas. Francisco me pidió coherencia frente al proyecto. Le respondí que podía asumir el liderazgo siempre que fuese de forma discreta y para transformarla en una revista de agitación libertaria. Acabamos charlando de la crisis económica mundial. Él viajaba constantemente por el mundo en busca de nuevos mercados para sus productos textiles y sabía lo que ocurría. Los países productores de petróleo, agrupados en la OPEP desde 1960, habían decidido, tras la crisis monetaria de 1971-1972, nacionalizar las empresas de extracción de crudo amparándose en la Organización de Países no Alineados, capitaneados por Indira Gandhi, Tito y Fidel Castro. La guerra de Yom Kipur de sirios y egipcios contra Israel, en octubre de 1973, empujó a los árabes a utilizar como arma el precio del petróleo, que se mantenía fijo desde hacía muchos años. La conclusión que saqué fue que los petrodólares con los que Europa y Japón pagaban el petróleo volvían a Estados Unidos buscando rentabilidad en la Bolsa de Nueva York y en el mercado inmobiliario norteamericano. Kissinger y Nixon habían conseguido provocar una grave crisis mundial y convertir Wall Street en el centro financiero internacional, desplazando a la City de Londres. Aquella crisis también echaba por tierra la bonanza económica del franquismo y amenazaba a fábricas como la de Francisco. El precio del papel para imprimir la revista también aumentaba de forma espectacular.

La noche que cené con Ana Castellar en el Tíbet acababa de saber que había aprobado dos asignaturas importantes y me sentía más relajado. Allá en lo alto, contemplando las lucecitas de la ciudad, Ana me miró a los ojos intrigada. Adivinaba que alguna pájara sentimental me tenía descompuesto. La intensidad de sus ojos verdes y la actitud generosa consiguieron devolverme al mundo del Ajo. Tomás Nart no podía seguir comandando el proyecto. Ni se las había ingeniado para comprar una IBM que nos permitiera picar a nosotros mismos los textos en diferentes tipos de letras, ni había aclarado la relación profesional que nos unía con Juan Carlos Pérez Sánchez y sus alumnos. Ana también me contó que había habido bronca por la editorial que estudiábamos fundar. «Santi y Tomás pretenden que los autores paguen parte de la edición de sus libros y que en la revista imitemos a *Cambio 1*6, que es la que más vende. Proponen una entrevista a Manuel Jiménez de Parga y que salga en plan sensacionalista en portada. Como es lógico Toni, Quim y Albert se niegan y yo les he aconsejado que nunca acepten imposiciones de este tipo en *Ajoblanco.»* Por lo visto, el fragmento de novela que Terenci nos había prometido se había esfumado. Por aquel entonces, Terenci simpatizaba con el PSUC y nuestro número tres nos había situado en la lista negra, por lo que no podía pasarnos nada para no disgustar a quienes lo aupaban. También es verdad que Terenci no conseguía hilvanar aquella novela. Tardó años en conseguirlo.

Cuando dejé a Ana en su casa conduje sin rumbo. El instinto me llevó hasta el castillo de Montjuic. Merodeé por el lugar donde había estado mi cueva secreta y di con una nueva abertura entre las rocas. Era el 14 de marzo, viernes, y no había

luna. Escuchando el barullo de las olas del mar recordé los consejos de mi hermana Rosa: «Pepe, tenías otro futuro y apostaste por crear una revista diferente. Sé coherente, deja de moverte tanto y trabaja mucho si no quieres transformar tu creatividad en una parodia». Había concluido con unas palabras aún más sentidas: «Pepe, si decides seguir pilotando el *Ajo*, te ayudaré con hechos».

A primera hora de la mañana del 17 de marzo di por concluidas la crisis y volví al *Ajo* como un ciclón. Encontré a María Dols desolada, ordenando la correspondencia junto a la ventana. Habían cortado la luz y el teléfono y nadie había pagado el alquiler. Entre los papeles que revolvía había una notificación notarial por un efecto impagado que iba a ir al RAI –la lista oficial de impagados– y una carta del filósofo Agustín García Calvo, exiliado en París. García Calvo criticaba nuestra manera de llevar la revuelta contra «la Cultura Establecida» por ser demasiado culturalistas. «La Cultura y las Ideas son en general algo así como residuos y cadáveres del pensamiento y de la actividad poética, de lo que pudiera haber de vivo en el pensamiento o en las artes, produciéndose así, por obra del veneno de la conciencia histórica, una especie de sustitución del pensamiento y la poesía por Ideas en sí mismas, por Cultura.» El oráculo se hizo más patente cuando leí: «Ya ves que no podría entenderse otra actitud más que una negativa y destructora; y además pienso que el ataque a las formas actuales y cercanas de la Cultura sólo podría tener alguna eficacia viniendo desde la Cultura en general. Corolario: al enfrentaros demasiado estrechamente con ciertas manifestaciones efímeras y locales de Cultura, corréis el peligro de estar derribando pequeños poderosos sin destruir el Poder

mismo, de modo que a la vuelta de los años vosotros mismos, si tuvierais éxito, os encontraríais ocupando ese Poder y dirigiendo Editoriales, Exposiciones o Teatros, puesto que nada de la estructura del viejo poder se habría destruido». Acababa la carta dándome ánimos y sugiriéndome acudir a un encuentro de jóvenes filósofos en Saint-Michel de Cuixá, para conocernos y seguir hablando. Me quedé pensativo: ¡por fin un ácrata de verdad!

La vida seguía su curso y debía abordarla inmediatamente. Maria Dols me contó que había pagado la luz y el teléfono con su dinero y que no podía dar más puesto que ya había aplazado el pago del mes a la residencia donde vivía. Aquella actitud solidaria de quien menos tenía me llegó al alma. Telefoneé a César Luque desde una cabina y le pedí consejo puesto que Francisco Marsal estaba de viaje. Según César, las ventas de los primeros números no daban para cubrir gastos y la solución, antes que la ampliación de capital, era conseguir inserciones publicitarias. Me dijo que había perseguido a nuestro gerente por un asunto publicitario con Banca Catalana y que un tal Planas, con quien ya habíamos pactado los anuncios de los tres primeros números, no quería recibir a Santi para negociar los siguientes. «El número cuatro no puede seguir siendo deficitario. Coge el timón, Pepe. Tomás ha dejado de luchar», recalcó. María me observaba con ojos de pez desde fuera de la cabina y, mientras volvíamos al despacho, me exigió salvar el *Ajo*. Fernando Mir había dejado de trabajar en Salvat y se había ido a Londres y a Ámsterdam en busca de ideas. María me dijo que Fernando pensaba más o menos lo que yo y que era muy trabajador: «En cuanto regrese verás cómo se pone las pilas». Mientras cavilaba qué hacer me entretuve leyendo las

numerosas cartas que habían llegado a la redacción. Muchos lectores de fuera de Cataluña se quejaban de que la revista sólo abordara temas catalanes en sus páginas y de que no estaba bien mirarse tanto el ombligo. Descubrí aportaciones ácratas interesantes venidas de aquí y de allá, en especial la de unos muchachos de Valencia que estaban preparando una nueva revista que se iba a llamar *Ombu*. Se llamaban Javier Valenzuela, con quien ya me había carteado antes de ir a la mili, y José Luis Prieto.

En esto estaba cuando llegó Agustí Palau, de buen ánimo, dicharachero, como si la situación que atravesábamos fuese inmejorable. Agustí era un luchador y siempre transmitía afecto. Anunció con humor que la telefonista le había informado que aquella misma mañana nos iban a devolver la luz y el teléfono, que en cuanto volviera la línea iba a concretar inserciones publicitarias ya conseguidas de editoriales, librerías y galerías de arte. Sin preámbulos, elaboramos un plan de choque y nos repartimos las tareas entre los tres. Volvió la línea y telefoneé a Félix Vilaseca. Le expliqué la situación y me recomendó hablar con su futuro cuñado, Fernando Martorell, que trabajaba en una agencia de publicidad que se llamaba Slogan, y con José Hilario, que estaba montando la revista *Interviú* y sabía del tema. Cuando Agustí me confirmó tres anuncios tuve un pronto, cogí el teléfono y marqué el número de la Caja de Ahorros Provincial. Pregunté por la secretaria del director y, cuando se puso, le pedí una cita utilizando el nombre de mi padre. Me la dieron. A continuación llamé con aplomo a IBM y encargué la dichosa máquina. Mi hermana Rosa que, por amistad con Meritxell Josa ya había picado textos para un boletín trotskista clandestino, me prometió

pasar los textos de la revista a la velocidad del rayo para que Pérez Sánchez y sus alumnos pudieran maquetarlos lo antes posible. Comí con Tomás Nart y con Santi. Les conté que iba a pedir un crédito de trescientas mil pesetas. Me advirtieron de que ellos no lo avalarían. Pese a todo, la comida fue bien. La empresa que pretendíamos era difícil y se necesitaba mucha convicción. Mi relación con Tomás seguía siendo buena: compartíamos la fundación de *Ajoblanco*.

A toda prisa convoqué a Ana Castellar, Toni Puig, Quim Monzó, Pep Rigol y Albert Abril. Toni se mostró animado durante la reunión y nos enseñó por fin el famoso papel «Biblia». Insistió en dedicar el número cinco a Andy Warhol y dijo que si tenía que avalar el crédito con el sueldo de la escuela, lo haría. Pep siguió con la canción de que había que profesionalizar la revista para conseguir buenos articulistas. También comentó que los de la revista *Nueva Lente* de Madrid, gente de lo más moderna, estaban maravillados de que el genial Pérez Sánchez fuera el nuevo maquetista. Albert comentó lo incómodo que resultaba soportar las reacciones que había despertado el número tres. La carga de Murray Bookchin contra el marxismo había provocado la indignación de la élite izquierdista y de los independentistas del PSAN. «Dicen que *Ajoblanco* es una revista fascista de hijos de papá, que defiende a los banqueros y que se está cargando el movimiento obrero y demás movimientos revolucionarios.» No di importancia a esas técnicas leninistas de descalificar al contrario que tanto había vivido en la universidad. Había que actuar y dejarse de cotilleos. Defendí la línea que manifestaba García Calvo en su carta, que leí en voz alta. Yo apostaba por romper los moldes establecidos con imaginación y por avivar

las ideas del anarquismo sin caer en culturalismos de charol. «La nueva generación detesta todo tipo de autoridad y busca en lo libertario las alternativas para zafarse de los viejos postulados. Hay que ser valiente.» Quim estuvo ausente durante toda la reunión, como si una piedra atada al cuello le impidiese hablar. Ana se comprometió a acompañarme a la Caja de Ahorros y siguió dando ánimos con anécdotas sobre el autoritarismo de los comunistas que habían merodeado por la editorial de Carlos Barral. Acabamos cenando juntos y luego Toni nos condujo a un local nuevo del Ensanche, muy extraño, que se llamaba Polca. El lugar estaba lleno de gente joven vestida con camisas de colores chillones y pantalones de terciopelo verde, imitando a Alice Cooper. En algún momento, Quim y yo salimos del local e iniciamos una larga caminata. Quim se debatía en un mar de contradicciones. Yo estaba seguro de que no se iba a perder en el laberinto. Provenía del proletariado honrado y trabajador. Aunque él intuyera que mis sueños libertarios no conseguirían cambiar la situación del país, tampoco iba él a caer en el pasotismo ni en el escapismo de las drogas o de la promiscuidad sin sentido. Aquella noche, paseando juntos, sentí fe ciega por el Quim del futuro. Por muy descreído que fuera, seguiría luchando. Éramos jóvenes y crecíamos frente a una inmensidad de cambios posibles. Franco se apagaba sin remedio y, por fortuna, su régimen se resquebrajaba en partes irreconciliables entre sí. Nada me dijo acerca del libro que estaba escribiendo: *L'udol del griso al caire de les claveguerres*. Con él ganaría el premio de novela Prudenci Bertrana de 1976, tras optar rotundamente por la renovación de la narrativa en lengua catalana.

A la mañana siguiente seguí en racha. Conseguí sacar la letra

de cambio del RAI y que IBM nos dejara pagar a plazos. Tomás aceptó que yo fuera el nuevo apoderado de la sociedad y que firmara las letras. El lunes la máquina estaría en el despacho. Aquel mismo día, con Toni Puig y Albert Abril decidimos encargar a María José Ragué un extenso dossier sobre teatro para el número cinco. Barnils, que daba clases de periodismo en la nueva facultad de la Autónoma, apareció a última hora de la tarde con una alumna aventajada que se llamaba Ana Díaz Plaja. Morena, iba vestida con un chaquetón azul marino y, por tradición familiar, sabía mucho de literatura. Congeniamos y se comprometió con entusiasmo a colaborar en el dossier de Andy Warhol que debería aguardar hasta el número seis. En éstas estábamos cuando Fernando, recién llegado de Ámsterdam, propuso montar un colectivo para confeccionar el dossier de Warhol. Fernando negoció con Toni la propuesta. El grupo quedó integrado por Fernando, Quim, Ana Díaz, Jordi Cerda, Albert, Joan Mostaza, Salvador Clotas, Racionero, Kithoue y Carlos Pazos. Yo no dije nada puesto que el tema no era de mi agrado, aunque tampoco me opuse. Por la noche asistí con Toni y Kithoue al concierto de Lou Reed en el Palacio de los Deportes. ¡íbamos a ver en directo al rey del underground neoyorquino! Kithoue quería escribir un artículo e incluirlo en el dossier Warhol.

El ambiente era de fiesta grande. Por mucho que a los comunistas les diera grima, la juventud estaba ya en otro lío. Pero aquella noche, Lou Reed de poco se nos muere en escena. Se desvanecía sobre el piano de cola que apenas tocaba mientras su voz rota y ronca desafinaba. No se sabía bien si seguía en este mundo o estaba ya en el otro. La heroína, a la vista estaba, era un arma letal. Al final de la hecatombe, los

tres bajamos a los camerinos. Jaume Pujagut nos dijo que Gay estaba furioso. Nos evaporamos entre una masa desconcertada que no sabía qué pensar.

Recuerdo el traje de chaqueta entallado que llevaba Ana la mañana que entramos en la Caja Provincial de Barcelona. Estaba muy guapa e iba bien peinada. La entrevista con Juan Bilbao fue bien. Dijo que nos iba a conceder el préstamo de trescientas mil pesetas antes de Semana Santa y que harían falta dos avalistas con nómina.

El imprevisto triunvirato formado por Ana, Toni y yo mismo había conseguido consolidar el lanzamiento de una revista insólita; la unión entre nosotros, inconsciente y espontánea, funcionó con la precisión de una máquina entrañable. Ana era curiosa y activa. El crédito de trescientas mil pesetas lo firmé yo, que no poseía por aquel entonces más que tesón. Toni, tan en cueros como yo, y un amigo de Tomás Nart, que había invertido quince mil pesetas, fueron los que avalaron el crédito que sacó a *Ajoblanco* de la miseria económica. El otro avalista, Enrique Seoane, era un chaval independiente que puso el dinero y nunca se metió en nada. Ana tuvo miedo de arriesgar Font- clara, el lugar donde en verdad había nacido la criatura, y no pudo avalar. Lo firmamos el 24 de marzo y, el 26, Miércoles Santo, Toni y yo nos subimos a mi coche, que tenía el motor de arranque estropeado, y llegamos hasta Dunkerque casi de una tirada. Estuve más de dieciséis horas conduciendo por carreteras estrechas evitando París y repostando combustible en gasolineras con algo de pendiente para poder arrancar el coche con más facilidad. Ahora pienso que no fue casual, en aquellos momentos decisivos para ambos, aquel viaje a

Londres y París. Fue una especie de ritual con el que consolidar la unión que *Ajoblanco* exigía.

Recuerdo las calles desoladas de Dunkerque entre niebla y ventisca. Yo buscaba un hostal medianamente limpio donde descansar puesto que Toni no conducía. A la mañana siguiente teníamos que cruzar el canal, conducir por la izquierda y llegar a la ciudad más grande de Europa sin perdernos. Nuria Amat nos había recomendado un *bed and breakfast* en el barrio de Bloomsbury y yo no sabía cómo encontrarlo. Recuerdo las músicas que quería comprar: *By this river*, de Brian Eno; *Suzane*, de Leonard Cohen; y *Tubular Bells*, de Mike Olfield. Al llegar descubrimos que la alegría de la década prodigiosa había sucumbido ante la hecatombe del Imperio Británico y la crisis de la libra esterlina. Londres ya no era la capital de la libertad y desprendía una densa tristeza. Nos metimos en un cine y vimos una mala película: Toraray, la fabulosa ópera rock de The Who mancillada por el efectismo barroco de Ken Russell. La extraña historia de un niño proletario, sensible e inseguro que se vuelve ciego, sordo y mudo convertida en un vodevil esteticista. Al día siguiente, Toni seguía los rastros de Andy Warhol por las librerías que rodeaban el Museo Británico, antes de visitarlo. La acumulación de obras, épocas y culturas aumentó el abatimiento que la ciudad traslucía. Tras contemplar tanta civilización metida en un mausoleo quise ir a Portobello a visitar a los redactores de la revista anarquista *Friends.* Vagando por las calles nos encontramos a Carlos Pazos, un artista conceptual con quien habíamos conectado en las Ramblas y que se había comprometido a escribir un artículo sobre rock sinfónico. Nos habló de un local experimental en Brixton. Acabamos en la National Gallery frente a la *Madonna*

*dei Garofani* y la *Virgen de las Rocas.* También estuvimos frente a los dibujos de Blake en la Tate Gallery. Toni observaba con pasmo la obra del artista que le había inspirado el manifiesto de *Ajoblanco.*

La mañana del Domingo de Gloria salimos hacia París, donde habíamos quedado con Nacho Farreras. Llegamos al anochecer, paseamos por el Latino y nos metimos en un cine a ver *Violence et passion*, de Visconti.[41] Cenamos rápido en el *drugstore* de Saint Germain y salimos para Fontclara. Íbamos a pasar la noche en el coche para llegar a tiempo a una comida que Tonia Salom y Ana habían organizado al día siguiente para inaugurar la casa de Tonia en el Ampurdán. Mi buena amiga Tonia, una guapetona con ojos inmensos y una nobleza sobrecogedora, había firmado un contrato fijo con la nueva galería Maeght, ubicada en un palacio de la calle Monteada, a un paso del Museo Picasso. Tonia, tras pasar una temporada de prácticas en la Maeght de París y de Saint Paul de Vence, consiguió alquilar por muy poco dinero, a través del albañil que había restaurado la casa de Ana Castellar, una casa de pueblo en Palau-Sator, a un kilómetro de Fontclara. Los amigos le ayudamos a adecentarla y a rastrear los contenedores en busca de mobiliario. La nueva casa se iba a convertir en algo así como el anexo de Fontclara. Cuando las camas y almohadones no daban abasto, Tonia acogía con entusiasmo a quien hiciera falta. La lealtad de Tonia para con nosotros fue fundamental durante aquellos años y por su casa el desfile juvenil fue tan impresionante como el de Fontclara.

---

41 Estrenada en España como *Confidencias.*

Pese a la prisa por volver, Toni y yo decidimos no ir por la autopista para evitar el peaje. Francia estaba sumida en una ola de frío y nieve sin precedentes. Cogimos con temor, y sin leer los carteles cubiertos de hielo, una carretera secundaria hacia Orleans para atravesar Francia por el centro. En algún momento dejó de nevar. Una luna menguante reflejaba los campos cubiertos con un metro de nieve y los letreros de la carretera seguían sin poder leerse. Pensé que estábamos perdidos y temía que el motor del coche pudiera calarse. De pronto, la cresta central de nieve de la calzada se había helado hasta chocar con los bajos del coche. El Seat 850 saltó de la carretera, salió volando y se clavó en la nieve intacta del campo. Estábamos perdidos en medio de un bosque y la luz de la luna embrujaba el paisaje. El motor se paró, no había posibilidad de ponerlo en marcha y, sin calefacción, a varios grados bajo cero podíamos congelarnos. ¡Hacía tanto frío! Las motos de unos *mods* borrachos casi nos embisten. Pasaron dos coches más que tampoco se detuvieron. Finalmente paró un coche con cuatro tipos que salían de un karaoke, nos ayudaron a sacar el coche del agujero y seguimos rumbo a Fontclara tras encontrar la carretera buena. Llegamos a tiempo a la comida.

## ZARAGOZA,MADRID Y VALENCIA

Juan Carlos Pérez Sánchez, que aún no se había rebautizado como América Sánchez, había diseñado una salchicha de neón de color rosa que colgaba de una fachada de la Plaza Molina. El logo anunciaba el frankfurt Pupu. Las connotaciones fálicas del reclamo provocaban nuestras risas siempre que tropezábamos con él. La tarde de la inauguración de la exposición fotográfica de Pep Rigol en la galería Spectrum, Toni Puig escupió a través de la comisura de sus labios, con el mohín de *femme fatale:* «¡Pupu!». Así fue como nació el mote cariñoso que pusimos a nuestro diseñador. Juan Carlos había nacido en Buenos Aires, llevaba diez años en Barcelona innovando el diseño de la ciudad desde la escuela Eina y solía comentar con admiración la obra del suizo Josef Müller, un genio del grafismo que organizaba las tipografías, los colores, las figuras y las fotos dentro de una retícula o red de diagramación que sólo alteraba cuando usaba las diagonales como ejes. Quim Monzó había diseñado el cartel de la exposición de Pep y discutía acaloradamente con el argentino sobre el tipo de lenguaje gráfico supranacional y esteticista que iba a aplicar en la revista. Juan Carlos era un hombre educadísimo que jalonaba su atractivo caucásico con una mata de pelo cuidada y un bigote espeso: «Hay que jugar con las palabras de los textos imaginativamente y usar imágenes que realcen la función de éstos», argumentaba.

Juan Carlos disfrutaba instruyendo a los jóvenes en sus clases en Eina e iba rodeado siempre de una pequeña corte. Eran más esteticistas que ideólogos, seguían las actitudes contraculturales por moda, vestían con calculada elegancia y topabas con ellos en cualquier lugar donde hubiera agitación cultural. Su alumno más aventajado y quien se iba a encargar de la coordinación se llamaba Quim Cañellas. Quim era un chaval moreno y bien intencionado que puso ganas y voluntad para que la relación entre ambos colectivos se mantuviera ágil: «Vosotros escribís lo que os convenga y nosotros maquetamos sin consignas dentro del presupuesto fijado».

El presupuesto era escaso pero en aquel tiempo lo que más importaba era innovar, ser crítico frente a las convenciones y seguir lo vocacional con las mínimas dependencias posibles. La tarde que dicho séquito, cargado con unas carpetas inmensas, ocupó nuestro despacho cundió la expectación de unos y otros. ¡Por fin el número cuatro estaba a punto de imprenta! Juan Carlos abrió su carpeta mientras dejaba escapar una sonrisa picarona y mostró la portada ampliada. El asombro general en mi caso fue turbación y no supe qué decir ni qué pensar: nada tenía que ver con el contenido. Un mes atrás, Santi y Tomás Nart hablaban de una cubierta tipo *Cambio 16*, con un personaje conocido y con gancho, y nos encontrábamos frente a una perturbación de color magenta. La foto reproducía a dos siamesas pegadas por la espalda que habían protagonizado junto a otros monstruos de feria la película más sorprendente de la historia, *Freaks*, de Tod Browning. Las siamesas posaban junto a un petimetre de barrio con traje, corbata y zapatos blancos. El galán se estaba dando el lote con una mientras su inseparable hermana observaba al posible comprador de la

revista con un ojo triste y el otro sonriente. «¿Están en una fiesta loca del arquitecto Ricardo Bofill o salen de un baile popular de 1936?», preguntó Albert Abril con vocecita virginal. El nuevo logo era claro e impactaba. Por imperativo legal, nos vimos obligados a olvidar el de Quim –el que combinaba las letras de Coca Cola con las de Cacaolat– y sustituirlo por otro. Nos había llegado una notificación notarial redactada en un despacho madrileño de propiedad industrial: «Coca-Cola Company nos ha pedido que les dirijamos a Vds. la presente carta con intervención notarial requiriéndoles amistosamente, pero con firmeza, a variar la tipografía utilizada en el título de su revista en forma tal que no presente semejanza alguna con la propia de las marcas COCA-COLA por el perjuicio que puede ocasionar a la imagen de la marca Coca-Cola entre los consumidores, por ejemplo por la creencia equivocada de éstos de que existe alguna conexión entre dicha revista y la firma propietaria de tal marca».

El nuevo diseño representaba, según los entendidos, una lección magistral de grafismo de ruptura. Pep Rigol estaba encantado y proclamaba a los cuatro vientos que *Ajoblanco* se estaba profesionalizando y dando categoría cultural a la fotografía y al diseño gráfico. También es verdad que sobraba texto, aunque en aquellos años cualquiera devoraba contenidos hasta en la letra más menuda. Los artículos de Quim y Albert ocupaban mucho espacio debido a la traducción castellana y en el último minuto habíamos incluido, por solidaridad, un texto del Grup de Treball contra el oportunismo de los intelectuales que habían participado en la Mostra d'Art Múltiple financiada por Renta Catalana. Pese a que muchos marxistas nos acusaban con inquina de confundir al

proletariado, fuimos el único medio que publicó la denuncia de aquellos conceptuales airados que militaban o simpatizaban con el Partido Comunista por mediación de Pere Portabella. Los periodistas de izquierdas infiltrados en la prensa convencional franquista no se atrevieron a criticar a la entidad financiera, lo que ya no auguraba nada bueno cara al futuro.

El contenido de aquel número que tanto nos había costado levantar me desconcertó. Me seguía pareciendo excesivamente culturalista y se lo comuniqué a Toni Puig y a Ana Castellar. Ana alababa la maqueta, por atrevida y elegante, y me requería a que escribiese más. Yo le respondía que no era periodista, que necesitaba tiempo para aclarar mis ideas y que los trabajos administrativos me impedían elaborar textos rigurosos. Le dije que estaba leyendo a Bakunin y a Kropotkin y que preparaba un artículo de fondo para un número futuro que podía marcar la línea editorial. Toni defendía el número entre exclamaciones de entusiasmo, remarcando que cumplía las expectativas pactadas en el grupo. El desconcierto no me desalentó, aceptaba el batiburrillo, no pretendía ningún dogmatismo y esperaba respuestas de lectores más acordes con mis ideas; algunas estaban llegando. Me confortaba pensar que en aquel número Nuria Amat había iniciado su carrera literaria con la publicación de su primer cuento: *Anacronismo cromático o erotismo decadente*. Nuria se había encoñado de un polémico escritor latinoamericano que le daba clases de literatura en la universidad y que aún no me había presentado. A todas horas me llamaba y me pedía consejo porque tenía una rival poderosa que no era alumna y pertenecía al cuerpo docente. Otro proyecto de escritor, Kithoue, que llegó al *Ajo* por Litercrack y con quien pasé horas y horas charlando acerca

de la obra de Kerouac y del *black panther.* LeRoi Jones, había publicado una crónica sobre la realidad cultural de la capital, «Madrid 48 horas». Kithoue había ido a visitar a un primo suyo que estaba haciendo la mili. Como yo seguía obsesionado con dar espacio a Madrid, le encargué el trabajo. Escribió la crónica con un estilo apocalíptico y desbocado sobre la ópera rock *Godspell*, el carquismo y el ambiente que olisqueó en El Rastro.

En marzo de 1975, Ceesepe y demás miembros de la Kascorro Factory aún no habían montado el legendario quiosco que transformaría la zona en el punto de encuentro del nuevo underground madrileño. Por el momento, Madrid seguía en la semioscuridad a causa de la fortísima represión policial y del terror que imponía la extrema derecha callejera. El Estado y sus políticos eran mucho más poderosos que en Barcelona, donde el escaso dinero público daba para poco y la gente pasaba del poder estatal. Por ejemplo, en mi ciudad, cuando atravesabas la Plaza Sant Jaume los jóvenes rebeldes gritaban contra el presidente de la Diputación provincial: *¡Samaranch, fot el camp!*[42] La basca despreciaba al hombre que había expulsado a Vázquez Montalbán del diario *Tele-Exprés.* Otro tanto ocurría con el alcalde, un tal Enric Massó, y sus concejales. Hacía poco, en una votación municipal, el pleno del Ayuntamiento había negado una mísera subvención de cincuenta millones de pesetas para la enseñanza del catalán entre un presupuesto de trece mil millones. Los días que siguieron, el alcalde recibió doscientas cincuenta mil cartas de protesta y el gobernador civil, Rodolfo Martín Villa, que se entendía con la oposición moderada dispuesta a pactar tras la muerte de Franco, se vio

42 «Samaranch, ¡lárgate!»

obligado a anular dicha votación. El miedo se evaporaba y ningún policía se atrevía a cortar la libertad que bullía en las Ramblas o en la calle Platería, donde Zeleste seguía siendo la catedral del underground.

La sección del número cuatro que más respuestas obtuvo entre los lectores fue Acción Súper 8, de Enrique López Manzano, Nacho Nart y Fernando Mir. Empezaba con un manifiesto que reconducía la expectación que había despertado la sección Cineprajna entre los cinéfilos más jóvenes. El manifiesto defendía el cine en Súper 8. Rodar en este formato resultaba bastante más económico y permitía al cineasta expresarse con entera libertad.

Enrique López era un chaval larguirucho y enjuto que hablaba con un ligero deje francés y una insistencia enfermiza. Había estudiado audiovisuales en la Sorbona y en Vincennes, había asistido a festivales europeos de cine en Súper 8 y nos había escrito a la revista. Apareció y decidió quedarse. ¡Qué testarudo era! Estaba obsesionado con estimular la creatividad popular y democrática ante la catastrófica situación del cine español. «Hay que poner el cine no controlado al alcance de todos aquellos que lo deseen para minar el franquismo», repetía cada tarde hasta la saciedad. También se comprometió a organizar una muestra nacional e internacional de cine en Súper 8: «Me tenéis que ayudar a encontrar una institución que acoja la idea hasta crear una red que difunda esta forma de hacer cine independiente fuera de las directrices de las élites artísticas que hacen como si fueran de izquierdas y son burguesas». Fernando, que es quien decidió apoyarlo, publicó una entrevista al joven realizador Pep Salgot, que con su

primera película *Olvidar esas horas,* rodada en Súper 8, había sido la sorpresa en el Festival de Súper 8 de Suiza. La crítica de Ginebra la había puesto por encima de autores tan consagrados como Sydney Pollack y Alain Tanner. Así nació la fama de Pep Salgot como joven promesa y la del Grupo Abierto de Diseño, un grupo de cineastas, fotógrafos, pintores y diseñadores que tenían un chalet en la falda del Tibidabo, al que también estaba adscrito nuestro Pep Rigol, quien por aquellos días seguía exponiendo sus fotografías en la galería Spectrum. Enrique, que siempre iba en compañía de Nacho Nart, consiguió apoyo del cineasta Pere Portabella y acabó en el Institut del Teatre, dependiente de la Diputación, en la sección cinematográfica Fructuós Gelabert que dirigía Miquel Porter Moix. Porter Moix había sido uno de los fundadores de la Nova Cangó catalana y era un cinéfilo empedernido. Para el profesor que más cineclubs montó en Barcelona, la obra cinematográfica no sólo debía producir placer estético, tenía que ser además una fuente documental del pasado y del presente. Y éste fue el hombre que permitió a Enrique López montar la Primera Semana Nacional de Súper 8. Un año después, Enrique, que había conseguido un pequeño sueldo del Institut, fue quien con dinero de su bolsillo trajo a un joven tan obseso como él por el cine en este formato que trabajaba en la Telefónica de Madrid: Pedro Almodóvar. El Festival duró diez años y fue el aglutinante de los que empezaban a hacer cine contracultural.

La lectura de *Examen crítico-constructivo del movimiento libertario español*, del anarquista exiliado José Peirats, editado en México, me ayudó a conjugar mi sed de emancipación. Me sorprendió porque era un libro más inteligente que radical.

Rechazaba cualquier pataleta revolucionaria y abogaba por «abrir nuevas perspectivas», advirtiendo de que los logros reformistas que habían obtenido los socialdemócratas en las sociedades avanzadas estaban cambiando la conducta de la clase obrera y de que estos logros podían llegar a España en algún momento. «El capitalismo ha sobrevivido a los fáciles vaticinios de bancarrota y al certificado de defunción que le había extendido el marxismo. La masas conceden crédito a plazo más o menos limitado. Pasado el cual, si lo prometido continúa siendo deuda, se dan media vuelta en busca de mejor postor», advertía el autor. Lo que más me alentó es cómo explicaba la revolución anarquista que había colectivizado las fábricas y los cultivos tras la revolución del 19 de julio de 1936. Las colectivizaciones, el comunismo libertario, habían funcionado en plena guerra y habían dejado un poso colectivista en todo el país. «Las organizaciones libertarias, cuando puedan volver a constituirse, deben incentivar y gestionar este poso.» Llegué a la conclusión de que *Ajoblanco* mejoraría cuando llegara a ser una revista colectivizada. Por otra parte, no creía en aquel momento en la moda de Andy Warhol y seguía sin intervenir en la elaboración del dossier que tanto defendía Toni y que estaba llenando la redacción de nuevos colaboradores. Ana Díaz Plaja, por ejemplo, se convirtió en excelente amiga mía. Pero yo seguía creyendo que el arte pop idiotizaba al personal y transformaba el compromiso social del arte en estética publicitaria. Pero todas aquellas deducciones me las tenía que guardar. Cuando las soltaba en voz alta, Quim, Albert, Pep o Ana Díaz me observaban como si fuera un lunático.

Durante mi tránsito definitivo hacia lo libertario, Fernando

Mir se transformó en un compañero de viaje extraordinario. Fernando veía la vida de forma clara y directa. Vivía tal como le apetecía y desde que había vuelto de Londres y Ámsterdam se había enamorado de *Ajoblanco* y hacía de periodista sin darse coba ni proclamar lo progre que era. Dormía como realquilado en la casa de una mujer mayor. Era sensato y paciente, casi beatífico, y buscaba a los vagabundos del Dharma en las entrañas de la ciudad. Encontró a Hormaza ben Zohar, un ser con barba de profeta que creía en la magia, en algún bar de las Ramblas y lo trajo a la revista. Hormaza solía merodear por el café Zúrich de la Plaza Cataluña rodeado de jóvenes que habían huido de la disciplina familiar y se habían vuelto *freaks.* Fernando y Hormaza idearon un proyecto solidario de acogida para toda aquella gente: la Fábrika, una especie de comuna creativa gigante que a mí siempre me dio miedo. ¿Por qué me lo daba? La responsabilidad que había asumido al dejar una buena carrera para hacer una revista me exigía no sólo pensar en líneas ideológicas y en artículos, tenía que realizar las labores de empresa. La casi desaparición de Tomás Nart, el cargo de consejero delegado recién aceptado y la firma del crédito aumentaban mi compromiso. También tenía que proteger legalmente a Ramón

Barnils, que con su carnet de periodista daba la cara frente a las autoridades. Decididamente, no quería responsabilizarme de la viabilidad de la Fábrika.

Cada quince días, Ramón Barnils y yo nos reuníamos en el bar Treno de la calle Diputación y charlábamos de lo que hiciera falta. Él trataba de meterme el gusanillo del periodismo con una visión sarcástica y provocadora. Yo salía por la tangente y

le preguntaba: «¿Por qué los periodistas barceloneses que van contra Franco no se arriesgan a crear sus propios medios, tal como hacemos nosotros, y dejan de depender de los existentes, cuyos patronos son franquistas? Nosotros tampoco tenemos dinero. Deberían montar cooperativas. Elíseo Bayo, Xavier Vinader, Josep Maria Huertas Clavería, Lidia Falcón, José Martí Gómez... son conocidos, poseen experiencia profesional y mantienen lazos con grupos políticos organizados que les prestarían el apoyo que a nosotros nos niegan». Ramón respondía en estos casos con una sonora carcajada. Cuando le planteé el tema de la Fábrika, me dijo que era pronto para afrontar temas nuevos.

Mientras mis compañeros preparaban el número de Warhol para junio y María José Ragué coordinaba un especial sobre teatro que debía ocupar más de la mitad del número de mayo, inicié un viaje en solitario con el coche cargado de revistas para repartirlas por las universidades y los garitos enrollados. Me había propuesto ampliar horizontes y conocer España. Quería tratar a la gente que mandaba cartas y propuestas. Cogí las que habían llegado de Zaragoza, Madrid y Valencia y contesté a mano a cada uno de los que las habían escrito en busca de citas. Partí con el propósito de conocer en directo las inquietudes, problemáticas y sueños de aquellos jóvenes rebeldes.

En Zaragoza di por fin con el director de la revista aragonesista *Andalán*, Eloy Fernández Clemente, y con el cantautor José Antonio Labordeta que también andaba metido en el lío. Mi colega Kithoue había estado allí hacía unos días en un recital de cantautores aragoneses y había escrito una

crónica para el siguiente número –Labordeta, Joaquín Carbonell, La Buhonera, Ana Martí– y también sobre el Teatro de la Ribera, un grupo independiente que había llenado el Teatro Principal durante una semana pese a las críticas feroces de la derecha y del periódico *El Heraldo de Aragón*. Fui a comer churrasco y a beber vino fuerte con ambos personajes a un pequeño restaurante del Tubo, un barrio de calles menudas en el meollo de la ciudad vieja. La gente de *Andalán* me atraía porque defendía al pueblo desde el pueblo y porque buscaba despertar la conciencia de los campesinos aragoneses. «Los hijos de quienes protagonizaron la revolución agraria de 1936 y 1937 y que lucharon en la columna Durruti, la que salvó Aragón y Madrid de caer en el bando nacional en 1936, van a despertar», pensé. La voz potente y el sarcasmo de Labordeta aún resuenan en mi cabeza: «Nuestro pequeño oasis de libertad empieza a enlazar raíces con otros movimientos no conformistas de la Península». Labordeta aún no tenía el disco que estaba grabando en Madrid, *Tiempo de espera.* Pero tarareó en la mesa una de las canciones: *Canto a la libertad*, que hoy es el himno de la Comunidad Autónoma de Aragón: «Habrá un día en que todos al levantar la vista veremos una tierra que ponga libertad...». Luego me presentaron a un tipo, Emilio, que era el representante del movimiento de los barrios de Zaragoza. Las asociaciones de vecinos de los barrios de Barcelona, que ya eran legales, y las movilizaciones contra la especulación, los planes urbanísticos y la falta de infraestructuras eran un ejemplo a seguir. Barcelona estaba en la vanguardia y en provincias te machacaban a preguntas.

Pasé la tarde en la Facultad de Filosofía rodeado de jóvenes con la necesidad imperiosa de cambiar de vida y de mundo. Por

la noche me reuní en un garito medio cabaret, medio discoteca, con un grupo de muchachos que cuando llegaron sólo tenían en común el haber escrito a la revista. Uno de ellos decía: «La vida no termina en el sillón con el carajillo y el televisor pegado a las narices como hace mi padre». Otro: «Me voy de casa aunque no tenga pasta. Iré a Barcelona en autobús y luego trataré de llegar a Ámsterdam en autostop». Y uno menudo y gordito proclamaba con entusiasmo: «Pues yo me voy a ir a vivir a un piso junto a unos colegas con los que vamos a montar una compañía de teatro que va a reventar Zaragoza».

En Madrid me encontré cenando en Gades con un grupo de gente estrafalaria que vestía como los fans del Gay Power que habían impulsado Alice Cooper y David Bowie. Pertenecían al grupo de la revista fotográfica *Nueva Lente*. Los capitaneaban los hermanos Luis y Pablo Pérez Mínguez. Me impresionó la camisa floreada que llevaba Carlos Serrano, el abrigo de pieles hasta los pies de un chaval menudo y bajito y el sombrero de ala ancha de Jorge Rueda. Ante el desparpajo de aquella gente me apuré y metí la pata todo el tiempo. Ellos no podían creer que el alma de *Ajoblanco* fuera tan modosito y vistiera como un estudiante burgués a punto de acabar la carrera. La verdad es que a mí no me gustaba llamar la atención por temor al ridículo, por lo que adoptaba una postura moderada y enigmática que sólo rasgaba cuando tomaba confianza cierta o cuando algo me seducía de veras. Total, ellos hablaban de una chica Fierro, una de las millonarias de España, a quien habían convencido para montar un Photocentro, algo así como un centro cultural alternativo donde se pudiera exponer buena fotografía, dar cursos... Luego hablaron de fiestas locas muy sexuales en torno a una piscina privada en un chalet de lujo y

de las películas de Warhol que habían visto en un colegio mayor. Acabamos en el Oliver, frente al restaurante.

Oliver era un club cubierto de terciopelo rojo donde se concentraba la farándula madrileña. Los clanes literarios de la capital conectados con Carlos Barral y Jaime Salinas, el editor de Alianza, y los teatreros colegas de Adolfo Marsillach, que era quien había montado el local, acudían en tropel a parlotear de política y a repartirse los premios literarios, como el Adonais de poesía. La actriz barcelonesa Emma Cohen, amiga de mi hermana, me vino a saludar. A finales de 1968 había protagonizado un *Marat-Sade,* dirigido magistralmente por Marsillach, que pulverizó el convencionalismo trasnochado del teatro tradicional. La obra de Peter Weiss planteaba el conflicto entre individualismo y agitación social. Emma me dijo que Terenci estaba en Madrid y que iba a acudir. Yo no quise seguir allí puesto que la gente de la *gauche divine* había dejado de interesarme.

Acabé charlando con un tipo sorprendente que hacía cine experimental: Adolfo Arrieta. ¡Cómo gesticulaba y qué voz! Habló durante horas de guiones surrealistas y de la prosa de Marguerite Duras.

De entre toda la gente que nos había escrito habíamos nombrado coordinador del Ajo-Madrid a un joven estudiante de medicina que había nacido en un pueblo de Asturias. Se llamaba Tino Blanco. Era un principiante inquieto que no iba de nada y que insistía en que la revista se conocía poco, que sonaba lejana y confundía, por sus extraños contenidos, a los pocos lectores madrileños. «Los temas tratados no se

entienden, nadie sabe quiénes son los conceptuales y aquí, cómo vamos a ser contraculturales si ni siquiera hay cultura.» Tino había reunido a un grupo de estudiantes para crear una red de colaboradores. Pasé algunas horas por los bares estudiantiles de la calle Princesa y por Moncloa debatiendo o desbarrando con ellos. Recuerdo a Gustavo Bernal, a Femando Gálligo Estévez, el más entusiasta, a Diego Muñoz... «Hay que insistir en la necesidad de un cambio general para establecer las condiciones mínimas de creación.» «El *Ajo* es un refugio para masturbarse mentalmente en este país de expresión controlada y castración intelectual.» «No se puede decir: ha sonado la hora del cine libre, el cine está en la calle, no metáis la vida en el cine, llevad el cine a la vida. Tomad una cámara y mirad a vuestro alrededor... cuando los cineclubs de aquí se encuentran con que no les autorizan películas o las distribuidoras exigen precios desorbitados por las más interesantes.» «Si pretendéis llegar a la gente hay que concretar problemas y necesidades. Hay que hablar de las comunas y hacer la crítica a la familia, hay que hablar de las diferentes culturas de España, de teatro, de la antipsiquiatría, de la revolución sexual, de una universidad democrática y de todas aquellas cosas que nos pueden ayudar a dar luz a la oscuridad.» Yo me inventé un eslogan o lo copié de algún lugar, no sé bien, para salir de aquel embrollo: «Da lo que te sobra y pide lo que te falta».

Pasé una tarde repartiendo revistas por las facultades y colegios mayores, que en Madrid había muchos, y acabé con Moncho Alpuente, que había dejado de dirigir *Mundo Pop* para TVE. Moncho conocía los secretos del Madrid underground y me llevó a un garito que habían abierto hacía poco; se llamaba

La Vaquería y estaba en la calle Libertad. Era un local abigarrado, informal, con tapices marroquíes, dibujos y poemas en los sobres de las mesas protegidos con cristal. Un montón de cuadros y fotografías colgaban de las paredes y en la puerta había dibujada una vaca. Moncho me aclaró que hasta hacía poco había sido una vaquería de verdad. El lugar, con sus diferentes niveles y sus grandes sofás recordaba a La Enagua de Barcelona o alguno de Ibiza. Los poetas, cantantes, hippies, *freaks* e intelectuales que corrían eran castizos, progres, densos... Moncho me presentó a un tal Emilio Sola y a una poetisa argentina que se llamaba Luisa Futuranski. Emilio era uno de los popes del colectivo que había hecho posible el antro de la calle Libertad y estaba eufórico. Contó que bajo aquel techo estaba naciendo cultura viva, que se iba a ir a Argelia una temporada y que le gustaba investigar la historia de pueblos oprimidos como el palestino. Al poco se sentó a la mesa de unos árabes que estaban jugando al dominó y la Futuranski empezó a recitarme unos poemas de Alejandra Pizarnik que se me quedaron grabados durante mucho tiempo. «Sin ti el sol cae como un muerto abandonado.» En algún momento el ambiente distendido se tornó agrio, tenso. La gente cambió de postura y la inquietud se apoderó del local. No se sabía si iba a venir la policía a desalojarnos.

El humor de aquella gente estaba en las antípodas del ambiente organizado, frívolo y libertino que respiraba mi ciudad. Por supuesto que me animó conocer La Vaquería: no era difícil predecir que allí se iba a liar una gorda. Hoy, treinta años después, me pregunto por qué no describíamos en la revista lo que se vivía allí en 1975. Sólo me cabe una respuesta: por temor a que la policía o la ultraderecha utilizaran los

escritos para acabar con lugares así. *Cambio 16*, *Triunfo* o el diario *Informaciones* hablaban de ellos pero sin contar cómo corría la marihuana, cómo se ligaba y cómo nacía el destape homosexual. Tampoco contaban que los que los frecuentaban asiduamente se contagiaban y multiplicaban sus rupturas. Nosotros sólo quisimos citar aquellos centros de reunión, adjuntando una breve coletilla en clave, en una sección nueva que Fernando Mir llamó «Info ciudades»: locales, actividades, personas, nuevos colectivos, librerías, cineclubs...

Antes de emprender viaje rumbo a Valencia tuve una cita en el pub Dickens con un amigo de Agustín García Calvo que había traducido a Cioran. Según el filósofo exiliado, Fernando Savater era una de las plumas jóvenes más brillantes de Madrid. Quedamos en el bar donde solía tomar el aperitivo con un grupo de admiradores. Le conté nuestra pequeña aventura con familiaridad al saber que también era amigo de María José Ragué y de Luis Racionero. Cada otoño, un grupo de filósofos jóvenes, amantes del buen vino, del buen comer y del LSD, solían ir a una fiesta de la vendimia en la Borgoña francesa. Luis comentaba estos viajes dionisiacos –célebres en los círculos heterodoxos– con todo lujo de detalles. Insistí a Savater que nuestro proyecto era abierto y que despegaba con las alas de quienes pretendían crear un mundo mejor sin élites ni jerarquías: «Buscamos complicidades». Fernando se molestó: «Yo no voy de anarquista solidario, me horroriza la contracultura y no busco creencias. Yo vivo en la cultura que se hace preguntas sin esperar respuestas. Pienso que la gente debería leer con intensidad y dejar de defender ideas superadas o muertas». Uno de los que le acompañaban, que iba con perilla, delgado y pelirrojo, se quedó mirándome con

resignación. Fernando rezumaba un individualismo atroz y disparó un montón de dudas con un lenguaje sorprendentemente adjetivado entre risotadas de ogro de Walt Disney. De pronto echaba la cabeza hacia atrás, te apuntaba a los ojos con su barbita de sultán y se acariciaba el cuello con la palma de la mano.

Salí del Dickens sin comprender por qué García Calvo me había animado a pedir la colaboración de aquel egoísta erudito. Desesperanza, nihilismo, premios literarios, académicos de la lengua, filósofos parisinos, glorias universales, Voltaire, Diderot... Aquella corte, engreída como cualquier grupo en busca de combustible para la fama, se había apostado en la esquina opuesta. Sin embargo, Fernando me cayó bien. Al llegar a la pensión Compostela, tras el edificio de Telefónica de la Gran Vía, llamé a Toni. «Fernando Savater no va a colaborar porque piensa que somos creyentes y él va de ateo y busca la gloria.» Toni no sabía quién era y me preguntó qué tal con Labordeta en Zaragoza. «Esta noche es la última en Madrid y voy a ir solo a Cerebro, Titto's, Stone's... quiero callejear.» Necesitaba husmear a mi aire. Cogí el metro sin mirar la línea, me bajé lejos y cené en algún lugar castizo al oeste de la ciudad –no sé si aquello era Vallecas– donde cacé algunos comentarios interesantes. Los efectos de la crisis económica estaban despertando al mundo obrero.

Acabé la noche en el centro, en la discoteca Stone's, que estaba casi desierta. Un estudiante me dio conversación. Era de Valladolid y pasaba un par de días en la capital. Le hablé de la revista y acabamos en la pensión. ¡Qué libre y relajado me sentí! En Madrid gozabas de una sexualidad espontánea y

cariñosa que en Barcelona jamás viví con naturalidad. La contradicción entre lo que se respiraba en ambas ciudades era apabullante y por la mañana le conté al muchacho, desayunando porras con chocolate, que en la liberal Barcelona el sexo afectivo estaba vetado en el ambiente homosexual, un mundo donde reinaban el morbo y los prejuicios. Madrid, pese a todo, era una ciudad abierta que te acogía en su seno sin preguntarte jamás: ¿de dónde eres?

Cuando el coche estuvo a cuarenta kilómetros del Mediterráneo y la luz primaveral de Levante encendía los campos cubiertos de fruta se me fue la mueca de secano que contagiaba aquel Madrid de finales de la dictadura. Grave, seco, turbio, pesado, militante, despiadado, intrigante, sensual.

«Un contracultural ha ganado el premio de la Nueva Crítica con una novela muy beat», me había dicho Moncho en La Vaquería. La novela era *Cuando* 900 *Mil Mach Aprox* y el galardonado se llamaba Mariano Antolín Rato, el tipo que codirigía Júcar, de Gijón, una de las pocas editoriales que publicaba libros underground. De dicho sello había leído *Nova Express* de William S. Burroughs y *Trece veces trece* de Gonzalo Suárez. ¿Por qué los progres de allí se arrodillaban ante quienes otorgaban los premios literarios más o menos oficiales y los jóvenes de mi ciudad rechazaban cualquier cosa que oliera a institución? La única explicación era por el efecto implacable del poder que concentraba la capital: el Estado, las élites, la escuela diplomática, las embajadas, las sedes bancarias, las fundaciones, las empresas del INI, los espías, TVE, los corresponsales extranjeros. Madrid era rumor, villa y corte, mientras el poder civil de la derecha barcelonesa

naufragaba por el impacto de la crisis en las empresas privadas textiles, mineras y metalúrgicas. En mi ciudad, bajo el vacío de poder reinante, se cocían posibilidades más libertarias y no existían políticos-policías capaces de reprimir la euforia.

Conocer a José Luis Prieto me demostró que el proyecto estaba cuajando entre la juventud inquieta. José Luis era colega de Javier Valenzuela –el valenciano que más cartas había enviado– y capitaneaba el colectivo de la revista poética *Ombu.* La nueva revista *under* no tenía permisos legales ni fecha ni número y pretendía remover el cotarro cultural. José Luis tenía la esperanza de que la movida cultural valenciana adquiriera su máxima expansión en momentos de decadencia y muerte como aquéllos. «Valencia está moribunda y tiene un mundo cultural caducado y autocomplaciente. Acaban de editar un libro que corre de mano en mano: *Un siglo de poesía en Valencia.* Estos poetas sin vida, que no distraen a nadie, aún no se han enterado de que Dadá mató el discurso literario hace más de medio siglo.» Javier insistía en impulsar la revolución cultural pendiente que planteaba Peter Weiss, el Living Theater y los nuevos filósofos franceses, que a mí me parecían una frivolidad parisina.

Ambos muchachos me pasearon por Valencia, la ciudad en la que había nacido mi abuela paterna. Sentía curiosidad y cierta emoción mientras nos tomábamos una horchata en una granja llena de neones y me mostraban El Miquelet, la Plaza del Caudillo, la torre de Jaume I y el Parterre. Quise ver el río Turia; desde pequeño y por Camprodón, los cauces de los ríos [43] me

43 Hoy, Plaza del Ayuntamiento.

daban sosiego. Charlamos de Bataille y Rabelais apoyados en la balaustrada de un puente. José Luis era pelirrojo y Javier moreno y con la tez muy blanca. Ambos estudiaban filosofía, eran grandes lectores y veneraban a Foucault. Javier Valenzuela era menos pasional y más pragmático. Prieto era brillante, sensual y convincente. En definitiva, gente amena. Contemplé el río y me perdí en la enorme extensión de la cuenca que separaba la ciudad nueva de la vieja. Acabamos en la puerta del mercado, frente al Tribunal de las Aguas, contemplando la fachada medieval y los edificios rococó. Valencia era una ciudad muy luminosa. En algún momento de aquella tarde tuvimos que ir a la universidad. Recuerdo vagamente a un grupo de estudiantes y a una chica que no sé si era novia de José Luis debatiendo acerca de contenidos posibles para la revista. Luego nos metimos en una librería feminista y una joven pizpireta con bambas rosas, algo totalmente novedoso, nos largó una proclama incendiaria acerca del machismo de los progres. Se llamaba Carmen Alborch, y años después sería ministra de Cultura con los socialistas.

Cuando nos metimos en el barrio del Carmen, apuntalado y medio en ruinas, entramos en una tasca a por tapas y nos instalamos en una terracita. José Luis extrajo de su bolsillo «El comunicado urgente contra el despilfarro», el panfleto que había lanzado la Comuna Antinacionalista Zamorana desde París, en octubre de 1972. El documento se atribuía a García Calvo. Me contaron con humor picante la peregrinación a Sueca de los valencianistas que controlaban la prensa cultural. Según ellos, eran poetas en lengua vernácula o articulistas influyentes como Elíseo Climent. Iban a recibir las pláticas de

Joan Fuster, el pope máximo de la «cultureta» del País Valencia. Me hablaron de un tal Emilio Brosseta, el enemigo más poderoso de dichos catalanistas valencianos. Prieto remarcó que Brosseta era un personaje a observar para no perderse las cábalas de un posible futuro posfranquista. En el Capsa 13, el local más famoso del barrio progre, volvieron los cojines, los abalorios y el olor a pachulí. Había unos marcos pintados de blanco que no contenían ninguna pintura. El país ya contaba con una variada geografía de lugares raros para gente como nosotros. Fue en Capsa 13 donde por primera vez escuché contar a valencianos el sentido pagano de las fallas y de su relación con Dionisos. «¿Qué son las fallas? La risa, el erotismo, lo sagrado, el fuego, la locura, la revolución: un arte sin religión y sin teólogos que se quema porque sí», decía Javier. A lo que José Luis añadía entusiasmado: «En las fallas crear es morir, amar es arder. El pueblo llano se abandona al erotismo público y subvierte cualquier poder. Valencia, por encima de fascismos y represiones, es un pueblo dionisiaco y muy mediterráneo». Y el otro, con unos ojos encendidos, exclamaba: «El fallero es incordiante, derrocha barrocamente, fastidia y no habla, tira petardos». Tras tanto desparpajo pensé que nuestras tradiciones podían alimentar la contracultura ibérica con furia desbocada. También me enteré de que el dueño del local se llamaba Lluís Fernández, un cineasta underground valenciano de quien nada sabía. La policía había cerrado el local en tres ocasiones y el promotor había simulado un cambio de propietario para mantenerlo abierto. En aquel momento lo llevaba Juan Antonio Toledo, uno de los pintores que había fundado el equipo Crónica. La idea de montar un dossier que recuperara unas fallas sin franquismo nació aquella noche y en aquel lugar.

Carlos Albi era un joven fallero con ideas y ganas de jaleo. Vivía entre artesanos en una barriada popular. Tenía contactos con los constructores de fallas, dibujaba bien y me entregó un montón de ilustraciones. Valencia era una ciudad bromista y vital que parecía vivir al margen de los líos políticos. Su huerta era de las más ricas y las naranjas habían entrado en el Mercado Común hacía años. Acabé el periplo en una discoteca extravagante. Fui solo. Estaba en el campo, a la izquierda de la carretera que iba de Valencia a su barrio marinero, la Malvarrosa. Ocupaba una casa solariega aislada que debía de haber pertenecido a un hacendado de la huerta. Recuerdo unos dragones verdes de cerámica, junto a la pista, que hacían de valla de separación. El antro era moderno, la música buenísima y estaba lleno de soldados americanos de la base aérea de Manises vestidos de paisano. Bailé sin dejar de observar el ambiente. Me encontraba en uno de aquellos lugares donde se habían mezclado, en los años sesenta, las músicas que traían los norteamericanos y sus ideas contraculturales con los primeros hippies locales.

Llegué a Barcelona con la sensación de haber esparcido el fuego de *Ajoblanco* por territorios que ya pertenecían a mi memoria afectiva.

## FIN DE ETAPA CON NICO

En la portada del número cinco, Pérez Sánchez se colocó a sí mismo vestido de primera comunión y aconsejó imprimir el número en tinta verde. El dossier sobre teatro que había hecho María José Ragué salió demasiado abigarrado y muy pocos conseguían leerlo. El diseñador había ideado un logo en forma de rombo que se iba repitiendo junto al titular de cada artículo. Del rombo sobresalía una cabeza de mujer con colmillos de vampiro y ojos de lechuza. Recordaba el rostro de María José. Luis Racionero, molesto, lo interpretó como una burla a su ex.

Solía subir a Vallvidrera en busca de consejo. En la casa de Luis se respiraba siempre una atmósfera apacible, fuera del tiempo, que propiciaba el diálogo. En aquella ocasión le explicaba que había que intentar un proceso nuevo, una acracia renovada sin violencia y también que no podíamos copiar modelos extranjeros. «Lo genuino ha de surgir de la red de colaboradores que estamos creando.» Luis me dijo que le había sorprendido aquella bruja repetida hasta la saciedad en las páginas y que no entendía a cuento de qué venía semejante despropósito. Yo le respondí que era casual y que la figura sólo era un reclamo en forma de guiño teatral. La verdad es que aquel asunto no me quitó el sueño; mis cuitas iban por otros derroteros. Había vuelto con la convicción de que a la gente que buscábamos no le interesaban sueños hermosos entre realidades sombrías, pues sería algo así como una enajenación

ideológica, y que sin un cambio político, la revolución cultural pendiente resultaba un juego de escaparate. «Los jóvenes rebeldes necesitamos concretar espacios donde experimentar lo nuevo sin ataduras.» Cuando dejó de sonar la música que Luis había puesto, *Gymnopédie* de Erik Satie, una ráfaga de viento quebró una de las ramas del bosque de pinos de Vallvidrera. Luis estaba haciendo el artículo para el número de Warhol y me dijo que todo era relativo, que si Ortega y Gasset levantara la cabeza y viese a Joe d'Alessandro probándose unos pantalones en una película gay de Andy Warhol, diría con cara de circunstancias: «*Consumatum est*», y se volvería underground.

Aquella salida humorística aligeró la preocupación que me causaba la apuesta esteticista. ¡Cómo podíamos cargarnos el franquismo con tanto matiz de terciopelo! Finalmente Luis me convenció: Warhol, aquel chaval hortera, se había convertido en el reverso tenebroso de la sociedad de consumo. El pop *under*, al principio un arte desinteresado, alegre y contestatario que aniquilaba el buen gusto convencional, Warhol lo había transformado en una broma de consumo masivo. Mi amigo cambió de tema y me alentó a concluir de una vez el artículo ideológico que estaba escribiendo desde que había vuelto de la mili: «Oh, loco cataclismo: democracia, fascismo y brujería». También me aconsejó una línea clara hacia lo contracultural y libertario, sin tanta concesión a la gente que no creía que la sociedad pudiera transformarse, y remendar el equipo en esta dirección. «Los comunistas tienen sus espacios y publicaciones, están infiltrados por todas partes, hacen, deshacen, promocionan. Los independentistas tienen alguno y la *gauche divine* copa las páginas de cultura de varios medios. Los

independientes y los ácratas no tienen nada. Está en tu mano cambiar esta lamentable situación. Deja de tener miedo a la censura.» Quizá tuviera miedo, pero también era cierto que respetaba de veras a toda la gente de *Ajoblanco.* Me costaba prescindir de alguno y no pensaba cortar cabezas. Estaba convencido de que el curso de los hechos iba a recomponer el equipo.

Al día siguiente comí con Toni Puig y Fernando Mir y les expuse que en el próximo número, el de Andy Warhol, iba a intervenir en la maqueta y que lo imprimiríamos en tinta negra. Toni me dijo que el dossier esbozaba pinceladas del underground americano de forma espontánea, que por fin un colectivo de colaboradores funcionaba a las mil maravillas y que él se había lanzado a escribir. Antes de concluir la exposición de lo que iba a salir en el dossier insistió en que el arte era juego. «El arte es gozo y provocación. Estoy escribiendo una introducción contra todo academicismo e institucionalización, donde contextualizo a ese personaje que se ha burlado de los intelectuales de salón y de los millonarios.» Fernando, que escribía otro artículo sobre las pistas enigmáticas de San Andy, comentó que el «Diccionario *fou»* de Jordi Cerda y Joan Mostaza era una pasada de divertido. Toni contó que Cese Serrat, el antiguo maquetista, se había librado de la mili tras escenificar que sentía terror a las masas. Cese conocía las técnicas de expresión corporal de Grotovsky y se había acurrucado junto a un radiador. Cada vez que se le acercaba algún soldado soltaba gemidos, gesticulaba con brazos y piernas, sacaba baba por la boca y gritaba: «Este soldado me quiere matar».

«¿Por qué no maqueta Cese el dossier con tipografías de fácil lectura bajo nuestra supervisión? Es de confianza y lo podemos manejar. Pérez Sánchez puede hacer el resto con menos texto y más fotomontajes. Es bueno y nos conviene que se luzca», propuso Toni.

Daba gusto trabajar en aquel miniequipo de crisis. Salí convencido de que el nuevo número, además de colectivo, podía ser un acierto. Acabé mi artículo, que no iba en el dossier, y seguí buscando nuevos fotógrafos y la foto de portada, que debía ser agresiva y potente. Pep Rigol era otro de los que se iban a la mili y habían aparecido dos fotógrafos nuevos, Pep Doménech y Albertus Vives. Este último era un muchacho sofisticado que vivía en Ámsterdam y había llegado a Barcelona con Nico, la cantante de la Velvet Underground. Ambos pasaban una temporada en una casita del barrio del Carmelo. Recuerdo una tarde en que Nico tocó con nostalgia su pequeño órgano mientras el sol se ocultaba entre colinas atiborradas de casas. «¿Y si Nico escribe algo sobre sus experiencias en la Factory?», me dijo Fernando, que también estaba allí. Pero Nico, con la mirada perdida, repetía como un disco rayado que todo había acabado terriblemente y que el Gobierno americano había apuñalado los años de la ilusión con el cuchillo de la CIA. Luego se encerró en el lavabo, salió dando tumbos y se durmió. Albertus comentó que Nico no estaba bien, que no conseguía concentrarse en nada, que vivía con una gran desazón a todas horas y que cuando estaba despierta comía algo y tocaba piezas fúnebres. La ex musa de Velvet debía culminar su estancia en Barcelona tocando en La Alianza de Poblé Nou. Albertus comentó que en Zeleste no había querido actuar porque los techos bajos le producían

claustrofobia y que era probable que debido al estado en que se encontraba no consiguiera tocar. «El otro día les dijo a unos periodistas que Kevin Ayers era un borracho, que Lou Reed la consideraba su esclava y que John Cale era insoportable.» Antes de irnos de la casita nos mostró a Fernando y a mí una foto que ya vi en portada. Un rostro duro, moderno, implacable, con un gorro en forma de casquete que aunque fuera de punto parecía de amianto. Me la llevé.

El día que tocaban Eno & Fripp en Barcelona, Fernando y yo comimos con Pérez Sánchez y le contamos los planes. No puso reparos en que Cese maquetara el dossier y dijo que en la parte que le correspondía se iba a emplear a fondo y que prescindiría de casi todos sus alumnos. El resultado fue una joya, y el trabajo de Cese la culminación de su trayectoria como grafista. Cese había decidido montar una compañía de títeres y payasos y olvidar el grafismo.

Víctor Jou nos citó en su casa de la calle Génova. Zeleste pretendía organizar un macro festival de música en Canet de Mar a mediados de julio y buscaba nuestra implicación. Fui con Fernando. En la sala, frente a un ventanal desde el que se divisaba la ciudad, estaban los promotores y dos arquitectos alternativos, Pere Riera y Dani Freixas, que iban a diseñar el espacio y a delimitarlo con una rambla con paraditas. Junto a Rafael Molí y Víctor, los arquitectos fueron quienes encendieron la reunión. ¡Qué entusiasmo! Estaban presentes los colegas de la revista *Star*, Juanjo Fernández y Luis Vigil; los de *Vibraciones*, los de *El Rrollo*, Jaume Fargas y algunos más. Víctor nos ofreció la posibilidad de montar unos chiringuitos gratuitos con nuestras publicaciones dentro de una gran feria

donde se expondrían las manifestaciones artísticas, culturales y artesanales del underground ibérico. El mundo alternativo estaba despertando y era el momento de montar un sarao a lo grande. Asistiría gente de toda España y Francesc Bellmunt y Ángel Casas pretendían rodar una película tipo *Woodstock.* El festival despertó adhesiones y decidimos participar. Nazario contó que estaba acabando un cómic personal totalmente *under*, *La Piraña Divina*, y que lo presentaría en el festival. «Me lo voy a editar yo mismo con una vietnamita; trescientos ejemplares, sin permisos, y también lo distribuiré personalmente por los bares, como debe hacerse cuando uno es *under* de toda la vida.» Observó a los demás y agregó: «Nenas, vosotras sois legalísimas».

Nazario pasaba las noches en las Ramblas, sentado en el Café de la Ópera o dando tumbos por ahí. Despotricaba de la culpabilidad que carcomía los deseos homosexuales y parodiaba la represión que serpenteaba en aquel ambiente aparentemente libre y despreocupado. «El bien es religioso y carca, la tentación de pecar es el grito de la calle.» Las Ramblas se iban consolidando como el punto de encuentro masivo y creativo. Ya no éramos los de siempre los que tratábamos de vivir una nueva cultura sin patrocinio alguno; éramos cientos, miles. Y la policía intervenía poco. Quien más palos recibió fue Picarol, a quien no permitían vender sus pósteres, inventos y copias clandestinas: «Pósteres Picarol *no els compra qualsevol»*[44] Picarol vendía de todo con un sello propio, El Enano Saltarín. Uno de aquellos días se acercó a la redacción y nos pasó un texto. «Busco gente y pago bien. Imprescindible

44 «Los pósteres de Picarol no los compra cualquiera.»

dominar guerrilla urbana y algo rural para importante campaña de revolución contracultural.» «También os pido que añadáis una posdata: “este anuncio no es un pasote, es tan verdad como que el río Llobregat está contaminado”.»

La gente joven acudía con ganas de jota desde distintos lugares de Cataluña y de España a tomar la calle más libre del país. «Aquí todo es gratis, nadie cobra por respirar y se puede fumar. Los únicos que beben combinados son los mirones de la *gauche divine* que nos contemplan con envidia porque nadie los escucha.»

Una noche, a mediados de aquella primavera, me encontré con Félix Vilaseca y su novia. Íbamos a la exposición de un joven artista en Sitges. El artista se llamaba Magdaleno y era novio de la que había sido nuestra musa poética en la Facultad de Derecho, Elena Casanovas. En éstas llegó José Solé. Venía de cuidar muías en las montañas de Lérida –éste fue su destino militar por estar fichado– y había cambiado de novia. La nueva era la hermana de Elena, Mercedes, que trabajaba en Labor y

Barral junto a José Francisco Ybars. A José le había visto pocas veces durante sus permisos y me dijo que no me había mandado cartas desde la mili porque él sólo escribía a mujeres. Comentó el nuevo libro de José María Álvarez, *El aullido del helicántropo.* «Me ha gustado aunque no puedo decir que me haya entusiasmado, supongo que porque intento escribir poemas y siento celos de la gente que lo consigue.» Decía estar mosqueado con la línea de la revista, que era floja e incoherente, y que había que leer a Juan Benet. Aunque no militara activamente en el Partido Comunista, estaba en

sintonía con el marxismo por tradición familiar y lo libertario le parecía una locura. «Sin una élite que dirija el proceso revolucionario, la clase obrera se adocena y tiene la tentación de comportarse como la clase media.» José estaba más delgado, bebía menos y se despistaba con una facilidad impensable un año atrás. «Me siento más solo de lo que es humano sentirse. Entre las muías he aprendido lo que es el miedo.»

Mercedes le cortó aduciendo que ya estaba bien de inventarse un nuevo personaje para sí mismo. Al darse cuenta de que no le hacíamos caso se puso serio y contó, con el afecto de siempre, que cada vez le interesaba más la música, que mantenía una correspondencia explosiva con Rosa Regás, quien le había enviado muchos libros por correo a una estafeta para que los militares no los secuestrasen, y que estaba absolutamente harto de la mili y que aún le quedaban nueve meses. Tenía ganas de reencontrar a los viejos amigos y me pidió que llamara a Tomás Nart para que fuera a Sitges aquella noche: «Los cinco Nabucco tenemos que encontrarnos después de tanto tiempo y contarnos las novedades». Tomás frecuentaba un bar musical en onda contracultural. Estaba en la parte alta, en la ladera del Tibidabo, y lo había decorado Racionero. Se llamaba Abraxas y algunas noches improvisamos suculentas tertulias con alumnos de Eina o gente de la Taula de Disseny. No hacía mucho había expuesto allí Magdaleno, que se había hecho algo amigo de Tomás. Pasé por el bar, encontré a Tomás y se subió a mi coche.

Fue una noche diferente. Antonio Otero estaba alterado y bebía como Ava Gardner. Alfredo Astor despotricó de tirios y

troyanos y proclamó que sobrevivíamos en un país carcomido por la hipocresía, que no aguantaba más y que pensaba iniciar un viaje sin fin. José, muy parlanchín, hablaba con unos y otros entre carantoñas a Mercedes. Yo estuve casi todo el tiempo entre Félix Vilaseca y la que iba a ser su mujer, Carmina Martorell, que había sido ahijada de la hermana de mi madre, e íntima de Mercedes Casanovas desde el colegio. Carmina sugirió cenar lejos de aquel galimatías y desaparecimos. Volvimos a encontrar al grueso del grupo en la discoteca Pachá, donde me di de bruces con unos amigos de la mili. En Pachá, Antonio y Alfredo se pusieron ciegos de alcohol. Fue la última ocasión en que coincidimos los cinco Nabucco. Tiempo después, Antonio y Alfredo, cada uno por su lado, fueron a parar a Venezuela con *El corazón de las tinieblas* bajo el brazo. Los dos se marcharon solos, sin pareja, y durante años no supe de ellos más que por rumores que me llegaban de tanto en tanto. Vivieron allí durante más de veinte años.

Toni Puig tuvo el mérito de reventar la puerta del armario. Habíamos cerrado el número, que según Toni era el de la suerte, y unos cuantos fuimos a festejarlo al Madrid-Barcelona, un restaurante popular frente al antiguo apeadero de la calle Aragón. Estábamos preparando la verbena de Fontclara, una fiesta grande que iba a cerrar nuestro primer año de vida en el quiosco. Por lo visto, Ana Castellar le preguntó a Toni si era homosexual a bocajarro y sin venir a cuento. En aquella época este tipo de confesiones sólo se hacían muy raramente, por temor, y Ana no era íntima de Toni, sólo amiga de circunstancias. Toni, algo turbado, embistió la respuesta mediante un sí encendido y chulesco, con el rostro encarnado y una sonrisa malevolente, luego se quedó callado durante un

buen rato. Fernando Mir me miró con extrañeza sin saber qué pasaba. Luisa Ortínez, que acababa de llegar de aprender cine en Londres, y estaba sentada junto a mí y frente a César Luque, me dio un beso en la oreja y me dijo que Toni se había tragado la espina del pescado. Ana comentó en el postre sin venir a cuento y con un atisbo de agresividad que la revista se estaba politizando y que aquello no iba con ella. En el mismo momento supe que se había pinchado un globo y que todo iba a cambiar. Acabada la comida, Toni me contó lo sucedido. Fernando se acercó con cautela y yo les comenté a ambos risueño: «Muchachos, vamos a tener que definirnos. Agustí Palau se va a la mili en octubre, María Dols necesita dinero y va a hacer de secretaria de Rubert de Ventos y Ana, ya lo veis, dice que no le gusta la política y tampoco va a dejar un trabajo bien remunerado por el *Ajo.* O sea, que vamos a ser nosotros tres más Luis Racionero y colaboradores quienes coordinaremos la primera revista libertaria legal tras la guerra civil. ¿Os gusta?».

Sin darnos cuenta aceleramos el paso y desaparecimos sin dejar rastro y dejando a medias la organización de la verbena. Entramos en un bar de la calle Enrique Granados. Tenía un altillo y estaba frente a una comisaría de policía. Pedimos tres carajillos de coñac. Luisa apareció poco después, por lo visto había ido detrás de nosotros, y compartió con nosotros el momento en que se perfiló el equipo que iba a encender a destajo el nuevo movimiento literario, el de los setenta.

En el despacho seguía el desfile de entusiastas que se ofrecían para todo. Uno de aquellos días tuve una idea para sacar pasta. Decidí montar un pequeño ejército de vendedores

ambulantes por todo el país. Algunos jóvenes podrían sacarse algún dinero y escapar así de la asfixia paterna. La tarde que estaba montando los equipos en Valencia, Madrid, Gijón, Santander, Bilbao, Santiago y Zaragoza a través del teléfono, mientras Fernando contestaba cartas y ordenaba papeles, entró en el despacho un estudiante de medicina flaco y moreno al que se le escapaba una risa burlona por la comisura de los labios. El tipo contó que preparaba el MIR para ser psiquiatra y que traía un escrito que me pasó a mí por estar más cerca. Parecía serio. Lo observé intrigado y leí un pedazo: «El hombre actual no es feliz. La injusticia social es hija de muchos factores y la revolución no puede ser meramente política y mucho menos violenta. El odio y el desprecio a quien no piensa como uno no soluciona nada. El cambio no se puede restringir a una sola esfera. Los conflictos a solucionar son muchos». Fernando dijo algo que repetiría en muchas ocasiones: «El diálogo generacional con gente de la calle, que no es nadie ni va de nada, me da marcha». Manuel Baldiz, que ya era médico, matizó: «El odio a quien no piense como nosotros tampoco conduce a parte alguna. Hay que debatir». Y habló de la necesidad de divulgar técnicas de superación del ego, pedagogías experimentales, sexualidad, arte, misticismo.

En éstas llegó Gaspar Fraga, un tipo fornido, alto, con greñas y más veterano que nosotros, con unas revistas valencianas bajo el brazo. Eran de música y explicó, dirigiéndose a los tres, que pensaba lanzar una editorial y una revista que se iba a llamar *Rock Cómic*. Como el despacho estaba lleno de gente, le propuse a Manuel Badiz tomar algo en el Oro Negro. «Las filosofías orientales, más creativas y experienciales que las monoteístas, potencian la conciencia y la diversidad. Aunque

tampoco hay que caer en la trampa del juego mesiánico», me dijo en el ascensor de bajada. El muchacho era fan de Racionero.

En la mesa del bar desarrolló la idea de que para recuperar la felicidad había que constituir un sistema social compuesto por unidades autónomas de tamaño óptimo en el que las fuentes de producción fueran de propiedad cooperativa. «Muchos individuos, cansados de la soledad esquizofrénica en la que nos ha colocado nuestra cultura, han decidido volver a las viejas formas de vida comunitaria o practican actividades grupales. Los grupos de encuentro, las nuevas comunas, las ceremonias de brujería, el psicodrama, el teatro de participación... son formas de iniciar la nueva tribalización.»

«¿Vas a crear una comuna?», le pregunté. Su forma de entender la revolución sexual me estimuló. Defendía aumentar la comunicación corporal y revitalizar lo sensorial desde lo afectivo y citó a David Cooper, creador del término antipsiquiatría. Necesitamos una revolución del amor que reinvente nuestra sexualidad sin prejuicios. «Por fin alguien afronta el tema estrella», pensé. «¿Cuando empiezas?», le pregunté entre risas. Se puso rojo y se le erizó la barbita. «A colaborar, ¡hombre!»

Manuel Baldiz montó en *Ajoblanco* una sección de antipsiquiatría, pionera en la época. Tras nuestra primera charla me quedó claro una idea de Félix Guattari, el pensador francés autor de *Mil mesetas* y el *Antiedipo*: «El dualismo entre vanguardia y masas es el núcleo del Edipo militante». Volví al despacho y cené con Luis. «¿Por qué no montamos una escuela

de filosofía en Empúries?», le propuse. De una forma completamente espontánea llegamos a crear algo parecido pero sin nombre ni reglas. Dos años más tarde, con motivo de la presentación de un número especial de antipsiquiatría trajimos a Félix Guattari a unas jornadas que montamos en la Sala Villarroel. El filósofo francés sentenció ante mucha gente que la televisión era el diván del pobre y que la mayoría de las enfermedades mentales eran hijas de lo mal que funcionaba la sociedad.

Ver cómo colgaba de todos los quioscos de las Ramblas el número seis produjo euforia. La portada había sido un acierto y la maqueta y el contenido señalaban una nueva etapa. Los quiosqueros conocidos comentaban que se estaba vendiendo bien y la gente manifestaba que de todas las revistas que estaban saliendo a la calle, *Ajoblanco* era la más completa. Ya nadie dudaba de su continuidad, aunque la falta de recursos seguía amenazando su futuro y mermando mi tiempo para la escritura. Tratar a la gente que podía meter dinero me ocupaba más horas de las debidas y no conseguía concretar la ampliación de capital planeada desde antes de pedir el crédito, un crédito que ya nos habíamos tragado. Hacían falta unas cuatrocientas mil pesetas para seguir y no las teníamos. Ana estaba cansada de tantos problemas. En una reunión de administración en la que se decidió no sacar número de verano –con gran tristeza de Fernando que ya tenía preparado un dossier de viajes baratos–, Ana dijo que mi artículo era demasiado político y que mi obsesión de que la CIA estaba acabando con la cultura alternativa en todas partes era una exageración. Yo pensé que la ruptura generacional estaba conquistando el *Ajo* y que nos iba a separar de mucha gente.

También comentó que a ella le interesaba la literatura, que nosotros habíamos crecido y que íbamos a hacer una revista espléndida. En adelante, dijo, sólo iba a colaborar en la sección de literatura, y si un día montábamos una editorial, podríamos contar con ella. Y que por supuesto asistiría a los consejos de administración y nos apoyaría siempre.

## CANET ROCK

Partimos hacia Fontclara muy animados. Habíamos ido a Industrial Bolsera a comprar bengalas, gorritos y serpentinas con dinero del fondo común. Solíamos pagar así: cada cual ponía lo que podía y nadie preguntaba nada. Aquel verano había decidido no presentarme a los exámenes por amor al Ajo, ahorrándome tardes y noches entre apuntes, libros y códigos en el comedor de casa o en el de Rita Galofré, con Toni Miró-Sans y algún otro. En Fontclara, Ana, Rosa Esteve, Tonia Salom, mi hermana Rosa y algunas más preparaban bocadillos algo achispadas en la cocina. Nos ofrecimos para ayudar.

Ana, Nacho Nart y Agustí Palau decidieron ir a por más vino a una masía cercana donde lo vendían a granel. Aunque el caldo fuese algo agrio nos parecía normal. En ocasiones lo aligerábamos con agua para aliviar el clavito que provocaba en la sien. El único que se atrevió a protestar fue Racionero, que al poco de llegar de Empúries iba repitiendo: «Yo no bebo esto». Toni Puig estaba en una casa de colonias en Calafell con niños de familias desestructuradas. Se había mostrado escurridizo la última semana mientras los demás hacíamos planes en la terraza del Café de la Ópera tras comprobar que el número de Warhol había desaparecido de los quioscos. Pensamos que le desmoralizaba no sacar un número en verano, algo extraño pues a quien verdaderamente ilusionaba el «Especial Viajes» era a Fernando Mir. Toni rara vez perdía el ánimo y constantemente estimulaba la creatividad de los grupos en los

que participaba. ¿A qué venía ese cambio repentino? Cuando, un mes más tarde, averiguamos lo que pasaba tuvimos que salir por piernas.

Quim Monzó y Albert Abril buscaban cerveza. Ana dijo que en Fontclara no había. Quim se empeñó en ir a por un cajón en el Dos Caballos de Tonia al pueblo vecino, que era donde vivía mi amiga y había una tienda. De repente las voces de Frederic Amat irrumpieron con estruendo contra los muros de piedra. Alguien gritó: «El embajador de Ceuta anuncia su llegada». Ceuta era la ciudad donde había sido destinado tras la jura de bandera en el campamento. Frederic enviaba cartas breves en las que expresaba desasosiego mezclado con propósitos creativos y estrofas de los himnos militares que le obligaban a cantar. Yo tenía muchas ganas de verlo y fui directo a sus brazos. Pasó de mí y de Francesc Vicens. Frederic era un coqueto algo creído y fue hacia mi hermana. Había conseguido un pase de pernocta y Rosa le había puesto en contacto con los Orozco, una pareja de pintores que vivía allí. Frederic, encantado de ser el protagonista, siguió aún un buen rato dando explicaciones al grupo de mujeres que le reían las gracias. Francesc Vicens, perdido entre tanta gente joven, buscaba a Damiá Escuder y a gente de la *gauche divine*. Damiá pasaba la verbena en la azotea de la famosa casa de la calle Génova, donde vivían tantos protagonistas influyentes de la contracultura barcelonesa. Tampoco había ningún *gauchista* puesto que nuestras relaciones con este tipo de gente se iban deteriorando a medida que articulábamos nuestra alternativa. Finalmente descubrió a Francisco Marsal y a Marisa Ciento con quien se puso a charlar sobre la inauguración de la Fundación Miró.

Quim y Tonia regresaron con muchas cervezas y Albert Abril, que iba con una chica que no sé si era su novia, las colocó en un bidón lleno de hielo. La corte de Pérez Sánchez irrumpió en la escena, saludó y subió al campanario de la iglesia. Se accedía a través de unos peldaños muy empinados que salían del fondo de la habitación de Ana. Desde la azotea contemplaban cómo Luisa Ortínez, Albert y Frederic encendían las primeras bengalas en la terraza de la cocina. Los campos ampurdaneses en el crepúsculo del solsticio dulcificaban los colores estridentes. Cuando sonaba *Qualsevol nit pot sortir el sol* a todo volumen aparecieron Nico, Albertus y unos holandeses muy peludos vestidos de negro y completamente iluminados. Albertus iba con un sofisticado pañuelo de color fucsia anudado al cuello y unas camperas londinenses de un marrón extraño que fueron la envidia de algunos. Albertus, tras los abrazos de rigor, me besuqueó la mejilla y Nico desapareció malhumorada. Minutos después, Quim, más emocionado que nunca, llegó acalorado y dijo: «Salía del baño y he tropezado con la musa de Velvet, ¿es posible o lo he soñado?».

Albert y Luis Racionero charlaban sobre una declaración de la Junta Democrática y sobre los secuestros de revistas decretados por León Herrera, ministro de Información y Turismo, cuando Ana a voz en grito prohibió tajantemente encender cualquier hoguera. Llegaba gente que no sabía quiénes eran y muchos de los conocidos íbamos de un lado para otro a la caza de algún coqueteo o de una conversación estimulante. Francisco Marsal observaba con sorpresa y buen humor junto a Francesc Vicens, César Luque y una chica muy guapa de la que no llegué a saber el nombre. Era una mujer espléndida que fumaba con boquilla y llevaba unos guantes

largos de satén. Iba elegantemente vestida de negro y se movía con una distinción coqueta. Su sonrisa, según Albert, era peligrosa y su modo de comportarse no auguraba nada bueno. Al no conseguir averiguar quién era inventé una historia que provocó muchas risas: era una espía del grupo de País para conocer quién venía a nuestra fiesta. Ellos tenían la suya en casa de Gloria Vilardell, un mujer que trabajaba en la editorial Lumen, y a Manolo Vázquez Montalbán no le gustaba mezclarse con otra gente en horas de ocio.

Nuria Amat recitaba la lista de invitados importantes que iban a ir a su boda en plan letanía ante un jolgorio de órdago y sin nadie que se lo tomara en serio. Se casaba tres días más tarde. Gracias a eso, Frederic, su hermano, había conseguido el permiso. Óscar Collazos, el futuro marido, repartía una marihuana que tumbaba. Fernando me lo advirtió y sólo le di una calada leve tras las fortísimas que le habían dado Quim, Agustí y Nacho Nart. Hormaza ben Zohar y dos o tres *freaks* del café Zúrich encendieron unas barritas de incienso que pasaron a un grupito de chicas que iban vestidas de lagarteranas y que nadie sabía con quién habían venido. Nico, cuando dejó el baño y antes de volver a él, iba dando tumbos mientras murmuraba palabras en alemán con voz de ultratumba. Quim, que no entendía la arquitectura de aquella casa de vigas de madera, junto con Rubén, el argentino que seguía instalado en Fontclara pintando la casa, se puso a contar los picos que se estaba dando la musa de la Factory de Warhol. «Las mejillas se le hinchan y desinflan como un corazón y no hay manera de que diga algo coherente», dijo Quim. Nuria me increpó y supe que debía poner algo como *Get On Up* de James Brown a todo volumen. Antes de iniciar el baile le dije a Fernando que hiciera

de pinchadiscos durante un rato y que pusiera piezas bailables. Resbalé hasta el suelo, me doblé como un hindú y bailamos como si formáramos parte de un espectáculo. A Nuria le fascinaba llamar la atención. Las lagarteranas, que con el rollo de las barritas habían ligado con algunos discípulos de Pérez Sánchez, se pusieron a bailar como gogós francesas en una pista de Platja d'Aro. Yo bailé con unos y otros hasta que una tristeza imprecisa me dejó sin fuerzas. ¡Todo era tan superficial! Busqué a Fernando, a Tonia, a Luis... habían desaparecido.

Crucé la habitación de Ana, llena de gente revuelta, para salir al patio minúsculo desde donde arrancaban los peldaños hacia el campanario. Subí discretamente. Desde lo alto contemplaba aquella llanura tenue en la que por aquel entonces apenas se vislumbraban luces eléctricas. Clareaba y decidí esperar la salida del sol sin compañía. Había fumado poco y sólo llevaba media copa de más, así que mi estado no era catatónico. Me sentía triste, escuchaba la música de *Tubular Bells* ininterrumpidamente y la voz de Albert diciendo: *«Això està maleit»*[45] El mecanismo del tocadiscos encallado repetía el disco una y otra vez sin que nadie hiciera nada. Por la pequeña plaza de la iglesia corría gente de un lado a otro diciéndose estupideces. Me coloqué en el otro extremo del tejado para no oír. La claridad naciente que venía del este me hizo llorar. El mar se adivinaba en el horizonte cuando lo que yo quería ver eran las montañas del noroeste que seguían a oscuras. Fue entonces cuando recordé a Toni Miró-Sans, que había pasado por la fiesta como una exhalación, y a Pepe de la Torre. Ellos se

45 «Esto está maldito.»

estaban examinando por última vez, el primero en Barcelona, el segundo en Santiago. Seguían con la idea de montar el despacho, mientras yo me sentía al borde de un precipicio. La revista volvía a estar sin dinero y animaba a los demás como si nada. Fue en ese momento cuando pensé que la desazón de Toni Puig era por eso. Me faltaban tres meses para cumplir los veinticuatro e ignoraba el lugar adonde me podía arrastrar la vida que me estaba inventando. Una parte de la música de *Tubular Bells* me pareció incluso más triste, como de despedida. ¿No era esto lo que estábamos festejando? Si no era un responso por la imposibilidad de seguir, aquella fiesta sí escenificaba una especie de despedida. El equipo de la revista se iba a disgregar. «La geografía no acaba en Cataluña y ni el maoísmo ni el independentismo pueden resolver la falta de libertades», le había dicho a Fernando días atrás cuando éste me comentó que Quim y Albert podían rajarse. «Tampoco quiere decir que estas doctrinas no tengan valor. Cada cual se fascina con lo que decide», pensaba, mientras el sol naciente entre nubes rojas me devolvió a la idea del fin de la revista. Debía de llevar un buen rato así cuando percibí unas pisadas. Alguien me acarició la cabellera por detrás. Era Luisa, que había pasado toda la noche con Juan Carlos Pérez Sánchez. Perdí la noción del tiempo entre mimos y sollozos. Cuando bajamos, Quim nos explicó que había dormido sobre un banco de madera muy estrecho que estaba en el pasillo y que en la habitación de mi hermana Rosa habían acabado Nico, Albertus, los holandeses y un pintor joven, Manel Solá. Nacho Nart contó que algunos habían ido por los caminos en busca de un pueblo con panadería y que cerca de Fontanilles se habían cruzado con una patrulla de la Guardia Civil. Como se burlaron con pedos y palabrotas estuvieron a punto de acabar en el cuartelillo.

Luisa y yo fuimos a desayunar a Calella de Palafrugell junto a las barcas de pescadores. Ella se había cortado el pelo e iba con una falda que le llegaba a los tobillos. Me miraba con sus intensos ojos grises mientras le explicaba mis sueños de libertad, casi truncados, y los difusos planes del verano. Quería viajar lejos, pero no sabía ni adonde ir ni con qué dinero. Ella escuchaba. Era tímida y su olor me seducía. Desde el principio habíamos vivido nuestra historia a trompicones, muy a nuestro aire y sin que nadie se entrometiera. ¿A quién podía importarle nuestra peculiar forma de vivirla? Cuando me fallaban las fuerzas no temía explicarle el choque de contradicciones entre el mundo heredado y el que pretendía construir. También era cierto que el compromiso afectivo me daba grima. Esperaba centrar el temor con el paso del tiempo. Ella aguardaba con delicadeza el momento de abrirse, vencer su timidez, agarrarme fuerte y dar por saco a tanta inmadurez. Tras pasear por la orilla fuimos a comer a Montrás, donde estaban sus padres. Acabé hablando sobre los artistas de la galería Ciento y el arte *tantra*, que Marisa Ciento iba a exponer en su galería y en la Fundación Miró.

Nuria, la aventurera, se casó de blanco en Pedralbes. La fiesta la dio en su casa a media tarde y para mí fue desconcertante. Llevaba un año yendo a bodas que de alguna manera me deprimían. Mis amigos de Camprodón se estaban casando entre ellos o con gente muy próxima a su mundo, y lo hacían con una expresión de felicidad que me dolía. Claro que compartía su alegría, pero la tristeza me vencía aunque luchase contra aquel tipo de relación. Recuerdo noches en las que un hilo de angustia perforaba mi estómago y se instalaba en los intestinos. Dicha sensación no diluía mi ansia por renovar la

sexualidad, la pareja o la familia, pero ahí estaba. Ningún miembro de mi viejo mundo cuestionaba mi forma de pensar; es más, la respetaban y me animaban a seguir combativo. Presentía que aquellos matrimonios iban a durar mucho tiempo y que tampoco se iban a devorar el uno al otro. Habían nacido en la complicidad, entre juegos adolescentes compartidos que nos habían formado e introducido en la historia y en la cultura. Todas las bodas eran iguales: risas, abrazos, consejos, fiesta, baile; pero cuando llegaba a mi casa sentía como si alguien hubiese golpeado mi parte más vulnerable. La culpabilidad judeocristiana me dictaba que nunca sería del todo feliz por haber elegido el camino del amor libre y de ir a la contra de las convenciones sociales. Sin duda era bisexual y creía, obsesivamente, que el hombre representaba lo creativo y la mujer la tradición. Observaba a las feministas con atención por si pudieran representar un cambio más allá del machismo dirigente. Por el momento, el único antídoto a aquel mundo tradicional era lo mejor que me ofrecía la revista. Un día se lo expliqué a Toni Miró-Sans. «Eres un idealista irreductible», pontificó. Mi reacción fue inmediata: «Luisa existe, es mi cómplice y me ayuda a construir una sociedad menos carca y competitiva, algo que a ti también debería preocuparte».

Toni había crecido y se estaba volviendo un ambicioso emprendedor que iba muy a su aire. No quería depender de nadie y se estaba preparando para llegar a abogado independiente. Decía que la política era una farsa y que los políticos no eran gente de fiar. Disfrutaba tirándome de la lengua, lo que a mí me hacía reír, y me decía que si me moría de hambre por haber tomado un camino equivocado, en su

casa siempre tendría cama y comida. Lo cierto es que tras nuestras discusiones, volvía a casa sintiendo la necesidad de probar otros valores. Me horrorizaba ser devorado por la moral conservadora. Era joven y si defendía la espontaneidad en todo momento, sin ataduras, tenía que aceptar el nudo en la garganta que producía el fin de la seguridad. Empezaba a soñar una vida en comunidad con gente afín y había optado por la pluralidad de *Ajoblanco,* ¡qué caramba! El problema seguía siendo la falta de dinero. Con un equipo más compacto y la colaboración de tanta gente no podíamos fallar. «La suerte de estos años está echada», pensaba en las iglesias entre el sí quiero y el arroz, las bromas y los parabienes a la salida.

La sorprendente boda de Nuria hubiera podido alentar otro tipo de pautas. Nuria pertenecía al mundo de de la nueva cultura y se casaba con un escritor mestizo de Colombia. Un escritor que había trabajado en La Casa de las Américas de La Habana, que había polemizado con Julio Cortázar y Mario Vargas Llosa sobre el compromiso político de los intelectuales y de la literatura. Sin embargo, la sensación de un ambiente cargado de chismes y competitividad en su boda alentó el desconcierto y la necesidad de salvar la revista. Finalmente le comenté a mi hermana mi preocupación. Rosa estaba leyendo *Cuerpo*, la novela que Nuria había concluido, y comentaba con entusiasmo la musicalidad de aquel lenguaje cargado de metáforas. Su consejo fue claro: «Sé fiel a lo que de veras sientas y prescinde de lo que hagan o dejen de hacer tus amigos». Rosa había cumplido su promesa picando los textos de la revista con la IBM de las bolas y sin dinero de por medio. Pérez Sánchez encargaba un texto en un tipo de letra y un cuerpo. Una vez lo recibía cambiaba de opinión y quería el

texto en un cuerpo y tipo diferentes. Rosa cambiaba la bola sin protestar y hacía su trabajo con una discreción que motivaba a los demás a hacer el suyo con generosidad y entusiasmo. Mi hermana solía respetar las diferentes opiniones, recomendaba convencer antes que imponer e insistía en que, algunas veces, acabas defendiendo una actitud diferente a la de partida. Yo la admiraba, su generosidad y su extraño talento artístico me daban fuerzas. En aquella época, junto a Toni Miró-Sans, era mi mejor confidente. Una vez me dijo: «Si no quisiste casarte con Cuca por joven que fuera, dudo de que te cases algún día con otra. Sé sincero y no pierdas el tiempo».

El 12 de julio me embarqué en un avión hacia Menorca, una isla que no conocía. Iba a pasar el día del santo de mi madre con mi familia y me acompañó la señora que me había cuidado de pequeño y que me quería como a un hijo. Se llamaba Kika y era todo un carácter. Era una mujer ágil, pulcra y menuda que llevaba el pelo recogido en un pequeño moño en la nuca y que no paraba quieta un instante. Había nacido en un pueblo de Huesca y conservaba una energía poco común para su edad. Aterrizó en la casa de mi abuela antes de la guerra para ocuparse de mi padre y de sus dos hermanos varones en el piso adjunto donde vivían. Años después regresó al pueblo a casarse con el sastre de Villanueva de Sigena. Tuvieron dos hijos y fue feliz hasta que los anarquistas mataron al marido por ir a misa en plena revolución. Acabada la guerra volvió viuda a la casa de recién casados de mis padres y acabó siendo un miembro más de mi familia. Fue tan honrada como tozuda y consiguió con una entereza sobrecogedora levantar a sus hijos y a media familia. Aquélla era la primera vez que subía a un avión. La recuerdo abrochándose el cinturón de seguridad

como si lo hubiera hecho mil veces. Luego se adormiló hasta que contemplamos la isla desde el aire con fascinación infantil. Ella señalaba unos muros de piedra que delimitan campos de pasto con algún frutal olvidado, luego unas vacas que pacían junto al mar y una bahía azul larga y cerrada que serpenteaba entre campos con casitas blancas diseminadas. «¿Por qué Menorca y no Ibiza, que es una isla que sí puede ayudarme a decidir mi vida?», pensaba malhumorado al bajar del avión. Mi madre, inducida por mi hermana Carmen, que fue la primera en tener casa en la isla, se dejó seducir por «la isla inglesa» que es como yo la llamaba con guasa. Las dos vinieron a recogernos a un aeropuerto minúsculo. Al atravesar el pueblo de Alayor, que parecía marroquí, y ver en las afueras a unos melenudos por un camino de tierra sentí que la curiosidad por el lugar empezaba a distraer mi pasión por Ibiza. La claridad del atardecer era diáfana, la textura de los verdes más brillante que en la Península y la cantidad de flores de las adelfas exagerada. Puro Mediterráneo. Tres curvas después, aquella transparencia parecía aprisionar la tensión de un mal augurio. Quizá sospeché que aquella isla de piedras y viento, salvaje y enigmática, iba a ocupar un lugar en mi porvenir. ¿Pero cuál? Las aguas cristalinas de la playa de Binigaus me supieron a gloria mientras mi madre, sentada en el chiringuito que estaba sobre un montículo de la playa, contemplaba la puesta de sol entusiasmada. Exultaba felicidad por aquella naturaleza sin edificaciones y por aquel mar transparente y azul.

Poco antes de despedirme por vez primera de la isla de piedra y viento recuerdo un calor húmedo, agobiante, y a mi padre decir con docilidad que necesitaba los árboles y el frescor de las montañas que sí protegían del bochorno. Los

hombres de la casa –él, mi cuñado y yo– manteníamos intacta la preferencia por los Pirineos.

La novia de Luis Racionero, Carmen Iglesias, una doctora dulce y comprensiva que participaba ilusionada en nuestras actividades, colocó en el maletero del coche una tumbona de tela cruda que se haría popular durante el festival. Acudíamos con deseos de contactar con todo el mundo. Tanto Luis como yo pensábamos que la música no nos iba a sorprender como en el fabuloso concierto de King Crimson, al que yo había asistido, o el de Newport, en California, al que Luis tuvo la oportunidad de ir. La música progresiva catalana, por mediación de Zeleste, había evolucionado hacia un jazz frío y cerebral ejecutado por buenos instrumentistas de pequeño formato que poco tenían que ver con el rock combativo de los grandes grupos. La incógnita era saber si en Canet cuajaría un rock en onda mediterránea, que salvara en palabras de Víctor Jou– la colonización musical anglosajona. Hacía pocos días que se había celebrado algo parecido en la plaza de toros de Burgos, a la que acudieron cuatro mil personas. Juanjo Fernández, de la revista *Star*, contaba que había sido un lío y que Diego Manrique, uno de los buenos críticos musicales que vivía allí, estaba indignado con los problemas de sonido y de organización que habían aguado la iniciativa. La otra incógnita de Canet Rock era cómo iba a resultar el despliegue de toda la cultura underground peninsular a través de las paraditas de venta y muestra. Casi todos los locutores de las emisoras madrileñas y sevillanas enrolladas harían acto de presencia y habíamos quedado con alguno de ellos. Con los dos coches llenos de revistas llegamos con antelación al recinto. Carmen, Quim Monzó, Pep Rigol, cargado de cámaras, y Fernando Mir

en el de Luis. En el mío, Toni Puig, Agustí Palau, Nacho Nart y Hormaza. Atravesamos la muralla de guardias civiles, la alambrada y alguien de la organización comentó que aún no habían llegado los permisos. Nos dijo que Rafael Molí y Víctor Jou seguían negociando con las autoridades, que esperaban que llegasen en el último minuto y que Sisa no podría tocar debido a las declaraciones de signo anarquista que había hecho en una publicación convencional. La palabra anarquía era la más prohibida.

Nazario estaba en plena jarana con los de *El Rrollo* al completo montando el chiringuito. A diferencia de nosotros, se lo habían currado. Habían llevado paneles con dibujos a los que seguían dando retoques. Los de *El Rrollo* habían sacado un álbum recopilatorio con sus tres primeros trabajos en la editorial de la revista *Star* y uno nuevo que se llamaba *Purita.* Toni Puig comentó que los del *Ajo* llevábamos botes de pintura de todos los colores y pinceles para pintar las caras de los asistentes. Nazario nos regaló una papelina con un montón de aceitunas y nos sugirió que disparásemos los huesos apuntando al agujero que había dibujado en el centro de un culo gordo y peludo. «Tiro al Ano», se llamaba el invento. Fernando escupió una aceituna entera y lo encajó en la diana. «¡Si algún día te pillo verás cómo te va la marcha!», exclamó Nazario. «¡Fernando es un mujeriego de éxito!», profirió Luis con sorna y un puntito de celos.

Nazario fue a la parte de atrás del chiringuito, descorrió una cortina y en medio del campo apareció un escenario alternativo donde actuaría Oriol Tramvia, que no había sido seleccionado para el escenario oficial. «Si queréis comprar

chocolate los tipos de aquella camioneta venden un afgano divino», y nos regaló un montón de hojas cosidas que eran su famosa *Piraña Divina.* El tebeo clandestino parodiaba sin ninguna censura la represión sexual y la moral conservadora. Fernando lo hojeó con interés, se quedó colgado en una de las historietas, *Martirio y triunfo de San Reprimonio*, y exclamó entre risotadas señalando con el dedo: «¡Mira, mira, el Valle de los Caídos durante la fiebre del sábado noche cuando un montón de fieles contemplan las eyaculaciones milagrosas del santo!». A mí me fascinó el dibujo de un ángel hermafrodita eyaculando sobre la lengua de alguien en éxtasis parecido a Nazario.

Sin más pérdida de tiempo ocupamos nuestro espacio. Apenas teníamos material ni bombillas con las que iluminar el logo y nos dio la risa. Las ideas de Luis aderezadas con la imaginación de Toni, la destreza de Agustí, la locura de Quim y la laboriosidad de Fernando activaron nuestra imaginación. Toni escribió en un cartel: «Se pintan caras», e instaló la tumbona de Luis en el centro del espacio que previamente habíamos rodeado de telas con las letras de nuestro logo. Agustí y Nacho habían colgado los seis números de la revista de unas cuerdas que ataron de lado a lado y Hormaza y yo construimos con unas maderas una cruz que tapizamos con ejemplares de la revista. Dicho reclamo nos identificó mejor que el logo iluminado, tal como hizo la revista *Vibraciones.* Toni, Quim y Fernando con los pinceles en la mano empezaron a pintar las caras de los asistentes con formas y colores estridentes. Al cabo de nada la cola hasta la tumbona era inmensa. Hubo algún celoso que hizo correr por medio descampado que regalábamos ácidos baratos de buena calidad

y Luis comentó: «¡Ya lo veis, tenemos prestigio!». Al cabo de nada habíamos vendido casi todos los números atrasados. Picarol, cerca de nosotros, cambiaba duros a cuatro pesetas, y Luis se enrolló con él hasta que Pau Riba volvió a explicar la anécdota del elefante como años atrás: «Si a Franco lo ves como a un elefante, es lo que es». A continuación despotricó contra los catalanistas y explicó que había decidido ser el Frank Zappa catalán porque en el pequeño país faltaba humor y sobraban misas. Pau iba vestido con una camiseta estrecha azul pálido, unos pantalones blancos y llevaba unas bragas de mujer, que pensaba mostrar durante la actuación. Dijo haberlas encontrado en el cajón de un Parador Nacional. «Pau tiene razón», afirmó Luis, «cuando luchas con obsesión contra Franco y lo ves tal cual es, acabas volviéndote como él». Luego se enrolló con que había que cambiar la percepción hasta que yo le corté: «Cuando vea a Franco en la tele o en el Nodo veré a un elefante de circo, patoso y domado». Hormaza, que pasaba por allí, dijo: «Buenas vibraciones y recordadlo siempre: uno acaba siendo lo que piensa», y siguió de aquí para allá con su turbante y su camisa floreada en busca de *freaks* para su nueva utopía: un centro de acogida de jóvenes rebeldes sin trabajo y con ganas de alternativa libertaria. Hormaza dio mucho calor a la parada. Pep Rigol iba de un lado a otro fotografiando y Quim no sé qué hacía con una chica de La Bisbal.

Me perdí en medio de aquel grandísimo espectáculo con ojos de lechuza. Me hubiera gustado escuchar a toda aquella gente, saber de dónde venían y qué pensaban, rozarles, intercambiar energías. Aquella masa era la vanguardia de la ruptura generacional con el pasado. Sabía que éramos tan ingenuos

como caóticos en nuestros planteamientos, pero existía un germen que apuntaba alto y que nosotros –los del *Ajo*– debíamos apuntalar mediante alternativas convincentes. Necesitábamos tiempo, gente buena y colectivos en marcha. Luego busqué a un grupo de sevillanos que iban con Gonzalo García Pelayo. Quería preguntarles qué pasaba con Joaquín Salvador, el gurú del *under* sevillano y buen locutor de radio, a quien habíamos encargado un «Especial Sevilla» para el número de noviembre. La gente me empujó hasta Eduardo Haro Ibars, que preparaba un reportaje sobre el evento para *Triunfo*. Eduardo vivía en Madrid y se sentía pletórico con su libro *Gay Rock* que acababa de editar Júcar y que me regaló dedicado. Recuerdo un chiringuito lleno de productos hindúes en el que ofrecían una taza de té en un ambiente sosegado. Allí me senté con Moncho Alpuente y algunos de los locutores de las emisoras madrileñas. Llegaban riadas de gente con banderas negras, rojas, catalanas, moradas. Los ensayos y la primera actuación pasaron completamente desapercibidos desde la feria. Los vatios eran insuficientes y oír bien suponía acercarse al escenario. Además, los Haré Krishna no paraban de repetir los mantras acompañados de cascabeles.

Tras seguir desde un lugar próximo al escenario la aparatosa actuación del grupo más rockero de los que se presentaban, Iceberg, anocheció y volví a la parada. Fernando estaba ligando con unas alemanas, Toni y Hormaza seguían pintando caras, Agustí liquidaba los últimos ejemplares y Juanjo Fernández y Jaime Rosal, de la revista *Star*, narraban a Quim Monzó los secuestros constantes que habían padecido. Un asunto aún más grave les quitaba el sueño: el número trece, dedicado al gato *Fritz* de Robert Crumb, podía acarrearles la suspensión

definitiva de la publicación, por soez, por escándalo público, por atentar contra la moral católica y qué sé yo cuántas acusaciones más. Tras la actuación del ex Smash, Gualberto, que tocó la guitarra flamenca y el sitar acompañado de un violín, irrumpió en nuestro espacio Gaspar Fraga despotricando de la música programada. Luego aseguró que el recinto estaba rodeado por cientos de guardias civiles armados como si estuviésemos en un campo de concentración. «La libertad provisional que gozamos se puede ir al garete en cualquier instante. La gente folla y está muy emporrada.» Para calmarle le compré un muñeco que colgaba de una parada llena de extraños adefesios. Finalmente me enrollé con los de la revista *Andalán* y con los de la editorial Tusquets, que presentaban la famosa colección Acracia con el libro de Proudhon *¿Qué es la propiedad?* También contacté con los editores de la revista *Ozono.* Eran de Madrid y no entendía sus propuestas.

En algún momento localicé a gente de Sevilla, la ciudad pionera de nuestro underground. En la Barcelona de los sesenta había existido un jefe de la policía política terrible. Era catalán y se llamaba Antonio Juan Creix. Él detuvo a los líderes de un comité de la CNT, a los de la capuchinada del 66, a los jefes del sindicato democrático de estudiantes. A finales de los sesenta lo enviaron a Bilbao y detuvo a los militantes de ETA que fueron juzgados en el proceso de Burgos de 1970. Ese mismo año fue trasladado a Sevilla con la orden de apresar al Lute. No sólo detuvo al famoso ladrón, también a los líderes sevillanos de CCOO que fueron a parar al proceso 1001 y de paso reventó el underground local. Un underground con la suficiente fuerza de salida para articular un negocio musical peninsular tan importante como el anglosajón. El legendario

grupo Smash estaba en su mejor momento y flamencos como «las de Utrera» se acostaban soñando un mestizaje con el *soul* de Ella Fitzgerald, Wilson Pickett, Otis Redding, Jimi Hendrix y Aretha Franklin.

Joaquín Salvador era sobrino de Miguel Barrios, director de Radio Sevilla, había conducido un programa legendario, *Natas y fresas*, y había participado en la fundación de Smash. Cuando los Smash rompieron en 1972 con el promotor de Bocaccio Records, Oriol Regás, los músicos se encontraban en un apartamento de la Costa Brava. Frente a la obligada comercialización de su arte, prefirieron llenarse de tripis y matar al conjunto. Una noche endiablada, con la ayuda de Joaquín Salvador, que estaba presente, lanzaron la camioneta del grupo por un acantilado directamente al mar. La noche del Canet Rock me enteré de más cosas de Sevilla y supe que el tan deseado especial sobre la historia de la Sevilla underground no saldría en noviembre ni diciembre, se iba a quedar en el tintero. Por lo visto, Joaquín, desde hacía tres años, tras una repentina censura y muchos problemas en la emisora, se había metido en el territorio de las drogas, la magia negra y las logias satánicas. Dos años después atravesó un mal momento también con su mujer. Un día encontró a mi amigo Quico Rivas en un bar de Sevilla. Quico hacía la mili en una batería antiaérea en la playa de Bolonia y le prestó su casa hasta que la pareja pasara el mal trago. Quico tardó cinco meses en regresar a causa de un castigo. Militante de Acción Comunista, había estado en la cárcel y montado una importantísima galería de arte en Sevilla que fue pionera en varias historias y hasta atrajo a los pintores consagrados del grupo El Paso. Dicha galería era la M 11, de la que tanto me había hablado Francesc

Vicens en Fontclara. La tarde en que finalmente Quico abrió la puerta de su casa, se encontró con un *collage* que cubría las paredes hecho con las láminas de sus libros de arte. «¡Los libros que mi padre me ha ido regalando a lo largo de los años, destruidos!», exclamó con desdén. La casa revuelta entre extraños objetos orientales le impulsó a sacar a Joaquín. Tres días después, una brigada de la Guardia Civil con picos y palas empezó a derribar las paredes. Quico pensó que alucinaba hasta que le explicaron que el señor Salvador le había denunciado por emparedar a tres hombres en su casa. El locutor se encontraba ilocalizable.

El suelo del campo estaba lleno de sacos de dormir que se movían y saltaban. Recuerdo un momento emocionante cuando sonó *Qualsevol nit pot sortir el sol*, de Sisa, en disco. Efectivamente, Sisa no pudo tocar y sin salir a escena se consagró como el rey de la nueva ola underground. El campo se cubrió de velas y llamas de mechero. Una mujer vestida de blanco con una bengala encendida en plan estatua de la libertad emergió de entre una de las torres de sonido del escenario. Era uno de los números que Xavier Olivé, de Eina, había preparado para entretener los lapsos entre actuaciones. El que más éxito obtuvo fue el de una mujer tipo Carmen Miranda cubriendo sus tetas con una ristra de plátanos que tintineaban al ritmo de los saltos que daba. Un Tarzán que se arrastraba por el suelo como un Quasimodo le reventó los plátanos y la mujer quedó con las tetas al aire ante treinta y cinco mil personas. Así comenzó el destape, a lo grande.

Si la fiesta de Fontclara me había dejado un sabor amargo y de duda, Canet alzó las alas en favor de un porvenir libertario.

¡Éramos tantos y tan bien avenidos! Perdido entre un mar de melenas, preguntaba con espontánea sinceridad a gente que no conocía necesidades, sueños, intereses, proyectos. Recogía algo así como una encuesta sentida, luego explicaba los planes de *Ajoblanco* y ofrecía colaboración libre en las páginas de mi revista, que tenía que ser la de todos. La gente me escuchaba con regocijo y yo apuntaba en una libreta las diferentes propuestas y los teléfonos. Muchos eran vascos, castellanos, madrileños. Quien más me impacto fue una chica de Málaga que, pese a estar algo emporrada, insistió en que lo único que permitiría cambiar el país sería un buen sistema educativo, que hasta que esto no fuera en serio seguiríamos en Babia.

Recuerdo que en plena actuación de Pau Riba, mientras el cantante se contorsionaba entre saltitos y frasecitas, Toni Puig me arrastró hacia un rincón con cara de mucha preocupación. Le había visto hablar con un tipo raro durante mucho rato. Toni me dijo que corría serio peligro y que iba a desaparecer una temporada. Me aconsejó que Fernando y yo también huyéramos, que él se iba al día siguiente a Italia y Grecia con Litus, un efebo que había conocido en la Facultad de Arte.

«¿Fluir?», le repetí por parecerme surrealista.

Con voz entrecortada siguió contando. Un etarra peligroso se había refugiado en su casa. «¿Cuántos días? ¿Quién es?» Me dijo que la policía la había registrado, que se había llevado a todos los ocupantes a comisaría, que hubiera podido ser terrible y que él no iba a volver a pisarla hasta septiembre, que desaparecía, que desapareciéramos todos los del *Ajo.* Alguna calada de porro debía llevar yo porque en cuanto supe que el

susodicho era Wilson le pedí a Toni que si lo volvía a ver le preguntara si la CIA y el Mosad habían participado en el asesinato de Carrero Blanco.

# TERCERA PARTE

# LA ASCENSIÓN LIBERTARIA

## OPERACIÓN LUCERO

No sé qué fue más decisivo para mi futuro, si el bautizo con los alucinógenos o la desaparición de Franco por muerte natural.

Desde el festival de Canet y hasta diciembre de 1975, un manto de incertidumbre cubrió la calle. El edificio franquista se tambaleaba y los aperturistas del régimen, Manuel Fraga, José María de Areilza, Pío Cabanillas, emigraban hacia otros lados ante el fracaso de la apertura y la virulenta reacción de los ultras. La repuesta del franquismo duro instalado en El Pardo fue replegarse y dar con el mazo de la represión de una forma azarosa, para que nunca supieras a qué atenerte.

Frente a ese mundo rancio, una oposición cada vez más deslenguada y medio tolerada, no se sabía si buscaba un lugar en el reparto o la apertura de un proceso constituyente. Los aspirantes a políticos salían de las catacumbas y conspiraban con «las ratas que abandonaban el barco» sin saber muy bien las fuerzas con que contaba cada bando. Aparecer en los medios sin arriesgar demasiado era lo que más importaba a los antifranquistas en busca de pulpito y prestigio. Tal ambición obligaba a aparcar ciertos principios ideológicos y a practicar el doble lenguaje. El PSOE quería evitar el hundimiento del Estado, seguía con pocos militantes y rechazaba la Junta Democrática capitaneada por Santiago Carrillo.

Cuando la situación lo precisaba, la oposición, más o menos unida, instigaba a obreros y estudiantes a lanzar piedras en los altercados para, a continuación, presentarse como los únicos interlocutores que podían contener las protestas. Poco más en este frente, en el que la fuerza hegemónica seguía siendo el PC. Un PC disciplinado que de pronto mantenía una exquisita moderación tras conseguir una victoria aplastante en las elecciones del Sindicato Vertical a través de CCOO. En verano, los comunistas españoles habían lanzado a bombo y platillo los puntos del eurocomunismo junto a Enrico Berlinguer, secretario general del PC italiano que acababa de cosechar un importante avance electoral en su país. De pronto, los eurocomunistas del sur de Europa, a diferencia del militar revolucionario portugués Otelo Saraiva de Carvalho, aceptaban los regímenes democráticos occidentales, los partidos, la planificación económica en convivencia con la empresa privada y la pluralidad en los medios de comunicación.

Se desconocía si existían pactos secretos entre los no comunistas para respetar la legalidad vigente y la estabilidad exigida por el Gobierno de Estados Unidos. Pero los hubo: el guión de la transición ya había sido dictado por las fuerzas del gran capital, aunque no supiésemos el orden de aparición en el reparto. La experiencia portuguesa con comunistas en el Gobierno no debía repetirse. Kissinger, que durante la presidencia de Henry Ford seguía siendo secretario de Estado, declaró al *U.S. News and World Report*: «Si España queda totalmente aislada, la evolución puede ser catastrófica y el mundo occidental lo sabe. Sabe que cuanto allí ocurra es vital para nuestro bloque político y militar».

La prensa diaria seguía los avatares desde dentro del sistema y en contadas ocasiones difundía este tipo de informaciones. Los únicos que colaban algo eran revistas como *Cambio 16, Posible, Doblón* o *Destino. Cambio 16* jugó la baza de la monarquía parlamentaria con claridad y arrastró a muchos escépticos hacia la Europa democrática. El otro frente político, la extrema izquierda, seguía proclamando la ruptura y la revolución social. Algunos maoístas se metieron en la Junta como el Partido de los Trabajadores, fundado por militantes escindidos del PCI.

Los mundos políticos que pretendían constituir partidos tan poderosos como el PC estaban al acecho de la salud del dictador y esperaban una porción de sus rentas, tras una muerte anunciada que no acababa de llegar nunca. Cuando llegó, la calle no fue una explosión de alegría sino de miedo y dolor. Quienes la celebramos con champán lo hicimos en el interior de nuestras casas, reunidos en grupo frente al televisor y sintonizando emisoras extranjeras; desde luego, no en la calle, por mucho que algunos recuerden entre risas que se agotaron las existencias de cava catalán. El país estaba dividido en dos y, por número, ganaban los otros. Los posos del franquismo estaban firmemente enquistados y la liberación dependía de la unión de la prensa con personalidades emergentes. La incógnita era si un activismo social en aumento podía conquistar la calle.

La élite política, vieja y nueva, se movía con pies de plomo y las bases populares mayoritarias tampoco arriesgaban lo que habían conseguido trabajando duramente. El temor a un enfrentamiento civil también jugó su baza. A mí me

desconcertó ver a un millón de personas desfilando ante la tumba de Franco. Por suerte, gran parte de la juventud estaba más cerca de Canet Rock que de El Pardo, buscaba con imaginación el camino de la libertad y rompía la disciplina familiar, que era la que tenía más a mano. El estallido contestatario, la irrupción de los nacionalismos periféricos y las huelgas obreras llegaron algo más tarde. La excepción fue Euskadi, donde las dos ETA[46] consiguieron movilizar a una población harta de tanto estado de excepción. Pero las manifestaciones de Euskadi y la exitosa huelga revolucionaria del 11 de junio estaban censuradas en la prensa; eran «materia reservada». Las estrellas emergentes del panorama político se comprometieron poco con las «provincias vascongadas» por temor a las actividades de ETA y porque allí sí hubo masas populares en la calle, movilizadas por los movimientos sociales desde antes de la muerte de Franco.

Para el grupo de *Ajoblanco* estaba claro que atravesábamos una etapa crucial en la que no se sabía si la revista podría sobrevivir. Racionero, Nacho Nart, mi hermana Rosa y yo mismo la salvamos in extremis. Nacho tomó decisiones relacionadas con la maqueta, el formato y la búsqueda de publicidad. Agustí Palau había dejado de llevar esas cuestiones y me había pasado la información antes de irse a la mili. Nacho me ayudó a organizar metódicamente estas áreas. Era necesario encontrar otra imprenta y un nuevo proveedor de

---

46 En 1974, tras el atentado de la calle del Correo de Madrid y las nuevas expectativas que se abrían en España, ETA se dividió en dos: ETA Militar y ETA Político-Militar, partidaria de la acción política. Esta última era entonces la mayoritaria y fundó el Partido por la Revolución Vasca (EIA en sus siglas en vasco) que, después de la amnistía de 1977, acabó integrándose en Euskadiko Ezquerra.

papel. Los distribuidores de Edipress nos habían dicho que el número seis era el que más se había vendido –algo menos de seis mil– pero que el formato era grande, con demasiado blanco, y que convenía bajar el precio a treinta y cinco pesetas. La crisis económica perforaba los bolsillos. Un lector nos había cedido números viejos de las revistas *Berkelery Barb*, *Rolling Stone*, *Actuel* e *Interview*. Nacho y yo las desmenuzamos e inventamos un nuevo modelo de revista, más acorde con la filosofía que íbamos a defender. Agilicé la comunicación con los lectores que ofrecían material y llamé a muchos de Canet. Entre esperanzas e ilusiones mi hermana empezó a picar textos y yo, tras comprar unas cartulinas blancas, un tiralíneas, tinta china y unas escuadras, me puse a maquetar disciplinadamente, solo y en silencio durante las mañanas, que era cuando uno podía respirar tranquilo.

Toni Puig y Fernando Mir no sabían cómo conseguir el dinero que faltaba. Toni iba a la escuela, seguía estudiando arte y acabó metiéndose de lleno durante los fines de semana en el mundo del tiempo libre con monitores que además estaban renovando los cuentos populares catalanes. Muchos de ellos escribían en una revista infantil, *Cavall Fort*, que recuperó la tradición catalana y el idioma escrito entre los niños. Toni explicaba en las reuniones que lo que más le satisfacía era integrar en el catalanismo a los hijos de la emigración. Fernando necesitaba un sueldo para vivir y volvió a corregir textos para la editorial Salvat. También pretendía lanzar ya con Jaume Pujagut, que seguía en la organización de Gay Mercader, una guía underground de la ciudad.

Los fines de semana que no iba a casa de Luis Racionero en

Sant Martí d'Empúries me acercaba hasta Fontclara en busca de un lugar querido donde recuperar fuerzas. Fontclara había dejado de ser nuestro cuartel general. Ana Castellar frecuentaba el grupo de País, donde veía a gente del círculo de Manolo Vázquez Montalbán, y se había vuelto más conservadora. Sin embargo, consiguió una lista de amigos dispuestos a poner algún dinero. En Empúries, Luis y su novia Carmen Iglesias escuchaban con afecto mis lamentos. Sentados en un pequeño mirador que cae al mar en el centro de la bahía de Roses, Luis me dijo que *Ajoblanco* debía continuar, que había escrito un artículo sobre los Rolling y que estaba dispuesto a poner doscientas mil pesetas en la ampliación de capital. El lunes, de vuelta a Barcelona, llamé a Francisco Marsal, nuestro empresario accionista. Comprendía nuestras dificultades y finalmente decidió meter más dinero pese a los problemas de su fábrica. Francisco era un luchador nato que superó esa crisis y todas las que siguieron: su mejor cualidad fue la coherencia. César Luque también dijo sí a la ampliación que aseguró el segundo año de revista.

Una tarde, y con el número siete en la mano, Fernando me dijo que lo dejaba todo por el *Ajo* y se instaló en Aribau a tiempo completo. Cuando muchos nos daban por muertos, volvimos con un formato que se desdoblaba en dos y más coherencia alternativa. El número siete salió en diciembre de 1975 y cumplimos con la periodicidad mensual hasta que la censura quiso cortarnos las alas en junio de 1976. El país aceleraba su aspiración de libertad y las bases populares estimuladas por las asambleas que de forma espontánea se constituían en fábricas, institutos de enseñanza media, colectivos artísticos, barrios, hospitales y teatros,

emprendieron la gesta que posibilitó un cambio de mentalidad en las antípodas del nacionalcatolicismo.

Antes de la muerte de Franco, los de *El Rrollo* habían huido de la comuna de la calle Comercio y permanecían en Ibiza. Volvieron a toda prisa para recoger sus bártulos personales a altas horas de la madrugada. Mariscal había regresado trastornado de la mili. Tras Canet Rock le asaltó la paranoia de ver policías en el portal de la comuna, en la escalera, bajo la cama y dentro del armario. Durante la madrugada de Canet, la policía había cazado la camioneta situada detrás de la parada de *El Rrollo*, donde vendían un afgano «rico y barato» y donde Nazario tenía escondidos ejemplares de *Pirañas* que iba vendiendo uno a uno. La policía preguntó quién era el autor y los requisó todos. La autoría del tebeo, aunque no llevara depósito legal, era fácilmente reconocible. Luego supe que Mariscal había encontrado en Ibiza una casita «mona y barata»: Can Americano, en la que montó una comuna de dibujantes en medio del campo. Nazario no quiso estar allí, harto como estaba de aguantar bromitas en la comuna de Comercio y se fue al sur a vivir la homosexualidad a su antojo. Se instaló en la casa de un amigo en las playas de Huelva. Lo dicho: incluso los más progres, modelados por años y años de educación nacionalcatólica, no sabían cómo reaccionar cuando alguien mostraba su homosexualidad sin subterfugios. «Me pueden violar y yo soy muy macho», gritaba con sorna cualquiera de ellos.

Muchos de los que empujamos la nueva cultura en Canet salimos zumbando. Cuando supe por qué Toni Puig andaba raro las últimas semanas, fui a nuestro puesto. Hacía frío.

Racionero y Carmen se largaron a casa muertos de aburrimiento. La orquesta Mirasol y las nanas con las que Maria del Mar Bonet obsequió a los treinta y cinco mil feligreses provocaron un ataque de sueño. Antes de que Els Comediants y Dharma nos despertaran de golpe con una actuación genial, los que tenían saco se metieron dentro y cerraron las cremalleras. Envuelto en una manta, Fernando dormitaba en la tumbona y Hormaza ben Zohar se había quitado el turbante. En algún momento me acurruqué junto a Fernando y le conté lo de ETA. Le pareció grave y decidimos callarnos. Horas después, echados sobre la playa, pensamos que lo más idóneo era escondernos en Menorca. Yo pediría prestada la casa a mi hermana Carmen, que no iba a estar en agosto, y discretamente permaneceríamos en la isla con Carmen Iglesias y Luis Racionero.

Nos mantuvimos la primera semana a la expectativa, sin atrevernos a pisar el despacho, por si las moscas, hasta que un suelto en el número 30 de la revista *Posible* me dejó clavado: «Confirmada la detención de Wilson. Cuatro peligrosos terroristas de la organización ETA-V Asamblea han sido capturados y otro resultó muerto, como resultado de dos eficaces acciones especiales llevadas a cabo en Madrid y en Barcelona el pasado día 30 de julio. Uno de los detenidos es el conocido terrorista Pedro Pérez Beotegui, alias *Wilson*, que cuenta con un dilatado historial en la organización. En su declaración, Wilson ha afirmado que en varias ocasiones ha permanecido en el domicilio de cuatro monjas seglares, dos vascas y dos catalanas, sito en la calle Massens 41. Asimismo ha sido detenido el monje exclaustrado Francisco Bufill Suris». Quico Bufill era buen amigo de Toni desde los encuentros

culturales de jóvenes celebrados en Montserrat en 1970. La noticia fue definitiva: decidimos partir en barco con el coche de Luis dos días después.

Recuerdo a Carmen Iglesias preparando tortillas, a Luis untando el pan con unos tomates enormes, a Fernando envolviendo frutas y bocadillos con papel de aluminio y a mí haciendo gazpacho en una batidora. Pasamos los días en playas desiertas con la sensación de que el tiempo no se gasta, no se gana y no se pierde. En aquel paraíso tampoco cabían ni prensa, ni radio, ni teléfono, nosotros éramos el tiempo, la vida y la isla. Una mañana Fernando dijo que podíamos tomar los ácidos que se había traído. Yo no había probado nunca el LSD. Luis explicó que las claves de la experiencia místico visionaria se las había pasado Alan Watts en California. Dijo que lo tomáramos nosotros y que él nos llevaría a la playa del Pregondón, una de las calas solitarias de la costa norte. Una vez allí, se lo tomaría él. Cuando íbamos a salir de casa y las paredes se encendían con un brillo inolvidable, alguien golpeó la puerta. Era un payés rubio, arrugado por el viento de tramontana. Contó que venía a mostrarme la casa que mi madre quería comprar para ella, para mi hermana Rosa y para mí. Me eché un poco hacia atrás y el hombre me pareció un griego de la Odisea. ¿Dónde estaba? Me vi cubierto con una túnica blanca que se hinchaba y deshinchaba al ritmo de mi respiración. Cogido del brazo de Luis seguí al hombre entre huertos cultivados con delicadeza y dalias de muchos colores. Avanzaba dando saltos de felicidad como si estuviera en una excursión de colegio.

La casita me pareció un laberinto de habitaciones para

enanitos. Vi dibujos de palomas colgados de una pared encalada que empezaron a moverse. Una voz aguda explicaba en un menorquín cantarín que, en los últimos años, aquella casita había acogido a una asociación de colombófilos. Me senté junto a una chimenea en ruinas y una ráfaga de viento que se coló por una de las ventanas me trajo el presagio de que en aquel lugar viviría una historia decisiva. Me quedé atrapado en esta idea hasta que Luis, que era como un Diógenes paseando arriba y abajo, me sacó de ella. Me levanté y tomé la mano del propietario. Acababa de comprar la casa. Mi mano era el trato.

El viaje en coche fue una aventura en cinerama. La tierra roja estaba salpicada de muros de piedra y pedazos de campo verdes con vacas blancas y negras holgazaneando bajo las higueras. Cuando nos metimos por un camino sin asfaltar, Luis detuvo el coche y estuvo un buen rato estudiando el plano de la isla. Fernando y yo abrimos las puertas de la parte trasera del Seat 1430 marrón, saltamos un muro de piedra y, entre risas, rodeamos a una vaca.

Tras recorrer un paisaje de ensueño con alguna casa labriega encalada de blanco apareció un extenso valle que daba a la playa de Binimenla. El azul del mar conquistó el paisaje. Luis consultó el plano y dijo que tocaba caminar unos veinte minutos.

El sol alteraba los perfiles puntiagudos de las erosionadas rocas. Con resignación comentamos que el pedacito de secante que contenía el ácido era un poco estafa pues no acababa de subir, tan sólo agudizaba la percepción. En la playita de arena

dorada había coral rojo y cuatro jóvenes extranjeros bajo dos sombrillas de colores estridentes. Eran discretos y no molestaban.

El paisaje de tierra lunar tamizado por el reflejo de una tierra rosa y morada que caía al mar formando inverosímiles esculturas parecía un cuadro suspendido. Imposible pintar aquello. Permanecíamos en un silencio casi religioso cuando una tribu prehistórica armada con palos nos lanzó piedras desde lo alto de una loma mientras nos gritaba: *«¡Porcs! ¡Bruts!»* [47] por bañarnos en pelotas. Carmen y yo nos precipitamos al mar. Cuando estuvimos bastante lejos, no pudimos evitar un ataque de risa. Fernando se había protegido bajo una de las sombrillas de los jóvenes y consolaba a la chica canadiense que estaba al borde de un ataque de pánico, mientras Luis trataba de negociar con los nativos envuelto en una toalla.

No sé qué decían de unos niños y unas mujeres que no se veían por ninguna parte. Las voces sonaban ridículas. Luis consiguió el armisticio hasta las seis de la tarde y la paz anterior a la irrupción de la tribu se restableció. Acabamos en una pastelería de Mercadal comentando la experiencia y escandalizando al personal.

Aquellas semanas de ensueño fortalecieron la amistad entre nosotros. Nuestra vuelta a la ciudad coincidió con la de Toni, fuimos precavidos y nunca más hablamos del asunto resuelto. El Gobierno acababa de aprobar un decreto ley de prevención

---

47 «¡Cerdos! ¡Sucios!»

del terrorismo. Podían registrar cualquier casa sospechosa y retener a los individuos en celdas especiales sin límite de tiempo.

Una noche, rambleando con Racionero, Toni y Fernando nos encontramos a Juanjo Fernández, de la revista *Star*, y a su abogado, Víctor Sen. Fue el día después de que los franquistas ejecutaran a cinco militantes antifascistas del FRAP y ETA. Dieciséis embajadores de países europeos habían abandonado el territorio español en señal de protesta. El presidente Echevarría de México había pedido la expulsión de España de la ONU y la embajada en Lisboa, un edificio repleto de obras de arte, había sido saqueada e incendiada. Víctor Sen dijo que Pablo VI iba a excomulgar al Caudillo. El episodio que siguió fue la manifestación del 12 de octubre, con Franco vivo frente a un millón de asistentes por última vez, cantando el *Cara al sol* con el brazo en alto. Pese a ello, el régimen se resquebrajaba. Sin Mercado Común Europeo, la estabilidad de España se iba al carajo. Aquel mismo día, un nuevo grupo denominado GRAPO había asesinado a cuatro guardias civiles en las calles de Madrid.

El padre de Juanjo editaba tebeos del oeste y libros de cromos que en ocasiones traducía y exportaba a Francia e Inglaterra. *Star* había tenido los huevos de salir a la calle con permiso de tebeo y no de revista. Tras el secuestro del número trece, el del gato Fritz, *Star* había desaparecido de los quioscos. «El asunto está jodido», afirmó Juanjo. Tenían demandas por escándalo público por los números 4, 6, 8, 9 y 12. Juanjo se pasaba el día en el juzgado. «Y los de la delegación del Ministerio de Información y Turismo, ya sabes, amenazan con

secuestrar todos los números que saque hasta que consiga los permisos de revista. Tu publicación no es un tebeo, me dicen, es una revista.» «¿Un año en seco?», le pregunté, aun sabiendo de antemano que quien se pasea con un buen abogado acaba venciendo. Los primeros números de *Star* habían sido bastante insulsos. Tras el número cuatro, Juanjo decidió escuchar las críticas y hacer una revista más de aquí, con cómics de la gente de *El Rrollo.*

Explicó que Luis Vigil y Jaime Rosal, dos de sus colaboradores, preparaban una colección de libros, Star Books. «Vamos a sacar inmediatamente *En la carretera* de Kerouac y *Tarántula* de Bod Dylan.» Juanjo hablaba con despreocupación de asuntos serios. Era un muchacho templado.

Aunque algunos establecían comparaciones maliciosas entre *Star* y *Ajoblanco*, las relaciones entre ambas publicaciones siempre fueron cordiales. Jamás nos dejamos enmarañar por envidias o por el afán de protagonismo de algunos de nuestros colaboradores. Juanjo era un tipo legal y ambos sabíamos que las dos revistas se complementaban, como los Beatles y los Rolling. En ocasiones bromeábamos con el tópico. Los de *Ajoblanco* éramos más idealistas y habíamos decidido incluir materiales en favor de la alternativa cultural al sistema. Los de *Star* se sentían hijos de los *mods* y de los rockeros. Les gustaba ir de malditos, pasaban de la política y buscaban la provocación. Juanjo presumía de haber viajado por Europa de adolescente y de haber observado cómo las democracias reprimían brutalmente la cultura juvenil en cualquier parte. Así fue como ingresó con veinte años en el grupo de los escépticos. Estaba desencantado hasta del posible cambio que podía

llegar. Pensaba que los hippies habían fracasado y que lo único que cabía transformar era la vida de uno mismo y que cuanto más cachondeo, mejor. «Si hago todo esto es porque me divierte», me había dicho frente a su quiosco en Canet Rock.

Juanjo, antes de fundar *Star,* había pasado alguna temporada en Ibiza haciendo de camarero en la recién inaugurada discoteca Pachá junto al fotógrafo Toni Riera. Ligó con una chica de Hamburgo y acabó en Alemania. «En la ciudad báltica vi comunas, descubrí tiendas de cómics, revistas de ecología y de drogas. Al volver, pasé por París y leí las revistas *Pilot*, de cómics, y la underground *Oz*, que se editaba en Londres. La idea fue volver a Barcelona y montar algo parecido en la editorial de casa.»

Yo le dije que había que meterse en la cultura antiautoritaria y social, al estilo de los Panteras Blancas de John Sinclair. Él se negaba a plantearse cambios planetarios y repetía con insistencia que había que vivir al día. «Apuesto por la cultura underground y punto.» Estaba harto de que las teorías sólo fueran eso, buenas intenciones que jamás se llevaban a la práctica. Le pregunté por Montesol, por Mariscal, por los Farriol y por Nazario. Por lo visto estaban preparando una colección de tebeos que pensaban sacar con el sello editorial de la revista *Vibraciones.* Me habló de un dibujante madrileño que estaba montando una especie de factoría de cómics al estilo de *El Rrollo* pero en Madrid. Se llamaba Ceesepe. Iban a editarla también con la empresa de *Vibraciones.* En realidad, lo que hacían los demás nos preocupaba bastante poco, estábamos totalmente metidos en que la voz de *Ajoblanco* fuera la avanzadilla generacional. Por vez primera tenía la

sensación de aproximarnos. «Por mucho que a Juanjo le cueste reconocerlo, sin una revolución que cambie los valores imperantes no hay victoria underground. Hay que apostar por la libertad, el naturismo, la ecología, las comunas, las cooperativas.» Racionero asentía.

La persecución que vivía *Star* era algo muy gordo y sin embargo ninguna revista informaba de su suspensión, que podía ser definitiva. Las revistas que se ayudaban pasaban menos apuros. Habían secuestrado el número 1.978 de *Destino* por un artículo de Miquel Roca i Junyent, el político burgués que emergía con fuerza dentro de un nacionalismo catalán aún tenue y moderado, y también sufrían el acoso *Cambio 16* y *Posible*. *Triunfo* fue suspendida cuatro meses.

Una tarde me acerqué a la Facultad de Derecho a matricularme de las asignaturas pendientes. El olor y la tenue luz del edificio me transportaron a otro mundo. En la barra casi solitaria estaba apoyado Jordi Solé Tura tomándose un café con leche. El polémico profesor se había apeado de Bandera Roja acompañado por algunos «Banderas Blancas» para ingresar en el PSUC. A los comunistas les faltaban técnicos y dirigentes con oratoria. A Bandera le sobraban cuadros de élite pero carecían de «masas». Ahora el popular profesor de Derecho Político había obtenido un cargo influyente en el PSUC. Le pregunté sobre el curso recién iniciado. Solé Tura no me dijo nada sobre esta cuestión, aunque me dio la noticia de que Franco estaba mal y que esta vez iba en serio. «¡Franco fiambre!», exclamé. Era sólo un rumor y había que estar alerta. Solé Tura pagó y se fue.

En una mesa del fondo distinguí a la primera amiga que había tenido en aquella facultad. Conocí a Cinta Camináis el primer día de clase. Era lectora de novelas y esto me animó a pasarle una que había escrito sobre los amigos de Camprodón.

La corrigió entera y se la guardó en un cajón. Cinta era un mujer hermosa que hablaba cantando. Había nacido en Tortosa y vivía en un clan de mujeres fuertes. Por lo visto, había encarado la carrera sin prisa y la fue estudiando con más pausas que el resto. Me divertía porque cualquier asunto se lo tomaba muy en serio y defendía unas contundentes argumentaciones jurídicas cuando hablábamos de la teoría del delito, lo que ya dejaba entrever a una gran penalista. La veía muy de vez en cuando y me alegré de reencontrarla. Hablamos de esto y de lo otro hasta abordar el tema político. La Junta Democrática de Santiago Carrillo, Enrique Tierno Galván, Antonio García Trevijano y Rafael Calvo Serer buscaba que don Juan llevara al país hacia unas Cortes constituyentes que convocaran un referéndum que permitiera elegir entre monarquía y república. Cinta comentó con sarcasmo: «Los comunistas flipan, ¿cómo un rey va a convocar un referéndum que puede traer la república?». La Plataforma de Convergencia, que había creado recientemente el PSOE con el democristiano Joaquín Ruiz Jiménez, parecía dispuesta a cabalgar con Juan Carlos hacia otro tipo de Cortes constituyentes. Entre risas discutimos sobre quién podía ganar el combate.

Los partes del equipo médico habitual eran cada día más delirantes. Llevábamos un mes de hemorragias, operaciones, insuficiencias, infartos, grave, gravísimo, en coma, menos grave y un montón de males que parecían castigos diabólicos. Por la

televisión se veían beatas con los rosarios camino de El Pardo y las iglesias llenas. Con tanta espera, con tensión adicional por la Marcha Verde[48] de Hassan II sobre el Sahara y los nubarrones de guerra que traía, las dos botellas de champán que Luis llevaba en el maletero del Seat 1430 habían acabado por romperse entre requiebros, golpes y contragolpes. Una lástima porque eran Louis Roederer y no hubo más.

El 20 de noviembre tenía una cita con Quim Monzó en su estudio para sacar las lenguas del logotipo que había creado para *Ajoblanco*. Habíamos decidido utilizarlo y no queríamos problemas con la dirección de Coca-Cola. A continuación iría a la editorial Kairós para hablar con Salvador Pániker sobre una posible colección de libros editada conjuntamente, y había quedado en comer con Soriano, de Distribuciones Enlace, en busca de consejos para una distribución paralela. Por la noche Manel Esclusa presentaba una exposición de fotografía en la galería Spectrum de la calle Balmes.

Ése era el programa. Pero me recuerdo medio dormido con la oreja pegada a un pequeño transistor escuchando las novedades musicales de Radio Luxembourg. Supongo que me quedé traspuesto. El timbre del teléfono me despertó. A tientas me eché agua fría en la cara y no llegué a tiempo. Eran las siete menos cuarto de la mañana. Sonó de nuevo el teléfono. Abrí la puerta de mi habitación y salí fuera, al pasillo,

---

48 El 16 de octubre de 1975, el Tribunal Internacional de Justicia de la ONU dictaminó el derecho del pueblo saharaui a la autodeterminación. Para impedirlo, el rey de Marruecos organizó una gran marcha de civiles (350.000) y militares (20.000) que cruzaron la frontera del Sahara occidental, colonia española hasta entonces, aprovechando la crisis del régimen franquista.

a descolgar el aparato. Era Luis. «¡La ha diñado!», fue lo primero que dijo. Luego me contó muy excitado que se había quedado dormido en un cojín del salón con el tocadiscos encendido cuando una emisora inglesa, que solía acoplarse levemente al amplificador, había pronunciado la frase mágica: *«General Franco is dead»*[49]*.* Cuando me dijo que Arias Navarro iba a leer el testamento de Franco, le propuse verlo juntos en la tele de casa. «Tardo una hora», me dijo. Me vestí en un soplo, desperté a mis padres y salí a la calle en busca de periódicos. Un joven me miró con cara de pillo y yo sonreí con euforia. Luego otro y otro... La gente mayor caminaba con el mismo paso cansino de todas las mañanas. El ejército, la Guardia Civil y la policía habían puesto en marcha la operación Lucero y no vi que ocurriera nada raro en la calle.

Luis llegó a casa con un semblante de circunstancias y sin saber qué decir a mi padre, que daba vueltas por la casa en bata. Luis comentó en voz baja que había que mirar la tele con distancia y cierta ironía. El rostro demacrado y llorica de Arias Navarro leyendo su papel es una de las escenas más patéticas que he visto en la tele. Acabó con un sentido hipo. Mi padre observaba el trajín desconcertado y nadie llamó por teléfono. Tuve la sensación de que el hombre contemplaba la escena con sentimientos contrapuestos. Por una parte asistía al fin de una etapa dilatada que él justificaba por la estabilidad que había dado. Por otra, detestaba al muerto por historias que ya he contado. La única batalla que había ilusionado a mi padre durante aquellos años oscuros fue que su ciudad sobreviviera contra viento y marea a una época compleja y una guerra entre

---

49 «El general Franco ha muerto.»

hermanos. Frente al rostro desencajado que salía en la pantalla no pronunció palabra. A mí me complació compartir aquel momento con mi padre y con Luis. Mi padre había envejecido mucho desde el accidente –aún no sabíamos que padecía demencia senil a causa del golpe– y mi amigo lo observaba atentamente: «Pertenece a una raza de señor en vías de extinción», dijo en voz baja.

Luis y yo fuimos al estudio de Quim Monzó. Un ático pequeño forrado de libros en la calle Arizala, cerca del campo del Barça. Tenía puesto el *In-A-Gadda-Da-Vida* de Iron Butterfly a toda castaña y trabajaba sobre una mesa de dibujo. Con una cuchilla raspaba los contornos sobrantes de las letras y con un pincel y guache blanco repasaba los perfiles. Comentamos la muerte de Franco con regocijo. «Quien mande en el Consejo del Reino controlará el futuro del país», aseguró Racionero.

Yo dije que en Rambla Cataluña unos *freaks* me habían sonreído al comprar el *Diario de Barcelona*. Quim se tiró hacia atrás en la banqueta, dejó sus gafitas redondas sobre el tablero, se restregó los ojos y dijo que había concluido la operación de cirugía estética de la cabecera de la revista y que no esperaba cambios espectaculares para los próximos años. Luis tenía una cita, a mí me cancelaron la mía y decidí buscar a Toni Puig. Paseamos expectantes entre sueños de libertad y de futuro y sin decidirlo acabamos como dos pánfilos subidos a un par de autos de choque de las atracciones Picolino de Gala Placidia. Cuando finalmente las cerraron en señal de duelo, la puerta de la iglesia vecina estaba llena de fieles.

Por la noche fuimos todos en peregrinación a la galería

Spectrum. La gente que llenó el local estaba exultante, todo eran habladurías y abrazabas a unos y a otros con regocijo. Las fotos en blanco y negro transmitían una serenidad congelada que chocaba con el ambiente bullicioso. Albert Guspi, el promotor de aquel invento, iba de unos a otros repartiendo anises. De pronto llegaron unos guardias y entre empujones nos obligaron a salir del local. Guspi no tuvo más remedio que poner la balda mientras su mujer, Sandra Solsona, salió fuera a seguir la fiesta con nosotros. Desde la puerta descubrimos en la acera de enfrente a una brigada de guerrilleros de Cristo Rey con banderas y crespones negros que por suerte no se fijaron en nosotros. Seguíamos hablando en la puerta hasta que una papelera bastante próxima empezó a arder. Instantes después se oyeron las primeras sirenas. No sé con quién cené aquella noche ni dónde. Las calles estaban desiertas y una cascada de ideas locas alborotaba mi cabeza.

## LA OTRA PERCEPCIÓN

No hubo huelga general política ni asalto a las cárceles ni proclamación de la República. Eso sí, un mes más tarde, unas dos mil personas se manifestaron frente a la cárcel de Carabanchel exigiendo amnistía política. Bien fuera por temor a un nuevo enfrentamiento civil, por autismo o por lástima, el pueblo, mediante su silencio, parecía aceptar el duelo nacional impuesto por la muerte de Franco. La victoria electoral de los militantes de CCOO en el Sindicato Vertical franquista era más que nada una manifestación en favor de mejoras salariales, del derecho de huelga y por unas condiciones de trabajo más justas. Mucha gente deseaba la apertura política pero sin perder la estabilidad que había posibilitado el aumento del nivel de vida, amenazado por una crisis económica que iba en serio. El turismo masivo, el contacto con los inmigrantes que vivían en países europeos democráticos, las proclamas de la oposición y el rock combativo habían abierto brecha en las mentalidades. Una parte considerable de la población empezaba a concienciarse de que la democratización era inevitable aunque no tuviera más experiencia política que la autoritaria.

Las nuevas generaciones pretendíamos la libertad y, en menor o mayor medida, vivir una sensualidad libre de culpa, ver películas y obras de teatro sin cortes ni censura, participar activamente en los asuntos de la *polis*, aportar contenidos a

una cultura participada por todas las clases sociales y que el sistema educativo no reprodujera los valores del capitalismo, la usura y la competitividad. Los miembros de la revista y gente afín, en pleno crecimiento, soñábamos con transformar las ciudades en espacios habitables con ágoras gestionadas por la ciudadanía sin policías ni funcionarios. La lucha por un planeta sostenible y una sanidad eficiente eran más un imperativo moral que una actividad política. Con esos objetivos merecía la pena potenciar la creación de colectivos que fraguaran alternativas.

La revista tenía que agitar, provocar, dar rienda suelta al mensaje libertario y dejar espacio a los movimientos sociales que empezaban a moverse. Occidente vivía el apogeo de la «cultura del nosotros», tan contraria a la «era del yo» impuesta por las agencias de publicidad en la década de los ochenta siguiendo directrices de las fuerzas económicas que copaban las universidades, los medios de comunicación y la cultura de masas.

Gracias a la decisión de Nacho Nart de afrontar las tareas empresariales, iba a disponer de tiempo para aprender el oficio de periodista. Pretendía hacerlo de forma autodidacta puesto que en la nueva facultad de la Autónoma lo que mejor hacían era domesticar con marxismo. Mi móvil era la agitación, observar atentamente, aprender a escuchar y mantener la intuición lo más libre posible para no caer en un profesionalismo economicista sin más.

Pasé unos días ocupado con los reportajes y las entrevistas que pensaba hacer. Toni Puig también estaba exultante y

preparaba el artículo «Místicos y militantes: notas para escoger amigos» para un número futuro. Yo había pasado una semana instalado en la comuna de artistas que Els Comediants había montado con la Companyia Eléctrica Dharma en una casa modernista de Canet rodeada de árboles. La crónica había aparecido en el número siete y ya pensaba en irme a París a entrevistar a Agustín García Calvo.

Me sentía satisfecho con lo publicado en este número que habíamos dedicado a las comunas y al socialismo utópico de los nuevos *freaks*, a los que Toni ponía como modelo de hombre que sabe moderar el deseo. La infinidad de anuncios sobre comunas en proyecto que había llegado a la revista con inusual rapidez me empujaba a profundizar más y más en el periodismo de agitación.

Después de entrevistar a García Calvo pensaba pasar una semana trabajando en la recién inaugurada Galería G. El promotor era Agustín Coll, un tipo que veraneaba en Camprodón. Buscaba investigar los caminos de la estética, la vanguardia y el comercio del arte, y al mismo tiempo saber si el nihilismo pop era un invento propiciado por el imperialismo para idiotizar el arte hasta dejarlo en objeto decorativo, como creía. Me interesaba porque la Galería G era la más underground y preparaba exposiciones de Warhol, Rauschenberg, Nacho Criado, Miralda y Pérez Sánchez. Este último había diseñado el logotipo de la galería.

Durante los días del nombramiento y la coronación del rey, la casa de Vallvidrera se convirtió en la nueva Fontclara. Recuerdo una televisión pequeña sobre el suelo y a una mujer

exquisita que había estado casada con el joven filósofo Ferran Lobo echada sobre la moqueta junto a Luis Racionero, Toni y yo mismo mientras escuchábamos el discurso de Juan Carlos el día de su nombramiento. Al día siguiente vimos el entierro de Franco y al otro la ceremonia de la coronación. Pasábamos el tiempo haciendo guasas, inventando guisos y ojeando los libros que Luis señalaba de su biblioteca.

Luis mantenía un ánimo dicharachero y Carmen, cuando regresaba de su trabajo en el Hospital Clínico, nos hacía reír con su humor socarrón y muy catalán –grotesco sin perder el sentido común– manipulando los comentarios que hacíamos. Una tarde, Racionero nos pasó *El mensaje a la gente de la nación de Woodstock* de John Sinclair. Se lo entregó a Fernando Mir para que lo tradujera del inglés. Fernando había subido a Vallvidrera en su Ducati roja con la noticia de que a Nacho Nart le había salido un trabajo en Brasil y no iba a ser nuestro gerente. Sentí una punzada: era algo demoledor para mí pues arruinaba mi camino hacia la escritura. Me vi solito montando la distribución paralela, organizando el trabajo ajeno, controlando la contabilidad y no sé cuántas cosas más. A continuación establecimos un nuevo pacto de funcionamiento hasta que encontráramos un gerente, asunto difícil en aquella época puesto que los que sabían de economía y vivían en Barcelona sólo trabajaban en empresas burguesas o en los nuevos partidos políticos. Con Fernando Mir, Racionero y Toni Puig decidiríamos los temas, yo coordinaría la parte empresarial y la creativa haciendo un poco el papel del *editor* inglés. Fernando haría el seguimiento de los textos y desarrollaría las secciones «Viajes» e «Info-ciudades», además de mantener viva la correspondencia con los colaboradores de

fuera de España. Acabábamos de encontrar a un nuevo diseñador, Jordi Brusi, un joven desgarbado y underground, a través de Pat Millet, una amiga de Luis que algunas noches cenaba con nosotros. Aún no sabíamos qué iba a pasar con Albert Abril y Quim Monzó. Ambos pretendían rodar una película pornográfica frente al monumento a los Caídos en la Diagonal y escribir en catalán. Solíamos cenar juntos de vez en cuando en fraternal camaradería en un pequeño restaurante cerca de Plaza Molina que llevaban unos gays enrollados: Ca la Aurora.

Llegó el momento del ritual. Fernando no comulgó con nosotros, se había ido a pasar el fin de año a Ámsterdam en autostop. Luis, tras pasar aquel otoño dos semanas en California, trajo unos ácidos puros, imposibles de encontrar aquí si no te los pasaba Albert Hofmann en persona, el inventor del LSD, o algún psiquiatra de hospital relacionado con los laboratorios Sandoz. Despedíamos un año crucial en el que *Ajoblanco* iba a despegar. Luis decía que era la mejor época del año para conocer la otra percepción: había poca gente y podíamos entrar y salir de la casa de Empúries sin sorpresas. Entre Navidad y fin de año la luz del Ampurdán es tan sutil y diáfana como la que Dalí saca en sus cuadros. Los extensos campos de cultivo son verdes y luminosos, en los bosques brotan flores azules, la transparencia aproxima las montañas nevadas del Pirineo y el color del mar de la bahía de Rosas es suave e intenso como una acuarela china.

El día D amaneció despejado y sin viento. Desayunamos fruta en la terraza del primer piso, junto al salón, y a continuación Carmen, Luis, Toni y yo ingerimos la pastilla. Luis explicó que la

subida sería suave, que el disparo llegaría de golpe tras las primeras alucinaciones, que estaría pendiente y usaría la música según los estados de ánimo. Al poco escuchamos el murmullo de una voz en el pequeño jardín sobre la muralla medieval. Salimos los cuatro a la terraza un poco tocados sin conseguir reprimir las risas. Era Javier Rubert de Ventos. Quería subir y le dijimos que mejor se fuera. Toni y yo explotamos de risa, nos revolcamos por el suelo, asomamos la cabeza por encima de la barandilla y le dijimos adiós con la mano y cierta mofa.

Los campos que daban a las ruinas y al mar empezaron a ondularse y desprender aureolas de luz. Un rebaño de ovejas pastando parecía haber caído de un libro enorme que estaba en el cielo junto al sol. Cerramos la puerta de cristal que daba a la terraza, me recosté sobre la gran colchoneta que ocupaba un tercio del salón y sentí un hormigueo voluptuoso por todo el cuerpo. En el otro extremo, en el suelo, estaba Carmen en postura de flor de loto con los ojos cerrados, dejándose mecer por la música ascendente del *Wish you were here* de Pink Floyd.

Todo me parecía idílico hasta que las ramas de almendro y los lirios que aparecían en dos reproducciones de la *Primavera* y el *Verano* de Alphonse Mucha empezaron a moverse y a salir de los dos cuadros. Jugaron con Carmen hasta que ésta abrió los ojos. Carmen se había vuelto de arcilla y era como la diosa Kali o la madre tierra, roja, muy roja. Se me quedó mirando mientras la ventosa de su boca trataba de aspirarme. La fuerza de atracción era descomunal y me levanté de un salto. Luis y Toni arrastraban unos troncos hasta la chimenea en el centro

del ventanal que daba a la terraza y al paisaje. Carmen mantenía la misma postura ajena a nuestros movimientos y su cuerpo se estremecía como si estuviera sintiendo un intenso placer físico. Fui a la pequeña cocina que estaba al lado. Tenía la boca seca y bebí zumo de frutas. Al volver, Toni y Luis encendían el fuego con papeles, escuché ruido de cadenas y fui plenamente consciente de que me iban a quemar. Mis amigos se habían transformado en dos inquisidores perversos con la hoguera a punto. Bajé las escaleras y salí de la casa. El mundo racional que conocía dejó de existir y tuve la sensación de que no volvería jamás. Algo así como un instinto de supervivencia me empujó hasta El Mesón del Conde, que estaba al lado, a pedir un enorme vaso de leche. Entré en el local que aún no estaba abierto al público y no me sirvieron. Tenía que aprender a vivir en un mundo de sensaciones sin reglas y veía las situaciones desde dentro y desde fuera, como si mis ojos se hubieran escapado del cuerpo y volaran por encima de él. Quise ir a casa de Rubert por ser el único ente que podía devolverme a la antigua realidad. Los campos que me separaban de su casa estaban intensamente vivos y sentí miedo de que más de mil flores y hierbas hablasen a la vez. Volví a casa de Luis y le dije que la historia del mundo se había acabado y que había que construir uno nuevo pues pasado, presente y futuro se superponían mientras las autoridades de cada uno de estos periodos se habían convertido en polvo. Me fui a la vidriera y vi como una flota de naves vikingas en círculo lanzaba bolas de fuego contra Empúries. «Hay que huir», dije. Toni me miró extasiado y me dijo que no podía moverse de la colchoneta ni dejar de mirar por el ventanal. El rebaño de corderos pastando lo habían transportado a la Biblia y a Mesopotamia. Luis me agarró del brazo y me sacó a la plaza.

Seguimos paseando y dimos la vuelta alrededor de la muralla. Cuando tuvimos el sol de cara, Luis se transformó en un astuto monje medieval salido de una pintura del Bosco. Llevaba una prenda marrón con capucha. Mientras avanzábamos, pretendía sonsacarme el conjuro que hacía posible que unos hombres mandasen sobre muchos más, muchísimos más. Yo no podía hablar pues cualquier palabra que dijera podía ser el hechizo capaz de otorgar el poder del mundo a unos pocos. Yo no recordaba. Pasado, presente y futuro seguían superponiéndose, como si viviera más allá del tiempo. El tejado de una casita brilló. Luis la señaló con la misma ilusión de un niño frente al helado más goloso. Nos abrazamos y entramos en un cuento infantil. La casita era la misma que él había alquilado años atrás y donde yo le había visto con una corona de jazmín jugando al psicoanálisis con otros al poco de conocernos. Una atracción irresistible nos empujó hasta allí. Llamamos a la puerta. Cuando se abrió, descubrimos unos muebles convencionales, unos sofás y una televisión presidiendo a modo de pulpito. Una casa así en aquella época era un excremento burgués. Nos carcajeamos frente a la nueva inquilina y Luis la llamó: «¡Heidi!». La voz reverberó en el porchecito, salió fuera y chocó contra el cielo. El canto de los pájaros y las olas del mar llenaron de música mi corazón. Me emocioné y quise volver a casa. ¿Dónde estaba Toni? ¿Qué hacía Carmen? Entré en la casa. Carmen seguía sumida en el sopor sobre la colchoneta y no se inmutó. El techo se me cayó encima y salí de nuevo al paisaje. Toni estaba en la miranda, a punto de tirarse por el acantilado. Me contó que un niño se había caído al mar y que los padres miraban desde la barandilla sin socorrerlo. «¿Cómo es que nadie salva a un hijo en este mundo?» Unos guardias de asalto de la República a los que

Negrín había clavado la estrella roja en la gorra iban a por él y Toni no sabía cómo salvar al crío. Lo abracé, se tranquilizó y fuimos a parar a la plaza de la iglesia. Me dijo que había estado en Babilonia y que había viajado a la Arcadia, donde los pastores raptaban a los niños ofreciéndoles un conejo y que luego se los llevaban al campo a civilizarlos. Tirado en la colchoneta contemplando el rebaño, también había vuelto a su infancia en Toixent, un pueblo del Cadí, donde su abuela hacía belenes mientras le contaba historias de la revolución anarquista y de la guerra civil. Así es como pasó de la Arcadia a la República. Luego me explicó que había ido a ver el mar, muerto de miedo por las historias que contaba su abuela sobre la guerra. Yo le dije que el tiempo se había acabado y que había que huir, que aquel pueblo estaba embrujado y que me apetecía tomar un chocolate con nata en La Escala. Toni no podía avanzar a causa de una gabardina azul marino con un ribete gris muy moderna que se había comprado con mucho esfuerzo en Toni Miró. Me dijo que quería liberarse, que quería entender y que la gabardina le oprimía. Yo le dije que la moda era el pasado y empecé a caminar por la carreterita que iba entre el mar y las ruinas. Luis, desde algún lugar impreciso, le ordenó lanzar la gabardina al mar. «Es como una camisa de fuerza donde has colocado las represiones y las culpas que te metieron en el seminario.» Toni empezó a sudar y temblar. Me contó que los caminos estaban llenos de taxis del padre de Rubert, que era el cacique del pueblo, y que los taxis controladores nos perseguían por todas partes. Le sugerí respirar hondo, lo hizo y cayó al suelo fulminado. Lo agarré de las manos y lo moví hasta colocar su cuerpo en posición de *Homo erectus.* Por mucho que lo intentaba no conseguía sacarse las mangas del todo. Así fuimos avanzando. Luis había

desaparecido. Eché la vista atrás con parsimonia y vi Empúries en llamas. Entre los humos volaban pequeñas mujercitas desdentadas con unas mañanitas muy negras sobre largas escobas de caña. Toni, entretenido con la gabardina a medio quitar, se paraba a cada rato y luchaba con las mangas, aunque sólo lograba doblarse y volver al suelo. Avanzamos con paciencia hasta las ruinas de un mundo que ya no existía. La visión desde una pequeña explanada del mar rosa del crepúsculo me descubrió la desembocadura de un río que había existido siglos atrás, al otro lado de los pedruscos griegos y romanos. Fue una buena intuición pues entonces desconocía que dos ríos habían sido desviados por el conde de Empúries en el siglo XIV. Los ríos Ter y Fluviá formaban en época griega y romana un gran estuario donde colocaron la ciudad y el puerto. El agua del pasado, que yo veía, cortaba el acceso terrestre a La Escala. De pronto el cielo, el aire, el mar y cuanto me rodeaba se convirtió en luz blanca, me metí en ella y me evaporé. El ego se había desintegrado y sus pedazos planeaban en aquella inmensidad sin fin ni preocupación. Allí metido no había tiempo ni seres de ningún planeta y sentí que era luz. Luz, sólo luz. Cuando noté de nuevo las piernas me transformé en un anciano sabio y prudente con la cabellera y la barba color del algodón. Paseaba condescendiente por un camino entre árboles con un bastón y siete dálmatas. Se estaba haciendo de noche y recordé a mis amigos. Quise volver. Imposible. Cada vez que daba media vuelta en dirección a Empúries las ramas de los árboles se transformaban en patas o garras muy largas que se retorcían y retorcían hasta cortarme el paso. Los siete perros ladraban como fieras, como si sus crías estuviesen amenazadas. Unos pájaros muy negros graznaban enloquecidos sobre mi cabeza. Quería volver y no podía. Como

estaba empeñado, finalmente di con un sendero despejado, lo seguí y llegué a casa sin perros ni cuervos.

Era de noche, la sala estaba poco iluminada y los tres permanecían revolcados sobre la colchoneta. Carmen dijo que sería bueno comer algo. No lo conseguí. El tenedor se descomponía y se recomponía muchas veces. Tardaba siglos en llevar el arroz del plato a mi boca. Finalmente absorbí un pedazo de pifia con la mano. Luis vomitó a cámara lenta y vivimos un momento de zozobra hasta que Carmen puso un concierto de Ravi Shankar con la London Symphony Orchestra. La imagen de Shiva en un cuadro que colgaba de la pared se me transformó en Nataraja y como si hubiera sido cabalgado por un genio empecé a bailar como un poseso la danza cósmica de la destrucción.

Mientras bailaba veía los espíritus de mis amigos y comprendí que aquella forma de ver era parte de un ritual. Me vi a mí en una reencarnación anterior. Fue un *shock* y sin embargo no dejé de bailar. Lo hacía como un sacerdote de Shiva que iba a acabar con todo para volver a empezar. Mis tres amigos se irguieron para observarme mejor. A través de sus ojos fijos sentí sus pensamientos dentro de mí y seguí danzando descalzo y sin camisa de un lado a otro de la sala con una agilidad desconocida. Cuando acabó la música hindú me quedé dormido. Me despertó la luz de la lámpara y el retorno a lo que mide el tiempo. Volvió Rubert a preguntar qué pasaba, se sentó en una butaca de mimbre y le explicamos los diferentes viajes. Me duché con agua fría y me fui a la cama con la sensación de que a partir de aquel día viviría al otro lado de un viaje en ácido.

## AIRES DE RUPTURA

Aunque ahora algunos lo sostengan, la juventud que ocupó las Ramblas, El Rastro y los garitos alternativos repartidos por nuestra geografía en aquel periodo no fue promiscua. El hedonismo y la búsqueda del placer tal como se dan en la actualidad no cabían en nuestro imaginario. Nuestra pretensión era abordar la sexualidad abiertamente, sin miedos ni complejos, pero estábamos atrapados y lo que sabíamos del tema era más que confuso. Necesitábamos transgredir el nacionalcatolicismo militar y la estricta educación opresiva, cultivar las relaciones personales con sinceridad y sensualmente. Lo que primero nos movió fue la necesidad de encontrarnos.

Parte de la juventud rebelde huyó de los hogares y de los pueblos pequeños en busca del anonimato y de las alternativas que surgían en la ciudad cosmopolita. Barcelona primero y Madrid después se llenaron de jóvenes hambrientos de libertad que montaban comunas o vivían en pisos compartidos. Había que contactar con gente afín, romper con lo que te habían enseñado y experimentar con entusiasmo juvenil y sin miedo al error. Fuimos valientes. Las relaciones eróticas y el intercambio de ternuras estallaron entre mares de palabras sentidas que abarcaban los ánimos, los sueños, los recuerdos opresivos y la confusión entre traumas y neurosis. Comunicarse sexualmente se transformó en una fórmula para abrirse al

futuro y romper con el pasado. Nació la fiesta callejera al grito de «actúa, libérate, vive el ahora y aquí». Lo que no descubrías por ti mismo, no era de fiar.

¿De dónde provenían los traumas, la cerrazón individualista o los celos endiablados –el mal nacional– que dinamitaban las relaciones de pareja, de familia, de amistad, la labor en equipo y los proyectos colectivos? Para mí eran síntomas de una comunicación enferma. En la «reserva espiritual de Occidente», que era como los franquistas calificaban España, el sexo fuera de la reproducción jamás podía ser comunicación, placer y aventura; sencillamente era pecado. La familia debía ser monógama y estable, los hijos no podían faltar a la autoridad, manteniendo en todo momento la obediencia debida a sus mayores, por decreto. El resultado fue una sociedad construida sobre el miedo, la represión y la doble vida.

Una de mis obsesiones era acabar con el machismo y la represión violenta del cuerpo. Para que el deseo de libertad de los jóvenes fraguara un país más maduro y satisfecho teníamos también que aprender a dejar de reprimir el cariño y la ternura.

Encontré a un argentino que se había ido de su país por temor a un golpe de Estado. Era un buen sexólogo cuando esta profesión no podía publicitarse en ningún medio: «La sexualidad es una parcela de la personalidad que debe colaborar con las otras en busca de armonía hasta dar una proyección completa del sujeto sin ningún tipo de represiones traumatizadoras». Le encargué una sección de sexualidad, algo así como un consultorio donde dar cauce a las dudas y

problemas de los lectores. Muchos jóvenes pensaban que la masturbación podía producir enfermedades mentales irreversibles y que la homosexualidad era un mal que había que curar clínicamente, por no hablar de los problemas que ocasionaba la «extraña menstruación» de las mujeres, el uso de anticonceptivos y el aborto en países extranjeros. A cambio ofrecí al argentino un anuncio de su consultorio, así matábamos dos pájaros de un tiro: informar para un sexo libre y anunciar un gabinete sexológico. Otro argentino medio mapuche inventó una sección de Do-In, el tratamiento preventivo de enfermedades con digitopuntura en manos y pies, algo completamente novedoso aquí. Por otra parte ya había aparecido Diego Segura, de Taller 7, un naturista serio y eficaz de mi generación que desarrolló una sección de salud y naturismo pionera.

Por fin habíamos estructurado la revista en tres grandes áreas: Actualidad, Cultura y Secciones. Decidimos que las secciones pudieran variar de un número a otro para no cansar, escritas de forma informal y directa, sin cánones, tal como aconsejaba García Calvo en sus cartas. Lo fundamental era despertar el entusiasmo de la gente hasta que sintiese la necesidad de experimentar por sí misma. Buscábamos que los lectores se comunicaran espontáneamente con los creadores, como ocurría en una silla de las Ramblas, en una taberna o en un recital, donde cualquiera se relacionaba con quien fuese.

En la sección de cine continuamos apoyando Acción Súper 8, que Enrique López había conseguido consolidar en el Institut del Teatre, mientras el joven escritor Enrique Vila-Matas y Luis Racionero comentaban los estrenos de Visconti, Antonioni,

Bergman y otros directores de culto. En música publicamos una entrevista con Jaume Sisa, el héroe de Canet que reivindicaba a Durruti y a Salvat-Papasseit: «Soy un chico sencillo del Poblé Sec que canta con humildad y cariño sus canciones». El cantante «galáctico», entrañable y socarrón, se mofaba de casi todo e iba muy a su aire. En teatro, Ángel Alonso, un maño abierto que coordinaba la Sala Villarroel y llevaba una melena despampanante, nos pasó una crónica sobre el grupo Tábano, uno de los más innovadores del teatro independiente de Madrid. «Sus creaciones son colectivas y los actores anónimos, sin líderes ni nombres brillantes. Actúan en lugares donde jamás ha llegado el teatro y acuden a los barrios periféricos sin cobrar cuando los obreros no tienen plata.» Cristina Peri Rossi, una escritora uruguaya que había escapado de un golpe militar en su país, compuso un buen artículo sobre Raymond Chandler, donde defendía la novela policíaca como ejemplo de novela social.

En el número ocho Toni coordinó un extenso trabajo sobre los alucinógenos. «Estas drogas cambian la secreción de serotonina en el cerebro, perforan la tela de las apariencias y dan acceso al zen instantáneo.» Nuestro objetivo no era alentar el abuso, sino defender un ritual que ayudara a superar las inhibiciones, más allá de los tabúes heredados y de las realidades admitidas. «Imagina, vibra, rompe, sueña, atrévete y actúa.» Toni insistía en despertar el lenguaje del cuerpo y en quebrar las barreras culturales para volver a experimentar el sentido del misterio y del pasmo místico. Solía llevar en el bolsillo *El lenguaje del cuerpo*, de Julius Fast; el libro recomendaba untar con mermelada las partes más sensibles del cuerpo de la persona deseada antes de hacer el amor.

Para la sección Actualidad propuse localizar a un *psuquero* abierto. «No todos los comunistas son iguales», decía a Luis y a los demás. Yo estaba obsesionado con encontrar a comunistas dispuestos a comprender la revolución de los jóvenes y que aceptaran que nuestra alternativa estaba en las antípodas del pasotismo. Lo que más deseábamos era liberarnos de cualquier autoritarismo. Pese a los palos recibidos de Vázquez Montalbán y de alguno de sus colegas, seguía creyendo que el diálogo era necesario para acabar con las tiranías ideológicas y los paternalismos vestidos de cultura marxista o de libre mercado. Desde comienzos de enero de 1976 la temperatura de la revuelta calentaba el país a causa de la inflación, la subida de los precios y la congelación salarial como solución a la inflación impuesta por el nuevo vicepresidente económico, Juan Miguel Villar Mir. Los salarios no alcanzaban para el cesto de la compra y las bombonas de butano. Una huelga total del metro de Madrid, otra en Correos, en Renfe y en las cuencas mineras y grandes factorías metalúrgicas de Asturias y País Vasco habían colapsado media España. «Abajo los precios, arriba los salarios» fue la consigna más repetida junto a la de «Libertad y amnistía». El país se estaba politizando y los temores populares que envolvieron la muerte de Franco parecían asuntos de la prehistoria. Fraga Iribarne, la estrella de los medios de comunicación, anunciaba una reforma política que podía dar cabida a «ciertos» partidos políticos.

Los periodistas progres de la ciudad respetaban a nuestro director legal, Ramón Barnils, por mucho que lo consideraran un bicho raro por deslenguado, por ir de aventurero, no caer en la trampa del trabajo fijo y no aceptar más reforma que una república de ciudadanos libres e instruidos. Busqué a un

periodista del PSUC con su ayuda. Encontré a uno que también era catalanista. Firmaba Carles S. Costa y escribía en *Diario de Barcelona.* Sus crónicas de actualidad política salieron en dos números, la primera en el ocho, correspondiente a enero de 1976, la segunda al mes siguiente. Gracias a la estrecha relación con Costa supe antes de que fuera público que el nuevo ministro de Educación, Carlos Robles Piquer, había nombrado director general de universidades a Gabriel Ferraté. La noticia me animó. Ferraté era el rector de la Politécnica que había recibido un porrazo por plantarse ante los grises en la puerta de la escuela de ingenieros. Fue aquel 13 de febrero de 1973 en que el movimiento estudiantil hizo de la Diagonal un campo de batalla. Los aperturistas del primer Gobierno del rey, presidido –¡qué horror!– por Arias Navarro, buscaban contentar a los socialistas de Felipe González y a otros sectores moderados. Los ministros llamados aperturistas, Fraga, Areilza, Osorio y Martín Villa, habían situado a simpatizantes del grupo Tácito –democrata-cristianos– y a socialdemócratas en los cargos intermedios de los ministerios que controlaban ante la irritación de los ultras. Los ministros más discretos y trascendentales, Adolfo Suárez y el mejor conectado con la Administración norteamericana, Joaquín Garrigues, trataban de pasar desapercibidos a la vez que recababan opiniones en los distintos círculos.

La transición política se gestó en pequeños cónclaves, como buena heredera del caudillismo franquista y del dirigismo de la oposición clandestina. En aquel contexto, la visita de Kissinger a Madrid el 24 de enero tampoco me sorprendió; era tradición que el hombre mejor informado de Occidente apareciera en los momentos clave. En vano busqué alguna señal en la letra

pequeña de diarios y revistas. Fue Manolo Vázquez Montalbán quien comentó en un restaurante de arroces de L'Estartit: «Kissinger ha insistido al rey para que no legalice el Partido Comunista y le ha impuesto las nuevas condiciones del tratado de las bases». También explicó que las inversiones norteamericanas habían pasado de tres mil millones de pesetas en 1974 a dieciocho mil en 1975, lo que representaba el sesenta y cinco por ciento del total.

Los comentarios que intercambié con Carles S. Costa fueron más locales. Cataluña vivía una transición rocambolesca. Tras la desaparición de Franco, el ansia de libertad desplegó las alas con una furia generalizada. La cosmopolita Barcelona se convirtió en la capital del destape. A diferencia de lo que pasaba en Madrid, los comunistas daban sus charlas en público y la extrema derecha era exigua. El incendio de una librería amiga y progre, El Borinot Ros, en la barriada de Sants, jodió pero no intimidó, a diferencia de lo que sucedía en la ciudad del Manzanares, donde la quema de librerías de izquierdas, las amenazas de bomba y los cada vez más frecuentes anónimos telefónicos a media noche expandían el terror entre los sectores progresistas y contraculturales. Recuerdo un recital del mordaz cantautor Quico Pi de la Serra para recaudar fondos con los que reparar los desperfectos de la librería de Sants, algo impensable en Madrid. El acto fue publicitado en carteles callejeros y por cierta prensa. Los industriales catalanes, más o menos franquistas y partidarios de la ley y el orden, estaban en las antípodas del espíritu del búnker y de las bandas paramilitares de la extrema derecha. La industria catalana pretendía pisar suelo europeo y superar la crisis económica. Los ricos, agrupados en torno al Club Catalonia, buscaban el

pacto político con un demócrata que pudiese acabar con el descontrol obrero. Jordi Pujol había dejado el negocio bancario en manos amigas y había abrazado la labor política tras comprar la revista *Destino*. Sin embargo, Pujol no conseguía el prestigio suficiente dentro de las élites para hacerse con la situación y las masas lo consideraban un católico de derechas por mucho que hablara de la socialdemocracia sueca. En resumen, algunos patricios de la burguesía tradicional empezaron a vender fábricas y a meter el dinero clandestinamente en Suiza, y los obreros a hacer la revolución a su modo.

El descontrol cotidiano de Barcelona duraba ya cuatro o cinco años y había posibilitado fenómenos como la *gauche divine*, la Nova Cançó, el *boom* latinoamericano, las actividades «golfas» en el monasterio de Montserrat y en Bocaccio y el renacimiento de una cierta cultura catalana. Sin políticos con prestigio, los cargos nombrados desde Madrid intentaban zafarse de tanto conflicto. El nuevo alcalde Joaquín Viola y el presidente de la Diputación, Juan Antonio Samaranch, hacían declaraciones sobre la conveniencia de financiar con cincuenta millones la enseñanza del catalán y la posibilidad de que el rey dotara a Cataluña de un régimen especial. Hay que tener en cuenta que en Barcelona corrían tres revoluciones en paralelo.

La social, protagonizada por obreros emigrantes del cinturón barcelonés organizados en torno a CCOO, movimiento que contaba con luchadores preparados y estrategas que se habían quedado sin políticos, ocupados como estaban éstos en las intrigas por salir con más fuerza a la luz pública. Los obreros se habían lanzado a la calle entre asamblea y asamblea con la

convicción de ser la verdadera fuerza revolucionaria. El cinturón industrial que envolvía la ciudad se volvió rojo, muy rojo, tenía conciencia de unidad y defendía una amnistía para todos, anarquistas incluidos. La otra revolución era la del cambio de costumbres, abanderada por la juventud radicalizada de distintas clases sociales que había tomado las Ramblas y adoptado las alternativas contraculturales. Por último, la revolución de los políticos, los menos revolucionarios y los más pragmáticos, que abarcaba una sopa de siglas con más dirigentes que militantes, jugando a pactar con los reformistas si éstos aceptaban las reivindicaciones del catalanismo político en formación. Como yo quería hacer público lo que realmente pasaba en aquel mundo, insistí para que Carles S. Costa se expresara con total libertad en la revista. Mis socios estaban sorprendidos por mi noviazgo con ciertos comunistas. Costa me defraudó. Sólo publicó la historia de los antecedentes del recién creado Consell de Forces Polítiques de Catalunya.

Contó que el gobernador civil de Barcelona, Rodolfo Martín Villa, antes de morir Franco y ser ministro de Relaciones Sindicales, había tolerado un ciclo de conferencias, *Les terceres vies a Europa*, con las corrientes políticas que los aperturistas del régimen buscaban integrar en su reforma. Las protagonizaron Jordi Pujol, nacionalista de centro derecha; Josep Pallach, socialdemócrata; Joan Raventós, socialista; Antón Cañellas, democratacristiano; Josep Solé Barbera, comunista moderado; y Ramón Trias Fargas, liberal. Dichos políticos empezaban a ser reconocidos por las fuerzas económicas que necesitaban estabilidad y legitimar las plusvalías obtenidas durante el franquismo. Los banqueros

estaban aterrorizados ante la posibilidad de que los nuevos movimientos sociales tomaran la calle sin corsés políticos y buscaban el pacto social y el control obrero por los comunistas a cambio de reconocimiento y prebendas. Me extrañó que en el especial «Burguesía Catalana» de la revista *Doblón* no se pronunciaran dos de los prohombres de la oligarquía que más se movían en la sombra: Pere Duran Farell, de Gas Natural, y Andreu Ribera Rovira, presidente de la Cámara de Comercio. Este último había declarado a la revista *Destino:* «La actuación de los piquetes es la negación de la democracia. El trabajo perdido por huelgas en el mes de enero ha superado el global de todo 1975».

Lo que Costa jamás contó en nuestras páginas fueron las pugnas internas entre Consell y Assemblea de Catalunya por ser un tema tabú para algunos. La diferencia fundamental entre ambas consistía en que, en la Assemblea, además de partidos participaban movimientos sociales con gente que pretendía integrarse en la Junta Democrática en cumplimiento del cuarto punto del programa: *Llibertat, amnistía*, estatut *d'autonomia i coordinado amb tots els pobles peninsulars en la lluita democrática* [50] Para algunos miembros del Consell, integrarse en la Junta era sucursalismo. Además, la Assemblea no podía dirimir asuntos políticos por ser únicamente un órgano de movilización popular sin decisión política. La reivindicación del Consell era la ruptura con el franquismo y la constitución en Cataluña de un Gobierno Provisional de la Generalitat a partir de los principios y las instituciones

50 «Libertad, amnistía, estatuto de autonomía y coordinación con todos los pueblos peninsulares en la lucha democrática.»

consagradas en el estatuto de 1932. Así fue como apareció en escena un extraño habitante de Saint- Martin-le-Beau del que hasta ese momento nadie hablaba: Josep Tarradellas, el ignorado presidente de la Generalitat en el exilio. Los socialistas catalanes, divididos y sin tradición ni fuerza efectiva en Cataluña, se apoyarían en lo sucesivo en este personaje para tratar de socavar la hegemonía del PSUC y la ascensión de CDC, el partido de Jordi Pujol. Tarradellas pretendía volver por la puerta grande pero la Assemblea no le hacía el menor caso. El exilio quedaba tan lejos...

La Assemblea de Catalunya fue la organización unitaria que logró movilizar en favor de la amnistía a más de cien mil personas por las calles de Barcelona los dos primeros domingos de febrero, pese a la prohibición del Gobierno Civil. Hubo golpes de porra, culatazos, botes de humo y disparos al aire. El ensayo general de estas jornadas de lucha popular entre tanto estraperlo político fue uno de los recitales más emocionantes a los que he asistido. Tras un calvario de tira y afloja y un largo periodo sin cantar en su tierra, Lluís Llach consiguió actuar en el Palacio de los Deportes. El cantante era un referente moral para las nuevas generaciones por su calidad musical, por las letras y por su actitud libertaria y catalana. Tras componer *Ítaca,* se había convertido en el trovador por excelencia.

Asistí a dicho recital con Toni Puig pues ambos éramos seguidores del cantante de Verges. Las primeras filas estaban tomadas por aspirantes a políticos que parecían curas por la vestimenta y por los gestos. Cuando la multitud estallaba, los políticos, en pie, observaban con envidia el reconocimiento atronador del cantautor. A continuación estiraban los brazos

cogidos de la mano, reclamando atención. Toni se indignó: «Más servicio al país y menos ganas de fardar», repetía como un disco rayado. Llach cantaba con emoción revolucionaria *La Gallineta,* símbolo de la amnistía, coreada por el público que llenaba el aforo, o *L'Estaca,* que simbolizaba la dictadura, mientras miles de mecheros encendidos cubrían como un manto de fuego las gradas que por primera vez en un acto de tanta magnitud reivindicaban a Puig Antich. Con una sonrisa perversa, la poetisa y politiquera María Aurelia Capmany comentaba el éxito del trovador con cierta envidia a Josep Solé Barberá, Pere Portabella y Joan Raventós. Las bases del país recuperaban una parte de esa historia que llevábamos dentro en forma de sentimiento tras cuarenta años de silencio y opresión.

1976 fue un año espontáneo en el que ningún partido consiguió controlar el ánimo revolucionario que se expandía por las calles y las fábricas. La libertad ya tenía pueblo, faltaba saber cómo iban a manejar los políticos que revoloteaban por los periódicos tal caudal de esperanzas.

No me cansaba nunca de trabajar y sin embargo no tenía sensación de hacerlo. Mi ilusión era contagiosa. En *Ajoblanco*, las secciones habituales de cualquier revista empezaban a ser otras: «ODAF» (Oficina de Ayuda al Freak), «Ecología y planeta sano», «Viajes», «Antipsiquiatría», «Salud», «Terapias alternativas», «Tu sexo tu gozo», «Medicina preventiva», «Oriente», «Comuneros», «Cooperativas», «Acción Súper 8», «Teatro de guerrilla», «Arte y vida», «Litercrack», «Músicas para cambiar el estilo de vida». También habíamos conseguido poner en marcha la distribución paralela por todo el territorio,

mediante una red de activistas que conectaba a profesores de instituto con universitarios, jóvenes obreros, responsables de teatros alternativos, organizadores de conciertos y libreros progresistas. El despacho se llenó de paquetes y más paquetes que expedíamos en una pequeña estafeta cercana a nuestra oficina. Encontramos a un muchacho nervioso y activo, un tal Evaristo, que se puso a trabajar en esta área y que descubrió que muchos carteros de España eran ajoblanqueros y pedían revistas para ellos y sus amigos.

También los ferroviarios nos enviaban misivas de ánimo puesto que los paquetes con nuestro sello cruzaban el país en ferrocarril. Edipress, la distribuidora comercial, no nos había confirmado la subida de ventas en los quioscos cuando nosotros ya habíamos creído en el aluvión de nuevos lectores por la llegada de cientos de cartas solicitando números atrasados. Agotamos todas las devoluciones y contratamos a una secretaria, Estel, para dar respuesta al correo que nos llegaba.

Un día, el director de la distribuidora, José Cadena, me llamó y me dijo que quería verme. Cadena era un hombre de cuarenta y tantos, mitad ejecutivo, mitad artesano. Aquella tarde en su despacho de Sant Boi de Llobregat me observaba sorprendido por mi arrolladora fe en el futuro. Cadena era un fuera de serie al que toda la prensa alternativa le debe que este tipo de prensa se distribuyese por todo el país sin censura comercial, algo que europeos y norteamericanos no comprendían. «¿Cómo puede ser que la red de quioscos de un país que sale del fascismo reparta las revistas contra el sistema cuando en las democracias consolidadas esto es imposible?» El

distribuidor me aconsejó subir la tirada. También me anunció que iba a salir un nuevo magazine en color muy cañero que se iba a llamar *Interviú* y un diario en catalán, el *Avui.*

Nadie paraba quieto un instante, mucha gente iba de sur a norte y de este a oeste en tren o en autobús. Cada tarde, una pequeña multitud esperaba su turno en busca de conexiones en el vestíbulo y en el rellano de nuestra pequeña oficina. Nosotros vivíamos tal ajetreo como la cosa más natural. Años más tarde supe que Ramón Barnils bautizó aquella etapa como la de la ingenuidad, en la que un grupo de jóvenes que no iban de nada plasmaron la inquietud de su época en papel.

Otro Carlos llegó una tarde al despacho. Se llamaba Carlos Bosch y había sido compañero de colegio y de facultad. Venía de hacer la mili en El Aaiún. El Sahara acababa de ser cedido a Marruecos y Mauritania para evitar una guerra absurda con el primero. Costa había opinado sobre ello en el último número. Bosch, licenciado en Derecho y Periodismo, no sabía si dedicarse a lo uno o a lo otro y me pidió consejo. Mi respuesta fue sencilla: «Prueba aquí. Vente cada tarde y que Fernando Mir te encargue trabajos». Congenió con Fernando a la primera y se quedó. Quería hacer reportajes de calle.

Recuerdo aquellas tardes en las que Jordi Brusi maquetaba con buen humor, Fernando y Carlos repasaban los textos o parían los suyos en la mesa que Fernando mantenía pulcra y ordenada. Yo tenía mis papeles en el cuartito del fondo donde Toni escribía parte de sus artículos. Mientras tanto yo comentaba temas nuevos con la gente que venía mientras Evaristo y Estel empaquetaban, contestaban pedidos y

preparaban los pósteres de propaganda. Aquel buen ambiente gestó una de las secciones más espontáneas y participadas de *Ajoblanco*. Fernando la bautizaría meses después con el nombre «La Cloaca». Un espacio donde cabía de todo: opiniones de lectores, anuncios, breves, contactos, llamadas, información de eventos y los lugares más baratos y enrollados de las ciudades.

José María Martí era un animador culto, antiguo militante del Sindicato Democrático de Estudiantes, que ejercía de crítico de música y sabía de arte. Hijo de burgueses, tuvo la clarividencia de empezar a ganarse la vida el mismo día en que abandonó la casa paterna para vivir a su aire. Desde el Instant City de Ibiza, donde tocaron los Salvajes y el artista conceptual Miralda tiñó la comida de colores, estuvo en casi todas las salsas contraculturales que se cocían en la ciudad. Publicaba en las pocas revistas que hablaban del underground desde dentro. Recuerdo haberle leído en *Fotogramas*, *Disco Express*, en los primeros *Star* y en *Vibraciones*. Empecé a tratarlo en 1974, cuando tenía un estudio compartido cerca de Vía Layetana con Xefo Guasch y Carlos Mir, dos articulistas entusiastas que también pululaban por las Ramblas y Zeleste. En aquella época, Martí consiguió un sueldo fijo trabajando en *Pronto* con Maruja Torres, además de sacarse algún dinerillo vendiendo los discos que las discográficas le enviaban. En aquella época de titubeos primerizos se hizo adicto al Taita, en la zona pija. Un bar de aperitivos que había entronizado la elegancia del *soul* y donde se mezclaban jóvenes rebeldes con pijos de marca. José María se cansó del provincianismo y voló un tiempo a París, Los Ángeles y Nueva York, donde pateó los ambientes alternativos con los artistas emigrados de su ciudad.

José María era coordinador de la Galería G con Agustín Coll, un amigo del bar Taita que reencontró en la galería Leo Castelli, en Nueva York. Vivía con Manel Pijoan, un ecologista independiente que escribiría en la sección de ecología de la revista. Vivían con más gente en un chalet del barrio de Vallcarca, donde años más tarde acabaría Joan Manuel Serrat. ¡Qué fiestas y qué movidas! En ellas José María fomentaba el ambiente del Soho neoyorquino posterior a Velvet Underground. Una de aquellas fiestas fue la del primer aniversario de la revista *Star*, a la que asistimos los del *Ajo* junto al fotógrafo Xavier Gassió.

La G, junto a la galería de Marisa Ciento, fue pionera, y en su presentación en sociedad, cinco meses antes, corrieron claveles rojos, por la revolución portuguesa, al filtrarse el rumor de que Franco agonizaba. La tarde en la que salí en busca de información sobre la exposición de Warhol, *Campbel vs. Soups*, que ya había concluido y en la que apenas vendieron un par de litografías por menos de sesenta mil pesetas, exponía Miralda. La obra del artista conceptual consistía en unos carteles de la guerra de 1914 cubiertos de soldaditos blancos. El texto del catálogo lo había escrito Victoria Combatía; lo leí con interés y no entendí nada. El caso es que me enteré de que todas aquellas litografías de Warhol y otras de la exposición inaugural de norteamericanos contemporáneos las habían traído José María,

Agustín y su mujer desde Nueva York en tubos de cartón. «La policía del aeropuerto nos preguntó: “¿Qué llevan ahí dentro?”. “Pósteres” respondimos al unísono. Como no era cuestión de bromear desplegamos la mercancía sobre la mesa

y aparecieron grandes dibujos de latas de sopa, fotografías borrosas coloreadas con tonos chillones y Marilyns. El agente del orden nos miró perplejo y, como compadeciéndose de nuestra estupidez, nos dijo secamente: “¡Sigan!”.» Estuve charlando un buen rato con José María. Por lo visto un austríaco excéntrico, Alexander Heinrici, impresor de obra gráfica al que le gustaba mucho el juego y estaba liado con una amiga de Marta Sentís y Victoria Combalía, les vendió a buen precio las pruebas de artista que tenía entre mis manos.

La Galería G ocupaba un local gemelo al del club La Enagua, que estaba al lado. Cuando sonó el teléfono, José María subió el volumen. La música electrónica de Tangerine Dream desdibujó mis pensamientos y ante mi sorpresa me devolvió la sensación de estar en ácido. Se me fueron las ganas de hacer el reportaje y a continuación entraron Bengel y Guiomar Eguillor dando voces. Eran bastante salvajes. Los conocía de Cadaqués. Bengel era un pintor berlinés que se había instalado en Cataluña tras buscar un país mediterráneo con posibilidades de que sucedieran cosas interesantes como en el Ámsterdam de los *provos* o en el Berlín alternativo. También porque le gustaba la tramontana, los dólmenes prehistóricos y el arte de Dalí. Sus cuadros, muy hiperrealistas, compuestos de estructuras geométricas sobre fondos clásicos, moscas y gotas de agua dalinianos, no despertaban mi entusiasmo. Guiomar, una mujer delgada con la tez muy blanca y con cabellos dorados que le caían hasta los hombros, hablaba de adivinos y alquimistas. Cuando Bengel escuchó aquella música explicó que había tocado la flauta con el grupo en Alemania y que él trataba de plasmar aquellas notas psicodélicas en colores. Guiomar no escuchó a su pareja y sólo despotricó de María

José Ragué, que seguía colaborando con nosotros, por declarar en un juicio contra ella.

Acabé la tarde en mi despacho, donde me aguardaba un problema inesperado. La oficina de patentes nos comunicaba que existía la marca «El Ajo» como publicación periódica y que necesitábamos urgentemente un consentimiento expreso para usar la nuestra. Llamé a Félix Vilaseca, le hice venir y telefoneé a todo dios con Fernando Mir nervioso detrás de mí. Por fin averigüé que la revista era el boletín cultural de una parroquia de Barcelona. ¿Y si era franquista? Llamé al obispado y no sabían nada. Empecé a mosquearme al no averiguar el nombre de la parroquia y telefoneé a varias por azar, mirando el listín. A algunas el nombre les pareció una broma y me colgaron. Pensé que uno tan popular tenía que ser de izquierdas. Félix llegó sudado con la información que buscábamos: Sant Pere Armengol. Busqué el número y conseguí dar con una voz aguda en un catalán cerrado que me dijo: «Ningún problema. Antes de una semana el párroco le enviará un permiso firmado por carta». El reportaje de aquella tarde acabó haciéndolo Carlos Bosch cuando Bengel ya exponía en la Galería G. Fue el día del concierto de Tangerine Dream en Badalona organizado por Gay Mercader. Comieron todos juntos en Can Lluís. Carlos estaba encantado de optar por el periodismo.

## LA PRIMAVERA AL PODER

Una tarde aparecieron por la redacción de *Ajoblanco* un par de muchachos muy jóvenes. Uno hablaba por los codos y el otro observaba. El que ponía la voz se llamaba Juanjo Fernández, como el del *Star,* y era un radical lleno de vitalidad. El otro, una belleza rubia que observaba discretamente con timidez. Por las escasas palabras que pronunció supe que militaba en algún grupo libertario de la universidad.

El muchacho que llevaba la voz cantante era un ciclón. En poco tiempo puso a caldo a media humanidad con argumentos descarnados. Sin embargo, cuando se centraba en algo concreto se volvía brillante, acotaba muy bien los temas con un sentido del humor ácido y revulsivo. Juanjo estudiaba filología hispánica en la Autónoma y se cargó el plan de estudios duramente. Entre Juanjo y yo hubo una especie de chispazo intelectual y le abrí las puertas del *Ajo.* Tras explicarle el especial «Literatura» del día de Sant Jordi, un número heterodoxo que preparaba con Kithoue y Nuria Amat, que acababa de llegar de una larga aventura por Colombia con su marido, quiso participar en la selección de cuentos y poemas que llegaban de todas partes. «Colaboraré para que sea un vómito literario de quienes han decidido tomar al asalto sus vidas. Ni cadenas ni mentiras, sino todo lo contrario», afirmó Juanjo con pedantería. Luego dijo que la cultura era el opio de los pueblos y que el número se podía llamar «Bomba Literaria».

Cuando se hubo relajado explicó que las juventudes libertarias se estaban reorganizando y que sería bueno montar una cabalgata ñipada y desmadrada en las Ramblas barcelonesas a la una de la tarde del Día del Libro.

Cuando dejaba la actividad por unas horas me sentía lleno de energía y de ilusiones que deseaba compartir. Por principio, había decidido que lo más sensato para evitar presiones y problemas era no mezclar sexo y *Ajoblanco.* En ese tema siempre fui inflexible. Entonces, ¿cómo podía cultivar la sexualidad si me había entregado a una labor que me absorbía en cuerpo y alma? Seducir implicaba tiempo, coqueteo, concentración y detalles. Tampoco me arrepentía de la elección y aceptaba de buen humor que mis compañeros de equipo necesitasen que su animador estuviese disponible a cualquier hora. Arte y vida eran lo mismo y nos habíamos rebelado contra el trabajo capitalista que obligaba a fraccionar la existencia. El mundo laboral tal como lo estructuraba el «sistema» implicaba una esquizofrenia contraria a cualquier liberación. Ninguno de nosotros estaba dispuesto, entonces, a que un salario de risa te obligase a actuar durante cuarenta años de tu vida en contra de lo que de verdad sentías. Si encontraba a alguien que me seducía era lejos de mi cotidianidad, yo actuaba a mil por hora y se asustaba. Las personas que me estimulaban eran más maduras. Los de mi edad seguíamos bastante pez en estas cuitas por mucho que tratásemos de aparentar lo contrario. Cualquier coqueteo entre nosotros era fruto de un impulso repentino que acababa en balbuceos. Al menos yo lo viví así.

Es curioso, pese a la labor de la extrema derecha, cuando iba

a Madrid tenía la sensación de que la gente actuaba con más espontaneidad y sin tanta vergüenza en los asuntos del amor, quizá por ser una ciudad más dura, más grande y muy de aluvión. En todo caso, cuando se trataba de darse cariño entre hombres daba vergüenza en cualquier lugar. Lo más absurdo era que una vez superada la sorpresa, cuando uno te ofrecía ternura, reaccionabas con desconfianza y escapabas a todo correr. La liberación seguía siendo un camino tortuoso, difícil. Tenía veinticuatro años y mucho tiempo por delante.

Algunas noches me olvidaba por completo del *Ajo* y de mis contradicciones y salía a la aventura. Iba a algún bar petardo como El Ascensor o el Pastís. Si la *gauche divine* de Bocaccio solía practicar la endogamia, los que pululábamos por la zona de las Ramblas y por el Borne buscábamos el mestizaje. En la barra del Rodri –copas baratas y buenos bocadillos– te enrollabas con cualquiera a la espera de que el concierto de Zeleste concluyese. Finalmente entrábamos los rezagados sin pagar entrada. El local solía estar atestado. Algunos se me abalanzaban con propuestas que no escuchaba. Había salido de fiesta, vivía en una gran ciudad y pretendía el anonimato. Con rotundidad las aplazaba hasta las tardes en el despacho de Aribau. Salía para divertirme y olvidar al señor de la imprenta, de la papelera, de los bancos, de tanto paquete, sobre y sello, del maquetista que reducía el tamaño de la letra sin advertirme de que le pasábamos más material del pactado. Salía para despejarme y vivir en la piel de un personaje inventado. Representaba a un tipo despreocupado que desafiaba a los demás con sus bromas. Me gustaba provocar de pie, bebía poco y me movía mucho. Zeleste estaba en su apogeo y respirabas un ambiente distendido. Magic aun no le había

arrebatado el estrellato. En ocasiones, mi actitud chocaba con gente que ofrecía colaboraciones de forma amenazante o me reñía por no haber publicado reseñas de lo que hacían.

Recuerdo la noche en que la Companyia Eléctrica Dharma presentó el disco *L´Oucomballa,* Tras la actuación, me vino un achispado tan graciosillo como pesado que más que hablar balbuceaba. Era Onliyú, seudónimo de José Miguel González

Marcén. Con sus gafas de concha y su mostacho, ¡menudo bigote tenía!, parecía un maestro salido de un cómic underground. Mantenía una estrecha amistad con Nazario y aunque no pertenecía al grupo de *El Rrollo*, venía de pasar una temporada en la comuna de Ibiza con Mariscal y Montesol. Dibujaba historietas y vivía en otra comuna conocida en la calle Bruch con gente de Els Joglars. El embrión de la comuna había nacido en Pamplona, donde había estudiado en la universidad del Opus. El tipo me empujó a la barra mirándome con ojos enloquecidos y silabeó: «Ajoblan-co-es-muy-pre-ten-sio-so». No le di mayor importancia. Seguramente esa noche Onliyú estaba mosqueado porque no habíamos reseñado su fanzine *La Claraboya.* La verdad es que nadie había enviado un ejemplar a la revista y conocíamos su existencia por Miguel Ángel Gallardo, un dibujante joven y tímido, recién llegado de Lérida, que estudiaba en la Massana. Los dibujos de Gallardo eran sutiles, imaginativamente irónicos e inspirados en Elzie Crister Segar, inventor de Popeye.

Creo que Gallardo no había publicado nada y decidimos encargarle ilustraciones para los números nueve, diez y once. Intuimos que representaba el relevo generacional. Gallardo

crearía año y medio después con Felipe Borrallo un personaje de cómic que se haría célebre: Makoki.

Sentarse en Zeleste resultaba imposible a no ser que cazaras entre varios una mesa de las grandes o te sumaras a los grupos que solían coparlas, especialmente los del mundillo del teatro independiente, que eran los más dicharacheros. En estas situaciones de mezcla variopinta era cuando mejor disfrutabas Zeleste y más posibilidades tenías de hacer amigos. La noche que encontré a Jorge Costa fue gloriosa. José Solé acababa de llegar de la mili: ¡castigo cumplido! Abrazos, besos y copas en la barra sin grandes explicaciones. Éramos viejos compinches. José había seguido las vicisitudes de *Ajoblanco* desde la distancia y me felicitó por conseguir lo imposible. Poco después se acercó un chaval que había estudiado en la facultad y al que no recordaba. Tras darme un buen repaso y saludar a José se quedó junto a nosotros y éste me lo acabó presentando. Era Jorge Costa. Entonces agarré a José por detrás, le di un beso en el cuello y acurrucando la cabeza en su hombro le espeté al nuevo: «Mi niño acaba de ser expulsado del ejército español y esta noche me quiere sólo para él». José se azoró con una risita y a Jorge le hizo gracia la broma. Acabamos sentados a una mesa con dos bellezas sofisticadas que parecían salir de *La dolce vita* y estar liadas: Berenice y Lolita. Fumaban con unas boquillas muy largas, eran esnobs y comentaban presuntuosas la biografía de Isadora Ducan y los últimos amoríos de Pasolini antes de ser asesinado. Salían de ver *Gritos y susurros*, de Ingmar Bergman. Estábamos achispados y con ganas de fiesta cuando atrajimos a nuestra mesa a una periodista del mundo de la moda, Silvia Alexandrovich, mujer grandota, explosiva y guapísima; a Chelo Sastre, una diseñadora de joyas, íntima de

Toni Miró, que hablaba como si fuera un ratoncito; y a Juan Fatjó, un playboy con estilo. En la mesa vecina estaban Félix y Merceditas de Azúa, Javier Fernández de Castro, Ferran Lobo, Javier Marías, Virginia Kareaga y algún que otro novísimo. José pretendía hablar con ellos de novedades literarias. Como no le hacían caso, les lancé papelitos ofensivos como en el colegio, que fueron acogidos con malas caras. El choque generacional entre unos y otros se hacía evidente hasta en los detalles más absurdos. La noche concluyó escenificando una obra de teatro improvisada en un piso de la Diagonal muy decadente lleno de salones y cuadros muy grandes. Recuerdo que las dos chicas que fumaban con boquilla hicieron un streaptease descaradamente lésbico sin que los chicos, azorados, supiésemos qué hacer ante estas situaciones. Finalmente, tratabas de imitar torpemente algunos de los papeles de las películas irreverentes que habías visto.

En otras ocasiones cambiaba de escenario y me acercaba a mi lugar secreto de Horta. Allí conectaba con emigrantes andaluces, aragoneses y extremeños y algún catalán comprometido. Por mucho que emperifollaran el local con guirnaldas andaluzas y retratos del cantautor Manuel Gerena, seguía siendo un lugar fresco y poco folclórico. ¡Cómo me relajaba! La tontería de Zeleste no tenía cabida y las conversaciones corrían sin veneno de mesa en mesa. Si se hablaba de política unos escuchaban a los otros sin pontificar ni dar lecciones. Estábamos entre colegas y la violencia verbal sobraba. Algunos simpatizaban con CCOO y defendían la autonomía de las movilizaciones obreras y de los sindicatos frente a la nueva clase política que publicitaban los periódicos. Otros iniciaban el juego de la seducción entre historias un

tanto alambicadas. Javi, el sindicalista que me había introducido en el lugar hacía tiempo, ya había montado la librería con el dinero del despido de Seat y vendía bien nuestra revista. Estaba feliz de no tener jefes y buscaba un contable. Le dije que yo también necesitaba uno para la revista, aunque le aconsejé aprender a hacer de todo hasta organizar el asunto con conocimiento de causa. Javi me enseñó a bailar sevillanas y yo le pasé la dirección de las editoriales de *Rock Cómic* Gaspar Fraga ya había editado el libro ilustrado de Frank Zappa y de las revistas *Star* y *El Wendigo* de Gijón, para que también las vendiese.

El mejor maestro laboral fue el hijo de nuestro primer impresor. Un hombre alto, moreno, pragmático, ocho o diez años mayor que yo, que aprendía el oficio familiar bajo las directrices de un padre que era el prototipo del empresario medio catalán. El propietario apenas salía de un despacho que olía a tinta y a resmas de papel. Desde aquel guirigay de trabajadores que entraban y salían, dirigía las labores de producción, las tiradas y la calibración de las tintas de las máquinas, labores que me fascinaban. Durante el primer año de revista estuve sentado varias veces junto a un hombre de pelo cano que solía refunfuñar. Le vi resolver problemas, sonreír y dar órdenes. Aquella persona, en la plenitud de su labor profesional, seguía con angustia los efectos devastadores de la crisis económica. El vaivén del mercado de divisas, la devaluación de la peseta y la crisis del petróleo seguían disparando al alza el precio de las materias primas. Lo que más le inquietaba era la agitación creciente del mundo laboral del Baix Llobregat, la comarca más conflictiva del cinturón rojo barcelonés. Según contaba, aquel galimatías –asambleas

masivas, fuerza pública desalojando fábricas, piquetes incitando a la huelga, almacenes incendiados– amenazaba con «llevarse por delante los métodos tradicionales de la industria catalana que más o menos había mantenido el franquismo y que tanto habían elevado el nivel de vida de empresarios y trabajadores». Yo proclamaba irritado ante su estupefacción: «Esta crisis que impide que los salarios cubran lo necesario para subsistir la han provocado Nixon, Ford y Kissinger para que Europa siga bajo su control». «Majaderías», replicaba el hombre. «Preocúpate de cómo pagarme. Tu revista, no sé, no sé...» Y me mostraba con orgullo una revista médica que se llamaba *Jano* y que tiraba en su taller: Gráficas Soler, de Esplugues de Llobregat.

Fernando, así se llamaba su hijo, se dejó cautivar por mi proyecto y diluyó el temor del padre permitiéndome aplazar el pago de dos letras más allá de lo pactado. Bajo ningún concepto debían salir en el RAI, la lista de efectos impagados. Si esto sucedía, perderíamos el descuento bancario y no podríamos cobrar las letras de la distribuidora.

Durante aquel segundo año de revista, Fernando me invitó algunas mañanas a desayunar en una taberna ruidosa del polígono industrial frecuentada por obreros que celebraban los goles del Barça y maldecían los errores de los árbitros. Yo me adaptaba al horario de mi nuevo amigo e iba antes de las ocho en el viejo Seat 850 que había heredado. Entre las dentelladas a unos bocadillos enormes surgían conversaciones políticas acerca de lo que podía deparar un futuro cada vez más confuso. Fernando temía las huelgas en contra de la congelación salarial y de los despidos. Yo le decía que el coste

de la vida en 1975 había subido un quince por ciento y que el paro real alcanzaba a seiscientos mil trabajadores. A Fernando le inquietaba el lío que había entre los socialistas, pues según él eran los únicos que si imitaban el modelo socialdemócrata alemán podían parar la revolución.

La revista *Cambio 16* alzaba al estrellato, una semana sí y la siguiente también, al joven secretario general del Partido Socialista Obrero Español, Felipe González. Los socialistas ilustrados de Tierno Galván y Raúl Morodo, hijos ideológicos de Dionisio Ridruejo, cabalgaban junto al Partido Comunista a través de la Junta Democrática fundada en París. La calle ignoraba cómo podía acabar la división socialista. La verborrea de Felipe arrollaba y los socialdemócratas de Fernández Ordóñez no parecían tener demasiado quorum fuera de la capital. En Cataluña, la división socialista aún era más conflictiva. Josep Pallach, de Reagrupament, estaba indignado con la Internacional Socialista por reconocer al PSOE en exclusiva y con Felipe González por no homologar a los demás partidos regionales. Raimon Obiols, otra rama nacionalista de los socialistas catalanes, era más izquierdista y afirmaba que jamás se uniría al PSOE ni a los socialdemócratas; a tal fin se coordinaron en una federación de partidos socialistas de los Països Catalans. Lo paradójico es que ninguno de estos grupos pasaba de los trescientos militantes. En el País Vasco, donde la corriente socialista, a diferencia de Cataluña, había sido mayoritaria entre la clase obrera en época republicana, ETA y los independentistas del Movimiento Socialista de Euskadi llevaban la voz cantante.

Las mayores preocupaciones de Fernando Soler eran que los

salarios desbordaran los márgenes, que los obreros incendiaran su fábrica tal como había sucedido en algunas del entorno o que su padre cerrara la empresa como hacían otros. «En Sabadell ha habido huelga general de tres días. Vamos hacia la revolución social», decía. El viaje del rey a Cataluña, días después de las masivas manifestaciones de febrero en favor de la amnistía, fue un bálsamo. El rey habló en catalán de concordia y de reconciliación y las clases medias con ahorros, atrapadas en el paternalismo franquista, lo escucharon esperanzadas.

Lo que más le debo al hijo de mi primer impresor fue convencerme de que la responsabilidad está por encima del capricho. Me comprometí conmigo mismo a trabajar duro hasta pagar nuestras deudas. «La revolución a la que aspiro jamás puede ser una locura ni un baño de sangre. Hay que aceptar que en un país habitan varios mundos y que lo más importante para cambiarlo son educación, cultura e información», le decía.

Una mujer importante durante aquellos meses fue Ana Díaz Plaja, la joven valiente que trabajaba los temas culturales con humor y ocurrencia. Tras su colaboración en el número de Warhol, solía pasar algunas tardes por la oficina. Le estimulaba el ambiente y comentaba que en el *Ajo* había buen rollo y encontraba a gente interesante. Una de aquellas tardes vino a vernos una señora muy especial. Era madre de Cesáreo Rodríguez Aguilera, el estudiante *psuquero* que tras la exposición de poesía en la facultad nos había sugerido montar una Comisión de Cultura controlada por el PSUC. Mercedes de Prat era una burguesa divertida, culta y aguda que llevaba una

pulsera llena de colgantes que movía sin cesar. «Esta mujer vale mucho», repetía Ana, fascinada con aquella feminista fuera de lo habitual que hablaba con una voz estridente y peculiar. La mujer aspiraba a publicar. Recuerdo una improvisada sesión de espiritismo en su casa de la Diagonal con Toni Puig, mi hermana Rosa, Fernando Mir, Trini Sánchez Pacheco y un grupo de señoras, todas feministas, amigas de la madre de Luisa Ortínez. Mi hermana pretendía comunicarse con mi abuelo muerto en zgog para que le hablara de la bohemia parisina y le contase historias olvidadas de la familia. Mientras el vaso corría sobre la mesa del comedor, las piernas maduras chocaban con las nuestras entre las risitas de Fernando. Meses después, Mercedes planteó hacer unos perfiles literarios de *gauchistes*, pero como si fueran esquelas. Era una forma sutil de asesinar a la generación de las vedettes. Ana se apuntó a hacerlo en comandita mientras sonreía. Así nació la sección «Desmitificación de Momios». Los primeros damnificados fueron Carlos Barral y Nuria Pompeia.

Aunque nunca me han gustado las barras de los bares, antes de comer solía ir al encuentro de periodistas progres para sacarles información de cuanto se cocía entre bastidores. Los del *Diario de Barcelona* eran los más liberales. Creo que fue Iván Tubau quien me comentó que los socialistas de Obiols y Raventós hablaban mal de nosotros. Según había escuchado por ahí, nos tildaban de diletantes por escapar de la realidad y afirmaban que nuestro objetivo era confundir y meter cizaña entre la juventud. A quien más denostaban era a Racionero, por ecologista berkeliano. Por lo visto, esa gente identificaba diversidad con uniformidad de pensamiento. «Quien no piense como nosotros no tiene las ideas claras y fomenta la

confusión», sostenían con frecuencia. Racionero replicaba: «Los dogmáticos que se creen en posesión de la verdad son tan reaccionarios como quienes defendían la *linea diritta* de Mussolini».

Los alumnos de los últimos cursos de instituto se estaban politizando empujados por los maestros jóvenes que habían elegido magisterio para transformar el mundo de la educación. Los comunistas estaban nerviosos: sus juventudes menguaban y muchos de sus militantes se pasaban al bando libertario. El distribuidor me decía: «La revista desaparece de los quioscos cercanos a los institutos de enseñanza media». También me informaba con extrañeza de que en localidades como Alcázar de San Juan, Terrassa, Gijón o Fregenal de la Sierra agotáramos y pidieran reposiciones con insistencia.

La comida, cuando era en la casa familiar, solía desencadenar un debate sorprendente hasta las cinco de la tarde. Mis padres, casi ancianos, contagiados por los nuevos fervores empezaban a recordar anécdotas de juventud, ocurridas en los años veinte y treinta, mientras mi hermana Rosa comentaba lecturas, películas, espectáculos y exposiciones que mi madre juzgaba con atrevimiento. Otras veces comía en Vallvidrera, en casa de Luis Racionero, con Toni Puig y algún invitado estimulante. Recuerdo el día que acudió a una de aquellas comidas Joan Brossa por mediación de la actriz Janine Mestres.

Janine, esmerada y delicada como una porcelana de Sévres, había protagonizado un cortometraje simbolista en las ruinas de Empúries junto al joven efebo mallorquín Agustí Villaronga. El corto lo había dirigido Luis, con la ayuda en el montaje de los

padres de Carmen Iglesias, artesanos en la escasa industria cinematográfica nacional. Janine era una mujer entusiasta que insistió a Luis para que invitara al «más genial de los artistas contemporáneos». Joan Brossa había sido el poeta de Dau al Set [51] y el más hábil constructor de poemas objeto y caligráficos. Defendía con enrevesados argumentos el ilusionismo, el carnaval, la magia y el arte de transformistas y prestidigitadores. Por lo visto el artista quería volver a Casal Montserrat, que entonces ocupaba Luis. Al poco de llegar, contó ilusionado sus veraneos de infancia en aquella casa que había pertenecido a Tuyeta, una tía suya, mientras paseaba arriba y abajo husmeando rincones y rememorando anécdotas.

Brossa iba vestido con una gastada camisa a cuadros oscuros y unos pantalones de pana marrón que le caían. Era bajito, caminaba dando saltitos y ocultaba su expresión tras unas gafas de miope. Brossa estaba indispuesto y no quiso probar el guiso –conejo con chocolate– y pidió algo tan sencillo como tortilla y pan con tomate. Durante el postre, me maravilló una palomita de papel que hizo en un santiamén y que colocó dentro de una lámpara modernista de cristal. Tal habilidad dejó entrever su facilidad para tomar fragmentos de la realidad o ideas y transformarlas en objetos fuera de toda convención. Luego extrajo de su bolsillo una baraja de cartas, me pidió que eligiese una, las lanzó hacia el techo y aterrizaron en la mesa boca abajo excepto la que había elegido.

Luis iba a la cocina en busca de café, volvía al salón con

---

51 Grupo de vanguardia artística catalán creado en 1948 y disuelto en 1954, del que formaron parte los pintores Joan Pon$, Antoni Tapies y Modest Cuixart, entre otros.

curiosidad, se recostaba junto al poeta que no sabía cómo mantener el equilibrio entre tanto almohadón y le martilleaba con preguntas. Tras varios revolcones el poeta mas rebelde de su generación acabó sentado en un balancín. Brossa, como su amigo Tapies y la mayoría de las intelectuales de cierta edad, simpatizaba con el Partido Comunista y se sentía muy implicado en la lucha catalanista contra el franquismo. Aquel día hizo gala de un sentido del humor inabarcable, sostuvo que en poesía las palabras son los objetos y defendió el equilibrio del zen. Luis no comprendía cómo Brossa podía militar en el partido sin que le expulsaran por consultar oráculos y practicar la magia. De pronto, el poeta se puso serio, contempló la lejanía y murmuró con desdén: «No creo factible un cambio político desde el régimen y aún creo menos en la monarquía». Citó a Fregoli, el transformista italiano que había revolucionado los espectáculos callejeros parisinos a principios del siglo XX. Cuando le pregunté por las manifestaciones que durante dos domingos de febrero habían convertido las calles del Ensanche en un campo de batalla, me respondió que las palizas que había recibido *mossén* Xirinachs en el Paseo de Sant Joan mostraban lo poco que el nuevo Gobierno respetaba el movimiento nacional de Cataluña. En un momento dado me dijo: «Escuche joven, usted tiene que oír con atención *Il y avait un jardín*, de Georges Moustaki, y leer al poeta brasileño Joao Cabral de Meló». Racionero acabó echándole el I Ching con mucho ritual tras cerrar los postigos de las ventanas y encender unas cuantas barritas de incienso. Le salió el primer exagrama: lo creativo. El poeta se infló como un pavo y volvió a defender la intuición de los poetas y los juegos de azar.

El almuerzo más importante del invierno de 1976, por la

repercusión que tuvo, fue en el Boston de la calle Aribau, el restaurante donde habíamos conocido a Guillermo Ayesa y donde seguía sirviendo la mujer con los labios rojos sangre y el delantal blanco más impoluto que he visto.

La comida se gestó dos semanas antes de que ocurriera la masacre policial contra la clase obrera en la ciudad de Vitoria. Ramón Barnils me llamó al *Ajo* y quedamos en un bar ruidoso junto a la calle Tallers donde bebían los dibujantes de *El Papus*, una revista de humor popular sin el matiz político de *Por Favor*, que se atrevía a expresar verdades callejeras para mayor irritación de la izquierda ortodoxa y de la extrema derecha. Me extrañó el tipo de humor que Ramón gastó aquel día. Tras intercambiar un escurridizo saludo con Iva, el mejor dibujante de dicha publicación, creador del personaje Makinavaja y de *Historias de la puta mili*, me condujo al rincón más solitario [52] del garito. Nos sentamos a una mesa, maldijo a la dirección de *Tele-Exprés* y tras comentar que los comunistas estaban preocupados porque nuestra revista «pequeñoburguesa» les robaba clientela, me dijo: «Un colega sale de una situación complicada y necesita escribir en la revista. Tiene buena cabeza». Ramón insistió en que era un hombre muy agudo que salía de la cárcel y necesitaba ánimo y trabajo. El colega resultó ser Santi Soler, el ideólogo del MIL de Puig Antich. Pacté con Barnils discreción. Había que evitar rumores que pudieran perjudicarle. Finalmente si ocurría algo los únicos responsables seríamos Barnils y yo.

---

52 El 3 de marzo de 1976, al desalojar la iglesia de San Francisco de Vitoria, ocupada por trabajadores en huelga, la policía mató a dos trabajadores, hirió gravemente a más de sesenta, de los que tres morirían, y dejó cientos de heridos leves.

El día de la comida de presentación, Ramón y yo llegamos al Boston los primeros, nos sentamos uno frente al otro y guardamos los dos lugares colindantes para Santi Soler y Toni Puig. Durante la espera comentamos los avances de la revista. Recuerdo que le expliqué emocionado el dossier sobre las fallas que habían elaborado José Luis Prieto y Javier Valenzuela junto a unos amigos valencianos que Terenci nos había presentado en la galería Adriá capitaneados por Amadeu Fabregat.

Entró un tipo bajito, pálido, con bigote, patillas y pelo negro peinado con raya al lado. Nos hizo un gesto desde la puerta y, mostrando una sonrisa tímida, se lanzó a los brazos de Ramón, que se levantó de la silla. Ramón era muy alto y Santi cojeaba. Se dieron la mar de palmadas en la espalda, y luego el recién llegado me tendió la mano con dificultad. Nos sentamos. Al rato llegó Toni de la escuela, acalorado y con prisa.

Santi, quien por lo visto había padecido una poliomielitis infantil y era epiléptico, comía con cierta dificultad el plato de sopa. Toni, sentado frente a él, observaba con angustia cómo una cuchara temblorosa chocaba contra el bigote varias veces antes de dar con la boca, mientras a mí me venía una y otra vez el pensamiento: «Este hombre ha sido torturado de forma salvaje por la policía y los insignes miembros del Consell de Forces Polítiques de Catalunya no le dan abrigo por ser anarquista, ¡qué asco!».

Santi sabía mucho acerca de las organizaciones clandestinas y cuando se sintió cómodo explicó la importancia de potenciar una cultura popular desde la base: «No se puede hacer cultura

para el pueblo sin el pueblo. Tenéis que ser más coherentes. La contracultura berkeliana pertenece al pasado como todos los ismos y todos los ideólogos. Estaría bien desarrollar una crítica a la vida cotidiana». Toni y yo le manifestamos que por encima de autores que supiesen escribir, nos interesaba el trabajo de los colectivos que tratábamos de impulsar. Otro de los temas comentados fue el de la autogestión y cómo desarrollarla en todos los campos.

Los ojos de Santi, de por sí brillantes, se clavaron en mí con una vitalidad envolvente. Se retorció el bigote y dijo algo que luego escribió en la revista: «La autogestión es meta y camino hacia esta meta. Los fines son los medios. Hay que tener muy en cuenta, Pepe, que la autogestión no es sólo un horizonte o proyecto de renovación, es el contenido mismo de la renovación que se avecina».

La conversación se fue haciendo amena. Santi desplegaba un sentido del humor que, sin ser cínico, a veces lo parecía. Se notaba que salía de una pesadilla y que buscaba humor y aire fresco. En un santiamén caricaturizó a los líderes de la Junta Democrática del PC y a los de la Convergencia del PSOE. Luego tartamudeó las siglas de más de veinte partidos de extrema izquierda, hasta que por fin exclamó: «¡Por unas migajas de poder ciertos líderes pactan a escondidas de sus militantes con los banqueros franquistas como si ésta fuera la única lógica posible!». Nos recomendó vivamente la lectura de un libro clandestino que había publicado Ruedo Ibérico: *Crítica a la izquierda autoritaria*, que habían escrito José Antonio Díaz, fundador de CCOO, y Santi López Petit. Nosotros le hablamos del *Do it* de Jerry Rubín, la Biblia de los radicales de Estados

Unidos, que nos había pasado un joven navarro, Serafín Senosiáin, junto a un artículo que pensábamos publicar. Santi prefería a los situacionistas franceses de la sociedad del espectáculo. «Leed *Traité de savoir-vivre a l'usage des jeunes générations,* de Raoul Vaneigem. Lo encontraréis en la Librería Francesa o en Leteradura. Lo ha publicado Gallimard.» Por lo visto había conocido al situacionista hacía unos años en la mítica librería de la ultraizquierda parisina: La Vielle Taupe.

Despedimos a Barnils y Toni volvió a la escuela. Los dos seguimos caminando en silencio hasta que Santi manifestó: «Firmaré los artículos. Barnils asume la responsabilidad legal. ¿Estás de acuerdo?».

«Sí.»

«Me interesa saber hasta qué punto vivo en la normalidad tras dos años de cárcel y hasta dónde alcanza la tolerancia del nuevo Gobierno. Estoy muy marcado.»

Fernando Mir estaba sentado a su mesa, frente a un texto a medio corregir: «Todos somos bisexuales», un artículo de Mercedes de Prat que sugería «que nuestro caudal hormonal no es monosexual». Un grupo de asturianos de la revista de cómics *El Wendigo,* de Gijón, le había interrumpido. Carlos Bosch y el maquetista Jordi Brusi abrían con expectación contagiosa una caja de cartón enviada desde Valencia: «¡Oh!», exclamó Jordi frente al paquete recién abierto, «un hombre peludo y en cueros se tapa las partes con una peineta valenciana». Nuestros colegas valencianos también habían previsto la portada del número: el rostro de Carlos Marx

rodeado de una cenefa barroca atiborrada de angelicales sílfides falleras. El montaje, muy valenciano, estaba coronado con el escudo de la ciudad de Valencia.

«Me gustaría leer el texto sobre Jerry Rubin», pidió Santi. Fernando trajo la carpeta con los textos ya editados que mi hermana Rosa iba a picar en la IBM. En primer lugar apareció uno del director de cine independiente Jordi Cadena sobre la polémica que había ocasionado la película *Blanche*, de Borowczyk. Luego una entrevista a Antonio de Mairena, cantaor y defensor acérrimo de las leyes de la raza gitana, realizada por el gaditano Jesús Fernández Palacios. Santi ojeaba a todo correr. Al fin apareció el artículo de Serafín Senosiáin sobre la voz de la nueva América. Con mucho era el más largo. Santi leyó el texto, mostró sorpresa y dijo: «Os voy a pasar un texto sobre anarquismo, de Noam Chomsky».

Fernando se levantó, fue a su mesa y vino con un folleto clandestino editado en París: *Apuntes sobre anarquismo*, por Noam Chomsky. «Estamos en onda», dijo.

Santi pidió el número nueve, agotado en los quioscos de la ciudad, y leyó mi editorial: «Proponemos un sistema que suprima los trusts, las organizaciones secretas tipo CLA, los militarismos, los partidos burocráticos, la propaganda, la masificación, la TV al servicio del consumo, los dogmas, las verdades abstractas, la educación represiva y la cultura elitista. Proponemos un sistema que garantice una producción destinada al uso y no al consumo, para que cada cual produzca según sus voluntades y reciba según sus necesidades. Un sistema que dé la propiedad, dirección y planificación de las

industrias a sus trabajadores: total autogestión. Un sistema en el que la enseñanza no castre a los niños, sino que potencie el juego, la creatividad, el gozo, la cooperación y el amor...».

Cuando Santi ya se iba, entró Juanjo Fernández como una bala: «Hoy no podré seleccionar textos para el especial «Literatura». Esta noche voy a un concierto en La Alianza de Poblé Nou». Santi y Juanjo iniciaron un diálogo y acabaron en el despachito del fondo leyendo los textos de Valencia en voz alta con desparpajo. Así nació la amistad entre dos libertarios fundamentales del primer *Ajoblanco.* Iniciábamos el paso decisivo.

## TARTESOS

Hasta marzo de 1976 no tuvimos más que un leve incidente con el Ministerio de Información y Turismo por distribuir el número dos antes de pasar por el registro, el requisito que sustituía a la censura previa. Durante aquellos meses de lance político, los juzgados y la policía actuaban de forma aleatoria, por lo que convenía ser prudente. Mi estrategia consistía en mantener una educación esmerada con los funcionarios mientras trataba de sonsacarles la actitud con que afrontar la situación. Los responsables de la delegación de Barcelona exhibían moderación y apostaban en voz baja por la democracia, siempre que fuera pacífica, por lo que el trato resultaba bastante amable. Tanta indulgencia para con nosotros sorprendía a algunos compañeros, especialmente a Barnils. «¿Acaso tenemos bula papal?», preguntaba. El desmadre erótico fue la excusa para imponer a *El Papus y Papillón* multas de doscientas cincuenta mil pesetas y una suspensión de cuatro meses, por no hablar de los colegas de *Star* que seguían sin permiso. Yo le explicaba a Barnils mis conversaciones en la delegación y él se mondaba de risa. «Hay que ser más que astuto hasta que tengamos los colectivos formados. Me preocupa la sección de sexualidad pero no creo que pierdan un minuto en leer nuestra revista. Hago todo lo posible para que piensen que somos más ingenuos de lo que en realidad somos», le explicaba. «Eres buen actor», comentaba Barnils entre coñas.

El día que llegamos de Cádiz supe que la Guardia Civil estuvo a punto de detenernos en aquella ciudad a Luis Racionero, a Carles Carbó y a mí. El delegado del Ministerio de Información y Turismo en Barcelona, un tal señor Pardo, pasó a Gobernación un informe favorable en el último minuto que nos salvó.

Jesús Fernández Palacios, un profesor de instituto de Cádiz, me había enviado una carta la primavera anterior. Le llamé por teléfono y convinimos una serie de colaboraciones. La primera que mandó fue una poesía que publicamos en el número seis, a continuación envió una crónica sobre las culturas informales del sur y para el diez una entrevista al cantaor Antonio de Mairena. A principios de febrero me anunció telefónicamente que los alumnos de la recién creada Facultad de Letras proponían «oficiar una presentación» de la revista. También invitaban a Racionero a dar una charla. Como algunos de nosotros íbamos a ir a las fallas de Valencia fijamos la presentación para el jueves 4 de marzo. Antes pasaría por Madrid a consolidar el equipo y la distribución paralela.

Partí en coche con Carles Carbó, un *freak* muy joven que vivía en una comuna urbana y vendía números atrasados en las facultades barcelonesas. Por vez primera iba a conocer Andalucía occidental y sentía una mezcla de emoción y curiosidad. Nuestra primera parada fue Zaragoza. Muchachos afines a Carles y entusiastas de la revista nos ayudaron a colgar carteles en las facultades. En un garito del barrio del Tubo, charlamos con Curro Fatas, del grupo de teatro independiente El Grifo, y a la mañana siguiente visitamos al director de *Andalán.* No hacía mucho habían editado un especial

«Cataluña y Aragón» cuya presentación en el Centro Aragonés de Barcelona estuvo muy concurrida. Luego contacté con Javier Delgado, un colaborador de *Andalán* que iba a escribir sobre música y cultura aragonesa.

En Madrid me instalé tres días en casa de César Luque. Nuestro socio vivía solo en un piso muy amplio mientras preparaba las oposiciones para registrador de la propiedad. Nada más llegar me dijo malhumorado que apenas salía y que no podría acompañarme a ningún lugar ni hablar de nada ya que el preparador le exigía una barbaridad. Llamé al inquieto Fernando Gálligo Estévez que, tras convertirse en el miembro más activo de Madrid, buscaba extender una red de ajoblanqueros por la ciudad. Escribía poemas que mezclaba con fotografías hasta transformarlos en unos fotomontajes que publicaba en la sección «La Bombonera» de *Nueva Lente.* Quedamos en el Parador de Moncloa. Le pedí descargar cuanto antes los fardos de revistas que colapsaban mi coche. Fernando era un muchacho delgado, moreno, asilvestrado y anarco que habló con fanatismo del artista alemán John Heartfield, su maestro, durante el trayecto hasta un piso vacío junto al Manzanares que hacía de almacén de cuanto vendían y producían los miembros de Cascorro Factory. Heartfield, me explicó, había sido una de las referencias del movimiento dadá de Berlín y buen amigo de George Grosz, con quien había desarrollado el *collage* y el fotomontaje como arma para denunciar el odio que los alemanes sentían contra los ingleses en los años veinte. Un culo con orejas, un hombre con un balón de fútbol por cabeza, otro con cara de tigre. Yo quise conocer las vicisitudes que habían hecho posible que *Vibraciones* editase *El Carajillo*, un tebeo underground producido por

Cascorro Factory. Por fin había aparecido en Madrid un colectivo underground similar a los que existían en Barcelona.

El domingo conocí al resto de sus integrantes en la parada que habían montado en El Rastro. Quedamos en comer en La Bobia. No estaban satisfechos del trato con la sociedad de Vi*braciones,* pero no se sentían empresarios y no sabían cómo editarlo ellos mismos ni cómo organizarse. Por mi parte, trataba de convencer a Fernando Gálligo para que escribiese una crónica con las novedades de la capital. Argumentaba que no era periodista y que sólo pensaba enviar a Fernando Mir una buena guía de Madrid. A diferencia de Barcelona, en Madrid los lugares estaban dispersos y no existía un barrio liberado como las Ramblas o la Ribera. Me habló de cuatro librerías: Fuente- taja, Antonio Machado, Visor y la libertaria Panorama; de tres galerías de arte de vanguardia: Bandrés, en Ramón de la Cruz; Boades, en Claudio Coello, y Redor, la que más le interesaba, dirigida por Tino Calabuig, donde además de los artistas conceptuales y de gente de los Black Panthers habían expuesto los fotomontajes de Josep Renau y de John Heartfield. La Vaquería era el local, junto a La Bobia, que más frecuentaban y donde les permitían exponer *collages* y viñetas.

La parada de El Rastro estaba junto a la Casa de Socorro. Un grupo de melenudos se estaban fumando un porro mientras vendían *La Piraña,* ejemplares antiguos de *Star, Ajoblanco, Carajillo, El Rrollo y* prensa alternativa de diferentes países. Fernando me pasó un tebeo que se llamaba *Clavelito Ceesepudo,* mostrándome una de sus historietas: *Tu amor huele a cebolla.* Su autor era el genial Ceesepe, que llevaba greñas y parecía un pasota. Hablaba con entonación cantarina

entre suspiros y utilizando expresiones chelis que daban risa. No tardé en darme cuenta de su inteligencia aguda y de que las ideas que le movían eran similares a las nuestras. Los miembros de Cascorro Factory eran menos pasotas que los de *El Rrollo,* más políticos y también más extremados en la forma de vestir. Madrid marcaba un ritmo asfixiante. Ceesepe me regaló un *Carajillo.* La portada, un hombre sentado en la boca del metro tocando un acordeón y con una pierna ortopédica fuera de sitio, la había realizado Juan Ramón Ortega, que también corría por allí. En *Entra en mis sueños*, Ceesepe combinaba en las viñetas dibujos de estrellas de rock con fotografías tratadas en plan muy lisérgico. Se cargaba a los mitos del rock por haberse integrado en la industria musical y mostraba el desasosiego de los jóvenes por el tipo de sociedad que señalaban los hermanos mayores. Estaba más que enfadado: «Los héroes del rock como Bob Dylan han olvidado el hippismo y se han integrado en la industria cultural para vivir como capitostes en grandes mansiones». Tras una pausa que llenó con un suspiro, Ceesepe apostilló: «La gente tiene la cabeza llena de mierda y no puede pensar».

Fuimos a parar a La Bobia donde me presentaron a El Zurdo, un tipo agudo que un año después montaría con Alaska el fanzine *Kaka de Luxe*, y a Alberto García Alix, que ya hacía fotos que publicaba en *Nueva Lente*. La pandilla soñaba con montar una comuna desmadrada en el barrio. Ceesepe vivía con sus padres en las afueras de Madrid; Fernando Gálligo y los otros, con los suyos respectivos. Recuerdo una animada charla en la que surgió un tema que gastaba mucha saliva entre los jóvenes de entonces: ¿artistas o artesanos? Ceesepe y Fernando defendían la labor del artesano mientras los otros querían ser

artistas. Para mí la opción estaba clara. El verdadero artesano trabaja en comunidad, ama el oficio por encima de todo y es poco presuntuoso, con lo que difícilmente se deja utilizar por las multinacionales ni rebaja la calidad para vender cualquier artilugio a millones de consumidores.

Una de aquellas noches fui a parar a la cafetería que estaba en los sótanos del teatro María Guerrero. En aquel ambiente contestatario y bohemio di con Iván Zulueta y Félix Rotaeta. Iván era un donostiarra maldito y psicodélico que capturaba imágenes en el formato que fuese. En 1971 había organizado junto a Mario Pacheco aquel festival de música progresiva de Madrid que acabó, por imperativo legal, en un garaje del barrio de Tetuán. Por lo que contó, sentía devoción por *1001* de Stanley Kubrick y por los cuentos de Edgar Allan Poe. Félix era un apasionado actor libertario que había fundado la compañía de teatro independiente Los Goliardos y que iba a impulsar a Pedro Almodóvar no sólo con buenos consejos sino con su dinero para que pudiera transformar el cómic *Pepi*, *Lucí y Bom* en película. La amena conversación entre un montón de copas y caladas de porro siguió en La Vaquería, donde estaba la gente de Cascorro Factory. Iván, obsesionado con las posibilidades del cine experimental, contaba lo duro que era Madrid a causa de los apaleamientos a izquierdistas por parte de las pandas de bárbaros de Blas Pifiar, que actuaban cada vez con más impunidad. «¡Como esto siga así no sé lo que puede liar!» La librería Alberti acababa de ser destruida. Emilio Sola, el coordinador del colectivo que había fundado La Vaquería, comentó que había recibido varias amenazas anónimas. Emilio medio vivía en un piso enorme que estaba enfrente al que llamaban «la casona». La comuna era un desmadre de gente

que entraba y salía. «Si alguna madrugada se presentan los guerrilleros ocurrirá una desgracia.» Comentó que el bar iba mejor de lo esperado, que en Madrid cada vez había más poetas y que estaba harto de que costara tanto publicar. Luego habló de un tal Juan, que pretendía ocupar la casona para montar un despacho laboralista. «Es un libertario de la nueva CNT», subrayó. «¿La CNT renace?», pregunté con sorpresa. «El 8 de febrero hubo una reunión de la federación Centro y pronto las habrá en Barcelona y Valencia.»

Juan Ramón Ortega, de Cascorro, buen amigo del tipo, cortó el tema y explicó el proyecto de una pequeña editorial independiente, la Banda de Moebius, de poesía inconformista. La idea prosperó y Juan Luis Recio, el editor, consiguió publicar a García Calvo, a Haro Ibars y a Mariano Antolín Rato entre otros muchos. Aún recuerdo el logotipo de Ceesepe: un niño de primera comunión con un misal en la mano y el pene cortado chorreando sangre.

Zulueta me invitó a una muestra de obras audiovisuales fuera de toda convención que se iba a celebrar a principios de abril en Ondar de Madrid, un estudio de arte donde él pasaría su película *Amalgama*, y un joven muy desmadrado que se llamaba Almodóvar unos cuantos cortos en Súper 8. También me dijo que Enrique López, del *Ajo*, le había invitado a la Segunda Muestra de Cine en Súper 8. Las relaciones entre Madrid y Barcelona empezaban a ser fluidas.

En Sevilla recogimos a Luis Racionero, que llegó en avión, y aparcamos junto a los jardines del Alcázar. Yo había quedado en la puerta de la universidad con los estudiantes que seguían

sin enviarme el especial «Sevilla». Los muchachos colaboraban con Joaquín Salvador, uno de los popes de la fenecida movida sevillana. Se notaba mucha tensión en la zona, medio acordonada por los grises. Tras un conato de manifestación tuve que correr hasta el bar acristalado de los jardines de Murillo, donde esperaban Luis y Carles Carbó. «Una vez más los duendes nos van a cortocircuitar el número de Sevilla», dije malhumorado. O bien los chicos habían pasado de la cita o la boicotearon los grises. Al volver al coche, las maletas de Carles y mía, que se habían quedado sobre el asiento de atrás, habían desaparecido. El cristal estaba roto. «¡Mi diario!», exclamé con enojo.

Recuerdo entre brumas un local pequeño en la calle Sierpes donde topamos con Pau Riba y Ana Carmona, y una visita relámpago a La Cuadra de Paco Lira con Diego Carrasco, al que encargamos una colaboración sobre la contracultura olvidada de Sevilla. Diego, un cronista bueno que aspiraba a ser escritor, decía que Sevilla era una ciudad de chispazos vitales inexplicables y que no comprendía cómo la explosión de rebeldía vital que protagonizó la juventud sevillana entre 1966 y 1972 no salía en los papeles. Hablaba del anarquismo andaluz, de los ocho siglos de dominación árabe, del subdesarrollo, del analfabetismo, de los gitanos. «Aquí existe una flexibilidad sensitiva poco común.» Por lo visto, la galería de vanguardia, la Mn, que habían montado los jovencísimos Quico Rivas y Juan Manuel Bonet, había desaparecido y ambos se habían trasladado a Madrid. «Sevilla es inconsistente, los proyectos van y vienen y nadie reflexiona sobre el porqué.»

Luis quería comer pescadito frito frente al mar y buscamos

un chiringuito en Sanlúcar de Barrameda. Al anochecer llegamos a Cádiz y nos instalamos en una habitación con literas en el Colegio Mayor Chaminade. Sin pérdida de tiempo, Jesús Fernández Palacios nos metió en el ambiente. Jesús era un tipo leído y muy cachondo formado en Argentina. Le recuerdo próximo, pues me impresionó su erudición sin pretensiones, sus juegos de palabras y su amor desinteresado por la cultura. Estaba casado y cojeaba. La gente de su ambiente detestaba a José María Pemán, el poeta del régimen que había publicado *Mis encuentros con Franco* y puesto letra al himno nacional. «El glorioso autor del *Divino Impaciente* convoca y reúne en almuerzos de gentileza a pelotas –en palabras de Eduardo de Ory– y a las viudas castrenses», proclamó un miembro de nuestra comitiva con un deje andaluz saleroso y antiguo. Como en tantos lugares, la cultura independiente malvivía en pequeños cafés de tarde y madrugada, en parroquias progres y en trastiendas de librería. Jesús nos paseó por los distintos focos. En el almacén de la librería Mignon asistimos, entre humos de costo, a una animada tertulia sobre las teorías sexuales de Wilhelm Reich y las canciones de Víctor Jara y Violeta Parra. En la Plaza Mina, algunos vegetaban tirados por los suelos. Carles Carbó, con la excusa de la desaparecida *Star,* de la que toda aquella gente era fan, se lió con una adolescente con pelambrera a lo Janis Joplin.

La presentación de *Ajoblanco* fue un hito. Dos docenas de estudiantes de filosofía cubiertos con túnicas blancas ribeteadas de dorado simularon una mágica ceremonia tartesia. Aparecieron por una ventana y se colocaron sobre la tarima del aula.

Iban con antorchas y formaron un corro que se agrandaba y juntaba imitando el vaivén marino. De pronto sacaron una gran banana centroamericana. El más alto extendió el brazo, mostró la pieza entre el griterío de la concurrencia y con la otra mano empezó a pelarla. De golpe apuntó al público obscenamente mientras sus compañeros lanzaban unas octavillas con el «Manifiesto de un visionario» que habíamos publicado en el número dos. Un montón de huevos salidos del escenario fueron a estrellarse contra los quinientos asistentes que llenaban el aula con la fortuna de que uno estalló en la nariz del cónsul de Francia y otro en la sonrosada mejilla del de Alemania. El acto, dijeron, fue la primera manifestación pública en favor del famoso carnaval de Cádiz, prohibido por Franco. «El carnaval ha de volver», repetía una y otra vez Jesús.

Cuando la prensa local denunció el incidente de los cónsules, Racionero, Carles y yo estábamos de vuelta. Los sucesos de Vitoria conmocionaban al país. Los trabajadores, conscientes de que el proceso de apertura se iba a decidir en la calle, pasaban de las consignas moderadas y decidían en asamblea las acciones combativas contra la carestía de la vida y el fracaso económico del ministro Villar Mir. Los hechos se sucedieron vertiginosamente. Paro obrero en el ochenta por ciento de las fábricas de Vitoria, asamblea con miles de participantes en la iglesia de San Francisco de la capital alavesa, intervención y masacre policial, cinco trabajadores muertos directamente por las balas o a consecuencia de las heridas y cientos de heridos graves y leves. La pasma había reprimido la asamblea a balazos. La respuesta fue masiva: huelga general en la provincia y cien mil manifestantes soportando cargas policiales de aúpa con helicópteros lanzando gases lacrimógenos. Lluís

Llach sacó poco tiempo después *Campanades a morts*, un disco emotivo en recuerdo de unos asesinados cuyo único delito había sido protestar contra la congelación salarial. Los hechos casi tumbaron el equilibrio precario que soportaban el rey y su Gobierno de compromiso. Hubo quien atribuyó la carnicería a los mandos policiales ultras, contrarios a la reforma, que el ministro de Gobernación, Manuel Fraga, no controlaba. Fraga estaba de viaje en Alemania. Iván Zulueta tenía razón, la situación, a causa de los ultras, podía desmadrarse.

Un hecho protagonizado en Inglaterra por el líder de Comisiones Obreras, Marcelino Camacho –el preso más famoso y uno de los pocos agraciados por el indulto del rey con motivo de su coronación– muestra el imaginario de la clase obrera en aquellos meses de emancipación. Tras dos meses de libertad, Camacho fue a dar una conferencia a Inglaterra, donde dijo: «Inglaterra sólo es una democracia formal mientras que lo que se pretende instaurar en España es algo distinto y mejor, aunque no se haya aplicado en ningún país». La respuesta burguesa de la revista *Destino* fue contundente: «¿Cómo un español se atreve a dar lecciones de democracia en el país que la inventó?». La prensa inglesa pasó del símbolo obrero del antifranquismo. Debatíamos sobre el tema en Aribau cuando llegaron dos muchachas con una nota ya redactada. «CNT vuelve», dijo una de ellas. «Los comunistas de CCOO no conseguirán la unidad sindical mientras no la decidamos libremente los trabajadores. Unidad en las luchas obreras sí, pero sin imponer una única organización. UGT corre en la misma dirección», apostilló la otra. Aurora Segura y Teresa Huelin eran dos nuevas colaboradoras que solían pasarse cada tarde desde hacía una semana. Nos informaron acerca de una

asamblea confederal celebrada el 29 de febrero en Sant Medir, en el distrito de Sants, a la que habían acudido unos cuatrocientos militantes de distintos grupos libertarios de Cataluña. «Se ha llegado a acuerdos sin que ningún colectivo haya intentado arrogarse la legitimación histórica de la CNT. Vamos a poner en marcha los sindicatos por ramas de producción y se coordinarán por barrios.» Estaban entusiasmadas y no se cansaban de repetir que en el sindicato anarquista las decisiones siempre se tomaban en asamblea, que todos los cargos eran renovables y que los principios básicos eran la acción directa como fuerza de lucha, la autogestión como norma y el federalismo como estructura orgánica.

Así confirmé la información que me había pasado Emilio Sola en Madrid. Aquella misma noche tomé una decisión de gran calado: *Ajoblanco* potenciaría el proceso de reunificación de la CNT, informaría de sus logros y hasta aconsejaría la militancia activa a sus lectores, pero jamás se involucraría m tomaría partido por una u otra facción. En el proceso deberíamos actuar con cautela mientras potenciábamos la cultura libertaria en todos sus frentes sin ninguna ansia de poder.

## DOSSIER «FALLAS»

La primera carta «rara» desde Valencia llegó dos días antes de que Toni Puig y yo subiéramos al coche para ir a las fallas. Consistía en un montón de insultos contra los catalanes por los seis artículos del dossier «Fallas» y un chiste que hacía referencia a la gustosa paella valenciana enfrentada a la butifarra catalana elaborada con carne putrefacta. Tras la sorpresa inicial, reímos la frase con que concluía: «La patrona de Valencia, la *txeperudeta,* hace milagros mientras que la virgen de Montserrat es una buscona de raza negra». La segunda llegó al día siguiente con un dibujo que representaba un corro de gente bailando la sardana con la viñeta: «Tan calculadora como los catalanes que además de sosos imperialistas son unos desconfiados que dejan los bolsos en el centro por temor a que se los roben». Guardé las cartas en el cajón de Fernando Mir y no pensé más en ellas.

Los valencianos son reyes en el arte de ingeniar fuegos artificiales, petardos y *ninots* de cartón para ser destruidos por el fuego. Recuerdo la Plaza del Caudillo[53] abarrotada de una multitud embravecida saltando y brincando, a las dos de la tarde, entre una cadena de petardos que estallaban en todas direcciones, cubriendo el cielo de humo. Tenías que meterte el puño en la boca para que no te reventaran los tímpanos. Era la *mascletá*. A las dos de la madrugada ardía la gran falla tras un

53 Hoy, Plaça de l'Ajuntament.

castillo de fuegos artificiales impresionante. El olor a pólvora, el ruido, las llamas iluminando la noche, provocaban una excitación orgiástica en una ciudad llena de fallas ardiendo de centro a extremo durante *la nit del foc. «Folleu, folien que el món s´acaba»,* gritaban los más atrevidos. José Luis Prieto y Javier Valenzuela, los colegas de Valencia, seguían explicando entre los sensuales apretujones de la multitud y la catarsis colectiva el sentido pagano de la fiesta de primavera en el levante español, que por mucha politización que intentaran unos y otros los impertinentes falleros mantenían sin tregua. Tiraban petardos a las medias de las señoras y a las piernas de los aspirantes a políticos. «La masa es como un mar en movimiento que asume el rol del órgano hembra que se hace líquido bajo las excitaciones de las vergas», decía uno. «La fallera mayor se renueva todos los años para simbolizar nuestra virginidad que, por estas fechas, exige ser violada», explicaba el otro. Cuando los restos de la gran falla humeaban, la multitud exigió que sonara el himno de Valencia por los altavoces. Un tipo arrancó la bandera valenciana que ondeaba junto a la estatua ecuestre del Caudillo –la de Jaume I con franja azul– y la sustituyó por una catalana, idéntica pero sin franja. Mucha gente protestó con estruendo al no querer que la fiesta de todos pudiera ser politizada por algunos.

El último domingo de febrero, el día del pregón o de la *crida* con que se inicia la fiesta, cien mil valencianos se habían manifestado por las calles exigiendo: *«Llibertat, aministia, estatut d'autonomía i País Valencia*». Como en el resto de España, las ansias de libertad y de apertura extendían sus tentáculos en todas direcciones. En Valencia, los catalanistas aglutinados en una parte de los partidos que componían la

Taula Democrática del Poblé Valencia –PSAN (Partit Socialista d'Alliberament Nacional) y PSPV (Partit Socialista del País Valencia)– pugnaban con unos carcas recalcitrantes a los que nuestros colaboradores nacionalistas del dossier «Fallas» habían bautizado como «búnker barraqueta». En el núcleo de quienes consideraban el idioma valenciano como una variante del catalán y que la cultura valenciana no era sino la cultura catalana hecha por valencianos, estaban el escritor Joan Fuster, los periodistas Vicent Ventura y Amadeu Fabregat y el editor Eliseu Climent, de la librería Tres i Quatre. Las emisoras de radio, como Radio Valencia, y los periódicos, especialmente *Las Provincias,* bajo la batuta de una mujer reaccionaria de armas tomar, María Consuelo Reyna, formaban parte del búnker barraqueta, así como los dirigentes de la Junta Central Fallera. Ajenos a este debate e impulsados por el huracán de libertad que recorría la península Ibérica, los falleros revoltosos, en clara manifestación de independencia, habían construido unas fallas con mujeres y sirenas que enseñaban las tetas y un Neptuno con la verga tiesa. Javier Valenzuela me había mostrado un chiste de Quique, publicado en *Las Provincias* de María Consuelo, en el que un señor desnudo le decía a otro con traje y corbata: «¡Creo que es la única manera de ir a ver algunas fallas para no llamar la atención!». La fallas del destape también había airado al Movimiento Democrático de Mujeres del País Valenciano, que protestaron «por la utilización de la mujer como elemento evidentemente pornográfico de las fallas de este año».

Mientras la multitud soportaba inmensas colas en los chiringuitos callejeros que servían bebidas y bocadillos, subimos por una angosta escalera de la calle Cambios, hasta el

ático, donde reinaba un excéntrico valenciano, Amadeu Fabregat. Sus artículos eran los más corrosivos del dossier. En *«Presentado de la Falla»,* que firmó como Visatenta la Traca, decía: «Lo que debiera ser locura, orgía, desenfreno, esperma, mierda, pasóte y ábrete de piernas corazón, se ha convertido en una estructura domesticada, controlada, manipulada y atada (y bien atada, que dijo no sé quién) por esa entidad facha de toda la vida (desde los cuarenta más o menos) que es la Junta Central Fallera». Luego recomendaba a esos «junteros» que se pusieran la peineta «allá donde buenamente les quepa» y definía las fallas como un «carnaval de fuego, una invitación a la calle, una semana de desinhibición y desguace para los marginados, la gente de la huerta, los obreros portuarios, las mariquitas impenitentes, las p-t-s sin arrepentimiento, las tías marías que harán un alto en el camino para oír el serial de las cuatro, las izquierdas que se aburren pensando lo aburrido que será mandar cuando ellas manden, los niños que no entienden los letreritos porque están escritos en mozárabe...». El texto que cerraba el dossier era el más agresivo: «Arte fallero: la fallera mecánica». Hacía referencia a una película pornográfica que había rodado Lluís Fernández durante las fallas del año anterior. Fernández era el mismo que había montado un club pionero, Capsa 13, y luego el Cristopher, ambos en el barrio del Carmen.

El reducido salón de Amadeu estaba lleno de escritores, periodistas progres y mozalbetes de la Valencia underground que cuchicheaban mezclando el valenciano con el castellano entre chismes malignos acerca de las fallas del destape. Amadeu se levantó y abrazó primero a Toni Puig y luego a mí. A la oreja me susurró que el dossier había enfurecido a los

bienpensantes de derechas y a la izquierda ñoña, y que temía una querella. Javier y José Luis mostraban más ingenuidad por no estar metidos en el ajo valenciano, y no sabían quién era Ernest Lluch, un catalán que, además de dar clases de economía en la universidad valenciana, estaba creando el nacionalista Partit Socialista del País Valencia, en contra del PSOE por centralista. Labor clandestina que ejecutaba en comandita con los socialistas catalanes de Joan Raventós, también contrarios al PSOE de Felipe González y al PSP de Tierno Galván. Por lo visto, Ernest Lluch estaba horrorizado por la desvergüenza de nuestro dossier. Amadeu se pitorreaba de él. José Luis y Javier comentaban con naturalidad estas y otras cuitas con los personajes que ocupaban el salón de Amadeu, encantados de haber coordinado el dossier con personalidades que pertenecían a la crema de la ciudad del Turia.

Había conocido a Amadeu tres meses antes en la galería Adriá de Barcelona. Me lo presentó el escritor Terenci Moix. Le conté que preparábamos un dossier sobre la fiesta de las fallas y quiso participar. Amadeu tenía pinta de tunecino; moreno azabache con melena, ojos de mirada intensa envueltos en unas pestañas negras que hacía revolotear como ventiladores y una lengua viperina que vertía disparates a diestro y siniestro. Era un tipo sin escrúpulos que buscaba la risa ajena mediante un léxico valenciano de traca. Aquella noche en Valencia me espetó:

«¿Qué tal la Terencia?», sin disimular cierta envidia.

«Ahora dirige teatro en televisión para Enric Majó», le dije.

Amadeu exclamó:

«¡Qué petarda! ¿Cómo puede trabajar el rey de la cultureta para Te-le-vi-sión-es-pa-ño-la?»

La reivindicación de las fiestas populares para que los jóvenes las recuperaran sin los corsés reaccionarios la empezó Racionero. Cuando José Luis Prieto y Javier Valenzuela propusieron las fallas supe que la idea iba a transformarse en dossier. Pasamos un fin de semana en Empúries desarrollando la idea a principios de otoño. Un mes después viajamos a la ciudad del Turia y los conectamos con el resto de los colaboradores valencianos: Amadeu, Rafa Ventura Meliá y Salvador Dolz. Barnils conocía a los dos primeros y dijo que eran plumas ácidas que vendrían bien al trabajo.

Antes de abandonar la casa de Amadeu se me acercó Lluís Fernández y me habló de su película *La fallera mecánica*. «Fue una historia muy tonta. Un día que iba al Cristopher empecé a añadir la palabra fallera a títulos de películas y ¡plaf!, me vino la idea de hacer un guión con ese nombre. Un travesti se disfraza de fallera y la hacen fallera mayor. Mientras se viste para la ofrenda de flores a la virgen, su chulo, un catalán del norte, le dice que le haga cosas obscenas con la boca. Y se corren, y explotan petardos por la cama mientras una tribu de folclóricas cantan con guitarras, vestidas de falleras, simulando una *mascletá* en el interior del dormitorio. Como llega tarde y el alcalde la espera, coge una Mobylette y recorre Valencia, que está llena de falleras y petardos. En Valencia hay una larga tradición de travestís y el mariquita de pueblo es como el cura o el médico, una persona respetadísima.»

La risa fue el exorcismo que nos liberó de la hecatombe. Una tarde, acabábamos de llegar de las fallas, la telefonista entró en el despacho gesticulando como una loca. Estábamos Fernando Mir, Carlos Bosch, Jordi Brusi y yo, además de la secretaria, Ester, y el encargado de enviar los paquetes de revistas por correo, Evaristo. No entendíamos a cuento de qué venían las contorsiones de aquella rubia platino que tanto cariño nos había tomado y a la que se le había erizado hasta la cabellera. «Me han dicho que soy una puta catalana y que se la chupe a Cruyff para que agarre unas buenas purgaciones.» Nadie contuvo la risa. Carlos preguntó con malicia: «¿Y qué más?». La mujer se puso roja y dijo: «Más obscenidades que no se las contaré ni a mi marido en la oscuridad del dormitorio. Después va y llama otro energúmeno y me dice que vendrán más de cincuenta en autobús para matarme». Congestionada, dejando escapar una risita nerviosa entre el carmín de sus labios pequeños, se cogió el escapulario con la mano, lo besó, retorció la crucecita de oro y volvió al teléfono. Recuerdo que llevaba puesto un jersey de cuello alto, una falda corta verde oscuro y unas medias negras.

Toni Puig llegó con un montón de cartas, todas de Valencia, que le había pasado la portera. Había estallado el escándalo. Un valenciano residente en Barcelona, Felipe Vilarroya Mateo, había remitido al teniente de alcalde y presidente de la Junta Central Fallera, Ramón Pascual Lainosa, un ejemplar de *Ajo-blanco.* Lo leyó y, tras comprobar que la revista se editaba en Barcelona, debió de pensar: «Son catalanes. Ésta es la mía», y se la pasó al alcalde. A todo meter hicieron gestiones ante el fiscal de la Audiencia de Barcelona para que pusiera la revista en manos del Tribunal del Orden Público. También enviaron

una carta a todas las comisiones falleras, descontextualizando oportunamente el contenido del dossier y remarcando su origen. Las instituciones, en manos de anticatalanistas furibundos, el diario *Las Provincias*, la *Hoja del Lunes* y Radio Valencia alentaron la indignación del mundo fallero y de los valencianos. En ese momento llevábamos vendidos 1.680 ejemplares en Valencia, 4.006 en Barcelona y 2.040 en Madrid. El resto, hasta quince mil, en otras zonas de España.

El sentido del humor de la telefonista y el buen hacer de nuestro abogado, Félix Vilaseca, que en ningún momento politizó nuestra respuesta como hubiera hecho cualquier abogado progre, nos salvaron de un lío aún mayor y, quién sabe, hasta de la muerte súbita de *Ajoblanco*. Barnils mantuvo también una conducta estelar en la multitud de juicios a que nos vimos abocados.

El 2 de abril, *Las Provincias* publicó un extenso artículo de Vicente Giner Boira, destacado representante del conservadurismo valenciano, con el título: «Un insulto a Valencia y a las fallas». Definía el dossier como «una infamia vertida en un papelucho que se edita en Barcelona. ¿Por qué tanto odio a los valencianos desde las Ramblas? Solamente desde Barcelona vienen insultos tan infames contra Valencia [...] que de Valencia no se lleve ni un céntimo esta revista catalana [...] Y con sus nombres no hay ninguna duda de la región a que pertenecen, porque se llaman Sanpons, Jordi, Brusi, Folguera, Barnils, etc., que nos están diciendo bien claro a qué raza pertenecen [...] Todo esto se tiene que escribir para que Valencia lo sepa y también para que se levante de indignación y como valencianos cumplamos con nuestro

deber». A partir de ese día, *Las Provincias* abrió una sección, que duró un mes, a la que tituló: «Reacción popular contra *Ajoblanco»*, donde antiguas falleras mayores, falleros, agrupaciones y ciudadanos que no habían leído la revista exigían acciones legales de todo tipo contra nosotros.

La polémica de si el valenciano venía o no del catalán condicionó la manipulación que se hizo de nuestro dossier en defensa de una fiesta libre. Giner Boira aprovechó la oportunidad para escribir que el valenciano no podía venir del catalán por no existir cuando en 1238 los ejércitos de Jaime I conquistaron Valencia: «Existía el romane o romano, tal como escribió el rey cuando corrigió los nuevos fueros: *Els Furs han de ser traducidos a la lengua que el pueblo habla, el romanç*. De esta lengua deriva el catalán, el castellano y el valenciano (códice 146 de la catedral de Valencia)».

Giner Boira seguía: «El catalán don Antoni Rubio i Lluch, en su libro *Documents per a la historia de la cultura catalana mitjaval,* nos dice que la primera vez que aparece el nombre lengua catalana fue en 1362, cuando Pedro el Ceremonioso ordenó que el libro francés de caballería *Lançalot* fuera *reduit en llengua catalana».*

Sin comerlo ni beberlo, un trabajo que habían leído mil quinientos valencianos, escrito por valencianos en un tono sarcástico-satírico, movilizó a más de quinientos mil, que nunca conocieron el contenido exacto, sólo frases sacadas de contexto, como por ejemplo: «Como toda hija de buena familia valenciana, ha tenido ya su media docenita de abortos y se ha beneficiado de chulos y chulas varias», un extracto de la

película *La fallera mecánica*, escrito por el valencianísimo Amadeu Fabregat, un periodista que llegaría a ser el director de la televisión autonómica valenciana tanto con el PSOE como con el PP. «La mujer valenciana está tan alta en su pedestal, que la inmundicia del barrizal nunca llegará a salpicarla», escribía Andreu Lerma al final de un artículo en *Levante.* Titulares en todos los periódicos del País Valenciano durante semanas: «Las falleras mayores de Valencia escriben al alcalde. Piden que se inicien acciones judiciales contra *Ajoblanco»*, «Acuerdo de los vendedores de prensa: no venderán en Valencia la revista *Ajoblanco*», «La Junta Local Fallera de Carcagente expresa su repulsa a *Ajoblanco*», «El Ateneo Marítimo se pronuncia contra la revista *Ajoblanco*», «Secuestro de *Ajoblanco*», «El Ministerio de Información confirma la existencia de acciones contra *Ajoblanco*», «Acción judicial del Ayuntamiento contra *Ajoblanco*», «La Diputación contra *Ajoblanco»*, «Querella contra *Ajoblanco* por escándalo público», «Comienza la acción del Jurado de Ética del Periodismo contra *Ajoblanco*».

El mayor desaguisado lo cometió el diario *Levante*, que iba de progre, en su edición del 3 de abril, en un escrito de Alberto Jaraba Paya, procurador en Cortes por designación del fenecido Franco, donde además de anunciar que se había puesto en contacto con el Gobierno de la nación, daba el domicilio de *Ajoblanco* en Barcelona. Dos días después, llegó una carta a la comunidad de propietarios de nuestra oficina de la calle Aribau: «Procuren tener desalojada la finca para el próximo día 10 de abril de 13 a 14 horas. Tienen Vds. ratas en la finca, ratas infectadas, ratas que ya han contaminado a los demás vecinos, pues están en peligro». La policía registró el

edificio en busca de la bomba mientras nosotros permanecíamos en el bar de enfrente. Toni y yo estábamos indignados. En algún momento tuve la sensación de protagonizar un despropósito teatral. Ana Castellar llamaba continuamente y Luis Racionero repetía que dossiers como el nuestro, pese a las graves consecuencias que pudiera acarrear, eran necesarios para que la gente del país recuperase el verdadero sentido de la fiesta pagana y mediterránea.

Busqué la solidaridad de intelectuales antifranquistas como Rubert de Ventos, Camilo José Cela, Joan Fuster, con escaso resultado, además de movilizar a la prensa más aperturista y a José María de Areilza, que le dijo a Racionero que el asunto era demasiado turbio. La prensa catalana pasó bastante de nosotros, sólo los redactores de *Diario de Barcelona* Iván Tubau, Margarita Riviére, Enric Sopeña y el resto de la plantilla mandaron una carta de apoyo. *Cambio 16* y *Cuadernos para el diálogo* publicaron algunos comentarios. *Tele-Exprés*, por cobardía, siguió el asunto de una forma deslabazada para que nadie comprendiera lo que de veras ocurría. El Congrés de Cultura Catalana, montado por los intelectuales de la Assemblea de Catalunya, buscaba extenderse a Valencia a través de la denominación Países Catalans, y el búnker barraqueta usaba el *affaire Ajoblanco* para movilizar a los valencianos en contra de dicha absorción. El diario *Avui*, en catalán, cuando apareció el 23 de abril, tuvo la desfachatez de decir: «*Ajoblanco* es una revista minoritaria, escrita en castellano, poco catalana y para nada catalanista».

*Ajoblanco*, con Franco vivo y no muerto, pensé, ha publicado artículos de Quim Monzó y de otra gente en catalán para toda

España. Era la hostia. Nuestros compatriotas nos tildaban de poco catalanes y los valencianos del búnker barraqueta nos insultaban por ser catalanes. Lo cierto es que me harté de perder el tiempo con el asunto y sentí cómo una raíz profunda se quebraba dentro de mí. «Así será más fácil volar por el mundo», pensé.

*Destino*, en una carta al director firmada con el seudónimo Tirant lo Blanc, lo cual me hace pensar que la escribió el «honorable propietario de la publicación», intuición que no sólo se basa en la firma elegida sino también en la argumentación estrictamente nacionalista, se quejaba sólo «de que en las fallas oficiales, las falleras hubiese desfilado junto a un *ninot* con un letrero que decía: «De una puta y un alemán nació el primer catalán». ¡Y en castellano, claro, faltaría más! Las cosas serias esta gente las dice en castellano».

Ramón Pascual Lainosa, presidente de la Junta Central Fallera, explicó el 4 de abril a los medios de comunicación la postura de la organización que presidía, así como la del alcalde de Valencia. No me pasó inadvertida su llamada a la serenidad ante los hechos: «Que dejen en manos de la justicia cuantas acciones sea pertinente adoptar, ya que cualquier acción de otro tipo, que moralmente compartiría vuestro presidente como sentimiento personal, no conduciría a nada positivo y tal vez perdiéramos todos los derechos que nos asisten, aunque tengamos que hacer un sobrehumano esfuerzo por contenernos». Las agrupaciones falleras que ya habían alquilado dos autobuses para llenarlos de falleros agraviados y darnos un buen palizón, desistieron. En sustitución, organizaron un pleno municipal y un acto masivo de desagravio

a la mujer valenciana. «Si tiene usted alguna hija, si es usted casado, si esa hija es suya, quizás entonces pueda comprender mi indignación como hijo, esposo y padre de falleras. ¿También las pubillas han tenido seis abortos como toda hija de buena familia catalana?», decía una de las cartas que nos llegaron.

La risa, nuestra risa, siguió siendo el gran antídoto. Racionero explicaba a amigos y conocidos con guasa: «La peineta es la guillotina que separa Valencia de Cataluña». La verdad es que el asunto tampoco nos quitó el sueño; al contrario, nos estimuló a trabajar con un ímpetu mayor.

Amadeu Fabregat fue despedido del diario *Levante* y los otros cinco colaboradores tuvieron que ocultarse. Nos pidieron que bajo ningún supuesto diéramos sus nombres, mientras permanecían en contacto con nuestro abogado para acudir a las citaciones judiciales. Barnils escribió años después en su tesis doctoral: «Los juicios y contactos con la justicia han sido uno de los *happenings* más espectaculares a los que he asistido. Un juez se vio obligado a manifestar a uno de los acusados por inmoralidad: «¡Escuche joven, yo de culos he visto más que usted!». A lo que el joven acusado respondió: “¡Sí señor!”. Es como si un juez, frente a un atracador, se viera obligado a declarar: “¡Escuche, joven, yo de atracos he hecho más que usted!”».

Seguimos recibiendo amenazas de bomba en la redacción durante dos meses. Un día, un policía calvo, simpático y pequeñito, cuando iba a saltar a un patio desde la ventana del despachito del fondo donde guardábamos la contabilidad, en busca del paquete amenazante, quebró la silla sobre la que

estaba puesto y, antes de que cayera de bruces contra el suelo, pude abrazarlo por las pantorrillas. Toni, junto a mí, soltó una carcajada, mientras la telefonista, que aquella tarde iba de rojo chillón, murmuró por lo bajo: «¡Si el enano encuentra la bomba, seguro que le estalla en las narices!».

El abogado no cesaba de presentar escritos, de hacer recursos de apelación, de súplica, alegaciones, de hablar con periodistas y de intercambiar puntos de vista. A mí lo que más me preocupaba era la situación de Barnils. Sin comerlo ni beberlo podía quedarse sin trabajo. El Jurado de Ética Profesional Periodística, una antigualla fascista, amenazaba con suspenderle el ejercicio de la profesión durante un año. Él se lo tomaba a cachondeo y buscaba apodos divertidos con los que firmar los artículos que publicaba en los diarios de la época, que siempre catalogó como prensa de tercera división. «Mis clases en la facultad no me las van a quitar», decía. Buscamos la solidaridad de Lorenzo Gomis, director de *El Ciervo* y presidente de la Asociación de la Prensa de Barcelona. Impasible frente a ambos se limitó a contar las moscas que revoloteaban por su despacho. Tras mucho observar contabilizó dos. ¡Puñeteras!

## LA CATALUÑA DE LA ALCACHOFA

El número de abril, con un artículo de Racionero acerca del arte y la vida y a favor del arte callejero y otro de Chomsky sobre anarquismo, inició con gran despliegue una nueva sección de ecología. La sección, que fue pionera, explicaba el funcionamiento de la energía solar, la eólica, la agricultura orgánica y el reciclaje, así como los sistemas integrados que permiten usar diversas fuentes de energía al mismo tiempo. Tras cumplir el requisito de depósito previo, nos llegó una notificación urgente con la orden de secuestro. Estábamos en el ojo del huracán. El motivo fue la página 23, en la que Carlos Bosch, que siempre cubría reportajes de calle, mostraba los graffitis y pintadas de los lavabos de caballeros y mujeres de cinco universidades españolas. No eran particularmente obscenos. Mi reacción fue inmediata. Negocié con Pardo, el delegado del ministerio en Barcelona. Si sustituíamos la página, levantarían el secuestro y podríamos vender el número. Cuando le conté mi posición acerca del asunto fallas me dijo que lo llevábamos con moderación y de forma decente. A continuación me preguntó: «¿Pero usted qué edad tiene?».

«¿Yo? Veinticuatro, ¿por qué?», le respondí.

«Cuesta comprender que jóvenes como ustedes lleven un asunto tan serio con ese aplomo.»

El delegado del ministerio me contó que el ministro, Fraga Iribarne, amigo de Miguel Ramón Izquierdo, alcalde de Valencia, pensaba plantear en el Consejo de Ministros la suspensión de *Ajoblanco.* «Presionen para que no sea definitiva, pero sin estridencias.» Aquella misma tarde redacté con Toni Puig y Fernando Mir una nota medida para las páginas que debíamos sustituir por imperativo legal: «Ni injurias a las valencianas, ni insultos a Valencia, ni desprecio a las fallas». Íbamos a llenarla con el texto y con dos dibujos, uno de Hormaza y otro de Manel Pijoan, que era quien coordinaba la sección de ecología. La imprenta se comprometió a sustituirlas en un santiamén. El número salió sin las pintadas de los lavabos. Otro número estaba en camino, nuestro primer extra, «La Bomba Literaria», con narraciones breves y poemas de autores noveles con inquietudes. Colaboraron en la selección Nuria Amat, Kithoue y Juanjo Fernández. Juanjo escribió un artículo brillante en el que catalogaba a las vanguardias artísticas «de moda comercial tan cuidadosamente programada y gestionada por las técnicas de marketing como cualquier otra». Era un texto completamente situacionista en el que describía el[617] avanzado estado de descomposición de lo «que aún se llama arte».

El Día del Libro –23 de abril– decidimos suspender la cabalgata callejera que pensábamos realizar con actores de Els Comediants. En sustitución, montamos un pequeño tenderete junto a la fuente de Canaletas. Las Ramblas estaban llenas de gente con una rosa en la mano mientras compraba libros en las paradas de las editoriales, quioscos y librerías. Nosotros regalábamos números atrasados y vendíamos el especial. Mucha gente se paraba y nos preguntaba por el escándalo que

nos hizo famosos. La Junta Central Fallera, tras las querellas y juicios contra nosotros, protestaba por la celebración en la Facultad de Económicas de una sesión del congreso de Cultura Catalana en la que se homenajeó al rector Peset, fusilado en Paterna en 1941. El argumento de dicha protesta desvelaba claramente para qué usaban nuestro trabajo: «Estando tan recientes las gravísimas injurias y calumnias infringidas al pueblo valenciano en el semanario catalán *Ajoblanco...».*

A la una del mediodía unos trabajadores jóvenes de Telefónica, recientemente afiliados a la CNT, rodearon nuestra parada, agarraron un montón de números de las fallas que teníamos escondidos y se pusieron a cuchichear con Juanjo Fernández. Uno de ellos fue a una tienda de ultramarinos que estaba enfrente y compró diez kilos de alcachofas. No sé en qué momento ni cómo empezó la manifestación. «Coca-Cola asesina, carajillo al poder», fue la primera consigna que escuché al grupo que iba aumentando Ramblas abajo. Llevaban un *Ajoblanco* en una mano y la alcachofa levantada, que parecía una granada, en la otra. «Cachondo únete», «Queremos donuts sin agujero», «Fraga a la montaña, Heidi al poder». A la altura del Gran Teatro del Liceo, unas cien personas que integraban la marcha se pusieron a mear bajo el portalón que protegía las grandes puertas del coliseo. Toni Puig, Fernando Mir, Luis Racionero y yo observábamos la escena desde el Café de la Ópera. Luis exclamó: «¡Quieren tomar el templo de la burguesía y marcan el territorio como los lobos!».

Europa Press pasó una información por agencia en la que informaba de que alrededor de medio centenar de jóvenes que

blandían la revista *Ajoblanco* protagonizaron una manifestación «contracultural» en las Ramblas en medio de una gran afluencia de paseantes que se interesaban por los libros de las paradas y quioscos. «Los manifestantes lanzaron gritos en contra de la cultura convencional y mezclaron eslóganes políticos con motivos incoherentes. En un momento dado improvisaron un *show* consistente en simular un atraco, y a la altura del Liceo algunos orinaron frente a la fachada.»

La acción desató una nueva polémica. Los periodistas de la izquierda ortodoxa cargaron contra nosotros. Manolo Vázquez Montalbán manipuló en *Por Favor*: «Un grupito de terroristas culturales de casa bien quiso representar en la calle la parodia de las fiestas fingiendo incluso cargas policiales para luego reírse de los ciudadanos que se habían alarmado. Por la tarde, cuando como consecuencia de una manifestación la policía cargó de verdad, los terroristas culturales de casa bien no estaban presentes. Sólo se apuntan a las parodias».

Juanjo Fernández se indignó y le contestó en el número catorce de la revista: «La información de Vázquez Montalbán, aparte de tendenciosa, cosa que ya era de esperar puesto que todo lo ve a través de un prisma de seriedad, estrategias y consignas de partido, es además incorrecta. En tres aspectos: primero porque los terroristas culturales eran de todas las casas, incluidos numerosos obreros; segundo porque no alarmaron a nadie, sino todo lo contrario; y tercero porque por la tarde también estaban allí, cosa que Manolo Vázquez hubiera podido comprobar si él hubiera estado». Antonio Álvarez Solís, en *Diario de Barcelona*, añadió combustible a la polémica: «Nuestro querido colega del diario *Avui* se queja, en

un recuadro firmado por J.LL., de que varios jóvenes paseasen una alcachofa en la mano en vez de la rosa clásica... Grave hecho, tras él se alinean una serie de posturas que dibujan una Cataluña u otra muy distinta: la Cataluña de la rosa y la Cataluña de la alcachofa. Y bien, ¿dónde nos encontramos cada uno de nosotros? Examine su espíritu cada cual y defínase convenientemente. Por nuestra parte, con la Cataluña de la alcachofa; es decir, con la Cataluña que concibe dinámicamente su propio ser y que busca un camino desmitificador».

Varios países, diferentes actitudes y dos izquierdas, la de los políticos en formación y la que se vivía en la calle. Juanjo acababa el párrafo dedicado al escritor comunista experto en cocina: «La información de Manolo Vázquez es un caso extremo de información dada con una postura previa tomada: la idea de que la oposición se debe hacer con seriedad, con disciplina, con organización y dentro de unas estrategias globales, impersonales, dictadas por las organizaciones que dirigen la lucha. Toda contestación que no responda a este esquema es *irresponsable, de casa bien, revisionista* o, lo peor de todo, *poco seria.* Lo que no parece haber notado aún el señor Vázquez es que la seriedad es precisamente uno de los baluartes de la burguesía que él dice combatir. Y que la disciplina, organización, impersonalidad y antiespontaneidad son los valores en que se asienta el autoritarismo y la represión».

Paco Umbral en *La Vanguardia* remató el tema: «La oposición está empezando a combatir la represión con sentido del humor, y esto ya es un buen síntoma de que a la oposición

no hay quien la pare [...] Hace poco, en Barcelona, vi a los subversivos surrealistas del grupo *«Ajoblanco»* paralizando las Ramblas con una manifestación en la que gritaban: «Cachondo, únete...». ¿Cómo deshacer a golpes una manifestación que pide a los cachondos del mundo –o de una ciudad– que se unan?».

## LAS RAMBLAS

Nazario reapareció durante aquellos días por las Ramblas con los mostachos más poblados. Contaba que había vuelto definitivamente de Huelva, vivía en casa de las gemelas Ricart y con Joan Baró había pasado por Can Americano, en Ibiza, donde encontraron un ambiente rupestre iluminado con petromax. «Tras oír varias sesiones individuales de psicodramas y de desavenencias internas solapadas, tomamos el camino de vuelta sin despedirnos.» Los de *El Rrollo* estaban preparando un nuevo álbum, *Nasti de Plasti*, que publicarían con ediciones Mandrágora, una filial de *Vibraciones.* Mariscal en Ibiza había inventado *Los Garriris*; uno de ellos, Coby, se convertiría, quince años después, en mascota olímpica. Nazario había dibujado en Huelva *La calabaza encantada*, su primera historia larga, donde las calabazas de las hadas se transformaban en personajes que cometían incestos entre apasionados amoríos; *Paranoia*, donde ya hablaba de violencia de género a través de un matrimonio harto tras años de convivencia; y *El príncipe azul.* Cada viñeta de Nazario era un guiño crítico a la realidad que había que leer con atención. Ceesepe, el dibujante madrileño, un prodigio de creatividad, sorprendió en aquel álbum con trece páginas de una historia algo autobiográfica: *Slober*, un niño que malvive con una madre reaccionaria. La lucha generacional entre padres e hijos que llevaba gran parte de la juventud española se manifestó en la historieta de forma genial. La colaboración entre la gente de

Madrid y Barcelona fructificaba. En el Café de la Ópera topabas con madrileños felices ante tanta algarabía.

Las Ramblas estaban en plena juerga de la libertad; la situación más extravagante tenía lugar con una espontaneidad desconocida desde los tiempos de Durruti. Los teatreros, junto a multitud de rebeldes, se mezclaban con los vendedores ambulantes y las coristas retiradas del Paralelo. María –así era conocida por todos–, una antigua prostituta alcohólica que callejeaba sin techo conocido, se metía en el follón, con viveza o con delirio, te exigía un cigarrillo, lo agarraba con dos dedos, lo retorcía en busca de fuego, lo aspiraba con unos morritos obscenos y te escupía el humo con gotas de saliva. Otras noches, bailaba dando tumbos frente al Café de la Ópera mientras cantaba con voz de cazalla: «Mi hermana folló con cinco y tuvo cinco hijos, y yo que follé con toda la marina americana no tuve ninguno». En ocasiones se entrometía un chiflado vestido de sheriff, que disparaba con dos pistolas de juguete, y en otras un tipo con una mona colgada al hombro.

Nazario iba acompañado de un pintor andaluz muy gracioso y de léxico desbocado. Se llamaba Ocaña y paseaba arriba y abajo del brazo de Camilo, un muchacho alto, esbelto, guapo, que se movía con la distinción del señorito andaluz y el porte de las estrellas de Hollywood. Los tres andaluces cantaban las canciones de las niñas de su pueblo con ternura contagiosa envueltos en mantones de Manila. Llevaban claveles rojos en la oreja que repartían entre quienes lanzaban los requiebros más picantes. La espontaneidad barroca del sur había tomado las Ramblas y los jóvenes la imitaban poniéndose sombreros con plumitas o lo que hiciera falta. La Barcelona festiva y libertaria

emergía con una fuerza inesperada. La colección Acracia de Beatriz de Moura arrasaba y los libros anarquistas corrían de mano en mano. Ya nadie sabía lo que era legal o no, tampoco importaba. Las noticias estelares del momento eran las vicisitudes del *Ajo;* que la revista *Star* reaparecía con más texto y un contenido que alumbraría el punk; y que por fin había abierto Magic con un concierto de Esqueixada Snif.

Magic fue el primer espacio multidisciplinar en el que lo mismo escuchabas una actuación que bailabas o veías una exposición o una película experimental. El local era un laberinto de espacios que subían y bajaban junto al ruinoso mercado del Born. Todos soñábamos con un Born remodelado y alternativo abierto día y noche. El elitismo catalanista y progre amenazaba la vitalidad de Zeleste y la gente que llegaba de todas partes en busca de libertad optaba por Magic. Recuerdo a un hombre bocadillo paseando por las Ramblas con un cartel colgando que anunciaba el pase de Tos cortos de Pedro Almodóvar en Magic. Los títulos: *Film político, Historia de amor que termina en boda, La caída de Sodoma, Sexo va sexo viene* y *El sueño*. Fui con Toni Puig y con Luisa Ortínez y me di de bruces con Nazario y Martha, una exiliada argentina atractiva y grandota con labia de psicoanalista inteligente. Seguía a Lacan. Gracias a ella me enteré de la terrible tragedia que asolaba Argentina. «¡Los colegas que no escapan de las garras del fascio desaparecen en los cuarteles!», narraba aterrorizada. Entre aquellos lamentos observábamos perplejos cómo, en un espacio no muy grande, Pedro Almodóvar pasaba entre empujones sus películas en Súper 8 mediante un proyector de aficionado.

Él mismo, sin micrófono, narraba algunos diálogos y cantaba las coplas de la Piquer y de otras cupleteras con un chorro de voz engolada.

El Ponsa era un restaurante casero frecuentado por los clanes literarios de Barral y Castellet. Estaba en la calle Enrique Granados, junto al despacho laboralista de Josep Solé Barberá, donde yo había pasado la mañana en busca de solidaridad comunista por el asunto fallas. El padre nos invitó a su hijo José y a mí a comer. El hombre vivía el frenesí político. Junto a El Guti y Pere Ardiaca, no paraba de presentar el programa del PSUC en barrios, pueblos y universidades. Los partidos no eran legales pero estaban tolerados y algunos de sus actos salían reflejados en la prensa. Me divertía una frase del escritor Paco Umbral que había leído en *Destino*: «Los partidos políticos en España son como las brujas, no existen pero funcionan». Por mi parte buscaba una tregua con los comunistas. Frente a sus ataques y tergiversaciones, habíamos publicado una carta firmada por los cuatro a los mandos de la revista *Triunfo* que tuvo gran repercusión. La dirección de *Triunfo,* la única revista que se había negado a intercambiar suscripciones con nosotros, no contestó pero sí el hijo de uno de sus gerifaltes: Eduardo Haro Ibars, que se nos ofreció como colaborador.

Con los Solé Barbera me sentía unido por amistad. Por mucho que José se hubiese desentendido de la revista, buscaba su apoyo en momentos difíciles. También me interesaba recabar la opinión del abogado acerca de si en España iba a cambiar algo de verdad y si la Assemblea de Catalunya, a la que cada vez se adherían más asociaciones ciudadanas, estaba contra el Consell de los partidos políticos

–todos catalanistas– o qué coño pasaba. La Assemblea largaba cada semana una nueva consigna en forma de pegatina: *«Ajuntaments democrátics», «Poblé catalá posa't a caminar»*[54]. Las respuestas fueron decepcionantes aunque el tono general de la charla me dio indicios de que la opción libertaria de *Ajoblanco* iba a extenderse. El PSUC y el PCE, aún hegemónicos en la Platajunta, buscaban un pacto político con la derecha, el centro y la izquierda que hiciera posible la ruptura democrática y la autodeterminación de los pueblos de España. «Los partidos han de crear un gobierno provisional que promulgue una amnistía general, que selle la reconciliación definitiva y abra un proceso constituyente.» Por lo visto, una de las exigencias del PSOE en el momento de firmar la unión entre la Junta Democrática y la Plataforma de Convergencia era la de dar todo el protagonismo a los partidos y sindicatos en el proceso de ruptura democrática. Bajo ninguna circunstancia los movimientos sociales podían interferir.

Como el PSOE era un partido pequeño no di importancia a ese pacto, que a la larga fue decisivo. Cuando los políticos se hicieron fuertes, se cargaron la incipiente sociedad civil para copar ellos el protagonismo. El PCE había firmado, algo sorprendente, dicho compromiso. Solé Barberá argumentó que el rey tendría que decidir con quién estaba y que ya no creía que su reinado fuera a ser tan breve. Yo le pregunté con cierto mosqueo si en España se iba a imponer el esquema italiano: una democracia cristiana y un PC fuertes; o el alemán, en el que la izquierda estaba copada por una socialdemocracia conectada con la CIA. Montalbán, en *Por favor*, había escrito

54 «Ayuntamientos democráticos», «Pueblo catalán ponte a caminar».

que la agencia de espionaje financiaba a Willy Brandt y al rey Hussein de Jordania.

Recuerdo que fui feroz en mis críticas a la prensa diaria por no informar de lo que acontecía en Argentina: «¡Está desapareciendo gente, pero como allí no se han cargado a ningún Allende, los comunistas no orquestáis ninguna campaña masiva y la prensa calla!». No dije nada acerca de la reconstrucción de la CNT. Entre vaguedades, pude advertir una preocupación creciente en la cúpula comunista ante la contundencia de un movimiento obrero que no aceptaba la unidad sindical que propugnaban. UGT y CNT estaban ganando la partida: CCOO no heredaría en solitario el Sindicato Vertical franquista que tenía medio tomado.

Solé Barberá me contó que Felipe González lo tenía mal en Cataluña y peor en Euskadi. «Los socialistas de Pallach y Raventós no lo quieren ni en pintura, y en Bilbao, seis mil simpatizantes del Movimiento Socialista de Euskadi no le han permitido tomar la palabra en un mitin por no hablar en vasco. Enrique Múgica perdió los nervios y les llamó racistas.» Solé Barberá también estaba molesto con Gregorio Peces Barba, del PSOE, por unas declaraciones en las que había insinuado que los partidos socialistas iban a absorber más de la mitad de la militancia del PC cuando fuesen legales.

*España a las 8* –el programa radiofónico de mayor audiencia– abrió con una noticia que repitió durante todo el día: «El Consejo de Ministros del 4 de junio ha impuesto a don Ramón Barnils Folguera, en su calidad de director de la publicación periódica *Ajoblanco,* y como responsable de una infracción

administrativa muy grave, la sanción de doscientas cincuenta mil pesetas, y a la empresa editora de *Ajoblanco* la suspensión del permiso de edición por un periodo de cuatro meses». La noticia salió destacada en todos los periódicos y medios de comunicación y nos convirtió en una revista famosa. Ramón Barnils me llamó entusiasmado y me dijo textualmente: «Nos acaban de regalar la operación de lanzamiento de marca más fabulosa que conozco».

Al día siguiente, las Cortes franquistas aprobaron la Ley de Reunión y Asociación sin cambiar el Código Penal, que penaba dichas actividades. Algo inaudito; Fraga fue la cabeza visible de aquella reforma surrealista además de ser el instigador de nuestra suspensión. Era un reaccionario disfrazado de Caperucita. Afortunadamente, tras los asesinatos de Vitoria y la matanza durante la concentración carlista de Montejurra[55], este ministro de Interior que vociferaba «La calle es mía», fue apeado del poder. Los americanos apostaban como líder de la transición por un falangista joven, poco conocido y liberal.

Pese a las bombas y las amenazas de la extrema derecha, las librerías progresistas se consolidaron como espacios liberados donde se daban encuentros fortuitos a horas decentes. Frecuenté varias en distintas ciudades. En algunas de ellas llegamos a hacer pequeñas presentaciones de la revista seguidas de un coloquio. La onda libertaria se extendía y los libros circulaban con descaro. De entre todas las que

---

55 El 9 de mayo de 1976, durante la romería anual al monte navarro de Montejurra, fueron asesinados dos miembros del Partido Carlista de Carlos Hugo de Borbón-Parma, partidario de la democracia. Los asesinos fueron ultraderechistas en contacto con alguna agencia de inteligencia del régimen franquista y con conexiones en Italia.

frecuentaba, Épsilon fue la que sentí más próxima por la excentricidad y simpatía de su equipo. Estaba en la calle Casanovas, en la izquierda del Ensanche. El mago de la librería se llamaba Luis. Recuerdo sus gafas de concha negra, sus bigotes dalinianos, su cara quijotesca y su tez moruna. Era adicto al café y al hechizo de los libros heterodoxos. Depositaba en tus manos los más provocadores con el entusiasmo de los que aún pensábamos en cambiar el mundo. Tal era la emoción que despertaban los libros anarquistas más prácticos que editaba la colección Acracia que olvidábamos que la censura existía. *La vida e ideas de Enrico Malatesta* se había publicado con seis meses de retraso y los pocos libros tolerados de Ruedo Ibérico salían como gotas. Bajo la batuta de aquel enamorado del saber consagré la peculiaridad de mi biblioteca. Gloria, su mujer, era una gallega despierta que iba de un lado a otro de aquella cueva con trastienda atiborrada buscando lo que pedías. También corría por allí un tipo rubio con quien establecí una sintonía que me empujó a pasarme por el lugar muchas mañanas. Recuerdo a Leopoldo Panero, el poeta indiscutible de su generación, dando tumbos etílicos entre las paredes llenas de libros; a un tipo excéntrico y adinerado, obsesionado con sus calcetines, que decía con total convicción que muchas noches el diablo se metía en su cama; al director de cine José María Nunes, un libertario cachondo que había rodado *Iconockaut,* la historia de dos amantes sobre un colchón contemplando la luna, hasta que Kaut, la sociedad perversa creada por las élites dirigentes, contaminaba la relación.

Las tertulias matinales en esa librería alumbraron mi confianza con otro asiduo, Ángel Alonso, el aragonés alto y

fornido que ya colaboraba con nosotros. La relación entre los miembros de la cooperativa de la Sala Villarroel y del colectivo *Ajoblanco* fue copiosa. Una mañana, lago Pericot, escenógrafo, pintor y profesor del Institut del Teatre, me presentó a quien iba a ser nuestro crítico teatral por excelencia, un lascivo y dicharachero levantino de Castellón que venía de París y era íntimo de Pierre Constant. Se llamaba Vicent Bernat. Otra mañana, Ángel Alonso, lago Pericot, Vicent, Toni Puig y los de la librería estábamos hablando sobre el espectáculo de Jeróme Savary que hacían en el teatro Romea cuando entró el mismo Jeróme y se puso a contar anécdotas de cuando estuvo metido en el movimiento Pánico de Arrabal, Topol y Jodorowsky, del encierro en el teatro Odeón durante el Mayo del 68 y de cómo creó Le Grand Magic Circus. Otra compañía teatral que suscitó debate fue Els Joglars. Hacía un año que Gloria Rognoni se había partido la columna vertebral. La pelirroja había caído al vacío deslumbrada por los focos de TVE mientras rodaban las escenas de *Alias Serrallonga* en el teatro Romea. Corrían rumores de que la compañía podía disolverse. Toni seguía compartiendo piso con Andreu Solsona y confirmó tal posibilidad. Aunque la situación del teatro profesional en Barcelona era penosa, los actores y directores, en paro forzoso por falta de empresarios, acababan de constituir la Assemblea d'Actors i Directors (AAD). Exigían un teatro municipal, otro nacional y una ley de teatro. El PSUC trataba de controlar dicha asamblea e integrarla en la de Cataluña. Los libertarios, con Carlos Lucena y Mario Gas al frente, frenaron el intento y consiguieron autogestionar una temporada popular en el Teatre Grec durante el verano: éxito rotundo con beneficios pese al boicot municipal y las zancadillas de la élite teatral del PSUC. Finalmente los actores y directores comunistas

aceptaron la propuesta y el asunto salió bien. El teatro se convirtió en una de las actividades más combativas de la época.

«Bernat, me gustaría que escribieses sobre el Living Teather», le sugerí. Días antes habíamos cenado en la Sala Villa- rroel con Ángel, lago, el jovencísimo actor Sergi Mateu, Bernat y algunos otros para festejar el fin de las representaciones de *Beckett* 2, la obra de lago. En esa cena decidimos ir con Toni y Vicent a Masnou, un pueblo junto al mar, a visitar el estudio de lago Pericot. lago pintaba en gran formato santos padres, reyes y personajes desnudos. En un rincón del estudio descubrí un Kissinger con cuernos de diablo que me dejó prendado. «Desde que Rauschenberg en Venecia se hizo con la bolsa del arte internacional, vi con claridad que para hacer arte moderno se necesita espacio, tiempo y dinero. Los americanos lo tienen, nosotros no.» Pericot parecía estar al tanto de los manejos del Departamento de Estado norteamericano para controlar el imaginario colectivo de Occidente. lago se quejaba de la falta de formación de directores, escenógrafos, actores: «La censura ha servido a menudo para encubrir la mediocridad. El teatro está en manos de gente muy vocacional que ha de combinar dos trabajos para subsistir».

Estábamos consolidando la época de aprendizaje del primer *Ajoblanco.* Lo más entrañable fue el afecto que corría entre nosotros sin más angustias que combatir a los fascistas de Valencia que nos habían hecho famosos. Fueron meses ligeros, colectivos, fascinantes, en los que cada uno de nosotros supo desempeñar un papel y ninguno quería ser otra cosa. Toni Puig alentaba la curiosidad. Luis Racionero, culto y generoso,

potenciaba su papel de aprendiz de brujo. Fernando Mir era buen editor y coordinaba el primer «Extra Viajes» con ilusión contagiosa. Por mi parte, según decían, era una explosión de tenacidad, intuición y capacidad de trabajo. A mí, la verdad, lo que más me importaba era el futuro político, que veía colonizado por las fuerzas del capital internacional. De eso debatíamos con Santi Soler, quien también asistía a nuestras reuniones de redacción. En una de ellas sostuvo que las condiciones habían cambiado, que *Ajoblanco* estaba en boca de muchísima gente y que había que hacer un nuevo manifiesto que corrigiera el del número uno. Luis discrepó sobre el contenido de la propuesta. Temía que el deje intelectual que Santi arrastraba desde que fuera el teórico del MIL pudiera desvirtuar la línea de una revista que apostaba por hechos y por nuevas formas de vida. «¡Las ideologías y los ismos pertenecen al viejo mundo!», aclaró Santi. Yo dije con cierta solemnidad: «Hay que aceptarse como esponja para ser el eco de la calle, que es lo que buscan los lectores». Toni defendía dinamizar la ciudad y el campo dando vida a «marcos territoriales o espacios *Ajoblanco»* donde la gente creativa pudiera relacionarse al margen de los «saberes integrados en instituciones fosilizadas». Fernando bostezaba mientras ordenaba unos papelitos con los posibles viajes para nuestros lectores con agencias alternativas, como Nouvelles Frontiéres, sin buscar más beneficio que el que la gente conociera puntos geográficos de interés.

Beatriz de Moura nos dijo que Carlos Semprún Maura, que vivía en París, quería conocernos. El director de la colección Acracia había publicado un libro polémico: *Ni Dios, ni amo ni CNT.* Fuimos a Tusquets, que por aquel entonces estaba en la

calle Rosellón, y Beatriz nos comunicó que pensaba militar en Mujeres Libres y que lo que más le interesaba potenciar desde la editorial era lo que incidiera directamente en la revolución de las costumbres. Semprún fue muy crítico con el aparato anarquista que sobrevivía en el exilio y nos pasó un artículo: «Los ritos del mundo obrero». «El difunto movimiento obrero ha acabado en la ciénaga burocrática. Las organizaciones obreras copiaron la jerarquía, la disciplina, el espíritu de sacrificio y la noción de rentabilidad de la burguesía. El mitin es el sustituto de la misa y la manifestación el de la procesión. Hay que reinventar lo revolucionario y destruir la falsa imagen de tradición.»

Santi Soler trajo una tarde «El manifiesto Ajoblanquista» con un humor descreído. Antes exclamó: «¡Todos los periódicos hablan a favor de esta publicación barcelonesa, aparentemente minoritaria, contracultural, alternativa, y sin eco!». Santi forzó una carcajada y acabo sonándose con estruendo, mientras acentuaba: «Sin eco». Temí que le diera un ataque epiléptico por la emoción que suponía tanta publicidad. No ocurrió nada y leyó extractos del manifiesto: «Nuestra actitud pretende ser la parodia permanente de eso que por error llaman normalidad cuando deberían decir esquizofrenia. Aspiramos a que las cosas se llamen por su nombre... A *Ajoblanco* le gusta vacilar; se ríe de quienes hablan de revolución y de lucha de clases sin referirse a la vida cotidiana; se distancia de quienes hablan de Vida Cotidiana en vez de vivirla, de tratar de transformarla. Y en fin, en contraste con los subproductos de ortodoxa militancia, *Ajoblanco* declara militar sólo por la juerga general, por la orgía, por la fiesta, por la creatividad, por hacer el amor al oprimido como eficaz forma de guerra al opresor...

*Ajoblanco* no engaña: escribe su nombre con una A mayúscula y, cuando puede, le pone un círculo que la rodee». Éste fue el editorial como respuesta al Consejo de Ministros, a la Junta Central Fallera, a los *mass media* y a los partidos políticos del número de junio de 1976.

Con atrevimiento fui al delegado del ministerio a decirle que la suspensión de cuatro meses la iniciaríamos el 3 de julio, tras editar un especial de verano, cargado de ecología y de viajes. El funcionario tragó. Cuando por fin desmantelamos la histórica oficina de Aribau, trasladándonos a una mayor en la calle Consejo de Ciento, y editamos el especial «Verano 76», cayó el Gobierno que nos había suspendido y Fraga Iribarne se fue a hacer puñetas. Apareció en la escena política oficial un tipo muy parecido al delegado del Ministerio de Información en Barcelona: se llamaba Adolfo Suárez. Pese a que la prensa reformista acogió el nombramiento con irritación –«Qué error, qué inmenso error»– intuí que aquel Gobierno de PNN sí iba a derribar el edificio franquista además de perdonarnos la multa. El 14 de julio el gobierno consiguió la proeza de que las Cortes reformaran los artículos sobre el derecho de reunión y asociación vigentes en el Código Penal franquista. Hasta ese momento, cualquier reunión que pudiéramos celebrar en la redacción con los colectivos, alguna de más de veinte personas, podía considerarse ilegal y acabar todos en la cárcel.

Antes, bomba en La Vaquería. «El día 8 de junio, La Vaquería ha sido destruida totalmente por un artefacto explosivo a las 4:10 de la madrugada sin que se produjeran lesiones personales.» «La extrema derecha se carga el local alternativo de Madrid. Curiosamente, en el portal contiguo a Libertad 8

vive el hermano de Mariano Sánchez Covisa, jefe de los guerrilleros de Cristo Rey. En el momento de la explosión colgaban de las paredes carteles de Bakunin, en favor del Sahara libre y de los palestinos.» Mientras esas tragedias aterrorizaban el ambiente de la capital, Ocaña, travestido de cupletista, montaba un paso de Semana Santa lleno de velas en las Ramblas, frente al Liceo, y proclamaba a María, la vieja prostituta, completamente colocada con una botella en la mano, virgen de las Ramblas. El *happening* espontáneo fue colosal. Cada noche se liaba una más gorda y Ocaña se convirtió en el rey de la fiesta por ser el más lanzado e imaginativo. Entre tanto acontecimiento, la plaza de toros Monumental quedó colapsada por la llegada de los Rolling Stones, que por fin aterrizaban en España en aparición única. El concierto estuvo precedido de una polémica absurda. Ángel Casas, de la revista *Vibraciones*, desató por rivalidad una campaña contra los conciertos de Gay Mercader. Gay había montado la primera tienda moderna de discos en la calle Hospital y traía a los mejores grupos de rock del mundo, mientras que Casas organizaba pequeños festivales de grupos locales sin mayor trascendencia. Casas denunció que el concierto de los Rolling era muy caro y que el grupo estaba agotado y muerto. Recuerdo que Nazario no consiguió entrada y que se quedó fuera, tirado y borracho como una cuba en la acera de la Avenida de Carlos I, frente a la plaza de toros, junto a una batalla campal provocada por grises que disparaban botes de humo contra la gente que se había quedado fuera. Uno de aquellos botes cayó en las gradas, provocando pánico y carreras. Las constantes explosiones del exterior producían angustia en el interior; si los grises entraban estábamos metidos en una ratonera. Las guitarras disolvieron la tensión.

Aún me veo en un extremo del escenario junto a Toni y Fernando. Mick Jagger venía hacia nosotros dando rítmicas zancadas, alargaba los brazos hacia el público y se contoneaba como un gusano envuelto en llamas. Los Rolling estaban en un momento extraordinario.

## DURRUTI RESUCITA

Tras innumerables paseíllos junto a Ramón Barnils, el abogado y los valencianos por distintos juzgados, me fui con Juanjo Fernández en coche hasta París. Iba a conocer a Agustín García Calvo. Juanjo quería comprar libros situacionistas para un dossier que preparaba con Santi Soler para el número dieciséis, el de la reapertura, que lanzaríamos a bombo y platillo en noviembre. Marchamos algo asustados por una nueva amenaza de bomba. Lo de La Vaquería contagiaba un vértigo espeluznante y la extrema derecha de Valencia era poderosa.

Agustín García Calvo, el gran iconoclasta de la filosofía española, vivía exiliado en un pequeño apartamento del Barrio Latino desde que las autoridades franquistas le expulsaran de su cátedra universitaria en 1965 junto a Enrique Tierno Galván y José Luis López Aranguren. Nos recibió en batín, corto y floreado. Llevaba collar, barba, el cabello desordenado y unas cejas negras bien pobladas. Tenía cincuenta años. Durante el tiempo que duró la entrevista, permaneció sentado frente a una mesita con una máquina de escribir, un montón de folios en blanco y otros ya escritos. El espacio era minúsculo, con libros clásicos, un jergón y un ventanal abierto por el que se colaba el murmullo de la Rue de Biévre, que también era pequeña. Me cautivó el choque entre la simplicidad del ambiente y las ocurrencias sobre los pensadores griegos

heterodoxos. Acerca de la situación española no quiso opinar por estar metido en escrituras más urgentes. Sí nos aconsejó que pese a elaborar una revista de quiosco nunca nos dejásemos instrumentalizar por la cultura ni por su gente. «Os espero una de estas noches en la tertulia de La Boule d'Or. –Por el momento no quería tratos con la prensa–. Cuando tenga algo que decir os lo comunicaré antes que a nadie», dijo. Supongo que ya estaba al tanto de que el nuevo Gobierno iba a revocar la decisión administrativa que le dejó sin cátedra y no sabía cómo actuar por la confusión reinante. Acabó hablando de vestimenta. «Me gusta vestirme con colores tan vivos como el plumaje de los pájaros.» Juanjo reaccionó escandalizado ante la ocurrencia. Como buen dogmático no soportaba hablar de trapos.

Juanjo y yo dormíamos frente el ábside del Sacré Coeur, en Montmartre, en la buhardilla del edificio que ocupaba el pintor italiano Valerio Adami, que estaba de viaje. Una casa lujosa plagada de grandes lienzos contemporáneos y esculturas vanguardistas. Mi amigo Nacho Farreras era el asistente del pintor y nos instaló en un colchón en la parte cutre que ocupaba. Una noche, ante mi sorpresa, descubrí que Juanjo mantenía en secreto su tendencia homosexual. La represión, supongo, era la causa de que ligara poco y leyera tanto. Juanjo era despótico, desmesurado, en ocasiones intratable y en las discusiones vertía argumentos descarnados que te dejaban clavado. Yo estaba centrado en lo mío y pasaba de líos con compañeros de trabajo. Eso sí, le había tomado un cariño inmenso. En ocasiones era tierno y humano, en otras retorcido y brutal; puro temperamento contradictorio. Recuerdo la emoción que sintió cuando en la librería La Vielle Taupe dio

con un libro muy gordo que recogía los cómics y textos de la Internacional Situacionista. Luego fuimos a la de Ruedo Ibérico. Nos atendió un catalán bajo y robusto, recién exiliado, que era comunista. Juanjo le espetó con atrevimiento varias impertinencias de las suyas acerca de las relaciones de poder de las pequeñas instituciones donde se cuela la sumisión que dictan las más altas instituciones del Estado. «El poder se ejercita mediante una red reticular que se infiltra en las relaciones humanas», le dijo, y entre risitas mientras pagaba *La CNT en la revolución española*, de José Peirats, le soltó: «El que avisa no es traidor, camarada leninista». Juanjo me contó que Pepe Martínez, el inventor de Ruedo Ibérico, prescindía de comunistas y socialistas en los *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, por dogmáticos y pequeñoburgueses, y que pensaba convertir la revista en libertaria. «Se ha afiliado a la nueva CNT y está contra Carlos Semprún por desvirtuar el anarcosindicalismo.»

Para nosotros, lo más trascendente de aquel verano en que el nuevo Gobierno concedió una amnistía a los presos políticos y de opinión sin delitos de sangre, aconteció en mi casa de Menorca. Yo llevaba un pequeño libro de Julio C. Acerete. Se llamaba *Durruti* y lo había editado Bruguera. Las ideas, la lucha y la vida de aquel libertario me contagiaron un gran entusiasmo. Toni Puig hojeó unas páginas en la cocina, de pie, y estalló en un: «¡Escuchad esto!: no confiéis nunca vuestro destino ni la solución de vuestros problemas a los profesionales de la política, ni permitáis tampoco que surjan líderes entre vosotros. Los unos y los otros os engañarán y harán lo imposible para que no podáis sustraeros a vuestra condición de esclavos. No comenzaréis a ser libres más que cuando seáis capaces de organizar vosotros mismos vuestra lucha».

La emoción conquistó la casa y yo rompía las páginas ya leídas para pasárselas a Toni, que a su vez se las daba a Luis Racionero y éste a Fernando Mir. Carmen Iglesias y Nacho Farreras, los otros dos fijos en la casa durante el mes y medio en que nos refugiamos allá a preparar el futuro, también las leyeron. La vida cotidiana de aquel proletario desvelaba una aventura apasionante y coherente en las antípodas de cualquier hipocresía. Durruti perseguido por la monarquía, Durruti traicionado, deportado y humillado por la República y finalmente boicoteado en el suministro de armas para el frente de Aragón por creer que no se podía ganar la guerra sin revolución o porque la estaba haciendo.

Durruti murió de un balazo en el frente de Madrid, el 20 de noviembre de 1936, tras haber proclamado, junto a miles como él, el comunismo libertario en las tierras aragonesas. Fue un hombre legendario que nunca se separó del pueblo como hacen otros dirigentes. Cuando «expropiaba bancos burgueses» entregaba el dinero para montar escuelas gratuitas para los hijos de los trabajadores y no se quedaba ni calderilla para un café. Fue la antítesis del funcionario sindical y jamás poseyó nada. Sus eslóganes también me impresionaron: «Llevamos un mundo nuevo en nuestros corazones». «Cuando lo extraordinario se vuelve cotidiano es la revolución.» «Queremos una sociedad nueva, sin explotadores ni explotados.» «La revolución es una larga y difícil marcha hacia lo desconocido. La nuestra debe seguir un curso diferente al de la revolución rusa. No debe desarrollarse bajo la consigna: un partido al poder y los demás a la cárcel.»

Durante el tiempo que permanecimos en aquella casita que

estrenaba con ilusión adolescente y que siempre compartí con compañeros pasaron algunos colaboradores del *Ajo.* La primera que llegó fue una letrada feminista que había estudiado conmigo en la facultad y que salía con Fernando Mir. Se llamaba Marta Cros, era una lanzada a la que le gustaba subirse en la moto de Fernando para sentirlo suyo.

Los primeros en pisar la isla fuimos Fernando y yo. Viajamos en barco, yo con mi 850 y Fernando con su Ducati roja. Enseguida aterrizaron Félix Vilaseca y su novia, aunque sólo estuvieron dos días. Nos trajeron la noticia de que se rumoreaba una amplia amnistía política, en cuyo caso algunos de los juicios y sanciones podrían anularse. A continuación llegó Toni Puig, que venía de la Bienal de Venecia. La noche anterior a la llegada de Luis Racionero, Carmen Iglesias y Nacho Farreras nos fumamos una hierba mexicana que me había pasado Frederic Amat, quien ya sin mili pensaba instalarse definitivamente en México. ¡Qué colocón! Fue un exorcismo con el que quemar las tensiones valencianas. Fernando, Toni y yo paseamos por el puerto de Villa Carlos y acabamos en una discoteca de San Luis casi vacía. Bailamos como posesos en la pista desierta viendo más lucecitas de las existentes, como si formásemos el grupo de rock más unido del mundo. Era como estar bajo los efectos de un ácido. Un grupito reía mientras nos observaba desde la barra con complicidad, lo cual aumentó nuestra exhibición psicodélica. Eran Enrique Vila-Matas, Conchi Sitges, Gonzalo Herralde y otros que no conocía. Enrique había escrito un artículo en *Ajoblanco* sobre Visconti. Acabamos la noche compartiendo locuras y charlando acerca de las películas vanguardistas de Gonzalo.

Recuerdo a Toni en el huerto de casa, bajo el manzano, escribiendo con lápices de colores en una libreta de pergamino; a Nacho Farreras en el porche, construyendo unas pequeñas esculturas de hierro con un taladro tremendo que sólo accionaba cuando los demás íbamos en busca de playas vírgenes para hacer nudismo. Fernando organizó su espacio en el sofá de obra frente a la chimenea, sobre la que instalamos el tocadiscos. Luis leía en su habitación y cuando se cansaba bajaba a poner música, sobre todo Wagner, que era lo que le gustaba a Carmen.

Durruti nos impregnó con su ejemplo comunitario y mantuvimos una convivencia sin el más mínimo equívoco en la casa menuda que mi madre había restaurado con maestría. Toni decidió dejar la escuela Heidi para meterse en el *Ajo* a todas horas.

Litus, un joven amigo suyo que estudiaba arte, iba a maquetar la revista. Yo estaba harto de las fiorituras de los diferentes diagramadores y exigía una revista clara, creativa y legible. Toni controlaría el diseño de la maqueta y los textos recibidos además de escribir los suyos. Fernando, el encargado de editar los textos, potenciaría «La Cloaca», «Info-ciudades» y la sección «Viajes». Junto a su amigo Jaume Pujagut pensaba editar una pequeña revista, *Under Guía*, así que decidimos contratar a una secretaria de redacción. Luis prometió pasarse dos tardes a la semana, remuneradas, y montar debates publicables mientras yo me responsabilizaba de la empresa y de los colaboradores, además de buscar a un buen contable. Mi idea era consolidar los colectivos existentes y azuzar nuevos. Un atardecer pasó por casa Dani Aixelá. Tras vivir un

tiempo en Menorca como un hippy había vuelto a Barcelona a montar el colectivo de ecología TARA. Este grupo llevaría la sección y realizaría el especial «Energías Libres». Otro día pasó Manuel Baldiz con la decisión de participar en todos los números para potenciar al máximo la sección de antipsiquiatría, además de crear en barrios y ciudades colectivos de dicha disciplina, en las antípodas de la devastadora psiquiatría oficial. Vicent Bernat se instaló una semana desplegando a todas horas su humor valenciano. Le encantaba disfrazarse. Un día, envuelto en trapos de cocina y cubrecamas, con una almohada enrollada en un mantón de color rojo sobre la cabeza, exclamó: «¡Barcelona es un teatro y este año construiré una sección que va a dejar en las sombras de la prehistoria al crítico de teatro de *Tele-Exprésl».*

A continuación puse el himno del verano: *Music*, de John Miles, a todo volumen y bailamos por la casa como si fuésemos discípulos de Mick Jagger. Se fue Vicent y llegó Alfredo Font, un penalista amante de Gerald Durrell, al que bautizamos como «reina Geraldine de Albania en el exilio». Cuando el sol abrasaba las calles de Migjorn, Alfredo paseaba con un paraguas de color lila por la calle de la cabina telefónica y explicaba leyendas de Alejandría y Justine, de cuando en la mítica ciudad se hablaban cinco lenguas. Disertaba en la terraza del bar de la plaza con hombres con boina y mujeres de pueblo que bebían ginebra con peppermint. Por fin aterrizó Sara de Azcárate, la argentina que inventó Cineprajna, la sección que había desembocado en Acción Súper 8 y en los festivales de cine independiente del Institut del Teatre. Lanzaba lenguas de fuego por el golpe de Estado que devastaba Argentina, donde ya estaba desapareciendo gente.

Habló de algún torturado que tras huir de las tinieblas contaba cosas horrorosas en París. Unos pescadores que habíamos conocido en el puerto de Ciutadella llenaron nuestra nevera de pescado y desaparecieron. La cena fue memorable y montamos una pequeña fiesta de fin de verano. Sara era una mujer valiente y seductora. Aquella noche hicimos el amor.

Otra de las anécdotas de aquel verano singular ocurrió la noche en que Luis nos invitó a una caldereta de langosta, el plato típico de la isla, en el pueblecito pesquero de Fornells. Nuestras burlas al búnker barraqueta y al franquismo moribundo fueron extremas. En la mesa contigua había dos matrimonios muy puestos que hablaban con acento madrileño. Escuchaban atónitos nuestros comentarios. El tipo que se había levantado de la mesa a telefonear desde la barra a la Guardia Civil era Alejandro Rodríguez de Valcárcel, el ex presidente de las Cortes contrario a cualquier reforma. Los cuatro fachas se fueron completamente acalorados antes de acabar el postre, amenazando a unos camareros a los que les costaba reprimir la carcajada. Ningún policía vino a multarnos.

## OTOÑO SITUACIONISTA

Oficina nueva en el centro del Ensanche. Pillamos muebles de aquí y de allá. En una habitación grande, con dos balcones, instalamos la redacción. Delante de uno de ellos, el de la izquierda, Fernando Mir colocó su mesa frente a Nuri Garcés, la nueva secretaria de redacción, una chica delgadita y hacendosa que venía por las tardes. Junto al otro balcón, situó su puesto Toni Puig, y más hacia la pared, el tablero de tres metros por dos en el que Litus, con su renacentista melena rubia, maquetaría el nuevo *Ajoblanco.* Junto a Núria colocamos otra mesa para Luis Racionero o Juanjo Fernández. Santi Soler pasaba casi todas las tardes por el despacho aunque escribía en casa. Al llegar soltaba algún comentario estimulante sobre la situación del país. Recuerdo la tarde en que Santi explicó cómo los partidos socialistas anticentralistas, especialmente el catalán de Joan Raventós –PSC-Congrés–, alentaban a los obreros temerosos del comunismo a que abandonaran el Sindicato Vertical –la CNS medio controlada por CCOO y se afiliaran a UGT. Los grupos socialistas afilaban las estrategias contra la unidad sindical que reclamaban los comunistas. Utilizando convenientemente el temor de parte de la clase obrera al comunismo, cazaban nuevos militantes socialistas sirviéndose del prestigio de la renacida UGT, que en Cataluña no estaría controlada por el PSOE, sino por el PSC-Congrés.

En el nuevo despacho ocupé una pequeña habitación interior

que daba, a través de una cristalera, a la sala de redacción. En un rincón de mi habitáculo reservé espacio para el futuro contable.

Adaptamos la habitación contigua como sala de reuniones, donde fue a parar una mesa camilla. Junto al recibidor había otra habitación en la que expediríamos las suscripciones, los números atrasados y los ejemplares de la distribución paralela, unos cuatro mil para el número dieciséis. Félix García, un joven libertario que había trabajado en Correos, se hizo cargo de aquella parte. Ilusionados por el nuevo espacio, más amplio que el de la calle Aribau, nos complementábamos de forma espontánea y fructífera; lo mismo valía la opinión de un lector con ganas de participar que la de un colaborador habitual o la del que llegaba de provincias. Vivíamos las horas sin la más leve nostalgia por la etapa contracultural que abandonábamos. La actividad de los grupos alternativos de la ciudad conquistaba nuevos espacios y crecía en parecida proporción a la de militantes de la CNT. El radicalismo, las divisiones y la intransigencia ideológica aún no desbordaban el nuevo universo libertario. Nadie dudaba de que la crecida libertaria iba a dejar su impronta en la situación que se fraguaba.

El último trimestre de 1976 fue glorioso para las corrientes surgidas del underground. *Star* aglutinaba a los malditos, a los desengañados, a los individualistas, a los nuevos artistas. Nosotros –los de *Star* nos llamaban «palizas» de forma cariñosa– manteníamos la apuesta social con la convicción de cambiar el mundo. Recomendábamos la afiliación masiva a la CNT. Una CNT renovada que debía articular a los nuevos movimientos antiautoritarios para dar respuesta a la sed de

justicia social y libertad de una juventud que se pasaba en masa al mundo alternativo.

El 11 de septiembre, Diada Nacional de Catalunya, fui a la manifestación permitida de Sant Boi con Toni Puig y Andreu Solsona. El actor independentista seguía compartiendo piso con Toni, mientras Jordi Bulbena, de Els Comediants, se había trasladado definitivamente a la comuna de Canet de Alar. Aquella tarde me emocioné. Por fin podíamos manifestarnos sin carreras. Ali sentimiento catalán estaba exultante y olvidé los manejos que de él hacían los nuevos políticos que por fin daban la cara. A la manifestación catalanista fueron los nacionalistas y también los que no lo eran y amaban Cataluña, como sindicalistas, revolucionarios, ácratas y liberales más politizados. La solidaridad, pese a las luchas ideológicas diversas, acogía a cuantos manifestaran una clara actitud antifranquista. Andreu Solsona era amigo de los ultracatalanistas y comentaba la situación cautelosamente. Algunos independentistas disimulaban sus creencias para ganarse la confianza de la gente hasta lograr que aceptasen la «realidad nacional de Cataluña».

Durante la caminata hacia la plaza de la pequeña ciudad industrial, entre cientos de banderas catalanas ondeadas con emoción ritual, escuché decir a unos colegas de Andreu que por fin miembros de la Assemblea de Catalunya se habían entrevistado en Saint-Alartin-le-Beau con el President en el exilio, Josep Tarradellas. La noticia me desconcertó. Tarradellas representaba la opción de los socialistas catalanes que no querían integrarse en el PSOE. Anoté la posible sumisión de la Assemblea a Tarradellas en el rompecabezas político que me

construía desde mi etapa universitaria. La labor de adoctrinamiento de los movimientos sociales dentro del catalanismo político que postulaba la Assemblea tenía fecha de caducidad: «En cuanto los partidos del Consell de Forces Polítiques logren militantes obedientes con los que controlar los movimientos sociales y sindicales, el organismo aglutinador dejará de tener sentido», pensaba. Santi Soler tenía razón: «Los dirigentes de los partidos tratan de imponer un nuevo tipo de paternalismo para lograr su único objetivo político: la toma del poder en una estructura estatal estable».

La prensa iba cargada de rumores y noticias que aclaraban y confundían al mismo tiempo. La situación no estuvo controlada completamente hasta el intento de golpe de Estado del 23F, en 1981. La Ley de Reforma Política de Adolfo Suárez manifestaba que la soberanía nacional correspondía al pueblo y hablaba de sufragio universal de forma clara, lo que desconcertó completamente a la oposición. Según el Gobierno, la ley debía cumplir los trámites de la legalidad vigente para evitar un nuevo enfrentamiento civil. Tal requisito implicaba algo insólito: la autodisolución del franquismo, con la aquiescencia de los procuradores nombrados por Franco. La extrema derecha, capitaneada por los políticos Blas Piñar y José Antonio Girón de Velasco y el general Carlos Iniesta Cano, alzaba las espadas con furia y bombas. Su lema era tajante: «Preferimos ser búnker que alcantarilla». En el otro extremo, la oposición había creado un nuevo organismo; de la Platajunta se pasó a la Plataforma de Organismos Democráticos para integrar a los nacionalistas vascos, catalanes y gallegos y a los partidos socialistas que no aceptaban integrarse en el PSOE ni en el PSP de Tierno Galván, ni tampoco en la Platajunta estatal. Pese a

las apariencias, la unidad de la oposición era ficticia, pues cada uno negociaba por su cuenta con el Gobierno del rey. De la ruptura total con la dictadura y del referéndum para decidir monarquía o república pasaron a la «ruptura pactada», aceptando implícitamente la institución monárquica impuesta por Franco. La legalización del Partido Comunista antes de las elecciones democráticas era el escollo, y Santiago Carrillo sabía que ningún otro partido iba a renunciar a la porción de tarta por ellos. Así fue como el hábil secretario general del PCE desarrollo una estrategia que sólo contemplaba entrar en el juego legal para tomar en las urnas la porción que le correspondiera.

Durante este periodo, Santi Soler se transformó en el confidente de mis pensamientos políticos. Santi, humano y calculador en sus análisis, más despierto que en ningún otro momento, sostenía que la oposición era muy débil, y que quienes estaban cambiando la apariencia del régimen eran los jóvenes franquistas que no habían hecho la guerra. «Buscan consolidar el poder de las fuerzas del capital mediante una amplia legitimidad moderna.»

Los políticos de la Plataforma necesitaban engordar sus filas y para ello hicieron un proselitismo más o menos eficaz en la calle, en las nuevas organizaciones y en las revistas y periódicos más afines. Los socialistas, por ejemplo, radicalizaron su discurso hablando de autogestión en los centros de producción en un tiempo en que la clase obrera no aceptaba ningún control político. Los libertarios y la base social multiplicaban sus alternativas de espaldas a los partidos y engordaban las filas de la CNT. El afán de libertad sin bozal partidista que

surgía desde el pueblo más las iniciativas del Gobierno, publicitadas por TVE y seguidas con expectación por muchos de los que temían una nueva guerra civil, transformaron el país a velocidad de vértigo.

El «destape» de tetas y culos entre revelaciones periodísticas demoledoras en la revista popular *Interviú* y en otras de menor calado disolvieron el tradicionalismo hispánico. Por otra parte, había llegado la hora de poner en práctica lo pactado por «las fuerzas del capital multinacional» con relación al futuro de España. Los reyes, aceptados cada vez por un mayor porcentaje de población, habían viajado a Washington antes del verano para anunciar, ante el Congreso de Estados Unidos en pleno, la voluntad de impulsar una monarquía parlamentaria. A los pocos días, el derechista presidente Arias Navarro presentaba su «dimisión». Pero en el tablero existían dos personajes fundamentales que escapaban al juego pactado: Carrillo y el presidente Suárez. Evidentemente ninguno de los dos estaba ahí por azar, pero incluso así mi intuición me dictaba que eran los más autónomos de la cancha. Escrutaba la pantalla del televisor. Tras los ojos del nuevo presidente veía a un hombre discreto, sereno y firme, poco hipócrita. De Carrillo, José Solé me contó que estaba en España de incógnito y que un buen día se lo encontró descansando en su habitación: «Tras escucharle, sentí que Carrillo está verdaderamente enamorado de la reconciliación entre todos los españoles y cada vez más alejado de la política de Moscú». Solé también me contó que cuando Carrillo estaba clandestinamente en Barcelona dormía en casa de mi primo Carlos Sanpons.

Observar cómo aquellos aspirantes a políticos que iban de

incansables luchadores contra la dictadura se bajaban una y otra vez los pantalones ante un falangista demócrata, ex director de TVE, agudizó la crisis generacional y la ruptura entre viejos y jóvenes, por mucho que «los viejos» tuvieran entre treinta y cuatro y cuarenta y cinco años. Juanjo Fernández entró un día en la nueva redacción gritando: «Hay que desmontar cuantos palacios de invierno se interpongan en el camino del comunismo libertario».

Juanjo tenía veinte años, era hijo de una conserje y tenía una hermana casada con un tipo pudiente que veraneaba en Cadaqués. Juanjo era buen estudiante y estaba indignado con los manejos que hacían los profesores comunistas y nacionalistas por controlar las actividades de la Autónoma y copar las cátedras universitarias como medio de vida. «Sólo piensan en su futuro profesional y pasan de la voluntad de los estudiantes.»

El dossier situacionista, elaborado por Santi Soler con ayuda de Juanjo durante el verano, supuso el torpedo de salida hacia la renovación del pensamiento libertario. La labor de la Internacional Situacionista llegaba aquí con el retraso habitual, como el movimiento beat o la contracultura. Hasta ese momento lo único que se encontraba en castellano era lo publicado por Jorge Herralde, en Anagrama; un cuaderno de 97 páginas con una pequeña selección de textos. El dossier representó un paso de gigante para que *Ajoblanco* llegase a ser lo que soñábamos.

«La vida cotidiana y su crítica» se iniciaba con una cita: «Los que hablan de revolución y lucha de clases sin referirse a la

vida cotidiana no tienen más que un cadáver en la boca». El artículo que abría el dossier, «Breve resumen de las aportaciones al tema «vida cotidiana»», fue uno de los más decisivos que Santi escribió en la revista. Relataba, desde una crítica radical y no ideológica, las trabas de la vida cotidiana y los horizontes de la vida posible. «La revolución sólo se producirá cuando la gente no soporte más su cotidianidad inhumana.» Del *Ulises* de James Joyce decía que aquellas veinticuatro horas en la vida de cinco personajes triviales contenían más verdades que cualquier filosofía. «El espectáculo se instaura cuando la mercancía llega a ocupar totalmente la vida social. La insatisfacción de la mayoría silenciosa, fosilizada en mercancía, hace que al insatisfecho no le agrade salir de su papel de insatisfecho.» Y advertía: «Los bienes de consumo no son despreciables. Lo que es alienante es su elección condicionada por la ideología que lleva esa elección».

Como exponente de la irracionalidad de la vida cotidiana abrasada por un consumismo que destruye toda iniciativa, hablaba del urbanismo: «Puede presentarse como racional y hasta científico, salvo cuando se critica desde el punto de vista de la cotidianidad total, con capacidad para impugnar dicha racionalidad». Uno de los autores situacionistas, Raoul Vaneigem, el más poético y libertario, había escrito: «Si los nazis hubiesen conocido a los urbanistas contemporáneos habrían transformado los campos de concentración en bloques de viviendas subvencionadas». Me gustó mucho la definición de utopía que inventó Santi para el dossier: «Método de explorar lo desconocido y como perspectiva de un imposible que agranda el campo de la vida cotidiana».

Los situacionistas adjuntaban viñetas a sus textos para aclarar su filosofía. Lo más entretenido fue elaborar el cómic que iba en el dossier. Trataba de la cotidianidad de la vida de barrio como almacén donde se deposita a los trabajadores para descansar, consumir, reproducirse pasivamente y ser manejados con facilidad a su vuelta al trabajo. Santi daba las pautas, Toni las interpretaba, Juanjo incordiaba en el buen sentido y Litus inventaba una caligrafía clara para las viñetas.

El número dieciséis estaba bien construido e iba cargado de contenido. Con Nuri Garcés y Fernando Mir preparamos el relanzamiento tras los cuatro meses de suspensión por imperativo legal. Aumentamos la tirada hasta treinta y cinco mil ejemplares con la intención de que *Ajoblanco* tuviera buena presencia en los quioscos. Inundamos de notas, proclamas y ejemplares las redacciones de todas las revistas y medios de comunicación. Recuerdo una entrevista radiofónica que me hizo Luis del Olmo para *Protagonistas*. Valiente y lanzado, me dijo en un tono cordial que no he olvidado: «Vamos a hablar bien de la CNT por vez primera desde el fin de la guerra civil. Aprende a sentarte para que no te titubee la voz y resultes convincente. Piensa que al final de tu columna vertebral tienes cola. La tensión nerviosa y el peso de tu cuerpo debe escapar por ella hasta el suelo. Liberado de ella serás espontáneo y hablarás bien». La entrevista resultó contundente. Viejos anarquistas telefonearon a la emisora emocionados. Al salir de la radio decidí militar en la CNT.

En Madrid había salido un diario nuevo, con periodistas jóvenes enamorados de la libertad, patrocinado por gente plural –desde Fraga, fundador de Alianza Popular, hasta el

comunista Ramón Tamames, entonces en prisión–, que nos dedicó un buen párrafo. El diario se llamaba *El País* y estaba lleno de simpatizantes de *Ajoblanco*, y la nota hacía referencia a la salida de la revista tras la suspensión por el número dedicado a las fallas. Destacaba la sección «La Cloaca», de la que ponía un ejemplo: «Mujer hecha y derecha (independiente), mayor de 20 abriles dispuesta a compartir casa y habitación con sabandija frustrada de 18 primaveras, se busca y rebusca. A ser posible de Madrid o Barna». Firmaba el anuncio reproducido por el diario Fernando Márquez, ni más ni menos El Zurdo, el padre de la Nueva Ola madrileña que más tarde se rebautizó como «la movida».

El número fue muy comentado y triplicamos ventas tal como había pronosticado Barnils tras la suspensión. Me emocionaban las cartas de ánimo que llegaban a la redacción. Los lectores sentían la revista como suya y pedían que siguiéramos ahondando con materiales que clarificaran la enorme confusión. Lo mejor de todo fue que aquella gente no era élite de nada, sino personas sencillas con necesidad de vivir dignamente y en libertad.

Mi objetivo más inmediato era encontrar un joven economista que cubriera la labor de empresario. Desde el origen ejercí dicha función estimulado por la confianza de los demás, con el asesoramiento de Francisco Marsal y de Ana Castellar, que seguían vivamente nuestros pasos, ya menos apremiantes puesto que no generábamos pérdidas. Buscaba y buscaba al hombre de los números; los buenos profesionales que encontraba iban todos con camisa y corbata y no comprendían qué era una empresa colectiva. A ninguno le

complacía el riesgo. Me desesperaba. Estaba harto de la calculadora y Toni Miró-Sans hacía meses que había dejado de ayudarme. Preparaba su boda. El trajín de las imprentas y demás fastos de producción más el control de la distribución paralela en catorce ciudades me restaban concentración para escribir y coordinar los contenidos. Lo hacía, pero al precio de mantener una actividad diabólica. Harto de que nadie competente de mi generación se metiese en el tinglado económico, acudí a mi primo, Ricardo Riviére, que montaba empresas y conocía a mucha gente. No tardó en presentarme a dos economistas que mantenían un gabinete asesor. Ellos me ayudaron a sentar las bases para que el crecimiento de *Ajo-blanco* no nos desbordara. Su labor no fue suficiente aunque experimenté cierto alivio y conseguí racionalizar la compra de papel y gestionar mejor la relación con las imprentas.

Una tarde me reuní con el colectivo TARA de ecología. Preparábamos el especial «Energías Libres» cuando apareció un muchacho que fumaba en pipa y hablaba con seriedad y convicción. Era vasco, iba con greñas y barbas morenas. Tenía cuatro años más que yo, no era comunista y sabía de números, puesto que había estudiado economía en la Universidad de Sarriko, en Bilbao. Dejé a los de TARA con Toni y Fernando y me encerré con Ramón Aguirre, que no llevaba corbata, en mi despacho. Me contó que el País Vasco estaba castigado pese a haber administrado la España de Franco desde las barriadas residenciales de las Arenas y Neguri. También que la facultad donde había estudiado pertenecía al distrito universitario castellano de Valladolid. «¡En el colmo de la mesura, hasta la capitanía general de las provincias vascongadas está en Burgos!», exclamó entre bocanadas de humo de pipa. Entre

mis Ducados y su tabaco, mi despacho, con las puertas cerradas, se cubrió de espesa niebla. Bajamos a la calle, fuimos al Turia, en Rambla Cataluña. Pidió un coñac y yo un Cacaolat. Ramón Aguirre decía que los partidos eran chufla. «Hasta que la prensa aperturista no les ha dado cuartel su presencia ha sido escasa.» «¡Habrá vivido lo mismo que yo!», pensé. Ramón entró en la universidad en el curso 65-66 y fue miembro de la Permanente Nacional del Sindicato Democrático de Estudiantes y delegado de información de dicho sindicato en Bilbao. No militaba en ningún partido. En una reunión de estudiantes previa a la manifestación obrera del 1º de Mayo fue cazado por la policía y encarcelado hasta que le sobreseyeron el caso. Ramón me aclaró que, en el País Vasco, el PSOE tenía poco peso pese a las habladurías en sentido contrario y que las exitosas huelgas generales las habían protagonizado los independentistas y los independientes.

Tras venderme su sapiencia en números, regresamos al despacho con buen ánimo. Ramón caminaba en silencio, duro, decidido. Entré en la sala de redacción a explicar la novedad a Toni y Fernando, que corregían en silencio los textos del número diecisiete, dedicado a Durruti. Nos sentamos juntos alrededor de la mesa camilla, les presenté a Ramón como posible contable. El aclaró que aceptaba el trabajo de forma provisional pues estaba en Barcelona porque su mujer quería vivir el ambiente de libertad de la ciudad, aunque a él no le complacía demasiado estar aquí. Estaba casado y no tenía hijos. De pronto irrumpió en el sala Vicent Bernat. «Nenas –dijo gritando–, os traigo un artículo atómico. Los actores y directores ácratas han creado la Asamblea de Trabajadores del Espectáculo (ADTE) y están exultantes. He entrevistado a

Carlos Lucena y me ha contado que van a montar en el Born cuatro plataformas para que siete directores coordinen diferentes versiones de *Don Juan Tenorio.* También actuarán todos los grupos de rock de Zeleste y, en medio del mercado, reproducirán una Rambla con paradas de cultura libertaria y quioscos de comida.» Ramón dijo que tenía prisa, me dio el teléfono y se fue. Al vasco le cohibía la afectación ajena. Los presentes comentamos la inauguración del Teatre Lliure el próximo 1 de diciembre, con *Camí de nit.* Era una iniciativa de Fabiá Puigcerver, el nervio del teatro catalán. En esto llegó Barnils. ¡Qué contento estaba con sus clases de periodismo en la Autónoma! Vicent se largó a la Sala Villarroel y los demás acabamos cenando juntos, con la mujer de Barnils,

Nuria Carrera, en el frankfurt de Consejo de Ciento y Rambla Cataluña. Las cenas en el pequeño bar se repitieron durante todo el invierno. A Núria le gustaba recoger a Ramón los días que pasaba por *Ajoblanco* y observar el ordenado caos que gestaban los colectivos que tomaban las secciones de la revista.

Los colectivos se multiplicaban. El naturista lo llevaba Diego Segura de Taller 7. Fernando Mir pasó una tarde comiendo manzanas y sin poder fumar, en un centro de la calle Muntaner, donde montaban terapias para curar la neurosis, la confusión mental y los bloqueos causados por la educación castradora. Para bañarse en barro, practicar la agricultura biológica y meditar, mantenían una comuna rural cerca de Moiá. «Lo más importante para el ser humano es aprender a conectarse profundamente con la naturaleza y vivir en armonía con ella», sostenía Diego en el reportaje. Fernando dijo que

habían planteado la posibilidad de hacer un número especial como el que preparaban los de TARA.

El colectivo TARA lo fundaron tres muchachos que vivían en Menorca todo el año con sus parejas, Pep Pía, Dani Aixelá y Jordi Alemany. Los dos primeros trabajaban como albañiles alternativos con José Manuel Bravo, *Cachas*, un tipo madrileño que había integrado el grupo Música Dispersa con Sisa a principios de década. A Jordi, que era sastre y el más intelectual del grupo, le cayó en las manos el librito *La face cachée du soleil* para traducirlo. El entusiasmo ante su lectura fue contagioso y despertó el interés por las energías que no contaminaban ni favorecían el poder de las multinacionales. Pep era un mantas en autoconstrucción y electricidad, Dani sabía levantar paredes cuando estaba motivado y Jordi estudiaba los manuales. Tras aplicar sus primeros inventos solares con éxito en la isla durante un año, Joana Alemany, hermana de Jordi y pareja de Pep, alumbró la idea de volver a Barcelona y proponer un número especial sobre el tema a la revista anarquista *Ajoblanco.* La idea me pareció de lo más oportuna y lo primero que hice fue conectarlos con quienes llevaban la sección de ecología, Manel Pijoan y Carles Torra. Unos y otros recopilaron la información disponible, casi toda extranjera, en un pequeño cuchitril en la calle Boquería e incorporaron dos nuevos socios versados en la materia, Pep Puig y Joaquim Coromines, que habían estudiado en Berkeley y coordinaban Ecotécnia, la empresa de los molinos de viento. Rosa Pastó, una chica que irradiaba afectividad, recién llegada de Londres, se lió con Jordi y dio un empujón al grupo fundador. TARA apostaba por crear asociaciones libres en barrios y pueblos que fomentaran la descentralización y los

recursos sostenibles. Alternativas a la energía, las nucleares, la salud, la agricultura, el urbanismo, la construcción y el transporte, desde planteamientos libertarios y no capitalistas. Planeaban también un número dedicado a la autoconstrucción: vivienda, chozas, cúpulas geodésicas, establos, graneros, remolques, autobuses, camionetas vivienda, tiendas, cuevas...

La relación personal entre la gente de *Ajoblanco* y el núcleo original de TARA se cimentó sobre una ilusión compartida y la amistad libertaria. En verdad, vivimos un sueño que creció y sirvió de ejemplo a los demás colectivos. ¡Qué buenos momentos compartimos preparando el especial «Energías Libres»! Recuerdo a Evelio Gómez, el diseñador recién incorporado, yendo y viniendo con viejas ilustraciones naturistas. Evelio era bajo, simpaticote y tenía una melena de querubín.

Manuel Baldiz coordinaba el colectivo de antipsiquiatría con un equipo del Hospital Clínico. Los pacientes que perdían el miedo enviaban historias clínicas para publicar. La antipsiquiatría era un movimiento crítico contra la alienación psíquica y el malestar que provoca la estructura socioeconómica capitalista. La sección apostaba por sujetos que no temieran satisfacer sus deseos y que fuesen sensibles a comunicarse con todo lo vivo. Denunciaba los tratamientos basados en el castigo que empequeñece las personalidades y las vuelve serviles. La antipsiquiatría definía a la familia como la correa de transmisión de los valores, las normas y los patrones establecidos. *La muerte de la familia,* de David Cooper, y *El cuestionamiento de la familia,* de Ronald Laing, eran las Biblias de dicho movimiento. «Ninguna alteración mental, ninguna

forma de desviación puede ser separada de su contexto familiar, profesional, económico. No es posible separar la ciencia psiquiátrica de la transformación política de la sociedad. No puede existir revolución psicológica sin revolución institucional y económica exterior», escribía Baldiz.

Las feministas radicales del grupo LAMAR, contrarias a las reformistas de Vindicación Feminista, de tendencia marxista, habían asaltado nuestras puertas a través de una compañera de estudios de Fernando, Karmele Marchante. Karmele era una periodista dicharachera muy de izquierdas que también colaboraba con el grupo editor de *Mundo Diario.* Un día entraron a la sala de redacción dos colegas de Karmele, Pilar y Xus: «No, no, no. La mujeres no somos objetos eróticos», vociferaron sin más preámbulo. En ningún momento nos miraron a la cara y depositaron sobre la mesa de Nuri Garcés un texto sobre la «Cumbre machista» celebrada en el Flotel Oriente. Se referían a la presentación de la revista *Yes,* un engendro sin periodismo que imitaba el destape de *Interviú* en plan negocio. El artista conceptual Antoni Miralda, que desde el Instant City de Ibiza se empeñaba en teñir la comida de los *happenings,* había diseñado para la ocasión un pastel gigante. La cabaretera Christa Lem, desnuda y cubierta de merengue, se quitó la nata frente a un público en el que abundaban miembros díscolos de la depauperada *gauche divine.* El evento apareció en algún diario como el acto que decretaba el fin de la censura: nacía el destape en carne y hueso. Las feministas de LAMAR, antes de salir, le dijeron a Nuri: «Los progres son repugnantes. Rechazamos su falocentrismo y su materialismo histérico. Abajo la falocracia.

Compañera, rebélate y no dejes que te acosen los machos que te envuelven».

La movida del Born fue esencial en la reconstrucción libertaria por el entusiasmo que despertó. Ver brincar a Pau Riba o Carlos Lucena disfrazados de doña Inés por los cielos de la ruina del mercado, participar junto a actores que declamaban entre miles de personas con la cara pintada y comentar con los teatreros la vitalidad de un *happening* que atrajo a más de veinte mil personas, representó para muchos un punto de inflexión al reunir arte, revolución social y teatro.

Los comunistas, que controlaban la AAD (Assemblea d´Actors i Directors), estaban cada vez más alarmados ante la ascensión de la acracia. La libertaria ADTE arrastraba a más de ciento cincuenta miembros y pretendía articularse con los grupos del rock catalán, como la Orquesta Plateria, Oriol Tramvia, Pau Riba o la Eléctrica Dharma.

El lío entre las dos asambleas, azuzado con malas artes por el comunista Jaume Melendres desde las páginas ya poco creíbles de *Tele-Exprés*, corría de boca en boca por toda la ciudad. Una tarde, Toni Puig y yo visitamos al director Carlos Lucena. Se rumoreaba que la ADTE abriría una sala de teatro popular en el Barrio Chino. Lucena confirmó la próxima apertura del Saló Diana, en la calle Sant Pau, con los beneficios del Born, más bien escasos porque la mayor parte de la gente se había colado, más lo que pensaban recoger en una fiesta de fin de año proyectada en el Pueblo Español. «Nosotros queremos un teatro de barrio autogestionado. Ellos, la estructura de un teatro Municipal y de un Teatro de Cataluña. Si el teatro

Municipal llega, lo hará por autogestión y será uno más dentro de la Assemblea. Queremos compañías en todos los barrios y una itinerante que permanezca una semana en cada pueblo. Queremos hacer teatro, no crear estructuras burocráticas ni empresas.»

Otro día, Fabiá Puigcerver, Lluís Pascual, Carlota Soldevila y otros diez actores inauguraron el Teatre Lliure. Los comunistas, bateados por el temporal de las asambleas, trataron astutamente de hacerlo suyo. Creo que fue el día de la inauguración del segundo espectáculo, *Leonci i Lena*, cuando llevaron a Gregorio López Raimundo, secretario general del PSUC. ¡Por fin un jefe comunista tenía rostro! El público, puesto en pie, le ovacionó con emoción. A mí aquel hombre canoso me transmitió respeto, pero también sentí pena por aquella euforia inadecuada. Franco había muerto en la cama, antes había matado a Puig Antich sin que ninguno de los que aplaudían hubiera movido un dedo y seguíamos, tan panchos, la danza marcada por Adolfo Suárez.

Recuerdo otros dos actos por aquellas fechas. La exposición *The Veo*, que aglutinó a la gente del cómic en Magic, y el II Festival de Cine en Súper 8. El pasillo de los espejos de Magic estuvo atiborrado y corrió mucho porro el día de la inauguración. Los pasotas se manifestaron por vez primera de forma extrema. Por lo visto, la gente necesitaba romper tabúes a todo trapo. Una pasión degradada corrió por los pasillos hasta el lavabo. Nazario perdió tres originales y desaparecieron algunos dibujos. Los cuarenta años de opresión no eran excusa para que ciertos individuos, emporrados, colocaran la cabeza dentro de la taza del váter mientras se la meneaban. Pensé que

el colectivo de sexualidad que estábamos montando debía ir por derroteros menos depravados y más profundos.

Organizó el evento de Magic la revista *Star*, con la colaboración entusiasta de Jaume Fargas, el colega de la tienda de cómics Zap 275, que había montado la editorial Pastanaga; la revista de Gaspar Fraga *Rock Cómic*, y *Vibraciones*. *Rock Cómic* acababa de sacar el nuevo álbum de Ceesepe, *El trapecista*. También anunciaba *San Reprimonio y las pirañas*, de Nazario. Aquella noche hablé un buen rato con Ceesepe. Madrid empezaba a agitarse pese al aumento de los atentados de la extrema derecha. El dibujante me contó que desde junio corría por la villa *MMM,* «una revista creativa muy enrollada, del equipo Antípodas, en la que colaboraba El Zurdo». Eugeni Bonet, un teórico de la nueva tecnología audiovisual, rodaba la exposición y echaba pestes contra el II Festival de Cine en Súper 8 y los manejos de Enrique López. La información de que yo disponía iba por otros derroteros. Enrique estaba preparando el lanzamiento de una revista, *Paso estrecho,* y una distribuidora de cine independiente.

El trepidante 1976 acabó con el secuestro de un pez gordo del franquismo por parte del GRAPO y el triunfo del referéndum de la reforma política de Adolfo Suárez. Las primeras elecciones democráticas patrocinadas por el franquismo reformista estaban a la vuelta de la esquina.

## LA MUERTE DE LA CONTRACULTURA

La contabilidad estaba liada y hubo que reconstruirla. Tras horas y horas de trabajo con Ramón Aguirre, quise pasar un fin de semana solo en la isla. Los acontecimientos se superponían y necesitaba ordenar mi cabeza.

En Menorca, una isla que me enamoraba, se incendió mi sensibilidad. Olvidé lo inmediato y sentí que volvía a tener una cueva secreta donde soñar. Di vueltas por barrancos, lagunas, bosques y bahías. Cualquier lugar me sabía a paraíso. Una tarde nítida di con el faro de punta Nati, al borde del acantilado en el que se desmorona una meseta con miles de piedras afiladas que apuntan al cielo. Tras contemplar las nubes y el mar, el vaivén marino me trajo retazos de una larga disputa: contracultura sí, contracultura no.

La susceptibilidad frente a la contracultura planeaba desde los primeros números, cuando Quim Monzó, Claudi Montaña y Albert Abril sostenían desde un nihilismo incipiente que la alternativa hippy había fracasado en el terreno político por incoherente y superficial, y que las flores marchitas habían ido a parar al estercolero. Luis Racionero mantenía, contra viento y marea, el valor de la contracultura, tras reconocer que «el poder usaba la fuerza coercitiva de la ley para desbaratar cualquier intento de pasar de las ideas a la práctica metiendo dólares y drogas peligrosas en la revolución de las flores». Yo le decía que el individualismo protestante de los anglosajones

desvirtuaba las propuestas libertarias en aquellos pagos y que lo libertario cuajaba mejor en el mundo latino, por tradición y por la cultura anarquista.

El relanzamiento nos había devuelto a los medios de comunicación. Curiosamente, los de Madrid, en provincias y la derecha de toda la vida presentaban a *Ajoblanco* como revista ácrata. *Interviú*, *Tele-Exprés* y los periódicos del grupo de *Mundo Diario* nos tildaban de contraculturales. A Santi Soler y Juanjo Fernández tal calificativo les ponía nerviosos. A mí, la verdad, las polémicas por adjetivos jamás me han robado el sueño. Me importan los hechos. Las lecturas contraculturales me habían estimulado a cambiar de vida. Más adelante, cuando la apertura toleró los libros anarquistas, conseguimos información fiable de las alternativas obreras fraguadas en los años treinta. Repetir una y otra vez la forma de vida de los beats y de los rockeros en *Ajoblanco* no tenía sentido; lo hacía muy bien *Star* desde su regreso a los quioscos. En libertad, nosotros podíamos recuperar lo mejor de nuestro pasado libertario y adaptarlo al presente.

*Star* reapareció con éxito en mayo-junio de 1976, número dieciséis, como revista mensual. Juanjo Fernández, no nuestro colaborador sino el director de *Star*, que se llamaba igual, consolidó el equipo con Luis Vigil, Jaime Rosal, Eugeni Bonet y el maquetista Pérez Sánchez, que tampoco era el mismo que había maquetado *Ajoblanco*. Para evitar confusiones, el Pérez Sánchez argentino se cambió el nombre por el de América Sánchez. Juanjo de *Star* saludaba la nueva época en el edito: «Venimos de todas partes y de todas las épocas al azar de la luna. Venimos con sueños, alucinaciones meteóricas,

pinceladas, páginas sin cuadraturas, viajes sorpresa, las barbas sucias... Venid tú y tú que metéis los periódicos bajo vuestras nalgas para fundir la mugre de las mentiras establecidas». Tras matizar que acepciones como anormales, locos, peligrosos o inadaptados eran calificativos represivos inventados por el sistema, el editorial concluía: «Nos sentimos integrados en la generación de la frustración y la rabia». La marihuana, el cine independiente y marginal, la vida y obra de Allen Ginsberg, Kerouac, Burroughs, Iggy Pop, Patti Smith, la nueva ciencia ficción, el movimiento pánico[56], los mercadillos, las prácticas artísticas alternativas, la caza de brujas en Alemania contra el ejército rojo de Ulrike Meinhof y Rudi Dutschke y la guerrilla urbana frente a la sociedad del confort, componían el grueso de sus contenidos, junto a cómics ácidos, políticos y muy underground de los autores extranjeros más prestigiosos. *Star* también potenció las viñetas de Ceesepe, El Hortelano, Lluís Miracle y Miguel Ángel Gallardo, las estrellas emergentes del cómic underground español. *Star* seguía editando la colección Star Books e Infinitum, de libros de ciencia ficción. Resultaba absurdo que *Ajoblanco* entrara en competencia con los contenidos contraculturales de gente afín. Ésta fue la razón por la que *Ajoblanco* no se metió en la tantas veces anunciada editorial de libros. Existían Star, Júcar, Rock Cómic, La banda de Moebius, Pastanaga, Tusquets, Mandrágora, Ucronía, Anagrama. Nosotros preferimos apostar por números extras como el de «Energías Libres»; levantaban temas de gran interés, el coste y el precio de venta eran menores, cincuenta

---

56 Movimiento creado por Fernando Arrabal, Roland Topor y Alejandro Jodorowski. El nombre deriva del dios Pan (mitad hombre, mitad cabra) y del prefijo griego «pan»: todo. Su lema era: «La vida es memoria y el ser humano es azar». Defendía la confusión, el humor, el horror, el azar y la euforia, y rechazaba el orden y la perfección por inhumanos.

pesetas, cohesionaban nuevos colectivos y permitían tiradas a partir de treinta mil ejemplares. Las ventas crecían deprisa y pasamos de tirar en plano a rotativa. Nuestras tiradas iban en aumento. En el número veinte fue de sesenta mil ejemplares y la del veinticuatro alcanzó los cien mil ejemplares.

Santi y Juanjo, tras el buen hacer de los números dedicados a los situacionistas y a Durruti, se habían ganado nuestra confianza. Juanjo repetía un día sí y otro también que «la contracultura es un producto de importación –cosas de rico– para que una serie de señores trabajen de lunes a viernes en oficina con moqueta y pongan cara de hippy durante el *week-end* en su bucólica casita de campo con parquet y muebles de mimbre». Fernando Mir, Toni Puig y yo respondíamos que, si bien la contracultura había naufragado como opción política, había provocado una impresionante revolución en las costumbres y en los ámbitos de la vida cotidiana. «Tus gustos musicales y teatrales, tu forma de afrontar la sexualidad y la ecología se inspiran en los modos contraculturales, Juanjo.

Sólo a causa de la feroz represión no se ha conseguido articular el movimiento de los Black Panthers con el de la liberación gay, la lucha feminista y los políticos radicales del Youth International Party, cuyos puntos, no olvides, eran: legalización de la marihuana, un sistema carcelario que, en vez de castigar, rehabilite, abolición de cualquier ley que se refiera a crímenes sin víctimas, desarme total y absoluto, abolición del dinero, pleno empleo, programa ecológico, control de la natalidad gratuito, libertad para usar las emisoras de radio y televisión y promover las artes. Aunque sea un imposible, no

por eso deja de tener mérito. Es una movida que ha trastocado al mundo entero y no a una parte de él.»

También era cierto que el término contracultura era poco preciso para denominar aquella furia. Provenía de una mala traducción del libro de Theodor Roszak, *The making o f a counter cultura*, y muchas de aquellas prácticas –las terapias alternativas, el rock, las drogas– se habían adaptado al mercado, transformándose en negocio tras escamotear su lado más social y combativo. Santi cuestionaba de raíz dicho fenómeno por no afrontar la lucha de clases. Racionero respondía que «en América, el progreso había convertido a la mayoría de la población en clase media, situación que llegaría también aquí, con lo que sólo una revolución cultural de gustos y hábitos podía corregir los impulsos que creaba el marketing». Por mi parte, desde tiempo atrás observaba con preocupación un enfrentamiento larvado entre la postura de Luis, más contracultural, individualista y partidaria de un cambio de valores, y la de Santi, que era más política y buscaba la unión de marxismo y anarquismo bajo presupuestos situacionistas. Las filosofías del underground, según Luis, seguían siendo el manantial de posibles renacimientos; la música rock, un potente desinhibidor de energías eróticas; y las drogas psicodélicas imprescindibles para acceder a realidades menos ilustradas. «La capacidad del hombre para moldearse a sí mismo es esencial para que la gente cambie su estilo de vida.» Juanjo se cachondeaba de este discurso sin añadir nada nuevo, actitud que yo reprobaba. Racionero estaba en contra de la diosa Razón: no había que argumentar desde la lógica del racionalismo, sino asumir que también somos corazón, sentimiento y emoción.

En punta Nati decidí tratar a fondo el tema de la contracultura en un dossier.

De nuevo en Barcelona, Toni había adoptado una actitud furibunda ante el libro de Mario Maffi *La cultura underground*, editado por Jorge Herralde. Maffi sostenía que el juego de la cultura underground era una borrachera hipnotizadora condenada al fracaso: «El tiempo de los juegos ha terminado». Toni comentaba: «No, Mario, el tiempo de los juegos nunca terminará. La revolución ha de ser el juego de todos los oprimidos para que la cultura burguesa no logre transformar en mercancía cualquier práctica alternativa. ¡Imaginación, señores marxistas!, y un poco de humildad, que el marxismo también ha fracasado».

Ramón Aguirre liberó una parte de mi tiempo y decidí coordinar el nuevo dossier con paciencia y desde la pluralidad. Convocaría una mesa redonda con Fernando Savater, Luis Vigil, Picarol, Gay Mercader, José María Carandell, Enric Boada, Santi Soler y Luis Racionero. Desde hacía un par de meses, a través de Racionero y Agustín García Calvo, mantenía con Savater una buena relación tras aparcar las diferencias de nuestro primer encuentro. Fernando era una de la estrellas del diario madrileño *El País* y había evolucionado hacia la acracia. Carandell conocía las experiencias radicales alemanas y era autor de un libro sobre las comunas K1 y K2 del Berlín de los años sesenta. Boada era budista y, Luis Vigil, periodista pionero en temas underground.

Fernando Mir aconsejó incluir la historia del movimiento *provo:* «Los holandeses no hacen demasiado ruido pero han

constituido el Estado libre de Orange, un mundo libre y solidario que funciona y permite la ocupación de casas, la marihuana y la objeción de conciencia». Toni se comprometió a escribir contra Maffi y Fernando a divulgar el mensaje *provo*. «La ocupación será importante y aquí la gente aún no sabe de qué va el tema.» «Hay que potenciar el activismo libertario y superar el lío terminológico de adjetivos que restan eficacia a la revuelta. Haré un artículo que desde las actividades de la contracultura desemboque en el activismo libertario. Hay que potenciar la descentralización, el cooperativismo y la autogestión», expliqué a Toni y Fernando.

Nos pusimos manos a la obra entre el revoloteo de Juanjo Fernández, que a todas horas quería saber quién iba a hacer qué. Como era un exaltado, olvidaba matizar cuanto proclamaba a destajo y te veías obligado a filtrar sus exabruptos. Si se lo advertías con cariño solía reaccionar.

Cuando me encerraba en mi despacho junto a Ramón, el olor de su *tobáceo* de pipa Enimore y el ruidito de la calculadora me abstraían de los enredos ideológicos y de los ramalazos de vedete de Juanjo y leía la correspondencia que llegaba, que era mucha. Los lectores explicaban su vida, los sueños, las riñas familiares, los efectos de la represión que mataba cualquier sexualidad diferente al onanismo. Los lectores buscaban vida solidaria, atrevimiento para huir de los domicilios paternos, sexualidad libre, comunas, trabajos a tiempo parcial, lugares de encuentro... Y no deseaban autoritarismos de nadie. Me sentía identificado y contestaba muchas de aquellas cartas. El cuerpo social en busca del humanismo anarquista crecía. Tras amontonar las cartas dirigidas a los colectivos, pasaba el resto

a Nuri Garcés o a Fernando Mir para «La Cloaca». Luego estudiaba los datos de la distribuidora comercial y decidía las tiradas. La distribución paralela montada paso a paso desde el origen estaba posibilitando una red alternativa que financiaba pequeños modos de vida emergentes en muchas ciudades. Cada mes, Félix García, enamorado de su trabajo, expedía diez mil ejemplares. Necesitaba ayuda y con Ramón decidimos buscar a otro chaval y apareció Santi Arnauda. Un muchacho sensible y muy joven, bien parecido, dispuesto a hacer paquetes y a extender la red con imaginación. Santi manifestaba aptitudes literarias, era buen lector y con delicadeza me pidió publicar una narración en el especial sobre literatura. Santi y Félix montaron un equipo de venta de ejemplares atrasados en las colas de los cines de arte y ensayo, en las puertas de los institutos de enseñanza media, en las universidades y en los festivales. También contactaron con libertarios muy jóvenes para vender revistas en los sindicatos de la CNT que nacían en todas partes. Miguel Ángel Roldán, del sindicato de Banca de Madrid, montó Laberinto, una distribuidora alternativa en la Plaza Chueca que llegó a absorber cuatro mil ejemplares. En Santander se creó otra bastante potente: con los beneficios, los responsables montaron una imprenta; y los de Askatasuna la repartían por Bilbao.

Dando vueltas a ése y a otros temas, di con la estructura que necesitaba *Ajoblanco* para consolidar su pluralidad en un tiempo que, tras el referéndum de la reforma política, eran de infarto. El país, entre movilizaciones sociales, plataformas unitarias, organismos de convergencia y nueva prensa, se estaba politizando aunque con tanta sopa de siglas la

desorientación campara por libre y cada cual encendiera su vela según las convicciones recién adquiridas. La izquierda política hablaba de unidad cuando la desunión era flagrante. Santi Soler escribió: «Dime lo que pregonas y te diré de lo que careces, amigos unificados, no llaméis unitario al mando único».

El vértice del equipo estaba más vivo que nunca. Fernando Mir, Toni Puig y yo manteníamos una dinámica estimulante y bastaba un gesto para entendernos. Luis Racionero venía menos por estar liado con una película sobre la fiesta de los locos en la Edad Media. Elaborar el guión con Albert Boadella le robaba horas. Los actores de Els Joglars y la gente del *Ajo* escenificaríamos la representación en las montañas próximas a Pruit.

Juanjo Fernández y Santi Soler formaban un tándem esencial independiente dentro del equipo. Además de articular dossiers, escribían en cualquier sección e influían en el conjunto de la publicación. Un nuevo ingrediente fueron las libertarias que convivían con un bondadoso militante de la CNT, Pep Martínez. Se llamaban Aurora Segura, Teresa Huelin y Mercedes Beneto. Aurora era una mujer aguda y voluntariosa. Teresa quería escribir y leía libros de historia. Mercedes pedía aventura y se apuntaba a un bombardeo. Los reportajes del grupo fueron sonados. Los recuerdo todos. Mercedes fue a entrevistar a García Calvo a París cuando el catedrático me comunicó la decisión de volver a España y de anunciarlo en nuestra revista en exclusiva. Aurora y Teresa escribieron sobre «Los hechos de mayo de 1937», «Las colectividades de la revolución española», «La delincuencia en los barrios

marginados». Fue a través de estas tres mujeres y de Pep que me afilié a la CNT con cierta mala conciencia, pues de algún modo era empresario, aunque entre revolución o negocio siempre opté por lo primero. Por fin convivía estrechamente con el mundo obrero en el sindicato de Artes Gráficas.

Junto a aquel elenco libertario que incluía a los valencianos de la fallas y a inquietos de otras ciudades, decidí meter a Fran cese Boldú, un peso pesado de la emergente la CNT. Juanjo lo había entrevistado tras presentar la ponencia «Alternativa libertaria a la enseñanza» en la escuela de verano Rosa Sensat. Frente a una educación que reproducía los hábitos de obediencia y divorciaba lo manual de lo intelectual, Francesc defendía acabar con la especialización de por vida y con la ciencia subordinada al desarrollismo. «Aprender –decía la propuesta es una práctica continua, voluntaria, sin autoritarismo, permanente y no sometida a institución alguna.» Francesc Boldú era profesor de filosofía en un instituto y dinamizaba el sindicato de educación anarcosindicalista. Lo llamé, comprendió el mensaje y decidió meterse.

Los colectivos representaban otra fuente de alternativas libertarias, también la incorporación de muchos trabajadores a nuestro universo. TARA era el colectivo que más estimulaba a finales de 1976. Toni y yo intimamos especialmente con Jordi Alemany y Rosa Pastó. Vivíamos las grandes movilizaciones contra las centrales nucleares, especialmente las de Extremadura, Euskadi y Tarragona. También luchábamos en favor de las marismas, para que fueran protegidas como parques naturales. Una urbanización turística amenazaba con

destruir las ruinas de Empúries y la desembocadura del río Fluviá. El colectivo había conectado con dos amigos de Pep Puig, los periodistas Xavier García y Santi Vilanova. Ramón, mientras le daba a la calculadora, me dijo una mañana tranquila: «El universo libertario es un caos de inmaduros que cohabitan sin saberlo con infiltrados policiales». Yo no pensaba así y le respondí.

«La libertad siempre es caótica; salimos de un túnel autoritario y hay que tener paciencia y ofrecer buenos materiales para que los hábitos se desprendan del dogmatismo y de las rivalidades ideológicas absurdas». A continuación me habló de un número antiguo de *Cambio 16* que yo no había visto. Alertaba acerca de la invasión de agentes de la CIA con la misión de influir en el proceso político interno. «La revolución de Portugal ha estado a punto de cargarse la base americana de las Azores y los norteamericanos enredarán hasta integrar sus bases en España dentro de la OTAN. Su embajada es un nido de espías.» Nuestro sistema de vida mezclaba unos temas con otros a la velocidad del rayo. Por último, Ramón me mostró el número uno de una revista de debate ideológico que acababa de salir. Se llamaba *El Viejo Topo.* Los de *Vibraciones,* hartos de la monotonía de una revista de música más o menos comercial y de los libros de cómics, decidieron lanzar una revista ajena a Ángel Casas, que ya tenía montado su chiringuito musical. Miguel Riera ejercía de empresario del asunto.

Conocí a Miguel en el trajín de los intercambios publicitarios con revistas afines. Era físico y se había metido en el mundo de las revistas por vecindad; vivía en el mismo edificio que Ángel

Casas. Mientras trabajaba para el Centro Superior de Investigaciones Científicas, gracias a una beca de las Fuerzas Armadas norteamericanas, para investigar unas cápsulas de alta precisión para el regreso de las naves espaciales a la Tierra, se encontró con Casas en el ascensor del edificio. Se pusieron a hablar y acabaron en el salón con un vaso de whisky. Ángel buscaba liar a Oriol Regás, de Bocaccio, en una nueva revista musical. Miguel se comprometió a estudiar los números.

«¡Las cuentas salen!», exclamó días después. Así fue como Miguel se asoció con Ángel y editaron *Vibraciones.* La revista iba bien, Miguel no era un rockero y buscaba algo afín. Junto a Claudi Montaña, decepcionado con la música tras comprobar que Bruce Springsteen no era el Dylan de los nuevos tiempos, y junto a Pep Sarret, un teórico que daba clases en una escuela, montaron la editorial Mandrágora y una revista de reflexión ideológica donde debatir las nuevas corrientes de la izquierda marxista post Mayo del 68. Así surgió *El Viejo Topo*: «Una metáfora de subversión y experiencia para destruir los cimientos de una sociedad absurda... Y tal vez algún día el topo dinamite con sus risas subterráneas, galerías y trincheras. Y la tristeza de lo caduco estalle a pedazos ante el fragor revolucionario». El *Topo* apareció poco después de la muerte de Mao Zedong.

La revista me pareció un tostón elaborado por los profesores izquierdistas de la universidad que tanto tiempo nos habían hecho perder. En el número dos, publicaron una frase impertinente contra el anarquismo: «Teoría superada por el devenir de la historia». Recuerdo que le dije a Francesc Boldú: «Frente a la línea teórica de *El Viejo Topo*, convendría

desarrollar una sección de educación con experiencias autiautoritarias concretas». Él me sugirió un amplio dossier para el número posterior al de la contracultura, y otro de cultura libertaria para más adelante, ambos más prácticos que teóricos. Francesc dijo que los nuevos ateneos libertarios ayudarían a afrontar las diferentes temáticas. Santi y Juanjo, algo molestos por el protagonismo súbito de Boldú, se encerraban en la sala de reuniones con *El Viejo Topo* sobre la mesa camilla. Sus risas y comentarios rebotaban por la oficina. Meses más tarde, Santi se incorporó al consejo editor de dicha publicación alegando que había que meter pensamiento libertario en aquel santuario dogmático. El *Topo* fue una revista digna que divulgó las apuestas teóricas radicales de aquellos años esperanzados en los que los intelectuales se atrevían a construir sus opiniones en libertad. Aún no existía el dinero público, ni los cargos ni los premios ni las prebendas con los que se domesticaría y acallaría la voz de los «peligrosos» intelectuales.

Santi y Juanjo se definían como marxistas libertarios. Boldú era miembro del Comité Regional de Cataluña de la CNT, perdía poco tiempo en disquisiciones teóricas y defendía no sólo que el anarcosindicalismo luchara por subir un punto el sueldo de los trabajadores. Defendía el debate y el consenso, y la inclusión de ecologistas, antimilitaristas, feministas, naturistas y homosexuales. Fernando, Toni y yo manteníamos la regla de no meternos en las pugnas internas de la CNT ni buscar ningún tipo de protagonismo. Nuestro lema era el respeto y dejar hacer. Algunos del entorno no comprendieron nuestra apuesta y hasta la malinterpretaron.

Vota, bota dijimos nosotros, pero nada, que la televisión es el arma potens de la nueva democracia.

1977, feliz democracia; una gentileza de RTVE.

Por tanto, en los próximos días, esperamos un golpe maestro de la izquierda. Lo del Carrillazo del mes pasado nos sonó a bombillita 15 vatios. Oriol[57] lo echó todo a perder. ¡Qué secuestro! La extrema derecha va por el camino de Santa Quiteria. En fin; el señor Iñigo para su programa *Fiesta* invita al señor Suárez, para que éste presente a los ancianos sex-symbols de los 50-60: el Dúo Dinámico. Pero ya se sabe: cortocircuitos, infiltraciones, malabarismos y algo de cara dura. En Prado del Rey también cuecen habas. Algún «pecero» se entera de los planes de Mister Iñigo e inmediatamente suelta prenda a la ejecutiva del PC. Un avión secreto despega precipitadamente de Canarias con destino desconocido mientras el señor Carrillo prepara sus mascarillas anti Durhing. Felipe, que está cenando con señores de Punta Umbría en un privado, es interceptado por la lucecita «c» de su aparato electrónico. Se disculpa y sale precipitadamente hacia el edificio 32 de la calle H.

La tarde del martes los planes están ultimados. Seis mil militantes del PSOE-PC han sido llamados para que la operación «Lucecita» sea un éxito. El Dúo Dinámico es adiestrado oportunamente y vuela a Marruecos. Carrillo y González han llegado a un acuerdo, ha costado mucho. Billy

---

57 El 11 de diciembre de 1976, el GRAPO secuestró a Antonio María Oriol y Urquijo, presidente del Consejo de Estado y consejero del Reino.

Brandt no era partidario de «Lucecita», pero la intervención de Mario Soares ha salvado el negocio in extremis.

Tatachí tarara tatiii. «Tengo el honor de ceder mi puesto a nuestro Presidente. Con ustedes Adolfo Suárez.» Aplausos, sonrisas y lágrimas. Iñigo es formidable. «Ea, ea, ea, el búnker, el búnker, el búnker a Berlín.»

«Gracias, gracias, antes que nada dejadme que agradezca vuestro voto.» Aplausos. «Ahora sí tengo el honor de presentarles a los ídolos de los años mozos. Con todos nosotros: el Dúo Dinámico.»

«Tachín, dududúa, dududua, quince años tiene mi amor.» «Helphelp-help.» Sirenas, ruidos, confusión. González y Carrillo se han sacado la careta; el primero saluda a diestro y siniestro, el segundo se muestra perplejo y emocionado: «Al fin todos». «Corten, corten.» Pero nada, todo el personal, cámaras, técnicos, son enanitos infiltrados. Carrillo canta, *Qué es la democracia y Por qué la abstención era un acto democrático.* González reparte besos a su público. «¿Qué tal su programa económico? ¿Cómo resolverá Carrillo la crisis?» «Perdón, no he venido con el señor Tamames.» Inesperadamente, Suárez es el mejor *speaker* del país. Hace preguntas a diestro y siniestro, el programa es, el programa es, el programa es propaganda. Los partidos al poder. Viva la libertad de emisión.

Ya me contarán, eso de la Democracia televisiva es algo tan insólito como el último capítulo de *Poquitas pintadas.*

Con este artículo grotesco, publicado en el número de la contracultura, saludamos la llegada al año triunfal de 1977. Hacía quince días que el Gobierno había cosechado un espectacular triunfo electoral con el referéndum para la reforma política, pese al hostigamiento de la extrema derecha, que postuló el no, y pese a la abstención que reclamaba la oposición unificada en las plataformas estatales y regionales. El resultado no pudo ser más elocuente de lo que se nos venía encima: índice de participación, 77,4 %. Abstención, 22,6 %. Votos afirmativos, 94,2 %. Negativos, 2,06 %. La oposición agilizaba con prisa pactos secretos con el Gobierno mientras la extrema derecha rugía con una dureza implacable. Días antes, el PSOE había celebrado su primer congreso en Madrid tras la guerra, sin haber pasado por la ventanilla de la legalización, como acto de desafío a la campaña electoral. Días después, Santiago Carrillo, que camuflado con una peluca retaba desde hacía meses a los cuerpos de seguridad del Estado, fue detenido en Madrid tras convocar una rueda de prensa con periodistas de muchos países. En el momento de la detención, Carrillo regaló su peluca de sarasa a los policías, a continuación le subieron a un furgón que lo paseó por distintas comisarías por temor a que la extrema derecha le pegara un tiro.

El dossier de la contracultura tuvo buena acogida y quedó compensado pese a que el debate se publicó mal. Durante la charla, Savater había negado la relevancia de dicho movimiento, aduciendo que era un invento de esnobs norteamericanos, incapaces de aceptar el esfuerzo que plantea el verdadero pensamiento. «Lo importante es recuperar el vigor de la pasión creadora y la dimensión ética de la cultura.» Picarol arremetió: «La contracultura ha sido importante al

propiciar la comunicación directa como en tiempos del medievo, cuando juglares y trovadores convertían la plaza mayor en el centro vital de la ciudad». Un viaje a Bilbao para una reunión con el colectivo Askatasuna me había impedido transcribir el debate.

Llegué a Bilbao, una ciudad gris llena de humo, de fábricas, de bancos y de gente rancia, con mala conciencia tras salir de Barcelona sin los deberes hechos. Los de Askatasuna tenían una imprenta, hacían una revista, estaban en la CNT e iban a montar una distribuidora paralela. Pocos días antes, el Gobierno había autorizado la exhibición pública de la ikurriña. Sorprendente. La bandera catalana ondeaba en muchos lugares de Cataluña desde hacía años.

Mikel Orrantia, de Askatasuna, era un militante serio que hablaba mucho y bien. Algo me contó sobre los vascos, por lo que luchaban y lo jodido que lo tenían. «Las actitudes libertarias han tenido poco predicamento en estos pagos», decía. Me llevaron a un asador popular junto al agua turbia de la ría. Aún saboreo el pescado largo, estrecho y blanco que comí. Hablamos de modelos de organización federal, de la necesidad de un debate para que la CNT se lanzase a la conquista del siglo XXI y no sólo afrontara aspectos del mundo del trabajo a través de los sindicatos. Mikel repetía: «La alternativa ha de ser global». Dejando a un lado la fraternidad de aquella gente, sentí una sensación de agobio. Bilbao era una ciudad fuerte y machista. Un tipo que vendía ejemplares de *Ajoblanco* en la universidad me dijo: «En Bilbao follar no es que sea pecado, es un milagro», y remarcó que en la ciudad había muy poco ocio.

La gente por la Gran Vía caminaba deprisa, vestía de forma muy tradicional, no miraba y por cualquier rincón se respiraba una tensión opresiva. La influencia de la Iglesia católica y una moral puritana estricta gaseaban los ambientes liberales de la capital vasca. El caso es que regresé en el primer tren en cuanto acabé una charla en una especie de ateneo regentado por curas progres poco nacionalistas.

Al llegar supe que Toni Puig no había editado las cintas de los debates. El trabajo lo había hecho Juanjo Fernández. Leí el texto y me alarmé. El número estaba ya en imprenta y no se podía hacer nada. Releí los textos una y otra vez; el dossier quedó compensado por los artículos de Racionero y Fernando Savater. También Toni y yo escribimos los nuestros. Pero la huella inquisitorial de Juanjo salpicaba los textos. Un artículo suyo concluía con una cita que encabronó, sorprendentemente, a los de la revista *Star:* «Considerando que el término *contracultura* nos estorba en la medida que nos interesa el de vida cotidiana, considerando indispensable clarificar nuestra postura al respecto, fallamos y condenamos a pena de muerte a la Contracultura o, en su defecto, a trabajos forzados a perpetuidad. Dado en Barcelona, enero de 1977».

Mientras confeccionábamos el número de febrero, Juanjo maltrataba a Luis con más contundencia y le llamaba «reaccionen». En cualquier momento y a tenor del más leve comentario, metía fístulas de odio contra alguien cuya aportación al *Ajo* estaba fuera de duda. No había manera, nunca juzgaba por hechos, juzgaba por dichos. ¿Por qué corría entre ambientes izquierdistas una campaña contra Racionero? Luis había estado en América con una beca Fullbrigth como la

que habían obtenido Javier Solana, Pasqual Maragall, Rafael Ribo o Javier Rubert de Ventos. A diferencia de éstos, que estudiaron los mecanismos de la democracia americana en el este de Estados Unidos, Luis estudió en la rebelde California en 1968, trató a los líderes de la cultura antisistema y defendía sin amagos el cambio de valores, la revolución psicodélica, la ecología y un urbanismo humanista con foros gratuitos que potenciara la revolución individual y el debate. En consecuencia, los dineros de su beca suponían una mala inversión para cualquier Gobierno. Con Toni Puig y Fernando Mir hablamos del asunto y con tantos agentes de la CIA saltando por España imaginamos divertidas conspiraciones en las que Narcís Serra siempre era el jefe de la tiniebla.

Dejando de lado bromas más o menos inocentes, lo cierto es que Juanjo había colocado la bomba de la división en casa.

Luis exigió su expulsión. Trabajo nos costó convencerle de lo contrario; lo que sí hicimos fue no invitarle a las reuniones de redacción. El lector de *Ajoblanco* quería conocer múltiples facetas de la acracia, juzgar por sí mismo y no a través de dogmas. La pelea trascendió las paredes de nuestro despacho y alcanzó la sección de cartas al director de *Tele-Exprés*. No sé qué escribía Juanjo de langostas, vinos, perfumes, casas de campo, túnicas hippies y meditación trascendental en relación con la vida de Luis. Toni repetía que Juanjo era un celoso que envidiaba a nuestro colega. Yo me negué a seguir la reyerta y aproveché un puente de cuatro días para ir a Italia en coche junto a Luisa Ortínez. Necesitaba amor y aire fresco. Yo era un ser abierto, impulsivo, que reaccionaba apasionadamente ante cualquier injusticia. Juanjo y yo éramos explosivos aunque, a

diferencia de él, yo supiese mantener el temple en las situaciones decisivas. Dentro del grupo no cabían enemigos ni odios, sino adversarios, argumentos y consenso. Abrazado a Luisa atemperaba los malos vientos y olvidaba los asuntos que me crispaban. Tampoco pensaba expulsar a nadie de una revista que basaba su esencia en la pluralidad del debate. Por exaltado y joven que fuese, Juanjo también era *Ajoblanco*.

Luisa atravesaba una buena racha profesional tras estudiar vídeo en los cursos del CIPLA, en el Institut del Teatre. Allí contactó con Xefo Guasch. Ambos se apuntaron a las primeras jornadas de vídeo internacional de la Fundación Miró. En ellas apareció una venezolana eléctrica que usaba el vídeo como arma social y contra la manipulación de la realidad que hacía la televisión. Había que grabar en tiempo real sin alterar las imágenes. Luisa y Xefo se motivaron y compartieron con Guiomar Eguillor, la compañera del pintor Bengel, Lluisa Roca, Albert Estibal, Carles Ameller, Marga Latorre, Pau Maragall y Genis Cano, la necesidad de montar un colectivo de vídeo social. El problema era que el vídeo estaba en pañales y sólo existían unas cámaras muy grandes, con trípode, que se usaban para grabar en estudio.

Xefo era pionero de lo progresivo, le gustaba la fotografía, era amigo de Almodóvar y acababa de montar una comuna creativa en la calle Blanquería 14 con Manel Pijoan, de TARA. «Un socio excelente para tus planes», le dije a Luisa en lo alto de la torre inclinada de Pisa. «Vamos a ir a la Documenta de Kassel para comprar los equipos de vídeo en sistema CV, el primer magnetoscopio de media pulgada.» Le di ánimo mientras paseábamos por Roma. Nuestra peculiar historia

entró en la fase de la confianza plena. En algún rincón de mi cabeza se encendió una lucecita: ¿y si viviésemos juntos en una comuna?

No era alta ni guapa; sí mona y coqueta. Un torbellino de simpatía; en cuanto la veías te entraban ganas de agarrarla por la cintura e iniciar un baile. Traspasaba el umbral de la redacción de *Ajoblanco*, escuchabas su voz a lo lejos, Toni saltaba de la silla hasta sus brazos, yo salía del cuartucho y Fernando sonreía. Era Marta Mateu, la novia de Fernando de aquella temporada, a la que bautizamos La Nena. El fracaso de *Under Guía*, la revista que Fernando había planeado con su amigo Juanjo Pujajut, lo dejó tocado y entregó todo su tiempo al *Ajo*. No sé cómo conoció a La Nena, una chica fundamental en nuestras vidas por lo mucho que nos estimuló durante aquellos meses de trabajo avasallador.

Algunos fines de semana de aquel invierno, Fernando, Toni y yo fuimos a Fontclara con La Nena y con Luisa. Ana Castellar estaba espléndida y trabajaba feliz en la producción de libros de medicina. Frente al fuego encendido de la chimenea de Fontclara, Toni leyó en voz alta el artículo de Pau Maragall en *Star*, el primero de la serie «Nosotros los malditos»[58]. La gente de *Star* estaba indignada con nuestro dossier de la contracultura. «Salen artículos como los de *Ajoblanco* que *entierran* el hippismo calificándolo de invento de esnobs americanos ricos. Es natural que los Racionero y Ribas y cia de *Ajoblanco* piensen esto, porque ellos mismos, gente procedente de ambientes intelectuales ricos y con vocación

58 Pau Malvido. *Nosotros los malditos.* Anagrama, 2004.

elitista, si fueron hippies lo fueron al estilo esnob.» ¡Qué paradoja! ¿Eran Santi Soler y Juanjo Fernández, los autores reales de los artículos, unos esnobs? Estaba claro que Pau sólo hojeaba nuestra revista y vivía emporrado en La Miranda, una comuna muy desmadrada junto al Parque Güell. Pau, tras romper con su novia de juventud, Ana Briongos, había dejado la casa experimental de la calle Génova y vivía en La Miranda con Marga Latorre y más gente. Un mes después de publicar el artículo, llamó a *Ajoblanco* para que fuésemos a una reunión en su comuna. Iba a montar TRI-CO-CO (tribus, cooperativas y comunas) y buscaba ayuda. Toni y yo no pudimos ir, fue Fernando. Aclararon la cuestión. Pau dijo que no deberíamos habernos cargado el movimiento hippy como excusa para repudiar a los *freaks*-marginados-pasotas, ya que nuestro público era eso. ¿Público? Para nosotros los lectores no eran público, eran los protagonistas más importantes de nuestra historia, y mucho menos «pasotas» que los lectores de *Star*. Fernando le recalcó este punto. Pau dijo entonces que, antes de negar algo, había que afirmarlo. Más paradojas: los miembros de *Ajoblanco* colaboramos en TRI-CO-CO y yo me hice buen amigo de Pau. Cuando Pau se metió en Vídeo Nou, con Luisa y Xefo, coincidimos casi a diario. Donde mejor intimamos fue en Menorca, mientras reconstruía como albañil la casa de un conocido en Mercadal, junto a Cachas y Pepe Galeote, uno de los menorquines que fundaron el COPEL (Colectivo de Presos en Lucha). Las condiciones de los presos eran como las de un campo de concentración y decidí abrir la revista a sus relatos y experiencias cotidianas: había que motivar a los lectores.

Fernando Savater me llamó pocos días de aparecer numero

dieciocho, enero de 1977. Estaba asombrado de la repercusión de su artículo sobre la contracultura: «Escribo en muchos medios y jamás tanta gente me ha comentado un escrito. Los de *El País* se mueren de celos: en fin, ¡horror en la contracultura: Savater apóstata! He logrado ser a la vez paternal y fascista. En fin, dadas las cartas recibidas te envío una aclaratoria que ruego publiques».

## EL CORSÉ DE LA ENSEÑANZA

La estructura de la revista había evolucionado. Tras el editorial, abrimos un espacio de ocho páginas para comentarios firmados al que llamamos «Minipimer». La nueva sección abordaba situaciones de la realidad más inmediata con humor o seriedad. Santi Soler y Toni Puig se sentían cómodos ordenando materiales y escribiendo en ella. A continuación venían los reportajes y las entrevistas. El dossier ocupaba la parte central del número y era el tema de portada. Luego colocamos las secciones, casi todas en manos de colectivos. «Info-ciudades» y «La Cloaca» cerraban la revista.

Vivíamos momentos dulces; el especial «Energías Libres» situaba las alternativas ecológicas en el mapa peninsular. El número explicaba de forma práctica, con esquemas y dibujos, los modos de obtener energías blandas del sol, del viento, de la materia orgánica y del agua, y cómo conservarla. Usarlas implicaba menor dependencia de las multinacionales de los hidrocarburos y alejarse de la cadena producción-polución-consumo-alienación. «Creemos posible una nueva relación con la técnica y el saber de los especialistas. Son posibles unos modos de producción y de distribución descentralizados, autónomos. Los conocimientos técnicos no son neutros, la colaboración de colectivos que tengan en cuenta la conservación de los recursos naturales y la descentralización del poder potenciarán la democracia directa

y el poder de las asambleas.» El eslogan más celebrado fue: «Salvemos el planeta de la voracidad del capital: el futuro de la especie depende del éxito o fracaso de la ecología». Frente a nuestra campaña, los partidarios del capitalismo optimista decían que los avances tecnológicos resolverían los problemas del clima y de la contaminación, como la penicilina había solucionado ciertas enfermedades mortales.

La portada y contraportada de «Energías Libres», pedazos de cielo, mar y paisajes coronados por el arco iris, el sol, la luna, estrellas y cometas, extraída de un libro ilustrado para adolescentes de los años treinta, acabó colgada en las paredes de bastantes domicilios. La venta de los números ordinarios alcanzaba los cuarenta mil ejemplares, cancelamos todas nuestras deudas y estudié con Ramón Aguirre la posibilidad de lanzar una revista de ecología. La única amenaza provenía del exterior. Manuel Fraga había declarado: «No queremos una democracia libertaria». Por Santi Soler, un hombre bien informado, sabía que los norteamericanos controlaban finalmente el turbulento proceso portugués a través del socialista Mario Soares, con el apoyo de la Internacional Socialista. ¿Qué harían en nuestro país para detener un proceso libertario que entroncaba con la tradición revolucionaria de los años treinta, que era pacífico y que despertaba consideración en amplios sectores?

Santi insistía en aparcar temores y divulgar, con ejemplos, las bases de una democracia lo más directa posible. «A medida que los movimientos sociales aprendan a canalizar la participación en las asambleas, el pueblo se sentirá protagonista de su propia historia y no delegará la gestión de la

sociedad mediante un voto cada cuatro años.» Las bases trabajadoras estaban por la autogestión y las bellas palabras de las cúpulas del PSOE y del PC ilusionaban sin convencer. ¿Cómo fiarse de un PSOE que había pactado con el PC la exclusión política de los movimientos sociales o de un PC agobiado por su legalización?

Estaba claro que el país necesitaba permisividad para ir disolviendo el franquismo sociológico, que aún era mucho, y libertad para aclarar qué tipo de democracia elegía. Sin embargo, los extremos iniciaron una orgía de sangre y violencia en el mismo momento en que el Gobierno de Adolfo Suárez, a golpe de decreto ley, liquidaba el Tribunal del Orden Público, ponía en libertad a Santiago Carrillo y cumplía los objetivos marcados por el PSOE para pasar por la ventanilla de la legalización. El consenso, tras una célebre reunión en la Moncloa con nueve representantes de la oposición, se puso de moda en el ambiente de las élites políticas. Las elecciones a Cortes constituyentes se celebrarían en 1977.

El domingo 23 de enero empezó la orgía de sangre o semana negra que conmocionó al país. En Madrid, los estudiantes se manifestaban en favor de una amnistía total que incluyera a presos comunes, anarquistas y nacionalistas vascos. La policía con porras y gases lacrimógenos la reprimió duramente. En el revuelo, los guerrilleros de Cristo Rey asesinaron por la espalda al estudiante Arturo Ruiz.

Lunes 24: hubo paros en toda España. Una carga policial reventaba la cabeza de María Luz Nájera; otra estudiante muerta. El GRAPO, que mantenía secuestrado a Antonio María

de Oriol y Urquijo, secuestró a Emilio Villaescusa, presidente del Consejo Supremo de Justicia Militar, en demanda de amnistía total. Los medios de comunicación hablaban de una provocación para que el ejército rompiera la neutralidad. A las 10.45 de la noche de aquel lunes fatídico, guerrilleros de la extrema derecha, con ayuda de terroristas italianos de la red Gladio[59] –financiada por Estados Unidos y coordinada por la OTAN–, entraron en un despacho laboralista de la calle Atocha y dispararon a bocajarro contra los abogados de CCOO. Seis muertos. Madrid vivió una noche de angustia entre rumores de nuevos asesinatos. Tras una tensa negociación entre líderes comunistas y miembros del Gobierno, la capilla ardiente se instaló en el Palacio de Justicia y se aceptó que el entierro fuese público. El país estuvo al borde de una nueva confrontación.

El Partido Comunista de España no cayó en la provocación y dio, en el entierro, una lección de civismo sin precedentes que descolocó a los involucionistas. Miles de personas tomaron la calle, con flores blancas y rojas y el puño en alto en medio de un silencio sobrecogedor. La fuerza de los comunistas españoles era enorme. Santiago Carrillo controlaba férreamente a un partido sereno que buscaba la legalización para que el PSOE no le robara el protagonismo electoral de la izquierda. El PSOE aún era un partido marxista que defendía públicamente la autogestión y los valores de la progresía.

El viernes de aquella misma semana, el GRAPO asesinó en Madrid a dos miembros de la policía armada, a un guardia civil

---

59 Organizada por los servicios secretos de Estados Unidos en los años cincuenta para impedir el acceso de los comunistas al poder en Italia.

e hirió a otros tres. ¿Quién ha montado el GRAPO?, se preguntaba mucha gente. El presidente Suárez en televisión declaró compungido: «Pequeños grupos marginales, profesionales del terror, pretenden anular la voz de la sociedad, quebrar la confianza en el Gobierno y liquidar el proceso de reforma». Suárez llegó a Cataluña en plena turbulencia para darse ánimos y en busca de apoyo con la promesa, que cumplió, de reconocer el «hecho diferencial catalán». «Los parlamentarios catalanes que resulten elegidos podrán elaborar un nuevo estatuto de autonomía dentro de la unidad española.» Reconoció también la cooficialidad de las dos lenguas y anunció que un comisario del Gobierno negociaría con Josep Tarradellas, el presidente de la Generalitat en el exilio.

Los atentados y secuestros de la semana negra produjeron el efecto contrario al deseado por los extremistas y Suárez se transformó en el sumo sacerdote de la transición. Los dos requisitos que debía cumplir el presidente, según instrucciones norteamericanas, eran no presentarse a las elecciones ni legalizar bajo ningún concepto al PCE. Por el momento, el primer tema no preocupaba puesto que no tenía partido político con el que presentarse. Su relación con los de la Alianza Popular de Fraga era pésima y el Partido Popular tenía al prestigioso José María de Areilza como líder indiscutible. El segundo requisito era el verdadero quebradero de cabeza. La reconciliación entre españoles había sido una estrategia ideada por Carrillo que de pronto se imponía en círculos comunistas y centristas. La moderación de Carrillo ante los crímenes de Atocha lo hicieron imprescindible. La legalización del PCE se transformó en la prueba indiscutible que necesitaba el proceso

democrático para resultar veraz por mucho que los norteamericanos lo hubiesen vetado.

En medio de tales sucesos, con Toni Puig y Francesc Boldú subimos a Vallvidrera en busca de una casa perdida entre pinos, íbamos a entrevistar a Félix Carrasquer para «El corsé de la enseñanza». La montaña estaba nevada y conduje con mucho cuidado, rodeado de un paisaje sobrecogedor. La vida de este anarquista ilustrado, como la de tantos tras la derrota, se gastó en campos de refugiados y de concentración en Francia durante los primeros años. En 1946 regresó y trató de organizar a los sesenta mil afiliados con que aún contaba la CNT en Barcelona. Le detuvieron. Estuvo doce años en la cárcel y luego se exilió. Carrasquer era un hombre ciego que había escrito sobre la autogestión y las colectividades del Bajo Aragón. En Vallvidrera criaba pollos para sobrevivir y preparaba a gente para el futuro. Con ilusión adolescente, nos contó el nacimiento de la primera escuela libertaria, la de la calle Vallespir en el barrio de Sants, basada en las enseñanzas racionalistas de Ferrer i Guárdia. «No concibo la enseñanza como una competición con premios y castigos. Los hombres cuando se liberan del poder opresor saben organizarse y vivir en régimen de apoyo mutuo.»

Hacía frío y su compañera nos ofreció una taza de hierba luisa. Félix palpó la mesa hasta dar con la taza, dio un par de sorbos y siguió contando: «Las circunstancias son las que realzan a unos y disminuyen a otros, pues nadie es mejor que otro. Ocurre como con los órganos del cuerpo, la salud depende de la perfecta sinergia entre todos los órganos». Félix defendía la solidaridad entre sexos desde la escuela primaria

como método para superar las estructuras mentales discriminatorias, la coeducación de niños pobres y niños ricos. «No podemos acostumbrar a los niños a esperarlo todo de las voluntades ajenas.» Carrasquer insistía en la educación continua con la participación de los sujetos, que son quienes deben decidir las temáticas si se pretende encender la motivación. «En las escuelas libertarias convivíamos todos y, entre ocho y diez de la noche, organizábamos conferencias y debates para informarnos y crecer. Este método de aprendizaje exige sentido común, responsabilidad y trabajo.»

Boldú preguntó cómo se relacionaban las escuelas con los ateneos. El hombre saltó veloz: «En el barrio la gente se conoce y se dan todas las necesidades sociales, culturales, económicas y afectivas. El ateneo es el lugar de encuentro, relación y aprendizaje. El vecindario, reunido en asamblea, decide las actividades más convenientes para la comunidad. Una de ellas consiste en crear escuelas con fondos de los trabajadores. La cultura no es una acumulación de saberes y reglas, sino el estilo de vida basado en la espontaneidad, la cooperación, la autogestión, el enriquecimiento personal, la mezcla y la libertad».

Félix explicó sin pizca de pereza una de sus experiencias, cuando en 1937 creó una escuela para racionalizar el funcionamiento económico de las colectividades del Bajo Aragón. «En Albalate, por iniciativa de trescientas familias, compramos el patrimonio al duque de Selferino. Sin más autoridad que la emanada de la asamblea, parcelamos dos tercios, que repartimos entre los campesinos que no tenían tierra. Para las 150 hectáreas restantes creamos una

cooperativa; la cultivaban los compañeros cuando su propia parcela les dejaba tiempo libre. Con el beneficio comunal transformamos en regadío cientos de hectáreas de secano, experimentamos nuevos cultivos, compramos el primer tractor e introducimos los frutales. La experiencia histórica del proceso revolucionario español en 1936 nos dice de una manera incuestionable que no puede haber verdadero cambio social sin la participación directa de los trabajadores. Un Gobierno decretará cuanto le plazca; pero ni los decretos pueden cambiar hasta su raíz las estructuras ni mucho menos la mentalidad de la gente. De modo que, no solamente se hace necesaria la intervención del pueblo, sino de todo punto indispensable una previa información y educación de ese pueblo para que pueda ser él mismo quien protagonice y oriente la revolución solidaria.»

La educación era el asunto prioritario para transformar los hábitos sociales enquistados y Boldú era la persona idónea para esbozar en Ajoblanco un sistema pedagógico que posibilitara una nueva ética y un nuevo estilo de vida. Ya en la puerta, el viejo militante anarcosindicalista insistió: «No se puede obedecer para ser recompensado por el que manda». Se nos quedó mirando y con voz firme aclaró: «Ni tú ni yo ni nadie puede ser libre hasta que todos los seres humanos lo sean. La libertad no estriba en que cada uno haga lo que le venga en gana, sino en el acuerdo mancomunado para hacer aquello que convenga al conjunto de la comunidad. La libertad exige responsabilidad social y la educación activa es la clave para que nos sintamos respetados y queridos, esencial para sentirnos seres de pleno derecho y no ganado».

Francesc Boldú me presentó a un nervio con patas y cabeza privilegiada. Se llamaba Cipriano Marín, era canario, estudiaba matemáticas en Barcelona, militaba en la CNT y sabía de medio ambiente. TARA, ante la escasa colaboración de Pep Puig Y Joaquim Coromines, necesitaba refuerzos para el dossier «Alternativas contra el despilfarro». Cipriano elaboró bien las temáticas y se convirtió en la chispa del colectivo. Una tarde, Luis Racionero se encontró con él en el despacho y éste le pidió un artículo sobre urbanismo humanista. Santi Soler preguntó qué era aquello. Luis explicó: «La concentración de población en metrópolis, de capital en multinacionales, de tiendas en grandes superficies y de fábricas en polígonos industriales estimula el crecimiento pero mata el humanismo. ¿Qué hacer? Descentralizar, crecer menos cuantitativamente y atender lo cualitativo mediante el humanismo y el amor a las profesiones».

Toni Puig, en medio de aquellos debates, encendía la tetera eléctrica que se había traído de casa y preparaba un té. Luis buscaba extras para su película sobre la fiesta de los locos con Els Joglars. El próximo fin de semana rodaba en Pruit. Santi, que no iba a ir de extra, incitaba una extravagante conversación con Luis o Cipriano y Juanjo Fernández despotricaba contra Tierno Galván del PSP. En el número diecinueve de *Interviú*, el líder del PSP había declarado: «El tolerar ciertas cosas como la homosexualidad nos lleva a situaciones como las del Bajo Imperio Romano, donde se perdió el sentido pleno de cualquier jerarquía de valores por haber hecho unas concesiones totales en lo que se refiere a la moral». Recuerdo la voz de Cipriano soltando chispa aguda con acento canario como epitafio a tales debates. Ramón Aguirre

saltaba de la silla y participaba del fregado dialéctico que nos llevábamos. Gracias a su labor económica rescaté tiempo para poner en marcha más colectivos. El literario, el de comunas y el de sexualidad. Para el Día del Libro preparábamos un nuevo especial, «La linterna literaria».

Ana Castellar estaba liada en su editorial de medicina, Nuria Amat se había ido a vivir al Berlín alternativo con su marido, el escritor colombiano Óscar Collazos, que había obtenido una beca, y Kithoue estaba en la mili. Para coordinar el número busqué gente nueva y aparecieron Rossend Arqués y Joan Ollé. Rossend era un tipo cultivado que meses después se convertiría en uno de los colaboradores más prolíficos que tuvo *Ajoblanco* de los setenta en la etapa de máxima influencia; y Joan Ollé era un poeta que escribía muy bien.

Otra experiencia curiosa de los meses de ascensión libertaria ocurrió cuando Kithoue se fue a la mili. Como regalo de despedida, adjunté una nota en «La Cloaca» aportando su dirección para que los lectores lo consolasen por carta. Uno de los sujetos que le escribió fue el chileno Roberto Bolaño. Bolaño aún no había publicado nada y tras la misiva inició una buena amistad con Antonio García Porta, alias *Kithoue.* El primer libro que publicaron ambos fue uno conjunto: *Consejos de un discípulo de Morrison a un fanático de Joyce.*

Fernando Mir estaba preocupado con los constantes cierres gubernativos de Magic. Corrían rumores de todo tipo. Uno, el más extendido, sostenía que en la guerra competitiva que se llevaba con Zeleste la guardia urbana protegía a este último local a cambio de prebendas. Las pugnas entre los partidos de

izquierda y las distintas doctrinas de la extrema izquierda contagiaban el ambiente underground y sembraban las ciudades de rumores malintencionados. Una noche fuimos a Zeleste a escuchar a Oriol Tramvia sin atender a los boicots por la guerra de clubes. Algunos nos tildaban de ingenuos por no creer en ella. Lo cierto es que pocas veces atizamos ese tipo de polémicas en nuestras páginas. Oriol era un músico visionario que se había convertido en una referencia entre la gente que buscaba «rollo y marcha». Lo entrevistamos con Toni y Fernando entre coñacs calientes en un bar de la calle Fernando. «Yo uso la música para explicarme y siempre soy ideología. Me identifico con *Pus* Riba y compañía. También estoy contra los cerrojos del señor alcalde, que te mete en prisión no por ladrón y traidor, sino porque quiere que le diga de dónde he sacado tantas flores.» Hablamos de los pasotas, de la espontaneidad ingenua y contracultural del primer Canet Rock, que se estaba perdiendo, de Formentera, de los frenopáticos, de su disco en directo, *Bestia*, que había editado Zeleste sin arreglos ni artificios.

La actuación fue un despliegue de energía. Oriol gritaba poesías malditas y llevaba pamela. En ocasiones olvidaba la letra, improvisaba frases y electrocutaba: «Bestia, ah, ah, ah, ah... que se fundan los plomos». El público respondía con gritos histéricos, como si celebrase un psicodrama «pasota» por el fin del franquismo. El rock catalán o la onda mediterránea alcanzaba su cénit y, aunque el concierto me gustó por la vitalidad que desplegó, yo veía que el ambiente de la ciudad se enturbiaba de forma amarga. Aquella música representaba más que nada un exabrupto por tantos años oscuros. Era la época en que la gente de Zeleste y de Magic optó por romper

con el pasado; eran años de vomitar las represiones, de orgías, de pasotismo, de «no me acuerdo de quién soy ni lo que hago», de «vente esta noche a casa, que va a haber un pasóte de ordago», y de fiestas espontáneas que duraban hasta el día siguiente sin que la policía interviniese. Los porros corrían por todas partes y la heroína, procedente de Goa o de Ámsterdam, empezaba a circular por los lavabos de algunos antros sin que nadie supiera muy bien qué era aquello ni de dónde venía. La sexualidad en aquellos círculos se abordaba como terapia tras años de fracaso y negaciones. De pronto jóvenes de procedencias sociales diversas se reconocían con curiosidad, todo estaba permitido y la mayoría se declaraban bisexuales. Las famosas orgías consistían en fiestas improvisadas en casas particulares tras el cierre de los antros. Música, porros y algunas copas. Alguien tocaba la guitarra o los bongos, otro se desnudaba entre bailes desganados; casi todos sobreactuaban y nadie alcanzaba la plenitud que aporta el placer y la sensualidad. La *marxa* era así de bestia. El nerviosismo y una timidez vergonzosa impedían reconocer lo que todos anhelábamos: amor y comunicación total.

Llegó el carnaval de Vilanova, el primero tras cuarenta años de folclore estilo «sección femenina», con miles de desmadrados en la calle. «Yo también soy travestí», escribía Toni en la revista. Yo me disfracé junto a Luis Racionero y Carmen Iglesias con unos trajes iraníes muy curiosos que Luis había traído de California. Por las concurridas calles de Vilanova se reprodujo la fiesta con una libertad que la gente conquistaba espontáneamente y sin esperar consignas. Un nuevo movimiento salió a la luz en Vilanova, el de los homosexuales que buscaban la despenalización y la derogación

de la Ley de Peligrosidad Social. Nazario, Ocaña y Camilo, disfrazados con prendas de mujer, fueron los baluartes de dicha reivindicación, que tiñeron con humor enfundados en corsés de seda del mercado de los Encantes. Recuerdo que Fernando Mir, con las melenas más desmadradas que nunca, bajó el paseo agarrado del brazo de Ocaña y rodeado de un grupo de pasotas que vivían en una comuna urbana densamente poblada y que brincaban como posesos.

La Assemblea de Catalunya había puesto en marcha la reivindicación de los ayuntamientos democráticos, utilizando la fuerza de las asociaciones de vecinos, organizaciones legales que surgieron en los años sesenta en demanda de parques, guarderías e infraestructuras. La CNT lanzó la voz de alarma: «Desde hace meses, las asociaciones de vecinos han pasado a un segundo término, mientras que la reivindicación de ayuntamientos democráticos se ha convertido en la nueva obsesión de los políticos. Hay que crear un Frente Libertario de Barrios que evite que dicho movimiento sea atrapado por los burócratas de la izquierda supuesta».

Las Asociaciones de Vecinos funcionaban con juntas directivas con presidente y tesorero, y sólo la junta podía convocar la asamblea general de vecinos y elaborar propuestas. «En estos momentos, determinados grupos políticos tratan de acaparar las juntas directivas, con lo cual es evidente el riesgo que corren los movimientos urbanos de convertirse en correa de transmisión de las consignas de aquellos grupos políticos que quieren utilizarlas para sus campañas electorales.» En una reunión de *Ajoblanco* con Toni Puig, Fernando Mir, Santi Soler, Francesc Boldú y Karmele

Marchante, que ya no sólo escribía de feminismo sino que hacía de reportera, le dije a Francesc: «Hay que fijar campañas concretas, como hacen los otros. Considero fundamental promover los ateneos; ¡ojalá naciera uno en cada barrio! Por todos los medios hay que parar la caza de brujas que invade los diferentes movimientos sociales». Boldú defendía la creación inmediata del Frente Libertario de Barrios.

De la marcha de Canet pasamos a la *rauxa*[60] del Born. La Cataluña de la reforma –o de la rosa– y la Cataluña de la anarquía –o de la alcachofa–, que también surgía espontáneamente en las recuperadas fiestas mayores de los barrios, se mezclaban en un mar de reivindicaciones contrapuestas. «La calle es libre y la gente ya no tiene miedo a reír.

La primavera del 77 puede ser una fiesta total. Dejemos las cavernas, los bares, los cines, los zelestes... la fiesta surgirá en la calle y todos seremos protagonistas. ¡Viva la marcha!», escribía Fernando Mir. Ocaña inició sus famosos streaptease. Se subía travestido a lo alto de una furgoneta aparcada en la calle, hablaba con los mirones, reivindicaba la belleza de la homosexualidad y se quedaba en bolas. Al mismo tiempo, en algunos despachos los políticos hacían conjeturas para dominar aquella furia que para ellos era sólo un barullo deleznable que les podía arrebatar el dinero público, indispensable para controlar el futuro.

---

60 «Arrebato.» Aunque la palabra tiene un significado mucho más amplio: algo o alguien impulsivo, desmesurado, festivo...

*Ajoblanco* estuvo presente aquel año en las fallas de Valencia, muchas de las cuales recordaban lo ocurrido con nuestro dossier dedicado a la fiesta. Fernando, Félix García, Santi Arnau- da, Luis Racionero y Pep Doménech, el fotógrafo, quisieron verlas y acabaron haciendo el paseíllo con Javier Valenzuela y Amadeu Fabregat entre risas y acalorados aspavientos. José Luis Prieto había desaparecido de escena tras el desaguisado del año anterior, aunque solía telefonearme de vez en cuando.

Tras madurar, había decidido que la mejor manera de hacer «su revolución» consistía en dar clases en un instituto de enseñanza media en un pueblo y activar a la nueva juventud. Al final, el escándalo se había apagado y ni siquiera pagamos la multa de doscientas cincuenta mil pesetas.

Los juicios se perdieron entre los miles de expedientes de la judicatura. Jamás aclaré si nos habían amnistiado y Barnils en ningún momento se sintió acosado por el Tribunal de Ética Periodística ni dejó de firmar sus trabajos en prensa. En una ocasión, un funcionario de Madrid me aclaró que, en el fatídico Consejo de Ministros presidido por Arias Navarro que acordó nuestra suspensión, lo que de verdad se debatía era la suspensión definitiva de *Cambio 16.* Pero como no se atrevieron a actuar contra la revista del *establishment* emergente, la rabia del búnker se canalizó hacia nosotros. En marzo de 1977, Valencia se llenó de fallas que publicitaban nuestra labor y nuestra catalanidad.

Una noche, Jordi Alemany y Rosa Pastó me contaron que los de TARA, junto a los periodistas nacionalistas Xavier García y

Santi Vilanova, iban a sacar un especial de ecología en catalán y castellano por su cuenta, con un programa ecológico de cara a las elecciones. Se iba a llamar *Achicoria,* pero como el pensador ecologista Mano Gaviria dijo que la planta que mejor regenera el suelo es la alfalfa, les hizo dudar y no sabían si acabaría llamándose *Achicoria, Alfalfa o Userda.*

## SEXO VA, SEXO VIENE

El colectivo Sexajo fue una de esas extrañas sorpresas que se dan a veces e incitan a creer que el mundo soñado que llevas dentro conquista la realidad.

La sección de sexualidad funcionaba desde hacía tiempo con bastante éxito de participación. Informaba, sin dramatismo, sobre métodos anticonceptivos, onanismo, relaciones prematrimoniales, anticonceptivos, aborto, homosexualidad, enfermedades venéreas y demás tabúes contra la actividad sexual normalizada. Adjuntábamos siempre una encuesta y pedíamos a la gente que contara experiencias. Más de seiscientas respuestas desbordaron las previsiones. Chavales de ambos sexos que aún estaban en el instituto contaban apasionados su sexualidad a la revista. Boldú explicó que lo ocurrido en la universidad de nuestra época pasaba ahora en los centros de enseñanza media: «Jóvenes de entre catorce y dieciocho años se rebelan y fundan grupos anarquistas». La desinformación sexual fuera de los pequeños círculos ilustrados de las grandes ciudades era el enemigo a batir. Un enemigo que perturbaba el deseo mediante un sentido del pudor exagerado, muchas dudas y una introversión nerviosa hija del choque brutal con el entorno. La culpabilidad carcomía los cerebros, desbocaba la ansiedad e iba a parar al estómago. Las historias mostraban la miseria sexual que se vivía en pueblos pequeños, ciudades medias y en las grandes

metrópolis. «Jamás me explicaron *esas cosas de la vida.* Los besos en la tele provocaban rubor. Había una falta total de confianza en casa. Revolvía las páginas de la enciclopedia familiar, nervioso y a escondidas, en busca de palabras como *falo, ramera, coito, afeminado* y me hice un esquema en clave.» «Cuando tuve la primera menstruación pensé que iba a morir desangrada, mi madre me dio una compresa y no me contó nada.» «Hay cosas que no existen ni pueden mencionarse. A mis trece años le conté a mi padre un rozamiento placentero en el autobús, me dio un cachete, me encerró en el lavabo y me dejó un día sin comer.» «Cuando tuve la primera eyaculación no tenía ni idea de lo que era aquello y me asusté mucho.» «Si tu mano o tu ojo te escandalizan, córtatelos y échalos de ti, que mejor es entrar en la vida manco o ciego que ser arrojado al fuego eterno, me dijo un confesor.» «Quisiera saber si puedo quedarme sin calcio hasta morir por masturbarme, y si es un vicio tan abominable como cuentan.»

La juventud española de la transición soportó gravísimos desequilibrios interiores. A diferencia de otras generaciones, el imaginario de Occidente con el rock, el teatro de guerrilla, la literatura y los diferentes movimientos de liberación había derrocado el puritanismo de la sociedad burguesa y los efectos de la religión conservadora. Tal influencia traspasó nuestras fronteras, pero los cuarenta candados del franquismo no eran fáciles de reventar. Además, la liberación de las costumbres no contagió con la misma intensidad a la generación que pilotó la transición. La generación de Felipe González había vivido bajo el franquismo entre diez y quince años más que los jóvenes. Sus influencias eran el marxismo dogmático, los frentes de

liberación de Cuba y Argelia, los curas obreros, la canción francesa y la cultura del alcohol. Todo ello combinado con la incapacidad de derribar el franquismo. Otra generación, la que rondaba entonces los cincuenta años de edad, sobrevivía lisiada tras la dureza de la posguerra y sólo pensaba en el trabajo, en el ahorro y en prosperar. Llevaban años comiendo misas y esmerándose en callar para obtener el preceptivo certificado de buena conducta. Aquella generación de padres de familia estaba compuesta por carcas de circunstancia que habían enmudecido. La generación de los abuelos, ésa sí que de pronto recuperó la luz de los bailes republicanos y la fiesta de los ateneos y de las colectividades. En muchas familias, abuelos y nietos vivieron una provechosa alianza frente a padres atrapados en el cuarto oscuro del franquismo.

La correspondencia con jóvenes aturdidos por las batallas que libraban en sus hogares me decidió a actuar. Consulté con Mujeres Libres, la organización libertaria recién constituida, con las feministas radicales de LAMAR, con los del Front d'Alliberament Gai de Catalunya en el instante en que preparaban la primera manifestación contra la Ley de Peligrosidad Social, y con Eduardo Haro Ibars, que recién había constituido en Madrid el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria. Me gustó mucho el artículo que envió Eduardo: «No hay homosexuales católicos (Dignitad), ni homosexuales catalanes (FAGC), ni homosexuales revolucionarios (FHAR). Hay sólo personas que reivindican el uso libre de su sexo. El poder relacionarse con quien aman por donde les apetezca. Hay gente que siente, en su mismo sexo, el gozo de la relación, la creatividad y el misterio». Eduardo se quejaba de que los partidos de izquierda eludieran enfrentarse a las costumbres

de la sociedad machista y burguesa, y renegaba de las declaraciones homófobas de Tierno Galván en *Interviú*. Publiqué su artículo en mayo, en el número veintidós, el de la cultura libertaria que coordinó Boldú.

Propuse al equipo de *Ajoblanco* confeccionar un dossier que recogiera la información extraída de las cartas de sexualidad más un debate con los grupos antes aludidos y el psiquiatra Manuel Baldiz. Mi intención era crear un colectivo de sexualidad que refrescara la sección conectando con la calle sin ningún miedo. A tal fin publiqué un reclamo en busca de estudiantes de psicología que vivieran en Barcelona o su entorno. Aguardé impaciente las respuestas y aparecieron más de veinte personas. Reuní al grupo y me gustó el entusiasmo y la seriedad de sus propuestas. La mitad eran mujeres. Mari Carme Freixa, Loli Gispert y Anselmo García establecieron el sistema de trabajo tras repartirse las cartas en la primera reunión, a la que también asistieron Manuel Baldiz y José María Palomares. Este último era quien coordinaba nuestra relación con las comunas que nacían en cualquier rincón. La gente que rompía con los padres las buscaba para vivir sin represiones conocidas ni problemas económicos. Mi pretensión era concluir el dossier con una crónica sobre la cotidianidad afectiva en las comunas. Emocionaba ver cómo veinte personas trabajaban en las mesas del despacho con orden y buen entendimiento a partir de las ocho de la noche, dos veces por semana. El colectivo Sexajo creó uno de los grandes hitos del primer *Ajoblanco*, el número veintitrés: «Tu sexo», editado en junio de 1977. Un número hecho con diálogos de personajes inventados que reproducían lo que narraban las cartas entre dosis de ternura y humor. Se vendió

tanto que tuvimos que hacer dos tiradas. Bordeábamos ya los cien mil ejemplares.

De Madrid llegó una noticia inquietante. Iban a derribar el Ateneo Politécnico, el único centro cultural libre y activista de la capital. En este centro tenían su sede el colectivo El Saco, una guardería, una asociación de fotógrafos y otra de artistas. Ensayaban más de veinte grupos de música, varias compañías de teatro y solían improvisarse pequeños *happenings* donde se mezclaban creadores y disciplinas. El local autogestionado estaba situado en una escuela abandonada y ocupaba tres edificios de tres plantas. Una tarde, ciento cincuenta policías lo desalojaron a palos. José Miguel Beneyto, uno de los responsables, llamó desesperado en busca de solidaridad. Nos pidió que en el próximo número adjuntáramos la cuenta corriente de un banco para ayudar a abrir otro. Fernando Gálligo también llamó para decirnos que, uno de aquellos domingos, un grupo de fachas había atentado contra un puesto de El Rastro, el de la Plaza Nuevo Mundo, donde grupos libertarios vendían revistas.

Decidí pasar con Toni Puig una semana en Madrid. Teníamos que asistir a la presentación del especial «Energías Libres» en el aula magna de la Facultad de Derecho o en un colegio mayor. Buscábamos un acuerdo con la gente del colectivo La Ventana para que escribiesen crónicas desde la capital del Estado. La ciudad se liberaba contra viento y marea sorteando el control policial. «La gente que pasa de la moda de los políticos y anda por las esquinas, confluyendo en determinados actos y recitales y llenando las paredes con graffitis del género *que se pare el mundo que me bajo*, se da de narices con los

furgones que almacenan incautos y despistados viandantes», escribió Manolo Pino. También nos contó que La Vaquería había sido reconstruida y que en el edificio de enfrente se encontraba la CNT.

El ambiente de la ciudad había cambiado pese a la pervivencia de la burocracia franquista, de los ultraderechistas con pistola y de los políticos que hablaban de una ruptura travestida en reforma utilitaria. «Falta de fe es, simplemente, falta de valor, el cobarde es un espectador y en nuestro escenario no cabe esta manada. Tampoco gente que hojee diarios llenos de mentiras o se cojan al volante en un viaje sin placer. Luchamos por la utopía factible.» PREMAMA, la prensa marginal madrileña, surgió como una vertiginosa explosión tras el éxito de *MMM*, el órgano oficial de la locura madrileña.

«*MMM* está abierta a todo aquel que tenga algo chulo que contar.» «Un cóctel de surrealismo naïf entre poesías de canela, artículos con rábano y dibujos, quizá cómic, de menta. Bien batido puede producir diarrea a todo aquel que no esté acostumbrado a pócimas de bruja»; así la definía *Star.*

PREMAMA estaba compuesta por un pilón de fanzines federados llenos de sueños contra el sistema en todas las manifestaciones artísticas posibles. Se vendían en un Rastro que hervía.

Toni y yo ascendimos por una escalera de madera crujiente de la calle Augusto Figueroa hasta el quinto piso. La COCHU (Laboratorios Colectivos Chueca) integraba a los miembros de PREMAMA más una serie de ácratas que pasaban de cualquier

actitud que oliera a orden establecido pequeñoburgués. Entramos expectantes a un pisito a rebosar. Estaban El Zurdo, que iba de disidente, Fernando Gálligo, nuestro informador de la capital, y Salvador Bustamante, el promotor de la movida, junto a más gente. De entre aquel tumulto sobresalía una cría llena de cadenitas sobre prendas de color negro que hablaba como una mujer fatal. Estaba sentada sobre una mesa atiborrada de papeles y su apodo era Alaska. Lo había extraído del disco de Lou Reed, *Caroline says II: «It's so coid in Alaska».* Pregunté quién era aquella niña de piel blanquísima. Me respondieron que una glam mexicana de trece años, amiga de El Zurdo, que había ido a entrevistar para un fanzine a un líder de Alianza Popular. «Preguntó con desparpajo por el aborto, el divorcio, las relaciones prematrimoniales y la prensa marginal madrileña», me dijo Fernando Gálligo entre risas. El Zurdo pidió que publicásemos algo sobre *El nacimiento de la escuela Drago,* su nuevo fanzine, y Alaska dijo que la política no molaba, que lo divertido era el humor negro, la sofisticación y la moda mezclada con tramas de supermercado. Musicalmente, Alaska defendía a Bowie y el sonido básico de los Ramones. «Soy petarda y me va la improvisación.» Me pareció salvaje e inteligente.

Las paredes del cuchitril estaban cubiertas de carteles musicales y de una percha colgaban unos calcetines a modo de hucha. «Nuestra prensa es una guerrilla que comunica experiencias de vida.» Representantes de todas las revistas explicaron lo que hacían ante los popes catalanes de *Ajoblanco*, ni más ni menos que Toni Puig y yo. *Agrá, Alucinio, Bazofia, Catacumba, Cadáver de Mandragora, Carajillo Vacilón, Diario Desarraigado, MMM, MMMUA, Cerrus, Uronia* y Ediciones

Mastodónticas. Creo que ninguna tenía ese depósito «que ilegalmente manda la ley». Durante la confección de la lista de fanzines, siguiendo el abecedario, la risa y el cachondeo cohabitaron con el humo del ambiente. «Los medios de comunicación son ladrillos que matan al personal. Nuestra prensa alternativa no quiere lectores invitados, sino que obliga a la actitud de dueños-de-la-casa.»

Los de PREMAMA me contagiaron aire fresco. Debatían unos con otros, desordenadamente, sobre pasotismo, modernidad o anarquismo, de si convenía estructurar el tinglado o sujetarlo a las inclemencias del azar. Mientras cenábamos en Carmencita, un mesón barato y popular, hablaron de unos recitales de poesía descarnada que se daban en algunos tugurios, con o sin guitarras; de Gelatina Dura, el grupo poético de Eduardo Haro Ibars; del ambiente que se cocía en El Rastro y La Bobia los domingos. Unos buscaban las razones de las injusticias sociales, otros el significado de la música repetitiva, rápida y directa de los Ramones, el grupo neoyorkino de Queens que escenificaba el «no hay futuro». El cruce de ideologías y de nuevos iconos me devolvió a las ingenuas reuniones de nuestros primeros números, mientras Toni hablaba con un vallisoletano enamorado de los prerrafaelitas. El encuentro siguió en el Comercial, en el Pentagrama, un local muy oscuro de Malasaña, en La Vaquería e incluso rozó las escalinatas de Castellana 3, en espera de convertir el edificio en desuso en el centro coordinador de PREMAMA.

La situación de *Ajoblanco* era envidiable y sin embargo sentía el peso de una sombra. Llevaba dos años desayunando, comiendo, cenando y durmiendo con *Ajoblanco.* Cansado

después de haber estado tantas horas intercambiando estrategias con gente de fanzines dispares, me despedí de todos y me perdí por calles desiertas. Caminaba sin rumbo y con estrafalarias ideas que enfebrecían una sensibilidad que había mantenido a raya desde que había vuelto de la mili. Sobreviví sin furias poéticas, sin ansias de ser escritor y sin apenas amores informales. En Madrid, a seiscientos kilómetros, me sentí preso en el laberinto y me planteé si existía realmente un futuro libertario o si triunfaría el nuevo *establishment*. Paseando por aquellas calles desconocidas, me pilló desprevenido el cansancio por tanta intransigencia circulando en forma de falsas acusaciones de unos contra otros, también en el mundo libertario.

Las mejores noticias madrileñas nos llegaron por Moncho Alpuente. En el barrio de Aluche iba a nacer un ateneo libertario, y en el centro una coordinadora de marginados para todo Madrid. También se preparaba en San Sebastián de los Reyes el primer mitin de la CNT fuera de Cataluña tras la guerra –en 1976 se había celebrado uno en Mataró–. Con la ayuda de Moncho, Mariano Antolín y Mana Calonge conseguimos arrastrar a Fernando Savater hasta La Vaquería. Nos tenía que escribir «Cultura y gozo» para el dossier de cultura libertaria que preparaba Boldú. Savater insistía en que el talento se le disparaba cuando le atacaban: «El elogio me sabe a poco». La envidia, según el escritor, era algo más que una sincera reprobación, y la cultura un artificio para aburridos. Proclamaba entre suspiros que «toda teoría es gris y la vida no es verde y jugosa, sino todavía más cenicienta que la polvorienta teoría. Lo inmediato es un asco, la mediación lo es todo». Fernando defendía la comida, el vino, la aventura y el

amor como delicadas construcciones del arte, de la ética o de la estética. Sostenía que si las películas y novelas eran un tostón era por falta de cultura, no por exceso. Savater lanzó lo que me pareció una pulla sutil contra los intelectuales de *El Viejo Topo*, que luego reprodujo en el *Ajo*: «En el reciente Congreso de Filósofos Jóvenes celebrado en Barcelona se palpó esa noción pesadamente intelectual de la cultura –filosofía en este caso, como noción que se avergüenza del momento gozoso del espíritu en acción. Se quedan con todo lo que la cultura arrastra de fijo, de acabado, de cristalización gravosa y doctoral del sentido común. Son partidarios de una escolarización y de una ilustración superior». Con enjundia exclamó: «¡El saber os hará libres! Los jóvenes filósofos ya no recuerdan lo que campeaba en el frontispicio de Auschwitz: ¡El trabajo os hará libres!». Cuando Fernando defendió que «en la sociedad masificada, la auténtica élite es la que se resiste a la homogeneización y no cultiva lo antipopular», supe que despertaba una amistad. En Barcelona, los intelectuales iban en sentido inverso. En Madrid se respiraba un atrevimiento inteligente que enardecía las ganas de salir del hoyo. Cuando dejé La Vaquería me volvió la sensación de presidiario, de no poder crecer, y pensé que discurrir como Fernando Savater implicaba horas de silencio, estudio y concentración. Todo mi tiempo, sin embargo, iba para la causa. Me sentí un hombre atrapado en una empresa que consistía en dar, dar y dar toda mi energía. Cuando escuché la voz cálida de Toni tras de mí olvidé la pesadilla. Lo más profundo que sentía era la amistad con Toni Puig, Fernando Mir y Luis Racionero. No obstante, me preocupaba que fuera yo el centro del meollo, puesto que el amigo común de los tres era yo. Entre los otros, la amistad corría de muy diferente manera, más circunstancial. Aquella

actitud era un desequilibrio anómalo, pequeñoburgués y poco ácrata. La dinámica del grupo soportaba unos vaivenes que había que enmendar. Tampoco me sentía satisfecho con el estilo de los artículos de los dos números que preparábamos.

Me parecían flojos, pues sólo reproducían consignas gastadas por el no uso: necesitábamos elaborar mejor los temas. El material espontáneo que llegaba a la Bombilla Literaria tampoco emocionaba; más bien aburría. Navegaba entre extrañas sensaciones y mis golpes de genio se multiplicaban. Necesitaba reflexionar, leer, observar...

La Nena, la musa de *Ajoblanco,* desapareció tras una fiesta contracultural a la que nos arrastró. Fue en una casa de Sarriá rodeada de un pequeño jardín en desnivel. Gente guapa, porros, buena música, un laberinto de insinuaciones en un tinglado de habitaciones en las que se mezclaban unos y otros mientras jugaban a seducir. La música aterciopelada de Bryan Ferry sonaba a todo volumen, la gente bailaba por los pasillos y bebía copas con sonrisas satisfechas. Ricardo Bofill, el arquitecto que iba de guaperas, llegaba de Argelia, donde construía una ciudad en el Sahara. Sobre una cama de matrimonio bebía whisky y daba una calada de porro. Cuando descubrió a La Nena y supo que estudiaba el último curso de arquitectura, se levantó de un salto y la abordó. Pasaron un buen rato imaginando ciudades sobre las dunas y abrazándose. Fernando Mir, el novio de La Nena, se quedó clavado y yo le conté lo de Luisa Ortínez con toda la juerga que, de puertas afuera, me producía el nuevo receso en nuestra relación. Luisa se había metido en un pollo de narices. En los últimos veinte años de franquismo hubo un locutor famoso. Su programa de

referencia se llamaba *Ustedes son formidables.* El periodista Alberto Oliveras tenía voz de barítono y resolvía dramas urgentes apelando a la caridad de los radioyentes con todo tipo de argucias melodramáticas. El tipo de la radio, ya maduro, aceptó llevar la campaña publicitaria de la Lliga de Catalunya en las elecciones del 15 de junio.

A tal fin contrató al equipo de Vídeo Nou recién montado. El vídeo era un arma a utilizar en la campaña electoral de la Lliga por los pueblos de Gerona. No comprendí que gente como Pau Maragall, Xefo Guash o Luisa pudiesen trabajar para la derecha más rancia del Principado. Para ellos el asunto estaba claro. Suponía dinero fresco para el colectivo, obtener un buen equipo y alquilar dos autobuses. Le dije a Luisa que el asunto podía acabar mal. No oía, y olvidó nuestras cenas a dos. ¡Estaba tan atareada! Hablaba de la oportunidad y yo me veía a mí mismo en parecida situación. Tras nuestro viaje a Italia observé que a Luisa el contacto estrecho conmigo le daba marcha para encarar aventuras profesionales osadas. A mí, en aquella ocasión, la convivencia italiana me había despertado la necesidad de abrir un espacio mental y temporal donde consolidar nuestra peculiar confianza. Quería salir de la casa paterna ya. Por lo visto tendría que esperar a que concluyese la campaña electoral por los pueblos de Gerona y olvidar mis urgencias. Fernando me escuchaba ausente. Relató con nostalgia el viaje que había hecho con La Nena a París en autostop. En buena parte lo hicieron en camiones y resultó una aventura que ahora reconstruía apesadumbrado. La Nena acabó yéndose a Argelia. Así fue como Fernando y yo nos quedamos huérfanos y sin más opción que perdernos en las noches cada vez más enloquecidas de nuestra ciudad

convertida en fiesta. «Papiajo», el apodo que Fernando usaba para comunicarse con los lectores de «La Cloaca», había decretado una primavera y un verano de juerga general.

Ramón Barnils, estimulado por nuestra ascensión, me propuso lanzar una revista en catalán. Le ilusionaba recuperar la cabecera de una revista satírica republicana, *El Be Negre.* Hablaba de compartir el proyecto con un periodista ácido y culto, Joan de Sagarra, con Quim Monzó, que se había convertido en novelista después de ganar el premio Prudenci Bertrana con su novela *L'udol del griso al caire de les clavegueres,* y con Albert Abril. Recuperar a Quim y Albert representaba un acicate personal. Tuvimos algunas reuniones. Quim había escrito un libro experimental con Biel Mesquida, *Selfservice*, que iban a sacar en Ucronía, otro sello de la empresa de *Vibraciones*, para el Día del Libro. Me gustaba la idea de *El Be Negre* pese a las certeras objeciones de Ramón Aguirre: «El dinero que ganamos no da para sacar dos nuevas revistas. Entre *Alfalfa*, de ecología, y una de humor en catalán, no sé qué pensarás tú, pero va más con el *Ajo* defender el planeta que una pequeña parte de él». Ramón insistía en que antes de arriesgarse con más gastos convenía sacar especiales como el de «Energías Libres», que sí funcionaban. Le respondí que Fernando Mir preparaba un extra de viajes para junio, los de Taller 7 otro sobre vivir natural para octubre y yo la «Bombilla Literaria» para el próximo Día del Libro que ya estaba cerca. También Manuel Baldiz hablaba de uno posible de antipsiquiatría. «Si buscásemos pasta larga lo fácil sería lanzar desde La Cloaca una revista de sexo y contactos y otra con los viajes de Fernando. Algo que no haré. Mi historia es el *Ajo»,* le dije. El tema de la expansión sólo me interesaba en la

medida que fuera un proceso natural para crear comunidad dentro del mundo que defendíamos. También era cierto que éramos muchos a cobrar un sueldo a fin de mes, que no aceptábamos inserciones publicitarias y que, aunque cubriésemos gastos, el horno no daba para grandes conjeturas y no pensaba meter a Marisol desnuda en la portada, como había hecho *Interviú*. Para que la distribución paralela siguiera creciendo había que buscar a más gente. En Barcelona nacieron dos redes alternativas, Génesis y Cosa Nostra. Cubrir tantos pedidos y cobrarlos implicaba más equipo. Félix García y Santi Arnauda no daban abasto. Entró Joan Úbeda, un chico con gafas de concha que hablaba poco y trabajaba bien. Los problemas eran que la distribuidora comercial se quejaba por tanta venta alternativa y que empezaban a abundar los impagados. Lo que más me apesadumbraba de aquella situación era que cualquier proyecto nuevo consolidaba el papel menos deseado por mí. Jamás me convertiría en un joven empresario de éxito.

Telefoneé a Luis Racionero y le dije que el triunvirato estaba en crisis, que estaba hasta las pelotas de mi papel y que Fernando y Toni pasaban de los temas de empresa. «El éxito nos desborda y las contradicciones también.» Las leyes económicas seguían siendo las capitalistas y por muy bien que nos lleváramos había que pagar a fin de mes todas las facturas. Gente como Boldú, auténtico libertario, me daba ánimo. Barnils también me alentaba repitiendo aquella letanía de que yo había inventado un papel que en España no existía, el de editor, en su doble vertiente de responsable de la empresa y de los contenidos. «Lo haces muy bien, Pepe. Y mejor vas a hacerlo en *El Be Negre.* Trabajar con periodistas te ayudará a

profesionalizar tu labor.» «¿Profesionalizar?», pensaba aterrado. «Pero si lo que yo hago es inventar.» Tal reto me abrumaba y vomitaba el nerviosismo explicando a unos y a otros lo que sentía, sin venir a cuento, con lo que el lío y los rumores engordaron. Me desesperaba que mis dos socios no tuviesen una sensibilidad parecida a la mía y que no comprendieran lo que implicaba dar más pasos de la cuenta. Tenía muy metida en la cabeza una de las máximas de Racionero: «Más que apuntalar el objetivo del crecimiento desmedido hay que profundizar cualitativamente para que lo económico no desarticule lo humano que es civilización». Para acabar de liar el momento, apareció en el despacho un equipo de *Informe Semanal* que tomó la oficina durante tres días para rodar un programa sobre la acracia y el underground, temas que ya no podían confundirse. Ramón Aguirre, una tarde con el *Ajo* a rebosar de colaboradores de sexo, ecología y comunas entre el equipo de TVE, me dijo que si las ventas de *Ajoblanco* seguían subiendo valdría la pena hacerlo semanal.

No soportaba tanta tensión, me sentía solo y exploté en una reunión de urgencia en el despacho de Luis Racionero. Fernando Mir decía que él no podía asumir temas de empresa porque no entendía nada: «Edito toda la revista y los especiales, y consumo el resto del día contestando cartas y preparando el extra de viajes». Yo le dije que tenía que hacer más artículos y opinar en las reuniones con los diferentes colectivos. «Sigo dispuesto a hacer el doble papel, animar los contenidos y controlar la maquinaria administrativa y comercial siempre y cuando vosotros dos me dirigía a Toni y a Fernando– concentréis los esfuerzos en el equipo y reflexionéis las decisiones que emprendamos con conocimiento de causa.

La estructura cada vez es más costosa y los textos deberían ser más humanos, más sutiles, más elaborados. Hay números de *Ajo* que parecen un panfleto. Falta estilo, amor al texto, sentir hasta el fondo lo que uno escribe y argumentarlo.» La beatitud de Fernando, que tanto había alabado en otros momentos, me parecía ahora pasividad embadurnada de rutina y empecé a despotricar por su incapacidad para dar puñetazos en las decisiones importantes. Otro asunto que me desconcertaba era que Fernando se hubiera instalado a vivir en casa de Toni y se trataran allí como meros transeúntes.

«Hay que transformar las inercias adquiridas. El *entre todos lo haremos todo* ya no funciona. ¡El crecimiento exige imaginación y estructura!», dijo Toni. «¿Imaginación? ¿Estructura? Mira Toni, lo que seguro sobra es buscar fuera lo que deberíamos profundizar dentro del equipo. Yo he renunciado a historias afectivas serias, a mi literatura y a mariposear por ahí para concentrar mis fuerzas en resolver crisis y dificultades. Hemos crecido, de acuerdo, pero si ahora planteo este desaguisado es para evitar males mayores en el futuro.»

Decidimos enmendar la situación. Fernando se comprometió con un artículo largo sobre los indianos italianos, el nuevo movimiento de los *freaks* que arrasaba en el país vecino. Interesaba mucho la situación de Italia, donde la revolución y el triunfo de los comunistas parecían posibles. Toni dijo que ayudaría en temas de empresa y que estudiaría la situación financiera con Ramón. Por el momento no lanzaríamos *El Be Negre* y sí un especial *Alfalfa* para verano. La relación entre los miembros de TARA y los periodistas nacionalistas había

explotado. Rosa Pastó y Joana Alemany se negaron a picar unos artículos entregados por Santi Vilanova en plan autoritario y machista. Pep Puig intervino conciliador y *Userda* salió finalmente antes de las elecciones. Karmele Marchante, al tanto de esta información, amenazó con movilizar a los periódicos en contra del machista. Ante este lío, yo le dije a Jordi Alemany que preparara un número cero de *Alfalfa* antes del verano y, si vendía quince mil ejemplares, financiaríamos la nueva revista ecológica a partir de otoño. Y a Karmele le pedí discreción. Plantear batalla a Santi Vilanova por machista me pareció inadecuado aunque fuese cierto.

Al finalizar el cónclave, Luis aconsejó serenidad y repartió su bendición. Aquella noche en casa escribí un texto sobre el declive. Fue profético. «Toda revolución personal ha de ir ligada a un proceso de transformación social, algo que no depende de lo que hagamos nosotros tres por mucho que el *Ajo* sea influyente.» Por otra parte aún faltaban unos meses para alcanzar el cénit. Cuando le expliqué a Ramón Aguirre el contenido de la reunión me dijo: «Tú sólo ves lo que quieres ver». Sin aclarar más.

El Día del Libro salió la «Bombilla Literaria» que había coordinado con Rossend Arqués, un tipo con cara de gatito que ponía empeño en las lecturas y que pidió seguir colaborando. Aquel año, tan diferente al anterior, no hubo meadas en las Ramblas ni alcachofas en el puño; hubo *El hall de l'Estatut* en las fuentes de Montjuic. En Ramblas me di de bruces con una paradita de venta de libros con Quim Monzó, Biel Mesquida y su nuevo libro experimental, *Self Service.* Biel estaba animado y contó que dirigía, o iba a dirigir, la colección de libros Ucronia.

Quim estaba ausente y compré su otro libro, la flamante novela con la que había ganado el Prudenci Bertrana. Cuando leí la contraportada me quedé tieso. En una biografía breve explicaba que había colaborado en revistas catalanas como *Canigó y Oriflama*, y en otras revistas, «algunas de las cuales mejor olvidar». Me dolió, claro que me jodió aquella indirecta tan directa. Quim fue importante en *Ajoblanco* y ahora renegaba públicamente, ¿por qué? «¡Dichoso nacionalismo!», pensé. Decididamente me sentí incapaz de promover *El Be Negre*. Luego me encontré a Juanjo de *Star.* La censura había secuestrado el número veinticuatro y el ministerio había retirado el permiso de publicación a *Rock Cómic.* También había impuesto una multa de cincuenta mil pesetas a *Ozono* por defender la homosexualidad y el estatuto de autonomía de Cataluña. Como al mes siguiente Ozono escribió sobre lesbianas y la CNT, el Consejo de Ministros la suspendió durante dos meses. A Ozono, la revista madrileña, la dirigía Alvaro Feito, e intercambiábamos publicidad desde Canet Rock. En principio era de música y acabó generalista. Aquellas actuaciones de la censura resultaban contradictorias con la liberalidad que proclamaba el gobierno.

Mientras las revistas alternativas soportaban una nueva ola de multas y secuestros, los comunistas estaban exultantes desde el 9 de abril. Carrillo había conseguido finalmente la legalización del PCE y entrar en el nuevo *establishment.* Los militares de extrema derecha estaban broncos y en algunos momentos pensé en un golpe de Estado estilo Pinochet por la urgencia norteamericana de embarcarnos en la OTAN, algo que Adolfo Suárez parecía no estar dispuesto a cumplir. El presidente, en el colmo de la desobediencia debida, acababa

de descabezar al Partido Popular de Areilza, que era de centro, para ponerse él y concurrir a las elecciones arropado por una unión que agrupara todas las fuerzas democráticas de centro. El ambiente estaba tenso. Quizá la censura cargara contra los débiles para mostrar que el Gobierno no perdía las riendas. Había que dar sexo. Lo vi claro. Y resultaba que preparábamos un número genial sobre el tema.

La fiesta de Montjuic, *El ball de l´Estatut,* la organizó la Agrupación de Asociaciones de Vecinos de Barcelona, institución que definitivamente estaba controlada por el PSUC. Congregó a cincuenta mil personas, la mayoría jóvenes en busca de fiesta. Los jóvenes eran *bocato* de urna y ocurrió un incidente grave. Pau Riba se enteró de que iba a cantar al descubrir un cartel de propaganda pegado a una farola. Pau pensó: «Esta gente quiere atraer público», y se sintió manejado. Manejar era el verbo predilecto de los partidos recién legalizados. Pau aceptó el reto y parió una idea que lanzó al escenario: «Lo que queremos no es la legalización de un estatut que ni siquiera conocemos, queremos ser legales nosotros, que estamos totalmente metidos en la ilegalidad». Los organizadores amenazaron al mánager: «Si sigue diciendo estas cosas, mañana le destrozaremos la carrera a través de los periódicos». Pau no se arredró: «Estamos contra los partidos. El estatuto es más viejo que yo. No queremos estatutos antiguos sino libertad en la calle y que se firme todo, la legalización de la *mierda*, por ejemplo». Pau fue reemplazado por Oriol Tramvia, que salió diciendo: «Estamos aquí por la unidad». Días después choqué con él en el Café de la Ópera y le escupí una frase de Santi Soler: «Amigos unificados, llamáis unitario al mando único».

## INDIOS METROPOLITANOS

La situación en la Europa democrática tenía dos varas de medir: la que voceaban los partidos políticos y la de los nuevos movimientos sociales. Fernando Mir, ilusionado con los indios metropolitanos italianos, escribió un buen informe: «Salud, indianos, los que estamos en las praderas os saludamos», y Francesc Boldú hizo otro sobre el fin del movimiento obrero: «*In Chile i carri armati, in Italia i sindicati* (Italia-77)». El título respondía a la consigna que vociferaban los jóvenes italianos por las calles, una juventud asfixiada por los sindicatos comunistas, la policía y las bandas fascistas de la extrema derecha. Italia era algo así como un hervidero futurista que alertaba de la situación que nos tocaría vivir. Los estudiantes contrarios a la reforma universitaria que auspiciaba el ministro Malfatti y los simpatizantes de Autonomia Operaría, organización que agrupaba un variado repertorio de colectivos revolucionarios, más los homosexuales, las feministas, los parados y los anarquistas, desfilaban con las caras pintadas tras unas banderas presididas por el hacha de guerra india: «El PC con el patrón es la auténtica provocación» y «Estamos cansados de repetir poder obrero cuando nadie quiere dar el poder a los obreros. Queremos un trabajo humano». En Italia había un millón de universitarios provenientes de las clases populares, más setecientos mil diplomados a la caza del primer empleo. El Gobierno democristiano de Giulio Andreotti, que se mantenía con el apoyo externo del PCI de Enrico Berlinguer,

reprimió las protestas salvajemente con ayuda de sindicalistas que reventaban las asambleas y policías. Varios muertos. «El indianismo es un pretexto desesperado», dice un estudiante con la cara pintada; «mañana habremos desaparecido o seremos mil tribus. No importa. Lo importante es que dentro del movimiento se hacen pocos discursos, hay menos ideología, más verdad, una nueva manera de hacer política y novedosas relaciones afectivas e interpersonales en las antípodas de la moral vaticana». Los indios metropolitanos buscaban cambiar las relaciones humanas mezclando ocio, cultura, trabajo y política: «Más afectividad, humor y buen rollito; lo salvaje y cubrir el capricho instantáneo no mola». En Roma la policía iba armada con ametralladoras. La orden de disparar llegó desde el gabinete del ministro del Interior. Un ministro que proclamaba en plena tempestad: «Nuestro país no se convertirá en el Far West. No permitiremos que sea reducto de indios metropolitanos, *freaks* y hippies. Estamos decididos a emplear lo que ellos llaman formas de represión y que nosotros consideramos orden y legalidad democrática». Como respuesta, un grupo de Autonomia Operaría asaltó una armería surtida de pistolas, carabinas y cuchillos.

En Bolonia, la ciudad roja de Italia, se vivió un auténtico estado de sitio. Uno de los eslóganes era: «Bolonia es roja, por la sangre de Francesco, el estudiante muerto». Frase rápidamente contestada por el alcalde comunista: «Es un eslogan infame, creado por gente infame. Bolonia es roja desde hace treinta años porque sus habitantes así lo han querido». Lo terrible de la espiral de violencia emprendida por el Gobierno y las bandas neofascistas fue que una juventud desesperada que buscaba su primer empleo y fumar la pipa de la paz con todas

las fuerzas progresistas se sintió marginada y machacada, con lo que no tuvo más opción que alzar el hacha de guerra.

Un profesor independiente de Bolonia, simpatizante de Autonomía, pasó por Barcelona y contó cosas espeluznantes. Los servicios secretos norteamericanos estaban metidos hasta el cazo en la situación que vivía Italia. Por lo visto, el democristiano Aldo Moro, pasando del Vaticano, buscaba cambios políticos sustanciales mediante la unión o pacto histórico con los comunistas –el PCI contaba dos millones de afiliados– para obtener estabilidad social e independencia energética y económica. Pretendía construir un oleoducto con Libia a través de Sicilia en el momento en que Gianni Agnelli, patrón de Fiat, había montado una inmensa factoría de coches en la Unión Soviética y otras en países del Este. La pujante industria italiana, liberada de la dependencia de la divisa norteamericana y los petrodólares, podía dar trabajo a los setecientos mil diplomados y acallar las protestas. Menudo cuadro. Por lo visto, dentro de la democracia cristiana italiana existían dos bandos; uno se mostraba partidario de la democracia vigilada con ayuda de Estados Unidos; el otro defendía la evolución social desde la independencia económica del país. Dicha desviación, inaceptable desde los presupuestos de la OTAN, fue una de las causas de que en el país alpino hubiera tanto terror, infiltración y sabotaje. La estrategia de la tensión, inventada por los aparatos del Estado y los servicios secretos norteamericanos, consistía en provocar atentados criminales de supuesto origen neofascista que se alternaban con otros aparentemente procedentes de una extrema izquierda maoísta, llena de agentes infiltrados. El caos, tras los atentados, justificaría el fortalecimiento de los aparatos

estatales de control y represión, y la detención de los disidentes más emblemáticos. Cuando le pregunté al profesor de Bolonia a qué jugaba Aldo Moro,[61] no quiso responderme.

El artículo de Boldú era más político e incidía directamente en la pugna que se libraba en la renacida CNT. Francesc denunciaba a los sindicatos obreros economicistas por integrar a los trabajadores en la sociedad capitalista. «Las reivindicaciones salariales, al potenciar el consumo del mercado interno, modernizan el capitalismo.» Boldú estaba en contra de que la cultura dependiera siempre de la economía y de que la familia, la escuela y los medios de comunicación reprodujeran los valores de la sociedad patriarcal: poder, autoridad, dirigentes y dirigidos. Defendía la relación del anarquismo con la CNT para que ésta incidiera en el cambio cultural, en paralelo al económico, hasta borrar la explotación de unos sobre muchos. «El anarcosindicalismo es algo más que sindicalismo.» Francesc se oponía a quienes pretendían montar una burocracia Genetista con ideas de Ángel Pestaña y defendía cada vez con más fuerza la incorporación de los nuevos movimientos sociales antiautoritarios dentro de la nueva CNT y desde el consenso.

El impacto de nuestra revista libertaria alcanzaba a Francia

---

61 El 16 de marzo de 1978, el líder democratacristiano Aldo Moro fue secuestrado en Roma por las Brigadas Rojas, un grupo terrorista de extrema izquierda que se cree estaba infiltrado por los servicios secretos italianos y la CIA norteamericana. Con su muerte, cincuenta y cinco días después del secuestro, se puso fin al intento de «compromiso histórico» con los comunistas del PCI para que éstos entraran en el Gobierno para hacer frente a la crisis del país. Un informe detallado sobre Gladio, la contrainsurgencia en Italia y otros países apareció en la revista Amor y Rabia, editada en Valladolid en abril/julio de 2001.

por lo que pudimos comprobar un día de aquella primavera. Jean François Fogel, un periodista del diario *Liberation*, se presentó en nuestro despacho con ganas de saber más. Le intrigaba el renacer del movimiento anarquista ibérico. Llegó en el preciso instante en que Juanjo Fernández machacaba a Boldú por su «defensa acérrima e ingenua de los ateneos libertarios». Mientras Jean François hablaba con Ramón Aguirre en mi despacho, Toni Puig y yo explotamos contra Juanjo. «En *Ajoblanco* no queremos vedetes ni afanes de protagonismo que canalicen confrontaciones ficticias», gritó Toni fuera de sí, un estado que le era ajeno. Toni llevaba varios días alterado, desde que había leído en *Tele-Exprés* los exabruptos de un comunista contra la obra 7 *meditaciones sobre el sadomasoquismo político,* del Living Theater, que se representaba en el Saló Diana, el teatro libertario recién inaugurado. Toni repetía a unos y otros desde buena mañana: «Resulta demasiado panfletaria para *gustar* a quienes están acostumbrados al panfleto profesionalizado». Iba contra la ADTE por pertenecer a la otra asamblea de teatreros, la AAD, comunista. Precisamente aquella noche cenábamos con Julián Beck y Judith Malina, las almas de la compañía teatral norteamericana que venía de Italia. Toni pasó del francés y me llevó a la habitación donde estaba la mesa camilla: «Hay que tomar medidas urgentes contra el dogmatismo de Juanjo». Avisé a Juanjo, lo senté a la mesa y le dije: «Tus ataques a Racionero me parecieron graves, pero tu actitud frente a Francesc es la puntilla que me obliga a mostrarte la puerta de salida. Sabes que te aprecio, pero has de aprender a medir tus impulsos». Ramón Aguirre saltó desde su rincón: «Juanjo sostiene que soy un facha por no estar de acuerdo con ETA». Santi Soler, frente a la crisis, defendió a Boldú y me pidió que

mantuviésemos a Juanjo un mes en cuarentena. Sonreí, asintiendo. «¡Pero no se lo digas!», exclamé.

Jean François era un periodista culto con el que pasamos varios días deambulando por los ambientes libertarios de la ciudad conquistada. El barrio de la Ribera, las Ramblas, el Barrio Chino y la Plaza Real. También visitamos los ateneos de distintos barrios, llenos de gente y ganas. Jean François no daba crédito a lo que veía. «Aquí no hay violencia y lo libertario mezcla la política antiautoritaria con la cultura y la educación de forma novedosa. Esto es una alternativa para toda Europa», repetía asombrado. «He de venir con más tiempo.» Me pidió un buen contacto en la CNT, y tanto Boldú como yo le dimos el nombre de Luis Andrés Edo, que también estaba en el Comité de Cataluña y era uno de los militantes históricos que mejor comprendía los tiempos presentes. Edo era conocido en Francia, pues había vivido media vida en París.

Días atrás, Andrés Grima, un joven experimentado y carismático luchador libertario, que había estado en una cárcel de Madrid y militaba en el sindicato del espectáculo de la CNT, me había telefoneado. Me convocó a una reunión en el sindicato a primeras horas de la tarde. La CNT acababa de ser legalizada. Fui y, tras transitar por un pasillo amplio y destartalado entre gente y montañas de octavillas, me encontré en una pequeña habitación que daba al exterior. Grima cerró la puerta. En la calle llovía y entraba poca luz por el ventanal. Sentado al otro lado de una vieja mesa de madera estaba el director de cine Francesc Bellmunt. Grima, con un entusiasmo activista, me habló de unas Jornadas Libertarias Internacionales que pretendía organizar su sindicato con ayuda

de los miembros de la ADTE del espectáculo. La CNT estaba creciendo a la velocidad del rayo, las diferentes tendencias internas cuajaban muy lentamente y algunos militantes confundían los anhelos revolucionarios de 1936 con los nuevos paradigmas de la época actual. La nueva CNT estaba llamada a ser la organización más moderna del mundo postindustrial, por su cultura de libertad y porque era una de las pocas organizaciones que salía indemne de la crítica al «socialismo real» y al estalinismo.

La idea de dichas jornadas partió de un grupo de afinidad libertaria de la Facultad de Geografía e Historia, en el que estaban Rafa Poch,[62] Marisa Aguinaga y tres o cuatro más. Esta gente compartía una gran amistad, editaban sus propios panfletos, conjugaban vida y política y no se sentían militantes. Habían leído el libro *Crítica a la izquierda autoritaria en Cataluña*, de José Antonio Díaz –fundador de CCOO– y Santi López Petit; *Homenaje a Cataluña*, de George Orwell y los tres volúmenes de *La historia de la* CNT, de José Peirats. En consecuencia se habían hecho libertarios. Rafa, íntimo amigo del Juanjo de *Ajo*, pensaba que una organización o movimiento de izquierdas que no tuviera a los obreros en su centro no sería nunca eficaz y que todo lo que era laboral-industrial tenía un peso social enorme en la protesta y en el anhelo antifranquista de una sociedad más justa. Para conjugar ambas posturas y confrontarlas con todos los libertarios del mundo, idearon lo del encuentro internacional a celebrar en julio en Barcelona, tras las elecciones. Rafa Poch comentó la idea con Toni Puig y éste redactó un posible programa de las jornadas en el número

62 Su nombre de guerra era Mario Vila, y con él firmó sus artículos.

de mayo. Después, Rafa conectó con Grima, del sindicato del espectáculo, a través de Marisa Aguinaga, y apresó la idea.

Grima era un organizador nato y fue claro. «Si decidimos convocar dichas jornadas, ¿cuál será la actitud de *Ajoblanco?»* Mi respuesta fue tajante: «¡Movilización total! Boldú es de *Ajoblanco* y secretario de Educación y Cultura del Comité Regional de Cataluña de la CNT. Que sea él quien acuerde con vosotros el tipo de colaboración. Sólo pongo una condición: ni Fernando, ni Toni ni yo protagonizaremos debate alguno. La cabeza de *Ajoblanco* no puede apostar por ninguna de las tendencias en pugna». Grima explicó que aún no habían planteado el tema en el Regional y que tan sólo conocía el proyecto Luis Andrés Edo, que había vivido en su casa tras salir de la cárcel por colaborar en el secuestro de Baltázar Suárez, director general del Banco de Bilbao en París. Con tal secuestro, algunos libertarios del exterior, ante la ejecución de Puig Antich que había ocurrido dos semanas antes, pretendieron liberar a Santi Soler y Oriol Solé Sugranyes, miembros del MIL que aún no habían sido juzgados y podían ser condenados a muerte. Me hablaron del entusiasmo de Walter Tauber, un alemán que militaba en el sindicato de Turismo y estaba metido en la organización del Saló Diana, con gente de ADTE. (Walter llegaría a ser corresponsal del importante semanario alemán *Der Spiegel.)* Les dije que *Ajoblanco* no buscaba ningún protagonismo, que nos iba el trabajo duro y que los pondría en contacto con los ecologistas de TARA y con los demás colectivos que operaban en la revista. También les hablé de Vídeo Nou: «Pueden grabar en vídeo los debates y acontecimientos». Aseguré que movilizaría a nuestros contactos internacionales y que acortaría las

vacaciones del equipo de *Ajoblanco*, que siempre eran en julio, para que colaboraran en lo que hiciese falta. Grima y Bellmunt mostraron satisfacción.

«Ojalá salgan bien. Necesitamos estas jornadas para estructurar la avalancha y aclarar posiciones», dije.

«Eso pensamos muchos», ratificaron. Y se acabó la reunión.

Expliqué el proyecto a Jean François. Me dijo que, en cuanto se confirmara, le telefoneara y vendría a concluir su artículo para publicarlo una semana antes de celebrarse. Durante uno de los paseos imaginé la posibilidad de que *Liberation* y *Ajoblanco* confeccionásemos un diario conjunto durante las jornadas. Jean François exclamó: «¡En cuanto llegue a París se lo digo a Serge July!».

También le conté que en la Plaza San José Oriol, los pioneros del cómic underground –los de *El Rrollo*– habían montado una nueva comuna creativa, que eran buenos dibujantes y que hablara de ellos en su reportaje. Me respondió que en Francia existían muy buenos dibujantes y que le interesaban especialmente los aspectos diferenciales del movimiento libertario español.

Mariscal, desde su retorno de la comuna de Ibiza, paseaba por las Ramblas y por los bares del Born con una frase en la punta de la lengua que soltaba con entonación de niño perverso: «Hay que montárselo para tener pasta, nena, ¿todavía no te lo has montado?». Mariscal y Montesol estaban hartos de publicar álbumes con *Star* o *Vibraciones* que no daban ni para pagar el alquiler y la comida. Buscaban colocar

dibujos en la empresa de la revista *Interviú*, que vendía medio millón de ejemplares y pagaba bien por cualquier trabajo sensacionalista o de calle. Carlos Bosch había dejado *Ajoblanco* tras optar por el tipo de reportajes que buscaba *Interviú.* La historia fue que ninguno de aquellos dibujos gustó a los responsables de la editorial por anticonvencionales y Mariscal pensó en vender dibujos seriados. Tras la imposibilidad de «montárselo», el piso de San José Oriol atrajo a Nazario y Pepichek, y en poco tiempo se transformó en un lugar de puertas abiertas donde se sucedían las fiestas, los disfraces y las farras. Recuerdo a Mariscal mostrando las páginas de *Crash*, una historieta que ocurría en la Plaza Urquinaona de Barcelona. Relataba el choque entre un Seiscientos y un camión. Mariscal además de perritos, calles y niños, dibujaba palmeras, muebles, neones y edificios emblemáticos de Valencia o Barcelona. Los objetos de los diseños que le harían famoso lucían en aquellas viñetas infantiles. También recuerdo a Ocaña, que había dejado de pintar paredes y hacía cuadros. Lo recuerdo muy serio, vestido de negro, sentado en una mecedora de bambú bajo una quentia, explicando a Mariscal con todo lujo de detalles la exposición que preparaba para la galería Mee Mee, otro de los espacios emblemáticos de la Barcelona underground de 1977.

La Mee Mee, situada en la calle Assaonadors, una calle tan estrecha del barrio del Born que, si te asomas al balcón y estiras el brazo, puedes dar la mano a quien haga lo mismo desde el otro lado. Esta galería fue el espacio alternativo que el artista conceptual Xavier Corberó propició para dar alas a los artistas sin escuela que generaba la ciudad. Su primer responsable fue José María Martí, que renegaba de cualquier

opción política y se había vuelto un moderno tras abandonar la Galería G, harto de que la burguesía «desilustrada» de la parte alta de la Diagonal pasase de comprar obras de Andy Warhol a un precio de risa. Cuando expuso Ocaña, el 5 de junio de 1977, la responsable era María José Wynn.

Mientras Ocaña desvelaba cómo iba a alegrar los espacios de la Mee Mee, Mariscal imaginaba una posible exposición «de cosas bonitas», *Gran Hotel*: páginas de cómic, pósteres, muebles pop, figuras de animales en papel maché, jerséis, cristales pintados, telas estampadas. Resultaba sobrecogedor observar cómo Mariscal, un progre revoltoso y bonachón que el tiempo y el mercado transformarían en moderno, atendía a las sentidas explicaciones de Ocaña, el primero del grupo en alcanzar la golosina de la fama.

Con motivo de la exposición, Ocaña visitó nuestra redacción vestido con una camisa blanca, un traje negro y unos andares que recordaban a Charlie Chaplin. Gesticulaba al contar las vírgenes que había pintado, luego se quitaba el sombrero y las gafitas redondas de leve montura. «Ay, nenas, yo no soy travesti, soy un payaso. Un payaso que ríe por fuera y llora por dentro.» En ocasiones exageraba el deje andaluz con una humanidad popular nada estudiada. «La exposición será de fetiches y recuerdos de mi niñez. Macarenas de cartón envueltas por velas lucientes entre saetas y castañuelas. Espero que los catalanes, que sois algo sosos, os contagiéis un poco con el calor de mi tierra. Andalucía es una llamarada de palmas, cantos y disfraces cuando se desata de trabas laborales. En un lugar aparte pondré cinco plañideras enlutadas tras un gran crucifijo y frente al féretro de una

muerta con la cara blanquísima.» La pintura de Ocaña era expresiva, barroca, sus figuras tenían los ojos tristes y los cuerpos desproporcionados. Toni Puig, sentado junto a mí, quedó fascinado y decidió escribir sobre el tema. Ocaña cantó allí mismo una saeta de arquero con una emoción indescriptible.

La intensa amistad entre Nazario y Ocaña, que lo mismo trataban a artistas que a chulos o marginados del barrio, llenó la casa de Mariscal de crónicas callejeras narradas por unos protagonistas anónimos que nada sabían de modas ni de movimientos alternativos y que bebían y follaban sin tabúes, cuando no se abalanzaban contra cualquier visitante. Pepichek hacía fotos porno para una revista muy cutre como medio de vida. En cualquier lugar, las conexiones entre clases sociales y universos urbanos eran alucinantes; todo se movía alrededor de unas Ramblas eléctricas y nunca sabías, a priori, dónde ni con quién podías acabar. La redacción de *Ajoblanco* fue otra parada del itinerario. La desconfianza burguesa y el temor a los desconocidos fueron desterrados hasta del vocabulario. Durante aquel verano, en el que la anarquía conquistó la calle y Nazario inventaba a Anarcoma, hubo poca policía, escasa violencia y el espíritu antiburgués exterminó las convenciones de la generación progre. La *gauche divine* de Bocaccio y los líderes políticos del barrio de Sant Gervasi nunca llenaron sus casas ni sus fiestas privadas con simpatizantes de la calle. A ellos les iba la gente de París, los políticos que salían en los periódicos y los hippies de La Floresta.

Otro de los que aterrizó en la comuna de la Plaza San José Oriol, tras sortear los exabruptos de una portera que era una

bruja de derechas, fue Miquel Barceló, un artista muy joven que llevaba los brochazos de pintura en el cerebro y que había expuesto en la Mee Mee con el grupo mallorquín de la revista *Neó de Suru.* Miquel intimó con Mariscal mientras le contaba las historias de unos mamíferos volando entre callejuelas y llamaradas. El primero creía en el lienzo, el segundo defendía la obra seriada. El intercambio de consejos, vida cotidiana y trabajo entre Ocaña, Mariscal, Nazario y Barceló dio alas a la aparición de una pintura en las antípodas de la moda conceptual y de la pintura que José Manuel Broto había expuesto en la galería Maeght. La ingeniería de este cuarteto alimentó también la fantasía desbocada del manchego Pedro Almodóvar, que empezó a enviar cómics a *Star*. De uno de aquellos cómics surgió la mítica *Pepi, Luci, Bom y otras chicas del montón*. Por el momento, Almodóvar pasaba sus cortos en el Saló Diana, con más éxito que en ocasiones precedentes, y Ceesepe, El Hortelano y la fotógrafa Ouka Lele preparaban en Madrid, junto a otros, los fardos para trasladarse a una comuna en la falda de la montaña de Montjuic. Barcelona, la rosa de los fuegos liberada y plural, se había transformado en la capital cultural de la Península y parte de América Latina. Los nacionalistas catalanes más extremistas contemplaban con desasosiego cómo la contracultura inventaba Barcelona. Decían que esta movida «era hija de dos imperialismos culturales, el anglosajón y el hispánico», omitiendo en todo momento la influencia libertaria. «Lo catalán ha de protegerse desde lo público si no queremos que desaparezca ante esta avalancha», escribía Jaume Vallcorba en la revista *Destino.* Vallcorba sería el fundador de las editoriales Quaderns Crema, que editaría la obra futura de Monzó, y Acantilado, que publicaría a Antonio G. Porta, el Kithoue de *Ajoblanco*, y

muchas de las novelas europeas que mi madre leyó en inglés y alemán durante los años oscuros.

## SALÓ DIANA

Cuando el dossier de sexo y el número cero de la revista *Alfalfa* en contra de las centrales nucleares y del expolio del Bajo Aragón estaban a punto de imprenta, huí del trabajo intenso y del lío festivo de la calle y me recluí dos semanas en Menorca. Necesitaba estudiar los presupuestos del próximo curso, en el que íbamos a editar dos revistas. El lanzamiento de *Alfalfa* exigía preparativos que afectaban especialmente a Ramón Aguirre y a mí. Fernando Mir coordinaba el especial «Viajes 77», y Toni Puig el número doble de verano que incluía un amplio dossier sobre fiestas populares que movilizó a conocidos de toda la Península. Llené el coche de libros de contabilidad y me subí al barco con Luisa Ortínez, que abandonó Vídeo Nou por tres días. Luisa, antes de regresar, me animó con su acostumbrada delicadeza a afrontar el reto literario. Me excitaba aquella catarata de ideas que podía desembocar en una novela tras dos años de activismo. Dos años cruciales en los que había conseguido articular una revista-movimiento que vendía cincuenta mil ejemplares mensuales y que contaba con más de medio millón de lectores. Tuve la corazonada de que aquella bonanza tenía fecha de caducidad aunque no conseguía verbalizar los nubarrones que me apesadumbraban durante el alba. Félix Vilaseca se había convertido en un abogado meticuloso y sensato, además de ser una excelente persona. Preparando los juicios que nos iban cayendo, me aconsejaba contratar a un gerente serio que

hiciese de *Ajoblanco* una empresa sólida. Cada madrugada me despertaba inquieto, saltaba de la cama, daba vueltas por el pequeño huerto de la casa hasta que arrancaba el coche y me iba a la Mola de Mahón a ver salir el sol en el horizonte marino. ¿Cómo podía sentirme mal cuando en mi amada ciudad aparecían movimientos sin jefes en sus cuatro puntos cardinales? ¿Qué has visto que no sabes reconocer?, me preguntaba. La pesadilla se diluía cuando el calor me devolvía a casa. Pasaba horas rellenando las hojas de cálculo que Ramón Aguirre me había pasado. No todo eran malos presagios. Una tarde telefoneé a Ramón para decirle que subiera la tirada del número de sexo a setenta y cinco ejemplares. La gente del *Ajo* cuchicheaba que mis decisiones eran golpes intuitivos por mi carácter expansivo, cuando lo cierto es que pasaba horas con los distribuidores de Edipress, escuchando advertencias y consejos, además de hablar con quiosqueros y distribuidores locales de la red comercial. Hacía poco había estado en La Coruña, Santiago, Vigo, Gijón y Bilbao.

En cada una de las ciudades escuché a los delegados regionales o locales de la distribuidora que me pasaban las reglas del tinglado. Ese otro mundo de *Ajoblanco* era imprescindible para mí y me proporcionó unas relaciones humanas que fueron cruciales. Papeleros, impresores, quiosqueros y distribuidores eran artesanos fieles al oficio y no se perdían en especulaciones ideológicas. Tratarlos como si fueran lo mejor de la revista representó un gran estímulo y pasé momentos más que gratos en talleres, hangares, cantinas y camionetas de transporte. Mis decisiones siempre estuvieron conectadas a lo que contaba aquella gente. En cualquier caso me resultaba extraño que en cuanto tomaba distancia,

cambiaba la visión acerca de lo que estaba sucediendo a mi alrededor y me volvía receloso ante el futuro. Necesitaba más intimidad para saber qué era aquello.

Regresé dos días antes de las primeras elecciones del 15 de junio. Las calles estaban abarrotadas de carteles electorales y la gente de las Ramblas pasaba completamente del espejismo de las elecciones y del montaje electoral. Un abuelo anarquista escribió en la revista: «Llegan otros tiempos y gente que no nos conoce pide que pongamos nuestras obligaciones y todos aquellos deberes que nos identifican como ciudadanos en sus manos. Yo os propongo al candidato que ha acumulado experiencias que no están al alcance de ningún otro hombre y que es el mejor; se llama Nadie. Entre todos los hombres públicos, Nadie es mejor que los demás. Nadie bajará el precio del pan y de todos los productos básicos. Nadie investigará los fraudes y estafas. Nadie acometerá la reforma fiscal y agraria. Todo lo que contribuya a hacer más justa nuestra sociedad, Nadie lo hará. Nadie pedirá vuestra opinión. Nadie nos aprecia. Os pido que a Nadie votéis. Nadie al frente de los destinos del país. A Nadie agradeceremos sus desvelos, porque Nadie se preocupa de nosotros».

Fernando trabajaba intensamente cerrando el especial «Viajes 77» y el doble de verano. Me contó que llevaba días sin dormir en casa de Toni. Había conectado con una comuna urbana donde vivían muchos *freaks* y pasaba las noches en los tugurios próximos a las Ramblas. Estaba de un vital subido y sostenía que no podíamos seguir encerrados trabajando a destajo, que era momento de vivir lo que defendíamos y de viajar a la India. Toni le respondió que el trabajo le apasionaba

y que había rellenado su cultura republicana de ideas libertarias. Veía la ciudad como un inmenso foro de debate e imaginaba los barrios como pequeñas Atenas que iban a potenciar las energías alternativas, las ágoras de participación y las escuelas alternativas. Una tarde me llevó al ateneo del barrio de San Andrés y otra dimos una charla en la Asociación de Vecinos de Magoria en la que expusimos el nuevo urbanismo humanista para que los barrios dejasen de ser contenedores de trabajadores. En dos minutos desterré las dudas menorquinas y volví al activismo. Luis Racionero había decidido vivir todo el tiempo en Empúries con Carmen Iglesias, que hacía de médico en Torroella de Montgrí. Él quería ser escritor. Empezó un libro sobre Leonardo y otro sobre la cultura underground. El último artículo que escribió en *Ajoblanco* fue en el número veinticuatro: «Partidos políticos: los condones de la libertad».

El Saló Diana era una caja de sorpresas para la gente del barrio y los revolucionarios de la ciudad. Los de ADTE no paraban de organizar actividades en varios frentes; cine por las tardes, teatro por las noches, los domingos por la mañana espectáculos para niños y los martes y los jueves sesiones de música en vivo. Mario Gas, Carlos Lucena y Walter Tauber eran los cabecillas de aquella insurgencia teatral. «Queremos seguir el camino de la colectivización frente al dominio del centralismo tras superar la concepción tradicional del espectáculo.» La colaboración entusiasta de actores como Juanjo Puigcorbé, Rosa Novell, Silvia Munt, Felipe de Paco, Miquel Corts y muchos más, que habían decidido llevar las ideas que sentían a la práctica, permitió una explosión única en Europa. Tuve ocasión de comentar la experiencia libertaria con

Pierre Constant, del grupo de La Courneuve, y Julián Beck, del Living Theatre, cuyas actuaciones en el Diana coincidieron también con el *No hablaré en clase,* de Dagoll-Dagom. «En el público barcelonés hay una ingenuidad fresca y espontánea, poco común en otras ciudades europeas, que me parece formidable», repetía Pierre Constant, mientras Julián Beck insistía: «La experiencia es magnífica pero conviene recordar que vivir libres es imposible dentro del orden burgués. El dinero lo corroe todo». Los del Diana respondieron que mientras existiesen posibilidades de cambiar la estructura social, ellos tirarían adelante su proyecto sin jerarquía alguna y llevarían los espectáculos a los barrios pese a las zancadillas de

José María Socías Humbert, el nuevo alcalde de Barcelona, y a la presión de las élites marxistas, que sin burocracia dirigente se quedaban sin negocio. «Los equipos de teatro que integran nuestra asamblea se desenvuelven como grupos autónomos tal como ha acontecido con Dagoll-Dagom. Ellos y los extranjeros que nos visitan perciben el mismo sueldo que el resto de compañeros.»

Desde los años universitarios siempre tuve el sueño de alcanzar un pacto solidario con los comunistas. Los había de distinto pelaje y bastantes militantes no estaban de acuerdo con la política de alianzas de Carrillo que los líderes menores seguían por oportunismo. Al día siguiente de las elecciones, movido por este anhelo, telefoneé a José Solé, que volvía a militar en el PSUC, para felicitarle por el éxito electoral en Cataluña: el 18,31 % de los votos y la segunda fuerza más votada, tras la controvertida coalición de última hora del PSC-Congrés con el PSOE, que logró el primer puesto con el

28,5 %. José estaba triste porque en España había ganado la UCD, de Suárez, con el 34,4 % de los votos, seguida del PSOE, con el 29,3 2 %. El legendario PCE no había cosechado más que el 10 %. Un José malhumorado me dijo que los anarquistas teníamos la responsabilidad del fracaso por dividir a la clase obrera. Cinco millones de españoles se habían abstenido. Aunque nada le dije, no había reconciliación posible. Carrillo, en la página 59 del libro *Eurocomunismo y Estado*, había escrito que la energía nuclear le parecía una gran conquista de la humanidad. El PSUC, en la lucha contra las nucleares, se pronunciaba con tal ambigüedad que parecía decir no cuando estaba diciendo que sí. El enfrentamiento ideológico entre comunistas y anarquistas seguía vivo, aunque sin los tonos trágicos y violentos de mayo de 1937, cuando estalló una guerra civil dentro de la guerra civil, algo que en la facultad los profesores marxistas de Derecho Político habían borrado del programa. El 2 de mayo de 1937, una fracción del Gobierno autónomo catalán, movida por el cónsul de Stalin en Barcelona, Antonov Ovseenko, quiso apoderarse del edificio de la central de Telefónica en la Plaza Cataluña, colectivizada por la CNT y los trotskistas del POUM en julio de 1936. El enfrentamiento devino masacre y la guerra civil dejó de ser una lucha de clases para convertirse en una guerra entre diferentes concepciones burguesas de poder. ¿Podía repetirse la historia? La incierta respuesta a esta pregunta desvelaba una de las causas de mis inquietudes menorquinas.

José era buen amigo y vino aquel día a comer a casa. Mi padre, que manifestaba de forma clara síntomas de Alzheimer, defendió la candidatura de Jordi Pujol. La presencia de José lo estimuló y durante la comida se mantuvo de buen humor y

parlanchín. Dijo que Cataluña debía recuperar su identidad política y cultural. Hacía mucho que no le veía así. Cuando le mostré a José el número 2.065 de la revista *Destino*, donde Manuel Cruells narraba lo ocurrido en mayo de 1937 con objetividad, mi padre quiso leerlo. Resultó que tras el artículo de Cruells había otro de Federica Montseny, líder de la CNT del exilio y ministra republicana durante la guerra. Mi padre comentó: «Mira, aquí hay un artículo de una de los tuyos». Yo aproveché y le pregunté por Federica. «Honrada», me respondió. José se quedó asombrado. Meses atrás, tras mostrarle mi carnet de la CNT, mi padre exclamó: «¡Sin violencia y mediante la cultura, ojalá construyáis un mundo mejor!». Tras aquel 16 de junio, sólo pude hablar de temas serios con él en una ocasión debido a la devastadora enfermedad.

## MITIN DE MONTJUIC

Una vorágine de imágenes y sentimientos se atochan en mi cabeza y en mis dedos al escribir la cartografía de aquel julio de 1977 que aún deja caer preguntas como truenos. El aprendizaje de la libertad tejía nuevas formas de relación, la juventud estaba de fiesta reivindicativa y la policía al acecho. En el número veinticuatro, el de julio-agosto que convocaba las Jornadas Libertarias Internacionales del 22 al 25 de julio, el colectivo La Ventana escribió: «Mayo empezó en Madrid con la fiesta popular del 2 de Mayo en el barrio de Malasaña, organizada por la asociación de vecinos. Pero los vientos democráticos abortaron la fiesta y la transformaron en tragedia: uno de los asistentes, masacrado por la policía, aún se debate entre la muerte y la vida vegetal. La politizada Asociación de Vecinos asumió el papel autoritario, condenando la alegría de los jóvenes que se divertían fuera de los cauces marcados por el programa oficial y suspendió por su cuenta la verbena popular aliándose con el poder posfranquista. El gran delito de los libertarios fue divertirse sin acatar las normas establecidas. Su gran crimen, el desnudo de una pareja encima del monumento a Daoíz y Velarde». La foto de aquella *performance* la publicamos en *Ajoblanco* y se convirtió en una de las imágenes más emblemáticas del despertar de Madrid.

En el mismo número, Fernando Mir elaboró un comprometido reportaje sobre la ocupación de casas abandonadas. «Si existe una organización impuesta a los ciudadanos y que vive de ellos, como el Estado, lo mínimo que se puede pedir es que exista para ayudarles, garantizando una vivienda a quien no tiene nada.» Tras explicar el fenómeno de la ocupación en Inglaterra y en Italia, contaba la historia del Taller de Marionetas. En varias ocasiones coincidimos con Pepe Otal y varios colaboradores tras el pasacalle que montaban en las Ramblas ante cientos de miradas ilusionadas. Las marionetas gigantes bailaban, los faquires sacaban fuego por la boca y varios personajes de circo brincaban sobre la acera entre chistes y bromas. Pepe, que era de Albacete y llevaba unas inmensas barbas a lo Ho Chi Min, contó que dos años atrás había fundado una comuna creativa en un barrio alto de la ciudad, que se hizo famosa y fue invadida por jóvenes que huían del autoritarismo familiar. Los visitantes alteraron la vida comunitaria con neuras y pequeños robos. Pese a tanta juerga, la comuna duró hasta que se incendió la parte que ocupaba el taller. Los supervivientes, reagrupados en pequeños pisos del barrio de Sarriá, mantuvieron su vena creativa. Alguien les descubrió en la Barceloneta un local del Ayuntamiento que llevaba mucho tiempo abandonado. Lo adecentaron y el Taller de Marionetas se instaló con la idea de dar vida cultural al barrio pesquero. Un mal día entró la guardia urbana con intención de verificar si el local reunía las condiciones para albergar un colegio electoral. Ante su asombro se encontraron con medio barrio ejerciendo actividades recreativas. El concejal del distrito envió a la fuerza pública, sermoneó a los artistas, cambió la cerradura y se negó a entregarles las marionetas, los instrumentos musicales y el resto de material que habían

acumulado. Las instancias que les obligaba a rellenar no servían de nada. Finalmente los artistas decidieron descolgarse por una ventana y recuperar los enseres. Estuvieron varios días haciendo de hombre mosca hasta que, en vista de que la guardia urbana no volvía con sus porras, reocuparon el local. La gente del barrio, satisfecha con las actividades del grupo, les sugirió que impartiesen clases prácticas de cómo se fabricaban y accionaban las seductoras marionetas. La asociación de vecinos fue la única institución contraria a dichas actividades al no ver con buenos ojos la creciente tendencia ácrata de los habitantes y el espectacular aumento de militantes en el sindicato de pescadores de la CNT. De forma natural, este sindicato compartía el local con los artistas. Mientras, la depauperada asociación de vecinos se puso de acuerdo con el concejal para pasárselo a CCOO, sin conseguirlo por la espontánea presión ciudadana en favor de la autogestión del barrio y de los improvisados talleres, algunos de los cuales eran sobre nuevas técnicas de pesca.

El buen hacer y la no violencia de los nuevos libertarios cosechó la simpatía creciente entre la población de barrios y ciudades. Motivados por esta bonanza, decidimos emprender una nueva campaña en favor de la no violencia y de los objetores de conciencia contra el servicio militar. Luis Ondarra nos conectó con Santi Fabre, un joven del Casal de la Pau. Quiero recordar que Toni Puig había vivido un año con el pacifista más combativo de Cataluña, *mossén* Xirinacs. El joven objetor, Luis y Toni elaboraron un nuevo manifiesto: «Reivindicamos el derecho a negarse a tomar las armas y a emprender acciones no violentas contra las sociedades manipuladas que hunden a los hombres en el anonimato;

contra sociedades consumistas cuyos representantes no hacen puto caso de las minorías que se niegan a ser mercancía y quieren vivir en una comunidad igualitaria».

La marea humana que había recorrido en solitario el camino del antifranquismo hasta la orilla libertaria invadía eufórica los mítines de la CNT. Buscaba a la histórica organización opuesta al leninismo con la esperanza de que articulase el movimiento que debía transformar las estructuras de poder, el mundo del trabajo, el modelo de desarrollo, la ecología, la educación, la cultura y la vida cotidiana. Las contradicciones y las divisiones internas de la CNT, tras años de dispersión, tragedia y silencio, eran tan grandes como la falta de práctica política de la juventud, pero existieron un ansia colectiva y un tesón formidables, especialmente en Cataluña, donde la CNT había dejado de ser un sindicato marginal tras la huelga de Roca.

Roca era una empresa de Gavá, con cuatro mil quinientos obreros, que fabricaba radiadores y material sanitario. Junto a la factoría existía un poblado residencial para los trabajadores de la empresa con economatos, escuelas y servicios hospitalarios. En marzo de 1976, los obreros habían convocado una huelga que duró cuarenta y un días, por reivindicaciones económicas, sin que los enlaces sindicales elegidos dentro del Sindicato Vertical (CNS) consiguieran avances en la negociación del convenio. En junio, una asamblea masiva en la que participaron cuatro mil trabajadores decidió prescindir de los enlaces sindicales elegidos y nombró a cuarenta y tres delegados con el mandato de reemprender la negociación ante el enfado de los representantes legales, casi todos de CCOO, que se negaron a dimitir. En septiembre, tras una nueva

asamblea, los obreros comunicaron a la dirección de la empresa y a la CNS que los trabajadores de Roca rompían con el Sindicato Vertical obligatorio, que a partir de aquel momento el único órgano soberano de los trabajadores era la Asamblea obrera y que los ejecutantes de las decisiones tomadas por ella serían revocados una vez concluyera la misión para la que habían sido nombrados. La empresa reconoció con pesar la legitimidad de una comisión compuesta por quince delegados, pero no aceptó las condiciones del convenio y sancionó a uno de los representantes. El 9 de noviembre, la Asamblea optó por la huelga indefinida, los obreros apagaron los hornos e instauraron el poder de la Asamblea permanente, revocando el mandato a los quince delegados. Una semana después, la Guardia Civil invadió la población, utilizó balas de plomo y disparó contra las viviendas obreras del Poblado Roca; los obreros recogieron más de doscientos casquillos de bala. Por la noche, los trabajadores y sus familias construyeron barricadas alrededor de la colonia para protegerse de la policía y de la Triple A, una organización montada por los servicios secretos de Carrero Blanco antes de ser asesinado.

La solidaridad de los habitantes de Gavá, aupada por las feministas y los jóvenes libertarios de todas partes, obligó a las fuerzas de la Coordinadora de Organizaciones Sindicales (CCOO, UGT, USO, STV[63] y SOC[64]) a exigir la solución de este conflicto durante una jornada de huelga solidaria en el Baix Llobregat, la comarca más industrial del país. La burocracia de CCOO pactó bajo mano con las autoridades la reducción de

63 Sindicato de Trabajadores Vascos.

64 Sindicat Obrer Català.

dicha huelga a cuatro horas. Durante una manifestación por las calles de Gavá, las fuerzas de orden público detuvieron a cuarenta trabajadores. Días después, la empresa despidió a cuarenta y seis obreros mediante telegrama y expedientó a mil cien. La Asamblea decidió proseguir la huelga y buscó la solidaridad de la población mediante los Comités de Apoyo a Roca que recogieron dinero y sensibilizaron a una opinión pública desinformada por unos periódicos que la tildaron de huelga «salvaje sin causa». Recuerdo a los actores y trabajadores de la Sala Villarroel repartiendo octavillas y pidiendo dinero para la caja de resistencia.

La CNT fue la única organización que comprendió la trascendencia de la lucha asamblearia emprendida por los trabajadores de Roca contra el Sindicato Vertical. La dirección del resto de centrales sindicales ya había optado por la vía reformista, al ser correas de transmisión del PC, del PSOE o de los partidos nacionalistas, aceptando el pacto integrador con las fuerzas del capital. Sin embargo, con motivo de la jornada de lucha en toda España contra la carestía de la vida, convocada el 12 de noviembre, la Coordinadora de Organizaciones Sindicales, que no era otra cosa que el intento de CCOO de apropiarse de la central sindical única y heredar la CNS, se quebró al abandonarla la UGT catalana por presiones de la base. Durante la jornada de lucha, la CNT se volcó y despertó la simpatía de las bases de las otras centrales al considerar que no domesticaba la voluntad rupturista de los trabajadores.

El 22 de enero de 1977, el juez de la magistratura declaró improcedentes los despidos y demostró, por ejemplo, que uno

de ellos se encontraba de vacaciones en su pueblo de nacimiento durante los días del conflicto. Tras la sentencia, la familia Roca compró la participación empresarial en manos norteamericanas y se comprometió a que no hubiera más despidos ni detenciones si los trabajadores volvían a la fábrica. El 11 de febrero, tras una Asamblea con la totalidad de los trabajadores, los obreros decidieron volver al trabajo y hacer un llamamiento en contra de las organizaciones y en favor del poder obrero y de que las decisiones debían estar en poder de las asambleas. El sindicato del metal de la CNT del Baix Llobregat pasó de cuarenta y un militantes a más de mil en poco tiempo. Los sindicatos anarcosindicalistas asumirían una avalancha repentina de gente sin experiencia. Los miembros de los comités tampoco la tenían puesto que el asambleísmo libertario no se practicaba en España desde 1939.

La situación interna de la CNT era frágil por la falta de práctica confederal. Las confrontaciones entre las diferentes tendencias internas que protagonizaban el relanzamiento del anarcosindicalismo impedían las decisiones urgentes del Comité Nacional instalado en Madrid de forma provisional y de los diferentes Comités Regionales. El secretario general de la organización, en el verano de 1977, era Juan Gómez Casas, y el del Comité de Cataluña, federación que agrupaba a la mitad de la militancia, Enrique Marco. Ambos sindicalistas, de formación autodidacta, habían sufrido prisión en los calabozos del franquismo y rondaban la cincuentena. Pese a todo, el proceso parecía imparable» Una y otra vez se superaban los conflictos y crecía la militancia.

Los miembros de *Ajoblanco*, todos muy jóvenes y de

procedencia estudiantil, poco sabíamos acerca de la lucha feroz que libraron los supervivientes de la guerra –los veteranos– y quienes habían luchado en el bando libertario a partir de la década de los cincuenta como Luis Andrés Edo y los dos secretarios recién aludidos. Hasta 1960 habían caído dieciocho comités nacionales de la CNT del interior además de los de las Juventudes Libertarias y la FAI. Estaba también la CNT del exilio, escindida en dos bloques. El más influyente, el de la popular Federica Montseny y su pareja, Germinal Esgleas, que estaba en Toulouse, bajo la denominación Secretariado Intercontinental. Se decía de ellos que se habían apropiado de la historia y de las siglas de la CNT. Existía también en Francia la Coordinadora de Afinidades Libertarias que tenía como órgano de expresión la publicación *Frente Libertario*. Se rumoreaba que a esta corriente estaba adscrito José Peirats, uno de los pensadores libertarios vivos que más me interesaba desde la lectura de su libro *Examen crítico constructivo del movimiento libertario español* Llevaba tiempo pretendiendo entrevistarlo, pero militantes de la CNT me lo desaconsejaban con el argumento de que entonces también tendría que ir a Toulouse y ver a Federica para que no me tildaran de sectario. Gente que había pertenecido a Defensa Interior, una especie de red clandestina de acción directa que operaba desde el exterior contra el franquismo, acusaban a Federica de burócrata por descalificar ciertos atentados, ya fueran en España o contra políticos y militares franquistas que visitaban Francia, por temor a que pudiesen desmontar el tinglado burocrático del exilio cenetista. El Gobierno francés podía ilegalizarlos.

Los de *Ajoblanco* no comprendíamos aquellas batallas internas, llevadas con bastante secreto por los más veteranos,

y jamás nos entrometimos en la tormenta. Eso sí, permanecíamos atentos. Esperábamos la señal para saber cómo se podía articular el movimiento libertario, que era plural, dentro de una organización que diera respuesta a la inquietud reinante en los diferentes campos. *Ajoblanco* era una revista movimiento, de eso ya no cabía duda, que proclamaba la democracia directa, sin delegación, y el cambio de sociedad. Yo pensaba que lo importante era sumar y no dividir ni disgregar. Toni Puig insistía en dar ideas y no perder ni un minuto en pugnas, insultos y rivalidades. Ambos pensábamos que faltaba gente de mediana edad con la suficiente entereza mental para guiar de una puñetera vez aquel proceso nuevo. Éramos conscientes de que dicho proceso requería tiempo y experiencia. Las Jornadas iban a ser decisivas para la avalancha de jóvenes en busca de nuevas dinámicas de organización. Boldú nos alentaba a seguir la marcha que llevábamos, mientras Santi Soler y Juanjo Fernández insistían en que el comunismo libertario exigía una organización radical que no cayera en las trampas de la patronal, del Estado y de la burocracia celestial que habitaba en Toulouse. Mientras esperábamos dicha clarificación, Fernando Mir nos acusaba de habernos politizado en exceso y de estar demasiado pendientes de la CNT. Fernando vivía con la cabeza en la comuna de la calle Bailón y repetía incansablemente: «Ahora voy a vivir lo que predicamos con lectores del *Ajo* que creen absolutamente nuestra filosofía vital». La comuna estaba integrada por Jordi Busca, ilustrador y dibujante, Esther y su hijo Carlitos; Joan Vinuesa, poeta, pintor surrealista y fotógrafo; José Bueno, Fina y Pruden. Fernando contaba que nunca dormía solo y que en la comuna solían amanecer más de quince personas distintas todos los días. Los artistas de dicha

comuna ilustraron el número extra de viajes: «Con el *Ajo* hasta el fin del mundo», maquetado por Litus y Evelio Gómez, de TARA. Fue un éxito que facilitó viajes baratos por todo el planeta a nuestros seguidores, que eran miles.

El sueño de la CNT atrajo al mitin de Montjuic a más de doscientas mil personas el 2 de julio de 1977. Fue el mitin más concurrido de la transición. Los parlamentos corrieron a cargo de Federica Montseny, que atacó el pacto social, y José Peirats, en representación del exilio. Peirats, frente a las autonomías que alejaban a la CNT de sus principios –nuestra patria es el mundo– reivindicó la federación de municipios libres, asunto que días después provocó la descalificación en los medios de comunicación por parte del secretario general de Cataluña, Enrique Marco, que también participó junto al secretario confederal, Juan Gómez Casas. Estos últimos insistieron en que en las cárceles aún quedaban presos libertarios y exigieron al Gobierno la solución de estos casos porque «la paciencia tiene un límite». El discurso más conmovedor fue el del joven abogado de la CNT de Andalucía, Fernando Piernavieja, que retrató apasionadamente los desmanes de un sistema económico que convertía las ciudades en cárceles: «Lo primero que hay que hacer es amnistiarnos a nosotros mismos». Y el de un colega de Boldú, Antonio Morales, que defendió los nuevos movimientos sociales.

Asistí al mitin con Toni y Luisa Ortínez. El ambiente, las banderas, los cánticos confederales y la enorme multitud –la CNT contabilizó trescientos mil asistentes– emborrachaban. Tal era la euforia desatada, las lágrimas y la emoción que no vislumbramos diferencias, ni pugnas ni reyertas hasta que nos

acercamos a la tribuna por el lateral izquierdo, sorteando con mucha dificultad a la entusiasta multitud. Había decidido desoír las reticencias y entrevistar a José Peirats. Cuando estábamos cerca del personaje, descubrí a un grupito de jóvenes que hablaban con acento madrileño y nos señalaban mientras cuchicheaban por lo bajo con Juan Gómez Casas. El secretario general de la CNT se acercó hasta nosotros y dijo en tono crispado: «No os confundáis, la CNT es una organización obrera y no un grupo autónomo anarquista alérgico a toda estructura sindical». Uno de los jóvenes que lo secundaban afirmó con una violencia verbal fuera de lugar: «El *Ajo* es una cueva de pasotas, Santi Soler, un consejista marxista, los vascos de Askatasuna, a los que dais voz, unos anarcocomunistas, tan elitistas como vosotros, y Racionero no es más que un individualista burgués».

¿A cuento de qué venía tanto golpe bajo? Los de *Ajoblanco* trabajábamos todo el tiempo, detestábamos cualquier poder y sólo reconstruíamos la diversidad mediante la cultura y la agitación. Toni les espetó: «Poco tenemos que enseñar, mucho que aprender y nos horroriza mandar, preferimos interpretar la realidad antes de hablar y jamás seremos conspiradores profesionales. Salud». Huimos de allí en busca de Francesc Boldú, al que distinguimos al otro lado de la tribuna discutiendo acaloradamente entre empujones amenazantes. Como fue imposible alcanzarle, decidimos irnos sin presenciar los conciertos programados, pese a que uno de los grupos, Peruchos, eran colegas y solían pasar con frecuencia por la revista.

Una noche paseando con Toni y Fernando por las Ramblas,

Luis Andrés Edo, miembro como Boldú del Comité de Cataluña, nos aclaró algo la situación. La CNT debía conjugar la lucha sindical con la de los movimientos sociales surgidos tras el Mayo de 1968; ecologistas, ateneos, homosexuales, feministas, cooperativistas, colectivos de antipsiquiatría, movimiento de presos (COPEL), comuneros. «Es lo único que puede evitar la reforma pactada.» El luchador libertario explicó por qué la CNT no podía aceptar el marco de los convenios colectivos y debía boicotear las elecciones sindicales: «Ambos te enmarcan dentro de un sindicalismo de acción indirecta». Andrés Edo iba contra los pactos interclasistas cuya consecuencia para la clase obrera iba a ser la de pagar los costos de la reestructuración económica. También confesó que reflexionaba intensamente con gente afín cómo estructurar el movimiento libertario dentro del anarcosindicalismo. Estaba claro, en la CNT latían dos alas, la sindical como arma y la anarquista como ética. Nos felicitó por la labor de *Ajoblanco* y nos dijo que la única estrategia válida era la de ir avanzando hacia el cambio de sociedad.

Boldú, mientras Toni y yo movilizábamos a muchos colaboradores a que ayudasen en las Jornadas, nos contó algo más acerca de la lucha fratricida entre tendencias o «sectas». Los sindicalistas moderados exigían un reformismo confederal y defendían que, sin una alternativa creíble para la clase obrera, no se podían boicotear las elecciones sindicales ni la negociación de los convenios colectivos. Los anarcosindicalistas puros defendían las esencias de la CNT marcadas en el último congreso, el de Zaragoza de 1936, como si el mundo no hubiese cambiado desde entonces. Eran los que con más ahínco trataban de imponer una burocracia orgánica clara que

organizara la lucha sindical autónoma de cualquier influencia de partidos políticos. Boldú, que no pertenecía a ninguna tendencia, contó algo que luego escuché en boca de Luis Andrés Edo: «La CNT hay que ponerla al día y el asambleísmo confederal sólo se aprende con la práctica. Yo siempre me esfuerzo en acercar posturas a favor de una alternativa de consenso: además de enriquecer el debate con aportaciones diversas, evita el voto». Toni me miró de reojo y me lanzó una sonrisa de satisfacción. A continuación Boldú habló de faístas, consejistas, anarcocomunistas, comunistas libertarios, autónomos, radicales más o menos partidarios de la violencia, pasotas, trotskistas, gente del PORE, de OICE, del MCL, leninistas infiltrados, espontaneístas, naturistas y hasta de cristianos disfrazados. Todos querían controlar la CNT mediante maniobras de baja calaña que proyectaban sobre el enemigo las propias intenciones. «Públicamente disimulan, en secreto y por lo bajo se machacan. Luego todo son rumores y comidillas.» Boldú pasaba bastante de estas cuitas y se dedicaba a luchar por el conjunto de la organización. Otro militante que solía visitarnos era Sebastián Puigcever, de Artes Gráficas, sindicato en el que yo había asistido a varias asambleas. Sebas era un tipo abierto que sabía dialogar y alentaba la conciencia obrera. Parecía estar de acuerdo con Boldú, pero yo ya no estaba seguro de casi nada. La división interna me descorazonaba y tampoco sabía cómo afrontarla. «Lo mejor es ir a lo nuestro y pasar, ya se aclararán», repetía Toni con más voluntad que convicción.

Un día soleado –los rayos caldeaban la sala de redacción– Fernando Mir anunció que la comuna de Bailén se trasladaba a Alayor, Menorca. Toni y yo no hicimos mucho caso hasta que

dijo que él se iba con ellos, que no participaría en las Jornadas y que en septiembre se iba a la India. No le creímos capaz y callamos. El que marchaba dos días a Menorca era yo. El santo de mi madre caía en sábado y me había enviado el billete. El avión despegaba a las siete de la mañana del mismo 16 de julio.

Finalmente, los de *Liberation* no iban a colaborar en el *Barcelona Libertaria*, el diario que íbamos a sacar durante las Jornadas. Daniel Cohn-Bendit confirmó su asistencia a los debates del Diana y Noam Chomsky declinó la invitación. Antes de mi viaje relámpago a la isla, la oficina de *Ajoblanco* ya se había transformado en una especie de centro de prensa internacional al servicio de la CNT. Unos decidieron sacrificar parte de las vacaciones para ayudar en lo que fuera: Santi Arnauda, Félix García, Joan Ubeda y Pepita Galbany; esta última era una excelente editora, muy joven, de Granollers, que habíamos contratado un mes antes para que ayudara a Fernando a editar el número doble de verano, el especial sobre viajes, el número cero de *Alfalfa* y el extra que preparábamos para otoño sobre salud y naturismo. Otros no participarían: Fernando porque ya estaba en la isla; Ramón Aguirre, de vacaciones en Bilbao; y Ramón Barnils pasaba de la CNT. Los colaboradores más estimulados a ayudar fueron los de *Alfalfa*, el colectivo de sexualidad y Karmele Marchante, la feminista que trabajaba en los periódicos del grupo Mundo, básicamente el *Cataluña Express*, y que se ofreció a hacer de intérprete, recoger a Cohn-Bendit en el aeropuerto y atender cualquier cosa que necesitásemos. Karmele se convirtió en un personaje insustituible. ¡Qué mujer!

Junto a Toni Puig, Francesc Boldú, Santi Soler y Juanjo Fernández, que había reducido sus peleas de patio de colegio, coordinaríamos, por mandato de la asamblea del sindicato de prensa y propaganda, el diario *Barcelona Libertaria*. Joan Úbeda, uno de los encargados de la distribución paralela, me dijo que le apasionaba el vídeo y que quería colaborar con el colectivo Vídeo Nou en lo que fuese. Joan era un tanque de laboriosidad. Hablé con Luisa Ortínez y aceptó encantada, pues tenían que rodar a la vez en el Saló Diana y en el Parque Güell y sólo estaban en Barcelona Xefo Guasch, Pau Maragall y quizá Genis Cano, que vivía con Pau en La Miranda. La actividad era frenética.

Fernando, antes de marcharse, me sugirió una reunión del equipo a fin de mes, en Menorca, para aclarar la situación y ver cómo iba a quedar la cosa. Me pidió con insistencia que convocara también a Luis Racionero.

## JORNADAS LIBERTARIAS

Aterricé en Menorca con ganas de aspirar la paz de la isla y nadé con furia en una playa solitaria. Tras una divertida comida familiar decidí acudir a las fiestas de Mercadal y encontrarme con Nuria Amat, embarazada de cuatro meses, y Óscar Collazos, recién llegados de Berlín. Hacía meses que no los veía y estaba ilusionado. Pasaban las vacaciones en un pequeño apartamento de Cala Tirant. Mientras conducía plácidamente por una carretera que serpenteaba entre enormes pinos mediterráneos, me vino a la cabeza el «sí quiero» de Toni Miró-Sans. Acababa de casarse con una burguesa por amor, mientras que yo dedicaba todo mi tiempo a *Ajoblanco* por principios. Nuestras vidas iban por caminos divergentes, aunque manteníamos la amistad de siempre. Aparqué en un camino, salí del coche y encendí un Ducados. Pensé en Luisa Ortínez. Sin duda la quería pero nuestra relación era difusa y me apetecía más pasión. ¿La militancia me serenaba o me evadía? Notaba un cambio interior potente. Lo libertario no era una ideología, era un proceso que implicaba una metamorfosis interior para no reproducir lo heredado. ¿Era así o me engañaba? En septiembre iba a cumplir veintiséis años y quizá necesitase un cojín afectivo para madurar en la brecha. ¿En qué lado? Ésta era mi gran disyuntiva. Desde que había vuelto de la mili, no había hecho más que trabajar por la causa y dejado de pensar en mí. Se acabó el pitillo y decidí seguir rodando.

Lo primero que dijo Nuria es que había acabado una novela, *Pan de Boda*, y que la criatura ya se movía dentro de su barriga. Junto al bordillo, nos quedamos embobados frente a unos veinte caballos montados por jinetes vestidos con trajes del siglo XVIII. El bullicio era colosal. La gente iba y venía y jaleaba a los caballos hasta que levantaban las dos patas delanteras. ¡Qué juerga! A continuación, avanzaron en procesión hasta la plaza donde una banda de música interpretaba una popular jota menorquina. Nuria me cosió a preguntas: «¿A quién has visto?», «¿Con quién cenas?», «¿Cómo va el *Ajo?»* «¿Qué hace Ana?». La bronca general impedía conversar. Les sugerí una pomada;[65] Óscar aceptó, Nuria temió tropezar en el tumulto. Les indiqué que en el bar de la otra calle habría menos gente. Fuimos, volvimos y me di de bruces con Fernando Mir, saltando y berreando con las barbas y melenas bien revueltas. Estaba con toda la gente de Bailén. Me abrazó hasta arrastrarme al centro de un corro y a punto estuve de que me aplastase un caballo. Una pata pasó volando a un milímetro de mi cara. El brazo de un hombre fornido me agarró por la cintura y me salvó. Desde el suelo divisé blusas, téjanos y faldas de flores, y a otro caballo que venía hacia mí. Salté como pude hasta un lugar seguro. Fernando me preguntó cómo se presentaban las Jornadas. Yo le dije riendo que la revolución estaba más cerca y el *Ajo* llenísimo de gente trabajando a destajo. Me hizo beber dos pomadas y nos fumamos un porrito delgado y suave en la placita de la iglesia, sobre un cerro muy leve, donde sólo había un grupo de ancianas. ¿Qué le pasaba a Fernando? Intuí que escondía un motivo secreto que no era La Nena. Le pasaba algo mucho más gordo, algo que no supe entonces. Desde la

65 Bebida tradicional de la isla: ginebra de Menorca con limonada.

reunión desahogo en el despacho de Luis Racionero, corría un resquemor entre ambos. Inventar a todas horas una revista alternativa, portavoz de un movimiento inesperado, suponía una tensión agotadora.

Fernando acusaba el cansancio y quería vivir su vida. Pero yo estaba seguro de que lo que le precipitó a la vida espontánea y loca de la comuna de Bailén ocultaba otro argumento. Más allá de las divergencias, corría entre ambos una corriente de cariño indestructible.

Compartíamos una unión tan especial como *Ajoblanco* en los años decisivos de nuestra juventud. «Ahora vivo lo que predicamos con lectores de la revista que creen absolutamente en nuestra filosofía. Paso de líos ideológicos. Cuando me canse, volveré», repetía incansablemente entre sonrisas.

Fernando era tan reservado como sensible y no pregunté más. Aquel atardecer Fernando y yo sellamos un pacto de complicidad. Diez años después, la renovada alianza daría vida al segundo *Ajoblanco.* Antes de volver con sus colegas me recordó el cónclave en mi casa de Migjorn a fin de mes. También me dijo que buscaban una casa en el campo para alquilar.

Volví a la fiesta, busqué a Nuria y no la encontré. La juerga callejera, aquella jota pegadiza repetida hasta la saciedad, los caballos, el olor a gin, el vocerío y los abrazos, me atraparon y salté hasta un corcel. Cuando levantaba las patas delanteras era como una verga empinada. «¡Mediterráneo!», pensé. Anduve entre el jolgorio de las calles con la cabeza perdida

hasta que unos ojos se me quedaron clavados. Fue un instante o una eternidad, no sé. Aunque no lo supiese entonces, aquella mirada iba a sellar gran parte de mi vida con tanta virulencia como *Ajoblanco*.

El tipo siguió calle arriba y lo perdí entre la multitud.

Me quedé quieto y sólo vi el cielo brillante contra la cal blanca de las casas. Iba a anochecer. Cuando llegué a la plaza, junto a la tarima de los músicos que ya no tocaban, me di de bruces con él y le dije algo mirándole a los ojos un instante. Su mirada ardía. Tras intercambiar algunas frases de bienvenida, supe que era lector de *Ajoblanco*. No hacía mucho que había acabado la carrera de derecho en Madrid y hacía la mili en un cuartel de Mercadal. Era vascomadrileño y se llamaba Txomin. Le conté lo de las Jornadas y que tenía una casita en Es Migjorn Gran mientras cenábamos en Ciutadella con más gente.

El día después regresé a Barcelona y me metí en la preparación de las Jornadas con el turbo puesto.

El primer día, viernes 22, hizo calor y fue de infarto. Barcelona estaba repleta de gente venida de todas partes. La expectación era enorme. Los políticos pactistas del Parlamento, el alcalde y los periodistas más controladores estaban de vacaciones. Sin órdenes contrarias, la ciudad fue tomada por las banderas rojinegras y los libertarios. El encuentro internacional abrió los telediarios y copó los titulares de toda la prensa, que por esas fechas siempre está falta de noticias. La policía ocupó un discreto segundo plano y apenas hubo incidentes de consideración a excepción de los de la cárcel

Modelo y los que la policía provocó por manifestarnos en favor de la amnistía de los presos anarquistas y de los comunes.

La Cooperativa Cinema Alternativo proyectó por la mañana el documental *CNT: un pueblo en armas*. Recogía una síntesis de documentales rodados en diversos periodos. Visualmente se daba mucha importancia a la Columna Durruti y a las colectivizaciones tras la revolución de 1936. A primeras horas de la tarde llamaron los ecologistas de TARA pidiéndome que fuera a las Ramblas inmediatamente y que de paso les llevara *Alfalfas* y «Energías libres», que habían volado. Yo estaba en el despacho con Toni Puig, Litus y Pepita Galbany preparando la maqueta del número uno de *Barcelona Libertaria*. Esperábamos a Francesc Boldú para confeccionar el alzado. Toni y yo pensábamos escaparnos al Parque Güell a media tarde. Félix García había montado la parada de venta de números atrasados e información; Santi Arnauda, una exposición con maquetas entre las columnas del parque, y Joan Úbeda asistía a Luisa Ortínez, de Vídeo Nou. Nos apetecía pasar un rato con ellos y ver cómo iba la cosa. Pasaban cine, actuaban los grupos de teatro y se improvisaban debates de cualquier tema. Luego bajaríamos al Saló Diana a escuchar el final del primer gran debate: «Las luchas del Movimiento Libertario desde el 36 hasta nuestros días», que iba a moderar Luis Andrés Edo.

Salí de la redacción de *Ajoblanco* a toda prisa. Lo primero que Jordi Alemany me dijo fue que la policía les obligaba a desmontar la enorme cúpula geodésica instalada en plenas Ramblas y que no sabían qué hacer. Estaba tan impresionado que sólo pude decirle: «Las calles están llenas de banderas

negras y carteles. Hemos tomado la ciudad. La Gran Vía está igual». «Lo sé, la decoración llega hasta el Parque Güell. Los polis nos han pedido el permiso y Dani les ha contestado que muy bien, que salud y anarquía. Ahora pretenden destruirla.» Cuando llegué hasta los grises, el resto de colegas de TARA negociaba el traslado de la cúpula al Parque Güell. «La pondremos junto al molino de viento que da energía eólica», me dijo Rosa Pastó contenta y decidida, y me dio un beso muy tierno.

Como estaba cerca, fui corriendo al Saló Diana para ver el ambiente. Cientos de personas llenaban las calles y en la puerta choqué con Beatriz de Moura y Carlos Semprún Maura en el mismo momento en que me dio un tremendo retortijón. Beatriz, la única *gauchista* que pisó las Jornadas, me acompañó a una farmacia de la calle Sant Pau. El boticario me hizo echar en el suelo y me dijo que tratara de levantar una pierna. Lo hice y aclaró: «Este chico no tiene apendicitis. Es flato».

Boldú, desde el escenario del teatro, brindaba los brazos de la solidaridad libertaria a los colectivos que habían llegado de distintos países y ciudades de España. Eran innumerables. Luego dijo que la prensa burguesa hablaba de protagonistas –por Cohn-Bendit, el líder del Mayo francés, portada en muchos diarios– cuando lo que importaba a los libertarios eran los contenidos y no los líderes ni los intelectuales en busca de fandango. Empleó en algún momento las palabras «paleoanarquista anclado en el 37». Supongo que se refería a los viejos de Toulouse y a los pestañistas que se les enfrentaban. «Armar una organización que depende de la asamblea abierta sin líderes ni dirigentes no es fácil, pero

nuestra historia nos lega técnicas de organización para no caer en el dirigismo.» A continuación José Luis García Rúa, de Granada, reivindicó no celebrar el 18 de julio sino el 19, cuando el pueblo en armas derrotó al fascismo. No pude escuchar a Cipriano Damiano ni a Daniel Cohn-Bendit. Salí con prisa hacia el *Ajo* a hacer el diario. Toni me necesitaba. Concluido el trabajo Santi, Toni, Francesc, Juanjo y yo iríamos al festival de música del Parque Güell.

Santi Soler no pudo acompañarnos aquella noche por problemas de salud. Lo hice en compañía de Juanjo, Pepita, Litus y Toni. La marabunta de gente desbordó todas las previsiones. Había viejos cenetistas estupefactos ante el calor de la juventud rebelde que rompía los moldes del autoritarismo. Había chavales de todos los institutos de la ciudad y de la periferia junto a miles de jóvenes, desde los más militantes hasta undergrounds y pasotas de medio mundo. Mientras charlábamos alegremente con los miembros del grupo de teatro aragonés El Patito Feo, Karmele Marchante y Andrés Grima nos presentaron a Dany *el Rojo.* Me sorprendió su barriguita. Nos contó que estaba perplejo ante el panorama y que vivía en comunidad en Frankfurt, donde había montado una cooperativa de venta de libros. Nos alertó ante los Schmidt,[66] Soares y González: «Son los nuevos embaucadores; venden lo mismo que los fascistas pero envuelto en lazos de socialismo desguazado». Karmele me pegó un empujón indignada y en un aparte me contó que unos machos se habían entrometido en el debate feminista y opinado sobre la problemática de la mujer. Karmele era entonces una feminista

66 Helmut Schmidt, canciller socialdemócrata de la República Federal de Alemania.

radical muy coherente y la periodista que más revolucionó las redacciones de *Mundo Diario* y *Cataluña Express*, que pertenecían a la misma empresa; no sé en qué momento de su vida se decepcionó y huyó de cualquier causa. Aquella noche, tras explicarme la incursión de «los machos», lanzó unas ruidosas risotadas, entre crueles y chistosas, que no se me olvidarán en la vida. No me atreví a verter comentario alguno. Los directores de cine libertario José María Nunes y Antonio Artero, rodeados por un montón de chavales que les hablaban al mismo tiempo, llegaron hasta nosotros y comentamos el guirigay internacional de las Jornadas.

Los debates del segundo y tercer día en el Saló Diana esbozaron las diferentes propuestas de marxismo y anarquismo sobre las cuestiones del Estado y la política, y se discutieron también los problemas de coordinación del movimiento libertario con la CNT. En el Güell, bajo un sol de justicia, siguieron las actuaciones de los grupos de música y teatro, las polémicas feministas, el rodaje de Vídeo Nou, las exposiciones, las paradas de libros, folletos y revistas. Las charlas de ecología junto a la cúpula y el molino atraían especialmente a los chavales hijos de la emigración, supongo que por ser la primera generación que no había crecido en los campos sino en pisos de extrarradio de sesenta metros cuadrados. Transmitían una pasión por la naturaleza heredada de los abuelos más visceral que ideológica.

Por los altavoces del parque sonaba una y otra vez *Trans-Europe-Express*, de Kraftwek. Los responsables de la organización sabían, por lo visto, de qué iba la música. Era raro escuchar aquello allí. También se improvisaron debates sobre

la COPEL –aquellos días se sucedían ininterrumpidamente motines de presos comunes en las cárceles de toda España–, sobre la educación libertaria y cómo organizar los ateneos y la autogestión en las fábricas. Recuerdo una amena conversación con Antonio Morales, del Comité Regional, sobre lo que nos había ocurrido en el mitin de Montjuic con Juan Gómez Casas. Antonio iba de cráneo, era el encargado de los actos y actuaciones del Parque Güell.

Al anochecer, los grupos de trabajo se desvanecían y bajaban de todos los recodos del parque en hileras infinitas hasta la gran explanada. Iban en busca de la temible ascensión de la fiesta libertaria. Seiscientas mil personas pasaron por el parque. Un par de generaciones de entre quince y treinta y pocos años quisimos tras el franquismo unir la fiesta con el ocio, la cultura, la educación, la revolución, el sindicato y las diversas memorias históricas. Inaudito.

Charlaba satisfecho con Toni, Juanjo y los amigos de la Sala Villarroel y de la librería Épsilon cuando pasó Ocaña. Al vernos reír exclamó: «Ay, nenas, una que está emocionada, va a reivindicar lo obvio a lo grande». Aquella noche fui muy consciente. Quim Monzó y Albert Abril se equivocaron, cuando años atrás pontificaban que toda revolución estaba perdida de antemano. Yo viví una. Y aunque no fue lo que quisimos, cambió la mentalidad española para siempre, aunque ahora parezca que el Partido Popular fundado por Fraga pretenda devolvernos a las cavernas de la ira.

Hacía un mes que el FAGC había montado la primera manifestación homosexual en las Ramblas con motivo del día

internacional del orgullo gay. Habían exigido la inmediata derogación de la ley que condenaba a los homosexuales a la marginalidad: «Libertad sexual, amnistía total», gritaban en cabeza Armand de Fluviá y Jordi Petit, los veteranos luchadores por los derechos de los homosexuales. Junto a ellos iban Camilo, Ocaña y Nazario, vestidos de sevillanas entre un revuelo de abanicos y volantes.

En plena actuación de un cantautor, los tres reyes de la Ramblas coparon el escenario. Nazario llevaba una red en vez de camiseta, Ocaña iba con un traje negro de mujer y Camilo sólo vestía unos pantalones blancos. Allí plantados improvisaron un streaptease. A partir de aquello, toda convención se vino abajo. Mucha más gente de lo que cualquiera pueda suponer hizo el amor por vez primera en su vida entre los árboles de un parque. Algunos viejos se escandalizaron de lo que veían. Juanjo dijo que en la CNT no todos aceptaban el amor libre. Una muestra más del quiebro generacional.

Karmele publicó dos días después en *Mundo Diario* un artículo breve que sintetiza el espíritu de aquellos días. Lo tituló «La larga noche de la Anarquía»: «Las Jornadas han sido un éxito de espontaneidad, de imaginación, de creación, de antiautoritarismo, de crítica al poder en plan cachondo. El parque se convertía por la noche en un dormitorio colectivo, cuando los agotados currantes sacaban los sacos y esperaban a la mañana del otro día. De todo ha habido estos días. Abrazos y golpe de porra. Idas y venidas a la cárcel Modelo entre manifestaciones y «saltos». Encendidos gritos de «Todos a la calle, comunes y políticos». La tensión que se creó con motivo

de los motines de diversas cárceles del país fue aprovechada desde las Jornadas para pedir amnistía total. Los anarcos piden las cosas a golpe de imaginación y humor. Todo estaba admitido. Hubo una especie de pacto colectivo para que la libertad se convirtiera en ideología. Por eso cuando Pepe Ocaña, Camilo y Nazario, travestidos y traspuestos, se subieron al escenario, el orgasmo delirante se hizo colectivo. Mientras se iban quitando la ropa a los acordes de un «que se desnude y que se mee», Pepe Ocaña consiguió el micro y entonó un pasodoble. La orquesta de rock que estaba actuando tuvo que callar, el personal sólo tenía ojos para la improvisada actuación de los travestís. Lo increíble se hizo realidad en el momento en que Ocaña espetó: «No soy gitana pura, soy gitana libertaria, por eso pido amnistía para todas las mariquitas», a la vez que se orinaba en olor a aplausos. Los rubios europeos, que estaban de visita, y que se suponía que están tan *«á la page en todo*», no daban crédito a lo que veían. Quizá porque no están acostumbrados a conjugar el surrealismo con el sentido del humor y la ilógica libertaria».

Sin embargo, hubo un punto oscuro, un incidente que evidenciaba el futuro que nos aguardaba. El debate que suscitaba más interés, cómo articular el movimiento libertario en el futuro, zozobró a causa de las intransigencias que fomentaban tanta desunión, tanta intriga y tanta secta.

El lunes 25 de julio a las cuatro de la tarde el programa anunciaba, en el Diana, «Crítica a la sociedad industrial y alternativas libertarias. Anarquismo y ecología». El enunciado era algo rimbombante pero todos sabíamos a qué hacía referencia. En aquella ocasión el equipo de *Ajoblanco*

participaba a través de Jordi Alemany, de TARA. El Saló Diana estaba repleto. Pasaban los minutos y nada. En una gran pantalla aparecieron una sucesión de diapositivas que evidenciaban la violencia de Estado. Contra la naturaleza, contra los manifestantes, contra los presos sociales. ¿A cuento de qué venía tanta foto? Alguien dijo que había que ir a la Modelo a sacar a los presos. Vimos discutir a Boldú, Luis Andrés Edo y cuatro o cinco más en un rincón del escenario. ¡Qué nervios! Edo agarró el micrófono y dijo que había la propuesta de suspender el debate e ir todos juntos al Parque Güell, porque se había avanzado el acto de clausura para que todo el mundo pudiera acudir a las nueve de la noche a una gran manifestación en favor de la amnistía de los presos sociales y anarquistas frente a la Modelo.

Aplausos de unos, pataleo de otros. Más discusiones. Toni y yo nos apalancamos en un rincón e hice un gesto a Xefo Guasch, que estaba con Joan Úbeda, para que lo grabara todo. Joan me explicó el susto que vivió el día anterior, mientras grababa solo por primera vez en su vida y los grises entraron en el Diana persiguiendo a un manifestante en favor de la amnistía. Con Toni comentamos la situación. Edo había estado preso muchos años y ahora vivía un sueño: Barcelona respiraba la anarquía como en tiempos de Durruti, pero en la cárcel de la misma ciudad había anarquistas. Un tipo desaliñado agarró el micro y dijo: «En Carabanchel hay un motín y cuatro muertos». Alguien exclamó: «¡Un provocador!». Creció el desconcierto. Edo anunció que la información era falsa y secuestró el micro.

Un chaval rubio con acento catalán aseguró que los cenetistas de toda la vida no querían que se celebrase el

debate más trascendental para el futuro del movimiento libertario y de la CNT, que dicha actitud era intolerable. Un grupo de faístas[67] o leninistas infiltrados, no sé, lo abuchearon y repitieron la consigna: «Anarquistas y comunes a la calle. Asalto a las cárceles franquistas». Otros exigían el debate ya.

Edo volvió a hablar. Dijo que el compañero Romano pedía resumir una ponencia contra el desarrollo y en defensa de las teorías de Kropotkin que el grupo Isaac Puente, de Bilbao, había elaborado concienzudamente. La intervención iba a durar diez minutos. «Tras la ponencia votaremos a mano alzada la suspensión o no del debate para llegar al acto de clausura en el Güell.» Boldú pasó junto a nosotros echando chispas y afirmó: «He roto con Edo para siempre. Voy al Güell a clausurar las Jornadas».

La exposición duró una eternidad y cada vez había más gente. El ponente defendía otro modelo de desarrollismo. «Entre la *Phisis* y la *Polis*, seguimos la tradición naturista de los anarquistas españoles. El modelo de desarrollo de Estados Unidos exportado a todos los países implica que el planeta reviente. ¿Acaso los anarcosindicalistas pretenden autogestionar las multinacionales?» Edo, media hora después, tenso e irritado, se plantó junto a él. El bilbaíno siguió cinco minutos más como si nada hasta que desapareció de escena. Más revuelo. Que si se votaba, que si se iba al Güell o no. Un guirigay que concluyó con una votación a mano alzada que fue favorable a la suspensión. Pero mucha gente se negó a

---

67 Miembros de la Federación Anarquista Ibérica (FAI), fundada en Valencia en 1927 por representantes de organizaciones anarquistas de España y Portugal para impedir que la CNT se apartara de sus postulados anarquistas radicales.

abandonar el teatro porque creía que el debate pendiente, cómo organizarse, era el más importante de las Jornadas. «Yo me voy al Güell. Quien quiera seguir aquí que lo haga, el micro se queda y os lo montáis», concluyó Edo.

Pitos, lío e indignación. También aplausos. Militantes obedientes empezaron a marcharse. Los más, libertarios a punto de sindicarse, no se movieron. Los italianos que habían venido ex profeso para decidir si calcaban el modelo de la CNT en sus feudos no entendían qué pasaba. La sala siguió llena, se nombró un nuevo moderador, Oriol Albo, del colectivo Bardina, y siguió el debate. No recuerdo el nombre del tipo con acento catalán que expuso con una precisión demoledora los problemas que acechaban a la CNT y a los libertarios españoles en general. Era algo que afectaba a media Europa y de cuya solución dependían demasiadas cosas como para jugar con ellas. Los del colectivo Vídeo Nou conservan grabada dicha intervención. Antes, salió Jordi Alemany. Con emoción hizo un llamamiento en favor de la unidad de todos los que defendían la acción directa e insistió en que le parecían absurdos los planteamientos sectarios. «Ir en favor de la amnistía total es compatible con el debate más decisivo de estas Jornadas. Cuando el capital actúa unido en todos los frentes, nosotros no podemos ir por un lado, los homosexuales por otro y los ecologistas por otro. El movimiento libertario tiene que dar cabida a todos los grupos, sin sectarismos.»

La intervención que me dio tanto que pensar situó a la CNT en un contexto histórico superado. Los obreros se habían educado en el sindicato y en el ateneo libertario, mediante conversaciones y lecturas, cuando la CNT luchaba en el marco

del mundo del trabajo y de la producción. Pero a partir de la década de los cincuenta, la irrupción de la televisión y de la cultura de masas había invadido todas las áreas, incluidas las del ocio y las vacaciones, conquistando las distintas esferas de la vida y desvirtuando la línea divisoria entre la cultura de la clase obrera y la de la burguesía, y al mismo tiempo emergían otros conflictos, como el deterioro ambiental del planeta, que afectaban a todos. La CNT del futuro, dijo el anarquista cuyo nombre no he podido averiguar, ya no podía centrarse sólo en el mundo laboral. Cada grupo alternativo debía desarrollar una propuesta en su campo de acción, juntarlas todas y elaborar una alternativa global en los diversos campos de la vida cotidiana. Pero aquella intervención profética se la llevó el tiempo.

# CUARTA PARTE

# EL DESMORONAMIENTO

## FIN DE EQUIPO

Finalizadas las Jornadas, cita del equipo nuclear en Menorca. Viajé en barco con Toni Puig, Litus y mi Seat 850. Luis Racionero llegó en avión al día siguiente, y al otro apareció Fernando Mir desde Alayor con su Ducati roja. Horas más tarde el equipo se quebró. Por efecto de la huida de Fernando; por la desilusión amorosa que Toni padecía; por la opción distante que Luis asumió al hacerse escritor. Tampoco yo estuve a la altura, me faltó la serenidad que da la madurez. En verdad, el naufragio se gestaba desde la tarde en que se planteó acabar con las rutinas adquiridas en el despacho de Luis.

Mientras debatíamos el futuro perduraban los ecos de la división del movimiento libertario. De alguna manera me quedé clavado en el último debate del Saló Diana y en el tipo que intentó encarrilarlo con aportaciones que podían renovar el viejo anarcosindicalismo. Un corro de conocidos me preguntó qué pensaba y unos italianos tan confundidos como nosotros me citaron al día siguiente. Toni y yo queríamos que el desconocido colaborara con nosotros en la revista, pero nadie nos dio razón de él. Resultaba evidente que la CNT era una parte del movimiento libertario, pero dicho movimiento, empujado por *Ajoblanco*, rebasaba a la central anarcosindicalista y necesitaba voces más maduras que las nuestras, voces que dieran respuestas prácticas a los muchos interrogantes abiertos en una etapa decisiva aquí y en toda

Europa. Apostábamos por una organización no dogmática, sólida, asamblearia, que aglutinara un amplio proceso de aprendizaje y comunicación. Otros aseguraban que toda organización era estalinista por definición y que policía y poder eran sinónimos. ¿Qué hacer entonces? Los miembros del equipo que había dado vida al *Ajoblanco* libertario estábamos reunidos en Menorca, alrededor de una mesa de mármol. Yo contemplaba una adelfa blanca del huerto y unos lirios rojos plantados por mi madre.

Fernando había retrocedido en el tiempo e iba de hippy de amor y flores. Aspiraba a vivir en el campo y contó la conversación mantenida con un marqués de Ciudadela al que iba a alquilar por poco dinero una casa de campo abandonada, Santa Victoria, situada sobre el barranco que desemboca en el impoluto arenal de Son Bou. En octubre, los comuneros se trasladarían a la India por tierra tras un largo viaje en autobuses. Fernando daba por supuesto que los otros tres íbamos a seguir en el invento y se comprometió a volver a *Ajoblanco* para hacer el extra de verano del año próximo con su gente, que era creativa y necesitaba dinero. Dijo que Pepita Galbany era buena editora, que no tendríamos problemas y que el despacho nuevo era grande y estaba en el barrio indicado, la Ribera. Concluyó diciendo que por nada del mundo volvería a Barcelona.

Luis dijo que estaba trabajando en sus libros *Leonardo* y *Las culturas del underground*. Confirmó que se quedaba todo el tiempo en Sant Martí d'Empúries y pidió un sueldo de asesor que le ayudara a afrontar la nueva etapa. Toni le dijo que o trabajaba como los demás o cobraría por colaboraciones; nadie

podía tener un sueldo porque sí mientras defendiéramos una manera diferente de vivir y de comprender el mundo. Entonces Luis exigió el mismo dinero que cobraba en los medios convencionales. Ni Fernando ni yo abrimos la boca. La discusión entre ambos desembocó en un rifirrafe de despropósitos. Se dijeron de todo y en aquella ocasión la guerra no acabó en tablas. Luis finalmente soltó: «Si yo soy feliz cobrando, a mí me pagáis lo que yo diga».

Toni, en un ataque de responsabilidad, sentenció: «Pues yo soy feliz no pagándote». El respeto que había sentido Toni por Luis desde Los *ensayos del Apocalipsis* se vino abajo.

«Me voy, así no se puede trabajar», dijo uno.

«Pues lo siento», remató el otro, echando chispas por sus cabellos rubios.

Luis se levantó soliviantado, entró en su habitación y me llamó para pedirme las llaves del coche. Cuando se las di me dijo que mi silencio era traicionero, que Toni era un manipulador y que tomara precauciones porque pervertía cuanto tocaba y separaba a la gente. Abrió la puerta de la calle y desapareció.

Los tres nos quedamos mudos e inmóviles. Parecíamos estatuas de sal hasta que Fernando hizo un gesto de circunstancias con los hombros y se marchó sin despedirse. Toni recalcó que se había sentido la voz de *Ajoblanco*.

Yo seguía con el habla muda y sin ideas. Era el último sábado del mes de julio, la jornada más intensa de las fiestas de Es

Migjorn Gran. A esas horas, las calles estarían repletas de gente embriagada entre las patas de los caballos. Yo no quería saber nada, Luis había sido una pieza esencial, el alquimista de la revista, y Toni el alambique. ¿Por qué se pelearon? Toni, con los nervios a flor de piel, fue en busca de Litus, perdido en la fiesta desde hacía horas.

Permanecí estático en el asiento durante un buen rato. Me pesaba el alma. Finalmente salí al huerto con las tijeras de podar y corté un pedazo de buganvilla roja para un jarrón. Traté de pasar las páginas de un libro de José Peirats sobre la CNT y me pareció leer chino. Abrí la puerta y me quedé plantado en el centro del callejón que lleva a los huertos del pueblo. La sucesión de pequeñas tapias encaladas de blanco contrastaba con los geranios rojos que colgaban de las tres ventanas de mi casa. La luz diáfana de la tarde perfilaba el paisaje y detenía el tiempo. Me crucé con tres niñas inglesas que vivían más abajo y volvían sonrientes del jaleo. En la calle principal choqué con la realidad. Me detuve junto a un grupo de vecinas sentadas en la puerta de una casa y les deseé buenas fiestas. Fui hasta el bar Peri, pedí una pomada y me planté al borde de la plaza llena de gente y caballos, donde me di de bruces con Txomin, que merodeaba sin compañía. Él me saludó complacido y yo le escupí entre la comisura de los labios: «¡Salgo de una pesadilla!».

Resistimos el jolgorio no más de diez minutos. La fiesta agredía y fuimos a casa a preservar la ternura que sentíamos. El apacible atardecer en el huerto fue lento, denso y placentero. Txomin había puesto muy bajito el *Réquiem* de Mozart. El cielo estaba teñido de rosa. Me contó que jugaba a hockey en el

extrarradio de Madrid y que su mejor amigo se había ido a vivir a un pueblo de Cáceres. El olor a jazmín conquistó la oscuridad.

Llegaron Toni y Litus, no se sabía si serios o festivos. Cenamos los cuatro alrededor de una mesa redonda bien puesta colocada en el centro de la sala. La habitación era blanca, irregular y coqueta, abierta por un lado al recibidor y a la escalera, y por otro al huerto mediante dos ventanales verdes de pared a pared. Toni se sentó frente a la reproducción de la *Consagración de la primavera*, de Botticelli, que yo había colgado en la pared. De vez en cuando, Toni y yo nos mirábamos. Yo pensaba que el cariño que revoloteaba sobre el mantel menguaba el ataque de ira que nos había precipitado a un descampado; aún desconocía que la tragedia de su separación sentimental acababa de consumarse en el jaleo de la fiesta. Litus se había enamorado de otro.

La pareja rota dijo que iba al baile. Txomin se quedó conmigo. Fumamos un porrito suave de hierba mexicana en el huerto bajo la luna llena de julio. Yo le conté una fábula acerca de mi vida. El apenas hablaba, era muy educado y honesto, parecía discreto y me miraba perplejo. Yo estaba completamente conmovido. Sus ojos intensos me llegaban a lo más hondo mientras mis gestos y palabras lo poseían.

Llegó Luis, dejó las llaves del coche sobre la mesa, fue al baño y se metió en su habitación sin decir palabra. Cuando la luna inició el descenso, acompañé a Txomin, por vez primera, al cuartel de Mercadal. Sobre amor y sexo no pronunciamos palabra.

Luis se fue al día siguiente. Aterrizó mi hermana Rosa como una castañuela; Menorca le arrebataba. Le conté cuanto ocurría y Rosa me dijo: «Sólo avanzas cuando te arriesgas. Toni y tú no podéis dejar la revista ahora. Habéis luchado mucho y vuestra gente exige coherencia».

¡Me animó mucho! Litus volvió a Barcelona a resolver su nueva historia personal lejos de nosotros.

Toni deambulaba por la casa con una libreta de dibujo. Se instalaba en cualquier rincón a escribir frases y poemas o a pintar bellos dibujos. Había decidido afrontar con tesón el fin de tantas cosas y el inicio de otras. Mi hermana lo alentaba con buenos consejos y nos mimaba a los dos todo el tiempo.

Así fue como se evaporó el equipo que había levantado un imposible. Así matamos la mejor época de nuestra historia. En ocasiones, me pasaba por la cabeza fulminarme a mí mismo. La batalla recién vivida, reflexioné, es la consecuencia de evadir los problemas más peregrinos sin asumir las situaciones hasta las últimas consecuencias. El mundo libertario vivía una crisis muy dura y me enervaba no saber cómo resolverla. La ingenuidad, que tan a favor había jugado en nuestra historia, había desaparecido. ¡Maldito temor! La solución quizás estuviera en Francia; hablar con Peirats, con Federica Montseny, con todos, ¡qué sé yo!

En cualquier parte sucedían desvaríos similares. La consecuencia por callar parte de lo que uno ve, siente y no reconoce, la merma de espíritu crítico y la creciente complacencia, fue el estallido de una radicalización infantil y

funesta, justamente lo que pretendían las fuerzas del capital y los nuevos políticos, tanto de derechas como de izquierdas. Por lo visto, afrontar la madurez de un movimiento colectivo producía más temor que confianza. ¡Qué paradoja! También pienso que faltó tiempo. Los enemigos de la libertad se conjuraban a mil por hora mientras que sus defensores iniciábamos un proceso que necesitaba tiempo, poso y sencillez. Pero las circunstancias, mal medidas, se armaron contra quienes quisimos otro mundo. «¿Qué me queda por vivir?», me preguntaba.

La partida aún no estaba perdida del todo. Rosa, una vez más, nos empujó a enfrentarnos a nuestras propias limitaciones con tacto y cariño. Había que crear un nuevo equipo, ser humildes y hacer un buen trabajo. Éramos doctos en esas labores y lo más difícil, aglutinar, estaba hecho.

Llegaron del viaje de novios Toni Miró-Sans y su mujer, Ana Viladomiu, una chica distinguida que hablaba poco y leía todo el tiempo novelas psicológicas de mujeres. Los diarios de Anaís Nin iban arriba y abajo. La buena convivencia entre los cinco fue un bálsamo. Cualquiera de nosotros preparaba el picnic para la playa de Binigaus. Toni Puig, que era de secano, se enamoró del mar y el otro Toni se empeñó en enseñarle a nadar. A primera hora de la tarde solía llegar Txomin en autostop, se lanzaba al mar y nadaba lejos. Cuando se secaba, caminaba por la orilla charlando apaciblemente con Rosa, luego se sentaba junto a mí y contaba la monotonía militar casi en monosílabos y sin manifestar qué sentía. Antes de las nueve lo acompañaba a su cuartel.

Una vez acabada la cena, en el huerto, bajo las estrellas, con Toni Puig nos planteábamos qué hacer. Cada noche soltábamos un montón de ideas. Con empeño zurcimos el mayor contratiempo de nuestra historia. La afectividad, hasta entonces, había sido tan importante como las razones o los métodos de trabajo. De ahí el dolor por el alejamiento de Luis y Fernando. Los afectos y las emociones se rigen por leyes y reacciones imprevisibles. En cuanto a razones, la contracultura hacía tiempo que había dejado de definirnos y la actitud *freak* nos parecía pueril y evasiva. La apuesta por rescatar el pasado libertario y ponerlo al día definía a *Ajoblanco* desde hacía meses. La revista había crecido enormemente y necesitaba nuevos métodos de gestión con los que afrontar la nueva etapa. Teníamos dinero pero me costaba transformar aquel voluntarismo en empresa; iba contra mis principios: no había dejado una carrera jurídica para convertirme en empresario. Por lo que a Luis respecta, pensaba mantener la camaradería entre ambos contra tirios y troyanos. «El tiempo sitúa cada cosa en su lugar y las aguas desbordadas volverán a su cauce», pensaba. Luis era mayor, tenía experiencia, había inspirado muchas de nuestras apuestas y por nada pensaba desoír sus observaciones futuras. Le compraría sus acciones y nos las repartiríamos entre Toni, Fernando, Ramón y yo.

Empecé por telefonear a unos y a otros desde la cabina de la calle. El primero con quien hablé fue Juanjo Fernández. Desde la preparación de las Jornadas Libertarias, la dinámica que nos unía al equipo de refuerzo que formaban Santi Soler y Juanjo se intensificó como en los tiempos de elaboración del dossier situacionista. No le transmití ningún drama. Simplemente le dije que para el número de septiembre convenía un buen

reportaje sobre la eurorepresión. Comentó que lo que pasaba con movimientos afines en los países más avanzados mostraba por dónde iría el futuro del nuestro. En Suiza habían internado en un psiquiátrico a los organizadores de una marcha contra una central nuclear y los habían sometido a *electroshocks.* También contó que habían cerrado Alice, la emisora libre de Bolonia, en un país en el que la ley dictaba la libertad de ondas. «El juez instructor, un tal Catalanotti, miembro del PCI, ha secuestrado el material técnico y encarcelado a doce de sus redactores. ¡Pepe, te van a meter en la cárcel!», me dijo con socarrona entonación.

Por lo visto, el 11 de julio, Jean Paul Sartre, Michel Foucault, Félix Guattari, Gilíes Deleuze, Philippe Sollers y otros intelectuales parisinos de prestigio habían redactado un manifiesto contra la represión y el fascismo democrático que se batía sobre Europa. La verdadera izquierda del continente había impulsado la creación de revistas, periódicos y radios libres para contrarrestar las campañas de intoxicación de los *mass media.* Una ola de represión caía no sólo contra los movimientos, sino contra los medios de comunicación alternativos. La repercusión del manifiesto en Italia, Alemania y Francia fue enorme. El PCI lo rechazó, afirmando: «Los intelectuales deben ser por encima de todo buenos burócratas». Antes de colgar le dije a Juanjo: «Habrá que ir a París a entrevistar a los firmantes».

Francesc Boldú estaba redactando el dossier valorativo de las Jornadas. Buscaba el teléfono de Luisa Ortínez para pedirle los vídeos. Contó que un grupo de militantes anarcosindicalistas de Madrid y Valencia estaban por sacar una nueva revista,

*Bicicleta*, que trataría sobre cuestiones internas del sindicato. La impulsaba José Elizalde, profesor de universidad y secretario de relaciones exteriores del Comité Nacional de CNT. Respiré con alivio. «El debate plural enriquece», pensé. También telefoneé a dos colaboradores con los que habíamos intimado definitivamente en el Parque Güell, Rossend Arqués, que iba a coordinar los números especiales del próximo curso, y Luis Ondarra, un joven libertario muy honesto que llevaba con acierto, junto a José Méndez, la sección de cine desde hacía meses. Sondeé la predisposición de ambos a incorporarse como redactores fijos. Rossend aceptó sin pensarlo y dijo que le apetecía viajar por

Europa, estudiar la situación italiana y la alemana y hacerse una buena agenda; también quería entrevistar a los firmantes del manifiesto de París. Lo dijo con un deje poco auténtico que atisbaba cierto oportunismo. Le pregunté si sería capaz de entrevistar a Peirats y a Juan García Oliver; este último, compañero de Durruti en mil batallas hasta el alzamiento de 1936.

Cuando decidí, con voluntarismo, que habíamos capeado la crisis, reflexioné la conveniencia de quedarme o no con Toni a solas en el equipo. Cabía la posibilidad de integrar a Ramón Aguirre, el contable. Ramón era un intelectual culto, que renegaba del neomarxismo en el que se había formado al descubrir que *El capital* no hacía más que reproducir la iglesia, el culto, la doctrina, el partido, el Estado, un modelo económico, un sistema de poder, un campo de concentración, un cambiar las cosas poniendo debajo lo que estaba encima, un engaño, una ortodoxia. Ramón tampoco era libertario puro,

aunque simpatizaba con la CNT y su entorno. Solía criticar las incoherencias e ingenuidades libertarias con agudeza, insistiendo en que lo urgente era poner al día el anarcosindicalismo. Jamás escondía lo que de veras pensaba. Le iba la política y desmenuzaba cada semana *Cambio 16*, que seguía siendo una revista de referencia, y era buen lector de entre líneas. Desde hacía tiempo presumía de escribir bien, algo que demostró sobradamente. Había pasado el invierno junto a él, en el cuartito donde trabajábamos los dos. En cuanto la ocasión era propicia, manifestaba que podía alternar las cuentas con aportar puntos de vista en la elaboración de contenidos. La cabeza y los comentarios de Ramón estimularon mi crecimiento personal mientras la redacción estuvo en la calle Consejo de Ciento. Él tenía treinta años y yo sólo veintiséis, recién cumplidos. Lo único que me importunaba de él era que me viera como jefe, cuando lo que pretendía era mantener la nave. En ocasiones, haber nacido burgués representaba un obstáculo para que los demás creyesen mi sincero afán colectivista. Yo no iba de figura, más bien me ocultaba y vivía discretamente.

Toni y yo seguimos debatiendo en Menorca mientras las obras del nuevo despacho avanzaban y Pepita Galbany editaba los textos del número de septiembre, en Barcelona. Decidimos que *Ajoblanco* fuera menos movimiento y más contrainformación y, sobre todo, que tuviera vida propia y que no dependiera tanto de los textos del equipo nuclear. Toni no veía claro abrirlo a otros que difícilmente iban a comprender nuestra peculiar aventura e insistía en profesionalizarnos y en emprender nuevos retos. Mi preocupación se centraba en mantener el entusiasmo y la espontaneidad, y aglutinar las

diferentes tendencias dentro de un magma que hiciera posible una democracia abierta a los nuevos movimientos sociales. Y lo más importante, encontrar buenos redactores y reporteros. Resultaba esencial que las diferentes luchas no se cuartearan en mil tendencias disputando por el protagonismo. El pasotismo, lo había observado en el Güell, aumentaba sin tregua y desbravaba a los jóvenes desencantados. En otoño, una vez trasladados al nuevo despacho de la calle Carders y con el número uno de *Alfalfa* en la calle, viajaría alrededor de España a sondear la situación en los diferentes territorios.

Por el momento habíamos conectado a tres fotógrafos extraordinarios. Pep Doménech, que trabajaba con nosotros desde tiempo atrás y comprendía lo que necesitábamos, pues compartía vivencias con el equipo nuclear. Manel Esclusa que, tras vencer una horrible enfermedad de laringe, había reaparecido con furia e iba a hacer las portadas, y Josep María Gol, sin duda el mejor reportero gráfico de su generación, que además era libertario e insobornable.

Nuestra reincorporación fue movida y desató nuevas conjeturas. De forma natural nació el colectivo Ajoblanco, el órgano que marcaría la línea y los temas futuros. Además de Toni y de mí, estuvo integrado por Francesc Boldú, Ramón Aguirre, Nuria Garcés, Luis Ondarra, Pepita Galbany y Rossend Arqués. Lo que mejor había funcionado hasta entonces era el triunvirato, y de alguna manera volvimos a él, puesto que con Toni y Ramón afrontaríamos las decisiones de empresa.

Creo que si los componentes de aquel colectivo naciente no nos hubiéramos desmembrado, manteniéndonos codo con

codo en Barcelona, *Ajoblanco* hubiera capeado el temporal desatado en todos los rincones de la sociedad española durante el último capítulo vivo entre ruptura y reforma, una reforma que marginaba para siempre a una parte importante de la sociedad española. Como se verá, tres de los componentes del colectivo desaparecimos por diferentes motivos.

## DESENGAÑOS

Manifestación monstruo por la amnistía total y el estatuto de Cataluña. Acudimos unidos, como una única marea, aquel 11 de septiembre de 1977 soleado en el que compartimos el sentimiento de pertenencia a un pueblo negado. Miles de libertarios marchamos también en la manifestación del millón. El posible *estatut* animaría la descentralización y Cataluña, por qué no, podría articularse a través de los municipios libres en vez de comarcas como postulaban los nacionalistas.

Asistí con Juanjo Fernández. En un momento dado, frente a un grupo de la CNT que desfilaba, Juanjo insistió en que los anarquistas presentes reivindicábamos la amnistía total y una institución republicana. Aunque no debíamos olvidar que la Generalitat había acabado con la revolución anarcosindicalista de 1936 y negado tanques, armas y municiones a la columna de milicianos de[733] Buenaventura Durruti a las puertas de Zaragoza, algo que la mayoría de los presentes ignoraba. «Si Durruti hubiera tomado Zaragoza en agosto de 1936, su prestigio hubiese crecido y, tras instalar la revolución libertaria en la capital de Aragón, hubiera regresado a Barcelona a proclamar la Cataluña libertaria.»

La inmensa mayoría ignoraba también el último discurso de Durruti, emitido en directo a través de las ondas de Radio CNT, el 4 de noviembre de 1936, en el que denunció la mala administración de «los zánganos que movían las economías

públicas entre zancadillas de unos contra otros». Josep Tarradellas, conocedor del tema por haberlo vivido en primera línea gubernamental eni936yi937, estaba a punto de regresar del exilio.

Días después, el 20 de septiembre, la extrema derecha puso una bomba en la revista de humor que mejor transmitía las expectativas y los temores de la gente de la calle. La redacción de *El Papus* voló por los aires, murió el conserje y, una vez más, la libertad de expresión se vio amenazada. Algunos sugirieron: «Vosotros seréis los siguientes por transmitir el verdadero pulso de los jóvenes». Recibimos amenazas.

El President de la Generalitat en el exilio regresó en olor de multitudes, tras pactar con el presidente Adolfo Suárez en Madrid el restablecimiento provisional de la Generalitat y un nuevo estatuto. ¿Qué otras cosas pactaron? Secreto de sumario. Días después el foro público de las Ramblas se transformó en un infierno. Apareció un partido fantasma, el PCE (i). [68] Estaba formado por jóvenes radicales con pasamontañas que rompían las lunas de los escaparates e incendiaban y cruzaban autobuses. Los botes de humo, las pelotas de goma y los porrazos acogotaron la avenida de la libertad. Parte de la gente se refugió en los bares de las callejas adyacentes. La alegría, que tanta creatividad había despertado en la ciudad y el país, menguaba. Ya no sabías con exactitud dónde encontrar a los afines.

El estruendo punk de los Sex Pistols inició el asalto al «no hay

68 Partido Comunista de España, internacional.

futuro». La revista *Star* remarcaba: «Contra todo y contra todos», y buscaba convertir a los artistas underground en estrellas de Hollywood. Juanjo Fernández, de *Ajoblanco*, publicó un artículo donde calificaba de fascista al nuevo movimiento: «Una de las características de la clase en el poder es su capacidad para integrar en su mundo el discurso artístico, los signos y los actos que nacieron para atacarle. El poder no crea, recupera». En la coletilla manifestaba: «Los punks sienten un placer sadomasoquista al volcarse y permanecer en la miserable vida cotidiana a que nos acorralan el Estado y el capital. Su actitud nihilista es exactamente la contraria a la de los anarquistas, que intentan transformar el mundo, destruir el capital y el Estado». Yo estaba de acuerdo, pero la ceguera de algunos acarreó una nueva polémica en los ambientes underground y entre quienes preparaban la nueva etapa de *Disco Express*, revista financiada por Gay Mercader, orquestada por José María Martí –el tipo que había empujado el nacimiento de las galerías G y Mee Mee– y maquetada por un Mariscal triunfante tras su apoteósica exposición *Gran Hotel* en la Mee Mee. Por su parte, Santi Soler estaba indignado con *El Viejo Topo* por un artículo breve de Joaquín Jordá acerca de las Jornadas, que calificó de desperdicio. Ninguna otra referencia al evento en toda la revista. «¡Te extraña!», remarqué. Los del *Topo* eran intelectuales marxistas, leninistas, trotskistas y maoístas que aderezaban sus contenidos con algunas pinceladas de anarquismo; jamás fueron ácratas ni semilibertarios como algunos han planteado en posteriores estudios de laboratorio.

La CNT, aupada por los actos de julio, impulsó una huelga tan mítica como la de Roca, la huelga de las gasolineras, cuando

doscientos cuarenta gasolineros de la CNS se pasaron en bloque a la organización anarcosindicalista, que ya tenía ciento cincuenta mil afiliados en Cataluña –ochenta mil pagaban la cuota–. Francesc Boldú formó un piquete informativo que fue retenido por la policía. «¿Qué hacen un profesor de instituto, un cantautor de protesta –Ramón Muns– y tres estudiantes dando instrucciones a gasolineros?», cuestionó con cinismo el agente. Afortunadamente, este episodio no tuvo consecuencias y la huelga multiplicó el prestigio de la CNT en un mundo obrero apaleado por una crisis económica feroz y traicionado por unas centrales sindicales que pactaban las rebajas con el poder político a escondidas. El incremento de los precios seguía descontrolado y el nuevo Gobierno de UCD necesitaba los pactos en favor de la estabilidad social para recibir las subvenciones del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional. La inflación a mediados de junio de 1977 había alcanzado la escalofriante cifra del 44 % respecto al mismo periodo del año anterior. El Gobierno de Adolfo Suárez sostenía la situación a través de créditos extranjeros por valor de casi cuatro mil millones de dólares para aquel año, concedidos en gran medida por la República Federal Alemana por las gestiones del rey. La deuda externa acumulada superaba el billón de pesetas. Ante este panorama, la CNT repetía en sus mítines: «La clase trabajadora no puede cargar con los efectos de una crisis provocada por la oligarquía de siempre».

La huelga de gasolineras acabó en una reunión entre delegados sindicales y patronos en el despacho del gobernador civil de Barcelona. El gobernador sostuvo que aquello no era una huelga sino un levantamiento insurreccional por lo que

intervendría el ejército. A continuación señaló con el dedo al secretario general del Comité Regional de la CNT de Cataluña, Enrique Marco, que se encontraba en la reunión, advirtiendo a todos, pistola en mano, que nadie saldría de la habitación hasta sellar el acuerdo y el fin de la huelga. Por lo visto así entendía la «acción directa» el Gobierno de UCD, y no como la defendía el anarcosindicalismo: «La negociación entre un empresario y los trabajadores, siempre de tú a tú y sin condicionamientos de partidos ni de marcos superestructurales». El acuerdo firmado tras tormentosas amenazas no beneficiaba en nada a los trabajadores. El Gobierno de UCD bordeaba el ataque de pánico. Si CNT conseguía articular parte de las aspiraciones populares,

Europa podía cambiar de signo. Italia estaba a la espera y en Alemania los verdes aún no se habían integrado en el arco parlamentario gubernamental. Holanda, Dinamarca, Suecia y otros países también contaban con amplios movimientos autónomos de base. El ajedrez ibérico volvía a ser clave por la voluntad de unos trabajadores que desde la Primera Internacional habían evolucionado por derroteros humanistas. Las sociedades desfavorecidas de Iberoamérica bajo yugo militar podían alzarse también si la insurgencia triunfaba en la Península. Desde 1972, seguía la situación del ajedrez internacional y percibí claramente la trascendencia del momento.

Ramón Barnils me citó una tarde en el bar Treno. Hicimos un balance de la situación. Me aconsejó prudencia ante los acontecimientos y que velara por un *Ajoblanco* sin radicalismos de pacotilla. Lo del colectivo no le pareció bien y me dijo algo

que me extrañó: que Rossend era un cerebro, que para la revista era mejor que Racionero se quedara fuera, y que Ramón Aguirre era anticatalán. Luego me contó que, una tarde de lluvia en la que llevaba una gabardina, se había refugiado en un portal frente a la fuente de Canaletas. «Un señor raro –un agente parapolicial– debió de confundirme y me entregó un sobre con diez mil pesetas. Minutos después ardió un escaparate junto al café Moka entre gritos a favor del PCE (i).»

Por aquel entonces las ejemplares tácticas de los servicios secretos italianos consistían en infiltrar provocadores en los sectores juveniles más radicales para incitarlos a la violencia callejera.

En el barullo que se daba en España, los agentes del inspector Roberto Conesa conocían la lección: introducían armas en los centros más contestatarios, previamente intoxicados, cazaban a los más feroces y, una vez hecha su faena, la prensa burguesa la terminaba presentado a «todos» los grupos antisistema como peligrosos terroristas que podían desestabilizar aún más la precaria situación política y económica. Así pedían la complicidad de los ciudadanos. Un guión trazado minuciosamente por las fuerzas del orden en coordinación con los servicios secretos internacionales para que la población perdiera la simpatía por un movimiento que ya era importante.

El traslado de oficina al barrio de La Ribera fue fulminante. Además del número normal, salían *Alfalfa* y el especial «Naturaleza, vida y alternativas», coordinado por Diego Segura, del Taller 7, por Diego Echevarría y por el joven

impresor naturista, Jaume Roselló. Jaume, un chaval muy delgado que había impreso algunos trabajos medio censurados a los de *El Rrollo Enmascarado*, propuso a los de *Alfalfa* meter salud y naturismo en la revista ecológica. Era hijo de vegetarianos, amaba la cultura centroeuropea y al año siguiente montaría la revista *Integral*. Jordi Alemany estuvo de acuerdo con él. El coordinador de *Alfalfa* pretendía una revista más práctica, menos ideológica y cargada de alternativas. Quería que fuera rentable «para independizarse de papá *Ajoblanco».* Jordi buscaba la libertad. Sus compañeros no lo secundaron, enrocándose en una revista demasiado densa y poco pragmática. Toni, Ramón y yo les pasábamos un dinero y dejábamos hacer. Cuestión de principios. Mientras tanto, Rossend Arqués, que metía la nariz en todos los ajos con picardía, quiso cubrir el Congreso Rojo contra la Eurorrepresión de Bolonia, viajar por Alemania y acabar en París. Lo de Bolonia, decían, iba a ser un acto trascendental para la izquierda radical europea. Yo elegí recorrer discretamente España, por temer que Bolonia estuviera llena de maoístas y de infiltrados policiales. La radicalidad teórica no me interesaba. Prefería conocer hechos concretos, dinámicas populares y el día a día de los movimientos.

Una noche cenamos algunos de nosotros en la fonda España de la calle Monteada, un lugar que mantenía el menú a menos de cien pesetas a pesar de la escalada de precios al infinito, por lo que siempre estaba llena de alternativos. Nos juntamos Santi Soler, Toni, Ramón Aguirre, Jordi Alemany y Rosa Pastó, aunque quizás hubiera alguien más. Fue una cena sentida y sin atisbos de división de ninguna especie. La pareja de *Alfalfa* se sentía satisfecha de la nueva revista, cada vez más conectada

con los movimientos ecologistas. Santi Soler, exultante ante la perspectiva de viajar con Rossend y entrevistar a Félix Guattari y Michel Foucault, bebió dos copas de vino, algo que tenía totalmente prohibido por los médicos. Con lágrimas en los ojos contó que su padre, un famoso pediatra de Badalona, había descuidado vacunarlo contra la poliomielitis y que la padeció de crío. A causa de las secuelas era epiléptico y más cosas. Mirándome a los ojos –estaba sentado frente a él– me dijo con mucha emoción que siempre deseaba ir a Menorca, pero que por su enfermedad no se atrevía. A continuación, entre sollozos, contó que la policía lo había torturado cuando lo detuvieron por pertenecer al MIL y que, al borde de un ataque epiléptico, confesó la cita con Garriga Paituvi en el bar Funicular, en la esquina de la calle Gerona con Consejo de Ciento. Dicho compañero se presentó inesperadamente con Puig Antich y los detuvieron a ambos, con las consecuencias ya sabidas. La sinceridad de Santi nos puso la piel de gallina a todos. Acabó diciendo que estaba muy agradecido a *Ajoblanco,* que nunca había tenido un ataque epiléptico en nuestra casa y que viajar por Europa con Rossend suponía un riesgo que asumía con entusiasmo.

La revista vendía en aquel momento de esplendor alrededor de cien mil ejemplares y, según el director de la agencia publicitaria Víctor Sagi, rondaría el millón de lectores. Un ejemplar corría por sindicatos, cárceles, comunas, bares, institutos, colectivos, ateneos, asociaciones, fábricas... Me acerqué a la agencia porque Jordi Alemany pretendía meter publicidad ecológica en *Alfalfa,* algo que finalmente no se hizo. En *Ajoblanco* la desestimamos completamente desde el número dedicado a Durruti. Durante aquellas semanas

recuerdo distintas conversaciones con gente de empresa en busca de consejo. Ramón Aguirre y yo pretendíamos vertebrarla de nuevo. Íbamos tirando, pero la venta paralela se había estancado por líos financieros y de todo tipo que asediaban a las distribuidoras alternativas. Un día Ramón me dijo: «El mundo alternativo es un gigante con los pies de barro y debemos agudizar el ingenio. Me temo que *Alfalfa* sea un agujero».

La comuna urbana que iba a montar con Rosa Pastó y Dani Aixelá, de *Alfalfa,* y con un amigo de Toni Puig que trabajaba en la editorial Blume, se fue al carajo. Llegamos a alquilar un piso por arreglar en la calle Enrique Granados. Por mucha libertad que me dieran en casa, había llegado el momento de emigrar. No recuerdo cómo se desvaneció todo, tuvo que ser por falta de dinero para adecentar el piso, el caso es que a los dos meses lo dejamos en la misma situación en que lo habíamos alquilado. Costaba siete mil quinientas pesetas cada mes, estaba en el centro del Ensanche y tenía ciento ochenta metros cuadrados. En aquel edificio ocurrió una anécdota curiosa. En alguna de nuestras visitas, nos encontramos en la cabina del ascensor con la escritora Maria Aurelia Capmany, que vivía allí. Dani llevaba un ejemplar de *El País* bajo el brazo. La escritora dijo: «Aparta este libelo centralista de mi vista. Alfons Quinta, el que lleva “Cataluña”, es un *mal parit* y no permito que nadie entre en mi casa con un ejemplar de esta marca». Ella sabía que éramos los del *Ajo* y nosotros quién era ella, pero no le teníamos ninguna confianza por falta de trato. La verdad es que *El País* se leía poco en Barcelona. *Cambio 16* compartía estrellato con *Interviú* y las revistas seguían siendo más libres que los diarios.

Preparé el dossier «Comunas», que por fin iba a salir el último mes de 1977, con espléndida contraportada de Miguel Ángel Gallardo, consolidado como el mejor dibujante de la nueva generación, mientras Toni Puig organizaba el dossier de «Arquitectura». Concluida la labor y con *Alfalfa* en la calle, decidí definitivamente viajar con Txomin por España. El tenía cuarenta días de permiso militar y yo quería tantear la posibilidad de un partido radical a la italiana, algo que pedían muchos lectores, y saber cómo andaba el movimiento ecologista.

Antes de irme, Francesc Boldú, compungido, me citó en una cafetería y me contó que el Ministerio de Educación y Ciencia lo había destinado un año atrás a un instituto de Fregenal de la Sierra, aunque había obtenido una prórroga por su pertenencia al Comité Regional de la CNT de Cataluña. Pero ésta había acabado y ahora tenía una notificación con la orden de incorporarse inmediatamente al puesto asignado en Extremadura. Se marchaba al día siguiente. Me quedé de piedra.

Un problema inesperado que nos dejaba sin el mejor colaborador y sin una conexión sólida con el sindicato. Quedamos en que durante mi viaje recalaría tres días en su pueblo de Extremadura para reflexionar con calma cómo llenar el vacío que dejaba. ¡Vaya golpe! Ésa fue la primera deserción del colectivo que debía mantener *Ajoblanco* a tope. Boldú me habló bien de Luis Ondarra, que ciertamente estaba haciendo un gran esfuerzo y escribía de todo. «Luis es un auténtico libertario de la CNT que pasa de radicalismos y busca el consenso», me dijo al despedirse.

Viajé. En Caspe, Txomin y yo dormimos en la comuna rural de Pilar Errando, la hermana de Mariscal, donde aprendí a plantar habas y patatas, a cuidar un gallinero y a ordeñar cabras. Me gustó aquella vida sin líos ideológicos.

En Caspe me encontré también con Florencio Ripollés, que era un hombre maduro y afable que había orquestado un amplio movimiento libertario a partir de la lucha contra la central térmica de Andorra, en la provincia de Teruel, y había lanzado el libro *El bajo Aragón* expoliado, con la organización PETRA.[69] Asistimos a varias asambleas masivas. Caspe, como en 1936, volvía a ser libertaria. Txomin se interesó por los detalles y se transformó en abierto y comunicativo.

Por las noches, en la comuna, contaban historias y proyectos. Cuando salimos de Caspe, Txomin acariciaba la idea de montar algo parecido juntos en cuanto acabara la mili. Yo le propuse que se hiciera cargo de la gerencia de *Ajoblanco.*

Zaragoza nos recibió con lluvia. Mantuvimos una intensa charla en una bodega oscura con Javier Losilla, un crítico musical libertario que coordinaría *Ajoblanco* en Aragón. A partir de ese momento, fue un hombre importante y asistió a varias reuniones del colectivo. En Madrid, Txomin fue a casa de sus padres y yo me instalé en la de César Luque, que seguía enfrascado en la oposición de registrador de la propiedad.

---

69 La Asociación para la Defensa de los Intereses del Bajo Aragón se constituyó legalmente el 2.1 de junio de 1976 en Zaragoza para evitar la proliferación de centrales eléctricas en el río Ebro y la instalación de industrias contaminantes en las comarcas de la zona.

La editorial anarquista Campo Abierto había publicado *Grupos marginados y peligrosidad social*, un buen libro contra la Ley de Peligrosidad Social. La Coordinadora de Grupos Marginales, integrada entre otros por la COPEL, el Movimiento Democrático de Mujeres, los psiquiatrizados, los disminuidos físicos y el colectivo homosexual Mercurio, se movilizó durante una semana de lucha contra la marginación social. Estaban en contra de aquella ley franquista que metía a los no integrados en la cárcel, en centros de rehabilitación, en reformatorios y en manicomios. La prensa burguesa, incluso la de tendencia progresista, se negó a publicar los comunicados, cuando no los manipulaba. El asunto me alarmó. ¿Empezaba la autocensura en todos los medios de comunicación? Me sorprendió también que Rossend no supiera nada del asunto, máxime cuando Félix Guattari había estado en Madrid apoyando a dicha Coordinadora.

En Madrid me di cuenta de que se estaba armando un nuevo Estado con la valiosísima aportación de los comunistas, burócratas por excelencia. El pacto social que manejaba el papá Estado con los demócratas de nuevo cuño exigía moderación salarial a cambio de un prometedor futuro económico que cubriría los gastos sociales.

Visité a los de LACOCHU, que habían sufrido deserciones, todas de punkies que conservaban un cierto aire libertario. Entre ellos, El Zurdo, Alaska, Eduardo Haro Ibars que había disuelto el FHAR, y Alberto García Alix que estaba ahora conectado a un grupo de fotógrafos denominado Yeti que había expuesto en Photocentro. Ya se percibía el tufo que iba a dar vida a la célebre movida. El Madrid gamberro y rebelde

observaba las movidas de Londres. También atisbaba el posible desmorone de Barcelona como capital cultural y social de las Españas, acosada por un nuevo nacionalismo de derechas que acabaría imponiendo su imaginario.

En Madrid, los oportunistas intimaban con un PSOE renovado que no tardaría en administrar las instituciones y afrontar la reconversión industrial impuesta desde los organismos económicos internacionales. La CNT tenía menos fuerza que en Cataluña, estaba dividida y con un Comité Nacional interino a causa de las tensiones. Pese a las divisiones y con las demás centrales sindicales en contra, la CNT impulsó una huelga del comercio en la zona de Madrid, en favor de una negociación única para todo el sector.

La tenaz lucha de los anarcosindicalistas contra los Pactos de la Moncloa provocó todo tipo de manipulaciones en la prensa convencional. James Markham, el corresponsal de *The New York Times* en Madrid, informó falsamente sobre la preparación por parte de la central anarcosindicalista y la COPEL del secuestro del ministro de Justicia, Landelino Lavilla. La CNT salió al paso del infundio, ampliamente recogido por los periódicos nacionales, mientras *mister* Markham se iba a saber dónde desde Málaga. La embajada norteamericana en Madrid mantenía a ochocientos agentes de la CIA y del Departamento de Estado, sin contar los confidentes y periodistas que tenía a sueldo. Se rumoreaba que en la revista *Interviú* corrían varios.

Miguel Vigo, del fanzine *Bazofia*, me escuchó y luego se hizo el remolón hasta que con otros compañeros de LACOCHU me explicaron los planes de la asociación con pelos y señales.

Desde la desaparición de PREMAMA se dedicaban a organizar conciertos para paliar el déficit financiero de las actividades. Preparaban revistas, coloquios en ateneos libertarios, obras de teatro y recitales de poesía, y querían acabar con el monopolio de los tres individuos que organizaban los conciertos de rock en Madrid. Mantenían la línea ácrata, en contacto con los ateneos libertarios. Ya existían los de Prosperidad, Paseo de Extremadura, el Pozo del Tío Raimundo, Vallecas, Carabanchel, Centro, Alcorcón, Usera, Tetuán, Torrejón, La Elipa y San Sebastián de los Reyes.

El Zurdo había inventado una nueva publicación de utopías, ajeno a LACOCHU, *La Liviandad del Imperdible*. Alaska, con sus abalorios punzantes y colores estridentes, acababa de conocer en El Rastro a Nacho Canut y Carlos Berlanga. No tardarían en crear, también con El Zurdo, el fanzine *Kaka de Luxe*, inspirado en Sid Vicious, el líder de los Sex Pistols. Los unía el humor negro de André Bretón, la moda a lo Pitita Ridruejo, aunque en extremado, las tramas de los cómics más bestias, el lenguaje cheli, la utopía y la sofisticación de David Bowie. Ceesepe y El Hortelano se habían convertido en los dibujantes más conocidos junto a Nazario y Mariscal y editaban sus álbumes en Barcelona con la editorial Rock Cómic. La extrema derecha, explicaban con horror, seguía atentando virulentamente contra el foro madrileño de El Rastro. Las cadenas, los palos y las amenazas no surtieron el esperado efecto disuasorio. La gente seguía en la calle y en los puestos de venta con más productos que nunca, muchos de ellos importados de Londres. El barrio de Malasaña y la calle Libertad, en Chueca, vivían un ambiente parecido al de las Ramblas de 1976. Aunque el grito «por un mundo mejor» estaba siendo sustituido por otro: «Aquí no hay

quien viva, me disfrazaré de electrodoméstico y las planchas y las lavadoras se rebelarán en los bloques de la M-30 hasta desmadrar a las marujas».

La puesta de sol compartida con Txomin, en silencio, en el punto más alto de las murallas del castillo de la ciudad renacentista de Trujillo fue un hito. Consolidó el amor que un catalán de pura cepa puede llegar a sentir por el mar de tierra de la meseta. Inmensa, poderosa, contradictoria y afable a un tiempo, siempre infinita. De pronto comprendí la mística de San Juan de la Cruz, el heroísmo de los conquistadores, el fuego que no tiene llama y es brasa, la hidalguía, los comuneros, la sed de conquista, el vértigo ante una amplitud marrón sin fin, los goyas vivientes, el aislamiento, la furia que da la austeridad. Yo, que me había criado entre valles y montañas y en una urbe mercantil a orillas de un mar de comunicación y comercio, accedía al fin a la tierra dura y eterna de Castilla. El amor me estaba transformando mientras el país se llenaba de tensión y más tensión.

Juan de la Serna era un terremoto que vivía en Villanueva la Serena. Era hijo de un colono del Plan Badajoz. Estaba contra el expolio: del corcho, por empresas catalanas; el de las aceitunas, por empresarios sevillanos con capital norteamericano; el del arroz, por valencianos; y el de la fruta negociada por murcianos. Estaba contra las industrias conserveras que se llevaban los tomates a precio de saldo, contra los latifundistas. El paisaje era una huerta perdida y enorme, rodeada de meseta, con bosques, frutales, canales, ríos y campos: ¡un milagro! Los compañeros de Juan de la Serna se negaban a emigrar y exigían el reparto de tierras.

Comimos con ellos en Entremos en plan campestre. Fraternidad libertaria compartida con campesinos extremeños que luchaban por su porvenir y estaban en contra de las centrales nucleares de Almaraz y Valdecaballeros; esta última iba a utilizar 102.000 litros de agua del río Guadiana por segundo, inservibles para el riego, en la misma cabecera de las vegas más ricas de la región. Prometieron enviarnos artículos y yo les hice un reportaje. Veían difícil articular un movimiento único para toda España. Otro golpe.

Aquella noche, en la oscuridad de la habitación de dos camas, en una pensión sencilla en la plaza del pueblo, transmití a Txomin lo que sentía. Tras un silencio que me heló el corazón, me pidió tiempo para asimilar una apuesta tan potente con un hombre de acción como era yo. Una inquietud extraña, como no había sentido jamás, se apoderó de mí. Empecé a pensar que alguien me había echado un mal de ojo.

Boldú, en Fregenal, nos abrió las puertas de su casa de par en par. Recordaba vivamente su pasado en *Ajoblanco:* discutiendo un dossier, seleccionando cartas, compaginando artículos o preparando reportajes. Se acordaba de las interrupciones constantes de quienes pedían números atrasados, direcciones de comunas, posibles trabajos, un lugar para dormir. «Siempre me sorprendió que las montañas de cartas que recibíamos, empezaran con: «Mi querido *Ajoblanco*», el trato personal que se reserva a las amistades», explicó a Txomin. También insistió en que había que azuzar la lucha contra los Pactos de la Moncloa. Me contó que había hablado con Luis Ondarra acerca de un importante debate escrito sobre la CNT y el movimiento libertario. Por Cipriano Marín sabía del éxito del primer

número de *Alfalfa*. Yo le dije que el crecimiento del movimiento ecologista era espectacular, pero que estaba escindido por regiones y nacionalidades y que cada grupo iba a lo suyo.

Los tres juntos, paseando por calles apacibles sin ruido, bebiendo vino blanco y comiendo migas en tascas perdidas en el tiempo, saboreamos la dignidad que mantenía el campo español tras siglos de ostracismo y represión. Aquella noche en casa de Boldú, sentí que Txomin estaba dispuesto a apostar por mí. No me inmuté, y me dormí junto a él paralizado. No me podía quitar de la cabeza que Boldú no iba a volver a la revista. Tuve la pesadilla de que *Ajoblanco* se hundía.

En Sevilla, despedí a Txomin en la bella estación de Córdoba sin saber cómo iba a concretarse la relación, una relación que iba a más, aunque no sabía hacia dónde. Tampoco me quedaba tiempo para reflexionar sobre el amor o la amistad. Me aguardaba una importante entrevista con los líderes del Sindicato Obrero Campesino, con los artistas que merodeaban el grupo La Cuadra de Paco Lira, y con Diego Carrasco. En Málaga me esperaba un grupo ecologista y otro contra la marginación sexual. En cualquier lugar detectabas la confusión que se estaba apoderando de las bases y no sabías cómo contrarrestar aquel mal fario. Ramón Aguirre me repetía por teléfono que los lectores de *Ajoblanco* estaban enloqueciendo y que mandaban cartas buscando paraísos artificiales, terapias alternativas o drogas duras.

Javier Valenzuela se había convertido en otro de los puntales de la revista, asistía a reuniones del colectivo, decidía y escribía

desde Valencia sobre cualquier tema interesante. En Valencia fijamos una importante reunión de refundación del colectivo. Duraría tres días en Calella de Palafrugell, donde mi madre tenía dos apartamentos para convivir mejor con sus nietos. Mi sobrino Manuel, el mayor de ellos, apuntaba como un chaval lleno de vida y generosidad. Valenzuela estaba indignado con los pseudoanarquistas de la CNT, los viejos militantes que reclamaban moral y buenas costumbres frente a fumetas, homosexuales, mujeres encendidas de «radicalidad antimasculina». Dijo que haría un artículo al respecto.

El nuevo despacho impuso unas rutinas que impedían la comunicación entre unos y otros. Era grande y alargado, daba a la calle y a un patio interior lleno de árboles. Ramón se instaló en una habitación de la parte delantera con el suelo de roble, junto a la sala de contabilidad, donde reinaba Félix García. Por las mañanas, afrontaba las cuentas, y por las tardes se documentaba y escribía su sección «Por el Ajo de la cerradura», donde analizaba la situación política y social con acierto.

Toni Puig ya no mariposeaba de un lado al otro como en Consejo de Ciento. Estaba más serio, trabajaba mucho, aceptaba las decisiones del colectivo y seguía atraído por el movimiento en favor de la federación de municipios libres, el urbanismo y la arquitectura. Al llegar me dijo que había entrevistado a Ocaña porque la revista *Interviú* había manipulado unas declaraciones suyas. En una doble página sensacionalista lo habían presentado como «El travestí violado». ¡Un escándalo! Me contó indignado que ningún otro medio quería denunciar la fechoría y que él iba a hacerlo en

*Ajoblanco.* Las feministas radicales de Karmele Marchante también estaban soliviantadas por la pornografía que las revistas machistas exhibían de mujeres. Escribían: «Abajo la Falocracia», y «Dejadnos en paz de una *clitoridial* vez». También ellas se solidarizaron con el rey de las Ramblas y montaron varias tiradas de huevos a periodistas machistas. La calle estaba cada vez más rara, más violenta. La libertad se extinguía y los enfrentamientos entre unos y otros crecían sin cesar.

Toni, Pepita Galbany y Rossend Arqués ocuparon un despacho grande en la parte trasera, frente a los árboles. Había dos habitaciones más. En la del centro instalamos la compaginación y el archivo fotográfico; en la del otro extremo, que no tenía ventanas, la sala de reuniones con la biblioteca. Litus había desaparecido hacía dos meses y contratamos a Jaume Carrera, un soñador muy laborioso y ordenado que tenía un hijo y había enviudado hacía poco. Jaume era un hombre joven y experimentado que buscaba la claridad formal en su trabajo; venía de maquetar libros ilustrados en la editorial Blume.

Instalé mi despacho en un pequeño cuarto, en el centro del pasillo, con una ventana por la que apenas se filtraba la luz del día. Desde allí coordinaba las dos áreas sin demasiada convicción. Por mucho que me lo negase a mí mismo, la ilusión se desvanecía y mi corazón ya estaba en un cuartel de Menorca y en una novela futura. Toni no decía nada. Me observaba, escuchando mis obsesiones y trabajando a destajo. Su profesionalidad fría y distante me enriquecía. ¡Cuántas cosas compartimos! Para animarme, me propuso que

entrevistáramos juntos al director teatral Lindsay Kemp. Su espectáculo *Flowers* nos había trastornado. Era una mezcla de ballet, circo y mimo creado para emocionar. Aún veo a dos melenudos desnudos, entre humos y luces rojas, colgados de dos estructuras metálicas a cada lado del escenario del teatro Romea, retorciéndose, y a mí conmovido en una butaca entre Toni y lago Pericot. En Madrid prohibieron el espectáculo por irreverente. Toni me propuso también entrevistar al arquitecto Ricardo Bofill. Buscaba, discretamente, agilizar la revista desde una perspectiva más risueña y plural, y no tanto desde planteamientos ideológicos sin futuro que consideraba que escapaban ya a la lógica del momento, aunque en las reuniones del colectivo no mantenía este tipo de planteamientos. Yo veía que la salida de *Bicicleta* y de otras publicaciones confederales facilitaba emprender nuevos vuelos y me preocupaba el exceso de intelectualismo de Rossend y Santi Soler. Juanjo Fernández se había vuelto más reportero y observador. Estaba de acuerdo conmigo en que la CNT naufragaba en un mar de enfrentamientos. Mientras Toni escribía sus artículos, yo me dedicaba a dar cuenta de todo lo ejemplar que había visto y oído en Aragón y en Extremadura.

La puerta de mi despacho estaba frente a una abertura del pasillo con una ventana interior, donde habíamos instalado a Nuri Garcés. Ella repartía la correspondencia y montaba la sección «La Cloaca». Santi Arnauda y Joan Úbeda se colocaron al otro lado de un gran mostrador que partía el recibidor en dos. Desde su lugar atendían el teléfono y organizaban la venta de números atrasados y la distribución paralela, que decaía sin remedio.

Despedí 1977 en Fontclara. Ana Castellar se había centrado en su trabajo editorial. Defendía los avances de la ciencia frente a los malabarismos ideológicos. Yo los cuestionaba por estar al servicio de las multinacionales y del Departamento de Defensa de Estados Unidos. Me miraba y cambiaba de tema. Manteníamos la amistad de siempre. Preparamos la cena íntima de fin de año con ilusión. Iban a venir mi hermana Rosa y Damiá Escuder, Nuria Amat con su hija recién nacida –Laia– y Óscar Collazos, que estaba de tregua literaria disfrutando de la vida familiar. También vendrían Tonia Salom y Frederic Amat. Sé que nos desmadramos bailando y fumando la marihuana que Frederic Amat había traído de México. Fue entonces cuando me dio las semillas que planté en el huerto de Menorca. Aquella noche, Ana dijo que le apetecía coordinar el especial de literatura de aquel año con gente seria. Propuso que nos ayudaran dos de los «novísimos» más radicales, Carlos Trías y Javier Fernández de Castro. Nuria dijo que ella también participaría y que se lo propondría a Ana Díaz Plaja. Óscar propuso temas y se convirtió en un importante colaborador durante los meses finales de mi etapa en el *Ajoblanco* de los años setenta. En un momento de la cena dije que a partir de enero pasaría largas temporadas en Menorca, escribiendo un libro y pensando temas para la revista. Al día siguiente, comí con Toni Miró-Sans y su mujer en un restaurante de País. El nuevo despacho, el que soñamos juntos desde primero de derecho, iba a nacer aquel año y me conmovía verle luchar con tanta convicción. Sentía una especie de nostalgia por la muerte de aquella parte de mí que se resistía a desaparecer del todo.

¿Qué me iba a deparar 1978? El año que se iba había sido diferente de los anteriores, cumbre, crucial y finalmente

hediondo. El año entrante lo presagiaba tenebroso. De ningún modo conseguía paliar la tristeza que me embargaba. Añoraba a Francesc Boldú por su cabeza militante y a Txomin por su honradez. Uno de aquellos días mi madre me dijo: «¡Algo te pasa, hijo! Cuídate, que no quiero que *Ajoblanco* te arrastre a una depresión», mientras mi padre dormitaba en el sillón con la revista *Destino* sobre las piernas.

## SUBE EL TELÓN, SE ABRE LA HERIDA

Mi habitáculo de la calle Carders era alargado, de unos seis por tres metros. En un extremo estaba mi mesa de trabajo, en el otro, junto a la ventana que daba a un patio de luces, coloqué una mesa redonda para las reuniones. Acababa de salir el número veintinueve, el de enero, y Toni Puig, sentado en ella, repasaba el dossier «Tu cuerpo, tu gozo». De pronto, como si hablara consigo mismo, exclamó: «¡Demasiado murmullo, demagogia y bla, bla, bla!».

«¿Dices algo?», exclamé distraído.

«No, nada, que Rossend trabaja mucho y que Pepita edita muy bien», respondió con un cierto deje irónico.

¿A cuento de qué venía lo del susurro si compartía espacio con Pepita Galbany y Rossend Arqués? Jaume Carrera, en la habitación contigua, aún era más discreto. No pregunté más. Aquella tarde tranquila y sin visitas, creí hallar la solución a la apatía que se apoderó de nosotros tras la sosa reunión que habíamos mantenido días atrás los del colectivo Ajoblanco en Calella de Palafrugell. Me levanté con el número desplegado por la doble página que Albert Puntí había titulado «¿Ayuntamientos o comunas libertarias?», y me senté frente a Toni. Cuando iba a explicarle mi idea, la puerta se entreabrió y Ramón Aguirre dijo desde fuera que los políticos en pugna por el poder no iban a tolerar bajo ningún concepto que se hiciera

política en la calle y que acabarían con todas las asociaciones que no controlasen. De pie, frente a nosotros, siguió divagando un rato, hasta que calló. Entonces, mirándome, me preguntó si pagaba el viaje de Jordi Alemany a Dinamarca, puesto que los de TARA no querían asumirlo con el dinero que nosotros les pasábamos para hacer *Alfalfa*. Por discrepancias internas, Jordi publicaba más con nosotros que en *Alfalfa*. Le telefoneé al despacho de TARA. Jordi me dijo que quería ir a Tvuid, una escuela alternativa danesa de quinientos alumnos y ciento veinte profesores. «En esa escuela alumnos y maestros cultivan la tierra, viajan por el mundo y deciden en asamblea, sin imposiciones ni votos, mediante acuerdos, qué aprenden y cómo.» Le dije que adelante y que escribiera para *Ajoblanco* un texto sobre el tema. Cuando finalmente Ramón desapareció, entendí lo que había insinuado Toni a principio de la tarde. Ramón a partir de determinada hora, tras regresar del bar Mundial, donde se tomaba sus buenos carajillos, se volvía un parlanchín. Cuando salió de la habitación, nos llegó el eco de lo que decía a Nuri Garcés: «Las nuevas autonomías no van a apostar por un federalismo de raíz libertaria, serán estatalismo de viejo cuño».

Toni cerró la puerta con estruendo y volvió a la mesa. Leyó el artículo de Puntí y yo le expuse el asunto que me preocupaba. Las diferencias entre sindicalistas de la CNT y el movimiento libertario seguían vivas. Los colegas de la Sala Villarroel habían organizado recientemente un debate para dar continuidad al celebrado en el Saló Diana durante las Jornadas Libertarias, pero seguía sin concretarse cómo se articulaba una sociedad alternativa en 1978: «Seguimos sin saber cómo aplicar hoy la autogestión, cómo se colectiviza una empresa, qué producirá y

cómo será el control directo de la producción». «Se rechazan los Pactos de la Moncloa y las elecciones sindicales sin dar soluciones prácticas al paro y a la inflación descontrolada. Sólo se recitan aspiraciones ideológicas, más como reacción contra lo que traman los otros que como soluciones reales.» «¿Se puede hablar de autogestión en la Seat?» Fueron algunas de las preguntas que quedaron sin respuesta en la Sala Villarroel.

Con el recuerdo de aquellas voces, le dije a Toni: «La solución radica en los barrios, más que en los sindicatos, de los que no reniego».

Mi apuesta se centraba en sacar *Ajoblanco* de la atonía y movilizarlo con el tema de los municipios libres. Los más de treinta ateneos libertarios del área metropolitana de Barcelona debían federarse con el movimiento de institutos en favor de una educación libertaria, que ya era el mayoritario. También con el sindicato de espectáculos, con el movimiento ecologista a través de *Alfalfa* y con todo cuanto pudiera armar una alternativa diferente desde la base. La clave de nuestro futuro no sólo estaba en la Moncloa sino en aprender a vivir cotidianamente los valores de la solidaridad libertaria en unos municipios sin poderes tutelares. Las juntas directivas de las asociaciones de vecinos ya estaban integradas en los partidos de izquierda con el objetivo de convertirse en los burócratas de los Ayuntamientos tras las elecciones municipales.

«La lucha más importante se librará en los movimientos ciudadanos de los barrios», le dije a Toni. «Boldú tenía razón: los ateneos han de conectar las distintas problemáticas sin la intermediación de los políticos: sanidad, educación, ecología,

urbanismo, sexualidad, modelos de producción, fiestas populares, delincuencia, transportes.»

Toni se levantó del asiento y me abrazó. A continuación, muy excitado, acarició la idea de montar un ateneo en el almacén de abajo, un local grande en el mismo edificio que habíamos alquilado para expedir la distribución paralela. Ya hablaba de exterminar las enormes ratas que corrían entre las montañas de revistas.

Cuando explicamos la idea a Luis Ondarra, Rossend Arqués y Ramón Aguirre, no despertó el más mínimo entusiasmo. Ramón dijo que los ateneos estaban llenos de gente menor de veinte años con ganas de bronca y que faltaban adultos con experiencia y criterio. A continuación, cuestionó lo del almacén por la inversión que suponía y aconsejó calma hasta ver la liquidación de las ventas de *Alfalfa*, cuyos buenos augurios se habían esfumado. Ramón recordó entonces el papel del colectivo que dirigía la revista, como si el cónclave de Calella de Palafrugell hubiese sido la mar de productivo, cuando en realidad sólo reveló mucho cansancio. Lo único concreto que decidimos fue que Javier Valenzuela y Javier Losilla escribirían sobre cualquier tema y no sólo sobre lo que pasaba en sus respectivas ciudades y que retribuiríamos las colaboraciones externas. Por Calella apareció también Ana Castellar y reivindicó crear la tan cacareada editorial de libros. Algunos del colectivo, sin Toni ni Ondarra, nos acercamos a casa de Luis Racionero, quien se manifestó en favor de las alternativas viables para que la gente no chocara contra el muro de lo imposible. De aquella reunión no recuerdo más. Sí recuerdo, sin embargo, que la tarde que debatimos sobre los ateneos

acabamos en una tienda viendo tocadiscos. Ramón pedía consejo antes de comprarse uno.

Cada uno estaba en su película y con un proyecto distinto en la cabeza. Yo mismo había optado por alternar Menorca con la revista, mientras que Rossend estaba obsesionado con hacerse una agenda de contactos internacionales, sobre todo italianos.

Seguía con devoción a los intelectuales y enfatizaba el discurso de Félix Guattari acerca de la represión de las masas asumida por sí mismas. Guattari, a quien finalmente había visto en Bolonia, decretaba que toda organización social se montaba de forma que los resortes revolucionarios propios fueran sistemáticamente rotos, «rotos por el movimiento obrero, por las organizaciones de todo tipo que pretenden representarlo».

Rossend estaba metido en el mundo de las teorías, le asustaba la *praxis* y desconfiaba de la plebe.

«La represión suave es la que se ejerce a través de los *mass media* y de la sugestión publicitaria. Un modelo de sociedad, un modelo de familia, un modelo de consumo, un modelo de deporte, un modelo de ocio, son inyectados a las masas»; pontificó Rossend.

«Y la «represión fuerte», ¿cuándo llega?», le preguntó Luis Ondarra, harto de tanta monserga.

Ramón Aguirre, aliándose con Rossend, espetó: «Llega cuando un puñado de elementos irreductibles son no sólo incapaces de integrarse en los engranajes de esta sociedad, sino que la rechazan políticamente. Entonces son denunciados

en la prensa, se les hace la vida imposible y son empujados a intervenciones desesperadas y hacia la locura».

Harto también de las cábalas, le contesté: «Eso mismo dicen los marginados de Madrid: «Los partidos nos atacan, la prensa nos destroza, la policía nos encierra en manicomios». Sin embargo, ellos contestan movilizándose. Desarrollar la idea de comunas libres en vez de Ayuntamientos democráticos, sin violencia, es a lo que ha de jugar *Ajoblanco*».

Rossend apostilló que en marzo saldría el extra «Antipsiquiatría». Con Carlos Rey y Manuel Baldiz preparaban unas jornadas contra la represión en la Sala Villarroel a modo de presentación. Félix Guattari se había comprometido a venir a los debates, y recalcó que el número sería un arma práctica contra la psiquiatría oficial y represiva. Luis Ondarra no iba de erudito y fue quien acogió la idea de los ateneos con más entusiasmo. Pero Luis estaba a punto de irse a la mili. Otra deserción. Los más preparados para el activismo libertario desaparecían y yo me desesperaba.

Toni, a los pocos días, me confesó que estaba harto del colectivo Ajoblanco, que le hacía perder tiempo, que no le daba marcha y que buscaría textos según su criterio. También me comentó que en los ateneos se estaba colando gente muy joven que no era libertaria y defendía la violencia. Por otra parte, el nuevo Estado había decidido acabar con la disidencia libertaria mientras la prensa, toda a su favor, relacionaba cualquier atentado del GRAPO o del FRAP con las juventudes libertarias. El movimiento anarquista y la CNT estaban siendo atacados por un ejército de confidentes y provocadores,

infiltrados por la Brigada Operativa y de Información y los Grupos Antianarquistas, al mando del supercomisario Roberto Conesa, un tipo de cuidado que había resuelto con éxito los secuestros de Oriol y Villaescusa. Corría el rumor de que las bandas de extrema derecha estaban dirigidas desde las cloacas policiales para aterrorizar al personal y meter más confusión.

El día 14 de enero me iba a Menorca a empezar el libro *Las comunas* que Juan Pablo Silvestre me había encargado desde Madrid para ediciones La Piqueta, donde ya habían publicado tanto Diego Manrique –*El rock macarra*– como Jesús Ordovás –*De qué va el rollo*–. El día anterior, Luis Ondarra, campechano y burlesco, vino a despedirse antes de irse a la mili y trató de animarme. Dijo que, pese a los infiltrados, su línea no violenta, similar a la de Boldú, lograría imponerse y el anarcosindicalismo maduraría sus propuestas. Luis era un tipo alto, con mucho encanto, licenciado en Filología y profesor en un instituto, donde había empezado a dar clases. Trajo a las páginas de *Ajoblanco* el antimilitarismo, la objeción de conciencia y la desobediencia civil, además de crónicas y críticas de cine. Ondarra admiraba a uno de los padres de Estados Unidos, el anarquista Henry David Thoreau, conocido por *Walden* y *La desobediencia civil.* Thoreau sostenía que el Gobierno no puede tener más poder que el que los ciudadanos estén dispuestos a otorgarle. Cuando montó una comunidad en los bosques, se negó a pagar el impuesto de un dólar a causa de la esclavitud, práctica legal en su época. Hoy está considerado un pionero de la ecología, de la ética medioambiental y de un mundo sin dinero. Murió en 1862.

Aquella noche de despedidas cenamos en la pizzería Rivolta

de la calle Hospital. De entre el bullicio reinante sobresalió la voz de Sebastián Puigserver, ex compañero de Boldú en el Comité de Cataluña de la CNT y miembro del sindicato de Artes Gráficas. Nos preguntó si iríamos a la manifestación del domingo contra los Pactos de la Moncloa. Luis respondió que él se iba a la mili y Pepe –por mí– a Menorca a escribir un libro comunero. El Sebas, como llamábamos a Sebastián, contó que del éxito de los Pactos dependía el triunfo o el fracaso de la transición amañada por unos políticos que en tiempo récord se habían profesionalizado y que ahora trataban de acallar la voz del pueblo. Dijo, con mucho cachondeo, que los Pactos no permitían el despido libre, aunque sí la reducción de un cinco por ciento de las plantillas, además de congelar los salarios.

Los jerarcas de Madrid, tras la manifestación unitaria que logró movilizar a cuatrocientas mil personas en Cataluña con la entusiasta intervención de Sebas, impusieron el fin fulminante de la alianza de UGT y CCOO con la CNT. La posibilidad de que la clase obrera unida acabase con los manejos de Moncloa les producía terror. La CNT no se acobardó y convocó la primera manifestación autorizada, tras 1939, en solitario.

El 15 de enero de 1978, diez mil personas recorrieron pacíficamente la Avenida del Paralelo mientras yo me instalaba en Menorca con la ilusión puesta en el primer libro de mi vida. Poco después, la sala de fiestas Scala, situada a varios kilómetros del Paralelo, ardió como una hoja de papel de fumar tras la explosión de cuatro cócteles molotov caseros. Sin teléfono ni televisión, di con la noticia en el bar Peri de Es Migjorn Gran sin atisbar la bomba mediática que el Ministerio del Interior de Rodolfo Martín Villa y los servicios secretos

preparaban para acallar los éxitos libertarios de julio. El incendio acabó con la vida de cuatro trabajadores, dos afiliados a CNT y dos a UGT. La noticia acaparaba los telediarios y era titular de portada en todos los diarios de España.

El asunto me pareció escabroso desde el primer instante. «¡Qué extraño!», pensé, «cuatro petardos pueden reducir a escombros un gran edificio que todo el mundo conoce porque sale en Televisión Española en un programa de variedades que se emite en hora punta». En alguna parte leí que los autores podían ser del GRAPO. Cuando Toni me telefoneó al bar Peri y dejó recado para que lo llamara inmediatamente, me asusté y me acerqué a la cabina de Mercadal, que era más discreta. Toni me contó que *El Noticiero Universal*, un diario cuyos propietarios eran los Porcioles –el clan de José María Porcioles, alcalde de la Barcelona desarrollista en época de Franco– había publicado un editorial, «Domingo negro en Barcelona», junto a titulares e informaciones que relacionaban la manifestación anarcosindicalista, la destrucción de la sala musical Scala y la revitalización del anarquismo. El editorial calificaba a los libertarios de «vulgares asesinos». Toni se explayó contra semejante tejemaneje antes de que la policía hubiese emitido cualquier comunicado. «El país de Tarradellas ha vuelto a 1937», le dije. Conocíamos muy bien la militancia de las diferentes redacciones de la ciudad por las confidencias de Ramón Barnils tras un par de gin-tonics. Los del *Noticiero* eran comunistas de CCOO. «La derecha y los estalinistas anticenetistas coinciden una vez más», pontifiqué indignado antes de colgar.

Los días siguientes fui a Mahón a comprar la prensa. «El PCE

(i) niega cualquier relación con el atentado y remarca que ellos sólo atentan contra bancos y multinacionales», leí en *Mundo Diario*, el que más confianza transmitía. Los responsables de los bomberos no comprendían la magnitud del siniestro y la rapidez con que se habían propagado las llamas a la zona de camerinos. Karmele Marchante firmaba una de las crónicas del suceso en *Cataluña Express*. Llamé a Toni y le dije que hablara con ella. Karmele contó que la policía había detenido a mucha gente, más de cien libertarios, que nada tenían que ver con el asunto. «Entre ellos han acusado a seis jóvenes y a una chica. La policía los señala como autores sin pruebas ni abogados. Dicen que uno llevaba una pegatina en solidaridad con Albert Boadella.» El director de Els Joglars estaba preso por la obra *La torna*, lo que desató una cruzada masiva en favor de la libertad de expresión.[70]

Resultaba chocante que la policía hubiese identificado en menos de dos días a unos jóvenes envueltos en zamarras y cazadoras entre los miles que iban como ellos, a no ser que un infiltrado los hubiese delatado, y que se confundiera una central sindical legalizada con un grupo terrorista. El comité regional de la CNT de Cataluña se solidarizó con las víctimas y con los trabajadores en paro forzoso de Scala, en su mayor

---

70 *La torna* escenificaba el juicio y la ejecución de Heinz Chez, un ciudadano de la República Democrática Alemana (durante mucho tiempo se creyó que era polaco) que había asesinado a un guardia civil en Hospitalet del Infante (Tarragona) el 19 de diciembre de 1972, por lo que fue condenado a garrote vil por un tribunal militar. La ejecución de Ches se llevó a cabo el 2 de marzo de 1974, el mismo día que la del preso anarquista Salvador Puig Antich. Los componentes de Els Joglars fueron acusados de un delito de «ofensa por escrito y publicidad al ejército». En noviembre de 1977, por orden de un tribunal militar, cinco componentes de Els Joglars fueron detenidos, quedando en prisión Albert Boadella y en libertad provisional los otros cuatro, lo que dio lugar a una gran campaña de solidaridad con los acusados y de defensa de la libertad de expresión.

parte cenetistas, y rechazó cualquier implicación en el asunto. El secretario general, Enrique Marco, anunció una querella criminal por injurias y calumnias contra el Estado y contra *El Noticiero Universal.*

En televisión española señalaban a todas horas a la CNT, la FAI y las Juventudes Libertarias como autores del siniestro y acusaban a la central anarcosindicalista de ser una cantera de terroristas. El daño estaba hecho y el caso Scala sería el asunto más escabroso de la transición.

El inductor del suceso fue Joaquín Gambín, alias *El Grillo*, un chorizo que había pasado varias temporadas en la cárcel y que era confidente de la Brigada Operativa y de Información, cuyo mando estaba en manos del comisario Manuel Gómez Sandoval, quien a su vez recibía órdenes del supercomisario Roberto Conesa. Algunos libertarios apuntaban desde hacía tiempo que el supercomisario estaba conectado a los servicios de inteligencia norteamericanos.

Parte de lo que escondía el caso Scala se supo años más tarde, cuando la CNT era una sombra de lo que pudo y no le dejaron ser.

¿Quiénes fueron los terroristas?

En el primer juicio, de 1978 a 1981, se juzgó a jóvenes libertarios. En el segundo, de 1982 a diciembre de 1983, se juzgó al confidente policial: Joaquín Gambín. El Estado había organizado el incendio para asestar un golpe mortal a la CNT por estar en contra de los Pactos de la Moncloa, por boicotear las elecciones sindicales en curso, por resucitar la justicia social

desde el punto de vista del asalariado, por la posibilidad de que lograra articular el movimiento libertario.

Los Pactos encubrían además una amnistía tácita de las responsabilidades del franquismo. El asunto movía mierda estatal desde antes del incendio. Gambín había llegado a Barcelona el 11 de enero por orden del comisario Manuel Gómez. En la manifestación reclutó a tres jóvenes y junto a otros cuatro, entre los que se encontraba José Cuevas, al que había contactado en Murcia hacía tiempo y le había enseñado a fabricar botellas inflamables, los dirigió en un Seat 1430 y en otro coche hacia la sala de fiestas. En el portaequipaje del primero, llevaban siete botellas preparadas. Cuando llegaron al edificio del Scala, José Cuevas, inducido por Gambín, alentó a los otros a lanzarlas. Gambín había desaparecido oportunamente. Aquella misma noche se entrevistó con el inspector José María Escudero, su contacto, recién llegado de Madrid. Era inspector de la Brigada Antianarquista y Gambín le pasó los nombres de los jóvenes y la cita que tenía minutos después con José Cuevas. Más mierda: los restos del Scala fueron derribados inmediatamente para que ni el juez ni el fiscal ni los bomberos hallaran restos del fósforo inflamable introducido por los servicios secretos con anterioridad. El comisario Roberto Conesa no acudió al juicio de 1983.[71]

Ramón Aguirre, en la sección «Por el Ajo de la cerradura», anticipó ya un dato esencial en el número 30, el de febrero,

---

71 La información judicial completa del caso Scala está publicada en la revista Cuadernos Jurídicos, número 24, noviembre de 1994, páginas 60 a 75, sección «Casos judiciales célebres». Véase asimismo, «La CNT tras el caso Gambín», por Enrique Marco, Diario de Barcelona del 16 de diciembre de 1983. Y el libro de Luis Andrés Edo, La CNT en la encrucijada, Flor del Viento, 2006.

dedicado a la marginación y a los nuevos campesinos de Extremadura: «Pasados los escombros por la piqueta no se podrá comprobar siquiera si el fuego comenzó por el vestíbulo, donde aún quedaba moqueta sin quemar y no se habían roto unos cristales que no deberían haber sobrevivido a un incendio serio».

Nos esperaba un fin de enero atroz. Unos independentistas habían asesinado al ex alcalde Joaquín Viola y a su mujer; doscientos presos de la COPEL se autolesionaron al grito de «libertad o muerte»; las Ramblas ardían cada noche; manifestaciones masivas en favor de la libertad de expresión y cierre de todos los teatros de España en solidaridad con Els Joglars. Y el remate: el ministro de la Gobernación, Rodolfo Martín Villa, declaró en hora punta por televisión: «Más que los GRAPO o cualquier otro grupo terrorista, la organización que de verdad inquieta de cara al futuro es la CNT y el movimiento libertario».

Me quedé en Menorca, agazapado en mi libro de comunas que debía entregar pronto. Me encontraba con Txomin dos o tres veces por semana, paseaba solo o con él por los bosques que rodean las pequeñas playas, siguiendo las huellas de las gaviotas sobre las arenas blancas del sur.

Mientras contemplaba las montañas de Mallorca al otro lado del mar y la puesta de sol tras ellas, me daba cuenta de que no era lo suficientemente débil para dejarme arrastrar por una depresión. Unas veces, Txomin era de granito y decía que la sensualidad era una estupidez y que sus problemas sólo los podía abordar en solitario. En otras ocasiones, tras larguísimas

caminatas por paisajes que acaban en acantilados o tomando un *calent*[72] en un bar de pueblo, se mostraba tierno y pedía afecto. Para mis adentros pensaba que Txomin arrastraba una represión de milenios. ¿Qué iba a ser de mí? La isla era un bálsamo, como en su tiempo lo fue la cueva de Montjuic. Reflexionaba.

La conclusión siempre era la misma: había que seguir luchando y no todo estaba perdido por mucho que malgastase la poca fe que me quedaba en una pasión afectiva devastadora. Tampoco creía en la nueva etapa de *Ajoblanco* ni encontraba la forma de empujarla hacia otras posibilidades. Desde que se había abierto el telón de nuestras disidencias, la herida no paraba de sangrar.

Hablé con Luisa Ortínez y me pidió que la fuera a buscar al aeropuerto a las ocho. Llegó acalorada, pese al frío. Salía de una grabación en Can Serra, una barriada obrera de Hospitalet. Pau Maragall y Marga Domingo, la chica que salía con Pau, me enviaban abrazos. Tras rodar la boda de Ana Briongos en la galería Mee Mee, con la exposición de Mariscal como decorado y los de *El Rrollo* y colegas varios disfrazados y emperifollados, los de Vídeo Nou habían conectado con la Fundado Joan Bofill de estudios sociales. Les pagaban lo justo gracias a Oleguer Sarsanedas, el hijo del poeta, que medió en el encargo: un trabajo de campo en los barrios obreros no integrados. Los de Vídeo Nou grabaron entrevistas en tiempo real para mostrar a la gente tal cual era, sin montajes ni manipulaciones, y luego pasaban las secuencias a los vecinos y rodaban las reacciones.

---

72 Coñac caliente con azúcar.

Luisa estaba muy impresionada. Unos vecinos gritaban cada dos por tres: «¡Que viene el metro! Los platos tiemblan y las paredes se agrietan».

A Luisa le encandilaban mis teorías y conspiraciones. Y a mí me gustaba contárselas. Ponía teatro y pasión en ello hasta que acababa en mis brazos. Una noche, entre bromas y risas, recordamos la meada de 1976 en el Liceo y la manifestación de la alcachofa y escenifiqué lo que ocurría entonces: una masa espontánea merodeaba por las Ramblas durante las noches de ópera y se situaba frente a la puerta de entrada del Liceo para gritar consignas y abuchear a los pocos burgueses, con las joyas escondidas en los bolsos, que se atrevían a traspasarla. También les lanzaban tomates. Después dramaticé la desesperación de los empresarios que acudían en tropel al Banco Industrial de Cataluña en busca de créditos blandos. La burguesía tradicional estaba en bancarrota, muchas fábricas cerraban y otras estaban en crisis. Jordi Pujol, un hombre de orden, junto a unos cuantos empresarios católicos de credo nacionalista, controlaba el banco, filial de Banca Catalana. La institución otorgaba créditos arriesgados o compraba las empresas, manteniendo en sus cargos a los responsables. Así propagaban el catalanismo político a una gente a la que nadie iba a pasar factura por su pasado franquista si se apartaban de la derecha española. Luisa interrumpió mi narración para hablarme de su tío Antonio Ortínez, que había traído a Tarradellas y al que había escuchado decir cosas semejantes de las tácticas de Pujol. «Convergencia busca la presidencia de la Generalitat para alimentar con dinero público a una nueva burguesía, fiel y nacionalista, que suplante a la antigua, españolista», afirmé rotundo. Aunque en 1978, que Pujol

ganara unas elecciones parecía difícil: había obtenido unos pobres resultados en las de 1977. Pero si Pujol y los suyos mantenían su estrategia sin pestañear y seguían comprando medios, podían conseguirlo. La clase obrera, harta de imposibles y recetas fracasadas, asumiría finalmente el catalanismo como única vía de integración una vez desactivada la Assemblea de Catalunya, presidida por un hombre de izquierdas, Josep Benet, y los sindicatos radicales. «Ser catalán obediente, ahorrar en La Caixa, disponer de vivienda propia y acceder a los bienes de consumo en una sociedad próspera y ordenada es un buen programa», dije sobreactuando. Al hablar imitaba el acento de los políticos y gesticulaba de pie como en Flowers. Luisa se partía de risa. «El franquismo está enquistado en las clases medias y Pujol lo sabe. Sabe que el nacionalismo mueve sentimientos como el fútbol», recité entre los barrotes verdes de la escalera que llevaba al otro piso.

«¿Y quién será el *papi* de Madrid?», me preguntó desde el sillón, con voz de Caperucita.

«El *papi* que desde Madrid manejará una receta similar para el resto de España», dije como si fuera el Johnson de El Molino,[73] «será Felipe González: corrupción económica para crear una nueva clase social protosocialista y corrupción cultural con la creación de un ministerio que reparta prebendas a los intelectuales y a los artistas para hacerlos callar».

---

73 Johnson fue un célebre *showman* de El Molino de Barcelona. Era un homosexual de origen argentino que se llamaba Paco Barnaba. Tenía un gran talento para improvisar réplicas rápidas y picantes. En los años setenta alcanzó una gran popularidad. Murió en 1981.

Luisa estaba interesada como casi todos por el momento político que vivíamos y acabamos hablando sobre el País Vasco, que cabalgaba por otros derroteros desde hacía años. ETA acababa de volar las obras de la central nuclear de Lemoniz. Sobre eso Ramón Aguirre, que era vasco, explicaba teorías curiosas y enrevesadas. Los del colectivo Askatasuna aportaban datos alternativos desde el sector asambleario y cenetista.

Mi amiga me devolvió el humor y las ganas de escribir. Pasamos un par de días espléndidos hasta que el nerviosismo de siempre nos devolvió a la tierra. Tenía que seguir rodando. Ahora tocaba la historia de Can Serra y las fiestas del barrio. Joan Ubeda se había incorporado finalmente al equipo de Vídeo Nou. Una buena noticia porque, si *Alfalfa* iba mal, *Ajoblanco* podía entrar en números rojos.

Volví dos semanas después a Barcelona a preparar la «Linterna Literaria» con Nuria Amat, Ana Castellar, Ana Díaz Plaja, Carlos Trías y Javier Fernández de Castro. Vista la situación, había que unirse a la generación inmediatamente mayor que la nuestra. Hasta ese momento yo había sido casi siempre el benjamín del grupo. Ahora existía una nueva generación, cinco o siete años más joven que yo, más libre, formada por activistas consecuentes, aunque también había alborotadores de calle y cada vez más punkies.

El movimiento seguía haciendo aguas cuando ocurrió otra tragedia. Un idealista joven y maravilloso de Sallent, un pueblo minero catalán, al que Fernando Mir había pasado la dirección de una comuna próxima a Perpignan, había sido asesinado en la cárcel de Carabanchel por funcionarios de prisiones y policías

¡de Conesa. Era el militante Agustín Rueda Sierra. La excusa ¡del apaleamiento que lo reventó fue un túnel construido por ¡ militantes de la COPEL para fugarse. La verdad la he sabido gracias a las memorias de Luis Andrés Edo. Agustín, mientras vivió en la comuna de Perpignan, conectó con el propietario de la librería libertaria de la capital del Rosellón: Eduardo Soler, confidente de la Guardia Civil desde la época del MIL. El 15 de octubre de 1977, Agustín Rueda y Fernando Simón fueron detenidos en la frontera cuando pasaban con dinamita por el Coll de Banyuls. El tercero, que logró huir, no era otro que Eduardo Soler, quien además era quien los había metido en el berenjenal. A Rueda lo mataron para que no revelase el nombre de relevantes infiltrados policiales en el movimiento libertario.

El ambiente de *Ajoblanco* estaba mortecino. Preparaban la portada negra con «RIP Joglars». *Alfalfa* no vendía lo suficiente y su redacción estaba dividida en dos bloques antagónicos. Jordi Alemany pasaba de ellos. «¡Que *Alfalfa* continúe hasta junio y luego ya veremos!», exclamé. Estuvieron de acuerdo.

A partir de aquel momento y hasta noviembre de 1978, viví en tres lugares al mismo tiempo: Barcelona, Menorca y Madrid. Fernando Mir, cuyo regreso yo anhelaba, me escribió en febrero desde la India. Sus noticias no eran buenas: tenía hepatitis y disentería. Le envié inmediatamente un billete de avión y regresó a los quince días.

## GENERACIÓN ACORRALADA

En una de mis idas y venidas de Menorca a Barcelona, Ramón Aguirre me dijo que no se entendía con la distribuidora, que habían desaparecido once mil ejemplares de un número pasado y que las ventas de *Alfalfa* seguían cayendo. Había que tomar medidas. Dejé el libro de comunas a medias y regresé con la idea de reducir mis estancias en la isla a los fines de semana, hasta concluir el libro y ver qué pasaba con Txomin, cuyo fin de mili estaba próximo. Teníamos previsto viajar a Italia y Grecia a finales de junio para clarificar nuestra relación.

En Barcelona la situación política me volvió a atrapar. La estrella del momento era la Constitución que redactaban a puerta cerrada, en *petit comité*, los políticos que salían en la tele, incluidos los comunistas, que se habían sumado a los pactos económicos para frenar la carestía de la vida, lo que más inquietaba a la gente. Los partidarios de Suárez se aliaron al principio con los comunistas y los nacionalistas catalanes. Los socialistas, la mayoría de ellos nacidos entre 1940 y 1944, combinaban las estrategias marxistas con las lecciones aprendidas en las universidades anglosajonas e iban por libre, prestos a tomar el poder unas vez hundieran a la UCD. Al principio, los socialistas simpatizaron con los vascos del PNV, pero una enmienda favorable a las tesis nacionalistas en el Senado, acerca del reconocimiento de los regímenes forales, los separó: cambiaron su voto afirmativo en un instante al

comprobar que la enmienda iba a prosperar al ser aceptada por los senadores nombrados por el rey. Alianza Popular de Manuel Fraga, con muy poca fuerza, fue siempre a su aire y finalmente votó no a la Constitución. El PNV se abstuvo. El pacto constitucional asumía las recetas del club Bilderberg,[74] una institución oscura compuesta por personalidades de las altas esferas internacionales que controlaban las bolsas de Frankfurt, Tokio, Londres y Nueva York y el comercio mundial de capitales. Bilderberg estaba conectado con la CIA.

Mientras duraban las labores de la ponencia constitucional integrada por siete miembros, la UCD vio peligrar el consenso por los desplantes del PSOE y cambió repentinamente de negociador; Miguel Herrero de Miñón dejó su sitio a Fernando Abril Martorell[75]. La UCD se aliaba finalmente con el PSOE. Tres semanas después el texto había cambiado totalmente.

El ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, uno de los cerebros de la transición, tuvo la misión de acabar con las bolsas de resistencia. Lo que más le inquietaba no era ETA ni el GRAPO, sino el movimiento libertario, como había manifestado por televisión. Y la zona donde este movimiento tenía una

---

74 El Club de Bilderberg, bajo la presidencia del general Alexan- der Haig (llegó a secretario de Estado durante la Administración de Ronald Reagan) celebró en el Hotel Son Vida de Palma de Mallorca, en septiembre de 1975, una reunión sobre la coyuntura política en España y Portugal. A instancias de Haig, se decidió que la transición a la democracia debían protagonizarla hombres nuevos.

75 Fernando Abril Martorell y Alfonso Guerra se reunieron en junio de 1978 en el restaurante José Luis de Madrid en una cena, acompañados de sus ponentes. Allí mismo reelaboraron los cincuenta primeros artículos de la Constitución, los esenciales. Al día siguiente se incorporaron al consenso el PCE y Minoría Catalana. ***(Ajoblanco*** número 39, Dossier Constitución, elaborado por J. M. Costa, J. L. Martínez, J. A. Manzano y Soledad Gallego Díaz.)

mayor influencia era Cataluña, aún no absorbida por el sentimiento nacionalista.

La obra compartida de los nuevos demócratas fue acabar con los libertarios a cualquier precio, acallarnos la boca, quebrar cualquier organización posible, negarnos. En cualquier parte del continente, la Europa del capital reventó a la Europa de los movimientos sociales y su pléyade de medios de comunicación alternativos, especialmente las radios libres que proliferaban por doquier. Sólo en Italia y Francia hubo más de cien.

En el ambiente ciudadano de Barcelona, favorable a la ruptura con el régimen franquista como en el País Vasco, ganaba terreno la desilusión por la democracia adulterada, por la situación represiva, por la distorsión del PC y del PSOE, y por la libertad de expresión ahogada, como recordaban Albert Boadella y Els Joglars. Los independentistas vascos, a diferencia de Cataluña, seguían al frente de las luchas sociales y obreras sin traición.

La situación de *Ajoblanco* era también delicada. Ramón Aguirre iba de un lado a otro enfurecido por el dossier que había elaborado Rossend Arqués sobre las drogas. Toni Puig, desengañado de lo libertario y preocupado por la situación financiera, trabajaba e iba al grano: entrevistaba a Mariscal y a artistas similares, defendía la lucha de los marginados sociales, preparaba con Karmele Marchante *Xiana*, una nueva revista feminista, y coordinaba un especial sobre el cómic, «Peste a Ajo», y dos dossiers, uno de sexo, con el colectivo del año anterior, y otro sobre tiempo libre. Admiraba su sangre fría frente a la adversidad, su tesón y el buen humor que

desplegaba frente a cualquier situación. Del colectivo Ajoblanco sólo quedaban espacios reservados en la revista para cada uno de sus miembros; ya no había debate ni amor a los lectores.

Ramón insistía en hacer un *Ajoblanco* semanal: sólo necesitábamos cinco millones que un banco nos podía prestar pues el proyecto era viable. ¿Por qué no dejarme llevar por la ilusión de Ramón? Insistía rotundo que la periodicidad semanal aumentaría la influencia de *Ajoblanco* y lograríamos denunciar los escabrosos pactos estampados por los dirigentes de la izquierda. «Publica una nota en el Ajo, explica la intención de convertirlo en semanario y pide redes de informantes, no podemos depender de las agencias de prensa. A ver qué ocurre», le dije.

Decidí opinar poco y dejar hacer. Me centré en el especial de literatura y en resolver los problemas con la distribuidora. Al final aclaramos que los once mil ejemplares «perdidos» se habían vendido. Me di cuenta también de que la administración era un caos y acepté que necesitábamos un gerente experto en el mundo de la edición.

En la primavera de 1978 salió la «Bombilla Literaria» a la calle, fruto de las reuniones con Ana Castellar, Nuria Amat, Ana Díaz Plaja, Carlos Trías, Javier Fernández de Castro y José Solé, que por fin había regresado a *Ajoblanco* tras los avatares de una vida intensa en el terreno profesional. José se iba a casar con una chica francesa y ejercía de abogado en el despacho de su padre, medio ausente por ser diputado en el Congreso. Iniciamos el proyecto con la ilusión de dar a conocer

alternativas a los literatos consagrados, renovar el lenguaje, gestar una nueva belleza y contagiar el entusiasmo por la buena literatura frente al muermo televisivo. Hacíamos mucha broma con el eslogan que había lanzado Félix Guattari en la presentación del especial de antipsiquiatría en la Sala Villarroel: «La televisión es el diván del pobre».

El especial de literatura del 23 de abril de 1978 incluyó el primer debate literario de la revista. El tema fue: «¿Qué leen los jóvenes y por qué?». Lo monté con Carlo Fabretti, Pucci Vilurbina, Nuria Pompeia, Federico Jiménez Losantos, Ana Díaz Plaja, José Solé y Nuria Amat.

Federico daba clases en un instituto, había dejado Bandera Roja y participaba en una tertulia en el bar Moka, junto al antropólogo Alberto Cardín, el pintor Javier Rubio y Biel Mesquida. También dirigía una revista que se llamaba *Diwan*, editada con ayuda de las autoridades de Teruel, que recuerdo aguda y erudita. Los jóvenes leían como posesos a los beats norteamericanos y a Charles Bukowski, de quien Jorge Herralde acababa de publicar *Erecciones, eyacula- dones, exhibiciones. Relatos de la vida cotidiana.* Las drogas estaban perdiendo su sentido iniciático para transformarse en sucedáneos de felicidad instantánea.

La «Linterna» despejaba parte de la creatividad futura de la literatura española. Leopoldo Panero escribió *ES-PA-ÑA;* Félix de Azúa, *El ocaso de los dioses*; Javier Marías, *El monarca del tiempo*; Enrique Vila-Matas, *Le ricordanze*; Javier Fernández de Castro, *El día que mataron a Carrero Blanco*; Nuria Amat, *Cuerpo*; Carlos Trías, *La mano de fuego*; y yo, *Sueños de un*

*vagabundo*. Tuvo más éxito de lo esperado y con las dos Anas, Nuria y Cario Fabretti decidimos preparar una nueva revista literaria: *La Bañera.*

En esto estaba cuando Higinio Clotas, hermano de Salvador, y Mauricio Wacquez, un afectuoso dandi chileno autor de *Toda la luz de mediodía*, me encargaron escribir *Kavafis* para una colección de breves biografías en Dopesa, la editorial del grupo de *Mundo Diario.*

Una noche, mientras festejábamos el número con los jóvenes que también habían participado con breves narraciones y poemas, Toni y yo nos dimos cuenta de que los autobuses nocturnos que iban desde las Ramblas a la parte alta de la ciudad, donde vivía él, tardaban en llegar mucho tiempo, mientras que los de bajada en dirección a Can Tunis y la Zona Franca pasaban con fluidez. El asunto me mosqueó. Una noche decidí subirme a uno de aquellos autobuses y me encontré metido en un buen lío: descubrí la ruta de la heroína. El autobús municipal iba lleno de colgados con mono de caballo. Salí del apuro gracias a un joven gitano que amaba la música, despotricaba de las drogas y me guió por aquellas zonas de alto riesgo. Bajo ningún concepto pensaba probar yo la heroína. Era tabú. Desde siempre fue para mí un enemigo a batir por mucho que hubiera gente que la defendiese y tuvieras que callar tu opinión para no ser insultado: ¡Conservador! ¡Burgués! ¡Miedoso! ¡Puritano! Pero yo recordaba lo ocurrido con el underground sevillano, los tumbos de Lou Reed por el Palacio de los Deportes y la completa abulia de Nico en Fontclara. Frente a situaciones así, me quedaba con lo mío y no pronunciaba palabra.

La historia que me contó el joven gitano resultaba congruente: años atrás, cuadrillas de poca monta que trapicheaban con hachís merodeaban los domingos por el campo del Barça y robaban los radiocasetes de algunos de los miles de coches aparcados. Muchos de ellos acabaron en reformatorios o en la cárcel. Otros intimaron con carceleros y policías. Convenientemente formados, los soltaron en plena ola libertaria a cambio de cumplir ciertos servicios. Un día les llegó el encargo de cambiar de mercancía y dirigirla a determinados ambientes. Aquellos camellos de poca monta que trapicheaban con chocolate, polen, marihuana y ácidos adulterados se pasaron a la nueva sustancia. Las primeras partidas no fueron grandes y tampoco tenían precio. Eran las mismas tácticas que habían patentado los servicios secretos norteamericanos como arma de destrucción contra los Black Panthers y demás grupos radicales. Luego las extendieron por todo occidente.

El joven gitano me acompañó a El Polvorín de la Zona Franca, una especie de «fuerte» del Oeste norteamericano cercado por una tapia. Aquello era «territorio caló», los payos no eran bien recibidos y la policía raramente traspasaba el umbral pese a conocer lo que se cocía allí dentro. Sorprendía la impunidad y desconcertaba que los gerifaltes del negocio excluyeran la nueva droga de sus vidas. Al otro lado del Paseo de la Zona Franca, en las llamadas «casas baratas», la venta se hacía al por menor, sólo te vendían un gramo o dos, mal cortado, para aumentar beneficios. Con el enganche masivo empezó lo serio: había que buscarla y pagarla con dinero contante. El negocio aumentaba y las tragedias personales se multiplicaban. Recuerdo a un chaval de un ateneo de Hospitalet desesperado

ante lo que veía, a otro de Mataró que se cayó de la moto persiguiendo a un camello. Fueron muchos los atrapados por aquella espiral de autodestrucción.

Los jóvenes libertarios se dieron cuenta de lo que les caía encima y advirtieron todo lo que pudieron contra la droga devastadora. Alguien del ateneo de Sants contó que, ya durante las Jornadas Libertarias, la Cruz Roja había informado de que alguien estaba pasando heroína de mala calidad, pero no se le dio importancia. Nueve meses más tarde, la epidemia orquestada era masiva.

Hasta el incendio de la sala de fiestas Scala, los ateneos eran la segunda fuerza de los barrios, tras las asociaciones de vecinos. Infundían respeto por sus reivindicaciones en favor de todos y atraían a gente de edades dispares, especialmente jóvenes, viejos y personas con espíritu crítico. Esta labor suscitaba temor al Ayuntamiento y al President Tarradellas. Los ateneos impartían cursos a los componentes de las radios libres que ya se habían federado en una coordinadora, ayudaban a los primeros okupas, daban lecciones de matemáticas, cocina, motores de explosión, costura, sastrería, naturismo, filosofía. También impartían actividades culturales con grupos de música, teatro, pintura, escultura y talleres teóricos. Reivindicaban unas fiestas populares organizadas por los vecinos al completo, sin intervención del Ayuntamiento ni subvenciones. Todo ello lo habían creado en un tiempo récord. Yo me preguntaba: «¿Qué será más fuerte? ¿La droga, cualquier pasotismo, lo punk, el desmadre y la fiesta mortuoria, o esos muchachos libertarios que aspiran a renovar el anarcosindicalismo sin apostar por ninguna de las corrientes

internas en liza?». Pero la heroína no fue la única novedad en aquellos meses. Jóvenes exaltados, los «apaches», irrumpieron como segunda epidemia en paralelo. ¡Qué delirio! Si te oponías a esas olas violentas, la presión del ambiente te situaba en el lado de los opresores y te impedía articular correctamente tus pensamientos. Sobrevivías paralizado, inane.

En *Ajoblanco*, Santi Soler y Juanjo Fernández se entusiasmaron con los autónomos, un movimiento asambleario sin organización estable de italianos y franceses que creía en la autonomía. Juanjo escribió: «Los partidos de izquierda son la izquierda del Capital, y los de extrema izquierda la extrema izquierda del Capital. Los sindicatos, todos los sindicatos, no son sino una forma de Capital». Juanjo defendía la autonomía como práctica de clase y conjunto de líneas de intervención. Las revistas españolas *Teoría y Práctica, Emancipación y Negaciones* habían organizado en el Saló Diana un ciclo sobre la Autonomía Obrera. El radicalismo ganaba adeptos entre la vanguardia del movimiento. Más confusión y más fractura.

Otro día vino a la redacción una chica del ateneo de Gracia, uno de los más combativos que, además de alfabetizar a los niños gitanos del barrio, albergaba la Coordinadora de Radios Libres. Contó que, desde que la prensa vinculaba al anarquismo con la violencia por el caso Scala, el prestigio del ateneo, que era mucho, decaía entre la población. Había aparecido un tipo llamado José Ramón que hablaba de revolución y tenía armas. Era un provocador. «Una tarde introdujo un fusil en una funda de contrabajo e intervinimos: lo agarramos, lo arrastramos a una habitación y le tomamos una foto que hicimos circular y

que llegó al Comité Regional. Cerca del ateneo, un grupo de desconocidos se dedican a lanzar cócteles molotov para que el barrio crea que somos unos terroristas.»

Hasta 1978, muchos jóvenes habíamos podido viajar entre ciudades, cenar fuera muchas noches, alquilar pisos, meternos en todo tipo de lugares, hacer revistas, conciertos, fanzines, abrir cines de arte y ensayo, teatros alternativos, crear bares, montar comunas y hasta comprar casas abandonadas en las zonas rurales por poco dinero. Una casa en el Ampurdán de mil metros cuadrados costaba entre mil quinientos y tres mil euros; alquilar un piso de doscientos metros cuadrados en el centro de una ciudad, cincuenta euros; ir a Ibiza o Madrid desde Barcelona, dos euros; una cena, desde treinta céntimos de euro hasta dos euros; un periódico, doce céntimos. El sueldo de un cartero era de doscientos cincuenta euros. Lo doy como referencia para explicar cómo las políticas salariales y monetarias son clave en la cotidianidad de la gente. Con doscientos cincuenta euros al mes un cartero podía alquilar un piso en un barrio burgués por una quinta parte de su sueldo (cincuenta euros). Si en 2007, un cartero alquila un piso de estas características, debe pagar dos mil, por lo que debería ganar diez mil euros. ¿Cuánto gana? Sin esta aclaración no podría entenderse cómo la juventud de entonces consiguió crear cuanto inventó libremente. El dinero se ha transformado en la única vara de medir: por todos los medios había que confundir valor y precio. Así también se hipotecó a la mayoría silenciosa, esa masa anodina que toda democracia tal cual está vertebrada necesita para imponer sus tretas y juegos de espejos cóncavos. En las formas: separación de poderes, en la realidad todo se compra, todo se vende. La fusión de marxismo

y capitalismo fue la gran proeza para meternos a todos en la jaula dorada del consumismo. La cultura, subvencionada, la única posible, impuso el culto al cuerpo, la violencia de género y un individualismo feroz.

Toni y yo caminábamos apaciblemente de la oficina de *Ajoblanco* a la de *Alfalfa* con la intención de aclarar el futuro cuando fuimos atracados por dos desconocidos con navaja. La parte baja de la ciudad, la liberada, se había llenado de quinquis y colgados, fabricados en serie por la delirante subida de precios y el paro ascendente. Las calles de Barcelona se volvían inseguras y la guardia urbana del alcalde Socías Humbert no hacía nada por serenarlas. Ir una noche a Zeleste o a Magic suponía un riesgo. El dinero municipal para transformar el mercado del Born en un ateneo popular y potenciar el barrio no llegó nunca. Todo quedó a medias en el retablo de la transición pactada. Las Ramblas seguían ardiendo, el foro se deshacía y la gente huía a la parte alta, burguesa y controlada de la ciudad, donde apareció un bar nuevo, el Mens, por la zona de Gracia. Era moderno y medio gay: marcó pauta. Los pequeños tugurios de la parte vieja habían sido asaltados por los que pasaban caballo. Algunas noches, en el camino entre la pizzería Rivolta y Magic, los manguis te sacaban el cuchillo y te pedían la cartera o la parca; otras noches, te sobrecogía ver a alguien tirado con una aguja clavada en el brazo. Los encuentros fortuitos, que tanto habíamos celebrado, se hicieron imposibles por la desconfianza.

Otra parte de la gente aceleró su huida hacia las comunas rurales o en busca de parajes eternos en la India, Perú o

México. El viejo sueño de la libertad, hilvanado ahora con la droga dura, promovía pasividad y muerte. El punk ganaba adeptos, el nihilismo triunfaba en Europa.

Llegó el momento del viaje planeado con Txomin. Fui en mi coche a buscarlo a Madrid. Había concluido la mili y estaba abrumado por su futuro. Mi amiga Tonia Salom había dejado la galería Maeght y llevaba otra en Madrid. Fui a su casa y me sentí como en Palau Sator o Fontclara, lejos de la tensión que generaba mi ciudad. Llegué a Madrid estimulado porque Fernando Mir trabajaba de nuevo en *Ajoblanco*, con sus compañeros de la India y Menorca. Mantenía la esperanza de que volviera a la revista definitivamente. Con Toni, habíamos decidido buscar un buen gerente y lo encontré entre los nuevos amigos madrileños de Tonia Salom. Uno de ellos, que era economista, mostró interés. «Quizá habrá que cambiar de ciudad», pensé.

Las calles de Madrid eran grises pero en cualquier antro o ambiente respirabas aires renovados, valentía y ganas de hacer cosas. Los madrileños vivían la transición de forma muy diferente a Barcelona. El movimiento era más duro y estaba mezclado con las bases de los partidos de izquierda y las corrientes republicanas y marxistas. Pensando en el *Ajo* semanal, contacté con un periodista aficionado a la música que trabajaba en *El País.* Se llamaba José Manuel Costa. En nuestra primera charla descubrimos que compartíamos los mismos años de lucha universitaria en ciudades complementarias. El tipo era decidido y dicharachero, y escribía bien. Era un hombre de izquierdas, había sido marxista y simpatizaba con el movimiento libertario. Inmediatamente planeamos un número

especial sobre la prensa marginal madrileña con gente de LACOCHU que él también trataba.

El punk madrileño se adaptaba de forma novedosa a la idiosincrasia rabiosa, castiza, espontánea y sin decorados de diseño de Madrid. Ellos preferían mezclar las extravagancias halladas en El Rastro con objetos olvidados en los arcones de tías solteronas y otros encontrados en los cubos de basura o extraídos de algunas narraciones de ciencia ficción. Siempre he pensado que Alaska y sus amigos llegaron a ser sacerdotes de su tribu por transformar lo ácido en grotesco, la muerte en orgía, la música en comunicación y delirio, el cine en cómic costumbrista y la calle en petardeo, comunicación y sexo intenso. Pero por el momento, Madrid era una ciudad de secretos. Los controles policiales nocturnos que cortaban el Paseo de la Castellana con gran despliegue de medios y luces azules te dejaban anonadado.

Una semana después partí con Txomin hacia Roma. La primera noche íbamos a dormir en Sant Martí d'Empúries, en casa de Luis Racionero y Carmen Iglesias. A continuación esperaba que el futuro me sorprendiese y que por fin viviera la historia de mi vida. El regreso era una incógnita.

## MÁS ALLÁ DEL LÍMITE

Durante el viaje con Txomin no conseguimos derribar las barreras interpuestas mientras atravesábamos los campos de la Toscana y la Umbría. En Roma se desató la tempestad.

«Todo el tiempo quieres llevarme a tu terreno», decía.

«La falta de espontaneidad crea murallas cuando lo que más quiero es comunicarme plenamente», respondía yo.

Pese a todo, la amistad entre ambos aumentaba sin tregua y nos reconocíamos como complementarios frente a un mundo hostil. Paseando por el Vaticano reconoció que su impotencia y pasividad eran autodestrucción, y que la influencia de la Iglesia católica le carcomía por dentro.

El 8 de julio regresé sin saber si el viaje era semilla o fin de historia y me di de bruces con más problemas en *Ajoblanco.* El desbarajuste administrativo distorsionaba la enfermedad de la gallina de los huevos de oro: las ventas habían caído, los números especiales soportaban la mitad de las nóminas y *Alfalfa* devoraba el excedente de la etapa gloriosa. La distribución paralela iba cada vez peor y no cobrábamos los ejemplares vendidos. Había que replantearse la historia. La primera medida era encontrar urgentemente a un buen gerente que pusiese orden. Ramón Aguirre apostaba por crear el semanario inmediatamente. ¿Dónde estaba la fuerza? ¿En

Toni Puig? ¿En Rossend Arqués? ¿En él? Hacía tiempo que yo sobrevivía sin ilusión y ya no era capaz ni de animarme a mí mismo. Necesitaba descanso, necesitaba distancia. *Ajoblanco* había sido mi vida y mi piel cuando pocos, muy pocos, apostaron por la revista. Seguí la corriente de mis compañeros. Lo único que podía excitarme, el movimiento libertario, estaba tan herido como la revista y como yo mismo. Jordi Alemany, de *Alfalfa*, tras romper con TARA y con Rosa Pastó, se fue al Caribe.

Toni, Ramón y yo decidimos, tras el número siete, el de junio, suspender la edición mensual para centrarnos en un especial de ecología y salud como extra de aquel verano. Propusimos además para el otoño un especial contra las nucleares lo mejor documentado posible y otro, para más adelante, que realizarían Rosa Pastó y Joana Alemany solas y sin hombres: «Fiesta, color y alquimia en la cocina». En relación con *La Bañera*, la decisión fue mantener vivo el proyecto y lanzarla antes de fin de año. Una buena revista de cultura con especial acento en lo literario, tras el éxito de la «Linterna», suavizaría la crisis. El proyecto compartido con Ana Castellar, Ana Díaz Plaja y Nuria Amat absorbía la poca fe que me quedaba.

Luis Ondarra, con un mes de permiso militar, se ofreció a emplearlo en la revista. Necesitaba dinero. Aprovechando que la gente de administración estaba de vacaciones, le encargamos ordenar el archivo, los pedidos de la distribución paralela y un informe sobre las suscripciones. Por lo visto, durante los primeros meses de mili, colocaron junto a él a un miembro del servicio de inteligencia militar. Lo más curioso fue cómo pudo arrancarle la confesión: el informador se había

enamorado de él. Lo vigilaba por haber lanzado en nuestra revista la campaña en favor de la mili voluntaria.

Francesc Boldú también estaba en Barcelona y se encargó de cerrar el número de agosto con Rossend. Trataba sobre el presente del movimiento anarcosindicalista un año después de las Jornadas. Salían entrevistas con el nuevo secretario general de la CNT, Enrique Marco, y con Luis Andrés Edo, uno de los hombres más influyentes del anarcosindicalismo. Con Francesc y Luis en el despacho recobré parte de la entereza del pasado. Me fascinó que el nuevo secretario general de la CNT, un sindicalista, hubiese nombrado director de la mítica *Solidaridad Obrera* a Ramón Barnils. Sabía que Ramón había ayudado a la gente del MIL. Ramón me contó que pensaba profesionalizar el órgano confederal con gente de *Ajoblanco.* Me reí por dentro. Él buscaba en casa lo que nosotros en el exterior. Santi Soler y Juanjo Fernández fueron los primeros seleccionados. «¡Ramón, director de la *Soli*!», exclamó Toni cuando se enteró de la noticia.

Durante la noche de la verbena de Sant Jaume ocurrió un hecho arbitrario en las Ramblas protagonizado por los nuevos hombres de Harrelson. Nunca había sucedido algo parecido. Nazario y Ocaña estaban sentados apaciblemente en la terraza del Café de la Ópera. El director de cine Ventura Pons había rodado *Retrat intermitente* protagonizada por Ocaña, la película estaba en cartelera y era un éxito. Nazario y Ocaña esperaban la fiesta de la verbena, donde iba a tocar Mirasol Colores en un entoldado detrás del Ayuntamiento, junto a amigos y conocidos. Aquella noche de fiesta se habían disfrazado de *femme fatale*. Ocaña se puso a cantar una copla.

Más de veinte policías municipales fueron a por ellos. Ocaña se revolvió y José Guijarro, un amigo, acudió a socorrerlo. Nazario daba explicaciones en son de paz mientras las Ramblas se colapsaban. Mordiscos por aquí, patadas por allá, empujones en todas direcciones. Acabaron los tres esposados y arrastrados hasta la comisaría, donde los zurraron e insultaron. El cuerpo de Ocaña acabó lleno de moratones. Un castigo ejemplar para transformar las Ramblas en un balneario. Acabaron en la comisaría de Vía Layetana, donde la policía nacional los trató bien. A la mañana siguiente declararon en el Palacio de Justicia rodeados de periodistas y amigos. El juez, ante la presencia de un periodista tocón y afectuoso con Ocaña, se puso tenso y los mandó a la Modelo, donde la población reclusa los recibió como a héroes. Sesenta y dos horas después de la detención fueron puestos en libertad sin cargos. En la puerta de la Modelo se armó el delirio. Claveles, gritos, abrazos, besos. Acababa de nacer un nuevo tipo de argumento para las obras de ficción.

La suspensión de conciertos, actos, concentraciones, manifestaciones, por parte de las autoridades fue constante durante el verano. El alcalde Socías Humbert aplicó rigurosamente las consignas de la eurorrepresión vaticinada por Juanjo Fernández. Los nuevos políticos empezaban a actuar sin miramiento. Alguien dijo que Franco se había travestido. Tocaba destruir los años de libertad excepcional que había disfrutado Barcelona.

Con parte de los deberes hechos, volví con Toni a pisar la isla, a finales de julio, por las fiestas de Migjorn. Txomin ya no estaba allí y las piernas me temblaron al llegar. Intentábamos

olvidar a policías, atracadores, traficantes, enredos, decepciones y también despistar el mal de amores. ¡Cuántos contratiempos desde las Jornadas del año anterior! No me dejaba de cuestionar si un *Ajoblanco* libertario tenía sentido con la que estaba cayendo. Mi hermana Rosa, que estaba en casa, percibía mis ganas de ruptura que se concretaban en abandonar la nave e iniciar una vida nueva en otra parte. Mi madre me recomendaba insistentemente que me pusiese a escribir en serio: «Tienes dos libros sobre la mesa». Frederic Amat me escribía cartas entusiastas desde Oaxaca invitándome a su casa. «Me paso la vida pintando, el colorido es mágico, se trabaja bien y se habla mejor. Escribe aquí. Verás como aprendes y lo bien que lo pasamos.»

Por el momento me dejé arrastrar por las razones de Toni en favor de la continuidad. Tampoco él tenía claro que un semanario fuese la panacea. Hablaba de crear un pequeño centro cultural con bar, en profesionalizar la revista con buenos periodistas y en encontrar un gerente que mandase. Yo no lo decía abiertamente, pero para mí esto implicaba matar el duende y quebrar el vínculo sincero que nos unía a los lectores desde el inicio: vendrían las fórmulas repetidas para crear fidelidades, estudios de rentabilidad, las razones económicas... No iba conmigo.

Podía ser más o menos soñador, pero estaba en las antípodas de semejantes planteamientos. Me costaría muchos años aceptar algo así. Había arrinconado mi vocación jurídica para combatir la hipocresía a destajo. Con tesón, durante cinco años, había demostrado que era posible. Como no me consideraba la cabeza de nada, opté por seguir la corriente.

¿Hasta cuándo? Toni confesó que había dejado de creer en las cuentas de Ramón y que tras el fin de la ilusión colectivista no había más opción que afrontar la realidad.

Una tarde apareció en casa Simó Fábregas con su hija pequeña. Simó era un economista que simpatizaba con la izquierda ortodoxa. Le expusimos con toda crudeza la situación. Nos habló de un colega, se llamaba Antonio Aponte, trabajaba en la *Monthly Review*[76] y podía resultar un buen gerente. Toni se entusiasmó enseguida. Quedamos en contactar a la semana siguiente en Barcelona.

Así apareció en escena el deseado gerente. A partir de ahí los hechos se precipitaron.

Antonio se sentó a una mesa del despacho con suelo de madera a finales de agosto. Lo que a primera vista parecía un desorden acumulado se transformó en algo que Aponte no supo descifrar: faltaban datos. Por el momento le pasé los de la distribuidora, porque me quedaba siempre con copia, y el informe que había preparado Luis Ondarra durante su mes de permiso. Los últimos datos no eran tan pesimistas. Vendíamos lo mismo que en mayo de 1977, antes de la espectacular subida de los números de sexo y de las Jornadas. La venta que sí menguaba en más de un cincuenta por ciento era la paralela. Ramón aún no había regresado de sus vacaciones en Bilbao.

Recibí otra carta desde México. Era de Luisa Ortínez. En Vídeo Nou atravesaban otra crisis y ella se perdió

---

76 Revista de la izquierda antiimperialista y plural, editada en Nueva York desde 1949. Sus ensayos culturales y políticos tenían una gran resonancia.

discretamente por las selvas del Yucatán con una amiga escultora recién separada. La imaginé entre bosques, volcanes y ruinas. Luisa era una atrevida aventurera que siempre encontraba lugares adecuados con la delicadeza que la caracterizaba. Antes de partir me dijo: «Las represiones y el ambiente burgués de Txomin podrán más que tú». ¡Menudo eslogan! Muchas noches de aquel mes de agosto en Barcelona soñé con ella. Añoraba aquella relación superviviente a cualquier conflicto. Buscaba en la almohada su calor, mis representaciones escénicas para ganármelo y aquella mezcla de silencio, aceptación y cariño.

Otras veces, cogía pequeñas borracheras y reventaba la noche en el bar Mens o me aferraba a mi diario hasta el amanecer. Cuando me daba por trabajar, levantaba el ánimo, inventaba temas y programaba un viaje a Madrid en busca de tesoros. Leí un buen reportaje sobre nuevo periodismo escrito en *Fotogramas.* Su autor era una joven promesa que se llamaba Marcos Ordóñez. Lo llamé el mismo día y le pedí una cita. «¿Te apetece escribir en el *Ajo*?», le pregunté. Me cautivó su humanidad y su estilo preciso y desenfrenado.

Mantener la nave con más gas implicaba espabilar en cuestión de minutos. Pensaba en buenos contenidos y en escuchar atentamente las aportaciones que seguían ofreciendo los lectores.

Volvieron Ramón Aguirre, Félix García, Santi Arnauda, Pepita Galbany y Susi García, la hermana de Félix, que había sustituido a Nuri Garcés, que estaba en Londres aprendiendo inglés. Susi era tan joven como risueña. Se encontraron con un Antonio

Aponte como jefe ejecutor. Les habló sobre la situación destapada fehacientemente por el informe de Luis Ondarra. Pusieron cara de póquer. Ramón aceptó al gerente en un primer momento, porque él también estaba angustiado. Hasta se tomaron algún carajillo de más juntos. Pero las tensiones no tardaron en aparecer por los pasillos del despacho y una tarde acabé viendo dos veces *La guerra de las galaxias* en el cinerama Nuevo. Ramón me dijo que Aponte era un pequeño Lenin poco docto en contabilidad: «Lo único que quiere es apoderarse de la revista. Ha sido trotskista y verás la que lía».

Aponte era delgadito, de piel muy blanca, y hablaba como un urólogo. Toni estaba dispuesto a aceptar el diagnóstico que preparaba. Yo observaba atentamente sin entusiasmo. Iba a ir dos semanas a Madrid con Tonia Salom después de mi cumpleaños en busca de otra alternativa. Txomin estaba en Turquía y Bulgaria trabajando de guía turístico.

Mi madre me sintió abatido, nervioso, estéril, durante los últimos meses. En una ocasión me habló de un apartamento de la última planta del edificio de mi padre que estaba libre. «Arréglalo sencillo y que sea tu casa», me dijo. Inauguré mi apartamento a mediados de agosto, mediante una cena con el compañero de piso de Toni Puig que salía de la cárcel, Andreu Solsona, actor de Els Joglars, y más gente. A Andreu le habían concedido cinco días de libertad y escenificaba con una teatralidad grotesca las experiencias de la cárcel. Los presos de la COPEL seguían protagonizando protestas monumentales y los de ETA eran los mejor organizados y con los que mejor se llevaba.

El 6 de septiembre cumplía veintisiete años e invité a los íntimos que estaban en Barcelona a un pollo al curry: Ana Castellar acompañada de un novio castellano, Toni Miró-Sans y Ana Viladomiu, Nuria Amat y Óscar Collazos, Tonia Salom,

Ramón Aguirre y Araceli. Ana Castellar, animada y dicharachera, comentaba con Nuria y Óscar los proyectos literarios que nos llevábamos entre manos, evitando los temas constitucionales que importaban a Toni Miró-Sans. Ramón sostenía que la Constitución daba mucho poder a los partidos políticos con la excusa de controlar al poder judicial, que era franquista. «Lo que hoy puede ser una solución de compromiso, mañana someterá a la ciudadanía al poder ejecutivo por la vía judicial», afirmaba Ramón rotundo.

Toni insistía en que faltaba cultura política, que mucha población no era consciente de lo que implicaba aquello y que los periódicos tampoco explicaban con claridad las consecuencias de cada uno de los artículos de la nueva Constitución. «En el referéndum la gente votará sí o no sin comprender exactamente lo que vota», sostenía Toni.

Ramón declaró con satisfacción que nuestra revista semanal informaría con rigor de éste y de otros temas con la idea de ir más allá de una democracia tutelada. Ana, complacida por el desparpajo de Ramón, me susurró en la oreja antes de marcharse que veía al *Ajo* con más posibilidades que antes, que dejara la revista en manos de Ramón y que yo apostara en serio por *La Bañera.*

Toni Puig estaba con Els Comediants dando un curso de

tiempo libre y cultura popular en Italia. A Luis Racionero se le había roto el coche y no había podido venir.

Toni y Ana Viladomiu se quedaron un buen rato, los demás se fueron. Pepe de la Torre había pasado medio agosto en Menorca con mi hermana Rosa y estaba a punto de dejar el despacho de Madrid. Esperaban abrir el gabinete soñado en el entresuelo del mismo edificio donde yo vivía antes de fin de año: las obras ya estaban en marcha.

«¿Podré ayudaros algunas tardes?», le dije a Toni medio en broma.

«¡Les vendría la mar de bien!», exclamó Ana Viladomiu.

Cuando me quedé solo, limpié la mesa y extendí la última carta de Luisa desde Guatemala. Contaba que una indígena que vivía junto a un lago había cosido una camisa para mí y que celebraríamos mi cumpleaños en Menorca, los dos solos, en cuanto estuviera de vuelta.

El 11 de septiembre de 1978, Día Nacional de Cataluña, hubo una manifestación pacífica a las ocho de la noche convocada por los partidos políticos en favor del estatuto de autonomía. El PCE (i) convocó otra diferente contra los partidos de la reforma y en favor de la liberación nacional de Cataluña, en la Plaza San Jaime. La manifestación empezó en la esquina de las Ramblas con la calle Fernando. La plaza estaba acordonada por la policía. Los manifestantes lanzaron cócteles molotov y la policía reprimió la manifestación descargando las pistolas. Una bala, o varias, mató a Emilio Gustavo Muñoz, un catalanista de dieciséis años que no militaba en partido alguno. El día 12, a las

ocho, cien manifestantes del PCE (i) trataron de depositar ramos de flores en la portería del Sindicato de Banqueros, el lugar donde cayó muerto Emilio. La policía cargó contra ellos con furia. Los jóvenes desataron inmediatamente una guerra en las Ramblas que duró dos horas. Aún tengo presente el titular y las fotografías de *Tele-Exprés* a toda página: «Mayo del 68 en las Ramblas». Pero lo peor ocurrió, sin motivo alguno, a partir de las cuatro de la madrugada del día 13 en el kilómetro de calles que hay desde el Paralelo hasta Correos: «Redada monstruo». La policía se situó en todas las bocacalles cerrando el paso, muchos iban de paisano y no se sabía si eran guardias municipales o nacionales. Más de mil personas, muchas de ellas vecinos que acudían a las fábricas, fueron reducidas y obligadas a echarse al suelo. Hubo cientos de detenidos. Los periódicos dieron cuenta del *suceso* sin especificar ningún tipo de justificación. Lo dicho: había que acabar con los espacios de libertad a cualquier precio, había que tapar las disidencias con un sayo, que el sayo se volviera costra y olvido y que toda la población aceptara el nuevo régimen político que nos iba a traer el único programa posible: el amor al dinero. La ciudad decaía, la Constitución avanzaba y las nuevas elecciones municipales y generales estaban a la vuelta de la esquina. En los medios de comunicación expulsaban paulatinamente a los más inquietos y los fueron sustituyendo por gente de orden.

Pisabas una chapa de botella y se hundía en el asfalto. Respirabas y era como estar en el desierto. El calor de Madrid sofocaba y no sudabas. Pasé la primera tarde al teléfono, movilizando mis contactos, en la galería de Tonia, en Claudio Coello, que tenía aire acondicionado. Durante un buen rato, un tipo alto, robusto, con unos ojos de un azul transparente y una

calvicie rubia, conversó con Tonia acerca de la pintura de Palazuelo. Era Manolo Vicent, levantino y galerista de arte contemporáneo en Madrid. Ocurrente, divertido y con perilla. En éstas entró Mapi, su mujer, y le dijo que un cliente le esperaba en el Coleccionista, la galería de Manolo que estaba al lado, y desapareció a toda prisa. A continuación entraron en el despachito de Tonia un par de amigos madrileños que habían venido en una moto de gran cilindrada, con quienes mi amiga había intimado enseguida. «Me ayudan a integrarme en Madrid. Fíjate, son madrileños cuando aquí todo el mundo es de fuera», repetía Tonia ilusionada. Uno de ellos conocía al posible gerente castellano y explicó que había pasado el verano recorriendo quioscos y distribuidoras locales de media España, y que le apetecía el trabajo. Sentí brotar un golpe de ilusión de muy adentro. Si *Ajoblanco* tenía que durar, también yo debía encontrar una alternativa viable, por mucho que pensase en regalarme un receso de meses. Desde hacía tiempo, los acontecimientos me superaban excepto cuando estaba en Madrid, donde recuperaba fuerzas y me resistía a aceptar la derrota. Tonia me quería mucho, éramos amigos desde la infancia y, aunque fuera una cabra loca como yo, tenía un corazón de oro. Me dijo que si vivía en Madrid, su casa era mi casa. «Puedes alquilar tu piso de Barcelona y nos zafamos de los problemas económicos de un plumazo», me dijo.

Pasé dos días encerrado en el despacho particular de José Manuel Costa rodeado de discos en el barrio de Tetuán. Jamás había visto tantos vinilos juntos. José Manuel era el crítico musical de *El País.* Las discográficas importantes de Barcelona se estaban trasladando a Madrid y arrastraban a sus ejecutivos. Barcelona perdía peso. Kaka de Luxe iniciaba la carrera como

grupo musical con un LP en Chapa/Zafiro; Burning sacaba *Madrid*, en Belter, y Ramoncín lanzaba otro LP en Emi. Los Pegamoides, Los Zombies, Tequila, Radio Futura, Nacha Pop... iniciaban los contactos para lanzarse al estrellato asesorados por los nuevos promotores musicales con ganas de inventar otra historia.

Corregimos con José Manuel el especial «Prensa Marginal Madrileña». Casi me sentía como en los tiempos originarios. Charlando sobre el futuro de *Ajoblanco* y la Constitución se le ocurrió telefonear a la periodista Soledad Gallego Díaz, que había seguido la elaboración de la carta magna para *El País* desde el principio y conocía los tejemanejes de fondo. Soledad aceptó el reto de preparar un buen trabajo sobre la ley de leyes. Sabía mucho, era una periodista extraordinaria pese a su juventud y tenía necesidad de contar más. Entre aquellos periodistas tan libres como lanzados sentí la llamada del periodismo y decidí entrevistar en Barcelona al nuevo premio Prudenci Bertrana, que no era otro que el valenciano Lluís Fernández Calpena, uno de los que estuvieron detrás del dossier «Fallas» y que había dirigido la película *La fallera mecánica.* Había ganado el premio con la novela *L'anarquista nu.* Estaba claro, los periodistas con información precisa y buena lengua estaban en Madrid. «El *Ajo* semanal digno que responda a nuestra peculiar idiosincrasia sólo puede hacerse en Madrid», le dije a Ana Castellar por teléfono, que ya conocía el conflicto interno y la abulia con que afrontaban el trabajo algunos miembros de la plantilla.

Por fin me encontré cara a cara con Alejandro de Diego, un arquitecto con inquietudes que iniciaba su andadura con

ciertas dudas y que se postulaba como gerente, accionista o lo que fuera. La idea de hacer un semanario en Madrid le alentó aún más tras escuchar mi entusiasmo. Alejandro era un tipo marchoso, serio y peculiar. Alcanzamos un medio acuerdo. Si finalmente no era él el gerente me buscaría uno, pues tenía contactos por toda la ciudad. «Candidatos hay a patadas. En cualquier caso me comprometo a ayudarte como promotor de la idea: encontraremos equipo, dinero y gente. Hay ganas y necesitamos una revista que profundice al máximo el proceso de democratización. Hay que potenciar la sociedad civil.» La idea me pareció brillante. No estaba nada mal pasar de la utopía libertaria a apostar por información libre, sin publicidad, para una sociedad semicondenada a la desinformación.

Los jóvenes redactores de *El País* estaban dispuestos a ayudar. En cinco días había despejado el futuro de *Ajoblanco.* Me sentía como en los mejores tiempos. Txomin iba a regresar pronto y, aunque no fuéramos pareja, la amistad que compartíamos era profunda y maravillosa. Estaba dispuesto a aceptar cualquier posibilidad.

En Barcelona la situación se había deteriorado hasta la náusea. Ramón había amotinado a los jóvenes que llevaban la administración contra Antonio Aponte. Toni defendía a capa y espada la necesidad de un nuevo y eficaz gerente que mandase sin atender más razones que solucionar la crisis interna inmediatamente.

«Aponte dice que la gente no cumple los horarios, que se trabaja mal y que falta disciplina. Ha encontrado a un buen contable y propone cambiarlo todo», explicaba Toni.

Me alarmó que Aponte también quisiese cambiar de distribuidora, error garrafal y peligrosísimo según mi criterio. Edipress era la mejor y José Cadena, el director, un hombre competente que nos había sacado de mil apuros y que hacía muy bien su trabajo. Además de distribuir *Interviú* y las mejores revistas del país, cubría bien hasta las plazas más recónditas del territorio nacional.

Rossend Arqués había coordinado el extra más osado que habíamos editado hasta el momento, «La marihuana»: su historia y su función desde tiempos remotos en las diferentes culturas, cómo se cultivaba, trasplantes, propiedades, recetas. Parte del contenido provenía de la revista *Renudo*, que se editaba en Milán. La peculiaridad del trabajo era que mediante la promoción del cultivo doméstico desaparecían los camellos. Este número y el maravilloso trabajo sobre la Constitución relanzaron el prestigio de *Ajoblanco*. Las finanzas mejoraron de un plumazo y pensé que ya teníamos el dinero para trasladar parte de *Ajoblanco* a Madrid.

Me reuní en mi apartamento durante un fin de semana con Aponte, Ramón y Toni para elaborar un plan de choque y desatascar malentendidos. La situación entre ellos era tensa y no me atreví a informar sobre los avances de Madrid. Tan sólo manifesté que había que racionalizar el trabajo y reorganizar la distribución paralela, y que en Madrid había equipo y futuro.

La situación interna siguió deteriorándose durante la semana siguiente. Ramón sedujo a Rossend en su guerra particular con el gerente y ambos interrumpieron el diálogo con Aponte y dejaron de acatar sus decisiones.

El sábado siguiente reuní a Ramón Barnils, Antonio Aponte y Toni Puig. Hablamos del futuro y del semanario. Barnils aportó una visión externa de la situación: la incapacidad y la esterilidad del equipo de redacción provenía de un radicalismo mal entendido. Había llegado el momento de optar por el periodismo. Lo que más indignaba a Toni era la arenga constante de Ramón Aguirre: «El trabajo esclaviza, denigra y mata. Hay que liberarse de semejante esclavitud». A mí también me ponía los pelos de punta, pues el trabajo en *Ajoblanco* siempre nos pareció estimulante, además de moldear el aprendizaje a nuestro aire. Luego contó que Ramón se pasaba la mañana en el bar, echando pestes del gerente y soliviantando al personal. Toni no aguantaba más y dijo que la explosión no tardaría en producirse. Ante tanta tensión noté que mis sentimientos se desbordaban. Pensaba en Madrid pero no me atrevía a hablar para no dar un disgusto a Barnils, que sentía el catalanismo con pasión.

Aquella misma noche me cité con Ramón Aguirre y le exigí una tregua. Él me dijo que sacara a Aponte, que era un bicho que se iba a cargar el *Ajo* en muy poco tiempo. Traté de explayarme con Dani Aixelá, Rosa Pastó y Pep Pía, de TARA. También estaban nerviosos por no saber el futuro que les aguardaba. Desconocían cuándo iba a salir el especial contra las nucleares. Rosa, la más amiga, me dijo, en un aparte, que los de *Alfalfa* me hacían caso porque pagaba y que se habían medio alineado con Ramón. ¿Aliados con Ramón? ¡En el bando que debíamos estar todos era en el de poner orden en la parte administrativa de *Ajoblanco.* Esperaba el informe de Antonio Aponte y no acepté cambiar de contable. Propuse formar a Félix García, un excelente muchacho que sólo necesitaba una

buena dirección. Sugerí un buen curso de contabilidad en alguna academia. Era joven y estaba dispuesto. Aponte manifestó enfadado que no había tiempo.

«El trato con la gente importa mucho. ¿Verdad que tú tampoco has presentado el dichoso informe tras casi dos meses en la casa? Pues paciencia, ¡que yo también la tengo!», le dije.

Ramón me pidió una vez más que sacara a Aponte, por leninista. Si permanecía una semana más en su puesto el *Ajo* se hundía. Le respondí que había que tener paciencia, que me dejara maniobrar: el semanario sólo podía hacerse en Madrid y tenía un plan que ocuparía un tiempo. «Es verdad que la idea de cambiar de distribuidora descalifica completamente a Antonio Aponte. Pero hay que tener paciencia, no soy tonto, llevo años en esto y el informe me ayudará a saber qué pasa y de qué va el tipo. Veo salida.»

Mi plan consistía en trasladar la contabilidad y buena parte de la revista a Madrid, y que Félix aprendiera contabilidad en un par de meses y se trasladara conmigo. Que Toni decidiera dónde viviría y, si optaba por Madrid, Ramón coordinaría la redacción de Barcelona. Las Nurias y las Anas con Cario Fabretti, Federico Jiménez Losantos y Alberto Cardín podían llevar *La Bañera.* Los dos últimos habían roto con *El Viejo Topo*, también en crisis, por no atreverse a publicar el libro de Losantos *Lo que queda de España. Alfalfa* pensaba convertirla en números especiales sin periodicidad específica, y de Xiana debíamos olvidarnos completamente: su primer y único número había sido un fracaso.

Conseguí reducir la tensión. Toni no tenía ganas de cambiar de ciudad y pensó que yo iba básicamente a Madrid por Txomin, lo que no era verdad, como demostré quince días después, cuando tomé la decisión que acabó siendo definitiva.

Txomin vino a pasar un largo fin de semana a Barcelona y acabamos en Fontclara. Luchaba como una fiera contra las impotencias que le asediaban. Hacer de guía turístico en países lejanos le había sentado bien.

Aclaró que no estaba preparado para ser gerente de *Ajoblanco*, como yo le había propuesto tiempo atrás, pero que me ayudaría en todo. Me dijo que en Madrid había gente con ganas de hacer cosas y que dominara mis impulsos para no meter la pata. Le escuché con la devoción de siempre y decidí acatar sus recomendaciones. Resultaba evidente: compartíamos una amistad excepcional ajena a lo demás.

Lo que más fuerza me daba era la lealtad de Txomin, lealtad que, desgraciadamente, perdía de otros. Frente a esta maravilla, ¡qué importaba si Txomin dormía en mi cama o en la de una mujer! Fuera lo que fuese, Txomin y yo mantendríamos de por vida el candor de una unidad más allá de cómo se concretase.

La semana trascendental fue a principios de noviembre. La noche que pasé con Luisa fue clave. Ella me dijo que el *Ajo* estaba podrido, que por ahí se comentaba la crisis que nos acechaba y que sólo tenía dos opciones: imponerme o marcharme. Ana Castellar, que pasaba algunas tardes en el *Ajo* preparando la «Linterna», llamaba insistentemente y me

recomendaba que los sacara a todos, que ya estaba bien de tomaduras de pelo.

Antonio Aponte despidió a una administrativa, Mari Carmen, que hacía poco que estaba con nosotros. La plantilla de administración mostró una actitud de reproche y desengaño y dejó de trabajar. Toni dijo que, tal como estaban las cosas, propondría al consejo de administración vender *Ajoblanco* al mejor postor. La amenaza asustó a Ramón y, al observar mi apatía, calmó al personal que había soliviantado.

Dejé pasar el fin de semana y convoqué una reunión con todo el personal el lunes 30 de octubre a las cuatro de la tarde. Había leído el informe que había presentado Antonio Aponte y vencían sus dos meses de prueba: me sentía libre ante cualquier decisión. El informe contenía errores pero me sirvió. Durante aquellos días la comunicación con Toni Puig fue escasa por prudencia, para no enredar más la compleja situación. Él conocía mi plan madrileño, no le despertaba gran entusiasmo aunque tampoco estaba en contra. Toni apostaba por Aponte como solución práctica frente al caos. A mí me inquietaba la deriva ideológica que pudiera tomar la revista, pues sabía por experiencia que con buenas ventas los problemas tenían solución. La revista para nada estaba en bancarrota. Los últimos números, con la gente de Madrid y la ayuda de Boldú, eran excelentes y apuntaban hacia una dirección novedosa opuesta a la de la marginación y a la de los alternativos pasados de revoluciones, donde unos defendían la violencia arbitraria y otros se apuntaban a la heroína y otras drogas sin ton ni son. Me daba igual que me llamaran reaccionario por potenciar una sociedad libre y bien informada, frente al caos

en el que habían caído los movimientos alternativos. En el país habían sucedido demasiadas cosas y había que apechugar con todo. Aceptaba la labor de periodista pura y dura. Las ideologías y los partidos me descorazonaban, y vislumbraba ya con claridad la labor del periodista cultural independiente con vocación de agitador.

Puse toda mi buena voluntad para que la gente comprendiese que estábamos ante un fin de etapa irreversible. Les dije que trataría de combinar el aspecto humano con las medidas que había que aplicar y que mantuvieran la esperanza. Por no ser el momento adecuado, no hablamos del semanario y tampoco concreté la estrategia que me llevaba en Madrid.

El 2 de noviembre subí a un avión y me instalé en casa de Tonia, que sentía ya como propia. Vi a mucha gente y calmé mi nerviosismo. Claro que había alternativa: estaba allí. Madrid seguía ascendiendo y ofrecía un panorama alentador por muy gárrulos que fueran a veces. Pepe Fernández Beaumont, de *El País*, publicó una entrevista conmigo centrada en el semanario. Mantuve el tipo, el entusiasmo me venció y hablé más de la cuenta.

Alejandro de Diego, con una entrega sobrecogedora, me dijo que él era arquitecto y que no iba a ser gerente, aunque lo buscaba y ya tenía candidatos. Por otra parte, José Manuel Costa contactó con varios periodistas y algunos estaban dispuestos a colaborar si iba en serio.

En los periódicos había censura y con el prestigio de *Ajoblanco* se podían lanzar alternativas. Una vez más, pensé,

deberás olvidar las novelas, los libros, las ganas de tranquilidad y de lectura para luchar como un jabato por el semanario.

Este último impulso se vino abajo en cuanto pisé Barcelona. En *Ajoblanco* no había ambiente de trabajo, todo eran intrigas y peleas que encubrían una lucha por el poder entre Aponte y Aguirre. Para acabar de rematar la situación, Rossend Arqués y Javier Valenzuela preparaban un número con una portada de Manel Esclusa con un brazo espectral que sostenía una jeringuilla. Leí el artículo que había escrito Valenzuela sobre la heroína y me desesperé. El artículo estaba bien escrito, empezaba estupendamente, pero a medida que avanzaba te daban ganas de meterte un pico. Ocurría lo mismo como cuando en la revista *Blanco y Negro* los franquistas cargaron contra la cultura psicodélica sin apercibirse de que la potenciaban. La juventud entraba en un hondo desencanto por la actuación de la policía y de los políticos, e inyectarse en vena disolvía la angustia en un segundo y te causaba un orgasmo múltiple más que placentero.

Fui a casa de mis padres. Mi madre no estaba y mi padre permanecía sentado en su sillón haciendo que leía.

«Papá, estoy en un dilema.»

Mi padre, medio enfermo y medio ido, se reclinó para escucharme mejor.

«Papá, cuando te enfrentas a algo superior a tus fuerzas qué debes hacer.»

«La conciencia, hijo, escúchala y actúa siguiendo lo que te

dicte y no digas nada. Las palabras traicionan, los hechos nunca mienten.»

Recogí algunas de mis cosas en *Ajoblanco*. Reuní a Toni y a Ramón en mi despacho y les dije que me iba a escribir a Menorca y que dejaba la solución en sus manos: «Juntos encontraréis la salida, separados el *Ajo* será devorado».

Fui a ver a Toni Miró-Sans y le di la noticia. Al día siguiente metería mis libros en el coche y partiría con Luisa a la isla. Había optado por un exilio discreto y solitario. Acabaría mis libros, alquilaría mi piso y esperaría tiempos mejores. Necesitaba salir urgentemente de la ciudad para no acabar en un manicomio. Mucha gente hacía lo mismo.

«Luisa no aguantará más de una semana en la isla, pero qué importa. La isla, lo sabes bien, acoge y es un buen paisaje para formarme como escritor y como lector. Espero que algún día no tengas que darme trabajo de conserje en el despacho soñado», le dije a Toni Miró-Sans antes de despedirme.

Toni Puig y Ramón Aguirre vinieron al muelle del puerto. Aún veo la cesta al final de la grúa que elevó mi coche hasta introducirlo en el barco de Transmediterránea. Abracé a Ramón, abracé a Toni y me escurrí por la pasarela agarrado a Luisa sin volver la vista atrás. Cuando el barco se alejaba, observé desde cubierta la montaña de Montjuic, las luces de mi ciudad, la estatua de Colón, la boca de las Ramblas. Lloré. Supe que jamás volvería a ser lo que fue.

## EPÍLOGO

### 1

Una semana después, Luisa Ortínez regresó y me quedé solo en aquella casita húmeda que calentaba manteniendo la chimenea de la planta baja encendida a todas horas. Acabé el libro de comunas, empecé el de Kavafis. Mi novela no prosperaba y me puse a leer *Bajo el volcán.*

En Menorca vivía Fernando Mir. Una mañana temprano dejé el coche en un camino de tierra y anduve más de una hora por un sendero que cruzaba un barranco lleno de piedras y de grandes matas de romero y lentisco.

En medio de un campo, una mujer pelirroja cosía a máquina. Qué situación. Parecía una escena de Buñuel. Me señaló Santa Victoria detrás de los pinos y me dijo que Fernando no estaba. Di media vuelta y me perdí por la isla. Sentí nostalgias infinitas. En *Ajoblanco* dejaba los mejores años de mi vida. Escribí a Txomin sugiriéndole que viniera a vivir a la isla, que buscaríamos una casa perdida con un huerto muy grande y gallinas, y que en verano abriríamos un chiringuito en la playa.

Por Navidad volví a Barcelona. La intransigencia había conquistado la oficina de la calle Carders y Toni mantenía el

equilibrio como podía. Las relaciones con TARA andaban revueltas.

Tampoco aceptaban las decisiones de Aponte. Pepita Galbany, seria y eficaz, me llamó a casa para decirme que reflexionara. La verdad es que no me sentía responsable, pero la escuché emocionado, sus palabras respondían a una convicción sensata y auténtica.

Hablé con Toni Puig muchas horas en su casa. Estaba fuerte, como si de pronto sus mil caras se hubiesen desvanecido hasta alumbrar a un hombre nuevo que por fin se hubiera desprendido de aquella gabardina que tanto le amargó el viaje en ácido. Daba gusto verle encarar la situación. Acordamos abordar cualquier debilidad en el futuro y apoyarnos siempre, en lo personal y en el trabajo.

Hablé con Ramón Aguirre. Echaba todas las culpas al gerente y había lanzado a los «críos» del *Ajo* al asalto definitivo contra Antonio Aponte y contra cualquiera que lo defendiese. La revista sobrevivía en el colapso. Comí con Ramón Barnils, otro romántico: me pidió que escribiese mis libros en catalán y que confiaba en que Toni lograse mantener el *Ajo* tan vivo como siempre.

Vencido por el sentimiento, los reuní a todos excepto a Aponte, que había cambiado de distribuidora, un error suicida, y que no había censurado el número de la heroína tal como le había ordenado. El número colgaba de todos los quioscos y me sentía mal, muy mal.

Durante la reunión saqué fuerzas de donde pude y me

comprometí a echar a Aponte de sus vidas siempre y cuando aceptasen un plan que presentaría en dos semanas. Anuncié que parte de él consistía en trasladar un pedazo de *Ajoblanco* a Madrid, donde estaría la gerencia y la mitad de la redacción del semanario.

«Los que estén de acuerdo con mi propuesta que levanten la mano.»

Nadie la alzó, rompí el lazo que aún me unía a la revista y jamás volví a pisar el despacho de la calle Carders que tanto nos había separado. Ramón situado durante meses en un extremo, Toni en el otro y yo en el centro, en un cuartucho, soportando el olor a cocina que penetraba a través de una ventana que no filtraba una chispa de luz. Sin duda había sido un débil, un idealista, un mico. Seguía sintiéndome libertario y no veía mejor camino que inventarme una vida sin traición por difícil que fuese.

Llamé a Félix Vilaseca, fui a su despacho, preparamos el documento y nos acercamos hasta la notaría de Ignacio Zabala. Dimitía como miembro del consejo de administración, como consejero delegado, rechazaba cualquier poder y nombraba a Toni Puig único representante de mis acciones.

Semanas más tarde me llamó a Menorca Santi Arnauda para decirme que se estaban matando y que por favor volviera, que era el único capaz de detener la carnicería. Demasiado tarde.

Toni me dijo que iba a despedir a Ramón, que el espectáculo era lamentable y que había inventado una historia de buenos y malos. *La Bañera* la llevaría Alberto Cardín. Biel Mesquida,

director de la editorial de libros de *El Viejo Topo*, había dimitido y convencido a Toni de publicar Lo *que queda de España*, de Jiménez Losantos en la nueva editorial de *Ajoblanco.* «Fuera cual fuera el contenido, la censura era intolerable», le había dicho Biel. Pregunté a Toni si Barnils estaba contento con el libro, y me dijo que Ramón no se metía y que lo único que deseaba era que *Ajoblanco* superase el bache y pagara a todo el mundo. Le respondí temblando:

«Tienes mis acciones y la mayoría, haz lo que más te convenga».

Ramón Aguirre y los demás le iban a llevar a juicio laboral y Toni Miró-Sans, fundador de la historia, defendería siempre a *Ajoblanco.*

¡Qué desastre!, pensaba completamente deprimido, al contemplar los huertos del pueblo en invierno tras el cristal de mi ventana.

**2**

La primera semana de febrero de 1979, *Ajoblanco* reventó por dentro. Me enteré por la radio. Los periodistas barceloneses que nos odiaban por lo que representábamos se pusieron las botas, afilaron los cuchillos y lanzaron una campaña diabólica para borrar de la faz de la tierra el prestigio de la revista. Por supuesto no comprendían qué pasaba, poco les importaba. Ni intervine, ni pronuncié palabra. El silencio es el arma más poderosa. Se lo expliqué a Toni Puig por teléfono,

cada vez más valiente y dispuesto a todo. El enfrentamiento a muerte entre Toni y Ramón me dejó fuera de juego.

No quise saber más, supuse el final y me puse enfermo.

Agarré una varicela, como si fuera un niño pequeño. La cara y el cuerpo se me llenaron de granos, no sabía qué hacer. Me tiré el I Ching y me salió lo creativo. «¡Vaya, mi mundo se ha roto a pedazos, va y me sale esto!» Hablé con Luis Racionero, que estaba en Empúries, y me dijo que la decadencia no había hecho más que empezar. «Ahora es un murmullo que algunos percibimos, verás cómo andará el mundo dentro de treinta años.» Luis me contó que iba a Madrid a moderar el debate de presentación de aquel libro fascinante que un año atrás le había pasado y que se había convertido en un bestseller: *Gargoris y Habidis, la historia mágica de España*, de Fernando Sánchez Dragó. Recordé la tarde que lo hallé en la librería Épsilon. Le dije que no podía ir, que estaba sin dinero. «Si es por esto, te envío el billete.»

Toni, tras haber despedido del *Ajo* a casi todos, sólo quedaba Josep García, un joven libertario de Asturias que había contratado antes de irme como salvaguardia de la ideología sentida, me dijo que daba un curso en Mallorca, que cogería el barco en Alcudia y que llegaba el martes de carnaval a las nueve de la noche al puerto de Ciudadela. La bronca que destrozó a *Ajoblanco* había sido terrible. Toni estaba muy afectado y necesitaba pasar unos días en Menorca. Yo le dije que estaba con varicela, que me picaba el cuerpo, los brazos y la cara, y que no sabía qué hacer. El médico de mi pueblo me había advertido que era muy contagiosa y que no saliera de

casa bajo ningún concepto, pues en el pueblo había muchos niños. En casa no tenía comida.

Aún me veo enfundado en un abrigo largo y raído, acurrucado junto a mi amigo, echado sobre el muelle de piedra. Toni vomitaba una y otra vez mientras yo me ocultaba el rostro granado en una bufanda. La travesía de Alcudia a Ciudadela con olas de ocho metros en el cascarón atracado junto a nosotros resultó un viaje entre la vida y la muerte. En aquel momento se escuchaba el murmullo de la charanga carnavalesca. Surgía desde lo alto de la ciudad. Toni dejó de vomitar y siguió echado, sin mirar; la cabeza le daba vueltas y estaba completamente amarillo. Miré al cielo encapotado mientras Toni me daba la mano. Fue el instante en que juré lealtades a mi destino, fuera el que fuese. En la cota más alta situé la amistad. Estuviese cómo y dónde fuere, acogería a los amigos con la máxima hospitalidad. Las pequeñas o grandes intrigas resultarían ignoradas, vertidas al olvido, sin resentimiento. También guardé un secreto contra las estrellas ocultas sobre las nubes: algún día, fuera cuando fuese, volvería con un *Ajoblanco* renacido como respuesta al silencio que me había impuesto entonces por lealtades que eran y son fe de vida.

## 3

El 1 de octubre de 1987 apareció el segundo *Ajoblanco*.

Fernando Mir y yo nos encontramos de nuevo en el verano de 1986 frente a un papel en blanco y un montón de ideas.

Nueve años atrás, junto a una iglesia de cal blanca, la de Mercadal, habíamos soñado un *Ajoblanco* futuro que innovara la información y ampliara las libertades sin servilismo de ningún tipo.

Recuerdo la noche en que Fernando Mir, Mercedes Vilanova, Jordi Esteva y yo festejábamos, junto a los alegres saltos de Pasqual Maragall en las fuentes de Montjuic, la nominación olímpica de Barcelona. Fue la chispa: «Barcelona resucita, es el momento, se puede hacer».

Jordi Esteva era un extraordinario fotógrafo que había pasado cinco años en Egipto, hablaba muchas lenguas y había sido expulsado del país del Nilo por saber demasiado. Durante aquellos días de 1986 realizábamos juntos un reportaje, que pensábamos enviar a *El País*, sobre los nuevos inmigrantes, casi todos árabes, que trabajaban hacinados en pisos del Raval, como ahora se denomina al Barrio Chino.

Mercedes Vilanova, una prima hermana experta en historia contemporánea, pionera en España en la utilización de fuentes orales para explicar la revolución social de 1936, los procesos asamblearios de la democracia directa y la República parlamentaria, sentía una enorme atracción por el pasado de *Ajoblanco* y su futuro. Era una mujer emprendedora que desplegaba las alas a cualquier proyecto innovador.

Por mi parte había dejado Barcelona en enero de 1979 tras cortar con la revista y solía visitar a amigos y conocidos de vez en cuando. Pasé nueve meses en Menorca, cuatro años en Madrid. Murió mi padre en 1983 y fui a parar a la nueva casa

de Luis Racionero en el Ampurdán, donde escribí una novela que por circunstancias publiqué antes de concluirla. En 1984 murió mi madre y me fui a Londres hasta finales de 1985. Volví a Barcelona tras una mujer de la que me había enamorado.

Un buen día, Fernando alquiló un despacho en la calle Valencia y sin darnos cuenta nos encontramos metidos en el lío. Toni Puig, que tuvo que cerrar la revista anterior en 1980, solía pasar por el despacho entusiasmado con la idea. Encontramos a un joven despierto, Borja Folch, con ganas de participar en un proyecto periodístico estimulante.

*Ajoblanco* volvió a los quioscos como revista cultural independiente con la intención de devolver la dignidad y la independencia a la intelectualidad española tras el desastre del referéndum de la OTAN y para potenciar a gente nueva. Fue una labor durísima que duró doce años y que formó a jóvenes periodistas y varios colectivos que hoy mueven a la cultura española, catalana, vasca, gallega. Fernando aguantó tres años, Jordi seis y yo la mantuve invicta doce, el doble de tiempo que el primero. Cuando ya no se pudo mantener la independencia –las redes de distribución habían sido absorbidas por las multinacionales de la edición y la publicidad exigía contenidos comerciales–, decidí dar por concluida la etapa y encerrarme a escribir en una casa perdida en el bosque donde había acumulado todos mis papeles. Había llegado el momento que me susurró la sirena en los mares del Egeo: «Primero vivir y más tarde escribir acerca de lo que uno ha vivido».

Mucho se ha escrito sobre la transición española, pero casi siempre desde el pragmatismo de los grupos que la han

dirigido, pocas veces desde la ingenuidad de quienes la soñamos diferente.

Con paciencia de orfebre, durante siete años, he reconstruido las voces y cuanto vi desde el primer *Ajoblanco* para que tengas hoy una nueva versión de este tramo de historia, lector de otro siglo, con la esperanza de convencerte de que un mundo mejor fue y sigue siendo posible. Es éste también un homenaje a los cadáveres de la transición. Seres humanos, ideas, sueños, obras, vivencias, que brillaron con gran intensidad y que fueron a parar a diferentes funerarias o perviven entre escombros, huérfanos de práctica. Algunas de aquellas acciones no debieron ser desmontadas, pues en ellas estaba el germen de una sociedad más libre que no hemos conocido.